PLUTARCO

# VIDAS PARALELAS

## VOL. VI

EDITORIAL GREDOS

PLUTARCO

# VIDAS PARALELAS

## VI

ALEJANDRO – CÉSAR
AGESILAO – POMPEYO
SERTORIO – ÉUMENES

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JORGE BERGUA CAVERO, SALVADOR BUENO MORILLO
Y
JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 363

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por M.ª LUISA ALÍA ALBERCA (*Alejandro – César* y *Sertorio – Éumenes*) y JORGE BERGUA CAVERO (*Agesilao – Pompeyo*).





La introducción, traducción y notas de *Alejandro – César* han sido realizadas por JORGE BERGUA CAVERO; las de *Agesilao – Pompeyo*, por SALVADOR BUENO MORILLO, y las de *Sertorio – Éumenes*, por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

Depósito Legal: M.25157-2007

ISBN 978-84-249-1795-1 Obra completa
ISBN 978-84-249-2881-0 Tomo VI

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Composición: Manuel Rodríguez.

Impreso en Top Printer Plus.


ALEJANDRO – CÉSAR

# INTRODUCCIÓN

Las *Vidas de Alejandro y César* constituyen sin duda una de las parejas más célebres dentro de la producción biográfica de Plutarco; en la medida en que se ha podido establecer la cronología relativa de las veintitrés parejas que constituyen las *Vidas paralelas*, parece que correspondería a la que nos ocupa una posición central dentro del conjunto.

## ALEJANDRO

Por lo que respecta a la *Vida de Alejandro*, hay que decir que, como no podía ser menos, la figura del rey macedonio había sido objeto durante la época helenística de una abundante literatura, tanto histórica y biográfica como de otro tipo; el propio Plutarco ya se había ocupado de la figura del conquistador en su obrita titulada *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, que consta de dos discursos epidicticos y es generalmente tenida por obra de juventud del autor griego[1]. Frente a este entretenimiento retórico, en el que la admiración hacia Alejandro apenas deja lugar a sombra o matiz alguno,

[1] Puede verse, en traducción de M. López Salvá, en esta misma colección *(Obras morales y de costumbres (Moralia)* V Madrid, 1989, págs. 227-84).

la biografía de madurez va a presentar un cuadro de mucha mayor complejidad histórica y moral.

Los textos fundamentales que conservamos hoy para conocer la trayectoria política y personal de Alejandro son, aparte de la biografía de Plutarco, y por orden cronológico: diversos pasajes de la *Geografía* de Estrabón (siglo I a. C.), los libros XVII y XVIII de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.), la *Historia de Alejandro Magno* de Quinto Curcio Rufo (en latín; fecha discutida, probablemente en época de Claudio), la *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano de Nicomedia (siglo II d. C.), y el *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo* de Marco Juniano Justino (en latín, siglos II-III d. C.; el original de P. Trogo fue compuesto en época de Augusto)[2]. Hemos perdido, en cambio, las obras de los primeros historiadores de Alejandro, algunos de ellos contemporáneos del monarca y participantes en su expedición a Asia; entre ellos, los más citados por el erudito Plutarco —que menciona a bastantes más— son Calístenes, Aristobulo, Cares, Onesícrito y Clitarco, aparte de otras fuentes como los supuestos *Diarios* reales (de todos ellos hablamos en las notas correspondientes). Los investigadores, por lo demás, llevan largos años discutiendo la importancia de cada una de estas fuentes a la hora de componer la biografía, así como la cuestión de hasta qué punto Plutarco leyó realmente a dichos historiadores o recurrió a materiales de segunda mano, a antologías o recopilaciones de anécdotas, etc., pero no creo que sean éstas cuestiones que interesen al lector no especialista[3]; el caso es que Plutarco seleccionó entre todos

[2] Todos ellos, excepto los libros citados de Diodoro, se pueden consultar en esta misma colección; por lo general cuentan con amplias introducciones que proporcionan abundante información sobre las fuentes antiguas para la vida de Alejandro.

[3] Cf. sobre todo los trabajos de J. R. Hamilton (*Plutarch Alexander: A Commentary*, Oxford, 1969, págs. 49-62) y N. G. L. Hammond (*Sources for Alexander*

esos materiales aquellos que convenían a los objetivos de su biografía, los redujo o los amplió hasta darles las dimensiones apropiadas y los sometió a sus propias exigencias formales y estilísticas para crear una obra unitaria.

Ofrecemos ahora un esquema que permita comprender la estructura de la *Vida de Alejandro*:

A. Orígenes y formación de un monarca.
- 1. Prólogo: biografía e historia.
- 2-3. Portentos que rodean el nacimiento de Alejandro.
- 4. Apariencia física y rasgos de carácter.
- 5-10. Anécdotas de infancia y adolescencia. Sus maestros: Aristóteles.

B. A la conquista de un imperio.
- 11-13. Toma las riendas del reino. Destrucción de Tebas.
- 14-21. Invasión de Asia: Granico. Campañas en Asia Menor; batalla de Iso.
- 22-23. Excurso: temperancia y frugalidad de Alejandro.
- 24-30. En Levante y en Egipto-Libia; fundación de Alejandría.
- 26-27. Visita al santuario de Amón.
- 31-38. En Mesopotamia: batalla de Gaugamela. Entrada triunfal en Babilonia, Susa y Persépolis.
- 39-43. Excurso: generosidad de Alejandro, atenciones hacia los suyos. La muerte de Darío (43).
- 44-55. Campañas en Irán y en Bactria-Sogdiana. La amazona (46).
- 48-51. El *affaire* Filotas; la muerte de Clito.
- 52-55. Caída en desgracia de Calístenes.
- 56-65. Campaña de la India. Encuentro con los gimnosofistas; Cálano.
- 66-72. Viaje de regreso a Persia y Babilonia. Bodas y festejos. La muerte de Hefestión (72).

---

*the Great: an Analysis of Plutarch's 'Life' and Arrian's 'Anabasis Alexandrou'*, Cambridge, 1993, págs. 5-187).

C. Muerte de Alejandro.
73-74. Presagios ominosos al entrar en Babilonia.
75-77. Muerte de Alejandro; testimonio de los *Diarios* reales[4].

Como se ve, la biografía sigue un orden cronológico frecuentemente interrumpido por digresiones cuya finalidad es dibujar con mayor claridad el carácter del protagonista, del mismo modo que el relato pormenorizado de determinados sucesos, significativos para el autor aunque históricamente poco destacados, ralentiza deliberadamente la narración y acerca a ojos vista la obra al género dramático (se trata, de hecho, de auténticas *escenas)*.

Pero lo más notable de la *Vida de Alejandro* es seguramente la ambigüedad que se desprende de ella, los muchos interrogantes que deja sin resolver acerca del carácter del rey macedonio. Por ejemplo, sería equivocado ver en la biografía una celebración unilateral de la victoria de lo griego sobre lo bárbaro, pues al propio Alejandro —un macedonio, al fin y al cabo— se lo describe como una explosiva mezcla del Este y el Oeste, un general que heleniza el Asia al tiempo que comienza a orientalizar Grecia; Plutarco insiste mucho en su formación absolutamente helénica y en una virtud cardinal como es el autocontrol —cf. el significativo episodio de la doma de Bucéfalo en el cap. 6, con resonancias del *Fedro* platónico—, pero, al mismo tiempo, sus actos están muy lejos de responder al ideal del rey-filósofo: su conducta va siendo, cada vez más, la de un autócrata oriental; las escenas simposíacas, auténtico espejo de la educación griega, degeneran a menudo en peleas, insultos y crímenes (como el episodio de Clito); se insiste mucho en los excesos con la bebida, hasta el punto de que la muerte de Alejandro en Babilonia a causa del

[4] Sobre la posible pérdida del final de la biografía, cf. la última nota de la traducción.

vino puede verse «como la victoria final del estrato dionisíaco sobre la *paideia* filosófica adquirida», de la pasión sobre la razón[5]. Un desenlace, por otra parte, que, para Plutarco, podría estar inscrito o prefigurado en la propia constitución humoral de Alejandro, «muy caliente y fogosa», disposición que el seco clima oriental no habría hecho sino exacerbar; dicho de otro modo, una barbarie congénita unida a la influencia del Oriente acaban por destruir al personaje.

En definitiva, Plutarco enfrenta al lector con un personaje muy complejo, lleno de tensiones, que impide la identificación fácil o la lectura simplista de su trayectoria; y lo hace echando mano no sólo de los recursos del género épico —cosa en cierto modo inevitable, tratándose del responsable de tantas hazañas—, sino, sobre todo, de los de la tragedia ática, para crear así uno de sus retratos más logrados, «rico en ambigüedad, contradicciones e ironía, y por eso mismo magníficamente real»[6].

## CÉSAR

Si bien se han criticado a menudo los emparejamientos que presenta Plutarco en las *Vidas paralelas*, la elección de César como pareja de Alejandro Magno puede considerarse acertada en un punto capital: se trata sin duda de los dos mayores conquistadores del mundo griego y de Roma; otros rasgos comunes a ambos serían la ambición desmedida, la resistencia extrema a la fatiga y las pretensiones de descender de dioses —Amón y Venus, respectivamente—, aunque es muy difícil decir hasta qué punto Julio César se imaginaba a sí mismo como cabeza de una monarquía de tipo helenís-

---

[5] Cf. T. Whitmarsh, «Alexander's Hellenism and Plutarch's Textualism», *Classical Quarterly* 52 (2002), pág. 187.

[6] J. M. Mossman, «Tragedy and epic in Plutarch's Alexander», en B. Scardigli (ed.), *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford, 1995, pág. 228.

tico como las que salieron de la repartición del imperio de Alejandro[7]. Es más, en época de Plutarco ya debía de haber una cierta tradición literaria comparando o al menos poniendo en relación a ambos personajes; incluso se ha hablado a menudo de la imitación consciente de Alejandro por parte de destacadas figuras políticas romanas, especialmente Pompeyo (apodado precisamente *Magnus)*, Antonio o el propio César (cf. la anécdota del cap. 11)[8].

Nuestras fuentes principales para conocer a Julio César, aparte de sus propias obras y de las biografías de Plutarco y de Suetonio (incluida ésta en sus *Vidas de los doce césares)*, son: en la literatura latina, las partes correspondientes en las obras históricas de Salustio —para todo lo referente a la conjuración de Catilina—, la *Historia romana* de Veleyo Patérculo (siglo I d. C.), el *Epítome* de Floro (siglo II d. C.), sin olvidar los resúmenes de la gran obra histórica de Tito Livio o, en un plano distinto, la *Farsalia* del poeta-historiador Lucano; entre los griegos, el libro II de las *Guerras civiles* de Apiano (siglo II d. C.) y los libros 37-44 de la *Historia romana* de Dión Casio (siglos II-III).

En cuanto a Plutarco, ha utilizado y cita en su biografía los *Comentarios* del propio César, que utiliza de acuerdo con sus fines, extractando u omitiendo el contenido de libros enteros[9]; también cita, entre los autores latinos, a Cicerón, a Gayo Opio (colaborador del dictador y autor, al parecer, de

---

[7] La comparación expresa entre ambos personajes, presente en otras *Vidas*, se ha perdido, si es que Plutarco llegó a escribirla.

[8] Cf. O. Weippert, *Alexander-imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburgo, 1972; y el escepticismo al respecto de P. Green, «Caesar and Alexander: *aemulatio, imitatio, comparatio*», *American Journal of Ancient History* 3 (1978), págs. 1-26, quien considera que la carrera de César no revela preocupación alguna por imitar a Alejandro (tampoco sus tácticas militares), más allá del afán genérico de eclipsar sus logros.

[9] Para la cuestión de las fuentes, cf. A. Garzetti, *Plutarchi Vita Caesaris*, Florencia, 1954, págs. XXII-XXXIII.

una biografía suya), a Tito Livio y al oscuro Tanusio Gémino, además de al griego Estrabón (cf. las notas correspondientes en la traducción). Mención aparte merecen las *Historias* de Asinio Polión, también manejadas por el autor griego, y que constituyen sin duda una de las mayores pérdidas de la historiografía latina del siglo I a. C.: sabemos que en esta obra, compuesta después de Accio (entre el 30 y el 25 a. C.), Asinio, testigo de muchos hechos importantes de la biografía cesariana, juzgaba con severidad el relato dejado por el propio César en sus *Commentarii*, reivindicaba su propio papel en algunos momentos importantes de la guerra civil y, sobre todo, «ponía crudamente al descubierto las razones personalistas del estallido de la guera civil», ofreciendo, por ejemplo, un relato del paso del Rubicón significativamente distinto del de César[10].

Ofrecemos ahora una visión sinóptica de la estructura de la *Vida de César:*

A. La carrera hacia el consulado.
  - 1-4. Primeras actuaciones públicas.
  - 5-7. De tribuno militar a pontífice máximo. La conjuración de Catilina.
  - 8-12. La pretura; el *affaire* de Clodio. En la Hispania Ulterior.
  - 13-14. La elección al consulado. El primer «triunvirato».

B. La guerra de las Galias.
  - 15-17. Un nuevo comienzo en su carrera. Virtudes militares de César, devoción de sus soldados.

[10] L. Canfora, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. Garí y A. Ares], Barcelona, 2000, pág. 395; cf. Suetonio, I, 56, 4: «Asinio Polión considera que [los *Comentarios* de la guerra de las Galias y de la guerra civil] han sido compuestos con poco cuidado y poco respeto a la verdad, porque César, según él, las más de las veces ha dado a la ligera crédito a las acciones realizadas por otros y, en cuanto a las suyas, las ha expuesto faltando a la verdad, sea intencionadamente, sea también por falta de memoria, y opina que tenía la intención de rehacerlos y corregirlos».

18-24. Campañas de los años 58-53 a. C. Confirmación del «triunvirato» en Luca (21).
25-27. La gran revuelta de Vercingetórix; rendición de Alesia.

C. La larga guerra civil.
28-32. Prolegómenos de la guerra. El paso del Rubicón.
33-36. Caos en Roma. Operaciones en Italia e Hispania.
37-47. Travesía del Adriático y persecución de Pompeyo. La batalla de Fársalo.
48-50. La guerra en Alejandría y el Ponto.
51-54. En Roma. Campaña de Túnez; muerte de Catón.
55-56. De nuevo en Roma. Última campaña: la batalla de Munda.

D. Dictadura y muerte de César.
57-59. Medidas políticas, reformas y proyectos.
60-62. La aspiración a la tiranía; las Lupercales. Inicios de la conjura.
63-66. Crónica de un asesinato: prodigios y sueños premonitorios; avisos fallidos; muerte en el Senado.
67-69. El testamento de César; muerte de Casio y Bruto en Filipos.

Hay que señalar que es muy posible que se haya perdido el comienzo de la biografía (la pérdida de un cuadernillo del arquetipo habría provocado la desaparición del final de la vida Alejandro y el principio de la de César); en todo caso, la biografía se abre de una forma muy abrupta y, contra los hábitos de Plutarco, no hay referencia alguna a los orígenes familiares y la formación de César. Curiosamente, resulta que la biografía de Suetonio empieza de forma muy similar: «Cuando contaba quince años perdió a su padre; al año siguiente fue designado para ser flamen dial [...]»; sin embargo, sabemos que, por una extraña casualidad, el principio de dicha biografía también se ha perdido: en el fragmento desaparecido figurarían no sólo los orígenes e infancia de César —¿o es que Suetonio tampoco sabía nada al respecto?—, sino también el

título de la obra y la dedicatoria, que sabemos iba dirigida a su amigo Septicio Claro[11].

Frente a Suetonio, que opta por organizar su biografía por bloques temáticos y se muestra muy interesado en el detalle anecdótico y anticuario, Plutarco sigue un orden cronológico, apenas interrumpido por algún que otro excurso, y aprovecha y recrea las grandes posibilidades dramáticas que le ofrecen algunos sucesos (no en vano, Shakespeare se basó en él para su *Julius Caesar)*[12].

A menudo se ha señalado la existencia en la biografía de Plutarco de bastantes errores en la cronología, así como inexactitudes diversas —en las cifras de combatientes o de muertos en las campañas, en la naturaleza de ciertas medidas políticas de César, etc.—, que se suelen atribuir a su deficiente conocimiento del latín, aprendido ya en edad madura (cf. *Vida de Demóstenes*, 2, 2-3). En cambio, parece que otros aspectos de la biografía cesariana, tal como la presenta Plutarco, obedecen a una manipulación más o menos consciente por parte del autor griego; por ejemplo, llama la atención la manera en la que, seguramente influido por la contención de Alejandro, Plutarco rebaja o ignora abiertamente el papel desempeñado por los y las amantes de César —cuyo apetito sexual era bien conocido de sus contemporáneos—, para presentarnos a un casto César que no se permite que el amor le distraiga de sus ocupaciones políticas y militares (cf. la aparición de Cleopatra en los caps. 48-49)[13].

[11] Cf. A. Ramírez de Verger, «Introducción general» a Salustio, *Vidas de los doce césares*, trad. de R. M. Agudo, vol. I, Madrid, 1992 (núm. 167 de esta colección), pág. 20.

[12] Sobre las diferencias entre la *Vida* de Alejandro y la de César en el aprovechamiento de los recursos trágicos (César no sería un héroe trágico, en la medida en que, según Plutarco, su destrucción obedece a factores políticos, externos al personaje), cf. las observaciones de J. M. Mossman, «Tragedy and Epic...», pág. 226.

[13] Cf. el estudio de J. Beneker, «No Time for Love: Plutarch's Chaste Caesar», *Greek, Roman and Byz. Studies* 43 (2002/3), págs. 13-29.

## TRADUCCIONES, EDICIONES

Las traducciones de estas dos *Vidas* a lenguas modernas han sido innumerables. Por mencionar sólo las hechas o publicadas en España, habría que empezar con las *Vidas* completas mandadas traducir al aragonés por Juan Fernández de Heredia, a finales del siglo XIV; viene luego la versión parcial de la *Vida de Alejandro* al valenciano por Luis de Fenollet, puesta al frente de la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio (Barcelona, 1481), basada en la traducción toscana de esa misma obra a cargo de Pier Candido Decembrio; y, sobre todo, la traducción completa de las *Vidas paralelas* a cargo de Alfonso Fernández de Palencia (Sevilla, 1491), hecha a partir de versiones latinas de humanistas italianos. Después de estos activos comienzos, los siglos XVI y XVII ofrecen un vacío considerable —las *Vidas de Alejandro y César* no figuran en la selección de *Vidas* publicada por Francisco de Enzinas en 1551—, y habrá que esperar a la benemérita versión de A. Ranz Romanillos (1821-30) para verlas de nuevo en castellano[14]. En el siglo XX han proliferado las traducciones, entre las cuales hay que destacar especialmente la de Emilio Crespo (recogida en la bibliografía).

En cuanto a ediciones del texto griego se refiere, hemos seguido para nuestra traducción la de R. Flacelière y É. Chambry, acompañada de traducción francesa, en la colección Budé-Belles Lettres *(Vies*, vol. IX, París, 1975), aunque cotejándola con la de K. Ziegler, *Plutarchus. Vitae parallelae*, vol. II, fasc. 2, Leipzig, 1968; los pasajes más comprometidos textualmente se comentan en las notas correspondientes. También puede consultarse comódamente el texto griego en la colección

---

[14] Cf. J. BERGUA CAVERO, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*, Univ. de Zaragoza, 1995, págs. 9-20.

Loeb: *Plutarch's Lives*, vol. 7, con traducción inglesa de B. Perrin, Londres-Cambridge (Mass.), 1971.

Tenemos que advertir al lector de que, en nuestra intención, una traducción de las *Vidas* de Plutarco no es un comentario literario de las mismas, ni mucho menos un comentario histórico sobre los personajes involucrados (Alejandro y César, en este caso); el lector español interesado en esto último hará mucho mejor en acudir a estudios modernos, muy especialmente al de Bosworth (2005) para el rey macedonio y al de Canfora (2000) para el romano —libros que además someten en todo momento a examen crítico sus fuentes, entre las cuales Plutarco ocupa un lugar muy relevante. Por esta misma razón, las notas son fundamentalmente explicativas y deliberadamente parcas en lugares paralelos de la literatura clásica, que podrían multiplicarse hasta el infinito (apenas hay un párrafo de la *Vida* de Alejandro que no encuentre un paralelo más o menos cercano en Arriano, Quinto Curcio, Diodoro, etc.) y que, por lo demás, están muy bien recogidos en ediciones como la de Teubner y, en su caso, en las ediciones comentadas.

# BIBLIOGRAFÍA

## Generalidades

R. H. BARROW, *Plutarch and his Times*, Londres, 1967.

T. E. DUFF, *Plutarch's Lives: Exploring Virtue and Vice*, Oxford, 1999.

C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.

C. B. R. PELLING, *Plutarch and History*, Londres, 2002.

—, *Literary Texts and the Greek Historian*, Londres, 2000.

A. PÉREZ JIMÉNEZ, «Introducción general», en *Plutarco. Vidas paralelas*, vol. I, Madrid, 1985, págs. 7-135 (en esta misma colección).

PLUTARCO, *Vidas paralelas. Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano*, introd. y trad. de EMILIO CRESPO, Madrid, 1999.

D. A. RUSSELL, *Plutarch*, Londres, 1973 (reed. Londres, 2001, con introd. y bibliografía por J. M. MOSSMAN).

## Sobre Alejandro Magno y la «*Vida de Alejandro*» de Plutarco

*Alexandre le Grand. Image et réalité*, Entretiens de la Fondation Hardt, vol. 22, Ginebra-Vandeouvres, 1976.

A. B. BOSWORTH, *Conquest and Empire: the Reign of Alexander the Great*, Cambridge, 1988 = *Alejandro Magno* [trad. C. FRANCÍ], Madrid, 2005.

—, *From Arrian to Alexander: Studies in Historical Methodology*, Oxford, 1988.

—, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, 2 vols., Oxford, 1980.

—, *Alexander and the East: the Tragedy of Triumph*, Oxford, 1996.

A. Guzmán Guerra, F. J. Gómez Espelosín, *Alejandro Magno*, Madrid, 1997.

J. R. Hamilton, *Plutarch Alexander: A Commentary*, 2.ª ed., con prólogo y bibliogr. de P. A. Stadter, Bristol, 1999 (1.ª ed., Oxford, 1969).

N. G. L. Hammond, *Alexander the Great: King, Commander and Statesman*, 2.ª ed., Bristol, 1989.

—, *Sources for Alexander the Great: an Analysis of Plutarch's 'Life' and Arrian's 'Anabasis Alexandrou'*, Cambridge, 1993.

—, *The Genius of Alexander the Great*, Londres, 1997.

—, *Three Historians of Alexander the Great: the So-called Vulgate Authors, Diodorus, Justin and Curtius*, Oxford, 1983.

—, G. T. Griffith, F. W. Walbank, *A History of Macedonia*, 3 vols., Oxford, 1972-88.

J. Humbert, «Plutarque, Alexandre et l'hellénisme», en S. Saïd (ed.), *ᶜΕΛΛΗΝΙΣΜΟΣ: quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque*, Leiden, 1991, págs. 175 y ss.

C. Mossé, *Alexandre. Le destin d'un mythe*, París, 2001 = *Alejandro Magno. El destino de un mito* [trad. M. Sáenz de la Calzada], Madrid, 2004.

J. M. mossman, «Plutarch, Pyrrhus, and Alexander», en P. A. Stadter (ed.), *Plutarch and the Historical Tradition*, Londres, 1992, págs. 90-108.

—, «Tragedy and epic in Plutarch's Alexander», en B. Scardigli (ed.), *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford, 1995, págs. 209-28.

L. Pearson, *The lost Histories of Alexander the Great*, Oxford, 1960.

L. Prandi, «L'Alessandro di Plutarco», en L. van der Stockt (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch*, Lovaina-Namur, 2000, págs. 375-86.

J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great*, Leiden, 2003.

D. Sansone, «Plutarch, Alexander and the discovery of naphtha», *Greek, Roman and Byz. Studies* 21 (1980), págs. 63-74.

J. Seibert, *Alexander der Grosse*, Serie «Erträge der Forschung», núm. 10, Darmstadt, 1972.

A. WARDMAN, «Plutarch and Alexander», *Classical Quarterly* 5 (1955), págs. 96-107.

T. WHITMARSH, «Alexander's Hellenism and Plutarch's Textualism», *Classical Quarterly* 52 (2002), págs. 174-92.

**Sobre César y la «*Vida de César*» de Plutarco**

J. BENEKER, «No Time for Love: Plutarch's Chaste Caesar», *Greek, Roman and Byz. Studies* 43 (2002/3), págs. 13-29.

L. CANFORA, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. GARÍ y A. ARES], Barcelona, 2000.

J. CARCOPINO, *Jules César*, París, 1935 (6.ª ed., 1990) = *Julio César: el proceso clásico de la concentración de poder* [trad. J. A. CAMPUZANO], Madrid, 2004.

M. J. EDWARDS, *Plutarch: the Lives of Pompey, Caesar and Cicero: A Companion to the Penguin Translation*, Bristol, 1991.

A. GARZETTI, *Plutarchi Vita Ceasaris*, Florencia, 1954 (reimpr. en 1968).

M. GELZER, *Caesar. Der Politiker und Staatsmann*, Stuttgart, 1921 = *Caesar Politician and Statesman*, trad. ingl., Oxford, 1969.

P. GREEN, «Caesar and Alexander: *aemulatio, imitatio, comparatio*», *American Journal of Ancient History* 3 (1978), págs. 1-26.

H. KROYMANN, «Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung: Gesamtbibliographie», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 3 (1973), págs. 457-87.

C. MEIER *Caesar*, Berlín, 1982 = *Caesar*, trad. ingl., Londres, 1995.

C. B. R. PELLING, «Plutarch on Caesar's fall», en J. MOSSMAN (ed.), *Plutarch and his Intellectual World*, Londres, 1997, págs. 215-32.

*Présence de César, Hommage à M. Rambaud*, ed. R. CHEVALLIER, París, 1985.

R. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939 = *La revolución romana* [trad. A. BLANCO FREIJEIRO], Madrid, 1989.

O. WEIPPERT, *Alexander-imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburgo, 1972.

# ALEJANDRO

Disponiéndonos a escribir en este libro la vida del rey 1
Alejandro y la de César, el que acabó con Pompeyo, limitaremos nuestro prólogo, en razón de la cantidad de hechos que abarca nuestro tema, a rogar a los lectores que no nos miren con malos ojos si no lo relatamos todo o no nos paramos en todos los detalles de alguna acción célebre, sino que abreviamos la mayor parte del relato. Y es que no escribimos 2
historia, sino biografías, y no es necesariamente en las acciones más relumbrantes donde se manifiestan la virtud o el vicio; antes bien, con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma revelan el carácter de una persona mejor que los combates mortíferos, los grandes despliegues tácticos o el asedio de ciudades. Así, igual que los pinto- 3
res captan el parecido a partir del rostro y de los rasgos exteriores en los que se manifiesta el carácter, preocupándose apenas del resto de las partes del cuerpo, del mismo modo se nos ha de permitir a nosotros que penetremos ante todo en los rasgos espirituales para a través de ellos trazar la imagen de la vida de cada hombre, dejando a otros los hechos grandiosos y los combates.

Que Alejandro era, por parte paterna, descendiente de 2
Heracles a través de Carano, y de Éaco a través de Neoptólemo por parte materna, es un hecho que se admite generalmen-

2 te[1]. Se cuenta que Filipo, iniciado en los misterios de Samo-
tracia a la vez que Olimpíade, siendo él todavía un muchacho
y ella huérfana de padre y de madre, se enamoró de ella y
de esta forma se concertó la boda, con el consentimiento del
3 hermano, Aribas. Pues bien, la novia, antes de la noche en
que ambos se encontraron en la cámara nupcial, creyó que
tronaba, que un rayo caía sobre su vientre y que del golpe
se encendía un gran fuego, que después de fragmentarse en
4 llamas en todas direcciones terminaba por extinguirse. Por
su parte Filipo, algún tiempo después de la boda, se vio a
sí mismo en sueños colocando un sello sobre el vientre de su
mujer, y según le pareció, el relieve de dicho sello consis-
5 tía en la imagen de un león. Mientras los demás adivinos
se mostraban perturbados por esta visión, pensando que a
Filipo le hacía falta una vigilancia más estrecha de sus asun-
tos maritales, Aristandro de Telmeso proclamó que la mujer
estaba encinta, pues no se sella lo que está vacío, y también
que llevaba en su seno un niño valeroso y con la naturaleza
6 propia de un león. Se pudo ver también, en cierta ocasión, a
una serpiente extendida junto al cuerpo de Olimpíade mien-
tras ésta dormía; y dicen que ello debilitó sobremanera el
amor y el afecto de Filipo, hasta el punto de evitar en muchas
ocasiones el acostarse a su lado, ya fuera por temor de ser
objeto de posibles embrujos o filtros de su mujer, ya por un
escrúpulo religioso de tener trato con ella, que supuestamente
7 lo tenía con un ser superior. Pero hay otra versión al respecto,
según la cual todas las mujeres de la comarca son afectas
desde muy antiguo a los ritos órficos y a las celebraciones
orgiásticas de Dioniso, recibiendo la denominación de Clo-
donas y Mimálonas; que sus prácticas se parecen en muchos

[1] Carano parece un personaje legendario inventado expresamente por los historiadores griegos para poder enlazar la dinastía macedonia con la de Argos; Neoptólemo era el hijo de Aquiles y por tanto nieto de Éaco.

aspectos a las de las Edónides y a las de las mujeres tracias
del Hemo (de aquí proviene, al parecer, el uso de la palabra 8
*threskeúein* aplicado a los ritos exagerados e imprudentes)[2];
y que Olimpíade, que ansiaba más que las otras los raptos y 9
se comportaba de forma más bárbara en los delirios, llevaba consigo en las celebraciones báquicas grandes serpientes domesticadas que con frecuencia, deslizándose fuera de la hiedra y de las cestas sagradas y enroscándose en los tirsos y en las coronas de las mujeres, llenaban de estupefacción a los varones.

Sea como fuere, Filipo, después de la aparición mencio- 3
nada, envió a Delfos a Querón de Megalópolis y éste, según dicen, le trajo como respuesta de parte del dios que hiciera sacrificios a Amón y que venerara a esta divinidad más que
a ninguna otra; también anunciaba que perdería uno de los 2
dos ojos, el que había aplicado a la juntura de la puerta para espiar al dios que compartía el lecho con su mujer bajo forma
de serpiente[3]. Y según testimonio de Eratóstenes, Olimpíade, 3
al despedir a Alejandro que marchaba a su expedición militar, le comunicó sólo a él el secreto de su nacimiento y le exhortó
a que su espíritu estuviera a la altura de su alcurnia[4]; aunque 4
otros escriben que Olimpíade rechazaba tal versión por impía,

---

[2] Las Edónides son las mujeres de los Edones, una tribu tracia; el Hemo es el nombre antiguo de los Balcanes y, en un uso más restringido, las montañas de Tracia. La relación etimológica que establece Plutarco entre *threskeúein* ('practicar la religión') y *thréikios/thrêissa* ('tracio/a') carece de cualquier fundamento, más allá del parecido formal.

[3] En efecto, Filipo perdió un ojo durante el sitio de Metone, en la costa macedonia, el año 354 a. C.

[4] Eratóstenes de Cirene (siglo III a. C.), sabio polifacético y director de la Biblioteca de Alejandría, escribió muchas obras históricas, todas perdidas; los fragmentos están recogidos en F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* Leiden, 1926-1958 (citado en adelante como Jacoby, *FGrH)*, núm. 241; éste es el fr. 28.

diciendo: «¿Es que no va a dejar Alejandro de calumniarme
ante Hera?»[5].
5 Nació pues Alejandro el día seis del mes de Hecatom-
beón, que los macedonios llaman Loo, el mismo día en que
6 se prendió fuego al templo de Ártemis en Éfeso; y por cierto
que Hegesias de Magnesia hizo al respecto una consideración
capaz por su frialdad de apagar tal incendio, pues dijo que era
natural que hubiera ardido por completo el templo, puesto que
7 Ártemis estaba ocupada en el parto de Alejandro[6]. Y cuantos
magos se encontraban a la sazón en Éfeso, considerando que
la destrucción del templo era presagio de otra desgracia, co-
rrían de un lado a otro golpeándose el rostro y gritando que
aquel día había engendrado una gran calamidad y desdicha
8 para el Asia. Y a Filipo, que acababa de tomar Potidea, le
llegaron al mismo tiempo tres noticias: que los ilirios habían
sido derrotados por Parmenión en una gran batalla, que uno de
sus caballos de carreras había vencido en Olimpia y que había
9 nacido su hijo Alejandro[7]. Filipo se alegró de estas noticias,
como es natural, y los adivinos aumentaron más todavía su
regocijo al declarar que el niño nacido en conjunción con tres
victorias habría de ser invencible.
4 En cuanto a su apariencia física, las estatuas que mejor
la ponen de manifiesto son las de Lisipo, el único, además, al
2 que Alejandro consentía que le esculpiera. De hecho, aquellos
rasgos que más tarde se pusieron a imitar con especial ahínco
muchos de sus sucesores y amigos —la tensión del cuello

[5] En tanto que diosa de la fidelidad conyugal.

[6] Alejandro nació hacia el 20 de julio del 356 a. C; el incendio del templo de Ártemis, considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo, se atribuye a un tal Heróstrato, que habría actuado movido por el afán de notoriedad. Hegesias, natural de Magnesia del Sípilo (Lidia, Asia Menor), escribió una *Historia de Alejandro* (perdida) en el siglo III a. C. (cf. JACOBY, *FGrH*, núm. 142, fr. 3).

[7] La cronología que ofrece Plutarco no se sostiene, pues la toma de Potidea fue en primavera, mientras los demás sucesos mencionados pertenecen ya al verano del 356.

ligeramente inclinado a la izquierda y la vivacidad de los ojos— consiguió conservarlos con gran fidelidad este artista. Por su parte Apeles, al pintarle portando el rayo, no reprodujo 3
el color de su piel, haciéndola más oscura y como mugrienta; pero era blanca, según dicen, de una blancura que tomaba un tinte púrpura especialmente en torno al pecho y el rostro[8].

Hemos leído en las *Memorias* de Aristóxeno que su piel 4
despedía un olor muy agradable, y que su boca y todo su cuerpo olían siempre tan bien que sus túnicas quedaban impregnadas de su fragancia[9]. Quizá la causa radique en su 5
constitución física, que era muy caliente y fogosa, ya que el buen olor nace de la cocción de los líquidos por efecto del calor, según opinión de Teofrasto[10]; de ahí que las regiones 6
secas y ardientes de la tierra produzcan la mayor parte de los aromas y también los mejores, pues el sol extrae la humedad que, como un principio de putrefacción, tiene su asiento en la superficie de los cuerpos. A Alejandro, además, el calor de su 7
constitución física le hizo, según parece, ser también dado a la bebida e irascible.

Todavía niño, su temperancia se dejaba ver en que, sien- 8
do por lo demás vehemente e impetuoso en sus impulsos, en lo que toca a los placeres corporales se mostraba inflexible

---

[8] Sobre la figura de Alejandro en el arte griego y posterior, cf. C. Bertelli, en *Enciclopedia dell'arte antica ed orientale*, I, Roma, 1958, págs. 236-46; M. Bieber, *Alexander the Great in Greek and Roman Art*, 1964; A. F. Stewart, *Faces of Power: Alexander's Image and Hellenistic Politics*, 1993.

[9] Aristóxeno de Tarento (siglo IV a. C.) fue, además de un importante musicólogo, uno de los iniciadores de la literatura biográfica (cf., por ejemplo, A. Momigliano, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia,* trad. esp., Méjico, 1986, págs. 95-99); sus *Memorias (Hypomnémata)* aquí citadas se han perdido (fragmentos en F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles*, 2, Basilea-Stuttgart, 1967; éste es el fr. 132).

[10] Sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo, en 323 a. C., y autor muy utilizado por Plutarco para datos de carácter científico; la cita es de su obra perdida *Sobre los olores* (*De odoribus*, fr. 4,6 Wimmer; hay edición moderna, con comentario, por U. Eigler y G. Wöhrle, Stuttgart, 1993).

y hacía uso de ellos con gran parsimonia, mientras que su
ambición revelaba ya una gravedad y una magnanimidad que
9 no cuadraban con su edad. Y es que no mostraba interés por
cualquier tipo de fama, viniera de donde viniese, como Filipo,
que se vanagloriaba de su habilidad para el discurso, como un
sofista, y que hacía grabar en las monedas sus victorias con el
10 carro en Olimpia; por el contrario, cuando los de su entorno
le tentaban preguntándole si quería competir en Olimpia en la
carrera del estadio —pues era muy veloz—, contestaba: «Sí,
11 siempre que tenga a reyes por contrincantes»[11]. Parece que en
general era hostil al gremio de los atletas; y aunque instituyó
gran cantidad de concursos, no sólo de actores trágicos, flau-
tistas y citaredos, e incluso de rapsodas, sino también de todo
tipo de competiciones de caza y de esgrima, no se preocupó lo
más mínimo de costear premios de boxeo o de pancracio.

5 Estando ausente Filipo llegaron embajadores del rey de
Persia; Alejandro los acogió, trabó amistad con ellos y hasta
tal punto los subyugó por su gentileza y por no hacer ninguna
2 pregunta infantil o insustancial — al contrario, se informaba
de la longitud de los caminos y de la forma de viajar hacia el
interior de Asia, así como de las aptitudes guerreras de su rey
3 y del valor y fortaleza de los persas— que los embajadores
quedaron atónitos y consideraron que la tan celebrada habi-
lidad de Filipo nada valía en comparación con el brío y la
grandeza de miras de su hijo.

4 Así, cada vez que se le anunciaba que Filipo había toma-
do una ciudad famosa o que había conseguido una brillante
victoria militar, no se mostraba precisamente contento al es-
cucharlo, antes bien les decía a sus compañeros: «Ay, amigos,
mi padre va a conquistarlo todo y no va a dejarme ocasión
5 de acometer ninguna gran hazaña en vuestra compañía». Y es
que, no ansiando el placer ni la riqueza, sino la virtud y la

---

[11] La misma anécdota en las *Máximas de reyes y generales*, 179D.

gloria, consideraba que cuanto más recibiera de su padre, tanto
menos podría conseguir por sí mismo. Por ello, estimando que 6
con sus conquistas en aumento Filipo estaba agotando en be-
neficio propio las posibles hazañas, prefería Alejandro heredar
un reino que proporcionase combates, guerras y momentos de
gloria antes que riquezas, lujos y placeres.

Como es lógico, muchos eran los que se ocupaban de él, 7
a los que se llamaba educadores, pedagogos y maestros, y
por encima de todos ellos estaba Leónidas, varón de carácter
austero y pariente de Olimpíade, que si bien no rechazaba el
nombre de pedagogo, nombre que designa una tarea noble y
hermosa, en razón de su dignidad y parentesco era llamado
por los demás «educador y preceptor de Alejandro». El que 8
asumía el cargo y denominación de pedagogo era Lisímaco,
oriundo de Acarnania, persona carente de distinción alguna
pero que, por darse a sí mismo el sobrenombre de Fénix,
a Alejandro el de Aquiles y a Filipo el de Peleo, gozaba de
favor y ocupaba el segundo puesto[12].

Un día el tesalio Filonico trajo el caballo Bucéfalo para 6
vendérselo a Filipo por trece talentos; bajaron a la llanura
para probarlo y el animal se mostró rebelde y de todo punto
intratable, no permitía que lo montasen ni toleraba la voz de
ninguno de los escuderos de Filipo, sino que se encabritaba
contra todos. Filipo, irritado, mandó que se lo llevaran por 2
considerarlo completamente salvaje e indomable, pero Alejan-
dro se presentó diciendo: «¡Qué caballo están desperdiciando,
todo por no poder manejarlo debido a su inexperiencia y a su
falta de energía!». Al principio Filipo guardaba silencio, pero 3
como Alejandro seguía hablando entre dientes y se mostraba
desconsolado, dijo: «Ya que les haces reproches a personas
de más edad que tú, ¿es que acaso consideras que sabes más

[12] Sobre Fénix y Aquiles, cf. *Ilíada* IX 430 ss.; Platón (*República*, 390e) llama a Fénix 'pedagogo' de Aquiles.

que ellos o que puedes manejar mejor el caballo?». Alejandro
4 respondió: «Al menos éste lo manejaría mejor que otro». «Y si
no lo consigues, ¿qué castigo estás dispuesto a aceptar por tu
temeridad?». «Por Zeus», dijo Alejandro, «pagaré el precio del
5 caballo». Hubo risas y enseguida quedó formalizada la apuesta
entre ambos. Al punto corrió Alejandro hacia el caballo, cogió
las bridas y le volvió de cara al sol pues, según parece, se ha-
bía percatado de que el animal se inquietaba al ver su propia
6 sombra que se proyectaba agitándose delante de él. Durante
unos instantes estuvo caminando junto a él y acariciándolo,
mientras lo vio furioso y jadeante, y desprendiéndose tranqui-
lamente de su clámide, de un salto quedó firmemente montado
7 sobre su grupa. Tirando un poco del freno con las bridas con-
siguió sofrenarlo sin golpearle ni desgarrarle la boca; cuando
vio que el caballo deponía su actitud amenazante y que estaba
deseoso de correr, aflojó las riendas y se lanzó a la carrera
8 con un grito ya más atrevido y espoleándole con el pie. Al
principio Filipo y los suyos estaban mudos de inquietud, pero
cuando giró y volvió hacia ellos con soltura, ufano y contento,
todos prorrumpieron en vítores; y se dice que su padre lloró
de alegría y que, al desmontar su hijo, le besó en la frente y le
dijo: «Hijo mío, búscate un reino a tu medida, pues Macedonia
es demasiado pequeña para ti».

7 Observando que su hijo era de naturaleza indomable y se
revolvía contra cualquier coacción, pero se dejaba conducir
por la razón a sus deberes, Filipo trataba por su parte de per-
2 suadirlo antes que de darle órdenes; y como no confiaba dema-
siado en los profesores de letras y ciencias para su supervisión
y formación —pues consideraba que era tarea excesiva para
ellos y, como dice Sófocles, «cuestión de muchos frenos y a
la vez de muchos timones»[13]—, hizo llamar al más célebre y

[13] Sófocles, fr. 869 Pearson (el mismo número en la trad. esp. J. M. Lucas de Dios: Sófocles, *Fragmentos*, Madrid, 1983, en esta misma colección).

sabio de los filósofos, Aristóteles, pagándole unos magníficos
honorarios dignos de él: y es que volvió a levantar la ciudad 3
de Estagira, de donde era Aristóteles, destruida por el propio
Filipo, y restableció en ella a sus habitantes exiliados o es-
clavizados. Asignó a maestro y discípulo, como lugar en que 4
ocuparse de los estudios, el Ninfeo de Mieza, donde todavía
hoy se enseñan los bancos de piedra y los paseos sombrea-
dos de Aristóteles[14]. Parece que Alejandro no sólo aprendió 5
las materias morales y políticas, sino que también accedió a
las enseñanzas secretas y más profundas, aquellas que los
filósofos designaban técnicamente como *acroamáticas* y
*epópticas* y que no exponían al público general. Y en efecto, 6
cuando Alejandro había ya pasado al Asia, al enterarse de que
Aristóteles había publicado en forma de libro algunas de estas
materias, le escribió en nombre de la filosofía una carta en la
que se explayaba francamente, y cuyo tenor era como sigue:
«Alejandro a Aristóteles, salud. No hiciste bien publicando tus 7
lecciones acroamáticas, pues ¿en qué vamos a diferenciamos
nosotros de los demás si las materias en las que nos educaste
pasan a ser patrimonio común de todos? Pues lo que es yo,
preferiría sobresalir en conocimientos superiores antes que
en poder. Adiós». Así que Aristóteles, para tranquilizar tal am- 8
bición de Alejandro, se justifica al respecto de dichas lecciones
diciendo que están publicadas sin estarlo —y en verdad que su
tratado de metafísica carece de utilidad para quien pretenda
enseñar o aprender, siendo más bien un vademécum para los
ya adoctrinados desde el principio[15].

[14] Mieza se encontraba en las laderas del monte hoy llamado Vermion (cerca de la actual Náousa), no lejos de Pela, la capital de Macedonia.

[15] Tanto Platón como Aristóteles reservaban una parte de sus enseñanzas para la difusión oral *(acroamática)* entre los discípulos de sus escuelas respectivas, una forma de transimisión de la doctrina que recordaba a la de las iniciaciones mistéricas (de ahí el nombre de *epópticas);* las obras de Aristóteles conservadas,

8 Me parece que fue también Aristóteles el que, más que ningún otro, comunicó a Alejandro la afición a la medicina. Y es que no sólo le interesaba la teoría, sino que atendía también a los amigos enfermos y les prescribía tratamientos y régi-
2 men, como puede verse por su correspondencia. Era también por naturaleza amante de las letras y aficionado a la lectura. Consideraba la *Ilíada,* y así la llamaba, como un viático de la virtud militar, y se hizo con la edición preparada por Aristóteles, la llamada «edición del estuche», que tenía siempre bajo
3 la almohada junto con su puñal, según cuenta Onesícrito[16]. Por otra parte, como en las zonas interiores de Asia no le era fácil hacerse con otros libros, ordenó a Hárpalo que le enviase una remesa, y aquél le mandó las obras de Filisto, gran cantidad de tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y los ditirambos de Telestes y Filóxeno[17].

4 Al principio admiraba a Aristóteles y, según él mismo decía, lo amaba tanto o más que a su padre, pues éste le había dado el ser, pero gracias a aquél llevaba una vida honorable; sin embargo, más tarde empezó a verle con recelo, no hasta el punto de causarle daño, pero el hecho de que sus atenciones para con él no tuvieran la vivacidad y el afecto de
5 antes era ya un indicio de distanciamiento. Sin embargo, el amor y la pasión por la filosofía, que se habían implantado en él desde el principio y crecido con él, nunca se borraron de

incluida la *Metafísica* que cita Plutarco, pertenecerían más bien a esta categoría, en la medida en que no estaban destinadas a la publicación.

[16] Onesícrito de Astipalea, filósofo cínico, participó en la expedición a Asia y escribió una obra sobre la educación de Alejandro, siguiendo en parte el modelo de la *Ciropedia* de Jenofonte (fragmentos en Jacoby, *FGrH* núm. 134; éste es el fr. 38). Sobre la supuesta edición de la *Ilíada* hecha por Aristóteles, cf. R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, trad. esp., Madrid, 1981, vol. I, págs. 138-141.

[17] Tanto el historiador siciliano Filisto como los poetas corales Telestes y Filóxeno vivieron a caballo entre los siglos v y iv a. C.; todas sus obras se han perdido.

su espíritu, como atestiguan los honores concedidos a Anaxarco, los cincuenta talentos enviados a Jenócrates o el gran interés mostrado hacia Dándamis o Cálano[18].

Cuando Filipo marchó de campaña contra Bizancio, Ale- 9
jandro, que contaba a la sazón dieciséis años y había quedado
en Macedonia como dueño de la situación y en posesión del
sello real, desbarató la rebelión de los medos, tomó su ciudad,
expulsó de ella a los bárbaros, la repobló con gentes de varias
procedencias y le puso el nombre de Alejandrópolis[19]. Por otra 2
parte, estuvo presente y tomó parte en Queronea en la batalla
contra los griegos, y se dice que fue el primero en lanzarse
contra el batallón sagrado de los tebanos; todavía en nuestra 3
época se mostraba junto al Cefiso una vieja encina llamada
«de Alejandro», junto a la cual plantó entonces sus reales, y la
fosa común de los macedonios no está lejos de allí[20]. Así que 4
de resultas de tales acciones, como es natural, Filipo sentía un
amor extraordinario por su hijo, hasta el punto de regocijarse
de que los macedonios llamasen rey a Alejandro y general a
Filipo.

Pero los conflictos de la casa real, debidos a los matrimo- 5
nios y amoríos de Filipo y que de alguna manera se contagia-
ban desde su gineceo a todo el reino, provocaban numerosas

---

[18] Anaxarco de Abdera, discípulo de Pirrón, aparecerá varias veces a lo largo de la biografía (cf. por ejemplo su entrada en R. GOULET (dir.), *Dictionnaire des philosophes antiques*, vol. 1, Paris, 1989); Jenócrates fue director de la Academia platónica entre 339 y 315 a. C.; sobre los brahmanes Dándamis y Cálano, cf. luego, cap. LXV.

[19] Filipo asedió la ciudad de Bizancio en el invierno de 340-339 a. C.; los medos (gr. *Maîdoi)* citados, que no tienen nada que ver con el pueblo homónimo vecino de los persas, eran una tribu tracia asentada a orillas del alto Estrimón (Bulgaria actual).

[20] La batalla de Queronea —localidad beocia de donde era oriundo Plutarco— tuvo lugar en agosto de 338 y marcó el inicio de la hegemonía macedonia sobre Grecia; el túmulo mencionado por el biógrafo ha sido descubierto y excavado en tiempos modernos (cf. la nota de CHAMBRY y FLACELIÈRE en su ed. de Belles Lettres, pág. 227).

quejas y violentas desavenencias, que además el carácter di-
fícil de Olimpíade, mujer celosa y colérica, se encargaba de
6 agrandar, excitando por su parte a Alejandro. Pero la disputa
más sonada la provocó Átalo en la boda de Cleopatra, mu-
chacha a la que desposaba Filipo, enamorado de ella pese a
7 la corta edad de la chiquilla. Átalo, que era tío de Cleopatra,
borracho después del banquete, exhortó a los macedonios a
que pidieran a los dioses que naciera de Filipo y Cleopatra
8 un sucesor legítimo del reino. En esto Alejandro, encoleriza-
do, le dijo: «Necio, ¿es que a mí me tienes por bastardo?», y
9 acto seguido le lanzó una copa a la cabeza. Filipo se levantó
desenvainando la espada contra su hijo, pero por fortuna para
ambos el vino y su propia cólera le hicieron resbalar y caerse.
10 Alejandro le increpó diciendo: «Amigos, ahí tenéis al hom-
bre que se disponía a pasar de Europa al Asia: pasando de
11 un lecho a otro ha acabado por los suelos». Después de este
episodio causado por el vino, Alejandro se llevó a Olimpíade
y la instaló en el Epiro, mientras él residía entre los ilirios[21].
12 Mientras tanto el corintio Demarato, huésped de la casa real
13 y hombre de palabra franca, se llegó ante Filipo; después de
las salutaciones y atenciones de rigor, preguntó Filipo cómo
andaba la mutua concordia entre los griegos, y Demarato le
contestó: «En verdad, Filipo, que te conviene preocuparte se-
riamente por Grecia, tú que has llenado tu propia casa de tan
14 grandes males y disensiones». Filipo, volviendo en sí con esta
advertencia, mandó ir a buscar a Alejandro y lo hizo regresar,
persuadido por Demarato.

10 Algún tiempo después Pixódaro, sátrapa de Caria, con la
secreta intención de ganarse la alianza de Filipo gracias a un
lazo de parentesco, quiso ofrecer a su hija mayor para casarla

[21] La boda de Filipo con Cleopatra, que debía de proceder de una familia noble macedonia, y el consiguiente «exilio» de Alejandro entre los ilirios se fechan en el 337 a. C.

con Arrideo, hijo de Filipo, y envió a Macedonia a Aristócrito para hablar del asunto. De nuevo Alejandro tuvo que escuchar de labios de sus amigos y de su madre falsas acusaciones, en el sentido de que Filipo quería asegurar el trono a Arrideo por medio de una boda brillante y de una posición aventajada. Trastornado por tales palabras, Alejandro envía a Caria a 2
Tésalo, al actor trágico, para que le haga ver a Pixódaro que tiene que olvidarse de ese bastardo no muy en sus cabales y concertar la alianza con el propio Alejandro; esta proposición agradó a Pixódaro mucho más que sus planes anteriores. Pero 3
Filipo, enterándose del asunto, tomó consigo a uno de los amigos íntimos de Alejandro, Filotas el hijo de Parmenión, y entrando en la habitación de su hijo lo increpó e injurió con severidad y amargura, diciendo que era innoble e indigno de la posición que disfrutaba querer convertirse en el yerno de un cario, esclavo por demás de un rey bárbaro[22]. Escribió Filipo 4
a los corintios para que le trajeran a Tésalo atado de pies y manos; en cuanto a los demás amigos de Alejandro, expulsó de Macedonia a Hárpalo y Nearco, así como a Erigio y Tolomeo, a los que más tarde hizo volver Alejandro y concedió los más altos honores[23].

Más adelante Pausanias, ultrajado por instigación de Átalo 5
y de Cleopatra, no pudiendo obtener justicia por ello, acabó con Filipo. La responsabilidad principal recayó en Olimpíade, que supuestamente habría presionado y azuzado al joven encolerizado, pero cierta sospecha alcanzó también a Alejandro. 6
Se dice, en efecto, que al encontrarse Pausanias con él después

[22] Era proverbial el desprecio de los griegos hacia el pueblo cario, en Asia Menor; el actor Tésalo es mencionado también por PLUTARCO en *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 2, 334E-F.

[23] Hárpalo, amigo de la infancia, será después tesorero de Alejandro; sobre Nearco, comandante de la flota al regreso de la India, cf. luego, caps. LXVI y ss.; Tolomeo será el fundador de la dinastía Lágida de Egipto; Erigio (según la corrección del texto propuesta por Schmieder) era otro de los íntimos de Alejandro.

del ultraje padecido y lamentarse por ello, Alejandro le salió
con aquel verso yámbico de *Medea:* «Al responsable de la
7 boda, al marido y a la esposa»[24]. No obstante, mandó buscar
y castigar a los cómplices de la trama y llevó muy a mal que
Olimpíade tratase cruelmente a Cleopatra durante su ausencia.

11 Así pues, a los veinte años se hizo con las riendas del rei-
no, a la sazón afectado por violentas envidias, odios terribles y
2 peligros por todos sus costados. En efecto, los pueblos bárbaros
colindantes no toleraban la servidumbre, añorando las dinas-
tías de sus antepasados, y en cuanto a Grecia, Filipo la había
vencido con las armas pero no había tenido tiempo de domarla
y amansarla, antes bien, limitándose a cambiar y alterar las co-
sas, la había dejado en un estado de gran agitación y confusión
3 debido a la novedad de la situación. Los macedonios, asustados
ante tal estado de cosas, pensaban que Alejandro debía aban-
donar Grecia por completo y no recurrir a la violencia contra
ella, y, por lo que respecta a los bárbaros levantiscos, pensaban
que debía atraérselos tratándolos con suavidad y mitigar así
4 los conatos de rebelión; pero Alejandro, con razonamiento in-
verso, se lanzó con audacia y resolución a la tarea de asegurar
y salvar la situación, en la idea de que, a poco que se le vie-
ra flaquear en su determinación, se le echarían todos encima.

5 Así pues, puso fin a la agitación y guerras de la parte de
los bárbaros acudiendo sin tardanza con su ejército hasta el
río Istro y venciendo en una gran batalla a Sirmo, el rey de
6 los tribalos[25]. Pero, enterándose de que los tebanos le hacían

[24] Eurípides, *Medea*, 288 (Creonte expresa su temor de que Medea quiera hacerles daño a él, a Jasón y a la princesa Glauce, hija de Creonte; Alejandro se estaría refiriendo así a Átalo, Filipo y Cleopatra). Filipo fue asesinado en octubre de 336 a. C.; es difícil saber hasta qué punto Alejandro y Olimpíade pudieron ser instigadores del magnicidio.

[25] El Istro es el Danubio actual; sobre la campaña, cf. A. B. Bosworth, *Conquest and Empire: the Reign of Alexander the Great*, Cambridge, 1988 = *Alejandro Magno* [trad. C. Francí], Madrid, 2005, págs. 30-33.

defección y que los atenienses estaban de su lado, inmediatamente hizo pasar las Termópilas a sus fuerzas diciendo que, puesto que Demóstenes le llamaba niño cuando estaba entre los ilirios y tribalos, y muchacho cuando entró en Tesalia, quería ahora, junto a los muros de Atenas, hacerle ver que era todo un hombre[26]. Llegado ante las murallas de Tebas 7
y queriendo darles aún la ocasión de volverse atrás de sus determinaciones, reclamó la entrega de Fénix y Prótites y prometió la amnistía para los que se pasasen a su lado[27]. Los 8
tebanos, por su parte, exigieron la entrega de Filotas y Antípatro, e hicieron proclamar que se alistaran con ellos aquellos que quisieran ayudar a liberar Grecia; en vista de ello Alejandro ordenó a los macedonios el ataque. Los tebanos 9
lucharon con un valor y un arrojo por encima de sus fuerzas, enfrentados a un enemigo varias veces más numeroso; pero 10
cuando la guarnición macedonia abandonó la ciudadela Cadmea y cayó sobre ellos por la espalda, viéndose rodeados, la mayor parte de los tebanos cayeron luchando allí mismo. La ciudad fue tomada, saqueada y arrasada; en general la espe- 11
ranza de Alejandro era que los griegos, conmovidos ante tal desastre y cobrando miedo, se mantendrían tranquilos, pero además así consiguió salvar las apariencias, como si satisficiera las quejas de sus aliados, pues tanto los foceos como los platenses habían acusado a los tebanos. Y dejando aparte 12
a los sacerdotes, a todos los huéspedes de los macedonios, a los descendientes de Píndaro y a los que habían votado en contra de la defección, hizo vender como esclavos a los demás, que serían unos treinta mil; los muertos ascendían a más de seis mil.

---

26 Cf. Plut., *Demóstenes* 23,3.

27 Los dos personajes citados son desconocidos; sin duda, serían figuras relevantes del partido antimacedonio.

12 En medio de tantos y tan crueles sufrimientos como abru-
maban a la ciudad, unos soldados tracios devastaron la casa de
Timoclea, mujer principal y de conducta intachable, y mien-
tras ellos saqueaban sus bienes el comandante la violentó y
deshonró, preguntándole después si tenía oro o plata escon-
2 didos en algún sitio. Ella le dijo que sí, le condujo a solas al
jardín y mostrándole un pozo, le dijo que ella misma había
metido allí sus más preciosas pertenencias cuando la toma
3 de la ciudad. Y cuando el tracio se asomaba para examinar el
interior, Timoclea se puso detrás de él y lo empujó; a conti-
nuación lanzó sobre él una lluvia de piedras hasta acabar con
4 su vida. Cuando los tracios la llevaron atada ante Alejandro,
enseguida quedó patente por su aspecto y sus andares que era
una mujer animosa y digna de respeto, pues seguía a los sol-
dados que la conducían sin dar muestras de inquietud o miedo.
5 Cuando el rey le preguntó quién era, contestó que hermana de
Teágenes, el que había combatido contra Filipo por la libertad
de los griegos y caído en Queronea con el mando de general.
6 Admirado Alejandro tanto de su respuesta como de su acción,
ordenó que se la dejara en libertad junto con sus hijos[28].

13 Se reconcilió con los atenienses, a pesar de que habían
mostrado una aflicción excesiva respecto de la desgracia de
Tebas; en efecto, estando en plena celebración de la fiesta
de los Misterios, la suspendieron en señal de duelo, y a los
tebanos que se refugiaron en la ciudad los trataron con todo
2 tipo de miramientos[29]. Pero, sea por estar ya saciada su cólera,
como los leones, sea por deseo de compensar su crueldad y
severidad con una acción indulgente, Alejandro no sólo olvi-
dó todos los motivos de queja contra Atenas, sino que instó
a la ciudad a que prestase la debida atención a sus intereses,

---

[28] La misma historia se cuenta, con más detalle, en *Virtudes de mujeres* 259C.

[29] Los misterios de Eleusis se celebraban entre setiembre y octubre, lo que permite fechar en esa época del año 335 la destrucción de Tebas.

ya que, decía, si algo le sucediese a él, a ella correspondería
el mando sobre Grecia. Se dice además que, a lo largo de su 3
vida, la desgracia de los tebanos fue con frecuencia para él
motivo de aflicción, y que por ello trataba con más dulzura a 4
muchos de ellos. Y ello hasta el punto de que tanto lo ocurrido
con Clito estando él ebrio, como la cobardía de los macedo-
nios en la India, que no había permitido dar cumplimiento a
su expedición y a su gloria, las achacaba Alejandro al resen-
timiento y la venganza de Dioniso[30]. Y entre los tebanos que 5
sobrevivieron no hubo uno que se acercase después a pedirle
algo y no pudiese obtenerlo. Hasta aquí, pues, lo referente a
Tebas. 14

Cuando los griegos se reunieron en el Istmo y votaron ir
de campaña contra los persas en compañía de Alejandro, éste 2
fue proclamado comandante en jefe. Como muchos hombres
políticos y filósofos se acercaban a él para felicitarle, confiaba
Alejandro en que Diógenes de Sinope, que se encontraba a 3
la sazón en Corinto, haría lo propio. Pero como aquél no se
preocupaba lo más mínimo de Alejandro y pasaba el rato en el
Craneo, fue él en persona a visitarle, encontrándole tumbado 4
al sol. Diógenes se incorporó un poco ante tal avalancha de
hombres como venía hacia él y se quedó mirando a Alejandro;
éste le saludó y le preguntó si acaso tenía necesidad de alguna 5
cosa. «Que te me apartes un poco del sol», dijo. Dícese que
ante tal respuesta y muestras de desdén, Alejandro quedó tan
admirado de la altivez y grandeza de este hombre que, cuando
ya de vuelta, los suyos se reían y mofaban del filósofo, dijo:
«Pues por lo que a mí hace, si no fuese Alejandro, de buena
gana sería Diógenes»[31].

---

30 El episodio de Clito se cuenta en los caps. L-LII; Dioniso, dios de la ebriedad, era hijo de la tebana Sémele y conquistador mítico de la India.

31 El Craneo era un arrabal de Corinto; sobre Diógenes el cínico y las innumerables anécdotas a él atribuidas, cf. C. García Gual, *La secta del perro. Diógenes Laercio: Vidas de los filósofos cínicos*, Madrid, 1987.

6 Queriendo consultar a Apolo acerca de su expedición se llegó hasta Delfos, pero se dio la circunstancia de ser uno de los días nefastos, en los que no está permitido emitir oráculos.
7 Primero Alejandro mandó llamar a la profetisa, pero como ella se negaba y alegaba las prescripciones sagradas, subió él en persona a por ella y la llevó por la fuerza al templo; y cuando ella, como vencida ante su empeño, dijo: «Eres invencible, hijo», escuchándolo Alejandro declaró que ya no necesitaba ninguna otra profecía, pues tenía de sus labios el oráculo que deseaba.

8 Cuando se aprestaba a salir de campaña, entre otras señales que parecían proceder de la divinidad, la imagen de Orfeo en Libetros, tallada en madera de ciprés, comenzó a exudar
9 abundantemente por aquellos días. Todos se mostraron atemorizados ante este prodigio, pero Aristandro les exhortó a que estuviesen tranquilos: según él, Alejandro iba a llevar a cabo hazañas dignas de ser cantadas y difundidas por todas partes, lo cual provocaría muchos sudores y esfuerzos a los poetas y músicos que las celebrasen[32].

15 En cuanto a los efectivos del ejército, los autores que calculan por lo más bajo hablan de treinta mil hombres de infantería y cuatro mil jinetes, y los que por lo más alto, de cuarenta
2 y tres mil y cinco mil, respectivamente. Cuenta Aristobulo que Alejandro no tenía más de setenta talentos para mantener a esta tropa; Duris habla de víveres para tan sólo treinta días, y Onesícrito dice que además tuvo que pedir prestados dos-
3 cientos talentos[33]. Ahora bien, aunque partía con tan pocos y

[32] Libetros estaba situado en Pieria, en las estribaciones del monte Olimpo, comarca asociada con el mito de Orfeo.

[33] Aristobulo participó en la expedición de Alejandro y se le puede considerar como una de las fuentes históricas más fiables de las que dispuso Plutarco (fragmentos en Jacoby, *FGrH* núm. 139; éste es el fr. 4); Duris de Samos, historiador a caballo entre los siglos IV y III a. C. (cf. Jacoby, *FGrH* núm. 76, fr. 40); sobre Onesícrito (fr. 2 Jacoby), cf. nota 16.

magros recursos, no se embarcó en las naves sin antes infor-
marse de los asuntos de los amigos, concediendo un campo
a uno, una aldea a otro, la renta de un caserío o de un puerto
al de más allá. Y como ya hubiese gastado y asignado de esta 4
forma casi todos los bienes del reino, Perdicas le dijo: «¿Y qué
dejas para ti, señor?». Contestóle Alejandro que la esperan-
za, y Perdicas: «Pues bien, también nosotros, tus compañeros
de expedición, la compartiremos contigo». Y diciendo esto 5
Perdicas renunció a la propiedad que le había sido asignada,
y lo mismo hicieron algunos otros de sus amigos. Pero a los 6
que aceptaban o le solicitaban algo les satisfacía de buena
gana, y en estos repartos gastó la mayor parte de sus bienes
en Macedonia.

Con tal espíritu y determinación cruzó el Helesponto; su- 7
biendo a Ilión hizo un sacrificio a Atenea y libaciones a los
héroes. Ante la tumba de Aquiles, después de untarse de aceite 8
y correr desnudo alrededor de ella junto con sus compañeros,
según la costumbre, hizo ofrenda de una corona y llamó bien-
aventurado a Aquiles por haber tenido en vida un amigo fiel y
un gran heraldo de sus hazañas después de muerto. Mientras 9
recorría visitando la ciudad alguien le preguntó si quería ver
la lira de Alejandro, pero él contestó que aquélla no le intere-
saba en absoluto, sino que buscaba la de Aquiles, con la que
el héroe cantaba las hazañas y gestas de los valientes[34].

Entre tanto los generales de Darío habían reunido y co- 16
locado en orden de batalla un gran ejército en el paso del río
Granico, así que no había más remedio que, ante las puer-
tas por así decir de Asia, pelear por la entrada y posterior
conquista[35]. Pero la mayor parte de los macedonios temían 2

---

[34] Cf. *Ilíada* IX 189; el Alejandro antes citado es el también llamado Paris en la epopeya homérica. El paso del Helesponto tuvo lugar en la primavera del 334 a. C.

[35] El Granico, al este de Troya, es un pequeño río de la Frigia Helespóntica que desemboca en el mar de Mármara; para una reconstrucción moderna de la

la profundidad del río y lo irregular y escarpado de la orilla opuesta, a la que había que acceder peleando; además, algunos creían que había que observar las prescripciones referentes al mes Desio (y es que durante este mes los reyes macedonios tenían por costumbre no salir de campaña)[36]. Esto último lo solucionó Alejandro ordenando que se llamase «segundo Ar-
3 temisio» en vez de Desio; y como Parmenión, en vista de lo avanzado de la hora, no permitía que se corrieran tales riesgos, Alejandro le contestó que era una afrenta al Helesponto tener miedo del Granico después de haber cruzado aquél, y acto seguido se lanzó a la corriente con trece escuadrones de
4 caballería. Dirigiéndose contra los dardos enemigos, hacia un lugar escarpado y pertrechado de armas y caballos, a través de la corriente que casi les arrastraba y sumergía, se hubiera dicho que ejercía el mando del ejército con más alocamiento e insensatez que juicio.

5 No obstante, empeñado en cruzar, acabó por alcanzar la orilla opuesta no sin gran dificultad y esfuerzo, pues estaba húmeda y resbaladiza a causa del barro; al punto se vio obligado a entablar combate en pleno desorden, enzarzándose individualmente contra el enemigo que se les venía encima, antes de que sus tropas acabasen de cruzar y adoptasen una posi-
6 ción de combate determinada. Los persas, en efecto, cargaban chillando, colocaban sus caballos junto a los del enemigo y hacían uso de sus lanzas, o de sus espadas cuando aquéllas se
7 les rompían. Una turba de enemigos se lanzó contra Alejandro —que se hacía notar por el escudo y el penacho del casco, adornado a ambos lados por una pluma de una blancura y tamaño admirables—, y aunque fue alcanzado por un dar-
8 do en el repliegue de la coraza, no resultó herido; después,

batalla y los problemas que plantea al historiador, cf. Bosworth, *Alejandro...*, págs. 39-50. Darío III Codomano era rey de Persia desde el 336 a. C.

[36] El mes Desio equivalía al ateniense Targelión (que seguía a Artemisio), es decir, aproximadamente el mes de mayo.

cuando se le vinieron encima a un tiempo los generales Ré-
saces y Espitridates, esquivó a éste y anticipándose a aquél
le alanceó, pero su lanza se quebró contra la coraza, así que
Alejandro echó mano a su espada. Estaban ambos entablando 9
combate cuando Espitridates, acercando su caballo por el flan-
co y levantándose enérgicamente, le golpeó con su cimitarra
bárbara, arrancándole el penacho con una de las plumas; el 10
casco aguantó el golpe a duras penas, hasta el punto de que la
hoja de la cimitarra llegó a rozar la parte superior del cabello.
Pero cuando Espitridates se levantaba otra vez para golpear de 11
nuevo, se le adelantó Clito el negro, atravesándole de medio a
medio con su jabalina, al tiempo que Résaces caía herido de
muerte por la espada de Alejandro.

Mientras el combate ecuestre se desarrollaba en medio de 12
tales peligros e incertidumbre, la falange macedonia cruzó el
río y ambas formaciones de infantería trabaron combate. Sin 13
embargo, los persas no resistieron con mucho vigor ni durante
mucho tiempo, sino que se dieron la vuelta y huyeron, a excep-
ción de los mercenarios griegos, quienes se reunieron junto a
una colina y solicitaron garantías a Alejandro. Pero éste, lleva- 14
do más de la cólera que del cálculo, se lanzó el primero contra
ellos, perdiendo su caballo, herido por una espada en el cos-
tado —no era Bucéfalo, sino otro—, y fue entonces cuando
cayeron la mayor parte de los que habían de resultar muertos
o heridos en esa jornada, puesto que se enfrentaban a hombres
valerosos y desesperados.

Las bajas de los bárbaros se calculan en veinte mil infan- 15
tes y dos mil quinientos jinetes. Por lo que respecta al bando
de Alejandro, Aristobulo dice que hubo en total treinta y cua-
tro muertos, nueve de ellos de infantería[37]. Ordenó Alejandro 16
que se erigieran en su honor estatuas de bronce, que Lisipo
se encargó de hacer. Y queriendo compartir su victoria con 17

[37] Aristobulo (cf. nota 33), fr. 5 Jacoby.

los griegos, envió a los atenienses en particular trescientos
escudos de los capturados, y ordenó colocar sobre el conjunto
de despojos restantes una ambiciosa inscripción que rezaba:
18 «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, a excepción de los
espartanos, a expensas de los bárbaros que habitan el Asia».
19 En cuanto a las copas, telas de púrpura y demás objetos pre-
ciosos que había arrebatado a los persas, los envió todos a su
madre, salvo unos pocos.

17 Esta batalla tuvo como efecto inmediato un gran vuel-
co de la situación a favor de Alejandro, hasta el extremo de
entregársele la ciudad de Sardes, baluarte del imperio marí-
timo de los persas, y ponerse a su disposición el resto de la
2 región. Tan sólo resistieron Halicarnaso y Mileto, que tomó
por la fuerza, sometiendo acto seguido las zonas limítrofes de
ambas ciudades. Pero Alejandro estaba indeciso en cuanto a
3 sus planes para el futuro: tan pronto se mostraba impaciente
por encontrarse con Darío y jugárselo todo a una baza, como
pensaba en, por así decir, ejercitarse primero y cobrar fuerzas
ocupándose de los asuntos y recursos marítimos, para ir des-
pués al encuentro de aquél.

4 Hay en Licia, junto a la ciudad de Jantos, una fuente de la
que se dice que por aquel entonces, cambiando su curso y des-
bordándose sin causa aparente, vomitó de sus profundidades
una tablilla de bronce grabada en arcaicos caracteres y en la
que se declaraba que el imperio persa tocaría a su fin destrui-
5 do por los griegos. Enardecido con este prodigio, se apresuró
a despejar las comarcas costeras hasta Fenicia y Cilicia. Su
6 veloz paso por Panfilia ha dado pie a muchos historiadores
para hacer descripciones pintorescas y exageradas, destina-
das a asombrar al lector: según ellos, por alguna especie de
favor divino, el mar se habría retirado ante Alejandro, por más
que suela venir siempre oleaje procedente de alta mar y rara
vez deje al descubierto estrechos caminos por los que avanzar
7 al pie de las escarpaduras y acantilados. Sobre este episodio

extraordinario ironiza también Menandro en una de sus comedias, diciendo aquello de:

> «Ya va esto a lo Alejandro, que si a uno busco yo,
> sin llamarle se presenta; y si acaso hay que cruzar
> por el mar algún terreno, allanado me será[38].»

Pero el propio Alejandro no hace alusión en sus cartas 8
a ningún prodigio semejante, sino que dice haberse abierto camino por la llamada *Escalera* y haberla recorrido partiendo
de Fasélide. Por esta razón pasó muchos días en dicha ciu- 9
dad; y habiendo visto en la plaza una estatua del ya fallecido Teodectes (que era de Fasélide), acudió allí con los suyos de francachela después de cenar, borracho, y cubrió la estatua de abundantes guirnaldas, rindiendo así, en broma, honores no desprovistos de gracia al hombre al que había tenido ocasión de tratar gracias a Aristóteles y a la filosofía[39].

A continuación domeñó a los pisidios que le hacían resis- **18**
tencia y sometió la Frigia. Tomó la ciudad de Gordio, que se 2
dice había sido residencia del antiguo Midas; allí vio el célebre carro cuyo yugo estaba atado con corteza de cornejo, y se le informó de la tradición a la que daban crédito los bárbaros y según la cual aquel que desatara el nudo estaba destinado
a ser el rey del mundo. Pues bien, la mayoría de los autores 3
dicen que, como los nudos tenían ocultos los cabos y estaban retorcidos entre sí con varias vueltas, Alejandro, incapaz de desatarlo, lo cortó con un golpe de su espada, apareciendo

---

[38] MENANDRO, fr. 598 KASSEL-AUSTIN (751 KÖRTE).

[39] En realidad Teodectes de Fasélide, discípulo de Aristóteles muerto en torno al 334 a. C., destacó más bien como retórico y como autor trágico. La llamada *Escalera*, en el golfo de Antalya (Turquía meridional), era una porción de camino parcialmente sumergido por las olas que lanzaban contra él los vientos del sur, con el consiguiente peligro e incomodidad para los soldados; el episodio tuvo lugar en el invierno de 334-333 a. C.

4 muchos cabos a consecuencia del corte. Pero Aristobulo dice que le resultó muy fácil desatarlo quitando la llamada clavija del timón, con que se sujetaba la correa del yugo, y retirando de esta forma el yugo mismo[40].

5 A continuación se hizo con el poder sobre Paflagonia y Capadocia y, enterándose de la muerte de Memnón —uno de los generales de Darío para la zona marítima y del que se esperaba daría a Alejandro muchos problemas y pondría obstáculos y dificultades sin cuento—, se reafirmó más aún en
6 su propósito de llevar la expedición al interior[41]. Por entonces Darío ya bajaba desde Susa, ufano y confiado en la magnitud de sus tropas (pues llevaba un ejército de seiscientos mil hombres) y animado por cierto sueño que los magos interpretaban
7 más para complacerle que con sentido común. Soñó Darío que la falange macedonia era presa de un enorme fuego; que Alejandro le servía, vestido con la estola que el propio Darío llevaba en otro tiempo, cuando era correo del rey; y que
8 Alejandro, entrando en el templo de Belo, desaparecía[42]. Con todo ello, a lo que parece, quería significar la divinidad que las hazañas de los macedonios habrían de brillar con luz propia, que Alejandro se haría el amo de Asia, como lo había hecho Darío convirtiéndose en rey después de ser correo, pero que muy pronto perdería su vida en plena gloria.

19 Aún se acrecieron los ánimos de Darío al sospechar cobardía en Alejandro, que se demoraba largo tiempo en Cilicia.
2 Pero esta demora se debía a una enfermedad, que unos atri-

---

40 Aristob., fr. 75 Jacoby; para este episodio, cf. también Arriano, *Anábasis*, 2, 3.

41 Memnón de Rodas, que había sido nombrado por Darío comandante de las operaciones en el Egeo, murió durante el asedio de Mitilene, en el verano del 333 a. C.

42 Se trata del templo de Belo —el dios acadio Bel, llamado Baal entre los cananeos y fenicios— en Babilonia, ciudad donde efectivamente moriría Alejandro.

buyen al cansancio y otros al hecho de bañarse en la helada
corriente del Cidno[43]. Ninguno de sus médicos se atrevía a 3
combatirla, y es que, creyendo que el mal era demasiado grave
para cualquier tipo de tratamiento, temían ser acusados por
los macedonios en caso de fracasar; pero Filipo de Acarnania, 4
al ver la penosa situación en la que se encontraba Alejandro,
confiando en su amistad y considerando una indignidad no
compartir con él el peligro cuidándole y asistiéndole, sin dejar
nada por probar, preparó una medicina y le convenció de que
aceptase beberla si realmente tenía prisa en reponerse para la
guerra.

En esto Parmenión envió una carta desde el campamento 5
instando a Alejandro a que se guardase bien de Filipo, pues
según él Darío le había convencido para que le matase a cam-
bio de ricos presentes y de la promesa de casarle con su hija.
Alejandro leyó la carta y sin revelar su contenido a ninguno
de sus amigos la metió bajo su almohada. Cuando, llegado el 6
momento, entró Filipo con los demás acompañantes llevan-
do su medicina en una copa, Alejandro le dio a leer la carta
al tiempo que se tomaba la medicina con decisión y sin dar
señales de sospecha; fue aquello un espectáculo admirable y 7
teatral, el uno leyendo y el otro bebiendo, después se miraron
el uno al otro, aunque no de igual modo, sino que Alejandro
lo hizo con una expresión relajada y radiante, haciendo ver su
benevolencia y confianza para con Filipo, mientras que éste, 8
fuera de sí ante tal calumnia, tan pronto invocaba a los dioses
levantando los brazos hacia el cielo como se echaba sobre
el lecho de Alejandro conjurándole a que tuviera ánimo y se
confiase a él. Al principio la medicina, adueñándose de su 9
cuerpo, pareció como que alejaba su fuerza vital y la hundía
en lo más profundo, hasta el punto de perder el habla, ver sus

[43] El Cidno, alimentado por las nieves del Tauro, es el río que pasaba por la ciudad de Tarso, en Cilicia.

sentidos muy debilitados y confusos y finalmente perder el
conocimiento; sin embargo, reanimado rápidamente por Fili-
po y sintiéndose mejor, se presentó ante los macedonios, que
no podían salir de su estado de desánimo si no era viendo a
Alejandro.

**20** Había en el ejército de Darío un tal Amintas, un tránsfu-
2 ga macedonio, que conocía el carácter de Alejandro. Viendo
que Darío se encaminaba hacia los desfiladeros para encon-
trarse con él, le encareció que permaneciese donde estaba,
en llanuras anchas y abiertas, para combatir con tal grueso de
3 ejército contra un enemigo menos numeroso. Cuando Darío
le respondió que temía que los enemigos se apresurasen a huir
y Alejandro se le pudiera escapar, le dijo: «Lo que es por eso,
soberano, puedes estar tranquilo: pues él marchará contra ti, si
4 es que no lo está haciendo ya». Estas palabras de Amintas no
le convencieron, y levantando el campo marchó Darío hacia
Cilicia al tiempo que Alejandro lo hacía en dirección a Siria
5 para encontrarse con él. Pero habiéndose cruzado ambos ejér-
citos durante la noche sin encontrarse, empezaron a retroceder
de nuevo; Alejandro se congratulaba de su buena fortuna y
estaba impaciente por salirle al encuentro en los desfilade-
ros, mientras que Darío lo estaba por ganar el campamento
6 anterior y sacar sus tropas de dichos desfiladeros; y es que ya
había comprendido que para sus intereses había sido un error
meterse en un terreno que, con el mar, las montañas, el río
Pínaro que discurre por el medio y accidentes geográficos por
todas partes, resulta dificultoso para la caballería y ofrece una
posición favorable a un número reducido de enemigos[44].

[44] Se trata de los desfiladeros del Amano, una ramificación de la cordillera del Tauro que separa Cilicia de Siria, al este del golfo de Iso (actualmente, de Alexandretta, en Turquía); para una reconstrucción histórica de la batalla (noviembre de 333) y de su geografía, cf. BOSWORTH, *Alejandro...*, págs. 63-74 (con mapa de la zona).

Así que la fortuna proporcionó a Alejandro la ventaja del 7
lugar, pero su estrategia fue más importante para la victoria
que los imponderables de la fortuna: pues siendo inferior en 8
número ante tal multitud de bárbaros, no les dio ocasión de rodearle, y él mismo, desbordando con su ala derecha la izquierda del enemigo y situándose en su flanco, puso en fuga a los bárbaros que tenía frente a sí. Luchaba Alejandro en primera fila, hasta el punto de resultar herido en el muslo, según Cares, por la espada de Darío —pues habrían venido ambos
a las manos—; ahora bien, Alejandro, en la carta que envió 9
a Antípatro acerca de la batalla, no menciona el nombre del que le hirió, y dice solamente que resultó herido de daga en el muslo y que la herida no tuvo secuelas de importancia[45].

Obtuvo Alejandro una brillante victoria y abatió a más de 10
ciento diez mil enemigos, pero no pudo capturar a Darío, que le llevaba cuatro o cinco estadios de ventaja en su huida, aunque sí se apoderó de su carro y su arco antes de darse la vuelta.
Entonces se encontró con que los macedonios arramblaban 11
con las riquezas del campamento bárbaro, en cantidades fabulosas a pesar de haber venido a la batalla con un equipo ligero y haber dejado la mayor parte de la impedimenta en Damasco. Habían reservado para él la tienda de Darío, rebosante de una magnífica servidumbre así como de abundantes
muebles y tesoros. Así que Alejandro, despojándose al punto 12

[45] Cares de Mitilene fue chambelán de Alejandro y escribió sobre él una obra que Plutarco cita en varias ocasiones (fragmentos en Jacoby, *FGrH* núm. 125; éste es el fr. 6). En cuanto a la «correspondencia» de Alejandro que utiliza y cita Plutarco en más de una ocasión, es difícil decir hasta qué punto se trataba o no de documentos auténticos; para Bosworth, *Alejandro...*, «por lo general, no podemos ir más allá de la afirmación de que las cartas [...] son una deformación adornada de hechos comprobados; pocas de ellas pueden utilizarse como datos fidedignos sin corroboración de otras fuentes» (pág. 353; cf. también L. Pearson, «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-55, págs. 429-39). El general Antípatro había quedado como regente de Macedonia tras la partida de Alejandro a Asia.

de la armadura, se encaminó hacia el baño diciendo: «Vamos a limpiamos el sudor de la batalla en el baño de Darío»; y uno de sus compañeros replicó: «No, por Zeus, sino en el baño de Alejandro, pues es de justicia que los bienes del vencido pasen
13 al vencedor y sean designados con su nombre». Y cuando vio los barreños, los jarros, las bañeras y los frascos de perfumes, todo de oro, primorosamente trabajado; la sala que olía divinamente como a perfume y esencias; cuando de allí entró en la tienda, digna de admiración por su altura, por su tamaño, por el lujo del lecho, de las mesas, de los alimentos mismos, mirando a sus compañeros les dijo: «¡En esto consistía, por lo que parece, ser rey!».

21 Cuando se disponía a comer, alguien vino a informarle de que entre los prisioneros se encontraban la madre, la mujer y dos hijas solteras de Darío, y que al ver su carro y su arco habían comenzado a golpearse el pecho y a lamentarse, en la
2 idea de que aquél había muerto. Alejandro guardó silencio durante un buen rato, y con los sentimientos más puestos en la desdicha de ellas que en su propia buena suerte, despachó a Leonato para que les dijera que Darío no había muerto y que no tenían que tener miedo de Alejandro, pues si luchaba contra Darío era por el imperio, pero ellas disfrutarían de todas las consideraciones de que eran objeto bajo el reinado de aquél.
3 Y si estas palabras les parecieron amables y honestas, su gesto
4 les resultó todavía más lleno de humanidad: les concedió el permiso de enterrar a cuantos persas desearan, sirviéndose para ello de vestidos y ornatos tomados del botín, y no sólo no les suprimió nada de la servidumbre y honores que tenían, sino que incluso pudieron disfrutar de mayores recursos que antes.
5 Pero el más hermoso y regio favor que estas mujeres nobles y prudentes recibieron de Alejandro durante su cautiverio fue el de no escuchar ni sospechar ni tener que temer ninguna indignidad, antes bien, como si no estuvieran en un campamento enemigo, sino custodiadas en santos e inviolables gineceos,

pudieron llevar una vida retirada y al abrigo de miradas indis-
cretas. Y eso que —al menos es lo que se dice— la mujer de 6
Darío era con mucho la más distinguida de todas las reinas,
del mismo modo que el propio Darío era el más apuesto y
gallardo de los hombres, y las hijas habían salido a imagen de
sus progenitores. Pero Alejandro, según parece, considerando 7
el dominio de sí mismo como algo más digno de un rey que
vencer a sus enemigos, ni tocó a estas mujeres ni conoció a
ninguna otra antes de la boda, a excepción de Barsine. Ésta 8
quedó viuda tras la muerte de Memnón y fue capturada en
Damasco; como había sido educada en la cultura griega, tenía 9
un carácter dulce y era hija de Artabazo —nacido de una hija
del rey de Persia—, Alejandro hizo de ella su concubina, acon-
sejado, al decir de Aristobulo, por Parmenión para que tomase
una mujer tan hermosa y de tan noble linaje[46]. Y Alejandro, 10
cuando veía a las demás cautivas, que llamaban la atención
por su porte y hermosura, decía bromeando que las mujeres
persas eran un tormento para la vista[47]; pero, oponiendo a su 11
belleza la hermosura de su propia continencia y temperancia,
pasaba frente a ellas como si fuesen estatuas sin vida.

En cierta ocasión Filóxeno, general al mando de las pro- 22
vincias marítimas, le escribió contándole que un tal Teodoro
de Tarento había ido a verle con dos muchachos extraordina-
riamente hermosos, que estaban a la venta, y le preguntaba
si quería comprarlos; Alejandro, ofendido, daba voces una y
otra vez ante sus amigos y se preguntaba de qué ruindad podía
Filóxeno considerarle reo como para presentarse por interme-
diario de semejante oprobio. Y al propio Filóxeno le envió una 2

---

[46] ARISTOB., fr. 11 JACOBY (cf. también PLUT., *Éumenes* 1, 7); Barsine dio a Alejandro un hijo al que se llamó Heracles. La mujer de Darío se llamaba Estatira; su madre, Sisigambis.

[47] Esto parece un eco del pintoresco episodio de los persas en la corte del rey macedonio Amintas, que cuenta HERÓDOTO, V 18 («para tormento de sus ojos», en la traducción de C. SCHRADER en esta misma colección).

carta llena de injurias en la que le instaba a que mandase al
3 infierno a Teodoro junto con sus mercancías. También reprendió severamente a Hagnón, quien le había escrito diciéndole que tenía intención de comprar y llevar a su presencia a Cró-
4 bilo, célebre a la sazón en Corinto; y enterándose de que los macedonios Damón y Timoteo, que estaban a las órdenes de Parmenión, habían ultrajado a las mujeres de ciertos mercenarios, escribió a Parmenión ordenándole que, si eran convictos de su crimen, les castigase e hiciese perecer como a fieras
5 nacidas para estrago de los hombres. Y en la tal carta decía textualmente de sí mismo: «Pues, por lo que a mí respecta, no sólo no se me podría acusar de haber visto o querido ver a la mujer de Darío, sino que ni siquiera he tolerado que delante de
6 mí se hablase de su belleza». Decía también que si se tenía por mortal era ante todo por el sueño y el deseo sexual, puesto que la fatiga y el placer amoroso tienen su origen en una misma debilidad propia de nuestra naturaleza.

7 Era además extraordinariamente frugal, y dio prueba de ello en muchas ocasiones, especialmente en las palabras que dirigió a Ada, a la que adoptó por madre y nombró reina de
8 Caria[48]; pues como ella, en señal de afecto, le enviase cada día gran cantidad de viandas y pasteles y hubiese terminado por mandarle a los cocineros y pasteleros de mejor reputación,
9 le respondió Alejandro que no necesitaba nada de eso, pues tenía los mejores cocineros que le había dado su pedagogo Leónidas: para el desayuno, un paseo antes del alba, y para la
10 cena, haber hecho un desayuno frugal. «Y este mismo Leónidas», decía, «revisaba y abría los cofres en que se guardaban mis mantas y vestidos para vigilar que mi madre no me hubiese metido alguna cosa de lujo o superflua».

[48] Ada había sido destronada antes por su hermano Pixódaro (sobre el cual, cf. cap. X).

Por otra parte, era menos inclinado al vino de lo que pa- 23
recía. Tenía esa fama por el mucho tiempo que pasaba con
cada copa, no tanto bebiendo cuanto hablando, pues proponía
siempre un tema de conversación amplio; y aun esto sólo lo
hacía cuando disponía de mucho tiempo de ocio, pues cuan- 2
do tenía cosas que hacer, ni el vino o el sueño, ni el juego,
el amor o el espectáculo le retenían, como les ocurrió a otros
hombres de armas; y ello lo prueba su propia vida, que aun
habiendo sido extraordinariamente breve, llenó de muchas y
brillantes hazañas.

Cuando estaba sin ocupaciones, nada más levantarse ha- 3
cía un sacrificio a los dioses y a continuación desayunaba
sentado; después pasaba la jornada cazando, dictando justicia,
arreglando algún asunto militar o leyendo. Si el ejército iba de 4
marcha sin demasiadas prisas, durante el camino se entrenaba
tirando con el arco o bien subiendo y bajando del carro en
marcha; muchas veces, por diversión, cazaba zorros y pája-
ros, como puede verse en sus *Diarios*[49]. Llegado al destino de 5
la etapa, mientras se dirigía al baño o a ungirse de aceite, se
informaba con los panaderos y cocineros de si la cena estaba
preparada. Comenzaba a cenar a una hora avanzada, después 6
de anochecer, y lo hacía recostado; y era admirable su aten-
ción y cuidado en la mesa para que la comida se repartiese
con equidad y diligencia. En cuanto a la bebida, como queda
dicho, la prolongaba mucho por su afición a charlar, y siendo 7
por lo demás entre todos los reyes el de más grata compañía
y dotado de todo tipo de encantos, entonces resultaba des-

[49] Los *Diarios* (en griego, *Ephemerídes)* de Alejandro que citan Plutarco y Arriano se han perdido (fragmentos en Jacoby, *FGrH* núm. 117; éste es el fr. 1); se discute si cubrían todo el reinado del monarca o sólo los últimos años; en cuanto a su valor histórico, parece que hay que considerarlos como un auténtico *documento* en la medida en que debieron de originarse en la propia corte macedonia, «pero no podemos dejar de recelar sobre su testimonio» (Bosworth, *Alejandro...*, pág. 353; cf. también el art. de Pearson cit. en nota 45).

agradable con sus jactancias y bravatas de militar, llegando a
caer en la fanfarronería y dejando el terreno abonado para los
aduladores; ello causaba no poco embarazo a los comensales
más discretos, que ni querían competir con los aduladores ni
tampoco regatearle elogios, pues lo primero parecía indeco-
8 roso y lo segundo comportaba un peligro cierto. Después de
la bebida tomaba un baño y muchas veces dormía hasta el
mediodía; con cierta frecuencia incluso se pasaba todo el día
9 durmiendo. Y era tan frugal con los alimentos que, cuando le
traían de las regiones costeras los más preciados frutos y pes-
cados, los distribuía entre todos sus compañeros, quedándose
10 él sin nada en muchas ocasiones. No obstante, la cena era
siempre fastuosa y el gasto, que crecía junto con sus éxitos,
acabó por alcanzar las diez mil dracmas; en esta cifra se detu-
vo, y tal era el gasto prefijado para aquellos que recibiesen a
Alejandro.

24 Después de la batalla de Iso, mandó hacer traer de Damas-
co el dinero, los bagajes y las mujeres e hijos de los persas.
2 Los más beneficiados con ello fueron los jinetes tesalios, pues
envió a propósito a estos hombres que se habían destacado por
3 su valor en la batalla, queriendo beneficiarles; pero el resto del
ejército también se vio colmado de riquezas. Catando entonces
los macedonios por primera vez el oro, la plata, las mujeres
y el género de vida de los bárbaros, se lanzaron, como perros
que han detectado un rastro, a la búsqueda y persecución de
la riqueza de los persas.

4 No obstante, Alejandro consideró necesario hacerse due-
ño primero de las regiones marítimas. Así pues, enseguida
los reyes de la zona vinieron a entregarle Chipre y Fenicia,
5 a excepción de la ciudad de Tiro. Duraba ya siete meses el
asedio de esta ciudad con trincheras, máquinas y doscientos
trirremes en la costa cuando Alejandro tuvo un sueño en el
que Heracles le tendía la mano y le llamaba desde la mura-

lla[50]; y también a muchos ciudadanos de Tiro se les apareció 6
en sueños Apolo diciendo que se pasaba al bando de Alejandro, pues no le gustaban las cosas que se hacían en la ciudad.
Pues bien, los ciudadanos de Tiro, tratando al dios como si 7
fuese un hombre que se pasa al bando enemigo y es cogido en flagrante delito, lanzaron cadenas en torno a su estatua colosal y las fijaron al pedestal, motejándolo de «alejandrista».
Alejandro tuvo otra visión en sueños: se le aparecía 8
un sátiro a lo lejos que parecía querer juguetear con él, pero que se escabullía cuando intentaba atraparle, y que finalmente, a costa de muchas súplicas y carreras, caía en sus manos.
Los adivinos, separando la palabra *sátiro,* le dijeron no sin 9
cierta verosimilitud: «Tiro será tuya»[51]. Y todavía se enseña una fuente junto a la cual creía Alejandro haber visto al sátiro en sueños.

En medio del asedio hizo una expedición contra los árabes 10
que habitan junto al Antilibano y en ella corrió peligro su vida a causa del pedagogo Lisímaco; éste le había acompañado, pues protestaba que él no era ni más inútil ni más viejo que
Fénix[52]. Se acercaron, pues, a las montañas y dejando los ca- 11
ballos continuaron a pie. El grueso de las tropas tomó mucha delantera, pero Alejandro no pudo sufrir dejar atrás a Lisímaco, que estaba fatigado y apenas podía continuar —estaba cayendo ya la noche y los enemigos no andaban lejos—; así pues, mientras Alejandro animaba y acompañaba a Lisímaco, sin darse cuenta quedó separado de su ejército con unos pocos hombres, viéndose obligado a pasar la noche a oscuras, con un intenso frío y en unos parajes peligrosos. Entonces vio a

[50] El dios oficial de Tiro era Melkart, asimilado a Heracles por los griegos.

[51] Juego de palabras basado en un corte arbitrario de la palabra *sátyros*: *sà tyros* significa «Tiro (será) tuya». El asedio de esta ciudad fenicia duró desde febrero hasta agosto del 332 a. C, y terminó con una terrible masacre.

[52] Cf. antes, cap. V.

lo lejos una gran cantidad de fuegos dispersos, encendidos
12 por los enemigos. Confiado en su agilidad y habituado ya a
socorrer con su esfuerzo a los macedonios en apuros, fue co-
13 rriendo hasta la hoguera más cercana, golpeó con su espada a
los dos bárbaros sentados en torno al fuego, agarró una tea y
14 volvió con ella a donde los suyos. Encendiendo entonces un
gran fuego asustaron al momento a una parte de los bárbaros,
que se dieron a la fuga, y rechazaron a los que se vinieron
contra ellos, de tal manera que pudieron pasar la noche al raso
sin peligro. Éste es, en todo caso, el relato que hizo Cares del
episodio[53].

25 El sitio de Tiro tuvo el siguiente desenlace. Alejandro
dejaba que la mayor parte de sus fuerzas reposaran de sus
muchos combates anteriores, pero mandaba a unos pocos
contra las murallas para que los enemigos no tuviesen ni un
respiro. En esto el adivino Aristandro hacía un sacrificio, y
después de examinar las señales proclamó resueltamente a
los presentes que sin ninguna duda la ciudad sería tomada
2 ese mes. Esto provocó bromas y risotadas —y es que era
el último día del mes—, pero el rey, que veía la situación
embarazosa del adivino y que tomaba siempre en gran consi-
deración los presagios, ordenó que el día aquel no se contase
ya como trigésimo, sino como el antepenúltimo del mes; y
dando la señal con la trompeta procedió a atacar las murallas
3 con más violencia de lo que tenía previsto en principio. La
acometida fue magnífica, y cuando las tropas del campamen-
to, no pudiendo contenerse, corrieron a ayudarles, los de Tiro
desmayaron en su defensa y Alejandro tomó la ciudad ese
4 mismo día. Más tarde, mientras asediaba Gaza, ciudad muy
importante de Siria, le cayó en el hombro un terrón soltado
desde el cielo por un ave. Ésta, tras posarse encima de una
de las máquinas de asedio, sin darse cuenta se enredó en las

53 CARES (cf. nota 45), fr. 7 JACOBY.

nervaduras que se utilizaban para enrollar las cuerdas. Y el 5
presagio fue congruente con lo que había predicho Aristandro, pues Alejandro resultó herido en el hombro pero tomó la ciudad[54].

Envió una gran parte del botín a Olimpíade, a Cleopa- 6
tra[55] y a sus amigos, y asimismo hizo llegar a su pedagogo Leónidas quinientos talentos de incienso y cien de mirra en recuerdo de una esperanza que le hizo concebir en su infancia:
parece que en cierta ocasión Leónidas, durante un sacrificio, 7
viendo que Alejandro cogía a manos llenas el incienso y lo hacía quemar en el altar, le dijo: «Cuando te hagas dueño de la tierra que produce los aromas podrás quemarlos en tal abundancia, pero por ahora has de servirte de lo que tienes
con parsimonia». Así que entonces Alejandro le escribió: «Te 8
enviamos incienso y mirra en cantidad para que cejes en tu cicatería para con los dioses».

Trajéronle en cierta ocasión un cofrecillo que a los hom- 26
bres encargados de recibir los tesoros y bagajes de Darío había parecido el enser más valioso; Alejandro preguntaba a sus amigos qué objeto les parecía el más digno por su valor de ser
depositado allí. Cada uno decía una cosa diferente, pero él de- 2
claró que metería y guardaría allí su *Ilíada;* y dan testimonio
de ello no pocos de los autores más dignos de crédito[56]. Por 3
otra parte, si es cierto lo que dicen los alejandrinos, confiados en el testimonio de Heraclides, parece que Homero fue para él un compañero de expedición en absoluto inactivo o inútil:
dicen, en efecto, que habiéndose hecho el amo de Egipto, tenía 4
intención de fundar una ciudad griega, grande y populosa, y

[54] En octubre del 332; Alejandro hizo exterminar a todos los varones de la ciudad.

[55] Se trata de la hermana de Alejandro, no de su madrastra mencionada en los caps. IX-X.

[56] Sobre la «*Ilíada* del estuche», cf. cap. VIII.

darle su propio nombre[57]. Estaba ya a punto de tomar medidas y rodear cierto terreno, siguiendo la opinión de los arquitectos,
5 cuando, una noche, tuvo mientras dormía una visión portentosa: un hombre de aspecto venerable y con el cabello todo cano se le acercaba y le decía estas palabras:

> «Allí, en medio del mar encrespado, se encuentra una isla situada delante de Egipto, a la cual llaman Faro[58].»

6 Alejandro se levantó al momento y se encaminó a Faro, que entonces era todavía una isla, situada un poco más arriba de la boca del Nilo llamada Canóbica, pero que hoy en día
7 está unida al continente por medio de un malecón. Así pues, cuando vio que el sitio ofrecía magníficas condiciones —se trata, en efecto, de una faja de tierra, parecida a un istmo, con una anchura apropiada, que sirve de separación entre una gran laguna y el mar, formando del lado de este último un puerto espacioso—, diciendo que Homero, además de admirable en todos los sentidos, era un peritísimo arquitecto, ordenó trazar el croquis de la ciudad respetando la configuración del terreno.
8 Como no tenían tierra blanca, tomaron un poco de harina y dibujaron sobre el suelo negruzco un área circular, cuya circunferencia interior cortaban dos bases rectas que, partiendo por así decir de las franjas, iban reduciendo la superficie de
9 forma uniforme, imitando la figura de una clámide. El rey se mostró complacido con este diseño, pero de repente una bandada de infinitos pájaros de todas las especies y tamaños, viniendo del río y de la laguna, se abatieron sobre el lugar a la manera de nubarrones y no dejaron ni rastro de la harina; este
10 presagio causó una cierta turbación en Alejandro. No obstan-

[57] No es seguro a qué Heraclides se refiere Plutarco: puede ser Heraclides Póntico (fr. 140 WEHRLI), un peripatético del siglo IV, o bien el historiador Heraclides Lembo, del siglo II a. C.

[58] *Odisea* IV 354-55.

te, los adivinos le exhortaron a que estuviera tranquilo, pues interpretaban que la ciudad por él fundada sería muy próspera y proporcionaría sustento a hombres de todos los países[59].

Alejandro ordenó a los capataces que se pusieran manos a la obra, mientras él partía hacia el santuario de Amón. Se trata 11
de un camino largo, lleno de fatigas y penalidades, y con dos peligros: el primero, la falta de agua, que convierte el país en un desierto durante no pocas jornadas, y el segundo, cuando el viento del sur se abate con violencia sobre los viajeros en medio de los profundos e inmensos arenales (como le ocurrió 12
en otro tiempo, según se cuenta, al ejército de Cambises: el viento levantó una enorme cantidad de arena que, como un oleaje que cubriese la llanura, enterró y acabó con la vida de cincuenta mil hombres)[60]. Casi todos estaban inquietos por 13
estos peligros, pero a Alejandro era difícil hacerle desistir de uno de sus proyectos, fuera el que fuese; y es que la fortuna, 14
cediendo a sus empresas, le confirmaba en su determinación, y por otra parte la vehemencia con que llevaba a término sus acciones hacía invencible su ambición, que acababa por domeñar no sólo a los enemigos, sino incluso los lugares y los momentos propicios.

En todo caso, durante aquella marcha, los auxilios que en 27
los momentos de apuro le vinieron del dios encontraron más crédito que no los oráculos ulteriores, que de alguna manera fueron objeto de más confianza gracias a aquellos auxilios. En efecto, en primer lugar Zeus envió mucha agua con lluvias 2

---

[59] Q. Curcio (IV 8, 6) nos informa de que era costumbre macedonia trazar con polenta el perímetro de las futuras murallas. Para la fundación (abril del 331 a. C.) e historia de la gran capital helenística, cf. la monografía clásica de P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 2 vols., Oxford, 1972.

[60] Lo cuenta Heród., III 26. El santuario de Amón se encontraba en el oasis de Sivah (Siwah), cerca de la actual frontera entre Egipto y Libia, a la altura del paralelo 29; el sincretismo entre Amón y Zeus tenía ya una considerable tradición en época de Alejandro.

abundantes que hicieron desaparecer el miedo a la sed y que,
apagando la sequedad de la arena y dejándola húmeda y bien
3 compacta, proporcionaron un aire más puro y respirable. Ade-
más, como los mojones de que se servían los guías eran irreco-
nocibles y los viajeros erraban y se separaban entre sí debido
al desconocimiento de la ruta, aparecieron unos cuervos que
asumieron la guía de la expedición, volando velozmente por
delante cuando los seguían y esperando cuando la comitiva se
4 quedaba atrás o se retrasaba. Pero lo más admirable era, como
dice Calístenes, que estos cuervos llamaban a voces a los que
se extraviaban por la noche y con sus graznidos les ponían
sobre la pista del buen camino[61].

5 Cuando hubo cruzado el desierto y llegó al lugar, el sa-
cerdote de Amón le saludó de parte del dios, como si fuese
hijo de éste; preguntó Alejandro si acaso se le había escapado
6 alguno de los asesinos de su padre, pero el sacerdote le instó a
que mirara lo que decía, pues no era hijo de un hombre mortal.
Cambiando el tenor de la pregunta, quiso saber Alejandro si
había castigado a todos los asesinos de Filipo, y acerca del im-
perio, si el dios le concedía el convertirse en amo del mundo
7 entero. Cuando el dios contestó que también le concedía esto
último y que Filipo estaba plenamente vengado, Alejandro le
obsequió con magníficas ofrendas y con dinero para sus ser-
8 vidores. Esto es lo que escriben la mayor parte de los autores
acerca de los oráculos; pero el propio Alejandro, en una carta
a su madre, dice que recibió ciertas predicciones secretas, que
9 él mismo le contaría a ella sola a su regreso[62]. Y según algu-
nos, cuando el sacerdote quiso saludarle en griego utilizando

[61] Calístenes de Olinto, pariente de Aristóteles, acompañó a Alejandro en calidad de historiador oficial, y sus *Hechos de Alejandro*, que debieron de cubrir los sucesos hasta el año 330, se pueden considerar como la primera obra propiamente histórica sobre el rey macedonio (fragmentos en Jacoby, *FGrH* núm. 124; éste es el fr. 14b). Sobre su caída en desgracia y muerte, cf. caps. LII-LV.

[62] Sobre las cartas atribuidas a Alejandro, cf. lo dicho en nota 45.

la expresión afectuosa «hijo mío» *(paidíon),* por barbarismo se equivocó en la última letra y pronunció «hijo de Zeus» *(paidíos),* poniendo una *sigma* en vez de una *ni*; añaden que a Alejandro le gustó este desliz verbal, que dio pie a la creencia de que el dios le había efectivamente llamado «hijo de Zeus».
Se dice también que, escuchando las lecciones del filósofo 10
Psamón en Egipto, le causó especial efecto la máxima de que «todos los hombres son gobernados por Dios, pues divina es
la parte que en cada uno manda e impera»; pero dicen también 11
que el propio Alejandro propuso a este respecto una opinión todavía más filosófica, a saber, que «si bien Dios es el padre común de los hombres, adopta especialmente como suyos a los mejores de entre ellos».

En general se mostraba altivo con los bárbaros y parecía **28**
firmemente convencido de su origen y nacimiento divinos, pero ante los griegos se andaba con más tiento y moderación
a la hora de deificarse; bien que en una carta dirigida a los 2
atenienses, al respecto de Samos les dice: «Yo no os hubiera entregado una ciudad libre e ilustre, pero podéis conservarla puesto que la recibisteis del que era entonces el amo y era de-
signado como padre mío», refiriéndose a Filipo. Sin embargo, 3
más tarde, recibiendo una herida de flecha que le causaba agudos dolores, dijo: «Esto que mana, amigos, es sangre y no "el icor, que es lo que fluye por dentro de los felices dioses"»[63].

En cierta ocasión hubo un enorme trueno que aterrorizó 4
a todos, y cuando Anaxarco el filósofo, allí presente, le preguntó: «¿Serás tú, el hijo de Zeus, capaz de hacer algo parecido?», Alejandro le contestó entre risas: «Yo no quiero infundir miedo a mis amigos como me sugieres, tú que desprecias mis cenas porque ves sobre las mesas pescados y no cabezas de
sátrapas». Pues se cuenta, en efecto, que Anaxarco, en cierta 5
ocasión en que el rey envió unos pececillos a Hefestión, pro-

[63] *Ilíada* V, 340.

nunció la frase antedicha, como alguien que despreciaba y
escarnecía a aquellos que persiguen la notoriedad arrostrando
grandes peligros y penalidades y sin embargo en lo referente
a los goces y placeres exceden en muy poco o en nada a los
6 demás. Así pues, por todo lo dicho queda claro que Alejandro
no estaba afectado ni infatuado en su fuero interno por su
supuesta divinidad, sino que se servía de tal creencia para
someter a los demás a su voluntad.

29 Volviendo desde Egipto a Fenicia hizo celebrar sacrificios
y procesiones en honor de los dioses, y también concursos de
coros en ronda y de tragedias que resultaron muy vistosos, no
sólo por el derroche en su preparación sino también por las ri-
2 validades que surgieron. Y es que hacían de coregos los reyes
de Chipre —como en Atenas lo hacen los que salen elegidos
por sorteo entre cada tribu—, que pusieron un admirable empe-
3 ño en disputarse el premio entre ellos[64]. Pero la contienda más
animada fue entre Nicocreonte de Salamina y Pasícrates de
Solos, pues a ellos había tocado en el sorteo ser los coregos
de los actores más ilustres: Pasícrates de Atenodoro y Nico-
creonte de Tésalo. El propio Alejandro estaba del lado de este
4 último, pero a pesar de ello no mostró abiertamente su prefe-
rencia hasta que en la votación se proclamó vencedor a Ate-
nodoro. Entonces, según parece, abandonó el teatro diciendo
que alababa la decisión de los jueces, pero que él con gusto
daría una parte de su imperio por no ver vencido a Tésalo.
5 Y cuando, algún tiempo después, multado por los atenienses
por no haberse presentado al concurso de las Dionisias, Ate-
nodoro pidió al rey que les escribiera intercediendo por él,
Alejandro no lo hizo, pero pagó la multa de su propio dinero.
6 Por otra parte, Licón de Escarfe, que tenía una buena racha
en el teatro, metió de relleno en su comedia un verso en el

[64] Los coregos eran los ciudadanos acaudalados encargados de financiar espectáculos públicos, como el teatro; sobre el actor Tésalo, cf. cap. X.

que solicitaba diez talentos, y Alejandro se los concedió entre risas[65].

Por medio de unos amigos Darío le envió una carta rogán- 7
dole que aceptase diez mil talentos como rescate de los cautivos y que, conservando todas las tierras al oeste del Éufrates y desposando a una de sus hijas, se convirtiera en su amigo y aliado. Alejandro comunicó tales proposiciones a sus amigos,
y cuando Parmenión le dijo: «Si yo fuese Alejandro, las acep- 8
taría», «También yo, por Zeus», contestó Alejandro, «si fuese
Parmenión». Y escribió a Darío diciéndole que si venía ante él 9
sería tratado con toda consideración, pero que si no lo hacía se pondría en marcha al instante para ir en su busca.

Sin embargo, muy pronto tuvo ocasión de arrepentirse de 30
su decisión, pues la mujer de Darío murió de parto; y era bien visible su aflicción por haber perdido la ocasión de dar una magnífica prueba de su bondad. Así pues, hizo enterrar a esta mujer sin escatimar gasto alguno.

Uno de los eunucos guardianes de los dormitorios (que 2
habían sido capturados junto con las mujeres), de nombre Tireo, escapando del campamento, llegó a caballo a presencia de
Darío y le anunció la muerte de su mujer. El rey, golpeándose 3
la cabeza y prorrumpiendo en sollozos, exclamó: «¡Ay del genio de los persas, si la mujer y hermana del rey no sólo ha de convertirse en cautiva en vida, sino que además se ha de ver privada en su muerte de una sepultura regia en la que
yacer!», pero el eunuco le interrumpió diciendo: «Mi señor, 4
por lo que respecta a la sepultura y a todas las honras debidas al caso, nada tienes que reprochar al genio malo de los persas,
pues ni a mi señora Estatira, mientras vivió, ni a tu madre ni 5
a tus hijas les ha faltado nada de los bienes y honores de que

[65] Cf. *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 2, 334E; la interpolación de versos por parte de los actores era una práctica común en el siglo IV a. C., hasta el punto de poner en riesgo la integridad textual de las obras clásicas.

disfrutaban antes, excepto el de ver tu luz, que ojalá el señor Oromasdes haga brillar de nuevo con fuerza; ni tampoco tu mujer, una vez muerta, se ha visto privada de decoro alguno, es más, incluso ha sido honrada con las lágrimas de los ene-
6 migos. Y es que Alejandro es tan generoso en la victoria como terrible en la batalla».

7 Al escuchar esto, la turbación y el dolor llevaron a Darío a concebir extrañas sospechas; y llevándose al eunuco al inte-
8 rior de su tienda le habló así: «Si no te has pasado tú también, como la buena estrella de los persas, del lado de los macedonios, y si yo, Darío, soy todavía tu señor, dime, en nombre de la reverencia debida a la gran luz de Mitra y a la mano derecha de tu rey, si no estaré llorando el menor de los males de Estatira, si acaso hemos tenido que sufrir alguno más terrible mientras ella vivía y si nuestra mala fortuna no hubiera sido más honorable de haber caído en manos de un enemigo cruel
9 y salvaje. Pues ¿qué motivo decente puede tener un hombre joven para llegar a rendir tan grandes honores a la mujer de
10 su enemigo?»[66]. Estaba todavía hablando Darío cuando Tireo, lanzándose a sus pies, le suplicó que mirase lo que decía; que no injuriase a Alejandro ni cubriese de ignominia a su difunta hermana y esposa; ni tampoco que se privase a sí mismo de la mayor consolación en sus reveses, a saber, el pensar que había sido derrotado por un hombre que estaba por encima de la naturaleza humana, y que admirase a Alejandro por haber mostrado mayor temperancia para con las mujeres de los
11 persas que valor contra sus maridos. Y, al mismo tiempo, el eunuco pronunciaba juramentos terroríficos en prueba de ello y daba explicaciones acerca de la continencia y magnanimidad de Alejandro en todo momento, hasta que Darío, saliendo ante sus compañeros y alzando las manos al cielo, pronunció

[66] Sobre los dioses persas citados —Oromasdes (en avéstico, *Ahuramazda*) y Mitra—, cf. los comentarios del propio PLUT. en *Sobre Isis y Osiris* 369D-F.

la siguiente plegaria: «Dioses de mi estirpe y reino, ante todo 12
concededme que pueda enderezar de nuevo el reino de los persas y dejarlo a mi muerte con el esplendor en que lo recibí, para que venciendo pueda devolver a Alejandro los favores que, en mi derrota, ha dispensado a los seres que me son los
más queridos; pero si acaso ha llegado aquel día fatídico en 13
que, por venganza divina y mudanza de las cosas, ha de tocar a su fin el imperio persa, que ningún otro hombre sino Alejan-
dro se siente en el trono de Ciro»[67]. Esto es lo que allí sucedió 14
y se dijo, según la mayor parte de los historiadores.

Una vez sometido todo el país a este lado del Éufrates, 31
marchó Alejandro contra Darío, que bajaba a su encuentro con
un ejército de un millón de hombres. Uno de sus compañeros 2
le cuenta una anécdota digna de risa, y es que los sirvientes del ejército, por diversión, se han dividido en dos bandos, cada uno de los cuales tiene su general en jefe, y al uno le han
llamado Alejandro y al otro Darío; empezando por lanzarse 3
bolos de tierra entre ellos, han llegado después a los puños y finalmente, enardecidos por la contienda, muchos la han emprendido hasta con piedras y palos, siendo difícil hacerles
parar. Tras escuchar esto ordenó Alejandro que los dos jefes se 4
batieran en combate singular, y él mismo se encargó de armar al tal Alejandro, mientras Filotas hacía lo propio con Darío; la tropa contemplaba el combate y veía en él una especie de
augurio del futuro. La lucha fue reñida y venció el llamado 5
Alejandro, quien recibió como recompensa doce aldeas y el derecho de vestir la estola persa. Tal es lo que ha dejado escrito Eratóstenes[68].

En cuanto a la gran batalla contra Darío, no tuvo lugar en 6
Arbela, como escriben la mayoría de los autores, sino en Gau-

[67] Ciro el Grande (muerto c. 527 a. C.) pasaba por ser el fundador del Imperio persa.

[68] Eratóstenes (cf. nota 4), fr. 29 Jacoby.

7 gamela. Dicen que esta palabra significa 'casa del camello',
pues uno de los antiguos reyes, escapando de sus enemigos
montado en un camello de carreras, decidió establecer allí
8 al animal y asignó aldeas y rentas para su cuidado[69]. Pues
bien, hubo un eclipse de luna en el mes de Boedromión, hacia
el comienzo de la celebración de los Misterios en Atenas, y
a la undécima noche después del eclipse ambos ejércitos se
encontraron a la vista el uno del otro. Darío mantenía a su
9 tropa en armas y recorría las filas a la luz de las antorchas, y
Alejandro, mientras los macedonios descansaban, permanecía
delante de su tienda en compañía del adivino Aristandro, cele-
10 brando ciertos ritos secretos y sacrificando al Miedo. Pero sus
compañeros de más edad, y especialmente Parmenión, viendo
toda la llanura entre el Nifates y los montes Gordieos, que
resplandecía con los fuegos bárbaros, mientras que un rumor
indefinible mezclado con alboroto resonaba desde el campa-
11 mento, como si viniera del inmenso mar, quedaron admirados
ante tal multitud y hablaron entre ellos diciendo que sería una
empresa de enorme dificultad rechazar a semejante contingen-
te si se trababa combate al descubierto; así que, después que
el rey hubo terminado sus sacrificios, se presentaron ante él y
trataron de convencerle de que atacase a los enemigos durante
la noche para así disimular con la oscuridad lo terrorífico del
12 combate que iba a librarse. Pero él dijo aquello tan celebrado
de «Yo no robo las victorias»; y si bien a algunos pareció
una respuesta propia de un jovenzuelo fatuo que se tomaba
13 a broma semejante peligro, otros han visto que hizo bien en
confiar en el presente y en no perder de vista el futuro, al no
querer dar a Darío, vencido, motivos para recobrar ánimos
e intentarlo de nuevo, achacando esta derrota a la noche y

[69] Gaugamela (Tell Gomel, al noreste de Mosul, en el Kurdistán iraquí) significaría, más bien, «pasto del camello» (según Chambry y Flacelière, pág. 236); el rey en cuestión es, según Estrabón (XVI 1, 3), Darío I.

la oscuridad, como achacaba la anterior a las montañas, los
desfiladeros y el mar. Y es que Darío no iba a dejar de pelear 14
por falta de armas o de hombres, teniendo semejantes tropas
y un país tan enorme, sino tan sólo cuando perdiera el ánimo y
la esperanza al verse vencido de forma clara e irrefutable,
luchando de poder a poder[70].

Una vez que sus compañeros se hubieron retirado, Ale- 32
jandro se acostó en su tienda y se dice que durmió profunda-
mente durante todo lo que quedaba de noche, contra lo que era
habitual en él, hasta el punto de que sus generales quedaron
sorprendidos cuando fueron a buscarle al alba y tuvieron que
dar ellos mismos la primera orden, a saber, que los soldados
se preparasen su rancho. Después, como el tiempo apremiaba, 2
Parmenión entró en la tienda y colocándose junto al lecho le
llamó dos o tres veces por su nombre; cuando se despertó,
Parmenión le preguntó que cómo se le ocurría dormir el sueño
de un vencedor cuando en realidad estaba a punto de librar el
mayor de los combates. Pues bien, se dice que Alejandro se 3
sonrió y le dijo: «¡Pues qué! ¿Es que no crees que es ya una
victoria no tener que vagar y perseguir a un Darío huidizo a
través de un país enorme y devastado?». Y no sólo antes de 4
este combate, sino también en medio del peligro mismo dio
Alejandro muestras de grandeza y de firmeza por su capacidad
de reflexión y confianza en sí mismo.

En efecto, durante el combate el ala izquierda de Parme- 5
nión tuvo que retroceder, quebrantada por la caballería bac-
triana que cargó contra los macedonios con gran estruendo
y virulencia; por otra parte, Maceo envió, destacados de su
falange, a unos cuantos jinetes para que se lanzasen contra los

---

[70] El Nifates es un monte del sur de Armenia; los montes Gordieos marcaban los confines entre Armenia y Asiria. El eclipse mencionado tuvo lugar el 20 de setiembre de 331 a. C., lo que permite fechar con seguridad la batalla el 1 de octubre. Sobre sus pormenores históricos y geográficos, cf. BOSWORTH, *Alejandro...*, págs. 86-99.

6 guardianes de los bagajes. Por ello Parmenión, aturdido ante el doble peligro, envió unos mensajeros a Alejandro para que le dijeran que el campamento y los bagajes se perdían sin remisión si no enviaba inmediatamente un sólido refuerzo desde el
7 frente de batalla a la retaguardia. En ese momento estaba Alejandro dando a los suyos la señal de ataque, y cuando escuchó el mensaje de Parmenión dijo que no estaba en sus cabales, pues su turbación le hacía olvidar que, si vencían, se apropiarían de los bienes de los enemigos, y si perdían, tendrían que preocuparse no de riquezas o esclavos, sino de morir pelean-
8 do gloriosamente. Mandando esta respuesta a Parmenión, se colocó su casco; el resto de la armadura lo llevaba ya al salir de su tienda: una túnica siciliana, ceñida al cuerpo, y sobre
9 ella una coraza doble, de lino, tomada como botín en Iso. En cuanto al casco, era de hierro pero resplandecía como pura plata, obra de Teófilo, y llevaba ajustada una gola igualmente
10 de hierro, incrustada de piedras preciosas; llevaba también una espada admirable por su temple y liviandad, regalo del rey de Citio, pues se había habituado a servirse ante todo de espada
11 en los combates. Llevaba también, abrochada a la espalda, una capa de una factura más esmerada que el resto de la armadura, pues era obra del antiguo Helicón, regalo de la ciudad de Rodas en señal de homenaje, y Alejandro la utilizaba también
12 en las batallas[71]. Mientras recorría las filas ordenando las falanges, arengando, dando instrucciones o pasando revista, se servía de otro caballo, pues a Bucéfalo, que ya no era joven, le ahorraba estos trabajos; pero cuando se disponía a entrar en acción le trajeron su caballo, montó en él y al punto comenzó el ataque.

[71] Citio es una ciudad de Chipre; Helicón había sido un célebre tejedor chipriota; Rodas se había sometido a Alejandro en la época del sitio de Tiro.

Arengó entonces Alejandro de forma especial a los te- 33
salios y a los demás griegos, quienes le animaron gritando que los llevara contra los bárbaros, y cambiándose la jabalina a la mano izquierda, invocó con la diestra a los dioses —según Calístenes— rogándoles que, si en verdad era hijo de Zeus, protegiesen a los griegos y mantuviesen su fortaleza[72]. El adi- 2
vino Aristandro, que llevaba una clámide blanca y una corona de oro y cabalgaba a su lado, señaló un águila que planeaba por sobre la cabeza de Alejandro y se dirigía volando recta en dirección a los enemigos; ello inspiró una gran confianza a 3
los que la vieron, y con este ánimo, exhortándose los unos a los otros, la caballería se lanzó a la carrera contra el enemigo mientras la falange la seguía en tropel. Pero antes de que las 4
primeras líneas trabaran combate, los bárbaros se dieron la vuelta, produciéndose una viva persecución; Alejandro procuraba llevar a los vencidos hacia el centro, donde se encontraba Darío. Y es que lo había divisado desde lejos, a través de los 5
hombres de vanguardia, destacándose al fondo del batallón real, gallardo y con buena talla, subido sobre un carro elevado, protegido por una muralla de numerosos y magníficos jinetes debidamente repartidos en torno al carro y en posición para recibir al enemigo. Sin embargo Alejandro, visto 6
de cerca mientras lanzaba a los fugitivos contra los que aún resistían, ofrecía un aspecto tan terrible que llenó de espanto y dispersó a la mayor parte; pero los mejores y más nobles se 7
hicieron matar delante del rey, cayendo los unos encima de los otros, y obstaculizaron así la persecución, debatiéndose convulsivamente y aferrándose a hombres y caballos. Darío 8
veía ante sus propios ojos todas estas calamidades, las fuerzas colocadas en vanguardia se desplomaban en dirección a él; por otra parte, como no era fácil hacer girar el carro para salir huyendo, pues las ruedas estaban inmovilizadas, empotradas

[72] CALÍSTENES (cf. nota 61), fr. 36 JACOBY.

entre un amasijo de cadáveres, y los caballos, atrapados y casi desapareciendo entre la masa de muertos, se encabritaban y asustaban al cochero, Darío abandonó el carro y sus armas y, montando en una yegua que, según dicen, acababa de parir, se dio a la fuga.

9 Ahora bien, parece lógico pensar que Darío no habría escapado entonces si Parmenión no hubiera enviado de nuevo unos jinetes para reclamar la ayuda de Alejandro, pues un importante contingente resistía todavía en aquella zona y los
10 enemigos no cedían. En general se acusa a Parmenión de haber estado indolente e inactivo en esta batalla, ora porque su avanzada edad hiciese ya disminuir algo su audacia, ora porque —como quiere Calístenes— viera con disgusto y envidia
11 la pujanza creciente del poder de Alejandro[73]. Sea como fuere, el rey, molesto con esta petición de socorro, no dijo la verdad a sus soldados, sino que, pretextando que ya estaba bien de matanzas y que era de noche, dio la señal de retirada; y cuando se dirigía hacia la zona en peligro, se enteró por el camino de que los enemigos habían sido completamente derrotados y puestos en fuga.

34 Llegada a su término de esta forma la batalla, el imperio persa pareció completamente destruido; Alejandro, proclamado rey de Asia, ofreció suntuosos sacrificios a los dioses y repartió entre sus amigos riquezas, fincas y gobiernos.
2 Queriendo mostrarse generoso con los griegos, les escribió diciendo que quedaban abolidas todas las tiranías y que se gobernase cada pueblo según sus propias leyes; e instaba de forma particular a los de Platea para que reconstruyeran su ciudad, pues sus antepasados habían ofrecido a los griegos su territorio como campo de batalla en el que luchar por la

---

[73] Calíst., fr. 36 Jacoby. Parmenión, nacido hacia el 400 a. C., tenía cerca de setenta años por entonces; pero, en general, el episodio parece urdido para denigrar al viejo general y ensalzar, por contraste, a Alejandro.

libertad[74]. Envió también una parte del botín a los ciudadanos 3
de Crotona, en Italia, rindiendo así honores al celo y virtud
del atleta Faílo, quien, cuando las Guerras Médicas, mientras
los demás italiotas se desentendían de los griegos, navegó
hasta Salamina con una nave costeada por él mismo, a fin de
tomar parte en aquel peligro[75]. ¡Hasta tal punto era Alejandro
proclive a favorecer todo tipo de virtud y espontáneo guardián
de las acciones hermosas!

Recorriendo la región de Babilonia, que se le había so- 35
metido al instante y en su totalidad, lo que más admiración le
produjo fue la sima que hay en Adiabena, de la que emana fue-
go sin cesar, como de una fuente, y la corriente de nafta que,
por su abundancia, forma una laguna no lejos de la sima; esta
nafta es en todo lo demás similar al betún, pero su sensibili- 2
dad al fuego es tal que muchas veces, antes de que la llama la
alcance, se inflama por el propio resplandor que emana de
la luz y hace arder también el aire contiguo[76]. Los bárbaros, 3
para demostrar su naturaleza y potencia, rociaron con una lige-
ra capa de esta sustancia el pasaje que conducía a la residencia
del rey; después, colocándose en uno de los extremos, aplica-
ron las antorchas que llevaban (era ya de noche) a los lugares
humedecidos. Tan pronto como se inflamaron las partes más 4
próximas, las llamas alcanzaron, en un tiempo imperceptible,
a la velocidad del pensamiento, el otro extremo, y el pasaje
quedó convertido en un reguero ininterrumpido de fuego.

---

[74] La comarca de Platea, en Beocia, había sido escenario de la célebre batalla del 479 a. C., durante la segunda guerra Médica; la ciudad resultó destruida en el 427 y de nuevo en el 373 a. C.

[75] Lo cuenta HERÓD., VIII 47 (aunque no dice que él costeara el viaje, sólo que capitaneaba la nave).

[76] La lectura *Adiabena* es una conjetura de KRAMER (el texto de los manuscritos da *Ecbátana)*; otras posibilidades son *Arbela* o *Artacena*, cf. el aparato crítico en la ed. de K. ZIEGLER. La nafta (palabra de origen acadio) es un tipo de hidrocarburo muy inflamable.

5 Había un tal Atenófanes, ateniense, entre el personal en-
cargado del baño y los ungüentos, personal que no sólo se
ocupaba del cuidado corporal del rey sino que también acos-
6 tumbraba a distraer su espíritu de forma conveniente. En cierta
ocasión en que se hallaba en la sala de baño, junto a Alejandro,
un joven esclavo de muy poco valor y aspecto ridículo, pero
7 buen cantante, de nombre Estéfano, Atenófanes dijo: «Señor,
¿quieres que probemos esta sustancia con Estéfano? Pues si
prende en él sin apagarse, habrá que reconocer que su poder
8 es verdaderamente temible e invencible». El muchacho, por
su parte, se prestó de bastante buena gana al experimento. En
cuanto le rociaron de nafta y le prendieron, su cuerpo despi-
dió una llamarada tan grande, completamente envuelto por
el fuego, que Alejandro fue presa del miedo y la turbación
9 más totales; y si no llegan a tener a mano, por fortuna, gran
cantidad de vasijas con agua para el baño, se hubiese consu-
mido antes de recibir socorro. A pesar de ello, a duras penas
pudieron entonces apagar el cuerpo del muchacho, todo él
convertido en fuego, y después del incidente quedó en un es-
tado lamentable.

10 Pues bien, hay quienes, queriendo salvar la veracidad del
mito, suponen con cierta verosimilitud que tal era la sustan-
cia utilizada por Medea para ungir la guirnalda y el vestido
11 de que se habla en las tragedias; pues el fuego no salió ni de
dichos objetos ni por generación espontánea, sino que, por
haber alguna llama situada cerca de ellos, se produjo una rá-
pida atracción y un contacto imperceptible a los sentidos[77].
12 En efecto, los rayos y emanaciones procedentes de un fuego
lejano proyectan sobre los demás cuerpos tan sólo luz y ca-
lor, mientras que, en contacto con aquellos que poseen una
sequedad espirituosa o una humedad grasienta considerables,

[77] Este tipo de racionalización del mito apunta, con toda probabilidad, a la escuela estoica.

dichos rayos y emanaciones, concentrándose e inflamándose con violencia, operan al instante un cambio en su materia.
Por lo demás, el origen de la nafta es un problema de difícil 13
solución [...][78] o más bien una sustancia húmeda, alimento de la llama, que mana de una tierra de naturaleza grasienta y
generadora de fuego. Pues, en efecto, la tierra de Babilonia es 14
extremadamente ígnea, hasta el punto de que muchas veces los granos de cebada saltan rebotados del suelo —como si el intenso calor produjese pulsaciones en aquellos terrenos— y los hombres, durante los grandes calores, duermen sobre odres
llenos de agua. Y Hárpalo, nombrado gobernador de esta re- 15
gión, se entregó a la tarea de adornar con plantas helénicas el alcázar y los paseos, y tuvo éxito con todas excepto con la hiedra, la única planta que la tierra no admitió, haciéndola morir siempre al no tolerar la temperatura (pues allí la tierra
es ígnea y la hiedra gusta de climas fríos). En cuanto a di- 16
gresiones como ésta, esperamos que, siempre que guarden cierta medida, los lectores más ceñudos no nos las censuren en exceso[79].

Alejandro, convertido en el amo de Susa, se incautó en el 36
palacio real de cuarenta mil talentos de moneda acuñada, así
como de ajuares y riquezas incalculables. Se cuenta que allí 2
encontró también cinco mil talentos de púrpura de Hermíone, que a pesar de estar depositada desde hacía ciento noventa
años conservaba todavía un color fresco y flamante. La causa 3
de ello, según se dice, radica en que el tinte de las telas de púrpura se hacía con miel, así como el de las telas blancas se hacía con aceite blanco; pues también estas últimas, datando de la misma época, mostraban un aspecto puro y brillante.

---

[78] El texto griego presenta una laguna en este punto.

[79] La fuente de Plutarco para los experimentos botánicos de Hárpalo es sin duda el peripatético TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV, 4. Sobre el sentido de esta digresión «científica» y la relación entre la nafta y el temperamento de Alejandro, cf. el artículo de SANSONE (1980) recogido en la bibliografía.

4 Por otra parte, Dinón cuenta que los reyes de Persia hacían
traer también agua del Nilo y del Istro para ser depositada en
el tesoro junto con las demás riquezas, como queriendo así
reafirmar la grandeza de su imperio y su poder sobre todas
las tierras[80].

37 Si bien la Pérside es un país difícil de invadir debido a la
aspereza del terreno, y además era custodiada por los persas
de la alta nobleza —pues Darío se había dado a la fuga—,
Alejandro contó con la ayuda de un guía bilingüe, nacido de
padre licio y madre persa, que le hizo dar un rodeo poco con-
2 siderable; esto es lo que, según se dice, había profetizado la
Pitia siendo Alejandro todavía un niño: que un licio sería el
conductor de Alejandro en su marcha contra Persia [...][81].

3 En Persépolis tuvo lugar una gran masacre de prisioneros;
el propio Alejandro escribe, en efecto, que ordenó degollar
a estos hombres por considerarlo favorable a sus intereses.
4 Se dice también que encontró tanto dinero acuñado como en
Susa, así como que, para transportar el resto del mobiliario y
riquezas, hicieron falta diez mil yuntas de mulas y cinco mil
5 camellos. Viendo una gran estatua de Jerjes derribada de mala
manera por la multitud que se abalanzaba en dirección al pala-
cio, se detuvo y le dirigió la palabra como si fuera una persona
de carne y hueso: «¿Debo pasar de largo a causa de tu expe-
dición contra los griegos o levantarte por tu magnanimidad
y virtud en lo demás?»[82]. Finalmente, después de reflexionar

---

80 Dinón, historiador del siglo IV, escribió una gran obra sobre los imperios orientales (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 690; éste es el fr. 23b). Hermione es una ciudad de la Argólide; la fecha resultante de sumar 190 a 331 es el 521 a. C., año de acceso al trono de Darío I.

81 Hay una laguna en el texto; seguramente, se narraba aquí la entrada en Persépolis (primavera del 330), que, con el pretexto de vengar las afrentas de Darío y de Jerjes, fue objeto del pillaje macedonio. La Pérside corresponde a la actual región del Fars (Irán).

82 Se refiere, claro está, a la expedición que dio lugar a la segunda guerra Médica, el año 480 a. C.

largo rato en silencio, pasó de largo. Con la intención de que 6
sus soldados se repusieran —pues era invierno por aquel en-
tonces—, permaneció allí durante cuatro meses. Y se cuenta
que, cuando se sentó por primera vez en el trono real, bajo el 7
dosel de oro, Demarato el corintio, que le tenía afecto y era
amigo suyo como antes de su padre, rompió a llorar senilmen-
te y a encarecer de cuán gran placer se veían privados aquellos
griegos que habían muerto antes de poder ver a Alejandro
sentado en el trono de Darío.

A continuación, cuando se disponía a salir en busca de 38
Darío, celebró por complacer a sus amigos una velada de bebi-
da y diversión, en la que hubo incluso mujeres que acudieron
a la fiesta con sus amantes. La más célebre entre ellas era la 2
amante de Tolomeo —quien habría de ser rey más adelante—,
la ateniense Tais; ésta, mientras halagaba y gastaba bromas
apropiadas a Alejandro, a causa del vino llegó a pronunciar
unas palabras, sin duda conformes con el carácter de su patria,
pero en todo caso inapropiadas para una mujer de su condi-
ción. Dijo, en efecto, que en ese día ella obtenía la compen- 3
sación por todo lo que había padecido vagando a través del
Asia, pues podía regalarse a su gusto en el altivo palacio de
los reyes de Persia; pero también dijo que con mayor placer 4
todavía iría en procesión a prender fuego a la casa de Jerjes, el
que incendió Atenas, y que ella misma, a la vista de Alejandro,
encendería el fuego, para que el mundo entero supiera que
las mujeres que acompañaban a Alejandro habían impuesto
a los persas, en venganza de Grecia, un castigo mayor que
todos los almirantes y generales de infantería. Según pronun- 5
ciaba estas palabras, los presentes comenzaron a aplaudir al-
borotadamente, y los compañeros de Alejandro a exhortarle,
rivalizando entre sí, así que el rey, arrastrado por ellos, saltó
de su asiento y portando una corona y una antorcha se puso
el primero en camino. Los demás le siguieron en medio de 6
un gran griterío y algazara y rodearon el palacio; acudieron

también a toda prisa aquellos macedonios que se enteraron
7 del caso, con antorchas y llenos de alegría, pues confiaban en que el hecho de incendiar y destruir el palacio era la prueba de que Alejandro tenía la mente puesta en el retorno, y no
8 en habitar entre los bárbaros. Algunos autores dicen que fue así como sucedieron las cosas, pero otros sostienen que el incendio fue premeditado; sea como fuere, en lo que están de acuerdo todos es en que Alejandro se arrepintió muy pronto y mandó apagar el fuego[83].

39 Era por naturaleza muy proclive a la dádiva, y la prosperidad de sus empresas le hizo entregarse más aún a esta práctica; añadíase a ello la gentileza, única virtud que hace
2 verdaderamente gratos a aquellos que hacen la dádiva. Recordaré aquí unos pocos ejemplos. Aristón, comandante de los peonios, presentó a Alejandro la cabeza de un enemigo que había matado, diciendo: «Este regalo, señor, merece entre nosotros el premio de una copa de oro», y Alejandro le contestó entre risas: «Sí, pero vacía, mientras que yo te la doy llena de
3 vino puro y bebiendo antes a tu salud». Un soldado raso macedonio conducía una mula que transportaba oro propiedad del rey; y, como la bestia estaba agotada, él mismo cogió el fardo para transportarlo. Pues bien, viendo el rey a este hombre realmente abrumado y enterándose del caso en el momento en que iba a depositar el fardo, le dijo: «No desfallezcas, no: continúa todavía hasta tu tienda con el oro y guárdalo para
4 ti». En general se irritaba más con los que no aceptaban sus regalos que con los que se los pedían. Así escribió una carta a Foción diciéndole que en adelante no le iba a tratar como a
5 un amigo si seguía rechazando sus favores. Por otra parte, a Serapión, uno de los jóvenes que jugaban con él a la pelota,

[83] La ateniense Tais fue protagonista de numerosas anécdotas en la literatura griega; su nombre era, por lo demás, típico de heteras o prostitutas (cf. por ejemplo FILÓSTRATO, *Cartas* 22).

no le regalaba nada, pues él nada le pedía. Pues bien, en cierta ocasión en que Serapión participaba en el juego y lanzaba la pelota a los otros, el rey le dijo: «¿Y a mí no me la echas?», y él contestó: «Es que tú no me la pides»; Alejandro se echó a reír de la ocurrencia y lo colmó de presentes. Otra vez pareció 6
que se irritaba contra Próteas, uno de los que en la mesa, no sin gracia, se ocupaban de divertirle; como los amigos intercedieran por él y él mismo se echase a llorar, Alejandro le dijo que estaba olvidado el incidente. «Entonces», dijo el bufón, «soberano, dame algo en prenda de tu perdón», así que Alejandro ordenó que se le entregaran cinco talentos.

Por lo que respecta a las riquezas distribuidas entre sus 7
amigos y guardia personal, una carta de Olimpíade a Alejandro deja patente el volumen que alcanzaban: «Si quieres», le dice, «favorecer y encumbrar a tus amigos, busca otro método, pues de esta forma estás haciendo de cada uno de ellos un rey en potencia y les estás proporcionando numerosas amistades mientras te aíslas a ti mismo». Si bien Olimpíade le escribía 8
con frecuencia este tipo de cartas, él las guardaba en secreto, salvo en una ocasión con Hefestión, que, según su costumbre, leía en su compañía una carta sin sello, y Alejandro no se lo impidió, pero quitándose del dedo su anillo le impuso el sello sobre la boca. Al hijo de Maceo —que había sido el personaje 9
más importante con Darío—, en posesión ya de una satrapía, le concedió otra más grande, pero él declinó el ofrecimiento diciendo: «Señor, antes había un solo Darío, pero ahora tú has creado muchos Alejandros»[84]. A Parmenión le regaló la 10
casa de Bagoas, en la que, según se dice, se hallaron ropajes por valor de más de mil talentos[85]. Escribió a Antipatro ex- 11
hortándole a que tomase una guardia personal, pues se urdía

[84] Maceo, ya mencionado en el cap. XXXII, había sido sátrapa de Siria y Mesopotamia.

[85] Este Bagoas —que no hay que confundir con el personaje que aparece en el cap. 67— desempeñó un papel crucial en la subida al trono de Darío III,

12 una trama contra él. Y a su madre le enviaba gran cantidad de regalos, pero no le permitía que se metiese en sus asuntos ni en sus decisiones militares; cuando ella se lo reprochaba, él
13 llevaba con calma su mal humor. Eso sí, en cierta ocasión en que Antípatro le escribió una larga carta contra ella, después de leerla dijo que Antípatro ignoraba que una sola lágrima de una madre basta para borrar diez mil cartas.

40 Veía Alejandro a los suyos completamente abandonados a la molicie, insolentes en su tren de vida y sus dispendios; así, Hagnón de Teos llevaba clavos de plata en los zapatos, Leonato tenía gran cantidad de camellos a fin de hacerse traer de Egipto la arena para sus ejercicios gimnásticos, Filotas utilizaba redes de cien estadios de longitud para la caza[86]; para las friegas y el baño se servían de mirra en mayor cantidad que antes del aceite y se hacían seguir por todas partes de
2 masajistas y ayudantes de cámara. Alejandro los reprendió tranquila y filosóficamente, diciendo que le sorprendía el hecho de que unos hombres que habían librado tantas y tales batallas se olvidaran de que aquellos que fatigan a los otros tienen un sueño más dulce que los que se dejan fatigar, y también que fueran incapaces de ver, comparando su vida con la de los persas, que no hay nada más servil que la molicie ni
3 nada más regio que el esfuerzo. «Pues, ¿cómo podría uno», decía, «cuidar por sí mismo de su caballo o sacar brillo a la lanza o al casco, si ha perdido la costumbre de echar mano de lo más preciado, es decir, de su propio cuerpo? ¿No sabéis que la meta de nuestro imperio consiste en no comportarnos
4 de la misma manera que los vencidos?». Por su parte, él mismo se esforzaba más aún en los ejercicios militares y en las cacerías, sufriendo penalidades y afrontando riesgos; tanto

---

envenenando sucesivamente a los dos reyes anteriores (Artajerjes III y Arsés); después, Darío lo quitó de en medio.

[86] Un estadio equivale a unos 180 metros.

es así que un viejo embajador laconio, que estaba a su lado
mientras abatía un gran león, le dijo: «En verdad, Alejandro,
has librado con el león un hermoso combate por la primacía».
Crátero consagró en Delfos esta cacería, haciendo esculpir 5
sendas estatuas en bronce del león, de los perros, del rey
enzarzado con el león y de sí mismo acudiendo en su ayuda
—algunas de dichas estatuas son obra de Lisipo, otras de
Leócares[87].

Así pues, Alejandro se exponía al peligro ejercitándose él 41
mismo e incitando a los demás a la virtud; pero a sus amigos,
que a causa de la riqueza y el fasto ya no querían sino entre-
garse al ocio y a la molicie, les fastidiaban sus expediciones
y vagabundeos, y así, poco a poco acabaron por murmurar y
hablar mal de él. Al principio Alejandro mantuvo la más ab- 2
soluta calma al respecto, diciendo que es natural que un rey
que hace el bien oiga hablar mal de sí mismo. Es más, ante los 3
más mínimos contratiempos de sus familiares daba grandes
muestras de afecto y estima; ofreceré unos pocos ejemplos
de ello. Escribió a Peucestas reprochándole que, mordido por 4
un oso, hubiera escrito al respecto a los demás y a él no le
hubiera informado. «Así que ahora», decía, «escríbeme sobre
tu estado y dime si acaso algunos de tus compañeros de ca-
cería te abandonaron a tu suerte, para que paguen su falta».
A Hefestión, ausente a causa de ciertos negocios, le escribió 5
contándole que, mientras se divertían cazando una mangosta,
Crátero se había puesto delante de la jabalina de Perdicas, re-
sultando herido en el muslo. Cuando Peucestas sanó de cierta 6
enfermedad, Alejandro escribió al médico Alexipo para darle
las gracias. Estando Crátero enfermo, el rey tuvo un sueño,

---

[87] También Plinio (*Historia natural* XXXIV 64) menciona esta obra de arte; la inscripción dedicatoria del grupo escultórico se encuentra todavía *in situ* en Delfos (cf. la nota de Chambry y Flacelière en su ed., pág. 239); hay también un relieve helenístico procedente de Mesene que quizá reproduzca el conjunto original.

tras lo cual él mismo ofreció ciertos sacrificios por su cura-
7 ción y le exhortó a que él hiciese lo propio. Escribió también
al médico Pausanias, que tenía la intención de administrar
eléboro a Crátero, tanto para expresar su inquietud como para
8 darle consejos sobre la utilización de dicho fármaco. Hizo
encadenar a Efialtes y Ciso, los primeros en anunciar la fuga
y desaparición de Hárpalo, pues pensaba que se trataba de
9 una calumnia contra aquél[88]. En cierta ocasión se procedía
a enviar de vuelta a casa a los soldados enfermos o de edad
avanzada; Euríloco el egeo se inscribió en la lista de enfer-
mos, y más tarde, cuando se descubrió que no tenía ninguna
dolencia, reconoció que estaba enamorado de Telesipa y que
quería acompañarla en su partida hacia el mar. Alejandro le
10 preguntó qué clase de mujer era, y cuando se enteró de que se
trataba de una cortesana de condición libre le dijo: «Euríloco,
cuenta conmigo para compartir tus penas de amor; y piensa si
podríamos convencer a Telesipa con palabras o con regalos,
puesto que se trata de una persona libre».

42 No deja de ser admirable que, escribiendo a sus amigos,
se tomase el tiempo y la molestia de descender a tales detalles.
Así, por ejemplo, ordena en una carta buscar a un esclavo de
Seleuco que había huido a Cilicia; alaba a Peucestas por haber
capturado a Nicón, esclavo de Crátero; o exhorta a Megabizo,
en relación con un sirviente refugiado en su templo, para que,
si puede, lo atrape después de haberle hecho salir del recinto
sagrado, pero le pide que no le ponga las manos encima mien-
2 tras esté dentro[89]. Se cuenta también que al principio, cuando
se trataba de juzgar en causas capitales, se ponía la mano en
uno de los oídos mientras hablaba la acusación, para así con-

[88] Hárpalo protagonizó dos fugas, una en vísperas de la batalla de Iso (seguramente la anécdota se refiere a ésta), y, tras ser perdonado, otra el año 324 a. C. (huyó de Babilonia y se refugió en Atenas, creando una gran inestabilidad en la ciudad; fue asesinado poco después).

[89] Megabizo era el guardián *(neocoros)* del templo de Ártemis en Éfeso.

servar dicho oído puro y ajeno a la calumnia, en favor del reo; pero más adelante acabaron por exasperarle las muchas 3
acusaciones falsas que, a costa de las verdaderas, hallaban crédito y conseguían abrirse camino. Y lo que más lo sacaba 4
de sus casillas era oír hablar mal de sí mismo: entonces era duro e inflexible, precisamente porque ponía su reputación por encima de su vida y de su reino.

Marchaba entonces al encuentro de Darío, dispuesto a li- 5
brar batalla de nuevo; cuando se enteró de que Beso lo había capturado, despidió a los tesalios de regreso a casa, entregándoles dos mil talentos como presente en pago de sus servicios de guerra. Ante la penosa y larga persecución (pues en once 6
días recorrieron a caballo tres mil trescientos estadios), la mayor parte de los soldados comenzaron a flaquear, especialmente a causa de la falta de agua[90]. Fue entonces cuando Alejandro 7
se encontró con un grupo de macedonios que transportaban agua del río en odres, a lomos de acémilas; y viendo éstos que el rey padecía por la sed —era ya mediodía—, llenaron al punto un casco y se lo ofrecieron. Alejandro les preguntó que 8
para quién era el agua que transportaban, y ellos contestaron: «Para nuestros propios hijos; pero mientras tú vivas podremos engendrar otros, si es que los perdemos». Tras escuchar tales 9
palabras, cogió el casco entre sus manos, pero mirando en torno suyo y viendo cómo todos los jinetes que le rodeaban giraban la cabeza para fijar los ojos en la bebida, lo devolvió sin probarla, si bien dio las gracias a aquellos hombres y dijo: «Si bebo yo solo, éstos flaquearán». Entonces los jinetes, vien- 10
do su temperancia y su grandeza espiritual, gritaron que les condujese sin miedo, mientras aguijaban los caballos, pues se decían que no podían estar fatigados ni sedientos ni, en una

[90] 3300 estadios equivalen a unos 640 km.; el encuentro con el moribundo Darío tuvo lugar en Hecatómpilo (actual Shahr-i Qumis, Irán, al SE del mar Caspio). Beso, familiar de Darío, era el poderoso sátrapa de Bactria y Sogdiana.

palabra, considerarse simples mortales mientras tuvieran un
rey semejante.
43 Así pues, iban todos con el mismo celo, pero se dice que
sólo sesenta llegaron a entrar con Alejandro en el campamen-
2 to enemigo. Una vez allí, pasaron por encima de grandes can-
tidades de oro y plata tiradas por tierra, pasaron también de
largo junto a muchos carros de niños y mujeres, que erraban
a falta de conductores, y se fueron en busca de las primeras
3 filas, en la idea de dar allí con Darío. A duras penas pudieron
encontrarlo, tendido en un carro, con el cuerpo acribillado
por los dardos y a punto de expirar. Con todo, llegó a pedir
de beber, y después de tomar un poco de agua fría dijo a Po-
4 lístrato, el que se la había dado: «Amigo, para mí es el colmo
de la desdicha no poder devolver un favor que se me hace,
pero Alejandro te recompensará a ti, y a él le recompensarán
los dioses por su bondad para con mi madre, mi mujer y
mis hijos. A él doy esta mi diestra, por tu mediación». Di-
5 ciendo esto expiró, asido de la mano de Polístrato. Cuando
Alejandro llegó al lugar se mostró visiblemente afectado por
el suceso, y quitándose su clámide la echó sobre el cuerpo,
6 cubriéndolo. Más tarde, dando con Beso, lo hizo descuartizar:
curvando dos árboles hacia el mismo punto y atando a cada
uno de ellos una parte del cuerpo, al soltarlos, cada árbol,
enderezándose violentamente, se lleva la parte del cuerpo
7 que le corresponde. Pero antes de nada envió el cadáver de
Darío a su madre, adornado como corresponde a un rey, y
admitió entre sus amigos íntimos a Exatres, hermano de
Darío[91].
44 El rey en persona, acompañado de sus mejores tropas,
descendió a la Hircania; viendo un golfo marino que parecía

[91] El cadáver fue enviado a Persépolis, lugar de enterramiento de los reyes de Persia. Beso fue capturado al año siguiente (329) en su antigua satrapía de Bactria; fue mutilado y después ejecutado en Ecbátana.

tener al menos el tamaño del Ponto, si bien el agua era más
dulce que la de los otros mares, no pudo hacer averiguaciones
exactas sobre dicho mar, pero consideró como lo más vero-
símil que se tratase de una filtración de la laguna Meótide[92].
Sin embargo, la verdad del caso no había sido desconocida 2
de los investigadores naturales, que, muchos años antes de la
expedición de Alejandro, explicaron que, de los cuatro golfos
que se adentran en tierra desde el mar exterior, éste es el más
septentrional, el denominado tanto mar de Hircania como mar
Caspio. Allí unos bárbaros, cayendo inesperadamente sobre 3
los que llevaban a Bucéfalo, el caballo de Alejandro, se hicie-
ron con él. El rey llevó muy a mal este hecho y envió un heral- 4
do amenazando con matarlos a todos junto con sus mujeres e
hijos si no le restituían su caballo; sin embargo, cuando aqué- 5
llos se presentaron trayéndoselo y poniendo en sus manos sus
ciudades, les trató a todos con gran humanidad e incluso pagó
rescate por Bucéfalo a los que se habían apoderado de él.

De allí se replegó en dirección a la tierra de los partos
donde, demorándose por un tiempo, vistió por primera vez la 45
estola bárbara, ya sea por querer acomodarse a las costumbres
vernáculas —pues la comunidad de hábitos y de raza es de
gran importancia para domar a los pueblos—, ya sea como un
intento subrepticio de imponer la prosternación a los macedo-
nios, acostumbrándoles poco a poco a tolerar los cambios y
mudanzas en su género de vida. Ahora bien, no llegó a adoptar
el traje de los medos, absolutamente bárbaro y extraño, ni 2
tampoco los calzones largos, ni la ropa con mangas, ni la tiara,
sino que hizo una mezcla acertada, a medio camino por así

[92] El hoy llamado mar de Azov, al norte del Mar Negro; algunos autores griegos pensaban que este mar se comunicaba con el Caspio. En cuanto a los «cuatro golfos» que se citan a continuación, serían el Pérsico, el Mar Rojo, el Mediterráneo y el Caspio —que, sin embargo, Heródoto (I 202-204) ya consideraba, correctamente, un mar cerrado. Hircania es la región del actual Irán que bordea la orilla sudoriental del mar Caspio.

decir entre el traje persa y el medo, algo menos fastuoso que
aquél pero más imponente que éste. Al principio hizo uso de él
3 en presencia de los bárbaros o con sus amigos en la intimidad,
pero más tarde se dejaba ver de tal guisa ante todo el mundo,
ya fuera que saliera a caballo o que celebrara audiencia. Este
4 espectáculo contrariaba mucho a los macedonios, pero como
por lo demás admiraban sus virtudes, consideraban que debían
pasarle por alto algunas de sus inclinaciones al placer o a la
vanidad. Y ello con más razón por cuanto que, además de
5 todas las heridas anteriores, había recibido recientemente una
en la pierna, de resultas de la cual la flecha le había astillado
y hecho perder la canilla, y también había resultado herido
por una piedra en el cuello, por causa de lo cual una especie
de neblina se había deslizado sobre sus ojos durante no poco
rato; no obstante, Alejandro no dejó por ello de exponerse
sin reservas a los peligros, antes bien, cruzó el río Orexartes
(que él creía era el Tanais), y poniendo en fuga a los escitas
les persiguió cien estadios, y todo ello aun padeciendo las
molestias de una diarrea[93].

Fue entonces cuando la amazona acudió a su presencia,
46 según dicen la mayoría de los autores, entre ellos Clitarco,
Policlito, Onesícrito, Antígenes e Istro. Pero Aristobulo, Cares
2 el chambelán, Tolomeo, Anticlides, Filón de Tebas, Filipo de
Teángela, además de Hecateo de Eretria, Filipo de Cálcide y
Duris de Samos, dicen que es una pura invención, y Alejandro
3 parece ofrecer un testimonio en favor de estos últimos, pues,
cuando escribe a Antípatro contándole todo con gran detalle,
dice que el rey escita le ofreció casarse con su hija, pero no

[93] El Orexartes, generalmente llamado Jaxartes, es el actual Syr Dariá, cuyo curso alto cruza Kirguizistán, y desemboca en el mar de Aral (Alejandro llegó hasta él en el 329 y fundó allí Alejandría Éscate, «la Última»). El Tanais es el actual Don, en la Rusia meridional europea (sobre la confusión geográfica que reinaba para estas zonas, cf. nota anterior).

menciona a la amazona[94]. Se dice también que, muchos años 4
más tarde, cuando Onesícrito leía a Lisímaco, ya convertido
en rey, el cuarto libro de su *Historia,* en el que se narra el
caso de la amazona, Lisímaco se sonrió tranquilamente y le
dijo: «Y yo, ¿dónde estaba entonces?». En todo caso, el hecho 5
de que se crea o no dicha historia en nada puede influir para
admirar a Alejandro más o menos que antes[95].

Temiendo que los macedonios pudieran flaquear en lo que 47
quedaba de campaña, había dejado en cuarteles al grueso del
ejército, y en cuanto a las tropas de elite que tenía consigo
en Hircania (veinte mil infantes y tres mil jinetes), intentó
ganarse su confianza diciéndoles: «Ahora los bárbaros tienen
pavor de nosotros cuando estamos frente a ellos, pero si nos
retiramos después de limitarnos a sembrar la confusión en
Asia, al punto se echarán sobre nosotros como si fuésemos
mujeres». No obstante, dejó marchar a los que así lo deseaban, 2
eso sí, protestando que, mientras se dedicaba a conquistar el
mundo para los macedonios, se le dejaba solo en compañía
de sus amigos y de aquellos que deseaban hacer campaña.

---

[94] De los autores citados, ya hemos visto anteriormente a ONESÍCRITO (fr. 1 JACOBY), ARISTOBULO (fr. 21 JACOBY), CARES (fr. 12 JACOBY) y DURIS (fr. 46 JACOBY); entre los demás, los más relevantes son CLITARCO, autor de una *Historia de Alejandro* a finales del siglo IV (JACOBY, *FGrH* núm. 137, fr. 15); POLICLITO DE LARISA, que particípó en la expedición a Asia (JACOBY, *FGrH* núm. 128, fr. 8); TOLOMEO, fundador de la dinastía Lágida de Egipto e historiador notable (JACOBY, *FGrH* núm. 138, fr. 28a); ISTRO, discípulo de Calímaco (siglo III; JACOBY, *FGrH* núm. 334, fr. 26); y el ateniense ANTICLIDES, también del siglo III (JACOBY, *FGrH* núm. 140, fr. 12). Son prácticamente desconocidos para nosotros ANTÍGENES (*FGrH* núm. 141, fr. 1), HECATEO DE ERETRIA, FILÓN DE TEBAS, FILIPO DE TEÁNGELA y FILIPO DE CÁLCIDE (ambos en JACOBY, *FGrH* núm. 741, fr. 4).

[95] Lisímaco, uno de los diádocos, asumió el título de rey en el 305. El episodio de Talestris, la reina de las amazonas —al que Plutarco, igual que Arriano, parece dar muy poca verosimilitud—, es una de tantas invenciones novelescas y fantásticas que rodearon desde muy pronto a la figura de Alejandro, dando lugar a obras como la del PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (trad. de C. GARCÍA GUAL, en esta misma colección).

3 Tal es lo que, casi con las mismas palabras, puede leerse en su carta a Antípatro, así como que, diciendo lo que queda escrito, todos pidieron a gritos que les condujese a la región del
4 mundo que quisiese. Una vez superada la prueba con ellos, no tuvo dificultad en ganarse al grueso del ejército, que lo siguió mansamente.

5 Así pues, en lo que respecta al modo de vida, Alejandro se acercaba cada vez más a las costumbres vernáculas al tiempo que intentaba que los persas hiciesen lo mismo respecto de las costumbres macedonias, pues consideraba que la mezcla y la comunidad de vida, conseguidas con benevolencia, eran mejores bases para su imperio que la fuerza bruta, especialmente
6 para cuando él estuviese lejos de allí. Por ello, escogiendo a treinta mil jóvenes hizo que aprendiesen las letras griegas y que se les educase en la milicia macedonia, designando a tal
7 efecto un buen número de supervisores. Y por lo que hace a Roxana, es verdad que actuó movido por el amor —la había encontrado lozana y hermosa mientras danzaba con ocasión de un banquete—, pero no por ello dejó de parecer una deci-
8 sión conforme con sus intenciones; en efecto, los bárbaros se sintieron confiados por el parentesco contraído con esta boda y concibieron un extraordinario amor por Alejandro, pues no sólo había mostrado siempre una gran continencia a este respecto, sino que tampoco consintió en poner la mano sobre la única mujer que le había doblegado sin antes desposarla ante la ley[96].

9 Como viera que, entre sus mejores amigos, Hefestión aprobaba su decisión y cambiaba como él su vestimenta, mientras Crátero seguía fiel a las costumbres patrias, se servía del primero en sus relaciones con los bárbaros y del segundo

---

[96] Roxana era la hija del noble bactriano Oxiartes, y había caído en su poder durante la campaña contra Beso, el año 328 a. C.; se casó con ella la primavera siguiente, según el rito macedonio.

para tratar con griegos y macedonios; en fin, al uno le tenía un 10
gran afecto mientras que por el otro sentía un gran respeto, y
pensaba y decía siempre que Hefestión era amigo de Alejan-
dro y Crátero amigo del rey. Por esta razón ambos escondían 11
en su pecho una mutua antipatía y altercaban con frecuencia.
Una sola vez, durante la campaña de la India, llegaron a las
manos, sacando las espadas; sus amigos respectivos acudieron
para ayudarles, hasta que Alejandro, presentándose a caballo,
reprendió públicamente a Hefestión, llamándole estúpido y
loco si era incapaz de comprender que, separado de Alejan-
dro, no era nada; en cuanto a Crátero, también le hizo acerbos
reproches, pero en privado. Finalmente los reunió para recon- 12
ciliarlos y juró en nombre de Amón y de los demás dioses que
ellos eran entre todos los hombres los que más quería, pero
que si volvía a saber de querellas entre ellos, daría muerte a
ambos o al menos al que hubiese comenzado. De ahí que,
según se dice, en lo sucesivo no dijeran ni hicieran nada el
uno contra el otro, ni siquiera en broma.

Filotas, el hijo de Parmenión, gozaba de gran conside- 48
ración entre los macedonios, pues se le tenía por hombre
valeroso y tenaz, y también por el más generoso y afecto a
sus amigos, después del propio Alejandro. En todo caso se 2
cuenta que, en una ocasión en que uno de sus familiares le
pidió dinero, ordenó que se le diera, y como el contable dijera
que no había, le dijo Filotas: «Pero ¿cómo? ¿Es que tampoco
tienes una copa o un vestido?». Sin embargo, estaba hinchado 3
de soberbia, tenía enormes riquezas y desplegaba un género de
vida y unos cuidados corporales muy por encima de lo so-
portable en un particular; era entonces cuando, tratando de
parecer majestuoso y elevado, pero haciéndolo de forma in-
conveniente y sin gracia, como un hombre vulgar y afectado,
se granjeaba sospechas y envidias; tanto es así que el propio
Parmenión le dijo una vez: «Hijo mío, hazme el favor de
quitarte un poco de importancia». Por otra parte, el propio 4

Alejandro oía acusaciones contra él desde hacía largo tiempo.
Cuando el ejército se incautó en Damasco de las riquezas de
Darío, derrotado en Cilicia, entre los muchos prisioneros que
fueron conducidos al campamento se encontraba una mujer,
Antígona, oriunda de Pidna y distinguida por su belleza, que
5 Filotas hizo suya. Y como es comprensible en un joven en
compañía de su amada y algo bebido, Filotas no se mordía la
lengua e incurría en toda suerte de bravatas y fanfarronadas,
atribuyendo a su padre y a sí mismo el mérito de las hazañas
más señaladas y tildando a Alejandro de muchachuelo que,
6 si disfrutaba de poder y de renombre, era gracias a ellos. La
mujer hizo saber tales palabras a uno de sus familiares quien,
como es lógico, se las hizo saber a otra persona, hasta que
llegaron a oídos de Crátero; éste cogió a la mujer y la llevó
7 en secreto ante Alejandro quien, después de escucharla, le
ordenó que continuase sus relaciones con Filotas como hasta
entonces y que viniera a comunicarle todo lo que le oyera
decir.

49 Así pues, Filotas ignoraba tales asechanzas, seguía vi-
viendo con Antígona y dejaba escapar, movido por la cólera
o por la jactancia, gran cantidad de palabras inconvenientes y
2 ofensivas contra el rey. Pero Alejandro, a pesar de ver cómo
se acumulaban pruebas fehacientes contra Filotas, aguantó
en silencio y se contuvo, ya sea porque confiaba en el afecto
que Parmenión le tenía, ya porque temía la consideración
3 pública y la influencia de padre e hijo. Sin embargo, por aquel
entonces un macedonio llamado Limno, oriundo de Calestra,
que conspiraba contra Alejandro, intentaba hacer participar
en la trama a Nicómaco, un joven del que estaba enamorado;
4 éste no aceptó la proposición e hizo saber la existencia del
complot a su hermano Cebalino quien, por su parte, presen-
tándose ante Filotas, le instó a que les llevara a presencia de
Alejandro, pues tenían que hablarle de asuntos de mucha gra-
5 vedad. Pero Filotas, por la razón que fuera —pues es algo que

nunca se ha averiguado—, no los llevó ante el rey, so pretexto de que éste estaba ocupado en otros asuntos más importantes; y esto lo hizo por dos veces. Así que ellos, sospechando ya 6
de Filotas, se dirigieron a otra persona, que les condujo a presencia de Alejandro; en primer lugar denunciaron lo referente a Limno, pero después dieron a entender discretamente que Filotas se había desentendido de sus denuncias en dos ocasiones, y fue esto lo que irritó sobremanera a Alejandro. 7
Y cuando el soldado enviado para detener a Limno, al defenderse éste viéndose cogido, le dio muerte, Alejandro fue presa de turbación aún mayor, por creer que se le escapaban las pruebas de la conspiración. Y amargado contra Filotas 8
convocó a aquellos que lo odiaban desde hacía tiempo; éstos dijeron ya abiertamente que sería negligente por parte del rey creer que Limno, un simple hombre de Calestra, hubiera emprendido por sí mismo una acción tan arriesgada. Decían, 9
por el contrario, que aquél era mero subordinado, o más bien instrumento al servicio de un poder más alto, y que había que buscar la conspiración entre aquellos que tenían el mayor interés en ocultarla. El rey prestó oídos a tales discursos y 10
sospechas y así empezaron ya a llover miles de acusaciones contra Filotas. En vista de ello, éste fue apresado y llevado 11
a juicio; asistían a la prueba del tormento los amigos de Alejandro, mientras él escuchaba desde fuera, colocado detrás de un cortinaje. Y se dice que entonces, al prorrumpir Filotas en 12
humildes y lastimosas voces y súplicas dirigidas a Hefestión, dijo Alejandro: «¿Y siendo, Filotas, tan blando y poco varonil emprendes planes semejantes?». Inmediatamente después de 13
la muerte de Filotas Alejandro ordenó que se eliminara en Media a Parmenión, un hombre que había tenido gran parte en las conquistas de Filipo, y el único entre sus amigos de más edad o, en todo caso, el que más había empujado a Alejandro a cruzar al Asia; de los tres hijos que tenía, había visto morir antes a dos durante la campaña, y él mismo murió al

14 tiempo que el tercero[97]. Estos sucesos hicieron a Alejandro
temible para muchos de sus amigos, y especialmente para
Antípatro, quien envió emisarios secretamente para concluir
15 un pacto con los etolios; éstos, en efecto, temían a Alejandro
a causa de la destrucción de la ciudad de Eníades, pues al
enterarse de ella el rey había dicho que no serían los hijos de
Eníades quienes castigaran a los etolios, sino él mismo[98].

50 No mucho tiempo después tuvo lugar el asunto de Clito,
que, si se oye contar sin más, parecerá más brutal que lo suce-
2 dido con Filotas; sin embargo, si tenemos en cuenta en nuestra
reflexión tanto la causa como las circunstancias, encontrare-
mos que el suceso no fue premeditado, sino resultado de cierta
mala suerte del rey, cuya cólera y ebriedad sirvieron de catali-
zadores del mal humor de Clito[99]. Sucedió de la siguiente for-
3 ma. Un grupo de personas había llegado de la costa trayendo
al rey frutas de Grecia, y éste, admirado de su frescura y buen
aspecto, llamó a Clito con la intención de mostrárselas y de
4 compartirlas con él. Clito ofrecía un sacrificio en ese momen-
to, pero lo suspendió para acudir ante Alejandro, y tres de las
reses que habían recibido ya las libaciones rituales le siguie-
5 ron. Enterándose el rey de ello, lo hizo saber a los adivinos
Aristandro y Cleómenes de Laconia; como éstos declararan
que era una señal de mal augurio, Alejandro ordenó ofrecer
6 inmediatamente un sacrificio por la salud de Clito (y es que
el propio Alejandro, tres días antes, había tenido un extraño
sueño: creyó ver a Clito, vestido con ropas negras, sentado en-

[97] La conjura de Limno y la consiguiente eliminación de Filotas y Parmenión tuvo lugar en el 330, en Frada (luego llamada Proftasia), en la Drangiana (Afganistán occidental).

[98] Los etolios arrebataron a los acarnanios la importante plaza de Eníades en el 330 a. C.; las diferencias entre Alejandro y su regente Antípatro se harían mucho más visibles en los dos últimos años de la vida del rey.

[99] El episodio de Clito, jefe de la caballería, tuvo lugar, en realidad, dos años después del de Filotas, el 328 a. C., en Bactra, capital de la Bactriana.

tre los hijos de Parmenión, que estaban todos muertos). Pues bien, Clito no se previno terminando su sacrificio, sino que se 7
presentó al punto al banquete del rey, que había sacrificado en honor de los Dioscuros. Cuando el vino hubo circulado en 8
abundancia se empezaron a cantar poemas de un tal Pránico (o según otros de Pierión) en los que se deshonraba y ridiculizaba a los generales recientemente vencidos por los bárbaros. Los invitados de más edad, pudiendo apenas soportarlo, comenza- 9
ron a injuriar tanto al autor de los versos como al cantor, pero Alejandro y su círculo, que lo escuchaban con gusto, le ordenaron que continuase; entonces Clito, que estaba ya borracho y cuyo natural rudo y arrogante le hacía fácilmente irascible, fue presa de una gran irritación y comenzó a decir que no estaba bien, en presencia de bárbaros y enemigos, ultrajar a unos macedonios que, aunque hubieran tenido una actuación desgraciada, valían mucho más que aquellos que se burlaban de ellos. Alejandro respondió que Clito defendía su propia 10
causa llamando desgracia a la cobardía; Clito se puso en pie 11
y dijo: «Sin embargo, esa cobardía es la que te ha salvado a ti, el hijo de los dioses, cuando ya volvías la espalda a la espada de Espitridates, y gracias a la sangre de los macedonios y a estas mis heridas te has engrandecido hasta el punto de hacerte pasar por hijo de Amón, renegando de Filipo».

Así que Alejandro, muy excitado, le dijo: «¿Y acaso crees, 51
desgraciado, que te vas a ir tan contento diciendo todo el tiempo semejantes cosas sobre mí y soliviantando a los macedonios?». «Ni siquiera ahora», respondió Clito, «estamos con- 2
tentos, Alejandro, recibiendo tal pago por nuestros esfuerzos; antes bien, envidiamos la suerte de aquellos que han muerto antes de vernos a los macedonios cardados por las varas de los medos y teniendo que suplicar a los persas para poder acudir a presencia de nuestro rey». Los amigos de Alejandro, 3
al oír tales osadías en la boca de Clito, se pusieron en pie frente a él y le injuriaron, mientras los más viejos intentaban controlar el

4 tumulto. Por su parte Alejandro, volviéndose hacia Jenódoco
de Cardia y Artemio de Colofón, dijo: «¿No os parece que
los griegos se comportan en medio de los macedonios como
5 semidioses entre fieras salvajes?». Pero Clito no cedía, an-
tes bien instaba a Alejandro a que aclarase públicamente qué
quería decir con esa frase, o si no, que no invitase a su mesa
a hombres libres con derecho a decir lo que les pareciese; a
cambio de ello, que viviese en compañía de bárbaros y de
esclavos dispuestos a prosternarse ante su cinturón pérsico y
su túnica blancuzca. Alejandro, no pudiendo ya contener la
cólera, cogió una de las manzanas que tenía a la mano y se la
6 tiró, alcanzándole, al tiempo que iba en pos de su espada. Uno
de sus guardias personales, Aristófanes, se había adelantado
a quitarla de su vista; los demás le rodeaban y le suplicaban,
pero él, levantándose de un salto, comenzó a gritar y a llamar
a sus escuderos en lengua macedonia (lo que era señal de
gran alarma), al tiempo que ordenaba al trompeta que diese
la señal, y como éste tardara y se resistiera a hacerlo, le pro-
7 pinó un puñetazo — por cierto que después este soldado fue
tenido en gran estima por haber sido el principal responsable
de que el campamento no se viera por completo alborotado.
8 Los amigos de Clito, que seguía en sus trece, lo sacaron como
pudieron de la sala, pero él volvió a entrar por otra puerta,
recitando despectiva y audazmente aquellos yambos de la *An-
drómaca* de Eurípides: «¡Ay de mí! ¡Qué malas costumbres
9 hay en Grecia!»[100]. Entonces Alejandro, cogiendo la lanza de
uno de sus guardias, en el momento en que Clito se le ponía
delante y apartaba la cortina de la puerta, lo atravesó de parte
10 a parte. En el mismo instante en que Clito se desplomaba entre

[100] *Andrómaca*, 693 (los versos que siguen, y que Alejandro conocería bien, permiten entender la intención de la cita: «cuando un ejército erige trofeos sobre los enemigos, no se considera esta hazaña propia de los que se esfuerzan, sino que quien consigue el renombre es el general [...] y a pesar de no hacer nada más que ninguno, obtiene mayor fama»).

gemidos y alaridos, la cólera abandonó a Alejandro; volvien- 11
do en sí y viendo a sus amigos en pie, mudos, se apresuró a sacar la lanza del cadáver e intentó herirse en el cuello, pero no pudo hacerlo porque los miembros de su guardia personal le sujetaron las manos y le condujeron a la fuerza hasta su dormitorio.

Pasó la noche llorando desconsoladamente y, como el día 52
siguiente, cansado ya de gritar y lamentarse, lo pasara tumbado sin decir palabra, suspirando profundamente, sus amigos, temerosos de su silencio, entraron a la fuerza en su habitación.
No quiso escuchar sus palabras, pero cuando el adivino Aris- 2
tandro le recordó la visión que había tenido relacionada con Clito, así como el presagio —queriendo con ello decir que tales sucesos estaban desde hacía mucho tiempo fijados por el destino—, Alejandro pareció más aliviado.

Por ello trajeron a su presencia al filósofo Calístenes, pa- 3
riente de Aristóteles, y a Anaxarco de Abdera[101]. Calístenes 4
trató de calmar su pena con prudencia y dulzura, insinuando razones y hablando con circunloquios para no herirle; pero Anaxarco, que desde el principio llevaba un camino propio en filosofía y se había ganado la fama de desdeñar y menospreciar a sus colegas, nada más entrar comenzó a gritar: «He 5
aquí a Alejandro, hacia el que el mundo entero dirige ahora sus miradas; pero él yace por tierra, llorando como un esclavo, temeroso de la ley y del reproche de los hombres, él que tendría que ser para ellos la ley y la norma de lo justo, puesto que ha vencido para ordenar y mandar, no para ser dominado y esclavizado por la vana opinión. ¿No sabes», añadió, 6
«que Zeus tiene por asistentes a Justicia y a Temis, a fin de que todo lo que haga el que manda sea legítimo y justo?». Usando 7
de tales razones, Anaxarco consiguió aligerar la aflicción del rey, pero hizo que su carácter fuese, en más de un aspecto,

[101] Sobre Calístenes y Anaxarco, cf. notas 61 y 18 respectivamente.

más inconsistente y más indiferente a la ley que antes; y al tiempo que él se adaptaba maravillosamente a la situación, trataba además de minar las enseñanzas de Calístenes, de por
8 sí poco agradables dada su austeridad. Se cuenta que en cierta ocasión, en la mesa, se discutía acerca de las estaciones y de la temperatura ambiente; Calístenes compartía la opinión de quienes decían que allí hacía más frío y que los inviernos eran peores que en Grecia, y como Anaxarco defendiera con ardor
9 la opinión contraria, le dijo Calístenes: «Sin embargo, tienes que reconocer que hace aquí más frío que allá, pues en Grecia tú pasabas el invierno con una capa raída y aquí te recuestas bien envuelto en tres cobertores». Estas palabras soliviantaron aún más a Anaxarco.

53 Los demás sofistas y aduladores sufrían al ver que Calístenes era requerido por los jóvenes en razón de su elocuencia y que era igualmente del agrado de los de más edad a causa de su género de vida ordenado, digno e independiente; ello confirmaba lo que se decía acerca de sus motivaciones para salir de Grecia, a saber, que se había llegado a presencia de Alejandro con la ambición de restablecer a sus conciudadanos
2 y de refundar de nuevo su ciudad patria[102]. Envidiado a causa de su reputación, en ciertas ocasiones ofrecía puntos flacos a los que querían calumniarle, pues la mayor parte de las veces rechazaba las invitaciones y, cuando de acudía a alguna, con su actitud grave y silenciosa hacía ver que no aprobaba ni le gustaba lo que sucedía allí; hasta el punto de que Alejandro dijo de él: «Odio al sofista que no es sabio por sí mismo»[103].

3 Se cuenta también que una vez, con numerosos invitados a la mesa de Alejandro, cuando le llegó a Calístenes el turno de brindar, se le pidió que hiciera el elogio de los macedonios,

---

[102] Olinto, en la Caleídica, destruida por Filipo en el 348 a. C.

[103] Cita de Euríp., fr. 905 (cf. R. Kannicht, *Tragicorum Graecorum Fragmenta, vol. V, Euripides*, Gotinga, 2004).

y él abordó dicho tema con tan gran abundancia retórica que
los presentes, levantándose, se pusieron a aplaudir y a lanzarle
coronas de flores; en esto Alejandro dijo que, según Eurípides, 4
para aquel que toma para discursear «un hermoso punto de
partida, no es tarea ardua el hablar bien»[104]. «Ea, muéstranos»,
añadió el rey, «tus capacidades acusando a los macedonios,
para que, aprendiendo sus defectos, puedan hacerse mejores».
Así que el hombre, entregándose a la palinodia, habló sin ta- 5
pujos contra los macedonios durante largo rato, proclamando
que la discordia entre los griegos había sido la causa del en-
grandecimiento y poderío de Filipo, y pronunció el verso: «En
medio de la discordia hasta el criminal puede alcanzar hono-
res»[105]. Esto le granjeó un odio profundo y amargo de parte de 6
los macedonios, y Alejandro dijo que Calístenes no había dado
muestras de su habilidad, sino de su inquina contra ellos.

Tal es lo que, según testimonio de Hermipo, Estrebo (el 54
lector de Calístenes) contó a Aristóteles, y también que Ca-
lístenes, dándose cuenta de la hostilidad de Alejandro contra
él, le dijo en dos o tres ocasiones, según se retiraba: «Mu-
rió también Patroclo, él que era mucho mejor que tú»[106]. Así 2
pues, no parece haberse equivocado Aristóteles al decir que
Calístenes poseía una elocuencia grande y poderosa pero ca-
recía de sentido común. Sin embargo, al rechazar enérgica y 3
filosóficamente la prosternación y al decir abiertamente, él
solo, aquello que indignaba secretamente a los macedonios
mejores y más provectos, les ahorró a los griegos un gran
oprobio —y mayor aún a Alejandro, apartándole de la idea
de la prosternación—, pero se buscó su propia ruina, ya que
con su actitud más parece haber forzado al rey que no haberle

[104] *Bacantes* 266.

[105] Hexámetro de autor desconocido.

[106] *Ilíada* XXI 107 (Aquiles a Licaón, antes de matarlo). Hermipo es un peripatético del siglo III a. C., autor de varias biografías de escritores, filósofos, etc.; el *lector* era un esclavo especializado en esta función, la lectura en voz alta.

4 persuadido. Y Cares de Mitilene cuenta que, con ocasión de un
banquete, Alejandro, después de beber, ofreció la copa a uno
de sus amigos; éste la cogió, se puso en pie mirando hacia el
hogar, bebió, se prosternó ante Alejandro, después le besó y
5 volvió a recostarse en su sitio. Todos los invitados, uno detrás
de otro, hicieron lo propio, pero Calístenes tomó la copa en un
momento en que el rey no le prestaba atención, pues estaba
conversando con Hefestión; y cuando Calístenes, después de
6 beber, se disponía a besar al rey, Demetrio el apodado Fidón
dijo: «Mi señor, no le beses, pues él es el único que no se ha
prosternado ante ti». Entonces Alejandro esquivó el beso, y
Calístenes dijo levantando mucho la voz: «Pues bien, me iré
de aquí con un beso de menos»[107].

55 Una vez surgida esta hostilidad de parte del rey, en primer
lugar se dio crédito a Hefestión, que decía que Calístenes,
después de haberse comprometido ante él a prosternarse, había
2 faltado a su promesa; más tarde los Lisímacos y Hagnones
le atacaron diciendo que el sofista iba por ahí todo orgulloso
de haber echado por tierra la tiranía, y que los jovenzuelos
corrían a su presencia y le honraban como al único libre entre
3 tantas miríadas de hombres. Por eso, cuando se descubrió la
conspiración de Hermolao y los suyos contra Alejandro, las
acusaciones de los detractores de Calístenes cobraron visos
de verosimilitud: decían que, a uno que le preguntaba cómo
podría convertirse en un personaje de primera fila, le había
4 contestado: «Matando al que ocupa el primer puesto», y tam-
bién que para empujar a Hermolao a la acción le había instado
a no tener miedo del lecho de oro y a recordar que acometía
5 a un hombre expuesto a la enfermedad y a las heridas. No
obstante, ninguno de los compinches de Hermolao denunció
6 a Calístenes, ni siquiera en situación de extrema necesidad. Es
más, el propio Alejandro en una carta escrita poco después a

[107] Cares, fr. 18a Jacoby.

Crátero, a Átalo y a Alcetas, dice que los jóvenes sometidos
a tortura reconocieron haber actuado por propia iniciativa,
sin la complicidad de ninguna otra persona. Pero más tarde, 7
escribiendo a Antípatro, incrimina a Calístenes diciendo: «Los
macedonios han acabado con los jóvenes, pero yo me ocuparé
de castigar al sofista, a los que le han enviado y a aquellos
que acogen en sus ciudades a los que conspiran contra mí»,
aludiendo directamente con estas palabras a Aristóteles (y es
que Calístenes se había criado en su casa en razón de su paren-
tesco, pues era hijo de Hero, prima hermana de Aristóteles)[108].
Unos dicen que Calístenes murió ahorcado por orden de Ale- 8
jandro, otros que encarcelado y de enfermedad; y Cares cuenta
que, después de ser apresado, estuvo detenido y encadenado
durante siete meses a la espera de ser juzgado en el Consejo
y en presencia de Aristóteles, pero que, por la época en que
Alejandro fue herido en la India, murió de exceso de obesidad
y de pediculosis[109].

Bien es verdad que esto sucedió más tarde. En cuanto a 56
Demarato de Corinto, era ya bastante mayor cuando concibió
el deseo de marchar a presencia de Alejandro, y cuando le
hubo visto, dijo que los griegos que habían muerto antes de
poder ver a Alejandro sentado en el trono de Darío se habían
visto privados de un gran placer. Ahora bien, no pudo disfrutar 2
por mucho tiempo de la benevolencia del rey para con él, pues
murió de agotamiento; se celebraron magníficos funerales y el
ejército elevó en su honor un túmulo de gran perímetro y de

[108] Los que habían acogido a Aristóteles eran los atenienses, pues allí vivía el filósofo desde hacía varios años.

[109] Cares, fr. 15 Jacoby. Los motivos que llevaron a la conjura de Hermolao, llamada habitualmente «Conspiración de los Pajes», siguen siendo muy oscuros, aunque pudo verse catalizada por las pretensiones de Alejandro de imponer la prosternación *(proskynesis)* oriental ante su persona; de las versiones que ofrece Plutarco sobre la muerte de Calístenes, la más probable es la primera: que Alejandro lo mandó ejecutar.

ochenta codos de altura; sus restos mortales fueron llevados
hasta la costa en una cuadriga ricamente engalanada[110].

57 Cuando se disponía a pasar a la India, como viera ya al
ejército entorpecido y con poca maniobrabilidad a consecuen-
cia de la abundancia de botín, cargando los carros al despuntar
el alba, hizo quemar primero los suyos propios y los de sus
íntimos, y a continuación ordenó prender fuego también a los
2 de los macedonios. Y resultó más difícil y más penoso tomar
esta decisión que ponerla en práctica; pues si bien disgustó a
unos pocos, la mayoría, dando voces y gritos de entusiasmo,
comenzaron a compartir los enseres necesarios con aquellos
que andaban escasos y a quemar y destruir por propia inicia-
tiva los objetos superfluos, lo que animó y enardeció sobre-
manera a Alejandro.

3 Por esta época era ya terrible e inflexible en lo referente
al castigo de los culpables, y así a Menandro, uno de sus ínti-
mos al que había puesto al mando de una plaza fuerte, le con-
denó a muerte porque no quería quedarse allí; y a Orosdates,
uno de los bárbaros sublevados, él mismo lo mató de un fle-
chazo.

4 En esto una oveja parió un cordero que tenía alrededor de
la cabeza algo con la forma y el color de una tiara, así como
un testículo a cada lado; Alejandro, horrorizado de esta señal,
se hizo purificar por los babilonios que tenía costumbre de
llevar consigo a tales efectos, e hizo saber a sus amigos que
si estaba inquieto, no era por sí mismo sino por ellos, pues
temía que, faltando él, la divinidad hiciera recaer el poder en
5 un hombre mezquino y cobarde. Sin embargo, se produjo un
mejor presagio que disipó su desazón. Y es que un macedo-
nio llamado Próxeno, al mando de los guardias que se hacían
cargo de la ropa de cama, mientras cavaba un lugar para la
tienda del rey junto al río Oxo, descubrió un manantial de un

---

[110] Sobre Demarato, cf. antes, cap. IX.

líquido aceitoso y graso[111]. Una vez salido el primer chorro, 6
comenzó a brotar un líquido puro y transparente que parecía,
por su olor y gusto, idéntico al aceite, con un brillo y una
untuosidad exactamente iguales, y eso que aquella tierra no
producía siquiera olivos —si bien es verdad que el propio 7
río Oxo, según se cuenta, tiene un agua muy suave, que hace
relucir la piel de los que se bañan en él. Sea como fuere, ello 8
provocó un extraordinario contento en Alejandro, como queda
patente por la carta que escribe a Antípatro y en la que con-
sidera este suceso como uno de los mayores signos enviados
por la divinidad. Los adivinos, por su parte, vieron en ello 9
el presagio de una expedición gloriosa pero también difícil
y llena de penalidades, pues los dioses han concedido a los
hombres el aceite como remedio contra las fatigas.

Durante los combates, Alejandro se expuso a muchos **58**
peligros y recibió heridas de consideración, pero fueron la
escasez de víveres y la rudeza del clima las que provocaron
las mayores pérdidas en el ejército. Él pretendía doblegar la 2
fortuna mediante la audacia y la fuerza mediante el valor, y
consideraba que nada era inaccesible para los valientes, como
nada era tampoco seguro para los cobardes. Y se cuenta que 3
durante el asedio a la ciudadela de Sisimitres, que era muy
escarpada y de difícil acceso, como los soldados comenzaban
a flaquear, preguntó Alejandro a Oxiartes qué temperamento
tenía el propio Sisimitres. Oxiartes le dijo que era el más co- 4
barde de los hombres, y Alejandro: «Me estás diciendo con
ello», contestó, «que podemos tomar la ciudadela, pues quien
está a su mando carece de firmeza». Y en efecto, consiguió
asustar a Sisimitres y tomar la ciudadela. Durante el ataque 5
a otra fortaleza igualmente escarpada se puso a arengar a los

[111] El Oxo, entre Bactria y Sogdiana, es el actual Amu Darya, cuyo curso alto marca la frontera entre el N. de Afganistán, Uzbekistán y Tayikistán; fue teatro de diversas operaciones militares entre el 329 y 327 a. C.

macedonios más jóvenes y se dirigió en especial a uno llamado Alejandro diciéndole: «Tú has de mostrarte valeroso, aunque sólo sea por el nombre que llevas». Y cuando el joven cayó muerto luchando con gran arrojo, Alejandro se mostró extraordinariamente afectado[112].

6 Más adelante, cuando los macedonios vacilaban en ir contra la ciudad llamada Nisa (pues estaba junto a un río muy profundo), Alejandro, deteniéndose en la orilla, dijo: «¿Por qué diablos no habré aprendido a nadar?», y acto seguido, con el escudo en la mano, hizo ademán de ir a cruzar [...][113].
7 Sin embargo, se detuvo el asalto cuando se presentaron de parte de los sitiados unos embajadores con ciertas peticiones. En un primer momento éstos quedaron perplejos al ver al rey en armas y con un aspecto tan descuidado; después alguien le trajo a Alejandro un cojín y él invitó a sentarse en él al
8 más anciano, que se llamaba Acufis. Así que éste, admirado de su mansedumbre y humanidad, le preguntó qué tenían
9 que hacer para ganarse su amistad. Alejandro dijo: «Ponerte a ti al mando de la ciudad y enviarme a mí a los cien mejores hombres», y Acufis le contestó entre risas: «Pero, señor, me será más fácil gobernar si te envío a los peores, no a los mejores»[114].

59 Se dice que Taxiles mandaba sobre una porción de la India comparable en tamaño a Egipto, y además fértil y abundante como la que más[115]. Él, que era un hombre sa-

[112] El episodio contra Sisimitres (Sisimetres en Q. CURCIO, VIII 2, 19-33) debió de tener lugar en el 328, en Nautaca (Sogdiana).

[113] K. ZIEGLER señala en su edición la existencia de una laguna en este punto.

[114] Nisa —llamada así en honor de la nodriza de Dioniso— debía de encontrarse en las proximidades del valle del Kunar (Afganistán, junto a la frontera con Paquistán); estamos ya en los inicios de la campaña contra el Punjab.

[115] La ciudad de Taxíla se encuentra al NO de la actual Islamabad (Paquistán); su rey recibe en otras fuentes clásicas el nombre de Onfis (en indio, Ambhi).

bio, saludó a Alejandro y le dijo: «¿Qué necesidad tenemos, 2
Alejandro, de guerrear y luchar entre nosotros, si tú no has
venido para arrebatamos el agua ni el sustento necesario
para vivir, únicas cosas por las que deben pelear los hom-
bres sensatos? En cuanto a lo demás, las llamadas riquezas 3
y posesiones, si yo tengo más que tú estoy dispuesto a ha-
certe partícipe de ellas, y si tengo menos no rechazaré tus
dádivas, al contrario, te estaré agradecido por ello». Así que 4
Alejandro, regocijado con sus palabras, le estrechó la mano
y le dijo: «¿Y acaso crees que nuestro encuentro va a ter-
minar sin combate, después de tales muestras de amabili-
dad? Ten por seguro que de ningún modo me vas a aventajar,
pues yo voy a esforzarme en contrarrestar tus favores a fin
de que no resultes ser más generoso que yo». Así, recibien- 5
do muchos presentes y ofreciendo todavía más, acabó Ale-
jandro por entregarle mil talentos de plata acuñada, lo que
por un lado molestó vivamente a sus amigos, pero por otro
hizo que muchos bárbaros se mostrasen más mansos ante él.

No obstante, los indios más belicosos, que iban de ciudad 6
en ciudad ofreciéndose como mercenarios, las defendían con
gran resolución y causaban no pocos quebrantos a Alejan-
dro; en cierta ciudad, después de pactar una tregua con ellos,
Alejandro les sorprendió en el camino de regreso y los mató
a todos. Y esto ha de quedar como una mancha en el histo- 7
rial militar de Alejandro, que por lo demás peleó siempre con
lealtad y como corresponde a un rey. No menos problemas 8
que los mercenarios le dieron los filósofos, que injuriaban a
los reyezuelos que se ponían del lado de Alejandro y trataban
de sublevar a los pueblos libres; por esta razón el rey mandó
también colgar a muchos de ellos[116].

[116] Los «filósofos» a los que se refiere Plutarco son los brahmanes (también llamados *gimnosofistas)*, cuya resistencia al invasor acabó por convertirse en todo un tópico literario en época helenística; cf. R. Stoneman, «Naked philosophers:

60 Por lo que respecta a la campaña contra Poro, el propio
Alejandro cuenta en sus cartas cómo se desarrolló. Dice pues
que, como el Hidaspes hacía con su cauce de divisoria entre
ambos ejércitos, Poro tenía en todo momento a sus elefantes
2 colocados de frente para impedir el paso del río; así que Ale-
jandro ordenaba cada día que se hiciera mucho ruido y estrépi-
to en el campamento para acostumbrar así a los bárbaros y que
3 no se alarmaran[117]. En una noche borrascosa y sin luna tomó
consigo a una parte de la infantería y a la elite de la caballería
y, alejándose bastante de los enemigos, cruzó hasta una isla no
4 muy grande. Allí comenzó a caer sobre sus tropas una lluvia
furiosa, que traía consigo abundantes ráfagas y rayos, y Ale-
jandro, aun viendo cómo algunos de los suyos caían fulmina-
dos por los rayos, decidió salir de la isleta para ganar la orilla
5 opuesta. Pero el Hidaspes, que a causa de la tormenta bajaba
con violencia y por encima de su nivel, había causado una
gran rotura en dicha orilla, contra la que se dirigía una parte
importante de la corriente; sus hombres pudieron alcanzar la
parte central con no poco peligro, pues se trataba de un terreno
6 resbaladizo y lleno de fracturas. Según se cuenta, fue enton-
ces cuando Alejandro dijo: «Atenienses, ¿podríais creer cuán
grandes peligros afronto para merecer vuestro reconocimien-
7 to?». Esto es al menos lo que cuenta Onesícrito[118], si bien el
propio Alejandro dice tan sólo que sus hombres, abandonando
las almadías, cruzaron el terreno inundado llevando sus armas
y con el agua que les llegaba hasta el pecho; una vez cruzado
el río, Alejandro fue a colocarse con la caballería veinte es-
tadios por delante de la infantería, pues calculaba que, si los

---

the Brahmans in the Alexander historians and the *Alexander Romance*», *Journal of Hellenic Studies* 115 (1995), págs. 99-114.

[117] El reino de Poro (Paurava en indio) se extendía entre el Hidaspes y el Acesines (los actuales Jhelum y Chenab, ambos afluentes del Indo); su sumisión se logró en el mes de mayo del 326 a. C.

[118] Fr. 19 Jacoby.

enemigos atacaban con su caballería, él podría derrotarles con facilidad, y que si ponían en marcha su falange, la infantería macedonia tendría tiempo de unirse a él. Y se cumplió una de las dos posibilidades: haciendo frente a mil jinetes y sesenta 8
carros enemigos, los puso en fuga, capturó la totalidad de los carros y mató a cuatrocientos jinetes. Comprendiendo 9
con ello Poro que Alejandro en persona había cruzado el río, se puso en marcha con todas sus tropas, a excepción de las que dejó para impedir que cruzaran los demás macedonios. Y Alejandro, que temía tanto los elefantes como la superiori- 10
dad númerica del enemigo, se lanzó contra el ala izquierda y ordenó a Ceno que atacara la derecha. Ambos flancos fueron 11
puestos en fuga, pero los soldados se retiraban para reunirse siempre junto a los elefantes; a partir de entonces el combate entró en una fase de gran confusión, y a duras penas los enemigos cedieron al cabo de ocho horas. Esto es al menos lo que cuenta en sus cartas el propio artífice de la victoria.

La mayor parte de los historiadores coinciden en señalar 12
que Poro levantaba cuatro codos y un palmo de altura, y que en razón de su talla y de su corpulencia quedaba tan proporcionado con su elefante como puede estarlo un jinete con su caballo, y eso que su elefante era enorme. Además este animal 13
dio muestras de una sorprendente inteligencia y solicitud hacia su rey: mientras éste estuvo aún en perfecto estado, el elefante se defendía y rechazaba a los asaltantes con decisión, pero cuando se apercibió de que su jinete flaqueaba ante la avalancha de dardos que le herían, temiendo que cayese por tierra se arrodilló suavemente y cogiendo con su trompa las saetas se las fue sacando del cuerpo una a una, con gran cuidado[119].

[119] Se trata de una anecdóta muy repetida en la literatura zoológica griega (por ejemplo, el propio Plutarco en *Sobre la inteligencia de los animales*, 970D); el rey Poro, era, efectivamente, altísimo: medía unos dos metros.

14 Cuando Poro fue finalmente apresado, Alejandro le pre-
guntó cómo había que tratarle, y él respondió: «Como a un
rey»; y como aquél insistiera en si quería añadir algo más,
15 dijo: «Está todo dicho con lo de «como a un rey»». Así que
Alejandro no sólo le permitió reinar con el título de sátrapa
en las tierras de las que era antes señor, sino que añadió a
ello, después de haber domeñado a sus habitantes, una co-
marca independiente que, según se dice, comprendía quince
naciones, cinco mil ciudades de importancia y un sinfín de
16 aldeas. Además conquistó un territorio tres veces mayor que
el reseñado e hizo de él una satrapía al mando de Filipo, uno
de sus Compañeros.

61 De resultas del combate contra Poro murió Bucéfalo, no
inmediatamente sino al cabo de un tiempo, mientras se le cu-
raban sus heridas, según la versión de la mayoría de autores
(aunque según Onesícrito fue a causa de la vejez y del ago-
tamiento, pues, de hecho, tenía treinta años cuando murió)[120].
2 Ello afectó en lo más profundo a Alejandro, quien consideraba
haber perdido ni más ni menos que a un amigo o familiar;
y fundó en su honor, a orillas del Hidaspes, una ciudad a la
3 que llamó Bucefalia. Se cuenta asimismo que, perdiendo a
un perro llamado Peritas al que él mismo había criado y al
que quería mucho, fundó también una ciudad que llevaba su
nombre (esto último dice Soción haberlo oído de labios de
Potamón de Lesbos)[121].

62 El combate contra Poro había debilitado considerablemen-
te a los macedonios, que se resistían a seguir penetrando al
2 interior de la India. En efecto, habían podido rechazar a duras

---

[120] ONESÍCR., fr. 20 JACOBY.

[121] Soción es un peripatético —que no hay que confundir con Soción de Alejandría (II a. C.)—, quizá el mismo que menciona PLUT. en *Sobre el amor fraterno* 487D; Potamón de Lesbos fue un importante rétor del siglo I a. C. que, al parecer, escribió también una obra histórica sobre Alejandro (cf. JACOBY, *FGrH* núm. 147, fr. 1).

penas a aquél, que se les había enfrentado con apenas veinte
mil infantes y dos mil jinetes; por ello se opusieron firme-
mente a Alejandro cuando éste pretendió forzarles a cruzar
también el Ganges, pues se enteraron de que su anchura era
de treinta y dos estadios y su profundidad de cien brazas, y
que la orilla opuesta estaba cubierta por una muchedumbre de
caballos, elefantes y armas. Se decía, en efecto, que los reyes 3
de los gandáridas y de los presios les aguardaban con ochenta
mil jinetes, doscientos mil infantes, ocho mil carros y seis mil
elefantes de combate. Y no había en ello exageración, pues 4
Sandracoto, que reinó no mucho tiempo después, regaló a
Seleuco quinientos elefantes e invadió y domeñó toda la India
con un ejército de seiscientos mil hombres[122].

Así pues, en un primer momento Alejandro, desazonado 5
y furioso, se encerró en su tienda y permaneció allí tumbado,
diciendo que no iba a estarles agradecido por las conquistas
realizadas hasta entonces si no cruzaban el Ganges, y que
consideraría la retirada como una confesión de derrota. Pero 6
tanto las sensatas recomendaciones de sus amigos como los
gemidos y gritos de los soldados que le suplicaban agolpán-
dose a su puerta, hicieron que el rey se doblegase y levantase
el campamento, no sin antes idear gran cantidad de ingeniosos
engaños en aras de su propia leyenda; así, hizo fabricar armas 7
enormes, pesebres para los caballos y frenos más pesados de
lo normal, y los dejó allí esparcidos por el suelo. Hizo levantar 8
también altares a los dioses, que incluso hoy siguen venerando

[122] Sandracoto (Chandragupta) es el fundador de la dinastía Maurya, a partir del 321 a. C.; se hizo con el control del Punjab al poco de morir Alejandro en Babilonia. Los presios se identifican con los habitantes del gran reino de Magadha, cuya capital fue Pataliputra (junto a Patna, actual estado de Bihar, India). Las medidas que da Plutarco para el Ganges corresponderían a unos 5,5 km. de ancho y 175 m. de profundidad; de todos modos, el ejército de Alejandro, castigado por las lluvias monzónicas, se detuvo en el río Hífasis (actual Beas, al E. de Amritsar, India), a más de 300 km. de distancia del alto Ganges.

los reyes de los presios cuando cruzan el río, y celebran allí
9 sacrificios a la manera griega. En cuanto a Sandracoto, siendo
todavía un muchacho pudo ver a Alejandro en persona; y se
cuenta que más tarde solía repetir que Alejandro había estado
a punto de hacerse con el país, pues el rey anterior era odiado
y despreciado a causa de su maldad y de su baja extracción
social.

63 De allí Alejandro se puso en marcha para ir a ver el mar
exterior; haciendo construir gran cantidad de barcos de remos
y de almadías, comenzó a descender sin prisas por los cur-
2 sos de agua[123]. Pero dicha navegación no estaba desprovista
de trabajo ni de combates, pues desembarcaba para atacar
las ciudades e iba sometiendo todas las comarcas; y entre los
llamados malos, que se dice son los más belicosos entre
3 los indios, poco faltó para que el rey muriera acribillado. En
efecto, después de haber expulsado de la muralla a los ene-
migos a base de dardos, él subió el primero sobre el muro con
la ayuda de una escala, pero ésta se rompió y los bárbaros,
colocados junto a la muralla por la parte de dentro, le dispa-
raban desde abajo; y aunque estaba casi solo, se encogió y
saltó en medio de los enemigos, teniendo la fortuna de caer
4 de pie. Comenzó Alejandro a blandir sus armas y los bárbaros
creyeron ver un resplandor espectral que se movía delante de
5 ellos, por lo que en un primer momento se dieron a la fuga,
dispersándose; pero cuando vieron que estaba solo con dos
escuderos, acudieron a la carrera y, a pesar de su defensa,
en el cuerpo a cuerpo comenzaron a herirle con espadas y
6 lanzas a través de su armadura; y un arquero que se encon-
traba algo más lejos le disparó una flecha con tal violencia
e impulso que aquélla, atravesando la coraza, quedó clavada

[123] El mar exterior es, claro está, el océano Índico. La construcción de la flota comenzó en setiembre del 326; las tropas llegaron a la desembocadura del Indo en julio del año siguiente.

en un hueso junto a la tetilla. Y como Alejandro cediera al 7
impacto y doblara las rodillas, el soldado que lo había asae-
teado vino contra él desenfundando su cimitarra bárbara, pero
le salieron al paso Peucestas y Limneo; ambos resultaron 8
heridos, y Limneo murió, mientras que Peucestas aguantó
firme y Alejandro dio muerte al bárbaro. Pero había recibido 9
numerosas heridas, y finalmente, golpeado en el cuello con
un mazo, tuvo que apoyar su cuerpo contra la muralla, sin
dejar de mirar en dirección a los enemigos. En ese momen- 10
to los macedonios aparecieron en la escena y se lo llevaron
ya inconsciente, conduciéndole a su tienda. Al punto corrió 11
por el campamento el rumor de que había muerto. Con gran
esfuerzo y dificultad se le pudo aserrar el cabo de la flecha,
que era de madera, y pudiendo así quitarle la coraza, no sin
problemas se procedió a la extracción de la punta, clavada en
una de las costillas y que se cuenta tenía tres dedos de ancho 12
y cuatro de largo. Mientras se le extraía la flecha tuvo varios
desmayos y estuvo muy cerca de la muerte, pero a pesar de
todo se recuperó. Aunque fuera de peligro, siguió estando 13
débil y durante bastantes días tuvo que seguir un régimen y
cuidarse; un día, como oyera a los macedonios que alboro-
taban en el exterior de su tienda, impacientes por verle, se
puso un manto por encima y salió ante ellos. Después de sa- 14
crificar a los dioses se embarcó de nuevo y continuó su viaje
sometiendo por el camino muchas comarcas y grandes ciu-
dades.

Por lo que respecta a los gimnosofistas, que habían sido 64
los principales instigadores de la rebelión de Sabas y habían dado innumerables problemas a los macedonios, Alejandro, capturando a diez de entre ellos que llevaban fama de dar respuestas con gran maestría y concisión, comenzó a proponerles preguntas insolubles, advirtiéndoles que haría matar al primero que respondiera incorrectamente, y así sucesivamente con los demás; y ordenó a uno de ellos, el más anciano, que

2 hiciera de juez[124]. Así pues, le preguntó al primero quiénes
creía que eran más numerosos, los vivos o los muertos; él
3 dijo que los vivos, pues los muertos ya no son. Al segundo,
si los animales más grandes se crían en la tierra o en el mar;
él dijo que en la tierra, pues el mar no es sino una parte de
4 aquélla. Al tercero, cuál es el animal más mañoso; él contestó
5 que aquel que el hombre no conoce todavía. Al cuarto, que
con qué razonamiento había incitado a Sabas a la rebelión;
él respondió que con la intención de que aquél viviera noble-
6 mente o muriera noblemente. Al quinto le preguntó si había
sido antes el día o la noche; él dijo que el día, por un solo día,
7 y advirtiendo la sorpresa del rey añadió que las respuestas a
preguntas insolubles han de ser por fuerza incomprensibles.
8 Así que pasando al sexto le preguntó Alejandro cuál es la
mejor manera de hacerse querer; él respondió que siendo el
9 más poderoso sin inspirar el terror. Ya con los tres últimos, a
uno le preguntó cómo podría un hombre convertirse en dios,
y él dijo que haciendo aquello que no le es posible al hombre
10 hacer. Al otro le preguntó cuál es más poderosa, la vida o la
muerte, y él respondió que la vida, puesto que es capaz de
11 sobrellevar tal cantidad de desgracias. Y al último le preguntó
hasta qué momento le vale la pena vivir al hombre; él dijo
que hasta el momento en que considera la muerte preferible
12 a la vida. Entonces Alejandro, volviéndose hacia el juez, le
instó a que dictara su sentencia. Cuando éste proclamó que
unos habían respondido peor que otros, le dijo Alejandro:
«Pues bien, tú serás el primero en morir, en vista de tan buena
sentencia». Y aquél: «No ha de ser así, señor, a menos que
mintieras cuando dijiste que moriría el primero que diese la
peor respuesta».

---

[124] El Sabas aquí citado, reyezuelo de una comarca montañosa al O. del Indo, recibe otros nombres en las fuentes clásicas (Sambo en Arriano y Quinto Curcio, Sabo en Estrabón).

Así pues, Alejandro los dejó marchar después de hacerles 65
regalos; y envió a Onesícrito a presencia de los gimnosofistas
más célebres, que vivían pacíficamente retirados, para que les
pidiera que se llegaran ante el rey. Este Onesícrito, que era un fi- 2
lósofo de los que habían frecuentado a Diógenes el cínico, cuen-
ta que Cálano le exigió de una forma insolente y brusca que se
quitara la túnica para escuchar sus palabras desnudo, pues de lo
contrario no tendría ninguna conversación con él, aunque viniera
de parte del propio Zeus; Dándamis, por el contrario, se mostró 3
más afable, y después de escuchar hasta el final la charla de One-
sícrito acerca de Sócrates, Pitágoras y Diógenes, dijo que le pa-
recían varones de magníficas cualidades, pero que habían vivido
con un excesivo temor de las leyes. Sin embargo, otros cuentan 4
que Dándamis se limitó a decir lo siguiente: «¿A cuento de qué
ha venido hasta aquí Alejandro haciendo tan largo camino?».

En todo caso, Taxiles convenció a Cálano de que se pre- 5
sentase ante Alejandro. Este Cálano se llamaba en realidad
Esfines, pero como, cuando se encontraba con alguien, le sa-
ludaba diciendo en lengua india *calé*, en lugar de «salud»,
los griegos le pusieron por nombre Cálano. De él se cuenta 6
también que propuso a Alejandro una representación figura-
da de su imperio: extendiendo por tierra una piel de cuero
toda seca y acartonada, pisó con el pie uno de los extremos;
al hacer presión en un punto, las demás partes de la piel se
levantaron. Pisando de esta forma por todo el perímetro de la 7
piel hizo ver que sucedía siempre lo mismo, hasta que, plan-
tándose en el medio, mantuvo de esta forma toda la piel en
reposo. Con esta imagen quería demostrar que Alejandro tenía 8
que hacer sentir su poder sobre todo en la parte central del
imperio, y no entregarse a errabundeos en regiones lejanas[125].

[125] La espectacular muerte de Cálano se cuenta en el cap. LXIX; el extremo ascetismo de los faquires hindúes causó una honda impresión entre los griegos, gracias sobre todo a los informes, sin duda poco fidedignos, de Onesícrito.

66 El descenso por los ríos en dirección al mar duró sie-
te meses. Una vez hubo desembocado con sus naves en el
océano, navegó hacia una isla que él llamó Escilustis, si bien
2 otros la llaman Psiltucis[126]. Desembarcó en ella, sacrificó a
los dioses y examinó las condiciones del mar y de la parte de
la costa que era accesible. Finalmente, tras rogar a los dio-
ses que ningún hombre después de él superara los límites de
3 su expedición, emprendió el regreso. Ordenó que sus barcos
navegaran llevando siempre la India a su derecha, y nombró
jefe de la expedición a Nearco y primer piloto a Onesícrito;
4 y él, marchando a pie a través del país de los oritas, fue presa
de una gravísima escasez de víveres y perdió tal cantidad de
hombres que ni siquiera un cuarto de sus fuerzas de guerra
5 regresaron de la India —y eso que la infantería ascendía a
6 ciento veinte mil soldados y la caballería a quince mil. Las
graves enfermedades, el pésimo régimen de vida, los ardientes
calores y sobre todo el hambre los fueron diezmando mientras
atravesaban un país estéril, cuyos habitantes llevaban una vida
miserable y poseían unos pocos corderos raquíticos que tenían
costumbre de alimentar con pescados de mar, y cuya carne
7 era maloliente y de ínfima calidad. Así pues, recorrió penosa-
mente esta comarca en sesenta días; pero en cuanto llegó a los
límites de la Gedrosia disfrutó de todo en abundancia, gracias
a la asistencia de los sátrapas y reyezuelos de las regiones más
próximas[127].

67 Allí el ejército pudo recuperarse, y a continuación Ale-
jandro marchó en cortejo festivo a través de la Carmania, por
2 espacio de siete días. Ocho caballos les llevaban lentamente

[126] ARRIANO (VI 19, 3) la llama Ciluta; la identificación de la isla, en el delta del Indo, es poco menos que imposible, dado lo mucho que ha cambiado la línea de costa desde entonces.

[127] Los oritas habitaban la zona de Las Bela; la Gedrosia (o Gadrosia), atravesada por Alejandro en el otoño del 325, corresponde al actual Beluchistán, entre el Irán oriental y Paquistán.

a él y a sus íntimos, subidos sobre un entarimado clavado a una peana bien alta y visible; Alejandro banqueteaba sin cesar, día y noche. Les seguían innumerables carros, unos con 3
vistosas cubiertas teñidas de púrpura, otros con ramas siempre frescas y verdes para hacer sombra, y en ellos venía el resto de amigos y oficiales, con la cabeza coronada de guirnaldas y bebiendo. No se veían ni escudos ni cascos ni lanzas; sólo 4
los vasos, los cuernos para beber y las copas tericleas con las que los soldados, a lo largo de todo el camino, extraían el vino de grandes cubas y crateras y brindaban entre sí, unos al tiempo que avanzaban caminando, otros recostados en sus carros. Una incesante música de caramillos y flautas, de cantos 5
acompañados con la lira y de melodías báquicas entonadas por mujeres llenaban todos los lugares por los que pasaban. Esta 6
marcha desordenada y errante venía acompañada de juegos de una licencia báquica, como si el propio Dioniso estuviera allí presente dirigiendo el cortejo. Una vez llegados al alcázar de 7
Gedrosia, Alejandro volvió a celebrar festejos para animar a su ejército[128]. Y se cuenta que, mientras contemplaba borracho 8
los concursos de danza, su querido Bagoas, que había resultado vencedor bailando en uno de los coros, cruzó la escena del teatro con su traje de danzante y vino a sentarse junto a él; viendo lo cual los macedonios comenzaron a aplaudir y a gritar al rey que le besara, hasta que éste, abrazando al joven, hizo lo que le pedían[129].

---

[128] Lo que Plutarco llama, por error, el «alcázar de Gedrosia» debe de ser en realidad la capital de la Carmania que *Diodoro* (XVII, 106, 4) llama Salmos (quizá en las proximidades de la actual Khanu). Las copas *tericleas* recién mencionadas debían su nombre a un célebre alfarero corintio llamado Tericles.

[129] Bagoas era un eunuco real, siniestro e intrigante, que había caído en poder de Alejandro al morir el rey Darío.

68 Allí acudieron a su encuentro Nearco y los suyos[130]. Alejandro escuchó con gran placer el relato de su navegación y concibió el proyecto de descender él mismo por el Éufrates con una gran flota para después, bordeando las costas de Arabia y de Libia, penetrar en el mar interior a través de las
2 columnas de Heracles; en Tápsaco hizo construir todo tipo de barcos y reclutar marineros y timoneles de todas partes[131].
3 Pero las dificultades que había tenido en su expedición a las tierras altas, la herida recibida ante los malos y las pérdidas en su ejército, que se decía eran muy elevadas, haciendo todo ello que se dudara de su supervivencia, tuvieron por efecto que los pueblos sometidos se inclinasen a la rebelión y que sus generales y sátrapas cometieran muchas injusticias y actuaran con violencia, movidos por la codicia; en una palabra, la agitación
4 y el ansia de novedades recorría todo el imperio. De ahí que incluso Olimpíade y Cleopatra, rebelándose contra Antipatro, se repartieran el poder, adueñándose la primera del Epiro y
5 la segunda de Macedonia —y Alejandro, al enterarse de ello, dijo que su madre había tomado la mejor decisión, pues los
6 macedonios no iban a tolerar que les mandara una mujer. Por todo ello envió de nuevo al mar a Nearco, pues había decidido llenar toda la costa de ciudades, y él se dirigió a las tierras bajas para castigar personalmente a sus generales corruptos.
7 A uno de los hijos de Abulites, llamado Oxiartes, él mismo lo mató atravesándolo con su lanza macedónica; y como Abulites no le tenía preparados los víveres indispensables, sino que solamente le había presentado tres mil talentos de plata

[130] En el invierno del 325-324 Nearco había llegado con su flota hasta Harmocía, en el estrecho de Ormuz; más tarde puso por escrito el relato de la travesía, que conocemos gracias a Arriano y a Estrabón.

[131] Tápsaco era una ciudad del alto Éufrates, única zona de Mesopotamia lo suficientemente arbolada como para construir barcos; parece que entonces Alejandro concibió muy seriamente la idea de circunnavegar África y conquistar todo el Mediterráneo (entre otras cosas, para acabar con Cartago).

acuñada, ordenó Alejandro que se les llevase la plata a los
caballos. Éstos, naturalmente, no quisieron probarla, así que
el rey le dijo: «¿De qué nos sirven pues tus preparativos?», y
acto seguido lo mandó encerrar[132].

En la Pérside lo primero que hizo fue repartir dinero en- 69
tre las mujeres, como tenían por costumbre los reyes que,
cuantas veces llegaban a dicha región, daban una moneda de
oro a cada una; se dice que por esa razón algunos reyes se 2
presentaban raramente en Pérside, y que Oco no lo hizo ni una
sola vez, exiliándose a sí mismo de su patria por avaricia[133].
Después, encontrándose Alejandro con que la tumba de Ciro 3
había sido profanada, hizo matar al culpable, por más que se
tratara de un personaje de no poca alcurnia oriundo de Pela,
de nombre Pulámaco. Leyó Alejandro el epitafio de Ciro y 4
ordenó que debajo de él se grabara también en caracteres grie-
gos, que decían así: «Amigo, quienquiera que seas y doquiera
que vengas —pues es seguro que vendrás—, yo soy Ciro, el que
dio un imperio a los persas. Así pues, no me escatimes esta
poca tierra que cubre mi cuerpo». Este episodio afectó vi- 5
vamente a Alejandro, pues le hizo reflexionar acerca de lo
incierto y cambiante de nuestra suerte[134].

Fue allí donde Cálano, que tenía molestias en el vientre 6
desde hacía cierto tiempo, pidió que se le preparara una pira.
Se llegó hasta ella montado a caballo y después de decir una
oración, hacer libaciones sobre sí mismo y ofrecer como pri-
micia un mechón de su pelo, subió a la pira y saludó a los

---

[132] La muerte de Oxiartes (Oxatres en Arriano) y el castigo de Abulites fueron parte de las severas purgas llevadas a cabo por Alejandro entre sus sátrapas corruptos; purgas que provocaron, además, la sonada huida de Hárpalo de Babilonia (cf. cap. 41 y nota 88).

[133] Se refiere a Artajerjes III Oco, rey persa hasta 338 a. C. La costumbre citada tiene su origen en un episodio que cuenta PLUTARCO en *Virtudes de mujeres* 246A-B.

[134] La tumba de Ciro se encuentra todavía en las ruinas de Pasargada, al norte de Persépolis.

macedonios presentes invitándoles a que pasaran ese día con alegría y se emborracharan con su rey, a quien dijo vería en
7 breve en Babilonia. Diciendo lo cual se tumbó, se cubrió y, cuando el fuego se le acercaba, no se movió; guardando la posición que había tomado al tumbarse, llevó a término su sacrificio propiciatorio siguiendo la costumbre nacional de
8 los sabios de la India. Muchos años más tarde, otro indio que acompañaba a César hizo lo mismo en Atenas, y todavía hoy se muestra allí la llamada «Tumba del indio»[135].

70 De regreso de la pira, Alejandro reunió en banquete a un gran número de amigos y oficiales, y les propuso un concurso en el que quien bebiera más vino sin mezclar obtendría una
2 corona. El que más bebió fue Prómaco, que llegó hasta cuatro congios; recibió su premio, una corona que valía un talento, y sobrevivió tres días. En cuanto a los demás, según Cares murieron otros cuarenta y uno que habían concursado, de resultas de un intenso frío que cogieron durante la borrachera[136].

3 En Susa se celebraron las bodas de sus íntimos, tomando el propio Alejandro por esposa a la hija de Darío, Estatira, y asignando las mejores novias a sus mejores hombres[137]. Celebró en común con los macedonios que estaban ya casados un banquete de bodas en el que se dice hubo nueve mil invitados, y a cada uno de ellos se le dio una copa de oro para las libaciones; y, entre otras muestras de su extraordinaria munificencia, pagó él mismo a los acreedores las deudas contraídas por los suyos, ascendiendo en total los gastos a

---

[135] «César» es aquí Octavio Augusto. El indio, llamado Zarmanoquegas, formaba parte de la embajada que se presentó ante Augusto en Samos el año 20 a. C.; después fue a Atenas, se inició en los misterios y se inmoló, según el epitafio de su tumba, «de acuerdo con la costumbre ancestral de los indios» (cf. Estrab., XV 1, 73).

[136] Cares, fr. 19b Jacoby.

[137] Alejandro llegó a Susa en marzo del 324 a. C.; su política matrimonial no gustó demasiado a sus generales, que consideraron una degradación la boda con mujeres persas, nobles, sí, pero parte al fin y al cabo del pueblo vencido.

nueve mil ochocientos setenta talentos. Antígenes el tuerto 4
se había inscrito fraudulentamente en la lista de deudores, así
que trayendo a un supuesto acreedor a la caja de pagos cobró
cierta cantidad; pero cuando se descubrió su engaño, el rey,
irritado, le expulsó de la sala y le retiró el mando. Este Antí- 5
genes era un militar brillante; siendo aún joven, cuando Filipo
sitiaba la ciudad de Perinto, recibió en el ojo el ímpacto de un
dardo de catapulta, pero no permitió que se lo extrajeran ni
cejó en la lucha hasta que consiguió rechazar a los enemigos
y encerrarles tras las murallas. Así pues, en aquella ocasión 6
llevó muy a mal tal deshonra, y era evidente que, llevado de
la aflicción y la pesadumbre, iba a acabar con su vida; el rey,
temiendo tal desenlace, cejó en su cólera y le ordenó que se
guardara el dinero.

Los treinta mil adolescentes que Alejandro había dejado 71
allí para que se ejercitaran e instruyeran no sólo exhibían ya
unos cuerpos varoniles y un magnífico aspecto, sino que ade-
más daban muestras de una admirable destreza y agilidad en
el desempeño de sus tareas; Alejandro se congratuló de ello,
mientras que los macedonios fueron presa de la pesadumbre
ante el temor de que el rey pudiera tenerles en adelante en me-
nos consideración que a aquéllos. Por ello, cuando Alejandro 2
procedió a enviar hacia la costa a los enfermos y mutilados,
los macedonios protestaron que era un ultraje y un insulto
que, después de servirse de unos hombres para todo tipo de
tareas, los apartara ahora ignominiosamente de su lado y los
repatriara con sus padres, que se los habían entregado en un
estado muy diferente; y en consecuencia le pedían que deja- 3
se marchar a todos los macedonios, teniéndolos a todos por
inútiles, puesto que tenía consigo a esos jóvenes danzantes
pírricos en compañía de los cuales iba a conquistar el mundo
entero. Alejandro tomó muy a mal sus protestas y, encoleri- 4
zado, profirió cantidad de injurias contra ellos y les expulsó
de su vista; confió su seguridad a los persas y nombró entre

5 ellos a sus guardias personales y ayudantes. Los macedonios,
viéndole escoltado por tales hombres y viéndose a sí mismos
rechazados e insultados, se sentían humillados; pero, entrando
en razón, se dieron cuenta de que casi se habían vuelto locos
6 de celos y de cólera, y, finalmente, recobrando la sensatez, se
presentaron ante su tienda sin armas, vestidos con una simple
túnica, y entre gritos y gemidos se ponían en sus manos y le
exhortaban a que los tratase como a malvados desagradecidos.
7 Alejandro no los dejó entrar, por más que estuviera ya más
templado, pero ellos no se retiraron, y durante dos días y dos
noches aguantaron allí, plantados junto a su tienda lamentán-
8 dose y llamándole «soberano». Al tercer día el rey, saliendo
de su tienda y viéndoles tan humillados y dignos de lástima,
lloró largamente; después les hizo suaves reproches y les ha-
bló con humanidad. Despidió a los soldados inútiles después
de hacerles magníficos regalos y de escribir a Antípatro a fin
de que en todos los concursos y teatros tuvieran un asiento de
honor y asistieran al espectáculo coronados con guirnaldas.
Asimismo asignó pensiones para los huérfanos de soldados
muertos en sus campañas.

72 Una vez llegado a Ecbatana de Media y despachados los
asuntos urgentes, se entregó de nuevo a festejos y represen-
taciones teatrales, pues le habían llegado de Grecia tres mil
2 artistas. En esos días se dio la circunstancia de que Hefestión
estaba febril; pero, siendo como era joven y de espíritu mar-
cial, no toleraba la idea de seguir una dieta rigurosa. Así que
mientras su médico, Glauco, se ausentaba para ir al teatro,
Hefestión se sentó a la mesa, devoró un gallo cocido y se
bebió una gran jarra de vino fresco; comenzó a sentirse mal
3 y al poco rato murió. Alejandro encajó la desgracia de forma
irreflexiva y sin ninguna moderación: al punto mandó afeitar
las crines a todos los caballos y mulos en señal de duelo, hizo
derribar las murallas de las ciudades de los alrededores, mandó
crucificar al desdichado médico y prohibió en el campamento,

durante largo tiempo, el sonido de las flautas o de cualquier
otro tipo de música, hasta que le llegó un oráculo de Amón
que le instaba a hacer sacrificios en honor de Hefestión y a
honrarle como a un héroe. Alejandro, sirviéndose de la guerra 4
como un medio de paliar su dolor, salió de campaña como
quien va a la caza del hombre; sometió al pueblo de los coseos
e hizo masacrar a todos los varones adultos (a esto se le llamó
«el sacrifico en honor de Hefestión»). Tenía pensado gastar 5
diez mil talentos entre la tumba, los funerales y demás orna-
tos fúnebres, y como quería que la singularidad y el mérito
artístico del monumento quedaran por encima del gasto, quiso
contar, antes que con ningún otro arquitecto, con Estasícrates,
que prometía dar a sus invenciones una cierta magnificencia,
audacia y boato. En efecto, este Estasícrates, en un encuentro 6
anterior con Alejandro, le había dicho que el Atos de Tracia
era la montaña más apropiada para recibir la configuración
y forma humanas, por lo que, si así se lo ordenaba, haría del 7
Atos la más perenne y conspicua de sus estatuas, un Alejan-
dro rodeando con la mano izquierda una ciudad de diez mil
habitantes y vertiendo con la derecha la caudalosa corriente de
un río que desembocaría en el mar. Y si bien Alejandro había 8
desechado esta idea, por aquel entonces pasaba mucho tiempo
en compañía de los arquitectos imaginando y dándole vueltas
a proyectos aún más absurdos y costosos que aquél[138].

Mientras avanzaba hacia Babilonia, Nearco —que había 73
llegado de su segunda navegación por el gran mar, hasta el
Éufrates— le hizo saber que se había encontrado con algunos

[138] Hefestión murió en Ecbátana en el otoño del 325 a. C.; el duelo extremo de Alejandro recuerda al de Aquiles por Patroclo. Respecto a sus planes megalómanos, Diodoro (XVII 115, 1-2) nos informa de que el monumento funerario de Hefestión, encargado a Dinócrates de Rodas —el Estasícrates que menciona Plutarco quizá fuera un colaborador suyo—, iba a tener un estadio (c. 180 metros) de largo y 200 pies de alto (unos 65 metros); otros proyectos incluían una gran pirámide como tumba para Filipo.

sabios caldeos que aconsejaban a Alejandro que se alejara de
2 Babilonia; pero él no hizo caso y siguió avanzando. Llegado ante las murallas de la ciudad, vio una gran bandada de cuervos que peleaban y se herían unos a otros; algunos cayeron
3 muertos a sus pies. Después se denunció a Apolodoro, gobernador militar de Babilonia, por haber celebrado un sacrificio para conocer el futuro de Alejandro; éste hizo llamar al adivi-
4 no Pitágoras, quien no negó el hecho. Alejandro le interrogó sobre el estado de las víctimas, y cuando aquél le informó de que el hígado no tenía lóbulo, el rey dijo: «Ay, ésta es grave
5 señal». A Pitágoras no le hizo ningún daño, y se arrepintió de no haber hecho caso a Nearco; en adelante pasaba la mayor parte del tiempo acampado en las afueras de la ciudad y na-
6 vegando por el Éufrates. Pero se producían muchos presagios que lo inquietaban: así, por ejemplo, un asno doméstico atacó y mató de una coz al más grande y hermoso de los leones que
7 hacía criar. Otra vez, el rey se había desvestido y hecho frotar con aceite para jugar a la pelota; los jóvenes que jugaban con él, cuando fue ya el momento de coger de nuevo sus ropas, vieron a un hombre sentado en el trono, en silencio, vistiendo
8 la estola y la diadema reales. Se le preguntó quién era, pero él estuvo un rato largo sin decir palabra; después, volviendo en sí a duras penas, dijo llamarse Dionisio y ser oriundo de Mesenia. Dijo también que se le había llevado desde la costa hasta allí a causa de cierta acusación, y que había pasado mu-
9 cho tiempo encadenado, pero que recientemente Serapis se le había aparecido, lo había liberado de sus grilletes y lo había conducido hasta allí, ordenándole que se pusiera la estola y la diadema, se sentase y guardase silencio[139].

74 Alejandro, tras escuchar sus palabras, hizo desaparecer al hombre, como le aconsejaban los adivinos, pero estaba des-

[139] Cuentan también el extraño episodio, con algunas variantes, y sin citar el nombre de Dionisio, Arriano (VII 24, 1-3) y Diodoro (XVII 116, 2-4).

animado, ya no tenía confianza en la divinidad y sospechaba de sus amigos. Temía sobre todo a Antípatro y a sus hijos, uno de 2
los cuales, Yolas, era su copero mayor; el otro, Casandro, había llegado de Grecia recientemente, y cuando vio a unos bárbaros que se prosternaban ante el rey, educado como estaba a la manera griega y sin haber visto antes nada parecido, prorrumpió en sonoras carcajadas. Alejandro se irritó y, agarrán- 3
dolo violentamente de los pelos con ambas manos, le golpeó la cabeza contra el muro. En otra ocasión, cuando Casandro 4
se disponía a decir algo contra quienes estaban acusando a Antípatro, Alejandro le cortó diciendo: «¿Qué dices? ¿Es que crees que unos hombres que no hubieran sufrido ninguna injusticia iban a hacer tan largo camino sólo para calumniar?».
Casandro replicó que el hecho mismo de haberse ido tan lejos 5
de quien pudiera refutarles era un indicio de que se trataba de calumnias; y Alejandro, echándose a reír, dijo: «¡Aquí tenemos los sofismas de los discípulos de Aristóteles, capaces de defender tanto el derecho como el revés! Como se descubra que habéis causado el más mínimo perjuicio a estos hombres, lo habréis de lamentar». Y se dice que a Casandro acabó por 6
metérsele en el alma un miedo tan terrible e indeleble que, muchos años más tarde, siendo ya rey de Macedonia y señor de Grecia, paseándose en cierta ocasión por Delfos mientras contemplaba las estatuas, al ver una imagen de Alejandro se quedó de repente pasmado y su cuerpo fue presa de temblores y convulsiones, y a duras penas pudo recuperarse del vértigo causado por esta visión[140].

[140] Casandro había llegado a Babilonia en lugar de su padre, Antípatro, al que Alejandro había hecho llamar (teóricamente la regencia de Macedonia debía quedar en manos de Crátero, enviado con un contingente de veteranos); en esta época, las diferencias con Antípatro —y el consiguiente recelo de Alejandro hacia toda su familia— fueron en aumento, hasta el punto de sospecharse que el regente hubiera tramado el envenenamiento del rey (como se verá en seguida).

75 Así pues, Alejandro se entregó a partir de entonces a las
señales divinas, su espíritu siempre turbado y temeroso; no ha-
bía un suceso desusado y extraño, por mínimo que fuese, del
que no hiciese un prodigio o un presagio, y su palacio estaba
lleno de sacrificantes, exorcistas, adivinos y, en una palabra,
de gentes que llenaban el espíritu del rey de necedades y te-
2 mores. Y es que, si en verdad la incredulidad y el desprecio
de las cosas divinas es una falta terrible, terrible es a su vez
la superstición que, igual que el agua, se dirige siempre a las
3 partes más bajas [...][141]. No obstante, desde que le llegaron
los oráculos del dios referentes a Hefestión, abandonó el luto
4 y se dio de nuevo a hacer sacrificios y a beber. Ofreció un
magnífico banquete a Nearco, y después de bañarse como era
su costumbre, se disponía a irse a dormir; pero, a petición de
5 Medio, marchó a casa de éste para seguir la fiesta. Allí, des-
pués de beber toda la noche y el día siguiente, comenzó a tener
fiebre, pero no porque hubiera apurado la copa de Heracles,
ni por haber sentido un dolor repentino en la espalda, como si
le hubieran alcanzado con una lanza —pues estos detalles los
inventaron ciertos autores que consideraban necesario escribir
un desenlace trágico y patético, como si fuera el de un gran
6 drama. Aristobulo dice que el rey tuvo una fiebre virulenta
y que, como tenía mucha sed, bebió vino; que, de resultas
de ello, se puso a delirar, y que murió el día treinta del mes
Desio[142].

76 Y en los *Diarios* está escrito lo siguiente en relación con
su enfermedad: «El día dieciocho del mes Desio durmió en
2 el cuarto de baño a causa de la fiebre. A la mañana siguiente,
después de bañarse se trasladó a su alcoba y pasó el día ju-

[141] Hay una laguna en el texto griego. Las ideas de Plutarco sobre este tema están expuestas en el tratado *Sobre la superstición* (en esta misma colección, vol. II), aunque su autenticidad ha sido puesta en duda.

[142] El 10 de junio del 323 a. C. «Apurar la copa de Heracles» es expresión proverbial para designar el abuso de la bebida.

gando a los dados con Medio; después, a una hora ya avanzada, se bañó, hizo un sacrificio a los dioses y cenó, pasando la
noche con fiebre. El día veinte, después de bañarse de nuevo, 3
celebró el sacrificio de costumbre, y acostado en el cuarto de baño pasó el rato escuchando a Nearco hablar de su viaje ma-
rítimo y del gran océano. El día veintiuno hizo lo mismo, pero 4
se enardeció más que el día anterior; pasó una mala noche y
al día siguiente tuvo una fiebre muy alta. Se le trasladó de allí 5
y se acostó junto a la gran piscina, donde conversó con sus oficiales acerca de los puestos de mando vacantes, instándo-
les a que nombraran para ellos a gente experimentada. El día 6
veinticuatro, con fiebre muy alta, se le llevó a que celebrase sus sacrificios; ordenó que los oficiales de mayor graduación se quedaran en el palacio y que los taxiarcos y pentacosiarcos
pasaran la noche fuera de él. Trasladado al palacio situado 7
en la otra orilla del río, el día veinticinco durmió un poco, pero la fiebre no remitió; cuando los oficiales entraron a ver-
le estaba ya sin voz, y lo mismo el día veintiséis. Por ello 8
los macedonios creyeron que había muerto, y presentándose ante las puertas comenzaron a gritar y a amenazar a los íntimos del rey hasta que les forzaron a dejarles entrar; una vez abiertas las puertas todos ellos desfilaron junto a su lecho,
en fila india, vestidos con una simple túnica. Ese día Pitón y 9
Seleuco fueron enviados al templo de Serapis para preguntar si había que llevar allí a Alejandro, pero el dios respondió que lo dejaran donde estaba. Y el día veintiocho por la tarde murió»[143].

La mayoría de estos hechos están registrados así, palabra 77
por palabra, en los *Diarios*. La sospecha de envenenamiento 2
nadie la tuvo de inmediato, pero cinco años más tarde, según

[143] Sobre el crédito que merecen estos *Diarios* (núm. 117, fr. 3b Jacoby), cf. antes, nota 49; la mención de Serapis es especialmente sospechosa, pues es inverosímil que hubiera entonces en Babilonia un templo dedicado a este dios egipcio.

se dice, como consecuencia de una denuncia, Olimpíade hizo matar a un buen número de personas y aventar los restos de Yolas, ya fallecido, pues supuestamente fue él quien vertió el
3 veneno. Y en cuanto a los que dicen que Aristóteles aconsejó tal acción a Antípatro y que incluso le proporcionó el veneno, ellos dan como fuente de esta versión a un tal Hagnótemis, quien a su vez la habría escuchado de labios del rey Antígono;
4 y el veneno era, según dicen, un agua fría y helada que mana de cierta roca en Nonácride, donde la recogen como si fuera un rocío ligero y la meten en un casco de asno (pues ningún otro recipiente puede contenerla, ya que su frialdad y acritud
5 los hacen saltar en pedazos)[144]. Sin embargo, la mayoría de los autores creen que la historia del envenenamiento es una pura invención, y tienen como prueba nada desdeñable lo siguiente: mientras, durante muchos días, los generales disputaban entre sí, el cadáver, que yacía descuidado en un lugar de un calor sofocante, no mostró señales de una muerte semejante, antes bien, se conservó puro y fresco[145].

6 Roxana estaba entonces encinta, por lo que recibía los honores de los macedonios. Pero estaba celosa de Estatira, así que la hizo venir a su presencia engañándola por medio de una carta fingida; una vez llegada la hizo matar junto con su hermana, arrojó los cadáveres a un pozo e hizo que lo cegaran con tierra, todo ello con la complicidad y ayuda de Perdicas.
7 Éste disfrutó enseguida de un enorme poder, y llevaba siempre tras de sí, como un figurante de los que acompañan a los reyes en el teatro, a Arrideo, hijo de Filina, una mujer pública y de

---

[144] También Q. Curcio (X 10, 16) habla de la virulencia del veneno, que era capaz de destruir el hierro y manaba de una fuente llamada Éstige; Nonácride era una localidad de Arcadia. El Antígono antes citado es el llamado Monoftalmo, uno de los diádocos, muerto en 301 en la batalla de Ipsos.

[145] Lo más probable es que Alejandro muriera de malaria o de alguna otra enfermedad tropical, agravada por la herida recibida en el pulmón y, en general, por la fatiga y los excesos con la bebida.

baja estofa[146]. Arrideo tenía las facultades disminuidas a consecuencia de una enfermedad, pero ésta no le había sobrevenido de forma natural o espontánea, sino que, según se cuenta, 8
cuando era niño había dado muestras de un carácter noble y afable, pero después Olimpíade lo había echado a perder con la ayuda de drogas, perturbándole la razón[147].

[146] Arrideo era el unico hijo varón de Filipo aún con vida, habido en una de sus primeras uniones, con Filina de Larisa (Tesalia); a la muerte de Alejandro, convertido en un títere, se lo nombró rey, con el título de Filipo III, trono que pronto hubo de compartir con el recién nacido hijo de Roxana, Alejandro (IV). Perdicas no sobrevivió mucho tiempo a Alejandro, pues murió en el 321, luchando en Egipto contra Tolomeo.

[147] Es casi seguro que el final de la biografía se ha perdido; es probable que Plutarco hiciera alusión a los funerales de Alejandro, cuyo cadáver embalsamado fue más tarde depositado en un mausoleo en Alejandría de Egipto. Quizá se contara también la muerte de Filipo Arrideo y su mujer Eurídice, por instigación de Olimpíade (317 a. C.), la de la propia Olimpíade (316) y, finalmente, la de Roxana y su hijo Alejandro, brutalmente eliminados por Casandro en el 310-9 a. C.

# CÉSAR

Sila, una vez convertido en el amo de Roma, no pudiendo 1
conseguir ni con promesas ni por miedo que Cornelia —la
hija de Cina, quien había ejercido el poder en solitario— se
divorciase de César, le confiscó la dote[1]. La causa de la ani- 2
mosidad de César contra Sila era su parentesco con Mario: en
efecto, Mario el viejo estaba casado con Julia, hermana del
padre de César, y de ella tuvo a Mario el Joven, que era primo
hermano de César. Al principio Sila, ocupado como estaba 3
en innumerables asesinatos, no se preocupaba de César, pero
él, no dándose por contento, se presentó ante el pueblo para
solicitar el sacerdocio, aunque era apenas un muchacho. Sila,
oponiéndose en secreto, consiguió que César fracasara en su
intento y comenzó a pensar en hacerlo desaparecer; cuando 4
algunos le decían que no tenía sentido matar a un muchacho
de tan poca edad, él replicó que eran ellos los que no tenían
seso si eran incapaces de ver en ese muchacho a muchos Ma-
rios. Cuando este rumor llegó a oídos de César, fue a ocultarse 5

[1] Sobre la posible pérdida del principio de la biografía, cf. la Introducción. Cina, partidario de Mario, se hizo con el control del estado romano a la muerte de aquél en 86; fue asesinado dos años más tarde. Sila se hizo el amo de Roma en el 82 a. C. y murió el 79 (César era todavía muy joven por entonces, pues había nacido el 100 a. C.; el sacerdocio al que se alude en seguida es el de *flamen Dialis*, los flámines de Júpiter).

durante bastante tiempo entre los sabinos, moviéndose de un
6 sitio para otro; más tarde, cuando a causa de una enfermedad
se hacía trasladar de noche a otra casa, cayó en manos de unos
soldados de Sila que iban haciendo pesquisas por aquellos
7 lugares para apresar a quienes se escondían. César consiguió
persuadir a Cornelio, el comandante del grupo, para que lo
dejara libre previo pago de dos talentos, y acto seguido bajó
a la costa y se embarcó para Bitinia con el fin de presentarse
8 ante el rey Nicomedes. Tras pasar cierto tiempo junto a él,
se embarcó de regreso y fue apresado en las inmediaciones
de la isla Farmacusa por los piratas que por aquel entonces
ya infestaban el mar con grandes escuadras e innumerables
embarcaciones[2].

2 Pues bien, en un primer momento los piratas le pidieron
veinte talentos por su rescate; él se echó a reír diciéndoles que
no sabían a quién habían hecho prisionero, y prometió darles
2 cincuenta. Después, tras enviar a sus hombres a diferentes
ciudades para que se procurasen el dinero, aun rodeado como
estaba de cilicios, los hombres más sanguinarios del mundo,
en compañía de un único amigo y dos acompañantes, trataba
a los piratas con tal desprecio que, cuantas veces se disponía a
dormir, enviaba a alguien para que les ordenase guardar silen-
3 cio. Y durante treinta y ocho días estuvo compartiendo sus jue-
gos y ejercicios con toda libertad, como si en vez de custodiar
4 a un prisionero estuvieran escoltándolo; les hacía escuchar los
poemas y discursos que escribía, y a los que no los admiraban
los motejaba delante de ellos de incultos y bárbaros, y entre
risas los amenazaba muchas veces con hacerlos colgar; ellos
disfrutaban con él y atribuían tal franqueza a la ingenuidad
5 y jovialidad. Una vez hubo llegado el rescate de Mileto y

[2] Farmacusa es una pequeña isla del Egeo, al SO de Mileto; los piratas de Cilicia infestaban el Mediterráneo oriental, hasta que Pompeyo acabó con ellos en 67 a. C. (cf. PLUT., *Pompeyo* 24, 1-13).

él quedó en libertad con su entrega, inmediatamente equipó unos navíos y zarpó del puerto de Mileto al encuentro de los piratas; los sorprendió todavía anclados en la isla y apresó
a la mayoría de ellos. Saqueó sus reservas de dinero, hizo 6
encarcelar a los hombres en Pérgamo y él marchó en persona ante el gobernador de Asia, Junco, pues a él correspondía, en
tanto que pretor, castigar a los cautivos[3]. Cuando Junco, lan- 7
zando una mirada de codicia al dinero (que era abundante), dijo que estudiaría despacio el caso de los prisioneros, César se despidió de él, marchó a Pérgamo y sacando a los piratas de la cárcel los hizo crucificar a todos, como les había anunciado muchas veces en la isla, aparentemente en broma.

A continuación, declinando ya el poder de Sila, César, 3
llamado por sus amigos de Roma, se embarcó para Rodas a fin de escuchar las enseñanzas de Apolonio, hijo de Molón, de quien también Cicerón había sido alumno; se trataba de un brillante profesor y pasaba por ser hombre de buen carácter[4].
Se dice también que César tenía inmejorables condiciones 2
naturales para la oratoria política y que ejercitó este talento natural con tan gran ardor que, incontestablemente, ocupaba
el segundo puesto, pues al primero había renunciado a fin de 3
consagrar su tiempo a ser el primero por la fuerza de las armas; y si no alcanzó la elocuencia a la que lo predisponía su naturaleza, ello fue por causa de las expediciones y negocios
políticos que le hicieron alcanzar el poder supremo. En todo 4
caso, más tarde el propio César, en su réplica a Cicerón acerca de Catón, pide que no se compare el discurso de un hombre

---

[3] Marco Junco, propretor de la provincia de Asia en 75-74, se encontraba en Bitinia para la ejecución del testamento del rey Nicomedes Filopátor, que había legado su reino al pueblo romano; Plutarco, que no parece tener muy clara la cronología de estos primeros años de actividad pública de César, sitúa este episodio en plena época silana, cuando debió de tener lugar varios años más tarde.

[4] Sobre la cronología de esta proyectada visita a Rodas (año 75-74), cf. nota anterior.

de armas con la elocuencia de un orador naturalmente dotado
y que disponía de mucho tiempo para tal menester[5].
4 De vuelta a Roma, acusó a Dolabela de malversación de
fondos en su provincia, y muchas de las ciudades griegas le
2 aportaron testimonios en ese sentido. Y si bien Dolabela fue
declarado inocente, César, queriendo devolver a Grecia su ges-
to de buena voluntad, se convirtió en su abogado contra Publio
Antonio, acusado por los griegos de venalidad ante el pretor
3 de Macedonia, Marco Lúculo; y su defensa fue tan vehemente
que Antonio tuvo que apelar a los tribunos de la plebe, alegan-
do que estaba en inferioridad de condiciones al ser el juicio
4 en Grecia y contra griegos[6]. En Roma su elocuencia como
abogado le proporcionó un gran brillo y renombre, y tanto su
afabilidad como la gracia de su conversación le granjearon una
gran simpatía por parte de los ciudadanos, a los que adulaba
5 con precocidad para su edad; además sus banquetes, su mesa
y en general la brillantez de su modo de vida iban haciendo
6 aumentar poco a poco su influencia en la vida política. Al
principio aquellos que le tenían inquina, pensando que dicha
influencia se desvanecería tan pronto como se agotaran sus
recursos financieros, no se inquietaban de verla florecer entre
7 la mayoría del pueblo; pero cuando aquélla hubo crecido hasta
el punto de ser irreversible, encaminándose directamente a una
revolución completa del Estado, se dieron cuenta, demasiado
tarde, de que nunca hay que infravalorar el comienzo de una
empresa, pues la continuidad le da rápidamente envergadura

---

[5] Sobre el *Anticatón* de César, al que alude Plutarco aquí, cf. luego, cap. 54; sobre la elocuencia del dictador, véase el juicio muy positivo de CICERÓN, *Bruto* 261-262.

[6] Ambos procesos, emprendidos contra personajes destacados del régimen de Sila, son cronológicamente anteriores a su cautividad entre los piratas, pues hay que fecharlos en 77-76 el de Gneo Cornelio Dolabela (cónsul con Sila, en el 81) y en 76 el de Gayo (no Publio) Antonio Híbrida, cuyo desenlace no conocemos, aunque lo más probable es que también saliera absuelto.

y se aprovecha del desprecio inicial para convertirse en algo imposible de detener. En todo caso, el primero que pareció 8
sospechar y temer el aspecto risueño de su política, como el del mar, y comprender el terrible carácter que se ocultaba detrás de su humanidad y jovialidad, fue Cicerón, que decía que detrás de todos sus proyectos y acciones políticas veía una intención tiránica; y también decía: «Sin embargo, cuan- 9
do veo su cabellera arreglada con tanta distinción y a César rascándose con un dedo, ya no me parece posible que a este hombre se le haya metido en la cabeza una idea tan criminal como la destrucción de la constitución romana» (si bien esto lo dijo más tarde)[7].

La primera muestra de favor que recibió del pueblo fue 5
cuando, compitiendo por el tribunado militar con Gayo Popilio, resultó elegido por delante de éste; la segunda, más relum- 2
brante, fue cuando, con ocasión de la muerte de Julia, la mujer de Mario —César era sobrino carnal suyo—, pronunció en su honor un notable elogio fúnebre en el Foro y tuvo la osadía de sacar imágenes de Mario en el cortejo fúnebre (fue entonces la primera vez, después del gobierno de Sila, que se vieron imágenes suyas, pues Mario y su familia habían sido declarados enemigos públicos)[8]. Esto provocó que algunos comenzasen 3
a gritar contra César, pero el pueblo salió brillantemente en su defensa, recibiéndole con aplausos y admiración por haber, después de muchos años, devuelto por así decir del Hades a la ciudad los honores públicos de Mario. Por cierto que era una 4
costumbre romana pronunciar discursos fúnebres en honor de

[7] Rascarse la cabeza con un dedo, para no despeinarse, era signo de afeminamiento; por lo demás, César era casi calvo desde muy joven, y procuraba disimularlo (cf. Suetonio, I 45, que señala que el dictador recibió con mucho placer el derecho a llevar una corona de laurel, lo que disimularía su calvicie).

[8] El tribunado militar lo ejerció probablemente en el 71; del elogio de Julia, tía paterna suya muerta el 69, Suetonio (I 6) nos ha conservado un breve pasaje.

las mujeres de edad, pero no era así para las mujeres jóvenes,
siendo César el primero que lo hizo con ocasión de la muerte
5 de su propia esposa[9]; ello le granjeó una cierta simpatía y
contribuyó a que la mayoría, compadeciéndose de su dolor, le
cobrara afecto y lo tuviera por un hombre sensible y lleno de
6 cualidades. Tras el entierro de su mujer marchó como cuestor
a Hispania acompañando a Veto, uno de los pretores, a quien
siempre tuvo en gran estima y a cuyo hijo nombró a su vez
7 cuestor cuando él hubo alcanzado la pretura. Una vez cumpli-
do con este cargo, se casó en terceras nupcias con Pompeya;
tenía entonces de su anterior mujer, Cornelia, una hija que
8 más tarde se casó con Pompeyo el Grande[10]. Gastando sin
miramientos, daba la impresión de estar comprando una gloria
breve y efímera a precio de oro, cuando en realidad lo que
hacía era adquirir ventajas capitales a bajo precio; se dice que,
antes de haber ocupado cargo alguno, ya se había endeudado
9 por valor de mil trescientos talentos. Más tarde, cuando fue
nombrado intendente de la vía Apia, gastó en ella enormes su-
mas de su propio dinero; después, siendo edil, costeó trescien-
tas veinte parejas de gladiadores; finalmente, con sus demás
larguezas y patrocinios para teatros, procesiones y banquetes,
eclipsó a los que antes de él se habían entregado a ambiciosas
liberalidades, y a tal punto dispuso en su favor al pueblo que
todo el mundo buscaba una nueva magistratura o un nuevo
honor con los que devolverle los favores recibidos[11].

---

[9] Cornelia, hija de Cina, que murió el 69 a. C.

[10] Eran sus terceras nupcias (año 68) porque antes de Cornelia había estado unido (o quizá sólo prometido) con Cosucia; la Pompeya mencionada era hija de Quinto Pompeyo Rufo, y estuvo casada con César hasta el 61; la hija de César, Julia, casó con Pompeyo el Grande el año 59. La cuestura en Hispania Ulterior con G. Antistio Veto se fecha en el 69-68.

[11] Los cargos de edil curul y de *curator uiae Appiae* los desempeñó en 65; para entonces, terminada la cuestura, César era ya miembro del Senado.

Había en la ciudad dos facciones: la de los de Sila, enor- 6
memente poderosa, y la de los de Mario, que, acobardada y
dispersa, estaba por aquel entonces en sus horas más bajas.
César, que tenía la intención de reanimar y ganarse a la se-
gunda, coincidiendo con el apogeo de sus larguezas edilicias
hizo modelar en secreto imágenes de Mario y de la Victoria
ornada de trofeos y, llevándolas de noche al Capitolio, las
hizo instalar allí. Al amanecer del día siguiente los ciudadanos 2
que vieron las imágenes, todas resplandecientes con reflejos
de oro y trabajadas con exquisito arte —las inscripciones ha-
cían alusión a los triunfos de Mario contra los cimbrios—[12],
quedaron estupefactos de la osadía del dedicante (pues era
evidente quién había sido), y el rumor, extendiéndose rápida-
mente, hizo que todo el mundo se reuniese para contemplarlas.
Los unos gritaban diciendo que César se aprestaba a la tiranía 3
restableciendo unos honores que habían sido enterrados por
decretos legales, y que ello constituía la prueba de que César
estaba ablandando al pueblo para ver si, domesticado con sus
liberalidades, le permitía entregarse a tales bromas y noveda-
des; los del partido de Mario, animándose mutuamente y pre- 4
sentándose repentinamente en sorprendente número, llenaron
el Capitolio con sus aplausos. A muchos de ellos, al ver las 5
imágenes de Mario, incluso se les saltaban las lágrimas de ale-
gría, y a César se lo ensalzaba y elogiaba sobremanera, dicien-
do que era entre todos el único varón digno del parentesco de
Mario. Reunido el Senado para tratar de estos sucesos, Lutacio 6
Cátulo, por entonces el más respetado de los romanos, se puso
en pie y acusó a César, pronunciando la memorable frase: «Ya
no es con galerías subterráneas, César, sino con máquinas de
guerra como te estás lanzando a destruir la república»[13]. Pero 7

[12] Se refiere al triunfo decisivo de 101 a. C. en Vercelli (Galia Cisalpina).

[13] El padre de Quinto Lutacio Cátulo, cónsul en 102, se había enemistado después con Mario y finalmente se había visto empujado al suicidio (cf. PLUT., *Mario* 27, 6-10).

él, defendiéndose de tales acusaciones, logró convencer a los senadores; de resultas de lo cual sus admiradores se exaltaron todavía más y lo animaron a no cejar en su grandeza ante nadie, pues con la voluntad del pueblo de su parte llegaría a estar por encima de todos ocupando el primer puesto.

7 Entre tanto había muerto Metelo, el pontífice máximo. Aspiraban al sacerdocio, que era un cargo muy codiciado, Isáurico y Cátulo, varones muy destacados y con gran influencia en el Senado; pero César no se arredró ante ellos y, presentándose
2 ante el pueblo, anunció su candidatura[14]. Ahora bien, cuando se vio que los bandos estaban prácticamente igualados, Cátulo, que temía tanto más la incertidumbre del resultado en cuanto que ocupaba un cargo superior, mandó un emisario a César para convencerlo de que renunciara a su pretensión a cambio de una fuerte suma de dinero[15]; pero él, pidiendo prestada una suma todavía mayor, declaró que iba a luchar hasta el final.
3 Llegado el día de la elección, su madre lo acompañaba llorosa hasta la puerta, pero él la abrazó y le dijo: «Madre, hoy verás
4 a tu hijo o pontífice máximo o exiliado». Una vez celebrada la votación César resultó vencedor de la contienda, haciendo temer al Senado y a la aristocracia que incitase al pueblo a todo tipo de osadías.

5 De ahí que Pisón y Cátulo reprocharan a Cicerón no haberse ensañado con César cuando éste, con ocasión del asun-
6 to de Catilina, había dado pie para ello[16]. En efecto, Catilina había proyectado no sólo cambiar la constitución del Estado,

---

[14] P. Servilio Vacia Isáurico, cónsul en 79, se había distinguido luchando contra los isauros, un pueblo de Asia Menor; Lutacio Cátulo es el mencionado en el capítulo anterior. César, que ya había ingresado hacía tiempo en el colegio de los pontífices, fue pontífice máximo —cargo de extraordinaria importancia en la política romana— el año 63.

[15] El «cargo superior» era el de *princeps senatus*, que ocupaba el puesto más alto dentro de la jerarquía de los senadores.

[16] El Pisón citado es Gayo Calpurnio Pisón, cónsul en 67.

sino acabar con todo el sistema de magistraturas y trastornar completamente la república; y si bien él había sido expulsado de Roma (a pesar de que los indicios en su contra eran mínimos antes de que se descubriesen sus intenciones últimas), dejó en la ciudad como sustitutos al mando de la conjuración
a Léntulo y Cetego. Que César les proporcionase secretamente 7
algún tipo de ayuda o aliento, es algo que no puede demostrarse. Lo que sí es cierto es que, cuando aquéllos fueron declarados culpables sin remisión en el Senado, Cicerón, que era entonces cónsul, comenzó a preguntar a cada senador su opinión acerca del castigo que merecían; los demás instaban a aplicar la pena de muerte, hasta que le llegó el turno a César,
quien, poniéndose en pie, pronunció un estudiado discurso 8
en el que decía que, de no ser en caso de extrema necesidad, no le parecía justo ni acorde con las costumbres patrias dar muerte sin juzgarlos a unos varones destacados por su rango y
linaje, y que si se los encarcelaba y custodiaba en las ciudades 9
de Italia que el propio Cicerón designaría, hasta que Catilina fuese completamente derrotado, el Senado podría más tarde, en paz y con calma, tomar una decisión acerca de cada uno de ellos.

Esta opinión pareció tan humana, y su discurso fue pro- 8
nunciado con tal vigor, que no sólo los que se levantaron después de César se sumaron a su propuesta, sino que incluso muchos de los que lo habían hecho antes que él se desdijeron de las opiniones expresadas y se pusieron de su lado, hasta
que el turno llegó a Catón y Cátulo. Éstos se opusieron con 2
vehemencia a su propuesta, y Catón incluso se apoyó para su discurso en las sospechas que había contra César, atacándolo violentamente. Los dos hombres fueron entregados para ser ejecutados, y cuando César salía del Senado muchos de los jóvenes que por entonces escoltaban a Cicerón acudieron co-
rriendo hacia él y desenvainaron sus espadas; pero Curión, 3
según se cuenta, lo cubrió con su toga y lo hizo salir de allí,

mientras que el propio Cicerón, ante las miradas interrogativas
de los jovenzuelos, hizo una señal negativa con la cabeza, ya
fuera por temor del pueblo, ya porque considerase de todo
4 punto injusto e ilegal tal homicidio[17]. Por cierto que, si es
verdad que así sucedió, no comprendo cómo Cicerón no lo
relató en su obra titulada *Sobre el consulado*[18]; en todo caso,
más tarde se le censuró por no haber aprovechado la magnífi-
ca oportunidad que se le ofrecía entonces contra César y por
haberse acobardado ante el pueblo, que rodeaba a aquél con
5 extraordinaria adhesión. Pocos días después César se presentó
en el Senado para defenderse de las sospechas que pesaban
contra él, lo cual le granjeó airados abucheos; y como la se-
sión del Senado se alargaba más de lo acostumbrado, el pue-
blo se presentó dando gritos y rodeó el edificio reclamando
6 a su hombre y exigiendo que se le dejase salir. En vista de
ello, Catón —que temía por encima de todo una revolución
de los indigentes, quienes constituían por así decir la mecha
del resto de la población y tenían puestas en César sus espe-
ranzas— convenció al Senado de que se les concediese un
7 subsidio alimenticio mensual; esta decisión política supuso
añadir a los demás gastos del Estado siete millones y medio
de denarios anuales, pero consiguió a todas luces apaciguar
el gran terror del momento, además de quebrantar y disipar
casi toda la influencia de César en un momento muy oportuno,
pues se disponía a ocupar el cargo de pretor y eso le había de
hacer aún más temible[19].

---

[17] Curión es Gayo Escribonio Curión, que moriría en el 49 luchando en África, en el bando cesariano. Sobre el discutido papel de César en el asunto de Catilina, cf. L. Canfora, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. Garí y A. Ares], Barcelona, 2000, págs. 57-78.

[18] Plutarco no se debe de referir al poema *De consulatu suo*, sino al informe en prosa, escrito en griego, en el que el político romano daba cumplida cuenta de su consulado del año 63 (ambas obras se han perdido).

[19] En efecto, César fue pretor en 62, junto con Marco Bíbulo.

Sin embargo, de dicha magistratura no se siguió ninguna 9
turbación pública; por contraste, en casa de César se produjo
un desagradable incidente. Publio Clodio era un hombre de 2
origen patricio, destacado por su riqueza y su elocuencia, pero
que aventajaba en insolencia y audacia a todos los romanos
célebres por su conducta infame[20]. Este Clodio estaba enamo- 3
rado de Pompeya, la mujer de César, no sin el consentimiento
de ella, pero el gineceo estaba rigurosamente vigilado y Aure-
lia, madre de César y mujer de gran discreción, estaba siempre
atenta a la joven esposa y hacía que el encuentro entre ambos
fuese difícil y arriesgado.

Tienen los romanos una divinidad que llaman la Buena 4
Diosa; los griegos la llaman Ginecea, y los frigios, queriendo
reivindicarla como suya, dicen que era la madre del rey Mi-
das, mientras que los romanos dicen que era una ninfa dríade,
compañera de Fauno, y los griegos que una de las madres de
Dioniso, aquella cuyo nombre no se puede pronunciar. De ahí 5
que las mujeres que celebran su fiesta cubran sus tiendas con
sarmientos y se coloque una serpiente sagrada junto a la dio-
sa, de acuerdo con el mito. A ningún varón le está permitido 6
tomar parte, ni siquiera estar en la casa en que se celebran los
ritos mistéricos; las propias mujeres, según se dice, celebran
entre ellas unas ceremonias que coinciden en muchos aspec-
tos con las de los órficos. Así pues, cuando llega el día de la 7
fiesta[21], el varón que desempeña el cargo de cónsul o de pretor
se va, y con él todos los de sexo masculino, mientras la mujer se
hace cargo y toma las riendas de la casa. Los ritos más im- 8
portantes se celebran de noche, y estas fiestas nocturnas están

[20] Clodio era entonces cuestor designado; siendo tribuno de la plebe en el 58 (cf. cap. 14, 16) forzará el exilio de Cicerón.

[21] Ziegler supone una breve laguna textual en este punto, no aceptada por Chambry y Flacelière; según el filólogo alemán, el texto completo diría algo como: «Cuando llega el día de la fiesta, que se ha de celebrar en casa del varón que desempeña el cargo de cónsul o de pretor, éste se va [...]».

acompañadas de diversiones, con una presencia muy impor-
tante de la música[22].

10 Pompeya era entonces la encargada de celebrar dicha fies-
ta; Clodio, todavía imberbe y creyendo que eso lo haría pasar
desapercibido, se puso el vestido y demás pertrechos de una
harpista y se presentó en su casa con la apariencia física de
2 una joven. Encontrándose las puertas abiertas, fue fácilmente
introducido en la casa por una sirvienta que estaba al tanto
de la situación; ésta se fue corriendo a informar a Pompeya,
pero como el tiempo pasaba, Clodio no fue capaz de aguardar
en el lugar en que se le había dejado y comenzó a vagar por
la espaciosa casa, tratando de evitar las luces. Una doncella
de Aurelia se encontró con él y, tomándolo por una mujer, lo
invitó a que tocase algo; como él se negaba, la doncella lo
arrastró al centro de la habitación y le preguntó quién era y de
3 dónde venía. Clodio dijo que estaba esperando a la doncella
favorita de Pompeya, cuyo nombre era precisamente Habra[23],
pero su voz lo delató; al punto la doncella salió corriendo a
donde estaban las luces y la reunión de las mujeres, mientras
chillaba y gritaba que había sorprendido a un hombre. Las
mujeres fueron presa del pánico y Aurelia, tras hacer detener
las ceremonias religiosas y cubrir los objetos sagrados, ordenó
cerrar las puertas y se puso a recorrer la casa con antorchas
4 en busca de Clodio. Se lo encontró refugiado en la habitación
de la muchacha que lo había introducido en la casa; una vez
hubieron las mujeres conocido su identidad, lo echaron a la
5 calle. Inmediatamente, esa misma noche, las mujeres salieron
de la casa y fueron a contarles a sus maridos lo sucedido; al

[22] Plutarco, quizá influido por las especulaciones de los órficos, está interpretando con mentalidad griega la figura de la *Bona Dea*, una diosa itálica y especialmente romana; su ritual, ampliamente atestiguado epigráficamente, iba dirigido a propiciar el bienestar del pueblo romano *(pro salute Populi Romani)*. La madre «oficial» de Dioniso, según la mitología griega, era Sémele.

[23] Que en griego significa eso, 'doncella favorita', de ahí la confusión.

día siguiente corrió por toda la ciudad la noticia de que Clodio
había cometido un sacrilegio, por el que debía pagar no sólo
ante los ofendidos sino también ante la ciudad y los dioses.

Así pues, uno de los tribunos de la plebe presentó contra 6
Clodio una demanda por impiedad, y los senadores más influ-
yentes se pusieron también en su contra, testificando que, entre
otros horribles actos impúdicos, había cometido incesto con
su hermana, que estaba casada con Lúculo[24]. Pero el pueblo, 7
plantando cara a los esfuerzos de aquéllos, defendió a Clodio
y fue para él una gran ayuda ante los jueces, aterrorizados de
miedo ante la muchedumbre. César repudió inmediatamente 8
a Pompeya, pero cuando se lo llamó a testificar en el juicio
dijo no saber nada de las acusaciones que se esgrimían contra
Clodio. Como tal declaración produjera extrañeza, el fiscal 9
le preguntó: «Entonces, ¿por qué repudias a tu mujer?», res-
pondiéndole César: «Porque considero que de la mía no debe
siquiera sospecharse»[25]. Algunos pretenden que, hablando así, 10
César estaba diciendo lo que pensaba, pero otros creen que
lo hizo por agradar al pueblo, que estaba decidido a salvar a
Clodio. Sea como fuere, éste salió absuelto de la acusación; 11
la mayor parte de los jueces habían escrito su veredicto con
caracteres ilegibles para así no ponerse en peligro ante la mu-
chedumbre por haber condenado al reo, ni tampoco perder su
reputación ante las personas eminentes por haberlo absuelto.

Inmediatamente después de la pretura, César recibió el 11
mando de la provincia de Hispania[26]. Como le resultaba difícil
arreglarse con sus acreedores, que lo importunaban y abru-

[24] No fue un tribuno, sino el pretor Cornificio quien introdujo la causa, y el principal acusador fue Cornelio Léntulo Crure; los principales senadores contra Clodio fueron Catón y Marco Valerio Mesala.

[25] Cf. Plut., *Máximas de reyes y generales* 206A.

[26] En realidad, sólo de la Hispania Ulterior (aproximadamente las actuales Andalucía, Extremadura y Portugal), donde ya había sido cuestor en 69-68; desempeñó este cargo (el de procónsul) en el 61 a. C.

maban con sus reclamaciones cuando se disponía a partir, recurrió a la ayuda de Craso, que era el más adinerado de los romanos y necesitaba del vigor y vehemencia de César para la
2 lucha política que le oponía a Pompeyo. Craso se hizo cargo de los acreedores más difíciles e inflexibles y presentó un aval por valor de ochocientos treinta talentos; de esta forma César pudo partir hacia su provincia.

3 Se cuenta que, según atravesaba los Alpes, pasó junto a cierta aldea bárbara que contaba con poquísimos habitantes y tenía un aspecto miserable. Sus compañeros, entre bromas y risas, decían: «Quizá haya, también aquí, ambición por los cargos, disputas por los primeros puestos y envidias recíprocas
4 entre los poderosos», y César, con gran seriedad, les replicó: «Lo que es yo, preferiría ser el primero entre ellos antes que
5 el segundo entre los romanos»[27]. Igualmente se cuenta que en Hispania, un día de ocio, leía César un libro sobre Alejandro; quedóse largo rato ensimismado en sus pensamientos y des-
6 pués rompió a llorar. Sus amigos, asombrados, le preguntaron por qué lloraba, y él les dijo: «¿No os parece motivo de aflicción pensar que, a la edad que tengo, Alejandro reinaba ya sobre tan gran imperio, mientras que yo todavía no he llevado a cabo ninguna acción brillante?»[28].

12 Así, nada más llegar a Hispania, comenzó a desplegar una gran actividad, de tal forma que en pocos días pudo añadir diez cohortes a las veinte ya existentes; y marchando de expedición contra los galaicos y lusitanos avanzó, de victoria en victoria, hasta el mar exterior, sometiendo a pueblos que
2 nunca antes habían obedecido a los romanos. Y si llevó con éxito los asuntos de la guerra, con no menos talento se entregó a administrar la paz: estableció la concordia en las ciudades y

[27] Cf. PLUT., *Máximas de reyes y generales* 206B.

[28] SUETONIO (I 7, 1) sitúa este episodio, quizá con más verosimilitud, durante la cuestura del 69-68, en Gades (César tenía entonces 32 años, la edad con la que murió Alejandro; en el momento en que lo sitúa Plutarco tendría casi 40).

sobre todo trató de suavizar las desavenencias entre deudores y acreedores. En efecto, decretó que el acreedor cobrara cada 3
año los dos tercios de los ingresos del deudor, que podría servirse del tercio restante, y así hasta la extinción de la deuda.
Estas medidas le granjearon una gran popularidad; cuando 4
abandonó la provincia no sólo se había enriquecido gracias a sus campañas militares, sino que además había hecho beneficiarse de ellas a sus soldados, que lo saludaban ya con el título de *imperator*[29].

Puesto que los aspirantes al triunfo debían permanecer 13
fuera de la ciudad y los candidatos al consulado debían estar presentes en Roma para hacer campaña, César, que había llegado justo en el momento de los comicios consulares, viéndose en tal antinomia mandó un emisario al Senado para solicitar el permiso de optar al consulado por intermedio de unos amigos, estando él ausente de Roma[30]. En un primer mo- 2
mento Catón, con la ley en la mano, se opuso firmemente a su demanda; más tarde, viendo que César se había ganado el favor de muchos de los senadores, se dedicó a obstruir y alargar el asunto, y así consumió toda la jornada en discusiones. Entonces César decidió renunciar al triunfo y consagrarse al consulado. Se presentó en la ciudad e inmediatamente acome- 3
tió una acción política que consiguió engañar a todo el mundo excepto a Catón: la reconciliación entre Pompeyo y Craso, los hombres más influyentes de Roma. César convirtió su enemis- 4
tad en unión y amistad, y reunió en sí mismo la fuerza proce-

[29] Título que podía, por aclamación, conferir el ejército (también el Senado) al general victorioso, que normalmente celebraba más tarde el triunfo en Roma. César dejó Hispania en junio del 60, sin esperar a que llegara su sucesor en el cargo.

[30] El triunfo consistía en la entrada solemne en la ciudad, con los máximos honores militares y al mando de sus tropas, del general victorioso —que había de ser dictador, cónsul o pretor—, donde era recibido por el Senado en pleno y por los ciudadanos más destacados.

dente de ambos personajes; con una acción que se tenía por filantrópica consiguió hacer pasar inadvertida una auténtica
5 revolución política[31]. Y es que no fue la discordia entre César y Pompeyo, como cree la mayoría, lo que desencadenó las guerras civiles, sino más bien su amistad, pues en un primer momento se aliaron para acabar con la aristocracia y fue sólo
6 después cuando surgió la enemistad. Y Catón, que había vaticinado en repetidas ocasiones lo que había de venir, se ganó entonces la fama de hombre perturbador y entrometido, si bien más tarde se vio en él a un consejero avisado pero sin suerte.

14 En todo caso César, situado gracias a su amistad entre Craso y Pompeyo, como si fuesen su guardia personal, se
2 presentó como candidato al consulado y obtuvo un resonante éxito, resultando elegido junto con Calpurnio Bíbulo[32]. Nada más tomar posesión del cargo propuso leyes más propias de un audacísimo tribuno de la plebe que de un cónsul, planteando, para agradar a las masas, la fundación de colonias y el reparto
3 de tierras. La oposición de la gran nobleza senatorial le proporcionó el pretexto que buscaba desde hacía mucho tiempo; se puso a gritar y a protestar que se lo empujaba contra su voluntad a lisonjear a la plebe, obligado por la insolencia y la dureza del Senado, y dicho esto fue corriendo a presentar-
4 se ante la asamblea popular. Allí, flanqueado de un lado por Craso y del otro por Pompeyo, preguntó a la plebe si aprobaba sus leyes; como le dijeran que sí, César les invitó a que las defendieran espada en mano contra aquellos que amenazaban
5 con oponerse a ellas. Ellos lo prometieron, y Pompeyo llegó a añadir que haría frente a las espadas con la suya propia y con
6 su escudo. Esto causó gran malestar entre los aristócratas, para

[31] Este pacto privado entre los tres hombres es lo que, más bien impropiamente, se llama el «primer triunvirato» (julio del 60 a. C.).

[32] Ambos fueron, en efecto, los cónsules del año 59 (aunque, en la práctica, César actuó como si fuera el único; Bíbulo pasó la mayor parte del tiempo encerrado en su casa, tratando inútilmente de entorpecer la actividad de su rival).

quienes tales palabras eran indignas del respeto que se le tenía, poco conformes con la consideración debida al Senado y más propias de un jovenzuelo exaltado; sin embargo, la plebe se mostró complacida.

César tenía la secreta intención de adueñarse todavía más 7
de la influencia de Pompeyo; como tenía una hija, Julia —prometida a Servilio Cepión—, concedió su mano a Pompeyo y prometió casar con Servilio a la hija de Pompeyo, que a su vez no estaba libre, sino prometida a Fausto, el hijo de
Sila[33]. Poco tiempo después César desposó a Calpurnia, hija 8
de Pisón, y a éste lo hizo elegir cónsul para el año siguiente[34]; también entonces Catón gritó y protestó que era intolerable que se prostituyeran los cargos públicos con enlaces matrimoniales y que se repartieran entre sí provincias, ejércitos y
prebendas sirviéndose de sus mujeres. El colega de César en 9
el cargo, Bíbulo, viendo que nada conseguía con su oposición a estas leyes y que con frecuencia corría el riesgo de ser asesinado en el Foro junto con Catón, se encerró en su casa y allí
consumió todo lo que le quedaba de consulado. Y Pompeyo, 10
inmediatamente después de su boda, llenó el Foro de hombres armados e hizo ratificar las leyes por el pueblo y atribuir a César toda la Galia, tanto la Cisalpina como la Transalpina, añadiendo a ello la Iliria, con cuatro legiones y por espacio
de cinco años. Pues bien, cuando Catón trató de oponerse a 11
estas medidas, César lo hizo encarcelar, pensando que recu-
rriría a los tribunos de la plebe; pero Catón se dejó llevar sin 12
decir palabra. César, viendo que esta acción no sólo era mal encajada por los más poderosos, sino que también el elemento popular, por el respeto que les infundía la virtud de Catón, lo

[33] Y, de hecho, se casó con Fausto. La boda de Julia causó escándalo en Roma, pues Pompeyo había repudiado a su tercera mujer, Mucia, precisamente por ser amante de César.

[34] La boda se celebró en el 59 a. C.; Lucio Calpurnio Pisón Cesonino fue cónsul el 58, junto con Aulo Gabinio.

seguía en silencio y con la cabeza gacha, pidió a uno de los tribunos de la plebe, personalmente y en secreto, que lo dejase
13 en libertad. Eran muy pocos los senadores que se reunían con César en el Senado, mientras el resto se mantenía apartado
14 para mostrar su descontento. Y un tal Considio, de edad muy avanzada, dijo que los senadores no comparecían por temor de las armas y de los soldados; y cuando César le preguntó: «Entonces, ¿por qué ese mismo temor no te hace quedarte en
15 casa también a ti?», le dijo Considio: «Porque la vejez hace que no tenga miedo; y es que lo poco de vida que me queda
16 no merece demasiado precaución». Pero la medida política considerada como la más vergonzosa de aquella época fue, durante el consulado de César, la elección como tribuno de la plebe del mencionado Clodio, que había violado las leyes del
17 matrimonio y el secreto de las celebraciones nocturnas. Fue elegido con vistas a acabar con Cicerón, y César no marchó a reunirse con su ejército sin antes haber formado con Clodio una facción contra Cicerón y conseguido que éste se exiliase de Italia[35].

**15** Hasta aquí, pues, las que se dice fueron sus actividades
2 antes de su mando en las Galias. Esta época —con las guerras que libró a continuación y las campañas con las que domeñó la Galia— supone como si dijéramos un nuevo comienzo en su carrera, pues le hizo adoptar un nuevo género de vida y encaminarse a nuevas empresas. Allí tuvo ocasión de revelarse como un guerrero y estratega en absoluto inferior a los
3 generales más grandes y admirados del pasado; es más, si se lo compara con los Fabios, los Escipiones o los Metelos, con los

---

[35] Cicerón salió de Roma el 20 de marzo del 58 (cf. PLUT., *Cicerón* 30-32), mientras Clodio asistía al incendio de su casa en el Palatino; poco después César partía para las Galias. El acceso de Clodio al cargo de tribuno de la plebe requería su adopción formal (la llamada *transitio ad plebem)* por una familia plebeya; fue César quien le permitió cumplir con esta formalidad, que se le había denegado repetidamente con anterioridad.

militares de su tiempo o de la época inmediatamente anterior
—Sila, Mario, los dos Lúculos o el propio Pompeyo, cuya glo-
ria florecía entonces por todo lo alto gracias a su polifacético
talento militar—[36], con sus hazañas César sobrepasa a todos 4
ellos, al uno por la dificultad de los lugares en que comba-
tió, al otro por la extensión de tierra conquistada, a éste por
el número y fortaleza de los enemigos vencidos, a aquél por la
singularidad y doblez de los pueblos que se supo conciliar, al
uno por su moderación y mansedumbre para con los prisione-
ros, al otro por sus regalos y favores hacia sus compañeros de
campaña, y a todos por el gran número de batallas libradas y 5
de enemigos aniquilados. En efecto, durante los escasos diez
años que duró la guerra de las Galias, tomó por la fuerza más
de ochocientas ciudades, sometió a trescientas naciones y se
enfrentó en diferentes batallas a tres millones de enemigos,
acabando con la vida de un millón y capturando el mismo
número de prisioneros[37].

Era tal la devoción y el celo que inspiraba su persona a 16
sus soldados que incluso aquellos que no se habían destacado
en absoluto en anteriores campañas se mostraban invencibles
e irresistibles, dispuestos a afrontar cualquier peligro por la
gloria de César. Tal se mostró Acilio, a quien, durante la bata- 2
lla naval librada frente a Marsella, subido a bordo de una nave
enemiga, le cortaron la mano derecha de un golpe de espada;
sin embargo él, lejos de soltar su escudo de la izquierda, co-
menzó a golpear a los enemigos en el rostro, los hizo retroce-

[36] El pasaje tiene claras resonancias homéricas en el griego de Plutarco. El Lucio Licinio Lúculo al que Plutarco dedicó su biografía (formando pareja con Cimón) tenía un hermano llamado Marco.

[37] Un millón doscientos mil muertos según Plinio, *Hist. nat.* VII 92, quien añade la siguiente valoración: «Yo no puedo poner entre sus títulos de gloria un ultraje tan grave como el causado por él al género humano».

3 der a todos y se hizo con el control de la embarcación[38]. Tal se mostró también Casio Esceva quien, durante la batalla de Dirraquio, con un ojo reventado por una flecha, un hombro y un muslo atravesados por sendos venablos y el escudo que había recibido ciento treinta impactos de saeta, llamó a los enemigos
4 haciendo ver que se entregaba; cuando dos de ellos se acercaron, al uno le cercenó un hombro con la espada, al otro lo puso en fuga golpeándole en el rostro, y él se salvó gracias a la lle-
5 gada de los suyos[39]. Asimismo, en Britania, en cierta ocasión los enemigos arremetían contra los centuriones de vanguardia, que se habían metido en un paraje cenagoso y lleno de agua; entonces un soldado, a la vista del propio César que observaba el combate, se precipitó contra los enemigos y, dando numerosas muestras de una extraordinaria audacia, salvó a
6 los centuriones y puso en fuga a los bárbaros. Él mismo, cruzando penosamente detrás de todos los demás, se lanzó a las aguas cenagosas y consiguió a duras penas atravesarlas, unas
7 veces nadando y otras caminando, pero sin su escudo; César y los suyos, llenos de admiración, salieron a su encuentro entre gritos y felicitaciones, pero él, la cabeza muy gacha y los ojos llenos de lágrimas, se lanzó a los pies de César implorándole
8 perdón por haber abandonado el escudo[40]. Y en Libia, Escipión, tras apresar una nave de César en la que viajaba Granio Petrón, cuestor electo, hizo prisioneros a todos los demás pero
9 dijo que le concedía salvar la vida al cuestor; éste le contestó que los soldados de César no tenían por costumbre recibir tal

[38] El año 49, después del paso del Rubicón, hubo no una sino dos batallas navales en Marsella; este episodio de Acilio lo cuenta también SUETONIO, I 68, comparando el comportamiento del soldado romano con el del célebre Cinegiro durante la batalla de Maratón (cf. HERÓD., VI 114).

[39] Compárese con el relato del propio CÉSAR, *Guerra civil* 53, 4-5; sobre la batalla de Dirraquio, cf. después, cap. 39.

[40] Britania es, claro está, la actual isla de Gran Bretaña; las campañas de César en la isla tuvieron lugar en el otoño del 55 y el verano del 54.

favor, sino concederlo, y acto seguido se quitó la vida con su espada[41].

El propio César fomentaba y daba pie a tales muestras de 17 valor y de afán de gloria, en primer lugar por la liberalidad con que recompensaba y honraba a sus soldados, haciéndoles ver que, si reunía riquezas en sus campañas, no era para su propio regalo y placer, sino que las mantenía a buen recaudo a modo de fondo común con el que recompensar el coraje, y no echaba mano de ellas más que en la medida en que le era necesario para dar a sus soldados que lo merecían; y en segundo lugar, porque él se sometía gustoso a toda suerte de peligros, sin echarse atrás ante ninguna penalidad. Pues bien, 2 este gusto por el riesgo no sorprendía a sus soldados, que conocían su afán de gloria; pero lo que los dejaba atónitos era que aguantara la fatiga con una resistencia que parecía estar por encima de sus fuerzas físicas —pues era de constitución débil, su piel era blanca y delicada y era propenso a los dolores de cabeza y a ataques epilépticos (esta afección, según se dice, le sobrevino por primera vez en Córdoba)[42]. Pero él no 3 convertía su falta de salud en pretexto para la molicie, antes bien, hacía de sus campañas un tratamiento contra ella; con sus marchas incansables, con su régimen frugal y con su costumbre permanente de dormir al aire libre y someterse a todo tipo de penalidades, combatía su mal y conservaba su cuerpo a salvo de la enfermedad.

Así, la mayor parte de las veces dormía en el carruaje o 4 en la litera, convirtiendo así su reposo en actividad; y durante el día se hacía conducir por las fortalezas, las ciudades o los atrincheramientos en compañía tan sólo de un amanuense acostumbrado a escribir sobre un vehículo en marcha y, situa-

[41] El Escipión mencionado es Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión (cf. luego, caps. 52-53); el suceso hay que fecharlo en el año 47 a. C.

[42] En setiembre del 49, cuando contaba unos 50 años de edad; cf. SUET., I 45, 1-2.

5 do a sus espaldas, de un soldado armado de espada. Viajaba a
tal ritmo que, cuando su primera salida de Roma en dirección
a su provincia, al cabo de ocho días había llegado ya al Ró-
6 dano[43]. Es verdad que desde niño tenía gran facilidad para ir a
caballo, pues se había acostumbrado a cabalgar al galope con
7 las manos cruzadas a la espalda; y durante aquella campaña
de las Galias se ejercitó además en dictar sus cartas desde su
montura, ocupando en ello a dos amanuenses al mismo tiempo
8 y, según Opio, incluso a más[44]. Se dice también que César fue
el primero en recurrir a las cartas para comunicarse con sus
amigos cuando la urgencia del asunto no le dejaba tiempo para
verlos en persona, y ello debido tanto a sus muchas ocupacio-
9 nes como al tamaño de la ciudad de Roma. Por lo que respecta
a sus pocas exigencias en materia de dieta, se presenta como
muestra la siguiente anécdota: cenando una vez en Milán en
casa de Valerio León, su anfitrión hizo servir unos espárragos
sobre los que se había vertido aceite perfumado en lugar de
aceite de oliva; César se los comió sin rechistar y, como sus
amigos dieran muestras de disgusto, se lo reprochó diciendo:
10 «Bastaba con que no hubierais comido lo que no os gusta,
pero el que denuncia tal rusticidad se acredita él mismo de
11 rústico». Y una vez que iba de viaje el mal tiempo lo obligó
a refugiarse en la cabaña de un hombre pobre, en la que no
encontró más que una sola habitación capaz de acoger mala-
mente a una persona; y diciendo a sus amigos que, si había
que ceder los sitios de honor a los mejores, a los más débiles
había que cederles los que les eran necesarios, mandó que
Opio descansase en ella, mientras él se iba a dormir con los
demás bajo el tejadillo de la puerta.

---

43 En marzo del 58 a. C.

44 Gayo Opio fue amigo, colaborador *(agens in rebus)* y, al parecer, biógrafo de César.

Pues bien, su primera campaña en las Galias fue contra 18
los helvecios y tigurinos, quienes, tras incendiar sus doce ciu-
dades y sus cuatrocientas aldeas, avanzaban a través de la
Galia sometida a los romanos, como en otro tiempo hicieran
los cimbrios y teutones, a los que no parecían inferiores ni en
audacia ni en número, ya que contaban un total de trescientas
mil personas, de los cuales noventa mil eran combatientes[45].
De estos dos pueblos, los tigurinos fueron destrozados en las 2
inmediaciones del río Arar, no por el propio César sino por
Labieno, enviado por aquél[46]. Mientras conducía el ejército
hacia una ciudad amiga, César fue atacado inesperadamente
por los helvecios a mitad de camino, teniendo que refugiarse
a toda prisa en una posición fuerte; allí reagrupó su ejército 3
y lo dispuso en formación de batalla. Cuando le trajeron su
caballo, dijo: «Me serviré de él después de la victoria para
perseguir a los enemigos; ahora, marchemos contra ellos», y
se lanzó a pie al ataque. Tras un combate largo y difícil logró 4
rechazar al adversario, siéndole lo más penoso la lucha en
torno a los carros y la empalizada, ya que allí no sólo resistían
y combatían los hombres, sino incluso sus mujeres y niños,
que se defendieron hasta morir despedazados; tanto fue así que
el combate apenas pudo terminar mediada la noche. Y a su 5
hermosa victoria añadió una resolución todavía mejor: reunió
a los bárbaros que habían huido del campo de batalla y los
obligó a que regresaran a la tierra que habían abandonado y a

[45] Los tigurinos no eran, en realidad, más que una parte de los helvecios; la Galia en cuestión es la Narbonense, con capital en Narbo Martius (Narbona), fundada en 118. Para el relato de lo que sigue, Plutarco va a utilizar de forma constante la obra del propio César (tanto la *Guerra de las Galias* como la *Guerra civil)*, aunque resumiendo o pasando por alto la mayor parte de las operaciones militares, de acuerdo con lo expresado en su introducción a la *Vida de Alejandro.*

[46] El Arar es el actual Saona, en la Borgoña; la ciudad amiga y la batalla (abril-junio del 58) que se menciona a continuación es la de Bibracte (Mount-Beuvray, cerca de Autun), capital de los eduos.

las ciudades que habían destruido, siendo los supervivientes
6 más de cien mil. Esto lo hizo por temor a que los germanos
cruzasen el Rin y ocupasen el país si éste quedaba desierto.

19 Su segunda campaña fue directamente contra los germa-
nos para defender las Galias, y ello a pesar de que con ante-
rioridad César había hecho reconocer a su rey Ariovisto como
2 aliado de Roma[47]; pero eran unos vecinos insoportables para
los pueblos sometidos a César, y además era de imaginar que
si se les presentaba la ocasión no se iban a quedar quietos
en sus actuales territorios, sino que invadirían y ocuparían la
3 Galia. César, viendo a sus oficiales acobardados, sobre todo
a los jóvenes de familias nobles, que lo habían acompaña-
do con la idea de aprovechar esta expedición para llevar una
vida de molicie y enriquecerse, los reunió en asamblea y les
exhortó a que se marcharan y no afrontasen el peligro contra
4 su voluntad, cobardes y blandos como eran; y añadió que él
tomaría consigo tan sólo la décima legión y marcharía contra
los bárbaros, pues ni los enemigos contra los que iba a com-
batir eran superiores a los cimbrios, ni él era inferior a Mario
5 como general. Más tarde la décima legión envió portavoces
a César para testimoniarle su agradecimiento, y las demás
legiones colmaron de reproches a sus oficiales; así que el ejér-
cito entero, lleno de ímpetu y de ardor, siguió a César durante
muchos días de marcha, hasta acampar a doscientos estadios
de distancia de los enemigos.

6 Pues bien, la llegada de César sirvió por sí sola para que-
7 brantar un tanto la audacia de Ariovisto, que no se esperaba
que los romanos atacasen a los germanos, pues no parecía que
aquéllos pudieran resistir a éstos; quedó pues admirado de la
audacia de César y pudo ver además la turbación de su propio
8 ejército. Y todavía embotaban más el valor de sus soldados las

[47] Durante su primer consulado, en 59; la campaña en cuestión tuvo lugar en el verano del 58.

predicciones de sus sacerdotisas, que profetizaban el futuro observando los remolinos de los ríos y conjeturando a partir de los torbellinos y del ruido de la corriente; las sacerdotisas les prohibían entablar batalla antes de la aparición de la luna
nueva. César, informado de estas predicciones y viendo que 9
los germanos estaban inactivos, consideró que era mejor atacarlos en tal estado de desgana que esperar a que les llegase
a ellos su momento propicio. Y lanzando avanzadillas contra 10
las trincheras y las colinas en las que acampaban, consiguió irritarlos y obligarlos a descender encolerizados a librar el
combate decisivo. César los puso en fuga en una brillante ac- 11
ción y, persiguiéndolos por espacio de cuatrocientos estadios hasta el Rin, llenó toda la llanura de cadáveres y de despojos.
Ariovisto se le adelantó en su huida y cruzó el Rin con unos 12
pocos hombres; el número de muertos, según se dice, se elevó a ochenta mil.

Una vez finalizada esta campaña, César dejó su ejército en 20
los cuarteles de invierno de los secuanos y él, que quería estar al tanto de lo que sucedía en Roma, descendió a la Galia Padana, que formaba parte de la provincia bajo su mando (en efecto, el río llamado Rubicón separa la Galia Cisalpina del resto de
Italia)[48]. Durante su estancia en esta región trabajaba por su 2
popularidad; muchas personas se llegaban a su presencia, él le daba a cada uno lo que le pedía y los despedía a todos, ya fuera con sus regalos entre las manos, ya con la esperanza
de obtenerlos. Es más, durante el resto del tiempo que duró 3
su campaña, Pompeyo no llegó a darse cuenta de que César, alternativamente, tan pronto sometía a los enemigos con las armas de los ciudadanos como se ganaba y controlaba a los ciudadanos con las riquezas capturadas a los enemigos.

[48] La Galia Padana o Cisalpina había sido, efectivamente, atribuida a César al alcanzar el consulado, por un periodo de cinco años (cf. antes, cap. 14).

4 Pero cuando se enteró de que los belgas —los más po-
derosos entre los celtas, que ocupaban un tercio de toda la
Galia— se habían sublevado y habían reunido muchas dece-
nas de miles de hombres armados, dio media vuelta de inme-
5 diato y se puso en camino a toda velocidad[49]. Cayendo sobre
los belgas mientras éstos devastaban las tierras de los celtas
aliados de Roma, puso en fuga a los grupos más compactos
y numerosos, que pelearon vergonzosamente, y les causó tal
mortandad que los romanos pudieron atravesar incluso lagu-
6 nas y ríos profundos sobre la masa de cadáveres[50]; y todos los
pueblos sublevados de la parte del océano se pusieron de su
lado sin combatir. Marchó entonces contra los nervios, los más
7 feroces y belicosos de aquellas regiones, que instalaban sus
hogares en bosques impenetrables y llevaban sus familias y
enseres a lo más profundo de la espesura, lo más lejos posible
del enemigo. Mientras César hacía construir una empalizada,
sin esperarse un combate en ese momento, los nervios cayeron
de improviso sobre él en número de sesenta mil, pusieron en
fuga a la caballería y, rodeando a las legiones duodécima y
8 séptima, dieron muerte a todos sus centuriones. Y si César,
arrebatándole el escudo a un soldado y abriéndose paso entre
los que peleaban delante de él, no hubiera cargado contra los
bárbaros, y la legión décima, viéndolo en peligro desde las
alturas en que estaba situada, no llega a bajar corriendo para
cortar por la mitad las filas enemigas, probablemente no hu-
9 biera salido con vida ni uno solo de los romanos; pero los
soldados, ante la audacia de César, libraron según se dice un

[49] Los belgas ocupaban un territorio mucho más amplio que la actual Bélgica (cf. el célebre comienzo de la *Guerra de las Galias,* I 1: «La Galia, en su conjunto, está dividida en tres partes, de las cuales una la habitan los belgas, otra los aquitanos y, la tercera, los que en su propia lengua se llaman celtas y en la nuestra galos»); la campaña se fecha entre la primavera y el verano del 57 a. C.

[50] Debe de tratarse de la batalla del río Aisne (cf. César, *Guerra de las Galias* II 8-11).

combate por encima de sus propias fuerzas, y a pesar de todo no pudieron poner en fuga a los nervios, que se defendieron hasta morir despedazados —se dice, en efecto, que de sesenta 10
mil que eran se salvaron quinientos, y sólo tres de entre cuatrocientos senadores.

Enterado de ello el Senado, decretó quince días de fiesta 21
para hacer sacrificios a los dioses, suspendida toda actividad laboral, cosa que nunca antes se había decretado por una victoria. Y es que el peligro había sido muy grande, al sublevar- 2
se tantos pueblos al mismo tiempo, y por otra parte, por ser César el vencedor, el favor popular de que disfrutaba hacía su victoria más brillante. El propio César, después de poner 3
orden en los asuntos de la Galia, pasó de nuevo el invierno en la comarca del Po mientras se dedicaba a ganarse el favor de Roma[51]. En efecto, los candidatos a las magistraturas, sirvién- 4
dose de César como proveedor de fondos y corrompiendo al pueblo con el dinero recibido de él, se hacían elegir y llevaban a cabo una política totalmente orientada a acrecentar el poder de aquél; y no sólo esto, sino que además la mayor parte de 5
los hombres más notables y poderosos se reunieron con él en Luca: Pompeyo y Craso, Apio el gobernador de Cerdeña y Nepote el procónsul de Hispania, hasta el punto de juntarse allí ciento veinte lictores y más de doscientos senadores[52].
Tuvieron, pues, una conferencia y se pusieron de acuerdo en 6
que Pompeyo y Craso serían nombrados cónsules y a César se le asignaría dinero y otros cinco años de mando militar[53].

---

[51] Estamos, por tanto, en el invierno de 57-56 a. C.

[52] La reunión en Luca para la renovación del «triunvirato» se fecha en abril del 56; el propretor de Cerdeña era Apio Claudio Pulcro; el procónsul de la Hispania Citerior, Q. Cecilio Metelo Nepote, que había sido cónsul el año anterior. Los lictores eran los oficiales que acompañaban a los altos magistrados romanos (dictadores, cónsules, pretores, legados, sacerdotes).

[53] Fueron efectivamente cónsules el año 55, como ya lo habían sido, también juntos, en 70; además, se les asignó el gobierno provincial de Hispania (Pompeyo) y Siria (Craso).

7 Esto último fue lo que pareció más extraño a las gentes sensa-
tas: aquellos que recibían tales sumas de César convencían al
Senado de que le concediese dinero, como si no lo tuviera, o
para ser más exactos, forzaban al Senado, que deploraba sus
8 propios decretos. Y es que Catón estaba ausente —de propio
se lo había enviado en misión a Chipre—, y Favonio, parti-
dario acérrimo de aquél, viendo que nada conseguía con su
oposición, salió precipitadamente del Senado y comenzó a
9 arengar a gritos a la muchedumbre, pero nadie le prestó aten-
ción ni se movió de su sitio, algunos por respeto a Pompeyo
y Craso, la mayoría por complacer a César, en quien tenían
depositadas sus esperanzas[54].

22 Nuevamente de regreso junto a sus tropas en la Galia se
ve César envuelto en una guerra de grandes dimensiones en
el país, pues dos importantes pueblos germánicos han cruzado
recientemente el Rin a la conquista de tierras; unos se llaman
2 usipetes y los otros ténceteros. Acerca de la batalla librada
contra ellos escribe César en sus *Comentarios* que los bár-
baros, tras enviarle embajadores, con ocasión de la tregua
le habían atacado por el camino, y que gracias a esta trampa
habían puesto en fuga con ochocientos jinetes suyos a cinco
3 mil de César, que no se lo esperaban; y que más tarde enviaron
otros embajadores con la intención de engañarlo de nuevo,
pero él los retuvo y dirigió su ejército contra los bárbaros,
considerando que sería necedad el tratar de buena fe con unos
hombres que no respetaban las treguas ni los pactos recípro-
4 cos[55]. Y Tanusio cuenta que cuando el Senado decretó fiestas y
sacrificios por esta victoria, Catón proclamó que, en su opinión,
había que entregar a César a los bárbaros para así purificar a
la ciudad de la violación de la tregua y hacer que la maldición

[54] Catón había sido enviado a Chipre como «alto comisario», con el fin de arrebatarle la isla al rey de Egipto, Tolomeo XIII.

[55] Cf. César, *Guerra de las Galias* IV 11-14 (primavera-verano del 55).

cayera sobre el culpable[56]. En cuanto a los bárbaros que habían 5
cruzado el Rin, cuatrocientos mil de entre ellos fueron aniquilados, y los pocos que pudieron cruzar de nuevo el río fueron
acogidos por los sugambros, otro pueblo de la Germania. Ello 6
fue motivo para César de ir contra ellos, ya que por lo demás aspiraba a la gloria de ser el primer hombre en cruzar el Rin con un ejército. Así que se puso a construir un puente sobre este río, que tenía una gran anchura y era particularmente violento, impetuoso y crecido por la parte elegida para cruzar; la corriente arrastraba maderos y troncos que chocaban y
destrozaban los apoyos del puente. Pero César dispuso con- 7
tra ellos, a manera de dique, grandes pilotes de madera bien clavados, y refrenando así la violencia de la corriente contra la obra, ofreció un espectáculo por encima de lo creíble: un puente terminado en diez días.

Hizo pasar, pues, a su ejército sin que nadie se atreviese a 23
salirle al paso; es más, incluso los suevos, el pueblo con mayor autoridad en la Germania, se retiraron a las profundidades de valles boscosos. César prendió fuego al país enemigo, dio nueva confianza a los que siempre habían mostrado amistad hacia los romanos y regresó de nuevo a la Galia tras haber pasado dieciocho días en Germania.

Su campaña contra los britones fue digna de renombre 2
por la audacia de que se hizo gala: y es que César fue el primero en lanzar una flota al océano occidental y navegar por
el Atlántico llevando un ejército a la guerra[57]. Esta isla, de 3
cuya existencia se dudaba en virtud de su supuesto tamaño y que era causa de muchas controversias entre un buen número de autores —algunos pretendían que Britania era una

---

[56] Esta es la única ocasión en la que Plutarco cita al historiador latino Tanusio Gémino (sobre él, cf. el art. de MÜNZER en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, IV A2, cols. 2231-33).

[57] Los britones son, claro está, los habitantes del sur de la actual isla de Gran Bretaña; la campaña en cuestión tuvo lugar en el otoño del 55.

mera invención, el nombre de un país que no existía ni había
existido nunca—, César se propuso someterla y llevar así la
4 dominación romana más allá del mundo conocido. Por dos
veces navegó hasta la isla desde la parte de la Galia que que-
da enfrente, y librando numerosas batallas causó más daño a
los enemigos que beneficio a sus propios hombres (y es que
no había nada que valiera la pena arrebatar a unos hombres
que llevaban una vida miserable y mezquina). Así pues, puso
término a esta guerra, desde luego no de la forma en que lo
hubiera deseado, pero al menos abandonó la isla habiendo
recibido rehenes del rey e impuesto tributos.

5 En el momento en que se disponía a embarcarse le lle-
garon cartas de sus amigos de Roma comunicándole el falle-
cimiento de su hija, muerta de parto en casa de Pompeyo[58].
6 Grande fue el pesar de éste, como grande fue el de César.
También sus amigos fueron presa de la turbación, al pensar
que se había disuelto el parentesco que mantenía en paz y
concordia una república por lo demás muy debilitada; además,
la criatura tampoco tardó en morir, sobreviviendo unos pocos
7 días a su madre. Así pues, la muchedumbre tomó el cuerpo de
Julia, contra la voluntad de los tribunos de la plebe, y lo llevó
al Campo de Marte, donde está enterrada.

24 Como su ejército había adquirido ya grandes proporcio-
nes, César se vio obligado a repartirlo en varios cuarteles de
invierno, y él se dirigió hacia Italia, según su costumbre. Sin
embargo, la Galia entera se sublevó de nuevo: grandes ejérci-
tos rodeaban y pugnaban por destruir los cuarteles de invierno,
2 atacando las empalizadas de los romanos; los más fuertes y
numerosos de los rebeldes, al mando de Ambiórix, aniquilaron
3 a Cota y a Titurio con su ejército, mientras la legión al mando
de Cicerón era rodeada y sitiada por sesenta mil hombres,
y poco faltó para que fuese tomada al asalto, pues todos los

[58] En setiembre del 54.

soldados estaban maltrechos y se defendían con un celo por
encima de sus fuerzas[59]. Cuando llegaron estas noticias a oídos 4
de César, muy alejado de allí, dio rápidamente media vuelta y,
reuniendo un total de siete mil hombres, se apresuró a librar a
Cicerón del sitio de que era objeto. No pasó desapercibido a 5
los sitiadores, quienes, despreciando lo exiguo de sus tropas,
salieron a su encuentro con la intención de apresarlo. Pero 6
César, usando de ardides en todo momento y rehuyendo el
combate, ocupó una posición apropiada para quien había de
luchar con unos pocos hombres contra muchos, y estableció
allí un campamento fortificado; mantuvo a los suyos al margen de todo combate y los obligó a levantar una empalizada y a tabicar las puertas, como si tuvieran miedo, pues su
estrategia se encaminaba a hacerse despreciar. Finalmente, 7
cuando los enemigos, envalentonados, le atacaban dispersos
y en desorden, César salió y los puso en fuga, causándoles
numerosas bajas.

Esta victoria apaciguó las numerosas rebeliones de los 25
galos de aquellas regiones, así como la presencia del propio
César, quien durante ese invierno se desplazaba por doquier
y vigilaba atentamente los posibles desórdenes. Además le 2
habían llegado de Italia tres legiones en sustitución de las
que habían perecido; dos de ellas se las prestaba Pompeyo de
entre las que estaban a sus órdenes, y la otra acababa de ser
reclutada en la Galia Cisalpina[60].

---

[59] Ambiórix era el jefe de los eburones, asentados entre el Mosa y el Rin; el desastre de Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota (otoño del 54) lo cuenta César en *Guerra de las Galias* V 26-37. El Cicerón mencionado es Quinto Tulio Cicerón, hermano del famoso orador, que se encontraba en el territorio de los nervios.

[60] Estamos en el invierno del 54-53; Plutarco omite por completo las campañas del año 53 contra tréveros, eburones, etc., así como el segundo paso del Rin, para pasar a relatar la gran revuelta de Vercingetórix, ya en febrero del 52.

3 Pero lejos de aquellas regiones comenzaban a dejarse ver
las semillas de la más grande y peligrosa guerra de las libradas
en aquel país, semillas echadas hacía largo tiempo, en secreto,
y sembradas por hombres muy poderosos entre las tribus más
belicosas; semillas que cobraban vigor gracias a una juventud
numerosa, venida de todas partes y armada, a grandes riquezas
reunidas en fondo común, a ciudades fortificadas y a unas tie-
4 rras de difícil invasión. Además, siendo entonces invierno, los
ríos helados, los bosques cubiertos de nieve, las llanuras em-
pantanadas por los torrentes, los caminos irreconocibles por el
espesor de la nieve, la inseguridad de la marcha a causa de las
ciénagas y las corrientes desbordadas, todo ello parecía poner
5 a los rebeldes completamente fuera del alcance de César. Así
pues, un gran número de tribus se sublevaron, con los arvernos
y carnutos a la cabeza; el mando supremo de la guerra recayó
por elección en Vercingetórix, cuyo padre, sospechoso de ve-
leidades tiránicas, había sido ejecutado por los galos.

26 Así pues, Vercingetórix, dividiendo sus fuerzas en varias
fracciones y poniendo diversos jefes al mando de cada una,
consiguió ganarse a todo el país circundante, incluidos los
pueblos que habitaban a orillas del Arar; a sabiendas de que
en Roma se estaba ya tramando algo contra César, tenía la
2 intención de levantar en son de guerra la Galia entera. Si esto
lo hubiera hecho un poco más tarde, cuando César estaba en-
vuelto en la guerra civil, Italia habría sido presa de un terror
no menos acuciante que el provocado en otro tiempo por los
3 cimbrios. Sin embargo, César, que tenía un talento innato para
sacarle el mayor provecho a todos los asuntos de la guerra,
y sobre todo poseía el sentido de la oportunidad, nada más
enterarse de la sublevación se puso en marcha e hizo ver a los
bárbaros, tanto por el propio itinerario seguido como por la
vehemencia y rapidez de su avance, en medio de un invierno
tan rudo, que se les venía encima un ejército invencible e
4 indomable. En efecto, donde era inverosímil que uno de sus

mensajeros o correos pudiera internarse, incluso en un gran lapso de tiempo, allí podían verlo, con todo su ejército, arrasando sus tierras, destruyendo sus plazas fuertes, sometiendo
ciudades y acogiendo a los que se pasaban de su lado; hasta 5
que entraron también en la guerra los eduos, pueblo que en el pasado se había declarado hermano de los romanos y había recibido de éstos grandes muestras de respeto, y que ahora, uniéndose a los rebeldes, provocaba un gran desaliento en el
ejército cesariano. Por ello movió a sus tropas de donde es- 6
taban y cruzó el territorio de los lingones con la intención de llegarse al de los secuanos, pueblo amigo que estaba situado
delante de Italia y frente al resto de la Galia[61]. Entonces, ata- 7
cado y rodeado por muchas decenas de miles de enemigos, se dispuso a librar un combate decisivo; peleando con todas sus fuerzas, resultó vencedor y pudo reducir a los bárbaros, no
sin que ello le costara mucho tiempo y mucha sangre. Parece 8
incluso que al principio de la batalla sufrió un cierto descalabro, pues los arvernos muestran una daga colgada en un templo y dicen que es un despojo arrebatado a César; cuando éste la vio más tarde, se sonrió y no permitió que se la llevaran de allí como le pedían sus amigos, pues, dijo, era un objeto consagrado.

Ahora bien, la mayor parte de los que pudieron escapar 27
se refugiaron entonces con su rey en la ciudad de Alesia[62]. Y 2
mientras César sitiaba esta ciudad, que parecía inexpugnable a causa del tamaño de sus murallas y del gran número de defensores, le sobrevino del exterior un peligro por encima de toda
ponderación. Y es que se reunieron trescientos mil hombres 3
armados, los más valerosos de entre todos los pueblos de la
Galia, y acudieron en ayuda de Alesia; por otra parte, los que 4

[61] Los secuanos habitaban a la izquierda del río Doubs, hasta el Rin y el Jura, y tenían su capital en Vesontio (Besançon, en el Franco-Condado).

[62] La actual Alise-Sainte-Reine, al NO de Dijon (Borgoña); el sitio duró entre julio y setiembre del 52.

luchaban dentro de la propia ciudad no eran menos de ciento setenta mil, así que César, atrapado y asediado en medio de tan enormes contingentes, se vio obligado a levantar dos empalizadas, una de cara a la ciudad y la otra del lado de los que habían venido en ayuda de ésta, pues si ambas fuerzas conseguían unirse, estaría perdido sin remisión.

5 Así pues, si el peligro corrido frente a Alesia tuvo con razón gran renombre, ello es debido a muchas causas, pues César tuvo que hacer gala de una audacia y de una habilidad como en ningún otro combate; pero lo más sorprendente fue que los que estaban dentro de la ciudad no se enteraron de que César había atacado y vencido a las inmensas tropas que venían del exterior, y todavía más sorprendente que los romanos que vigilaban el muro que daba a la ciudad no se enteraron
6 tampoco. En efecto, estos últimos no supieron de la victoria de César hasta que oyeron los gemidos de los hombres y los golpes que se propinaban las mujeres de Alesia al ver del otro lado gran cantidad de escudos guarnecidos de oro y de plata, de corazas ensangrentadas o de copas y tiendas galas que los
7 romanos llevaban a su campamento. Tan enorme ejército se desvaneció y dispersó tan rápidamente como una aparición o un sueño, cayendo la mayor parte de los hombres en la batalla.
8 En cuanto a los ocupantes de Alesia, después de dar no pocos problemas a César y también a sí mismos, acabaron por ren-
9 dirse. Vercingetórix, comandante en jefe de la guerra, tomó sus más hermosas armas, engalanó su caballo y salió montado
10 por las puertas de la ciudad; describió varios círculos en torno a César, que estaba sentado, y después, desmontando, dejó caer todas sus armas, se sentó a los pies de César y se quedó allí quieto, hasta que aquél lo puso en manos de sus guardias con vistas a la celebración de su triunfo[63].

[63] Vercingetórix estuvo todavía seis años cautivo, hasta que, en efecto, figuró en el triunfo celebrado en Roma en agosto del 46; después fue ejecutado.

César había decidido desde hacía tiempo acabar con Pom- 28
peyo, de la misma manera que éste, sin duda, tenía resuelto
acabar con César; y es que una vez muerto Craso —que era
un posible sustituto de ambos— en tierras de los partos, al
uno no le faltaba para convertirse en el más poderoso más que
acabar con el que lo era, y al otro, para librarse de ese destino,
no le quedaba más salida que tomar la delantera y eliminar
al hombre que temía[64]. Pompeyo era presa de tal temor des- 2
de hacía poco tiempo, ya que hasta entonces había mirado a
César por encima del hombro, en la idea de que no le sería
difícil deshacerse de quien él mismo se había ocupado de en-
cumbrar. Pero César, que había tomado esa resolución desde el 3
principio, manteniéndose alejado de sus contrincantes, como
un atleta, y ejercitándose con las campañas de la Galia, había
curtido a su ejército, había hecho crecer su renombre y con
sus hazañas se había puesto al mismo nivel que Pompeyo con
sus éxitos; aprovechaba los pretextos que le ofrecían tanto el 4
propio Pompeyo como las circunstancias del momento y la
pésima política que se llevaba en Roma, donde los candida-
tos a las magistraturas ponían sus mostradores a la vista de
todos y corrompían sin ningún pudor a la plebe que, a sueldo
como estaba, bajaba al Foro para pelear por quien le había
pagado, pero no con sus votos, sino con el arco, la espada y
la honda. Muchas veces se separaban tras haber mancillado 5
la tribuna con sangre y cadáveres, dejando a la ciudad sumida
en la anarquía, a la deriva como un navío sin timonel, hasta el
punto que los ciudadanos sensatos se daban por satisfechos si
semejante demencia y agitación no venían a dar en algo peor
para ellos que la monarquía. Muchos se atrevían incluso a 6
decir públicamente que el Estado no tenía ya más cura que la

---

[64] Craso había muerto en junio del 53 en la batalla de Carras (actual Harran, en la región de Urfa, Turquía). Plutarco, como se ve, pasa por alto las campañas cesarianas del año 51, dirigidas sobre todo al control y pacificación del territorio conquistado, y narradas por AULO HIRCIO en el libro VIII de la *Guerra civil*.

monarquía, y que tal medicina había que recibirla de manos
7 del médico más templado, aludiendo con ello a Pompeyo. Éste afectaba con sus palabras declinar ese cargo, pero de hecho hacía todo lo posible por ser designado dictador, así que Catón y los suyos se pusieron de acuerdo y persuadieron al Senado de que lo nombrase cónsul único, a fin de que no consiguiera la dictadura por la fuerza y se consolase con una monarquía
8 más acorde con la legalidad[65]. Además se le prorrogó por votación el gobierno de las dos provincias que tenía, Hispania y toda la Libia, que administraba por medio de legados y en las que mantenía ejércitos por los que recibía cada año mil talentos del erario público.

29 A continuación César mandó a solicitar el consulado y una prórroga semejante de su mando en las provincias. En un primer momento Pompeyo guardó silencio al respecto, pero Marcelo y Léntulo, que por lo demás odiaban a César, se opusieron, añadiendo a una reacción necesaria un gesto
2 innecesario, destinado a deshonrarlo y ultrajarlo: y es que privaron de la ciudadanía romana a los habitantes de Nuevo Como, recientemente fundada por César en la Galia[66]; además Marcelo, que era entonces cónsul, hizo apalear a uno de los senadores de dicha ciudad que se había presentado en Roma, y le dijo también que le dejaban tales marcas en señal de que

[65] La dictadura era una magistratura no electiva, dotada de poderes extraordinarios, pensada para momentos de peligro muy grave para el Estado; el dictador era designado directamente por uno de los cónsules. Pompeyo fue cónsul *sine collega* —lo que no resultaba muy distinto de la dictadura— en el año 52 (por más que, por guardar las formas, a finales de año asociara en el cargo a otro cónsul, su suegro Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica).

[66] La actual Como, al pie de los Alpes italianos. En realidad, Plutarco está aquí confundiendo dos Marcelos distintos, Marco Claudio Marcelo, cónsul en 51, que fue, en efecto, quien propuso sustituir a César antes del término de su mandato en las Galias (cf. Suet., I 28) y Gayo Claudio Marcelo, que sería cónsul en 49, junto con Lucio Cornelio Léntulo Crure.

no era ciudadano romano, instándole a que se las mostrase a César de regreso a su ciudad.

Después del consulado de Marcelo, César permitió ya a 3
todos los políticos que echaran mano en abundancia de sus riquezas acumuladas en la Galia; saldó las abundantes deudas de Curión, tribuno de la plebe, y entregó a Paulo, cónsul por entonces, mil quinientos talentos gracias a los cuales éste adornó el Foro con un celebrado monumento, la basílica construida en el lugar que ocupaba antes la basílica Fulvia[67].
Pompeyo, atemorizado ante tal contubernio, comenzó a actuar 4
ya abiertamente, por sí mismo o por mediación de sus amigos, para que se designase un sucesor al mando que César detentaba, y envió a pedirle que le devolviese los soldados de que se había servido para la guerra de las Galias; César se los envió de vuelta tras haber gratificado con doscientas cincuenta dracmas a cada uno de ellos. Los oficiales encargados de llevar 5
dichas tropas a Pompeyo sembraron entre la plebe rumores malévolos y falsos acerca de César, y consiguieron corromper al propio Pompeyo con vanas esperanzas, haciéndole creer que el ejército de César ansiaba tenerlo por jefe y que, por más que él estuviera en Roma en una situación difícil a causa de las envidias de una república sana sólo en apariencia, el ejército de allí estaba a su completa disposición; que bastaba con que cruzasen a Italia para ponerse inmediatamente de su lado, hasta tal punto César se les había hecho insoportable con sus innúmeras campañas y el miedo a la monarquía lo convertía en blanco de las sospechas. Pompeyo se envanecía al oír 6
tales palabras; se despreocupaba de procurarse soldados, en la idea de que nada tenía que temer, y creía doblegar a César con

[67] Lucio Emilio Lépido Paulo fue cónsul en 50; la basílica Julia, cuyos restos pueden verse todavía en el Foro romano entre el templo de los Dioscuros y el de Saturno, sustituyó a la basílica Fulvia y Emilia (mandada construir por M. Fulvio Nobilior y Emilio Lépido en 179 a. C.).

7 sus discursos y con los decretos que hacía votar[68], de los que
aquél no se preocupaba en absoluto. Se cuenta también que un
centurión enviado a Roma por César, enterándose delante de
la Curia de que el Senado no le concedía la prórroga de su
mando, dijo: «¡Pues ésta se la dará!», al tiempo que se echaba
la mano a la empuñadura de la espada.

30 Sin embargo, la petición de César tenía una irreprochable
apariencia de legalidad, pues proponía deponer él las armas,
que Pompeyo hiciese lo propio y que ambos, en calidad de
simples particulares, trataran de conseguir el favor de los ciu-
dadanos; pero —decía César— despojarlo a él de su ejército
y confirmar a Pompeyo en el mando del suyo propio era lo
mismo que desacreditar al uno y convertir al otro en tirano[69].
2 Curión presentó estas propuestas en nombre de César ante la
asamblea popular, haciéndose aplaudir ruidosamente; algu-
nos llegaron incluso a lanzarle coronas de flores, como a un
3 atleta. Y Antonio, que era tribuno de la plebe, aportó ante la
muchedumbre una carta que le había llegado de César y que
trataba de dichas cuestiones, y la leyó a despecho de los cón-
4 sules[70]. Pero en el Senado, Escipión, el suegro de Pompeyo,
hizo aprobar una moción según la cual, si César no deponía
las armas en una fecha determinada, sería declarado enemigo
5 público. Los cónsules preguntaron al Senado si les parecía que
Pompeyo debía licenciar a sus soldados, y de nuevo si César
debía hacer lo mismo con los suyos; muy pocos se sumaron
a la primera opción y prácticamente todos a la segunda. Pero

[68] Traducción aproximada, si aceptamos la laguna sugerida por Ziegler entre *Kaísara* y *katapsephizómenos*.

[69] La cuestión de fondo era que César, si quería seguir con su *imperium*, que lo hacía intocable ante sus enemigos políticos, tenía que mantener el mando de sus tropas hasta el año 49 incluido, en que podría optar al consulado para el 48 (había que cumplir el intervalo de diez años contemplado para repetir en dicha magistratura).

[70] La carta en cuestión la leyó el propio Curión, y no Antonio, ante el Senado, el 1 de enero del 49.

cuando Antonio y los suyos propusieron de nuevo que ambos
dejaran el mando, todos los senadores aprobaron al unísono.
Sin embargo, como Escipión se oponía violentamente y el 6
cónsul Léntulo decía a gritos que contra un malhechor lo que
hacían falta eran armas y no decretos, el Senado se disolvió
y los senadores, en razón de tal disensión, vistieron el hábito
de duelo[71].

Llegaron entonces unas cartas de César en las que parecía 31
moderar sus pretensiones, pues estaba dispuesto a dejar todo
lo demás con tal de que se le concediera la Galia Cisalpina e
Iliria con dos legiones, hasta que pudiera optar a su segundo
consulado. Cicerón el orador, que había vuelto hacía poco de
Cilicia, intentó lograr una reconciliación y ablandar a Pompe-
yo, quien cedía en todo lo demás, pero insistía en despojar a
César de sus tropas. Entonces Cicerón persuadió a los amigos 2
de César de que se contentaran con las provincias mencio-
nadas y con sólo seis mil soldados, para poder así conseguir
una reconciliación; Pompeyo se plegó a estas condiciones y
aceptó, pero entonces el cónsul Léntulo se opuso e incluso
injurió y expulsó ignominiosamente del Senado a Antonio y
a Curión, proporcionando así a César el más especioso de los 3
pretextos[72]. En efecto, éste fue el principal elemento utiliza-
do para aguijar a sus soldados, haciéndoles ver cómo unos
hombres señalados, unos magistrados, habían tenido que huir
con ropas de esclavo en un vehículo de alquiler (pues así era
como aquéllos, presas del miedo y disfrazados, habían salido
en secreto de Roma).

César tenía consigo no más de trescientos jinetes y cinco 32
mil infantes, ya que el resto del ejército, que había dejado al

[71] Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica (cf. nota 65) era el padre de Cornelia, la quinta y última mujer de Pompeyo; sobre Lucio Cornelio Léntulo, cf. nota 66.

[72] Era el 7 de enero; Cicerón había vuelto de su gobierno en Cilicia tres días antes.

otro lado de los Alpes, se lo iban a traer los oficiales enviados
2 a tal efecto[73]. Pero viendo que para el comienzo y arranque de su proyectada empresa no necesitaba por el momento de muchos brazos, sino que sería más bien el estupor causado por su audacia y la rapidez de su acción lo que le haría aprovecharse de las circunstancias —pues era más fácil aterrorizar a quienes nada se esperaban que no tratar de someterlos por la fuerza
3 tras largos preparativos—, ordenó a sus tribunos militares y a sus centuriones que sin más arma que sus espadas tomasen Ariminio, gran ciudad de la Galia, evitando en la medida de lo posible el derramamiento de sangre y el tumulto, y los puso a las órdenes de Hortensio[74].

4 Él pasó la jornada a la vista de todos, asistiendo como espectador a unos combates de gladiadores; un poco antes de anochecer tomó un baño y entró en el comedor, donde estuvo por poco tiempo con los invitados a la cena; cuando había ya oscurecido se levantó, departió amablemente con los presentes y les pidió que aguardasen su vuelta; con anterioridad había dicho a unos pocos de sus amigos que lo siguieran, pero no
5 todos por el mismo camino sino cada uno por un sitio. Montó en uno de los carruajes de alquiler y en un primer momento se dirigió por otro camino, pero después torció en dirección a Ariminio. Una vez llegado al río que separa la Galia Cisalpina del resto de Italia —Rubicón es su nombre—, se puso a re-
6 flexionar, pues según se iba aproximando más y más al peligro sentía vértigo ante la envergadura de su propia audacia; después detuvo la marcha. Mientras duró esta parada, en silencio y para sí mismo sopesó repetidamente su decisión, oscilando

[73] Sólo tenía consigo la legión XIII; las demás (ocho) se encontraban en territorio de los belgas y de los eduos.

[74] *Ariminium*, la actual Rímini, no estaba en la Galia Cisalpina sino en Umbria, aunque muy cerca de la frontera con aquella; el Hortensio citado era el hijo del célebre orador, Quinto Hortensio Hórtalo, que dio título a una obra (perdida) de Cicerón.

entre una y otra posibilidad y cambiando innumerables ve-
ces de opinión; también comunicó largamente sus dudas con 7
los amigos presentes, entre ellos Asinio Polión, tratando de
conjeturar los grandes males que causaría a la humanidad el
paso del río y también la memoria de la posteridad sobre este
episodio. Finalmente, cediendo a un impulso, como si aban- 8
donara la reflexión y se dejara llevar hacia el futuro, pronun-
ció la frase que es el preludio común de quienes se lanzan a
empresas difíciles y osadas: «Lancemos el dado», y procedió
a cruzar el río[75]. El resto del trayecto lo hizo ya a la carrera,
y cayendo sobre Ariminio antes del alba ocupó la ciudad. Se 9
dice también que la noche antes del paso del río tuvo un sueño
nefando, pues le pareció tener comercio inconfesable con su
propia madre.

Tras la toma de Ariminio pareció que las puertas de la 33
guerra se abrían de par en par, tanto por tierra como por mar,
y que, al mismo tiempo que los límites de la provincia, habían
caído en total confusión las leyes del Estado; se diría que no
eran sólo los hombres y mujeres, como en otras ocasiones,
los que corrían despavoridos por toda Italia, sino que incluso
las propias ciudades parecían levantarse y ponerse en fuga las
unas a las otras. Y Roma, como inundada por las oleadas de 2
gentes que dejaban las comarcas cercanas para refugiarse en
la ciudad, no estaba en disposición ni de obedecer a los ma-
gistrados ni de regirse por la razón, y poco faltó para que, en
medio de tan gran agitación y marejada, ella misma provo-
cara su hundimiento. Por todas partes prevalecían pasiones 3
encontradas y movimientos violentos; ni siquiera los que se
regocijaban de tal situación permanecían tranquilos, sino que,
encontrándose constantemente en la gran ciudad con gentes

---

[75] Según PLUT., *Pompeyo* 60, 4, estas palabras (vulgarmente referidas como «la suerte está echada») las pronunció en griego; cf. también PLUT., *Máximas de reyes y generales* 206C. Sobre la obra de Asinio Polión, cf. la introducción.

temerosas y afligidas, hacían ver su confianza en el futuro y
4 daban así motivo de altercados. Al propio Pompeyo, de por
sí desconcertado, lo turbaban las acusaciones vertidas contra
él desde diversos flancos: los unos decían que era el respon-
sable de haber encumbrado a César contra sí mismo y contra
la república, los otros lo acusaban de haber permitido a Lén-
tulo que ultrajase a César cuando éste cedía y proponía una
5 reconciliación en términos razonables. Por su parte, Favonio
le exhortó a que golpeara la tierra con el pie, pues Pompeyo,
jactándose en cierta ocasión en el Senado, había dicho a los
senadores que no tenían que ocuparse de nada ni cuidarse de
preparativos de guerra, pues él mismo, cuando César llegase,
llenaría Italia de ejércitos con sólo golpear el suelo con el pie.
6 Y, sin embargo, en ese momento Pompeyo aventajaba a César
en número de efectivos, pero nadie permitió a este hombre
que actuara según sus propios cálculos, y ante la avalancha
de noticias falsas y de temores, que hacían creer que la guerra
estaba ya a las puertas de la ciudad y ocupaba todo el país, ce-
diendo y dejándose arrastrar por la corriente general, decretó
el estado de excepción, abandonó la ciudad y ordenó al Sena-
do que lo siguiera, así como que no se quedase en la ciudad
nadie que prefiriese la patria y la libertad a la tiranía[76].

34 Así pues, los cónsules huyeron sin siquiera hacer los sa-
crificios prescritos para cuando salen de la ciudad; huyeron
también la mayoría de los senadores, cogiendo de entre sus
pertenencias lo que tenían más a mano, del mismo modo que
2 se hace pillaje en los bienes ajenos. Hubo incluso algunos que,
habiendo sido antes acérrimos de César, fueron entonces presa
del pánico, perdieron la cabeza y se dejaron llevar, sin ninguna
3 necesidad, por aquella corriente desbocada. Pero el espectá-

[76] Era el 17 de enero del 49; los cónsules y una parte del Senado huyeron al día siguiente. La traducción «decretó el estado de excepción» es aproximada, pues parece que Plutarco no ha entendido bien la expresión latina *tumultum decernere*, y utiliza un extraño giro griego para traducirla.

culo más lamentable era ver la ciudad arrastrada por tan gran
tormenta, como un navío al que sus timoneles, resignados,
abandonan a su suerte. Sin embargo, por lamentable que fuese 4
este éxodo, Pompeyo hacía que las gentes considerasen el exi-
lio como su patria y Roma como el campamento de César que
se abandonaba. Incluso Labieno, uno de los mejores amigos 5
de César, que había sido su legado y había combatido a su
lado con el máximo celo en todas las campañas de las Galias,
le hizo entonces defección y se llegó junto a Pompeyo; a pesar
de ello, César le hizo llegar su dinero y sus enseres. Después 6
marchó contra Domicio, que ocupaba Corfinio al mando de
treinta cohortes, y estableció su campamento junto a la ciu-
dad[77]; Domicio, desesperando de sus posibilidades, pidió a
su médico, un esclavo, que le diera un veneno, y tomando
lo que aquél le daba se lo bebió, dispuesto a morir. Pero al 7
cabo de un rato, enterándose de la maravillosa clemencia de
que César hacía gala con los prisioneros, comenzó a deplorar
su suerte y a reprocharse el haber tomado una resolución tan
precipitada, pero su médico lo reconfortó diciéndole que la 8
droga que había bebido no era mortal, sino sólo un somnífe-
ro; así que Domicio, exultante, se levantó, se presentó ante
César y, tras haberle éste dado la mano, volvió de nuevo al
lado de Pompeyo[78]. Estas noticias, al ser anunciadas en Roma, 9
alegraron a sus habitantes e hicieron volver a algunos de los
que habían huido.

César tomó consigo el ejército de Domicio y, tomando 35
la delantera, se hizo también con todos aquellos que se esta-
ban reclutando para Pompeyo en las ciudades. Dueño ya de
unas fuerzas numerosas y temibles, marchó contra el propio
Pompeyo; éste no aguardó su ataque sino que se refugió en 2

[77] Al este de Roma, en territorio samnita.

[78] La toma de Corfinio tuvo lugar a mediados de febrero; Lucio Domicio Enobarbo, viejo enemigo de César, había sido cónsul en 54.

Bríndisi. Una vez allí, en primer lugar envió a los cónsules a Dirraquio con un ejército, y un poco después, ante la llegada de César, cruzó él mismo a dicha ciudad, como explicaremos con todo detalle en los capítulos que hemos de escribir al res-
3 pecto[79]. César hubiera querido perseguirlo de inmediato, pero carecía de barcos, así que regresó a Roma, convertido en señor de toda Italia en el espacio de sesenta días y sin derramar una gota de sangre.

4 Encontrándose la ciudad más sosegada de lo que esperaba y viendo que muchos senadores seguían allí, departió con ellos con moderación y humanidad y los invitó a que enviasen emi-
5 sarios a Pompeyo a fin de llegar a un acuerdo razonable; pero ninguno de ellos le escuchó, ya fuera por miedo a Pompeyo, al que habían abandonado, ya por considerar que César no era
6 sincero y estaba utilizando un lenguaje especioso. Como Metelo, tribuno de la plebe, quería impedirle que cogiera dinero del tesoro público, alegando ciertas leyes en ese sentido, César le dijo que las armas y las leyes tenían su propio momento:
7 «Y tú, si estás a disgusto con la situación actual, quítate de en medio al instante, pues la guerra no necesita de la libertad de palabra; y cuando se llegue a un acuerdo y yo deponga las
8 armas, entonces vienes y dices lo que te parezca». Y añadió: «Y te digo esto haciendo dejación de mis derechos, pues tú me perteneces lo mismo que todos los demás adversarios a
9 los que he capturado». Tras hablar así a Metelo, se encaminó a las puertas del tesoro público; como las llaves no aparecían, hizo llamar a unos cerrajeros y les ordenó que hicieran saltar
10 los cerrojos. Metelo intentó de nuevo oponerse y algunos lo

---

[79] Cf. PLUT., *Pompeyo* 72. César llegó a Bríndisi el 9 de marzo del 49, Pompeyo se embarcó para Dirraquio (la italiana Durazzo; hoy Durrës, Albania) el 17 de ese mes. Por otra parte, este tipo de noticias son las que permiten establecer una cronología relativa de las *Vidas* de Plutarco (en este caso, saber que la *Vida de Pompeyo* se escribió después de la de César); cf. al respecto K. ZIEGLER, *Plutarco*, trad. ital., Brescia, 1965, págs. 312-16.

jalearon, pero César amenazó enérgicamente con matarlo si no dejaba de importunarle: «Y sabes muy bien, jovenzuelo», le dijo, «que eso me es más difícil decirlo que hacerlo». Estas 11
palabras hicieron que Metelo se retirase amedrentado, y así César pudo hacerse fácil y rápidamente con los fondos necesarios para la guerra[80].

Marchó con su ejército a Hispania, decidido en primer 36
lugar a expulsar de allí a Varrón y Afranio, legados de Pompeyo, y a hacerse con el control de sus ejércitos y provincias para después ir al encuentro de Pompeyo sin tener ya ningún enemigo a la espalda. Allí tuvo que afrontar peligros tanto 2
para su propia vida, a causa de las frecuentes emboscadas, como para su ejército, sobre todo a causa del hambre, pero aun así siguió persiguiéndolos, provocándolos y rodeándolos de empalizadas, no cejando hasta que hubo conseguido por la fuerza convertirse en dueño y señor de sus ejércitos y campamentos. Los jefes, por su parte, huyeron y se reunieron con Pompeyo[81].

De regreso a Roma, su suegro Pisón le aconsejó que en- 37
viase unos emisarios a Pompeyo con vistas a la reconciliación, pero Isáurico, por complacer a César, se opuso a ello. Nom- 2
brado dictador por el Senado, hizo volver a los proscritos, restituyó los honores cívicos a los hijos de quienes habían caído en desgracia en tiempos de Sila y descargó a los deudores de una parte de los intereses que pesaban contra ellos; tomó al-

[80] Este tribuno, Lucio Cecilio Metelo, es mencionado en tono negativo en CÉSAR, *Guerra civil* I, 33, 3, aunque, significativamente, el autor se abstiene de narrar el saqueo del erario público.

[81] Los legados de Pompeyo en Hispania eran Lucio Afranio (cónsul en 60), Marco Terencio Varrón, el célebre erudito, y Marco Petreyo, al que Plutarco no menciona. La campaña de Hispania y del largo asedio de Marsella (cf. antes, cap. 16), sobre la que Plutarco pasa apresuradamente, duró buena parte del año 49 (cf. el relato detenido de CÉSAR, *Guerra Civil* I 34-87 y II 1-22; Afranio y Petreyo capitularon en Ilerda en agosto; Marsella cayó en octubre).

gunas otras medidas políticas de este estilo, pero no muchas[82], ya que al cabo de once días renunció a la magistratura única y se nombró a sí mismo cónsul junto con Servilio Isáurico, tras
3 lo cual salió de campaña[83]. Avanzando a toda prisa, adelantó por el camino al resto de sus tropas, y con seiscientos jinetes escogidos y cinco legiones, en el solsticio de invierno, al comienzo del mes de enero (que viene a ser el de Posideón en
4 el calendario de Atenas), se hizo a la mar, cruzó el mar Jónico y se apoderó de Orico y de Apolonia, enviando los barcos de regreso a Bríndisi para recoger a los soldados que se habían demorado en la marcha[84].

5 Todo a lo largo del camino estos hombres, cuya época de esplendor físico había ya pasado y que estaban desanimados al cabo de tal cantidad de guerras, hacían reproches a César:
6 «¿Adónde, pues, y con qué fin nos conduce este hombre, que nos lleva de un lado para otro y se sirve de nosotros como si fuéramos objetos inanimados e inmunes al desgaste? Incluso el hierro se embota a fuerza de golpes, y el escudo y la coraza necesitan cuidados cuando han de servir por tan largo tiempo.
7 ¿Es que César no se da cuenta, al ver nuestras heridas, de que está al mando de mortales y que nosotros hemos nacido para tolerar y padecer penalidades propias de mortales? Ni siquiera un dios puede forzar la estación invernal y la época de los vientos marinos; sin embargo él se lanza al peligro como si en vez de perseguir a los enemigos fuera él el perseguido».
8 Mientras proferían tales quejas avanzaban lentamente hacia

---

82 Ziegler supone la existencia de una breve laguna en este punto; la traducción se atiene al texto de Flacelière y Chambry.

83 César llegó a Roma el 2 de diciembre, fue designado dictador y once días más tarde fue nombrado (o se nombró a sí mismo) cónsul para el año siguiente, el 48, junto con Publio Servilio Isáurico.

84 La toma de Orico —en los límites entre el Epiro e Iliria, en el actual golfo de Vlorë, Albania— y Apolonia —más al norte, cerca del río Aoo, el actual Vijose, Albania— se fecha el 6-7 de enero del año 48 a. C.

Brindisi. Una vez llegados se encontraron con que César había
zarpado; entonces, cambiando de nuevo su estado de ánimo
rápidamente, comenzaron a hacerse reproches a sí mismos por
haber traicionado a su general, y también reprocharon a sus
oficiales que no hubieran acelerado la marcha. Y sentados en 9
los altozanos que daban al mar y al Epiro trataban de divisar
las naves en las que debían cruzar para reunirse con su jefe.

En Apolonia César no tenía consigo un ejército suficien- 38
temente grande para combatir, y como las tropas que estaban
en Bríndisi se demoraban, impaciente y apurado, tomó una
tremenda decisión: embarcarse en completo secreto en una
nave de doce remos y navegar hasta Bríndisi, por más que el
mar estuviese infestado de escuadras enemigas. Así pues, de 2
noche, disfrazado con las ropas de un esclavo, subió a bordo,
se acomodó como si fuera un pasajero sin importancia y se
mantuvo en silencio. Pero cuando el río Aoo hacía descender 3
la embarcación hacia el mar, un fuerte viento marino que se
había levantado por la noche hizo desaparecer la brisa matinal,
que en ese momento del día solía dejar en calma la desembo-
cadura manteniendo alejado el oleaje; y el río, embravecido 4
ante el flujo marino y la oposición de la marea, se encrespaba
con gran estruendo y retrocedía entre potentes remolinos. El
timonel, incapaz de controlar la situación, ordenó a los ma-
rineros que virasen para dar marcha atrás; pero César, per- 5
catándose de ello, se dio a conocer y cogiendo del brazo al
timonel, estupefacto de verlo allí, le dijo: «Vamos, valiente,
atrévete y no temas nada: llevas a César y la fortuna de César
navegando contigo». Así pues, los marineros, olvidándose al 6
instante de la marejada, se pusieron a los remos e intentaron
con todo su ardor forzar el paso; pero como era imposible,
César, después de tragar mucha agua y de arriesgar su vida
en la desembocadura, permitió mal de su grado al timonel
que virase hacia atrás. A su regreso los soldados le salieron en 7
masa al encuentro, mostrándole su descontento y reprochán-

dole largamente que no confiase en poder vencer sólo con
ellos, y que se afligiese y corriese peligros por los ausentes,
como si no confiase en los presentes.
39 Entonces llegó Antonio de Bríndisi trayendo consigo las
tropas[85]; César, reconfortado, comenzó a provocar a Pompeyo,
que estaba instalado en una buena posición y recibía suficiente
avituallamiento por tierra y mar, mientras el propio César, si
ya al principio no nadaba en la abundancia, más tarde se vio
2 terriblemente apurado por la falta de víveres. Sus soldados
se alimentaban con cierta raíz que cortaban y remojaban en
leche; incluso una vez, amasando panes con dicha raíz, fue-
ron corriendo ante los puestos avanzados de los enemigos y
comenzaron a lanzarlos al interior de sus posiciones al tiempo
que proclamaban que, mientras la tierra produjese esas raíces,
3 no dejarían de sitiar a Pompeyo. Pero éste no dejaba que los
panes ni las tales proclamas llegaran hasta el grueso de su
ejército, pues sus soldados estaban desanimados y temían la
ferocidad e insensibilidad de los enemigos como si éstos fue-
ran bestias salvajes.
4 Constantemente se producían escaramuzas en torno a las
empalizadas de Pompeyo, y todas se saldaron a favor de Cé-
sar, menos en una ocasión en que, sus tropas puestas en cla-
5 morosa fuga, estuvo en el trance de perder su campamento. Y
es que ante el ataque de Pompeyo nadie resistió en su puesto;
los fosos se llenaban de muertos y los soldados, obligados a
huir en desbandada, caían en torno a sus propias empalizadas
6 y muros defensivos. César, saliendo en su ayuda, trataba de
hacer volver a los que huían pero nada conseguía, y si echaba
mano a las insignias, los encargados de portarlas las arrojaban
al suelo, de tal suerte que los enemigos capturaron treinta y
dos de ellas. Y al propio César poco le faltó para perder la

[85] Marco Antonio desembarcó en la costa del Epiro el 27 de marzo y una semana más tarde unió sus fuerzas a las de César.

vida, pues a un soldado grande y robusto que pasaba huyendo 7
a su lado lo cogió por el brazo y le ordenó que se detuviera y
se volviera de cara al enemigo; aquél, turbado como estaba por
el peligro, levantó su espada para golpearlo, pero el escudero
de César se le adelantó cercenándole un hombro. Así, César 8
se daba ya por perdido, de manera que cuando Pompeyo, ya
fuera por prudencia, ya por azar, en vez de llevar a término
tan brillante acción se retiró contentándose con haber ence-
rrado a los fugitivos en sus empalizadas, César, volviéndose
hacia sus amigos, les dijo: «Hoy la victoria estaba del lado de
los enemigos, si hubieran tenido quien supiera vencer». Y él, 9
entrando en su tienda y acostándose, pasó la más amarga de
sus noches, entregado a cavilaciones desesperadas; pensaba
que había seguido una mala estrategia, pues teniendo ante sí la
tierra fértil y las prósperas ciudades de Macedonia y Tesalia,
había desdeñado atraer hacia allí la guerra y se había instalado
en aquellos lugares próximos a un mar dominado por la flota
enemiga, asediado él mismo por la penuria de víveres antes
que asediando con las armas a Pompeyo. Así que, agitado 10
y atormentado ante una situación tan difícil y sin salida, le-
vantó el campamento decidido a avanzar hacia Macedonia al
encuentro de Escipión, pues o bien atraería a Pompeyo a un 11
lugar en el que habría de combatir sin las mismas posibilida-
des de avituallarse por mar, o bien derrotaría a Escipión si éste
se quedaba solo[86].

Esto enardeció al ejército y a los oficiales de Pompeyo, 40
dispuestos a acometer a César en la idea de que éste huía ya
vencido. En cuanto a Pompeyo, se guardaba prudentemente 2
de tentar la suerte con una batalla tan trascendental; magní-
ficamente preparado como estaba con todo lo necesario para
afrontar una larga campaña, tenía la intención de desgastar

[86] El Escipión mencionado es Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, suegro de Pompeyo (cf. antes, cap. 30).

hasta la consunción las fuerzas del enemigo, que él creía es-
3 casas. Pues, si bien la elite del ejército de César tenía expe-
riencia y una audacia irresistible en los combates, en cambio,
para las marchas o los trabajos del campamento, cuando había
que vigilar los muros o hacer guardias nocturnas, la vejez los
hacía flaquear; el cuerpo les pesaba para los trabajos duros y
4 su debilidad les hacía perder el entusiasmo. Además, se decía
entonces que una enfermedad contagiosa, originada por lo
inhabitual de su alimentación, se extendía por el ejército de
César; y lo más grave era que no estando sobrado de dinero ni
teniendo abundancia de víveres, parecía que iba a consumirse
por sí mismo en poco tiempo.

41 Por estas razones Pompeyo no quería librar batalla, y Ca-
tón era el único que lo aprobaba, por afán de ahorrar vidas
de ciudadanos; tanto es así que, al ver a los enemigos caídos
en el combate, en número de mil, se cubrió la cabeza y se
2 retiró de allí llorando. Pero todos los demás le reprochaban a
Pompeyo que rehuyera el combate y trataban de picarle lla-
mándolo «Agamenón» y «Rey de reyes», dando con ello a
entender que no quería desprenderse del poder unipersonal,
pues se regocijaba de ver que tantos generales dependieran
3 de él y frecuentaran su tienda. Favonio, remedando la fran-
queza de Catón, se quejaba neciamente de que, a causa del
apego de Pompeyo al mando, tampoco ese año podría probar
4 los higos de Túsculo[87]. Y Afranio —que había llegado recien-
temente de Hispania, donde había estado desafortunado en
las operaciones; se le acusaba además de haber entregado su
ejército a cambio de dinero— preguntaba por qué no se com-
batía contra el comerciante que le había comprado sus pro-
5 vincias. Empujado por todo ello, Pompeyo, mal de su grado,
se puso en marcha para combatir, yendo en persecución de

[87] Túsculo es una localidad cercana a Roma, junto a la actual Frascati.

César[88]. Éste realizó penosamente la primera parte del camino, 6
pues nadie le proporcionaba productos que comprar y todos
lo despreciaban a causa de su reciente derrota; pero en cuan- 7
to tomó la ciudad tesalia de Gonfos, no sólo pudo alimentar
a sus tropas sino que además los libró de la enfermedad de
forma inopinada. Y es que los soldados encontraron vino en 8
grandes cantidades, y bebiendo sin medida prosiguieron el camino entre festejos y excesos báquicos; y la embriaguez, invirtiendo la disposición de sus organismos, repelió el mal y obró la curación.

Una vez que ambos generales hubieron penetrado en la 42
comarca de Fársalo y establecido sus campamentos, Pompeyo volvió a su antigua determinación, y con más razón que antes, pues tuvo en sueños una visión y apariciones infaustas: le parecía verse en su teatro, aplaudido por los romanos
[...][89]. Pero sus altos mandos estaban tan confiados y habían 2
concebido por adelantado tales esperanzas en la victoria, que Domicio, Espínter y Escipión se disputaban y contendían entre sí por el cargo de pontífice máximo que desempeñaba César; y muchos mandaban enviados a Roma para alquilar y reservar por adelantado mansiones apropiadas para un cónsul o un pretor, en la idea de que nada más terminar la gue-
rra ocuparían esas magistraturas. Pero los más impacientes 3
por combatir eran los jinetes, que se vanagloriaban de sus

[88] Cf. PLUT., *Pompeyo* 67, 7-10, donde se lo critica con severidad por ello, afirmando que era «un hombre que no sabía sobreponerse a la opinión del vulgo, ni a la censura de sus amigos».

[89] Hay una laguna en el texto griego, que sin embargo puede suplirse a la vista de *Pompeyo* 68, 2-3: «y él después adornaba con muchos despojos el templo de Venus Victoriosa. Esta visión en parte lo alentaba y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasión de él resultara gloria y esplendor al linaje de César, que descendía de Venus». Los restos del teatro de Pompeyo y sus edificios anexos se encuentran muy cerca de la actual plaza romana de Campo de' Fiori (cf. al respecto A. GARCÍA Y BELLIDO, *Arte romano*, 4.ª ed., Madrid, 1990, págs. 71-73).

magníficas armas relucientes, de sus bien cuidados caballos,
de su propia gallardía y también de su superioridad numéri-
4 ca, pues eran siete mil contra los mil de César. También los
efectivos de infantería estaban descompensados, pues frente
a los cuarenta y cinco mil de Pompeyo había veintidós mil de
César.

43 César reunió a sus soldados y, tras anunciarles que se acer-
caba Cornificio al mando de dos legiones y que otras quince
cohortes estaban acuarteladas en Mégara y Atenas al mando
de Caleno, les preguntó si preferían aguardar dichos refuer-
2 zos o bien afrontar ellos solos el peligro; ellos le pidieron
a gritos que no aguardase, antes bien, que se ingeniase una
táctica para venir a las manos con los enemigos lo más pron-
3 to posible[90]. Y según César procedía a la lustración ritual del
ejército y sacrificaba la primera víctima, al instante el adivino
le comunicó que en tres días se produciría la batalla decisiva
4 con el enemigo. Cuando César le preguntó si veía también en
el sacrificio algún signo favorable respecto del desenlace de
la batalla, aquél dijo: «Tú eres quien mejor puede responder
a tu pregunta, pues los dioses indican una gran mutación y
trastorno de la situación en sentido contrario, de tal forma
que si crees encontrarte actualmente en situación favorable,
has de esperarte la peor suerte, y si en situación desfavorable,
5 la mejor». La noche antes de la batalla, cuando visitaba hacia la
medianoche los puestos de guardia, se vio en el cielo una
estela de fuego que adquiría un brillo fulgurante al pasar por
sobre el campamento de César y que parecía caer después en
6 el de Pompeyo. Y durante la guardia del alba se dieron tam-
bién cuenta de que un terror pánico se había apoderado de los
7 enemigos; sin embargo César no esperaba librar batalla en ese

[90] Quinto Cornificio era propretor en Iliria; Quinto Fufio Caleno había sido enviado como legado de César para ganarse la Acaya (el Peloponeso y Atenas).

día y comenzó a levantar el campamento con la intención de
marchar en dirección a Escotusa[91].
Habían desmontado ya las tiendas cuando los vigías lle- 44
garon a caballo anunciando que los enemigos descendían a
librar batalla; César, exultante de alegría, rezó a los dioses y
dispuso su infantería dividiéndola en tres secciones. El cen- 2
tro lo puso al mando de Calvino Domicio, el ala izquierda
la mandaba Antonio y él se puso al frente de la derecha, en
la que debería combatir con la legión décima. Al ver que la 3
caballería enemiga —un contingente brillante y numeroso que
le inspiraba temor— se colocaba enfrente de su ala, ordenó
que seis cohortes de la última línea rodearan el ejército sin
hacerse notar y se llegaran hasta él; las colocó detrás de su
ala derecha y les instruyó sobre lo que debían hacer cuando
la caballería enemiga cargara contra él. Pompeyo en persona 4
mandaba una de las alas, Domicio el ala izquierda y Esci-
pión, suegro de Pompeyo, estaba al frente del cuerpo central.
La caballería al completo se concentró en el ala izquierda a 5
fin de rodear el ala derecha del enemigo y ponerla brillante-
mente en fuga junto con su propio jefe; y es que pensaban 6
que la infantería enemiga, por mucho fondo que tuviese, no
podría resistirles, sino que se vería por completo quebrantada
y destrozada ante la acometida de tal cantidad de jinetes. Pero 7
cuando ambos generales estaban a punto de dar la señal de
ataque, Pompeyo ordenó a su infantería que se mantuviera
a la defensiva y que aguardase a pie firme la acometida de
los enemigos, hasta que éstos estuvieran a tiro de sus lanzas.
Y César dice que también en esto se equivocó Pompeyo, al 8
ignorar hasta qué punto la carrera y el impulso del primer
momento tienen por efecto aumentar la violencia de los golpes

[91] No menciona esta localidad el propio CÉSAR, *Guerra civil* III 85 (se habla simplemente de su determinación de levantar el campo y estar siempre de camino).

y contribuyen a inflamar el ardor provocado por el encuentro
9 con el enemigo. César se disponía a poner en movimiento la
infantería y a entrar ya en acción, y el primer hombre en quien
reparó fue uno de los centuriones, fiel y experimentado en la
guerra, que animaba a los suyos y los incitaba a rivalizar en
10 valor. César, dirigiéndose a él por su nombre, le dijo: «¿Qué
podemos esperar, Gayo Crástino? ¿Cómo andamos de con-
fianza?», y Crástino, levantando el brazo, le respondió a voz
en grito: «Venceremos gloriosamente, César, y a mí, vivo o
11 muerto, me dedicarás hoy elogios». Diciendo esto se lanza el
primero a la carrera contra los enemigos, arrastrando consigo
12 a sus ciento veinte hombres; destroza las primeras filas, se
abre paso a la fuerza y avanza hacia adelante causando gran
mortandad, hasta que lo detiene una espada que lo hiere en
la boca con tal fuerza que la punta le sale por encima de la
nuca.

45 Mientras ambas infanterías entrechocaban y combatían
así en la parte central, la caballería pompeyana se lanzaba de
forma imponente desde su ala y desplegaba sus escuadrones
2 a fin de rodear el ala derecha del enemigo; pero antes de que
se les vengan encima acuden a la carrera las cohortes prepa-
radas por César, y en vez de servirse, según su costumbre, de
sus lanzas a modo de armas arrojadizas o de herir de cerca a
los enemigos en los muslos y pantorrillas, apuntan a los ojos
y los hieren en el rostro, como César les había enseñado a
3 hacer, en la esperanza de que unos hombres poco familiari-
zados con guerras y con heridas, jóvenes y orgullosos de su
belleza y lozanía, recelarían ante todo de ese tipo de heridas
y no resistirían ante el temor tanto del peligro presente como
4 de quedar desfigurados para el futuro. Y esto fue exactamente
lo que sucedió, pues no toleraban los dardos dirigidos hacia lo
alto ni se atrevían a ver el hierro ante sus ojos, por lo que se
5 daban la vuelta y se cubrían para protegerse el rostro; final-
mente, sembrando así la confusión en sus propias filas, fueron

puestos en fuga y desbarataron con su vergonzosa actitud el
ejército entero, pues quienes los acababan de derrotar rodea- 6
ron inmediatamente a la infantería y, cayéndole por la espalda,
la destrozaron.

Cuando Pompeyo vio desde su ala que la caballería se 7
dispersaba y huía, ya no fue el mismo hombre ni se acordó de
que era Pompeyo el Grande, sino que, como aquel a quien un
dios ha hecho perder por completo el juicio, o quien es presa
del espanto a causa de una derrota de origen divino, se retiró
a su tienda sin decir palabra y allí sentado se puso a esperar
lo que hubiera de venir; hasta que, puestas en fuga todas sus
tropas, los enemigos asaltaron sus defensas y comenzaron a
luchar con quienes las guardaban. Entonces, como volviendo 8
en sí, pronunció tan solo, según se cuenta, esta frase: «¡Con-
que hasta mi campamento!»; y despojándose de su uniforme
de general, propio para el combate, se puso unas ropas apro-
piadas para un fugitivo y se escabulló de allí. En cuanto a sus 9
posteriores avatares y al modo en que se puso en manos de
unos egipcios y fue asesinado, todo ello lo contaremos en la
biografía a él dedicada[92].

César, al penetrar en el campamento de Pompeyo y ver 46
tanto los cuerpos sin vida de los enemigos como aquellos a
los que se daba muerte entonces, dijo entre gemidos: «Ellos lo
han querido, ellos me han forzado a hacerlo, pues si yo, Gayo
César, vencedor en tan gloriosas guerras, hubiese licenciado a
mis ejércitos, sin duda me habrían condenado». Asinio Polión 2
dice que en ese momento César pronunció estas palabras en
griego, y que él las puso por escrito en latín[93]; en cuanto a los 3

---

[92] Cf. Plut., *Pompeyo* 69-71. La batalla de Fársalo tuvo lugar el 9 de agosto del 48 a. C.

[93] Flacelière y Chambry adoptan aquí la conjetura de Madvig y otros, en virtud de la cual se intercambia la posición de los adverbios *hellenistí* («en griego) y *rhomaïstí* («en latín»); el texto de los manuscritos, aceptado por Ziegler, exige una interpretación forzada y entra en contradicción con otros casos similares

muertos, dice Polión que los abatidos cuando la toma del campamento fueron en su mayor parte esclavos, y que las bajas de
4 soldados no superaban los seis mil hombres. En cuanto a los supervivientes hechos prisioneros, César integró a la mayoría en sus propias legiones, y concedió el perdón a muchos de los personajes de alto rango, entre ellos a Bruto, quien había de matarlo más tarde; se dice que César se mostró angustiado al ver que no aparecía, y que cuando lo tuvo a su lado sano y salvo se alegró sobremanera[94].

47 Entre los muchos prodigios que anunciaron la victoria, el más extraordinario es el que se cuenta sucedió en Trales[95].
2 Había allí, colocada en el templo de la Victoria, una estatua de César, y el terreno circundante no sólo era naturalmente firme, sino que además el suelo estaba pavimentado con piedra dura; pues bien, se dice que de este suelo brotó una palmera junto al
3 pedestal de la estatua. Y en Padua Gayo Cornelio, hombre de reputación en la ciencia de la adivinación, conciudadano y conocido del historiador Tito Livio, se encontraba casualmente
4 aquel día sentado observando el vuelo de las aves; y en primer lugar —según Livio— adivinó el momento exacto de la batalla y dijo a los presentes que el asunto estaba en marcha y que
5 los hombres venían a las manos. Después volvió de nuevo a la observación, y tras haber visto las señales se levantó gritando,
6 arrobado de entusiasmo: «Eres el vencedor, César». Y, ante el asombro de los circunstantes, se quitó la corona de la cabeza y juró solemnemente que no volvería a colocársela antes de

---

en los que César se expresa en griego precisamente para ser entendido sólo por su círculo más íntimo (cf. antes, cap. 32 y la nota 75, con ocasión del paso del Rubicón). Sobre Asinio Polión, cf. la introducción.

[94] Marco Junio Bruto era hijo de Servilia, que había sido amante de César; más tarde sería el organizador con Casio de la conjura que acabó con el dictador (cf. después, cap. 62, así como la biografía de Plutarco dedicada a Bruto).

[95] Trales era una ciudad de Caria (Asia Menor), al este de Éfeso.

que el hecho viniese a testimoniar en favor de su ciencia. En todo caso, Livio asegura que así sucedió[96].

César, tras conceder la libertad al pueblo tesalio a modo de 48
regalo por su victoria, se puso a perseguir a Pompeyo; tocando tierra en Asia, libertó a los cnidios por complacer a Teopompo, autor de una colección de mitos, y condonó a todos los habitantes de Asia un tercio de sus tributos[97]. Desembarcando en 2
Alejandría poco después de la muerte de Pompeyo, despachó a Teódoto, que le presentaba la cabeza de aquél, y al recibir el sello de aquel hombre rompió a llorar; y a todos los amigos y 3
familiares de Pompeyo que, yendo errantes por el país, habían sido capturados por el rey, los trató generosamente y se ganó su confianza[98]. A sus amigos de Roma les decía en sus cartas 4
que el mayor placer de que disfrutaba en la victoria era el de salvar continuamente la vida a algunos de los ciudadanos que habían luchado contra él. En cuanto a la guerra allí acometida, 5
unos dicen que no era necesaria y que por amor a Cleopatra se metió en una campaña sin gloria y llena de peligros; otros

---

[96] Los libros de Tito Livio correspondientes al final de la República —que, en concreto, eran los 109-116 para la guerra civil y la muerte de César— se han perdido; cf. la recopilación de resúmenes y fragmentos en esta misma colección, Tito Livio, *Períocas. Períocas de Oxirrinco. Fragmentos* (1995; frag. 43 para el pasaje de Plutarco en cuestión).

[97] Cnido (Gnido) es una ciudad de la costa minorasiática; Gayo Julio Teopompo, amigo de César, fue un importante personaje público, al que se dedicaron estatuas en diversos lugares de Grecia (cf. Estrab., XIV 656); nada sabemos de su obra como mitógrafo (testimonios en Jacoby, *FGrH* núm. 21). Para todo lo que sigue, nuestra fuente principal es el *Bellum Alexandrinum (Guerra de Alejandría)*, continuación de la *Guerra civil* cuyo autor quizá sea el mismo A. Hircio que escribió el libro VIII de la *Guerra de las Galias* (cf. nota 64).

[98] El rey en cuestión era Tolomeo XIII, hermano y marido de Cleopatra; Teódoto era un profesor griego, encargado de la educación del joven rey (que apenas tenía quince años). Pompeyo, llegado a Egipto a través de Asia Menor y Chipre, fue asesinado a traición el 28 de setiembre del 48, cuatro días antes de que César desembarcase en Alejandría; éste hizo enterrar la cabeza de Pompeyo en Pelusio y construir un templo dedicado a Némesis.

señalan como responsables a los íntimos del rey y especialmente al eunuco Potino, que gozaba de la máxima influencia, acababa de hacer asesinar a Pompeyo y, tras expulsar a Cleo-
6 patra, conspiraba en secreto contra César. Se dice que fue por esta razón por lo que, a partir de entonces, César comenzó a pasar las noches bebiendo, para velar por su integridad. Potino resultaba insoportable también en público, pues tanto sus actos
7 como sus palabras eran odiosos y ultrajantes para César; así, hacía que se distribuyera a los soldados el grano peor y más pasado, y les instaba a que lo encontraran de su agrado, ya que estaban alimentándose de lo ajeno. Y en la mesa hacía utilizar cacharros de madera y barro cocido, pues decía que César tenía en su poder, en pago de una deuda, toda la vajilla
8 de oro y plata; en efecto, el padre del que era entonces rey debía a César diecisiete millones y medio, de los que éste había anteriormente perdonado una parte a sus hijos, pero ahora solicitaba recibir el resto de la deuda para mantener a
9 su ejército[99]. Y como Potino le invitaba a partir de inmediato para ocuparse de sus asuntos importantes, diciéndole que más tarde recibiría lo suyo junto con sus agradecimientos, César le respondió que no tenía la más mínima necesidad de los consejos de los egipcios, y en secreto hizo volver a Cleopatra de su exilio[100].

49 Ésta, tomando consigo a uno solo de sus amigos, el siciliano Apolodoro, subió a una pequeña embarcación y abordó

---

[99] El padre del rey era Tolomeo XII Auletes, que había vivido varios años en Roma —Egipto era ya, *de facto*, un protectorado romano— antes de ser restablecido en el trono en el 55 por Aulo Gabinio, gobernador de Siria; había muerto en el 51 a. C.

[100] Potino era el político más hábil de la corte del joven Tolomeo XIII. Cleopatra VII, hija mayor de Tolomeo XII, compartió el trono con sus dos hermanos, primero con Tolomeo XIII (que moriría en la guerra alejandrina, el año 47) y después con Tolomeo XIV (muerto en 44, seguramente por instigación de la propia reina); cuando Pompeyo desembarcó en Egipto, se estaban enfrentando los ejércitos de Cleopatra —refugiada en Siria— y de su hermano Tolomeo XIII.

el palacio real cuando reinaba ya la oscuridad; como no había 2
otro modo de pasar desapercibida, se metió en un fardo de
mantas cuan larga era y Apolodoro, atando el fardo con una
correa, la introdujo a presencia de César, quien se dice quedó 3
prendado de Cleopatra gracias a esta su primera artimaña,
encontrándola descarada, y que después, cautivado por su
conversación y su gracia, la reconcilió con su hermano a fin
de que compartiera el reino con él. Más tarde, cuando todos 4
celebraban un banquete por dicha reconciliación, un servidor
de César, su barbero, que por ser el más aprensivo de los
hombres andaba siempre escrutándolo todo, inquietándose por
todo y con el oído bien alerta, descubrió un complot urdido
contra César por el general Aquilas y el eunuco Potino. César, 5
sorprendiéndolos en delito flagrante, puso una guardia alre-
dedor de la sala y acabó con Potino, pero Aquilas huyó a su
campamento y entabló con él una guerra penosa y de difícil
control, pues César se defendía con escasas fuerzas frente a
una ciudad y ejército enormes. El primer peligro que tuvo 6
que afrontar fue el de ver interceptado el suministro de agua,
pues los enemigos habían cegado los conductos por los que
llegaba. En segundo lugar, ante la amenaza de verse privado
de su flota, a fin de alejar este peligro se vio obligado a ser-
virse del fuego, que extendiéndose a partir de los arsenales
destruyó también la gran biblioteca[101]. En tercer lugar, cuando 7
se entabló combate en torno a la isla de Faro, César saltó del
malecón a una barca y acudió en ayuda de sus combatientes,
pero como los egipcios llegaban de todas partes con sus bar-

[101] Es decir, la célebre Biblioteca de Alejandría, depósito del saber antiguo. En realidad, el incendio debió de afectar a la zona del puerto, destruyendo entre otras cosas algunos depósitos de libros destinados a la exportación, pero, contra la suposición de Plutarco —recogida por muchos autores modernos—, no afectaría a la gran Biblioteca, que se encontraba dentro del recinto del palacio real en el que se había atrincherado César con los suyos (cf. L. CANFORA, *La biblioteca desaparecida*, trad. esp., Gijón, 1998).

cos contra él, se lanzó al mar y a duras penas pudo escapar
8 nadando. Y se cuenta que llevaba en la mano gran cantidad
de papeles y que, a pesar de estar en el agua y expuesto a los
dardos enemigos, no los soltó, sino que sostenía los papeles
con una mano por encima del agua y nadaba con la otra; en
9 cuanto a su barca, se fue inmediatamente a pique. Finalmente,
el rey se pasó al bando enemigo y César, marchando contra él
y entablando combate, lo venció en una batalla en la que
hubo muchos muertos y en la que el propio rey desapareció.
10 Dejó como reina de Egipto a Cleopatra —que poco después
tuvo de él un hijo al que los habitantes de Alejandría llamaban
Cesarión— y partió para Siria[102].

**50** Desde allí marchó a la provincia de Asia, al enterarse de
que Domicio, derrotado por Farnaces, el hijo de Mitridates,
había tenido que huir del Ponto con unos cuantos hombres,
y que Farnaces, insaciable en explotar su victoria, ocupaba
Bitinia y Capadocia, tenía ambiciones sobre la llamada Pe-
queña Armenia y sublevaba a todos los reyes y tetrarcas de
2 dicha región. Así pues, César marchó de inmediato con tres
legiones contra este hombre y, entablando un gran combate
cerca de la ciudad de Zela, lo puso en fuga, lo expulsó del
3 Ponto y destruyó completamente su ejército[103]. Y cuando le
contaba a uno de sus amigos de Roma, Macio, la prontitud
y rapidez con que había ganado dicha batalla, escribió estas
4 tres palabras: «Llegué, vi, vencí»; en latín, estas palabras, que

---

[102] La batalla del Nilo (27 de marzo del 47), en la que Tolomeo XIII murió ahogado en el Nilo, se cuenta en la *Guerra de Alejandría,* 29-32; Cleopatra, como queda dicho en nota 100, pasó a reinar en compañía de su otro hermano pequeño, Tolomeo XIV.

[103] Farnaces II, hijo del gran Mitridates VI, aprovechando la guerra civil, había comenzado una campaña expansionista por Anatolia, derrotando a Domicio Calvino en Nicópolis (diciembre del 48) y amenazando seriamente Capadocia y la Pequeña Armenia. La batalla de Zela (la actual Zile, Turquía) se libró el 2 de agosto del 47; Farnaces fue asesinado poco después.

terminan en la misma desinencia verbal, son de una concisión muy expresiva[104].

A continuación cruzó a Italia y subió a Roma cuando fi- 51
nalizaba el año para el que había sido designado dictador por segunda vez, a pesar de que hasta entonces nunca esta magistratura había sido anual; también se lo nombró cónsul para
el año siguiente[105]. Era objeto de críticas porque, habiéndose 2
amotinado sus soldados y dado muerte a Cosconio y Galba, dos antiguos pretores, no les infligía más castigo que el de llamarlos «ciudadanos» en vez de «soldados», distribuía a cada uno de ellos mil dracmas y les asignaba grandes parcelas de
tierra en Italia. Eran también motivo de maledicencia contra 3
él la vesania de Dolabela, la avaricia de Macio y la afición a la bebida de Antonio, que además revolvía y hacía transformar la casa de Pompeyo, por no parecerle bastante para él[106]. Los
romanos llevaban a mal todo esto, pero César, que ni desco- 4
nocía ni aprobaba tales actos, se veía obligado a causa de sus proyectos políticos a servirse de dichos colaboradores.

Después de la batalla de Fársalo, Catón y Escipión habían 52
huido a Libia y allí, con la ayuda del rey Juba, habían reunido un ejército considerable, así que César decidió marchar
contra ellos[107]. Pasando a Sicilia hacia el solsticio de invierno 2
y resuelto a quitar de raíz a sus oficiales la más mínima es-

[104] Gayo Macio era amigo de César y también de Cicerón (cf., de este último, sus *Cartas a los familiares*, XI 27 y 28).

[105] El año 46 a. C., junto con Marco Emilio Lépido; César llegó a Roma el 4 de octubre del 47 y permaneció allí hasta principios de diciembre.

[106] Publio Cornelio Dolabela (que no tiene ninguna relación con el Dolabela mencionado en el cap. 4) era tribuno de la plebe en el 47 y fue protagonista de graves desórdenes públicos; sobre Macio, cf. nota 104; los excesos de Marco Antonio, por entonces *magister equitum*, los cuenta el propio PLUT., *Antonio* 9, 5-9.

[107] Para la campaña de África contamos con otro «apéndice» a la *Guerra civil*, el *Bellum Africum*, obra de un oficial anónimo, testigo de los hechos. Juba, rey de Numidia, había acabado el año 49 con Gayo Curión Escribonio (cf. nota 17).

peranza de una posible demora o tardanza, plantó su tienda en la misma orilla; y en cuanto hubo viento favorable, se embarcó y zarpó con tres mil soldados de infantería y unos
3 pocos de caballería. Una vez desembarcados, César zarpó de nuevo en secreto, pues temía por el grueso del ejército; y saliéndoles al encuentro cuando aquéllos estaban ya en alta
4 mar, los condujo a todos a su campamento. Enterándose de que los enemigos depositaban su confianza en un antiguo oráculo, según el cual el linaje de los Escipiones había de continuar quedando victorioso en Libia, es difícil decir si César se propuso jugar a menospreciar a Escipión, que estaba al mando de los enemigos, o si por el contrario quiso
5 seriamente hacer que el oráculo lo favoreciese a él[108]. El caso es que había en su ejército un hombre, por lo demás insignificante y despreciable, pero que procedía de la familia de los Africanos —se llamaba Escipión Salvitón—[109]; pues bien, lo colocaba en primera fila en las batallas, como si fuera el jefe del ejército, y es que César se veía con frecuencia obligado a
6 atacar al enemigo y a buscar el combate, pues no abundaba el alimento para sus hombres ni el forraje para los animales, de suerte que no había más remedio que alimentar a los caballos con algas marinas, lavadas para quitarles la salmuera y ade-
7 rezadas con un poco de grama. Los númidas, que aparecían a cada momento, numerosos y rápidos, eran los dueños del terreno. Y en cierta ocasión en que la caballería de César se entregaba al ocio (pues se daba la circunstancia de que un libio les ofrecía una representación, bailando y tocando la flauta admirablemente, y ellos, tras confiar sus caballos a los esclavos, estaban allí sentados, encantados con el espectáculo), los enemigos los rodean repentinamente y los atacan,

[108] Se alude a las victorias de Escipión Africano sobre los cartagineses durante la segunda guerra púnica, sobre todo la de Zama (202 a. C.). César desembarcó en la costa africana a finales de diciembre del año 47 a. C.

[109] Apodo despectivo, algo así como «Escipión Sálvese-quien-pueda».

matan a algunos y a los demás los persiguen en desbandada hasta el campamento, sobre el que se precipitan al tiempo
que aquéllos. Y si el propio César y con él Asinio Polión no 8
llegan a acudir en su ayuda desde la empalizada para detener
la desbandada, allí se hubiera terminado la guerra. También 9
en otro combate en que se llegó a las manos llevaron los enemigos la mejor parte, y se cuenta que entonces César, cogiendo del cuello a un portador de insignias que huía, lo hizo volverse y le dijo: «Por allí es por donde están los enemigos».

Estas victorias animaron a Escipión a librar una batalla 53
decisiva y, dejando a un lado a Afranio y al otro a Juba, que establecieron sus campamentos a poca distancia de él, se puso a fortificar el suyo propio por encima de una laguna, en las inmediaciones de la ciudad de Tapso, para que sirviera a todo el ejército de base de operaciones para la batalla, y también de
refugio[110]. Pero mientras trabajaba en ello, César, atravesando 2
con extraordinaria rapidez unas zonas boscosas que tenían
salidas imprevistas, rodeó a unos, atacó de frente a otros y 3
los puso en fuga; y aprovechando la coyuntura y el favor de la fortuna tomó el campamento de Afranio al primer asalto y, haciendo huir a Juba, saqueó el campamento de los númidas.
Así, en un breve lapso de tiempo y en un solo día se hizo el 4
dueño de tres campamentos y aniquiló a cincuenta mil enemi-
gos sin perder siquiera cincuenta de los suyos. Tal es lo que 5
algunos autores relatan sobre esta batalla. Sin embargo, otros dicen que César no estuvo presente en la acción, pues en el momento en que ponía orden en sus tropas y las disponía para
el combate tuvo un ataque de su enfermedad crónica; dicen 6
también que en cuanto sintió que comenzaba, antes de que el mal turbara y se apoderase por completo de sus sentidos

[110] La ciudad y puerto de Tapso se localiza cerca de la actual Teboulba (Túnez); la decisiva batalla tuvo lugar el 6 de abril del 46.

ya bastante quebrantados, hizo que lo llevasen a una torre
cercana y allí permaneció en reposo mientras duró el comba-
7 te[111]. Entre los personajes consulares y pretorios que salieron
huyendo de la batalla, algunos se dieron muerte ellos mismos
al ser capturados, y César hizo ejecutar a muchos otros que
había apresado.

54 Ansioso por coger vivo a Catón, se dirigió a toda prisa
a Útica; y es que aquél, encargado de vigilar esta ciudad, no
2 había participado en la batalla. Cuando se enteró de que el
hombre se había suicidado, se mostró visiblemente afecta-
do, si bien se ignora por qué razón. En todo caso, dijo: «Oh,
Catón, desapruebo tu muerte, pues has rechazado la posibi-
3 lidad de que te salvara la vida». Sea como fuere, el libro que
escribió más tarde contra Catón, muerto ya éste, no parece
dar indicios de que César estuviera en una tesitura de manse-
dumbre y reconciliación. Entonces, ¿cómo iba a perdonarle
la vida, si una vez convertido en un objeto insensible vertió
4 contra él tanta bilis? Por otra parte, la clemencia mostrada con
Cicerón, Bruto y muchísimos otros que habían hecho la guerra
contra él permite conjeturar que César compuso dicho libro
no por odio sino por pundonor político, y ello por la siguiente
5 razón. Cicerón había escrito un elogio de Catón, titulando así
su obra, *Catón,* y este libro encontró eco en muchas personas,
lo que era lógico, pues había sido escrito por el más grande
6 de los oradores y trataba el más hermoso de los temas. Ello
contrarió a César, quien consideraba el elogio de una persona
muerta por su causa como una acusación personal. Así pues,
reunió toda suerte de quejas contra Catón y con ellas escri-
bió un libro titulado *Anticatón.* Ambas obras tuvieron gran

---

[111] Para esta versión de lo sucedido, Plutarco debe de estar utilizando una fuente hostil a César, pues, según el autor de la *Guerra de África* (83, 1), testigo de los hechos, aquél «se lanzó a galope tendido contra el enemigo, en primera fila».

número de adeptos, y ello a causa de César, de Cicerón y de Catón[112].

Pues bien, una vez hubo regresado a Roma desde Libia, 55
primero se dedicó a magnificar su victoria ante la plebe, diciendo que había conquistado tierra suficiente como para proporcionar cada año al Estado doscientos mil medimnos áticos
de trigo y tres millones de libras de aceite[113]. A continuación 2
celebró sus triunfos de la Galia, de Egipto, del Ponto y de Libia, pero para este último no se mencionó a Escipión, sino tan
sólo al rey Juba. En dicha ocasión se llevó en el cortejo triun- 3
fal a Juba, hijo del rey mencionado, entonces todavía un niño de corta edad, y su captura resultó de lo más afortunada para él, pues dejó de ser un bárbaro númida para pasar a contarse
entre los más eruditos historiadores griegos[114]. Después de los 4
triunfos, César se dedicó a recompensar generosamente a sus soldados y a ganarse al pueblo con festines y espectáculos: dio un banquete para todo el mundo al mismo tiempo, en veintidós mil triclinios, y ofreció espectáculos de gladiadores y de luchas navales en honor de su hija Julia, muerta muchos años
atrás. A continuación de estos espectáculos se llevó a cabo el 5
censo, en el que se contaron ciento cincuenta mil ciudadanos en vez de los trescientos veinte mil de antes; tan grande era

[112] Ambas obras —así como otra de Bruto en alabanza de Catón— se han perdido; la de Cicerón no debe confundirse con su diálogo *Cato maior; de senectute*, que sí se ha conservado, y cuyo protagonista es Catón el Viejo. La muerte de Catón en Útica, al norte de Cartago, seis días después de Tapso, se cuenta en la biografía a él dedicada por PLUT. *(Catón el Menor* 66, 6-70, 10).

[113] Lo que equivale a diez millones y medio de hectolitros de trigo y un millón de kilos de aceite, respectivamente. César llegó a Roma en julio del 46 y permaneció en la ciudad hasta principios de noviembre.

[114] La formulación del triunfo africano *(ex Africa de rege Iuba)* fue, evidentemente, para mitigar la sensación de guerra civil. Juba hijo, que tenía entonces unos cinco años, escribió su abundante obra en griego, entre otras cosas una *Historia romana* (fragmentos en JACOBY, *FGrH*, núm. 275); Plutarco lo cita en muchas ocasiones.

6 la destrucción causada por la guerra civil y tan elevado el
número de ciudadanos consumidos en ella, y esto sin tener en
cuenta las desgracias que se habían abatido sobre el resto de
Italia y las provincias[115].

56 Una vez terminadas estas celebraciones, César fue desig-
nado cónsul por cuarta vez y marchó a Hispania para combatir
contra los hijos de Pompeyo, que, si bien eran todavía jóvenes,
habían reunido un ejército sorprendentemente numeroso y da-
ban muestras de una audacia que los hacía dignos del mando,
2 hasta el punto de poner a César en un peligro extremo[116]. La
gran batalla se entabló cerca de la ciudad de Munda[117]; allí
César, viendo que los suyos, muy agobiados, resistían ma-
lamente, corrió a través de las filas del ejército gritándoles
que si no tenían vergüenza lo cogieran y lo pusieran a él en
3 manos de aquellos mozalbetes. Y rechazando a duras penas y
con grandes esfuerzos a los enemigos, mató a más de treinta
4 mil de ellos y perdió a mil de los suyos, los mejores; después
de la batalla dijo a los amigos que en muchas ocasiones había
combatido por la victoria, pero que entonces, por primera vez,
5 lo había hecho por salvar la vida. Ganó esta batalla en la época
de las fiestas Dionisias, el mismo día del año en que se dice
que Pompeyo el Grande partió a la guerra; entre uno y otro
6 suceso habían pasado cuatro años[118]. De los dos hijos de Pom-

---

115 En realidad, lo que Plutarco toma erróneamente por un censo no fue sino una severa reducción de las listas de beneficiarios de *frumentationes* (distribuciones públicas de trigo entre los plebeyos), como queda claro en el relato de SUETONIO, I 41.

116 Los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, andaban entre los treinta y los treinta y cinco años; César ejerció el consulado del año 45 en solitario (hasta octubre).

117 En las inmediaciones de la actual Montilla (Córdoba); la batalla se cuenta en el último apéndice del *corpus Caesarianum*, el anónimo *Bellum Hispaniense* (caps. 27-31).

118 Pompeyo había salido de Bríndisi, camino de Grecia, el 17 de marzo de 49; la batalla de Munda tuvo lugar el mismo día del 45 a. C. Las «Dionisias»

peyo el más joven escapó, mientras que Didio le trajo a César, unos días más tarde, la cabeza del mayor[119]. Ésta fue la última 7
guerra llevada a cabo por César, pero el triunfo por él celebrado causó a los romanos una aflicción sin precedentes. Y es que 8
César no había derrotado a jefes extranjeros ni a reyes bárbaros, sino que había aniquilado de raíz a los hijos y al linaje del mejor varón entre los romanos, víctima de los avatares de la fortuna; no estaba bien triunfar así de las desdichas de la patria
ni recrearse en unos sucesos cuya única justificación ante los 9
dioses y ante los hombres era que habían sido inevitables, y eso que hasta entonces César no había enviado mensajeros ni cartas a título oficial en relación con la victoria en las guerras civiles, y había rechazado por pudor la gloria[120].

Sin embargo, los romanos se inclinaron ante la fortuna 57
de este hombre y aceptaron el yugo; considerando la monarquía como un respiro de las desgracias de la guerra civil, lo nombraron dictador de por vida, lo que era lo mismo que reconocer la tiranía, pues en su poder único se conjugaba la perpetuidad con la no obligación de rendir cuentas ante nadie.
Los primeros honores que Cicerón propuso para César en el 2
Senado entraban, por así decir, dentro de parámetros humanos, pero otros personajes, sobrepujando y rivalizando entre sí, consiguieron que este hombre acabase por resultar odioso e insoportable a los más moderados, en virtud del cúmulo de
honores extraordinarios que se votaban a su favor. Y se cree 3
que los enemigos de César no se quedaron a la zaga de sus aduladores, para de esta forma tener contra él el mayor núme-

que menciona Plutarco son las fiestas llamadas *Liberalia*, en honor de Baco, el Dioniso romano.

[119] El mayor era Gneo; Sexto Pompeyo se vería envuelto en las luchas que siguieron a la muerte de César, y no murió hasta el 35 a. C.

[120] El triunfo sobre los hijos de Pompeyo se celebró en Roma a principios de octubre del 45; poco antes había adoptado al joven Octavio —pariente más bien lejano suyo— y lo había nombrado su principal heredero en su testamento.

ro posible de pretextos y dar la impresión de que lo atacaban con gravísimos motivos.

4 Por lo demás, una vez llegadas a su fin las guerras civiles, su comportamiento fue irreprochable, y si se decretó por votación dedicarle un templo de la Clemencia en agradecimiento a su bondad, no podrá decirse que fue sin razón,
5 pues perdonó a muchos de los que habían peleado contra él y a algunos incluso les confirió cargos y honores, como es el
6 caso de Bruto y de Casio, que fueron ambos pretores. Tampoco se desentendió de las estatuas de Pompeyo que yacían derribadas, antes bien, las hizo poner en pie, lo que hizo decir a Cicerón: «César, al levantar las estatuas de Pompeyo, ha
7 consolidado las suyas propias»[121]. Sus amigos le encarecían que se pusiese una guardia personal, ofreciéndose muchos de ellos para tal tarea, pero él no lo toleró, diciendo que era mejor morir de una vez que estar constantemente a la espera.
8 Y pensando que la más hermosa y a la vez segura protección de que podía rodearse era el favor de las gentes, se dedicó de nuevo a ganarse a la plebe con banquetes y repartos de trigo, y al ejército con el establecimiento de colonias, entre las que las más renombradas fueron Cartago y Corinto, dándose así la circunstancia de que ambas ciudades, que en el pasado habían sido tomadas al mismo tiempo, también entonces fueron a la vez restablecidas[122].

58 En cuanto a los ciudadanos más principales, César prometió a unos consulados y preturas para el futuro, a otros los consoló con prebendas y honores diversos, y a todos ellos les hizo concebir esperanzas, pues su ambición era que sus
2 súbditos aceptasen de buen grado su poder. Así, cuando el

---

[121] Las estatuas de Pompeyo habían sido retiradas de los *Rostra* del Foro después de la batalla de Fársalo.

[122] Ambas ciudades habían sido tomadas y destruidas en 146 a. C., marcando la desaparición del estado cartaginés y la definitiva sumisión de toda la Grecia continental.

cónsul Máximo murió la víspera del día en que expiraba su
cargo, César nombró a Caninio Rebilo cónsul para ese único
día; y como muchas personas, siguiendo la costumbre, se acer- 3
caban a felicitarlo y a acompañarlo, Cicerón dijo: «Démonos
prisa, no sea que el hombre deje el consulado antes de llegar
nosotros»[123].

Pero su afán innato de grandeza y su ambición no le per- 4
mitían disfrutar de los muchos éxitos conseguidos a base de
esfuerzo; al contrario, dichos éxitos lo inflamaban y enar-
decían de cara al futuro y le hacían concebir proyectos de
mayor envergadura y el deseo de una gloria nueva, como si
ya no encontrara aliciente en la que tenía. Esta pasión no 5
era sino una especie de envidia de sí mismo, como si fuera
otra persona, y como una rivalidad entre lo que había hecho
hasta entonces y lo que había de venir. Meditaba, pues, y pre- 6
paraba ir de campaña contra los partos y, tras haberlos so-
metido, atravesar la Hircania bordeando el mar Caspio y el
Cáucaso, rodear el Ponto y lanzarse contra la Escitia; después, 7
marchar contra los países vecinos de los germanos y contra
la propia Germania para así, a través de las Galias, regresar a
Italia y completar el círculo del imperio, delimitado por todas
partes por el Océano[124].

Mientras llegaba el momento de la expedición, César se 8
propuso perforar el istmo de Corinto, encomendando este tra-

[123] Quinto Fabio Máximo, que había luchado en Munda, era cónsul *suffectus* (suplente) desde el 1 de octubre, nombrado por el propio César para los tres meses que quedaban de año (cf. SUET., I 80). Sobre el consulado de Caninio Rebilo ironiza así Cicerón en una de sus cartas conservadas *(Cartas a los familiares* VII, 30, 1): «¡Has de saber que, así, nadie ha desayunado siendo cónsul Caninio!».

[124] La noticia acerca de este inverosímil viaje, que según CANFORA (*Julio César...*, pág. 302) «parece el fruto de la fantasía de Julio Verne», se debe probablemente al afán de establecer un paralelismo entre las hazañas de César y las del propio Alejandro, determinado a ir hasta los confines del mundo conocido (un afán comparativo que probablemente ya estaba firmemente arraigado en la tradición literaria greco-latina cuando Plutarco escribe su obra).

bajo a Anieno; también se propuso, justo a la salida de Roma, embocar el Tíber por una profunda zanja y, desviándolo hacia Circeo, hacerlo desembocar en el mar junto a Terracina para así proporcionar una vía fácil y al mismo tiempo se-
9 gura a los comerciantes que frecuentaban Roma. Además de esto proyectaba desecar las marismas de Pomencio y Secia y convertirlas en terreno cultivable para muchas decenas de miles de hombres; finalmente, construyendo diques a modo de barrera contra el mar más próximo a Roma y limpiando la costa de Ostia de los obstáculos ocultos que la hacían difícil de abordar, pensaba construir puertos y fondeaderos seguros para tan gran actividad marítima[125]. Tales eran los preparativos en que andaba.

59 La reforma del calendario y la corrección de las anomalías en el cómputo del tiempo, acertadamente meditadas y llevadas
2 a término por César, se revelaron de una preciosa utilidad. Y es que no sólo en los tiempos más remotos tenían los romanos, en lo referente a la recurrencia de los meses en relación al año, tal confusión que los sacrificios y las fiestas, desplazándose poco a poco, acababan por caer en las estaciones opuestas a
3 las originarias; es que, además, incluso en la época de que hablamos la mayor parte de los ciudadanos no comprendían absolutamente nada de todo esto, y los sacerdotes, los únicos que conocían el asunto, de repente y sin que nadie se lo esperase, añadían el mes intercalar que llamaban Mercedo-
4 nio, mes que se dice fue introducido originariamente por el rey Numa, que halló con ello un remedio limitado y de poco alcance al problema de los errores de cálculo en el retorno periódico de los astros, como queda escrito en la biografía de

[125] El puerto de Ostia se haría en la época del emperador Claudio; todos estos grandes proyectos, así como la reforma del calendario y diversas iniciativas edilicias en Roma, corresponden cronológicamente al verano del 46, antes por tanto de la campaña de Hispania, ya relatada.

aquél[126]. César planteó el problema a los más eminentes filó- 5
sofos y matemáticos y, partiendo de métodos ya existentes, les añadió una reforma personal y más precisa de la que los romanos se sirven hasta el día de hoy, y tienen con ello la reputación de equivocarse menos que los otros pueblos en lo referente a dichas anomalías. Sin embargo, la reforma propor- 6
cionó motivos de queja a los envidiosos y a quienes llevaban a mal su dominación; en todo caso Cicerón, según parece, como alguien dijera que a la mañana siguiente iba a salir la constelación de la Lira, le replicó: «Sí, por decreto», dando a entender que las gentes aceptaban esta reforma por pura necesidad[127].

Pero fue su aspiración a la realeza lo que le granjeó el 60
odio más patente y mortífero, convirtiéndose dicha aspiración en el primer motivo de queja para la masa y en el más especioso de los pretextos para quienes eran desde hacía tiempo sus enemigos en la sombra. Por otra parte, los interesados en con- 2
ferirle dicho honor difundieron entre la plebe cierto rumor en el sentido de que, según los libros sibilinos, los romanos podrían apoderarse del imperio de los partos si marchaban contra ellos en compañía de un rey, pero que de otra forma aquéllos serían inabordables. Y un día que César bajaba de Alba 3
a la ciudad, se atrevieron a saludarlo a título de rey. Mientras la plebe era presa de una profunda turbación, él, contrariado, dijo que no se llamaba rey, sino César; después de lo cual se hizo un completo silencio y César, con un aire más bien sombrío y disgustado, pasó de largo[128]. En otra ocasión en que se 4

[126] Cf. Plut., *Numa* 18, 3, donde al mes en cuestión se le llama «mercedino» (en latín, *mensis Mercedonius*, 'que salda la deuda').

[127] Sobre el calendario romano, cf. A. Kirsopp Michels, *The Calendar of the Roman Republic*, Princeton Univ. Press, 1967.

[128] El episodio tuvo lugar el 26 de enero del 44, al regresar de las *Feriae Latinae* de Alba; doce días antes había sido nombrado *imperator* cónsul y dictador por quinta vez.

votaban en el Senado honores extraordinarios en su favor, Cé-
sar se encontraba sentado en la tribuna de discursos, y cuando
se acercaron a él los cónsules y pretores seguidos del Senado
al completo, no se levantó, como si estuviera dando audien-
cia a simples particulares, pero les dijo que más que añadir-
5 le honores lo que había que hacer era disminuírselos. Esta
actitud no sólo disgustó al Senado, sino también a la plebe,
entendiendo que la ciudad en su conjunto era ultrajada en la
persona de los senadores; y aquellos que no estaban obligados
6 a permanecer allí se retiraron de inmediato, tremendamente
abatidos. El propio César, apercibiéndose de ello, volvió a su
casa en el acto y, apartando la toga de su cuello, dijo gritando
a sus amigos que estaba dispuesto a presentar su garganta a
quien quisiera acabar con él. Más tarde se excusó pretextando
7 su enfermedad, pues —decía— los sentidos de quienes son
víctimas de dicho mal no pueden permanecer en calma cuando
hablan de pie frente a la masa, sino que se ven rápidamente
8 agitados, extraviados, sufren vértigos y se colapsan[129]. Pero
entonces las cosas no se pasaron de esa forma; antes bien, se
dice que César, que estaba firmemente resuelto a ponerse en
pie ante los senadores, fue retenido por uno de sus amigos, o
más bien de sus aduladores, Cornelio Balbo, que le dijo: «¿Es
que no te vas a acordar de que eres César ni vas a consentir
que se te trate como a un ser superior?»[130].

61 A estas actitudes ofensivas vino a añadirse el ultraje co-
metido contra los tribunos de la plebe. Se celebraban entonces
las Lupercales, que, según muchos autores, fueron antigua-
mente unas fiestas de pastores, y que guardan cierta relación

[129] La enfermedad en cuestión es, como queda dicho, la epilepsia (antes, cap. 17).

[130] Lucio Cornelio Balbo, natural de Gades, cónsul en 40, fue *praefectus fabrum* (oficial del cuerpo de ingenieros) y un estrecho colaborador de César a partir de los años 50.

con las fiestas Liceas en Arcadia[131]. Ese día muchos jóvenes 2
de noble cuna y muchos magistrados corren desnudos por la
ciudad y entre risas y bromas golpean con velludas correas
de cuero a quienes se les ponen delante; muchas mujeres en 3
edad de tener hijos les salen al paso a propósito y presentan
sus manos a los golpes, como los niños al maestro, convencidas de que eso las ha de ayudar a tener un buen parto, si
están embarazadas, o a quedar encinta si son estériles. César 4
contemplaba la fiesta desde el Foro, sentado en una butaca de
oro y ataviado con sus galas de triunfador; Antonio era uno de 5
los que participaban en la carrera sagrada, ya que era entonces
cónsul. Pues bien, cuando este último penetró en el Foro y
la muchedumbre se apartó para dejarle paso, tendió a César
una diadema entrelazada con una corona de laurel; se oyeron
aplausos escasos y poco entusiastas, de cumplido. Cuando 6
César la rechazó, el pueblo al completo aplaudió; Antonio se
la ofreció de nuevo, se oyeron unos pocos aplausos; César
la rechazó una vez más, todos volvieron a aplaudir. Así, una 7
vez hecha la verificación, César se levanta y ordena que se
lleve la corona al Capitolio; allí se descubre que las estatuas 8
de César han sido coronadas de diademas reales. Dos de los
tribunos de la plebe, Flavio y Marulo, se presentan allí y se las
arrancan; después, encontrando a aquellos que habían saludado por primera vez a César con el título de rey, los conducen
a prisión. La plebe los seguía entre aplausos y los llamaba 9
«Brutos», pues Bruto fue quien puso fin a la sucesión de los
reyes y transfirió la soberanía, antes atributo de la monarquía, al Senado y al pueblo[132]. Muy irritado por ello, César 10
privó de su cargo a Marulo y a su colega, y en la acusación
que presentó contra ellos, al tiempo que ultrajaba también al

[131] Las Lupercales se celebraban el 15 de febrero; cf. la detallada descripción y los comentarios del propio PLUT., *Rómulo* 21, 4-10.

[132] El año 509 a. C., según la tradición romana (cf. T. LIVIO, I 57-60).

pueblo, motejó repetidamente a los tribunos de *brutos* y de cimeos[133].

62 En vista de ello, la mayoría volvió sus ojos hacia Marco Bruto, quien pasaba por ser, por parte paterna, del linaje del Bruto mencionado, y que por parte materna descendía de los Servilios, otra familia ilustre, siendo además yerno y so-
2 brino de Catón[134]. Pero a Bruto los honores y gracias recibidos de César lo refrenaban de acometer por propia iniciativa el
3 derribo de la monarquía, y es que no solamente se le había perdonado la vida en Fársalo, después de la huida de Pompeyo, y había conseguido con sus ruegos salvar a muchos de sus íntimos, sino que incluso disfrutaba de un gran crédito
4 ante César. Desempeñaba la pretura que era entonces de más lustre y debía ser cónsul al cabo de tres años, pues se le había acordado la preferencia sobre Casio, que rivalizaba con él por
5 el cargo. En efecto, según se cuenta, César había dicho que Casio reunía más méritos, pero que aun así no pasaría por delante de Bruto[135].

6 En cierta ocasión en que se lanzaban acusaciones contra Bruto, ya en marcha la conspiración, César no hizo caso, y poniendo una mano sobre sí dijo a quienes lo acusaban: «Bruto esperará a que este cuerpo se consuma», dando a entender con ello que, si bien su virtud lo hacía merecedor del poder, esa misma virtud no le permitía comportarse como un
7 canalla desagradecido. Pero quienes ansiaban un cambio de poder tenían puestos los ojos en él solo, o al menos en él en

---

[133] *Brutus* significa eso mismo, «estúpido, bruto»; los habitantes de la ciudad de Cime, en Asia Menor, tenían fama de necios. Los tribunos Lucio Cesetio Flavio y Gayo Epidio Marulo fueron enseguida acusados por su colega Helvio Cina.

[134] Su madre era hermanastra de Catón el Menor; al casarse Bruto con la hija de aquél, Porcia, el de Útica pasó a ser tanto tío como suegro del asesino de César (cf. PLUT., *Bruto* 1-2).

[135] Cf. antes, cap. 57; para el año 44, Bruto había sido designado *pretor urbano*, cargo de más prestigio que el de Casio, *pretor peregrino*.

primer lugar, y si bien no se atrevían a hablarle de ello, du-
rante la noche llenaban de misivas la tribuna y el asiento en
el que Bruto despachaba en calidad de pretor; por lo general
las misivas decían cosas tales como «Duermes, Bruto» o «No
eres uno de los Brutos». Casio, apercibiéndose de que estos 8
reproches iban insensiblemente excitando su pundonor, lo
apremiaba y azuzaba más que nunca; el propio Casio tenía a
César un odio particular, por las razones que hemos expuesto
en la biografía de Bruto[136]. No en vano César sospechaba de 9
él, y en cierta ocasión les dijo a sus amigos: «¿Qué os parece
que se trae Casio entre manos? Porque a mí su palidez ex-
cesiva no me gusta nada». Se cuenta asimismo que cuando 10
llegaron a sus oídos acusaciones contra Antonio y Dolabela
en el sentido de que tramaban novedades, dijo: «No es de esos
individuos gruesos y melenudos de los que tengo miedo, sino
más bien de esos otros pálidos y flacos», aludiendo a Casio y a
Bruto.

Pero, según parece, es más fácil prever el destino que 63
guardarse de él, pues se dice que entonces se produjeron sig-
nos y apariciones extraordinarias. En cuanto a los resplandores 2
celestes, los ruidos nocturnos difundidos por doquier y las
aves silvestres que se abatían sobre el Foro, probablemente
no valga la pena ni mencionarlos, tratándose de un suceso
de tanta envergadura. Pero Estrabón el filósofo cuenta que 3
muchas personas vieron aparecer hombres cubiertos de fuego,
y que el lacayo de un soldado hizo salir de su mano una gran
llama, creyendo los presentes que se quemaba, pero que al
apagarse el fuego el hombre seguía indemne[137]; y que cuan- 4

[136] Cf. Plut., *Bruto* 8.

[137] Estrabón, autor de unos *Comentarios históricos* perdidos (Jacoby, *FGrH* núm. 91), es calificado como *filósofo* en tanto que historiador que reflexiona sobre los acontecimientos que narra; cf. Estrab., *Geografía* I 23, c13-14, donde afirma que sus obras históricas son «útiles (...) para la filosofía ética y política», y de su *Geografía* dice que «la presente obra es cosa seria y propia de un filósofo».

do el propio César celebraba un sacrificio, no se encontró el
corazón de la víctima, lo que era un prodigio terrible, pues
difícilmente podría la naturaleza engendrar un animal sin co-
5 razón. También se puede oír a mucha gente contar que un
adivino le había prevenido que se guardase de un gran peligro
6 el día del mes de marzo que los romanos llaman los Idus, y
que llegado dicho día, saliendo César para dirigirse al Sena-
do, había saludado al adivino diciéndole a modo de chanza:
«Bueno, aquí están los Idus de marzo», a lo que aquél le había
respondido sin inmutarse: «Sí, aquí están, pero todavía no han
pasado»[138].

7 La víspera de esta fecha estaba invitado a cenar en casa de
Marco Lépido, y según su costumbre, estaba allí recostado a la
mesa sellando cartas al mismo tiempo, cuando la conversación
fue a dar en la cuestión de cuál es la mejor de las muertes; Cé-
sar, anticipándose a todos los demás, gritó: «La inesperada»[139].
8 Después se acostó junto a su mujer como de costumbre. De
repente todas las puertas y ventanas de la habitación se abrie-
ron de par en par y al mismo tiempo, y César, turbado tanto
por el ruido como por la intensa luz que despedía la luna, se
dio cuenta de que Calpurnia, profundamente dormida, pro-
nunciaba en sueños palabras ininteligibles y emitía gemidos
9 inarticulados; y es que soñaba que lloraba a su marido, al que
tenía entre sus brazos, degollado. Sin embargo, otros dicen
que no fue ése el sueño que tuvo su mujer, sino el siguiente.
Por decreto del Senado y para servir de ornato y conferirle
majestad, se había rematado la casa de César con una especie
de acrotera, según cuenta Tito Livio[140]; pues bien, en su sueño

---

[138] Los idus —palabra de probable origen etrusco— caían el día 15 en los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 en los demás.

[139] Marco Emilio Lépido es el futuro 'triunviro', junto con Octavio y Antonio; el año 44 desempeñaba el cargo de *magister equitum*. La anécdota también la recoge PLUT., *Máximas de reyes y de generales*, 206F.

[140] Sobre la obra perdida de Tito Livio (en este caso, el libro 116), cf. nota 96.

Calpurnia veía este adorno destrozado y por ello pedía socorro
y lloraba. Sea como fuere, cuando amaneció le rogó a César 10
que no saliera y que aplazara la sesión del Senado, si le era
posible; y que, si acaso no se preocupaba en absoluto de sus
sueños, indagara acerca de su futuro por medio de otros me-
dios de adivinación y de sacrificios. Y según parece, también 11
él tenía ciertos miedos y sospechas, pues anteriormente nunca
había advertido signos de superstición femenina en Calpur-
nia, y sin embargo en ese momento la veía extraordinaria-
mente alterada. Y cuando los adivinos, después de realizar 12
numerosos sacrificios, le comunicaron que le eran desfavo-
rables, César decidió enviar a Antonio para que disolviese el
Senado.

Entre tanto Décimo Bruto, apodado Albino —en quien 64
César tenía tanta confianza que incluso lo había designado
su segundo heredero, y que sin embargo participaba en la
conspiración con el otro Bruto y con Casio—, temiendo que 2
se descubriese el complot si César conseguía sustraerse al
día designado, comenzó a burlarse de los adivinos y a enca-
recer a César las quejas y acusaciones que se iba a ganar por
parte del Senado, que se consideraría escarnecido; y es que 3
se había reunido a instancias suyas y estaba decidido a votar
por unanimidad que aquél fuese proclamado rey de las pro-
vincias no italianas y que portase la corona cuando estuviese
en cualquier otra parte del mundo, tanto por tierra como por
mar. «Pero», decía Décimo Bruto, «si se les dice a los sena- 4
dores que se retiren ahora que están instalados en sus escaños
y que comparezcan en otra ocasión, cuando Calpurnia tenga
mejores sueños, ¿qué dirán los envidiosos? ¿Quién podrá so- 5
portar a tus amigos cuando vayan diciendo que no hay en ello
ni esclavitud ni tiranía? En todo caso, si estás completamente
decidido a sacrificar esta jornada, mejor será que te presentes
en persona en el Senado para el aplazamiento de la sesión».
Y a la vez que Bruto decía esto, cogía a César por el brazo y 6

se lo llevaba[141]. Cuando apenas se había alejado unos pasos de su puerta, un esclavo de otra casa que se esforzaba por llegarse ante él, incapaz finalmente de sobreponerse al tumulto y a la muchedumbre que rodeaba a César, se abrió paso a la fuerza hasta su casa y poniéndose en manos de Calpurnia le rogó que lo vigilase hasta el regreso de aquél, pues tenía que referirle asuntos de gran importancia.

65 Artemidoro, oriundo de Cnido, que era profesor de letras griegas y por ello tenía suficiente intimidad con algunos de los amigos de Bruto como para saber lo esencial de la trama, llegó con un billete en el que estaba escrito lo que se proponía reve-
2 lar, pero al ver que César entregaba a sus sirvientes todas las misivas que recibía, se colocó muy cerca de él y le dijo: «Lee esto, César, rápidamente y a solas, pues se trata de asuntos
3 importantes que te conciernen». Así pues, César lo cogió, pero la muchedumbre que le salía al paso le impidió leerlo, por más que lo intentó repetidas veces, y entró en el Senado llevando
4 en la mano dicho billete, el único que había guardado. Ahora bien, algunos autores dicen que fue otra persona la que le dio el tal billete, y que Artemidoro no pudo siquiera acercarse a él, recorriendo todo el camino aplastado entre la masa[142].

66 Todo lo relatado hasta aquí quizá sea producto del azar, pero el hecho de que en la sala que fue escenario de aquella contienda y aquel asesinato, la sala en la que se había reunido entonces el Senado, hubiese una estatua de Pompeyo (quien había dedicado dicha construcción a modo de ornamento aña-

---

141 Décimo Junio Bruto Albino gozaba, en efecto, de la mayor confianza ante César, aunque éste no lo había designado propiamente su «segundo heredero», sino que estaba incluido entre el grupo de los *segundos herederos* (los herederos directos eran sus sobrinos: Octavio, por tres cuartos, Lucio Pinario y Quinto Pedio).

142 Artemidoro, que salió esa mañana de casa de Bruto, era hijo del Teopompo citado en el cap. 48; cf. el relato, algo distinto, de Apiano, *Guerras civiles* II 116.

dido a su teatro), demuestra sin lugar a dudas que el suceso
fue guiado por alguna divinidad que convocó la acción a ese
preciso lugar[143]. Es más, se cuenta también que Casio, antes 2
del asesinato, volvió la mirada hacia la estatua de Pompeyo
y lo invocó en silencio, a pesar de ser afecto a la doctrina de
Epicuro; y es que la inminencia del crimen, según parece, 3
provocaba en él un entusiasmo y una pasión que no dejaban
sitio a sus antiguas ideas filosóficas[144]. A Antonio, que seguía 4
siendo fiel a César y era muy robusto, lo retuvo en el exterior
Bruto Albino entablando a propósito una larga conversación
con él.

Cuando César entró los senadores se pusieron en pie por 5
deferencia, y entre los cómplices de Bruto, unos se desple-
garon en círculo detrás del asiento de César y otros salieron
a su encuentro como si se unieran a los ruegos que en ese
momento le dirigía Tilio Cimbro por su hermano fugitivo, y
así, suplicándole, lo acompañaron hasta su asiento. Una vez 6
sentado rechazó sus peticiones, y como ellos insistían con
más vehemencia, César les hizo ver, uno por uno, su disgusto.
Entonces Tilio agarró con ambas manos su toga y se la bajó,
dejándole el cuello al descubierto, lo que era la señal conve-
nida para comenzar el ataque. Casca le golpea el primero con 7
su espada en la nuca, pero la herida no fue mortal, ni siquiera
profunda, pues, como es comprensible, aquél era presa de la
turbación al estar tan osada empresa tan sólo comenzando; y 8
así César pudo darse la vuelta, agarrar la espada y retenerla
con la mano. Casi al mismo tiempo gritaron ambos personajes,
el agredido en latín: «Maldito Casca, ¿qué es lo que haces?», y

[143] El teatro, en la actual zona del Campo de' Fiori (cf. nota 89), tenía un amplio pórtico anexo; allí había una exedra, en la que se había reunido entonces la Curia; todo el conjunto fue mandado construir por Pompeyo, y se terminó en el año 55 a. C.

[144] El materialismo de Epicuro negaba la existencia de los espíritus o la supervivencia del alma después de la muerte.

9 el agresor en griego, a su hermano: «¡Ayuda, hermano!». Tras
este comienzo un escalofrío de terror se apoderó de quienes
nada sabían de la conspiración, a la vista de lo que sucedía,
y no se atrevieron ni a huir ni a defender a César, ni siquiera
10 a proferir una sola palabra. Pero los que habían preparado el
asesinato desenvainaron cada cual su espada; César, rodeado
por todos lados y encontrándose dondequiera que mire con
el hierro hiriéndole en el rostro y en los ojos, se ve envuelto
y zarandeado como una fiera salvaje entre todas esas manos.
11 Y es que todos tenían que tomar parte en el sacrificio y gus-
tar del crimen; por ello también Bruto le propinó una herida,
12 una sola, en la ingle. Y hay quien dice que César se defendía
contra los otros, moviéndose de un lado a otro y gritando,
pero que cuando vio que Bruto blandía su espada contra él, se
cubrió la cabeza con la toga y se dejó caer, ya fuese empujado
por el azar, ya por sus asesinos, junto al pedestal sobre el que
13 se alzaba la estatua de Pompeyo. Este pedestal quedó comple-
tamente ensangrentado, de modo que parecía que Pompeyo en
persona presidía el castigo de su enemigo, recostado a sus pies
14 y palpitando de sus innumerables heridas. Se dice, en efecto,
que fueron veintitrés las que recibió; muchos de los conjura-
dos se causaron heridas entre ellos al asestar tal cantidad de
golpes sobre un mismo cuerpo[145].

67 Una vez muerto César, por más que Bruto se llegó al centro de la sala como con la intención de decir algo al respecto de lo sucedido, los senadores no lo toleraron y salieron precipitadamente de allí. Esta huida llenó al pueblo de turbación y de un irremediable terror, de suerte que unos cerraban sus casas, otros abandonaban sus mostradores y comercios; pasaban corriendo tanto los que se dirigían al lugar para contemplar el drama como los que regresaban de allí tras haberlo visto.

---

145 Cf. el relato complementario de SUET., I 82 (donde César le dirige a Bruto las célebres palabras «¿También tú, hijo?»).

Antonio y Lépido, los mejores amigos de César, se escabulle- 2
ron de allí y se refugiaron en casas distintas de las propias[146].
Bruto y los suyos, todavía calientes del crimen, blandiendo 3
sus espadas desnudas, se congregaron a la salida del Senado y todos ellos se dirigieron hacia el Capitolio, no con el aspecto de unos fugitivos, sino con la expresión radiante y confiada, llamando a la muchedumbre a la libertad y saludando a los
notables que se encontraban por el camino. Algunos de éstos 4
incluso se unieron a ellos y subieron en su compañía como si hubieran participado en la acción; pretendían así usurpar una gloria que no les correspondía. Entre ellos se contaban
Gayo Octavio y Léntulo Espínter, quienes más tarde pagaron 5
su fanfarronada, pues Antonio y el joven César los hicieron ejecutar sin haber disfrutado de la gloria por la que morían,
ya que nadie los creyó; tampoco sus verdugos los castigaron 6
por sus actos, sino por sus intenciones[147].

Al día siguiente Bruto y los suyos bajaron al Foro y habla- 7
ron al pueblo, que escuchaba sus discursos sin dar muestras de censurar ni de aprobar lo sucedido, y que, con su completo silencio, dejaba traslucir su compasión por César pero también
su respeto hacia Bruto. El Senado decretó ciertas amnistías y 8
la reconciliación general: por una parte, decidió por votación que César recibiría honores divinos y que no se modificarían en lo más mínimo las medidas tomadas cuando él estaba en el
poder; por otro lado, atribuyó el mando de provincias a Bruto 9
y a sus cómplices y les concedió honores apropiados, de tal forma que todos creyeron que la situación se había restablecido tras llegarse al mejor de los arreglos posibles.

---

[146] Cf. PLUT., *Bruto* 18, 1-6: los conjurados, en especial Casio, habían pensado matar también a Antonio, pero Bruto los disuadió.

[147] Gayo Octavio Balbo murió asesinado en el 43; Cornelio Léntulo Espínter murió después de la batalla de Filipos; «el joven César» es Octavio, el futuro Augusto.

68 Pero cuando se abrió el testamento de César y se supo que dejaba un legado considerable a cada uno de los romanos, mientras se veía cómo se llevaba a través del Foro su cuerpo desfigurado por las heridas, la muchedumbre dejó de guardar orden ni disciplina, y apilando alrededor del cadáver bancos, barrotes y mesas cogidas del Foro, le prendieron fue-
2 go y lo quemaron por completo[148]; después, agarrando teas encendidas fueron corriendo a las casas de los asesinos con la intención de incendiarlas, mientras otros recorrían de arriba abajo la ciudad buscando a esos hombres para prenderlos y despedazarlos, pero no se encontraron con ninguno de
3 ellos, pues estaban todos bien escondidos y parapetados. Pero se dio la circunstancia de que Cina, uno de los amigos de César, había tenido, según dicen, un extraño sueño la noche anterior: había soñado que César lo invitaba a cenar y que, aunque él declinaba la invitación, aquél se lo llevaba del brazo
4 contra su voluntad y venciendo su resistencia. Cuando Cina se enteró de que estaban incinerando el cuerpo de César en el Foro, se levantó y se puso en camino para rendirle honores, a pesar de que su sueño lo tenía intranquilo y además estaba con
5 fiebre. Alguien entre la muchedumbre lo vio y le dijo cómo se llamaba a otro que se lo preguntaba; éste se lo comunicó a un tercero y al final corrió por todas partes el rumor de que
6 este hombre era uno de los asesinos de César. Y, en efecto, había entre los conjurados uno que llevaba su mismo nombre, Cina; la muchedumbre, tomándolo por aquél, se lanzó de in-
7 mediato sobre él y lo hizo trizas en cuestión de minutos. Ello atemorizó extraordinariamente a Bruto y a Casio, que pocos días más tarde abandonaron la ciudad; lo que hicieron y pa-

[148] Fue un grave error por parte de los conjurados no deshacerse del cadáver de César (tenían previsto arrojarlo al Tíber), que quedó en la Curia hasta que unos esclavos lo llevaron a su casa; cinco días más tarde, el 20 de marzo, Antonio supo organizar con él un espectáculo de mucho efecto (cf. SUET., I 84).

decieron antes de morir lo tenemos escrito en la biografía de Bruto[149].

César murió a los cincuenta y seis años, sobreviviendo a 69
Pompeyo poco más de cuatro[150]. Del poder y la dominación
perseguidos a lo largo de toda su vida entre tan grandes pe-
ligros y penosamente obtenidos, no recogió más fruto que el
nombre y una gloria que provocó la envidia de los ciudadanos.
Sin embargo, el poderoso espíritu que le había asistido en 2
vida, también después de muerto lo acompañó como vengador
del asesinato, rastreando y persiguiendo por tierra y por mar a
los asesinos hasta que no quedó ni uno solo y se hubo vengado
de cuantos hubieran tenido cualquier relación con el crimen,
ya fuese por haber participado en su comisión, ya por haber
tenido la intención de hacerlo. En el orden humano, lo más 3
asombroso fue lo de Casio: vencido en Filipos, se dio muerte
con la daga que había utilizado contra César[151]. En el orden 4
divino, el gran cometa que después del asesinato de César
apareció resplandeciente durante siete noches consecutivas,
desapareciendo después; y también el oscurecimiento de la luz
del sol, pues durante todo aquel año el disco solar se mostró 5
pálido y carente de brillo, y de él emanaba un calor débil y
escaso, hasta tal punto que el aire se volvía oscuro y pesado a
consecuencia de la debilidad del calor que lo penetraba, y los
frutos, madurando sólo a medias, se marchitaban y echaban a
perder a causa de la frialdad del ambiente[152].

---

[149] Cf. PLUT., *Bruto* 21-52. Helvio Cina, tribuno de la plebe, fue confundido con Lucio Cornelio Cina, pretor, que no formaba parte de la conjura, pero había pronunciado la víspera una arenga violenta contra César (cf. SUET., I 85).

[150] En realidad, menos de cuatro, los que van del 28 de setiembre del 48 (según el calendario prejuliano) al 15 de marzo del 44.

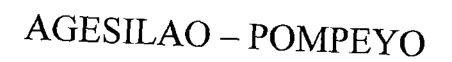
[151] Cf. PLUT., *Bruto* 43.

[152] El testimonio de SUETONIO (I 88), permite fechar la aparición del cometa —«se creyó que era el alma de César acogido en el cielo»— en los últimos días de julio del 44, cuando Octavio mandaba celebrar los Juegos de la Victoria de César, instituidos dos años antes por el dictador.

6 Pero fue ante todo el fantasma que se le apareció a Bruto
lo que demostró de forma patente que el asesinato de César
no había sido del agrado de los dioses; sucedió de la siguiente
7 forma. A punto de hacer cruzar su ejército desde Abidos al
otro continente, Bruto reposaba de noche en su tienda, como
era su costumbre, pero no dormía, sino que reflexionaba acer-
8 ca del futuro; se dice, en efecto, que este hombre era el menos
dormilón de los generales y aquel a quien su naturaleza le
9 permitía pasar el mayor tiempo despierto[153]. Le pareció oír un
ruido en la puerta, y cuando miró a la luz de un velón que ya
comenzaba a extinguirse vio la terrorífica imagen de un hom-
10 bre de talla descomunal y aspecto hostil. Al principio Bruto se
quedó espantado, pero cuando vio que aquél no hacía ni decía
nada, sino que se quedaba en pie en silencio junto a su lecho,
11 le preguntó quién era. El fantasma le respondió: «Tu espíritu
malo, Bruto. Me verás en Filipos»; y Bruto, envalentonado, le
dijo entonces: «Allí te veré», e inmediatamente después el es-
12 píritu desapareció. Cuando llegó el momento en Filipos, Bruto
se alineó frente a Antonio y César, y llevando la mejor parte,
puso en fuga a sus oponentes y atravesó el campamento de
13 César devastándolo; pero cuando se disponía a combatir por
segunda vez, aquel mismo fantasma se le volvió a aparecer de
noche, y si bien no pronunció palabra, Bruto comprendió cuál
14 era su destino, y se lanzó ciegamente al peligro. Sin embargo,
no cayó combatiendo; cuando su ejército fue puesto en fuga,
se refugió en una zona escarpada y, apoyando el pecho contra
su espada desnuda y ayudado, según dicen, por un amigo para
hacer más violento el impacto, murió[154].

[153] Abidos estaba situada a orillas del Helesponto, en la hoy Turquía asiática; el otro continente es, por tanto, Europa.

[154] Cf. PLUT., *Bruto* 52. La batalla de Filipos (en Macedonia, cerca de la actual Kavála) tuvo lugar el 23 de octubre del año 42 a. C.; «César» es, de nuevo, Octavio.


# AGESILAO – POMPEYO

# INTRODUCCIÓN

Son muchos los datos biográficos de Agesilao y de Pompeyo que justifican su emparejamiento. Abundan, en efecto, los puntos de contacto entre ambos personajes: en lo que se refiere a sus acciones, los dos comenzaron su carrera política y militar bajo la protección de un gran hombre (Lisandro y Sila respectivamente), con el que terminaron entrando en conflicto; los dos destacaron por su pericia en el campo de batalla; los dos conquistaron Asia; los dos murieron en Egipto. Pero por encima de todos estos detalles, lo que más le interesa a Plutarco es describir sus «carreras descendentes», por usar la acertada expresión de D. R. Shipley[1], es decir, la decadencia de dos hombres que han llegado a lo más alto y que, por razones distintas en cada uno de ellos, lo han perdido todo. Aquí reside, sin duda, la conexión íntima entre estas dos figuras y la idea que confiere unidad a esta pareja de *Vidas*.

## AGESILAO

Por lo que respecta a la *Vida de Agesilao*, Plutarco destaca a lo largo de toda la obra dos rasgos de carácter propios del

[1] Cf. D. R. Shipley (1997, págs. 9 y 16).

rey espartano: la *philotimía* («ansia de gloria» o «ambición»), emparejada a veces con la *philoneikía* («afición a las disputas» y, en sentido negativo, «envidia»), y la *praótēs* («dulzura» o «mansedumbre»). Gracias a su *philotimía*, característica esencial de la moral espartana, cuyo fin es siempre la búsqueda del bien común, Agesilao logró igualarse a Agamenón, su mítico compatriota, llegó a ser «el hombre más importante y más poderoso de entre sus contemporáneos» —según la definición de Teopompo (cf. 10, 10)— y llevó a Esparta a su máximo esplendor; la dulzura de carácter, especialmente visible en las relaciones con sus hijos y amigos más cercanos, le sirvió a Agesilao para ganarse el afecto de todos los ciudadanos de Esparta, que recurrieron a él siempre que la patria se encontraba al borde de la catástrofe. Sin embargo, Plutarco, cuya intención no es hacer hagiografía de su biografiado (aunque es evidente la simpatía que este le inspira) ni proponer unos modelos de conducta ideales, no presenta estos dos rasgos en términos absolutamente positivos: el exceso de *philotimía*, que siempre provoca más perjuicios que beneficios (cf. 8, 5-6), llevó a Agesilao a cometer multitud de injusticias: humilló a Lisandro, su antiguo amante y protector, nombrándolo su despensero; promovió y justificó la injustificable toma de la Cadmea tebana llevada a cabo por Fébidas; buscó en todo momento la aniquilación de Tebas, cosa que le costó la pérdida de la hegemonía y casi la destrucción de Lacedemonia; sirvió como mercenario al egipcio Taco y después desertó de su bando para pasarse al de su enemigo Nectanebis. En cuanto a su dulzura y a su trato afable, es evidente, si tenemos en cuenta muchas de sus acciones, que Agesilao las utilizó como estrategia para ganar influencia dentro del Estado y poder así manejar las riendas de la política del imperio espartano. La ambivalencia moral del personaje, en definitiva, no hace sino humanizarlo y dotar a la obra de una complejidad y de una profundidad psicológica sumamente interesantes para el lector de hoy.

El interés de Plutarco no se limita a la caracterización de su héroe o a la narración de los hechos más relevantes de este periodo fundamental de la historia de Grecia (la primera mitad del siglo IV a. C.); su horizonte es mucho más amplio, y apunta sobre todo a la cultura y a las costumbres de su admirada Esparta, rasgo constante en su obra, como revelan la «serie espartana» de las *Vidas Paralelas* (Licurgo, Lisandro, Agesilao, Agis y Cleómenes) y algunos de sus *Moralia* (las *Máximas de espartanos*, por ejemplo). Como un verdadero anticuario, Plutarco recoge —y en algunos casos describe— las instituciones particulares del cosmos espartano (la educación, la monarquía, los éforos, los ancianos, los hilotas, las comidas comunitarias), las costumbres (la proverbial austeridad de los lacedemonios, el llamado amor dorio, la liberación de las tareas manuales de que gozan los espartiatas) e incluso algunos objetos característicos (la *escítala*, cf. 10, 9, y el *kannatron*, cf. 19, 5). Sin embargo, de la lectura de la obra no se desprende, ni mucho menos, una visión idílica de la Esparta posterior a la guerra del Peloponeso: la sucesión interminable de batallas en Asia y en Grecia, la ruptura constante de los distintos pactos firmados entre griegos, los intentos de revoluciones producidas en el seno del Estado y promovidas por algunos de sus hombres más insignes (Lisandro, por ejemplo), en definitiva, los excesos derivados de la política imperialista y de la ambición de sus líderes han llevado a la ruina a la ciudad que antaño, gracias a su estricto respeto a la constitución de Licurgo, era para muchos griegos el modelo político ideal.

A continuación ofrecemos un esquema de la obra con el fin de facilitar la lectura:

A. Descripción y primeros pasos como rey.
- 1-2. Linaje, educación, rasgos físicos y de carácter. Lisandro.
- 3-5. Ascenso al trono y relaciones con los poderes y los ciudadanos de Esparta.

B. La expedición de Asia.
- 6-8. Asentamiento en Éfeso y enfrentamientos con Lisandro.
- 9-10. Guerra contra Tisafernes.
- 11-13. Guerra contra Farnabazo; Espitrídates (11) y amistad con el hijo de Farnabazo (13).
- 14-15. Segundo año de campaña. Fin de la expedición por orden de los éforos.
- 16-17. Camino de regreso a Grecia; victorias sobre distintos pueblos.

C. La lucha por el mantenimiento de la hegemonía en Grecia.
- 17. Batalla de Cnido.
- 18-19. Batalla de Coronea; regreso a Esparta.
- 20. Descubrimiento de la conjuración de Lisandro. Agesípolis.
- 21-22. Expediciones contra Corinto.
- 23-25. La paz de Antálcidas: Fébidas y la toma de la Cadmea tebana; Esfodrias y su ataque contra Atenas; juicio contra Esfodrias.
- 26-28. Guerras contra Beocia: enfermedad de Agesilao; Congreso de Esparta; Epaminondas. Inicio de la batalla de Leuctra.
- 29-30. Batalla de Leuctra: reacciones y consecuencias en Esparta.
- 31-32. Invasión de Laconia por Epaminondas.
- 33. Intervención de Agesilao para salvar el Estado.
- 34. Intento de recuperar Mesenia; ataque de Epaminondas contra Lacedemonia.
- 35. Batalla de Mantinea.

D. Últimos años
- 36-39. Campañas en Egipto junto al rey Taco; Nectanebis; guerra contra el rebelde mendesio.
- 40. Muerte y repatriación de su cadáver.

En cuanto a las fuentes manejadas por Plutarco, tenemos la suerte de que las más importantes han llegado hasta nosotros; estas son, sin duda, el *Agesilao* y las *Helénicas* de Jenofonte[2], de las que Plutarco toma a veces pasajes casi textuales. Ahora bien, no son pocas las diferencias existentes entre las obras del historiador ateniense y la biografía plutarquiana: el *Agesilao* de Jenofonte no es una composición histórica sino un encomio (no olvidemos que Jenofonte fue servidor y gran amigo del rey de Esparta), y como tal no recoge datos que Plutarco no puede omitir, sobre todo aquellos que pueden afectar a la reputación de Agesilao (su cojera, por ejemplo); de él, no obstante, el biógrafo de Queronea extrae algunos detalles —especialmente los relativos al carácter del rey— que nosotros indicamos en las notas de nuestra traducción. De las *Helénicas* procede gran parte del material histórico y político empleado por Plutarco; sin embargo, existen diferencias significativas entre ambos textos: por cuestiones de espacio, evidentemente, nuestro autor resume numerosos pasajes que en Jenofonte se relatan con abundancia de datos, cosa que además explica algunos saltos cronológicos abruptos en la narración; la intención encomiástica del ateniense le lleva de nuevo a omitir algunos episodios que no dejan en buen lugar a Agesilao (por ejemplo, el humillante nombramiento de Lisandro como despensero del rey); por último, el odio de Jenofonte hacia los tebanos le lleva a reducir radicalmente el papel de Epaminondas, al que no menciona hasta el libro VII, después de haber contado el Congreso de Esparta y la batalla de Leuctra. En cuanto a otras fuentes, es posible que Plutarco haya empleado también el *Agesilao* escrito por el historiador latino Cornelio Nepote, aunque también cabe la posibilidad de que ambos autores hayan tenido acceso a una fuente co-

[2] Ambas se encuentran publicadas en esta misma colección, volúmenes 75 (págs. 53-96) y 2, respectivamente, traducidos por O. Guntiñas Tuñón.

mún[3]. Respecto a los otros autores que le han servido de fuente, todos son citados por el propio Plutarco —Calístenes, Dicearco, Dioscórides, Duris, Jerónimo y Teofrasto— y de ellos hablamos nosotros en las notas.

Por último, respecto a las traducciones modernas al español de la *Vida de Agesilao*, hemos de decir que, salvo la edición completa de las *Vidas paralelas* de Antonio Ranz Romanillos (1821-30), continuamente reeditada, no tenemos conocimiento de que exista ninguna otra versión disponible en el mercado editorial español.

## POMPEYO

Lo primero que llama la atención de la *Vida de Pompeyo* es la abrumadora sucesión de datos y personajes históricos que Plutarco presenta cronológicamente, casi sin interrupción; no abundan aquí los característicos excursos plutarquianos que interrumpen el relato, y los que se insertan en él no suelen ser muy extensos (los más importantes son el capítulo 40, dedicado al liberto Demetrio, y el 53, sobre el amor de Pompeyo hacia su esposa Julia). Este hecho ha llevado a algunos críticos a afirmar que Plutarco, en la *Vida de Pompeyo*, procede más como historiador que como biógrafo, obviando su propósito expreso de no escribir *historias* sino *vidas* y de reflejar el carácter de los personajes, no mediante la narración de batallas, sino mediante situaciones pasajeras, frases y bromas (cf. *Alej.*, 1, 1-3). Desde nuestro punto de vista, sin embargo, esta opinión carece de fundamento: la simple lectura de la obra y la declaración del propio autor (cf. 8,7) revelan su deseo de describir el carácter de su biografiado, conjugando, eso sí,

---

[3] D. R. Shipley (1997, pág. 48).

los grandes acontecimientos y las acciones brillantes con los detalles pequeños pero significativos.

Las peculiaridades fundamentales de la caracterización plutarquiana de Pompeyo —el Alejandro romano, como lo define la tradición historiográfica seguida aquí por Plutarco y como reza el título de un conocido libro[4]— coinciden con las antes comentadas a propósito de Agesilao: la «ambición» y la «dulzura» (aunque no debemos olvidar su frugalidad y su sencillo modo de vida). Ahora bien, existen matices que distinguen estas cualidades en uno y otro personaje; mientras que en el rey espartano la *philotimía* es una conducta «institucionalizada», promovida por la educación de Esparta y cuya meta es siempre la consecución del bien común, en Pompeyo la ambición se mezcla con otros rasgos negativos: la envidia, expresada mediante el concepto griego *philoneikía* —que, como ya se ha dicho antes, significa literalmente «afición a las disputas»— en su sentido peyorativo, que le lleva a deshacer de mala manera todo lo hecho por Lúculo en la provincia de Cilicia (cf. 32, 1) y a sacar provecho de las victorias de los demás (cf. 32, 11-12); la vanidad y la arrogancia, que le empujan a despreciar a sus enemigos (sobre todo a César) y que fueron, en palabras del propio Plutarco, algunas de las causas, «y no de las menos importantes», que provocaron la guerra civil. Por otro lado, su carácter afable queda patente a lo largo de toda la biografía, y se demuestra en su relación con sus soldados, con el pueblo romano y con algunos de sus amigos (incluido su suegro César) y, sobre todo, en el amor hacia sus distintas esposas, amor que en no pocas ocasiones le llevaba a descuidar los asuntos de interés público (cf. 2, 11 y 55, 4). Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en Agesilao, este natural apacible acaba transformándose en su punto flaco, que no fue otro que su debilidad de carácter, visible en su incapa-

[4] P. GREENHALGH, *Pompey, the Roman Alexander*, 1980.

cidad para imponerse a las demás —ya sean estos Clodio (cf. 46, 7-8), César o sus ambiciosos consejeros— y para tomar con firmeza sus propias decisiones; Plutarco parece hacer especial hincapié en ella, intentando demostrar que fue una de las causas principales de su ruina y, tal vez, el único defecto que le impidió al Magno igualarse al divino Alejandro.

Ofrecemos ahora un esquema de la estructura de la *Vida de Pompeyo*:

A. Los inicios.
- 1-2. Linaje: Cneo Pompeyo Estrabón. Apariencia física y rasgos de carácter: semejanza con Alejandro, amor por sus esposas y frugalidad.
- 3-5. Guerra contra Cinna junto a Estrabón. Muerte de Estrabón. Muerte de Cinna; regreso de Sila a Italia.
- 5-16. Intervenciones al servicio de Sila.
- 6-10. Campañas en Italia contra los enemigos de Sila: nombramiento de Sila como dictador y matrimonio con Emilia (9).
- 11-14. Luchas en África contra los antisilanos: diferencias con Sila y primer triunfo (14).
- 15-16. El consulado de Lépido; muerte de Sila; victoria sobre Lépido.

B. Los años de gloria.
- 17-20. Las guerras contra Sertorio en Hispania: Metelo Pío; batalla del Júcar; muerte de Sertorio.
- 21-23. De nuevo en Italia: Espartaco; segundo triunfo; primer consulado; Craso.
- 24-29. La lucha contra los piratas.
- 30-42. La conquista de Oriente: las guerras contra Mitrídates; Tigranes; sometimiento de Arabia, Siria y Judea; excurso sobre el liberto Demetrio (40); regreso triunfal a Italia (42).

C. El comienzo de la decadencia: circunstancias previas a la guerra civil.
 43-46. Suspicacias contra Pompeyo; Catón; el tercer triunfo; excurso sobre la decadencia de Pompeyo (46); Clodio.
 47-51. Irrupción y ascenso de César: primer consulado de César (47); campañas de César en la Galia; Cicerón; caos en Roma; pacto de Lucca.
 52-59. Segundo consulado de Pompeyo; Julia; el tercer consulado; Cornelia; peticiones de los cesarianos; preparativos de César; últimos intentos de reconciliación.
D. La guerra civil.
 60-67. El paso del Rubicón; la toma de Roma y la huida de Pompeyo; la jactancia de Pompeyo y los suyos (66); persecución de Pompeyo.
 68-72. La batalla definitiva: Fársalo.
E. Huida y muerte.
 73-77. Viaje sin rumbo; decisión de refugiarse en Egipto.
 78-80. Asesinato y exequias.
F. Comparación entre Agesilao y Pompeyo (81-85).

Un comentario especial merece, desde nuestro punto de vista, la narración de los últimos días de Pompeyo, ya que es en ella donde Plutarco demuestra en grado sumo sus dotes de escritor. Sin duda, las trágicas circunstancias de la muerte del Magno se prestaban a ser adoptadas por el autor griego como material literario —ya lo había hecho antes, con su barroquismo característico, el poeta latino Lucano en su *Farsalia* (libro VIII). En primer lugar, llama la atención la extensión del relato —ocho capítulos, desde el 73 al 80; destaca también su estructura dramática: la ruina del héroe se introduce ya en el capítulo 72, con la patética escena de un Pompeyo enloquecido y derrotado en su propio campamento; continúa con el viaje del héroe y su exiguo séquito, en nave ajena y con la intención de recoger a su esposa Cornelia y a su hijo

en Mitilene, donde esta le brindará una calurosa acogida y donde mantendrá una discusión con el filósofo Cratipo acerca de la Providencia (73-75); prosigue la travesía sin rumbo cierto, hasta que Teófanes, hábil orador, le convence para refugiarse en Egipto, donde sus futuros asesinos maquinan su muerte antes incluso de su llegada (76-78); y por último, la descripción del crimen y de las pobres exequias (79-80). Pero es sin duda en los detalles donde reside la fuerza de este pasaje: la conmovedora conversación entre Pompeyo y Cornelia, deshecha en lágrimas tras enterarse de la inesperada derrota de su esposo, de la que ella misma se declara culpable; la diligencia y la lealtad inquebrantable de Favonio, que actúa como contrapunto en medio de la tragedia; el retrato de la camarilla de asesinos, los «monstruos de Pela», en palabras de Lucano; las últimas palabras del Magno antes de morir, que fueron unos yambos de Sófocles; la descripción del asesinato —ocurrido un día después de su cumpleaños— que es contemplado desde el barco por los suyos; el triste sepelio del cadáver decapitado, hecho, con los restos apolillados de una pequeña embarcación, por el liberto Filipo y un viejo romano exiliado en Egipto que pasaba casualmente por allí; semejante atentado contra los dioses, sin embargo, no quedará impune, ya que César arribará allí y vengará a Pompeyo (80, 7-9). Detrás de todo esto, en definitiva, subyace la idea del poder inexorable de la Fortuna —básica en el pensamiento de Plutarco—, esa fatalidad que es capaz de acabar, «en una sola hora» (cf. 73, 2), con treinta y cuatro años de gloria ininterrumpida.

En cuanto a las fuentes empleadas por Plutarco, todas son citadas en el texto: entre las romanas, se menciona a Cayo Opio, Cicerón, César y Asinio Polión, y entre las griegas a Teófanes de Mitilene y a Timágenes de Alejandría —de todos ellos hablamos en nuestras notas. No podemos hacer aquí un estudio sobre el uso que Plutarco hace de dichas fuentes; por ello, remitimos al lector al completo análisis realizado por

Luciano Pérez Vilatela (*Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Madrid, 2004, núm. 74, págs. 108-111).

Respecto a las traducciones castellanas modernas de la *Vida de Pompeyo*, aparte de la citada versión íntegra hecha en el siglo XIX por Antonio Ranz Romanillos, solo contamos —que nosotros sepamos— con la edición de Rosa M.ª Aguilar, responsable de la traducción y de la introducción general, y de Luciano Pérez Vilatela, autor de las introducciones a las *Vidas* y de las notas (véase la referencia en el párrafo anterior). En esta edición la *Vida de Pompeyo* está emparejada con la *Vida de Sertorio* y no con la de *Agesilao*, decisión que los editores justifican por la significación que ambos personajes tienen en la historia de la Hispania Romana (pág. 21); desde aquí recomendamos su consulta —tanto de las introducciones como de las completísimas notas— al lector interesado en profundizar en los aspectos concretos de la *Vida de Pompeyo*.

## NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto que hemos adoptado como base de nuestra traducción es el establecido por R. Flacielère y É. Chambry (*Vies*, vol. VIII, Belles Lettres, París, 1973), acompañado de traducción francesa, aunque la hemos cotejado con la edición de K. Ziegler (*Plutarchus, Vitae Parallelae,* vol. 3, fasc. 2, Leipzig, 1973). Para nuestra traducción nos han sido de gran utilidad la versión francesa de Flacelière y la inglesa de Loeb, a cargo de B. Perrin (*Plutarch's Lives*, vol. 5, Londres-Cambridge, Mass., 1961). En cuanto a los criterios seguidos a la hora de verter al español el texto griego, hemos intentado conseguir una versión fiel al original pero que a la vez sea legible para el lector actual. Respecto a las notas, nos hemos limitado, de acuerdo con las normas de esta colección, a comentar con brevedad los *realia* y aquellos puntos difíciles para el lector no

especialista; en el caso de *Vida de Agesilao,* hemos considerado pertinente remitir con frecuencia a los lugares paralelos en los escritos de Jenofonte —especialmente en las *Helénicas*—, con el fin de facilitar la tarea a quienes estén interesados en comparar las obras de ambos autores.

A continuación indicamos los puntos en que nos hemos apartado del texto griego fijado por Flacelière:

| Flacelière | Nosotros |
|---|---|
| Ages., 31, 3 [κχὶ] | — |
| Ages., 32, 13 [οἵ δὲ] | — |

# BIBLIOGRAFÍA

**Sobre Agesilao y la *«Vida de Agesilao»* de Plutarco**


CAKWELL, G. L., «Agesilaos and Sparta», *Classical Quaterly* 26 (1976), págs. 62-84.

CARTLEDGE, P., *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B. C.,* Londres, 1979.

—*Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore, 1987.

DE VOTO, J. G., *Agesilaos II and the Politics of Sparta, 404-377 B. C.,* Chicago, 1982.

FORNIS, C., *Esparta: historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, 2003.

FORREST, W. G., *A History of Sparta*, Londres, 1971.

GARCÍA VALDÉS, M., «Algunas sugerencias sobre la *Vida de Agesilao*», en Pérez Jiménez y Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Obra y tradición: Actas del I Simposio Español sobre Plutarco, Fuengirola, 1988*, Málaga, 1990, págs. 27-38.

GUNTIÑAS, O., «Introducción» a *Agesilao*, en *Jenofonte. Obras menores*, Madrid, págs. 53 y ss. (en esta misma colección).

HAMILTON, C. D., «Étude chronologique sur le règne d'Agesilas», en *Ktèma* 7 (1982), págs. 281-296.

LUPPINO MANES, E., «La traccia della biografia plutarchea di Agesilao: individuazione di una possibile indagine critica», en *Misc. grec. e rom.* 14 (1989), págs. 87-122.

MARTIN, H., «The Concept of Praōtēs in Plutarch's *Lives*», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 3 (1960), págs. 65-73.

RÍOS FERNÁNDEZ, M., *Plutarco y Jenofonte: Paralelismo filológico en torno a Agesilao*, Sevilla, 1979.
— «Los silencios de Jenofonte en el *Agesilao* de Plutarco», en *Habis* 15 (1984), págs. 41-70.
SHIPLEY, D. R., *Plutarch's life of Agesilaos. Response to Sources in the Presentation of Character*, Oxford, 1997.

**Sobre Pompeyo y la *«Vida de Pompeyo»* de Plutarco**

ANDERSON, W. S., «Pompey, his friends, and the literature of the first century B. C.», *Univ. of California Publications in Classical Philology*, 19. I, Berkeley y Los Ángeles, 1963, págs.1-88.
DREIZEHNTER, A., «Pompeius als Stadtegründer», en *Chiron* 5 (1975), págs. 213-245.
EDWARDS, M. J., *The lives of Pompey, Caesar and Cicero. A Companion to the Penguin Translation with Introduction and Commentary*, Bristol, 1991.
GELZER, M., *Pompeius*, Munich, 1959.
GREENHALGH, P., *Pompey. The Roman Alexander*, Londres, 1980.
—*Pompey. The Republican Prince*, Londres, 1981.
LEACH, J., *Pompey the Great,* Londres, 1978.
OOTEGHEM, J. VAN, *Pompée le Grand, bâtisseur d'empire,* Bruselas, 1954.
ROLDÁN, J. M., *Historia de Roma: tomo I, La República Romana*, Madrid, 1995, págs. 505-573 y 593-615.
—«La guerra civil entre Sertorio, Metelo y Pompeyo (82-72 a.C.)», en *Historia de la España Antigua*, vol. II, *Hispania romana*, Madrid, 1978.
SEAGER, R., *Pompey, A Political Biography*, Oxford, 1979.

# AGESILAO

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, después de reinar brillantemente sobre los espartanos, dejó dos hijos: uno de Lámpido, mujer renombrada, llamado Agis, y otro mucho más joven, 1
Agesilao, de Eupolía, hija de Melesípides[1]. Como legalmente el reino pertenecía a Agis, Agesilao decidió vivir como un particular. Pasó la educación ciudadana de Esparta[2], que imponía un régimen de vida duro y penoso pero que enseñaba a 2
los jóvenes a obedecer, razón por la que se dice que Simónides llamó a Esparta «domadora de hombres»[3], pues más que ninguna otra ciudad sometía a sus ciudadanos a las leyes y los 3

[1] Arquidamo II fue rey de Esparta desde 469 hasta 427 (todas las fechas son antes de Cristo); su hijo primogénito, Agis II, ocupó el trono desde 427 hasta 400; el hijo menor, y fruto de otro matrimonio, como afirma aquí Plutarco, fue Agesilao II (440-360), el protagonista de esta vida, rey de Esparta entre 398 y 360.

[2] El sistema educativo espartano *(agogé)*, instaurado por el mítico legislador Licurgo, era el eje sobre el que giraba la vida política de la ciudad. La función esencial de este sistema era inculcar en el individuo la idea de que el más preciado de los bienes era el bien del Estado; para ello, los niños, nada más nacer, eran entregados al Estado, que, tras comprobar la valía física de los recién nacidos, se encargaba de su educación desde los siete hasta los treinta años. La formación de los jóvenes, básicamente militar, se caracterizaba por su sobriedad y dureza. Además del testimonio del propio PLUTARCO *(Vida de Licurgo*, 16-23), un buen resumen de la *agogé* espartana lo encontramos en C. FORNIS, *op. cit.* págs. 272-282.

[3] Fr. 218 Bgk.= 111 Page.

civilizaba mediante las costumbres, como caballos bien doma-
dos desde su nacimiento. La ley exime de esta obligación a los
4 jóvenes que reciben educación para el trono; pero a Agesilao
le ocurrió el hecho insólito de llegar al poder sabiendo lo que
es la obediencia, y por ello procuró adaptarse a sus súbditos
5 mucho más que los demás reyes, ya que a sus dotes naturales
para mandar y reinar unía la sencillez y la humanidad que
había adquirido en su educación.

Cuando estuvo en los llamados grupos de jóvenes que se
2 educaban juntos tuvo un amante, Lisandro, que admiraba de él
sobre todo su natural prudencia[4]. Era sin duda el más competi-
2 tivo y animoso de los jóvenes; deseaba ser el primero en todo,
poseía un ímpetu y una fuerza invencibles e imparables; sin
embargo, su carácter obediente y apacible hacía que cumplie-
se las órdenes no por miedo sino por respeto, y que sufriese
más por los reproches que por soportar las fatigas. Su cuerpo
3 hermoso y joven disimulaba el defecto de su pierna, defecto
que sobrellevaba sin complejos y con buen humor, siendo él
el primero en bromear y burlarse de sí mismo, lo cual no sólo
contribuía a aliviar su padecimiento, sino también a realzar su
honor, ya que no renunciaba a ninguna fatiga o tarea a causa
de su defecto. No conservamos ninguna imagen de su figura
4 (porque él no quiso y porque, poco antes de morir, prohibió
que se hiciese escultura o imitación alguna que representase
su físico), aunque se dice que era pequeño y de apariencia
despreciable. No obstante, su alegría, constante bondad y buen

[4] Dentro de la *agogé*, los jóvenes espartanos eran distribuidos en *grupos* (en griego *agélai*, literalmente rebaños), en los que permanecían tanto durante los ejercicios del día como durante la noche, de ahí que fuesen muy habituales las relaciones amorosas entre sus integrantes. Lisandro, uno de los personajes más importantes de la historia de Esparta, se convirtió en el estadista más poderoso de Grecia tras su victoria en la batalla de Egospótamos (405), que supuso el fin del imperio ateniense. Hombre de grandes ambiciones, murió en la batalla de Haliarto en 395. Plutarco le dedicó una de sus *Vidas*, haciendo pareja con Sila.

humor (nunca se mostraba desagradable ni agrio en su tono 5
de voz ni en su rostro), lograron que fuese hasta su vejez más
encantador que los jóvenes hermosos. Como cuenta Teofras-
to[5], los éforos multaron a Arquidamo por tomar como esposa 6
a una mujer pequeña y le dijeron: «Tú no nos engendrarás
reyes, sino reyezuelos»[6].

Durante el reinado de Agis llegó a Lacedemonia Alcibía-
des, que huía de Sicilia, y aunque no pasó mucho tiempo en 3
la ciudad, fue acusado de mantener relaciones con Timea, la
esposa del rey[7]. Cuando ella dio a luz un hijo, Agis se negó a
reconocerlo alegando que lo había engendrado de Alcibíades.
Pero este hecho, en opinión de Duris, en absoluto enfadó a
Timea, que en casa y delante de las sirvientas hilotas llamaba 2
en voz baja al niño Alcibíades y no Leotíquidas[8]. Además,
el propio Alcibíades decía que no había intimado con Timea
por lujuria, sino porque tenía la ambición de reinar sobre los
espartanos a través de sus descendientes. Por miedo a Agis,

---

[5] Fr. 141 Wimmer.

[6] Los éforos constituían una magistratura colegiada y anual de cinco miembros, cuya importancia en el Estado espartano era capital: su función era, sobre todo, la de vigilar en nombre del Estado la acción de los reyes; por ello, las relaciones entre unos y otros fueron siempre tensas (cf. más abajo, 4, 4-5); para cumplir su tarea, gozaban de todos los poderes y recursos, incluidas las censuras y las sanciones. En cuanto al matrimonio, los éforos podían sancionar a los reyes por casarse con una mujer que no fuese adecuada para engendrar hijos sanos y fuertes *(kakogamía)*.

[7] El popular político y militar ateniense Alcibíades (450-404) estuvo refugiado en Esparta en 415, cuando allí reinaba Agis II (cf. nota 1).

[8] Duris de Samos (340-270 a. C.), historiador y tirano de su isla natal, escribió varias obras históricas, entre las que destacaba una *Historia de Grecia* (o bien *Historia de Macedonia)*. Los hilotas constituían el último estrato social del Estado espartano, por debajo de los espartiatas y de los periecos; aunque hay dudas respecto a su tipificación exacta, sabemos que la mayoría de ellos eran de origen mesenio, que carecían de libertad y que eran propiedad del Estado, pues dependían de un particular. Los hombres hilotas se dedicaban a cultivar en usufructo las tierras de su amo, y las mujeres estaban destinadas por lo general a las tareas domésticas. Sobre los hilotas, cf. C. Fornis, *op. cit.*, págs. 261-267.

3 Alcibíades se marchó de Lacedemonia. Durante algún tiempo, aquel miraba con desconfianza al niño y no lo consideraba hijo legítimo suyo; sin embargo Leotíquidas, estando Agis enfermo, de rodillas y entre lágrimas logró convencerlo para que lo declarase públicamente hijo legítimo suyo. No obstante,
4 tras la muerte de Agis, Lisandro, que ya había vencido a los atenienses en batalla naval y que ejercía en Esparta el más alto poder, puso a Agesilao al frente de la monarquía, considerando que tal derecho no le correspondía a Leotíquidas por ser bastardo[9]. También muchos otros ciudadanos, gracias a la virtud
5 de Agesilao y al hecho de que se habían formado y habían participado junto a él en la educación ciudadana, lo apoyaron y colaboraron de buen grado con él. Pero había en Esparta un
6 intérprete de oráculos llamado Diopites, profundo conocedor de las antiguas prácticas adivinatorias y que, al parecer, estaba extraordinariamente versado en las cosas de los dioses, que
7 decía que, según el derecho divino, no era lícito que un cojo llegara a ser rey de Lacedemonia, y en el juicio pronunció el siguiente oráculo[10]:

«Procura, Esparta, aunque ahora te muestres orgullosa,
que de ti, de piernas fuertes, no nazca una monarquía coja;
pues durante mucho tiempo inesperados males te invadirán
y te arrojarán a la ola de la guerra, destructora de hombres.»

A estas palabras Lisandro contestó que si los espartanos
8 sentían mucho miedo hacia el oráculo, era de Leotíquidas de quien debían precaverse, ya que a la divinidad no le importaba que reinase alguien que fuese cojo debido a un golpe en

[9] Agesilao, nacido en 440, ascendió al trono el 398, cuando ya contaba cuarenta y dos años de edad.

[10] Este Diopites parece ser el mismo de que habla ARISTÓFANES (*Cab.* 1085, *Avispas* 580, *Aves* 988).

la pierna, pero que si lo hacía otro que no fuese legítimo ni descendiente de Heracles, de ahí sí que resultaría una monarquía coja[11]. Agesilao dijo que también Poseidón era testigo de 9
la bastardía de Leotíquidas, porque con un terremoto había arrojado del lecho a Agis nueve meses antes de que naciese Leotíquidas[12].

Elegido rey de este modo y por estos motivos, Agesilao 4
tomó de inmediato los bienes de Agis después de expulsar a Leotíquidas por ser bastardo. Pero viendo que los familiares maternos, aunque de ilustre linaje, eran extremadamente pobres, les asignó la mitad de los bienes, procurándose así afecto y popularidad en vez de envidia y hostilidad por culpa de la herencia. En cuanto a lo que dice Jenofonte, que Agesilao, al 2
obedecer en todo a la patria, alcanzó un poder tan grande que podía hacer lo que deseaba, he aquí un ejemplo[13]. En aquel 3
tiempo el más alto poder del Estado residía en los éforos y en los ancianos[14]; los primeros gobiernan solo un año, pero los ancianos gozan de esta dignidad de por vida, pues han sido nombrados para controlar el poder de los reyes, como

---

[11] Los espartanos se consideraban descendientes de Heracles *(Heraclidas)*, a partir sobre todo de los descendientes inmediatos de este y de Deyanira, que colonizaron el Peloponeso, la patria del héroe, en el curso del mítico «regreso de los Heraclidas».

[12] Sin embargo, JENOFONTE (*Hel.* III, 3, 2) afirma, por boca del propio Agesilao, que el terremoto no expulsó del lecho a Leotíquidas sino a Alcibíades.

[13] Cf. JEN., *Ages.* 6, 4.

[14] Los ancianos *(gérontes)* formaban el Consejo de Ancianos *(Gerousía)*, compuesto por 28 ancianos mayores de 60 años, procedentes de las familias aristocráticas. Se encargaban de arbitrar en casos que implicasen muerte, exilio y *atimía* (privación de derechos ciudadanos), y, como se dice aquí, incluso los reyes estaban sometidos a su jurisdicción. Su creación se atribuía, como la de todas las instituciones espartanas, al legislador Licurgo, personaje semilegendario que vivió tal vez en el siglo IX a. C. y que dio forma a la constitución espartana inspirándose en las instituciones de Creta; a él le dedicó PLUTARCO una de sus *Vidas*, haciendo pareja con Numa.

4 está escrito en mi *Vida de Licurgo*[15]. Es por esto por lo que ya
desde época muy antigua los reyes adoptaban continuamente
frente a ellos una rivalidad y una discrepancia hereditarias.
5 Agesilao, en cambio, tomó el camino opuesto: evitaba tener
enfrentamientos y discrepancias con ellos y los colmaba de
atenciones; empezaba todas las actividades con su aprobación;
si ellos lo convocaban, se ponía inmediatamente en marcha,
y siempre que se encontraba concediendo audiencia sentado
en su trono real, se levantaba en cuanto entraban los éforos; a
cada uno de los ciudadanos que eran elegidos de forma vita-
licia para el Consejo de Ancianos, les enviaba como premio
6 un manto y un buey. Aunque parecía que así honraba y acre-
centaba la dignidad de estos cargos, en realidad aumentaba de
forma subrepticia su propio poder, y además daba al reino una
grandeza procedente del afecto que hacia él se sentía.

**5** En las relaciones con los demás ciudadanos se mostraba
más irreprochable como enemigo que como amigo, pues nun-
ca perjudicó de modo injusto a los enemigos, pero ayudaba a
2 sus amigos incluso en las acciones injustas; y se avergonzaba
de no alabar a los enemigos que actuaban correctamente, pero
era incapaz de reprender a los amigos que cometían faltas,
antes bien se sentía orgulloso de ayudarlos y de cometer faltas
junto ellos, pues pensaba que no era deshonrosa ninguna de
3 las ayudas que se prestan a los amigos. Por el contrario, como
era el primero en afligirse ante las desgracias y los fracasos
de sus enemigos y en atender de buen grado sus súplicas, se
4 concilió y se ganó a todo el pueblo. Los éforos, viendo esto
y temiendo su poder, lo multaron acusándolo de que se apro-
5 piaba de los ciudadanos que pertenecían al Estado. Pues del
mismo modo que los filósofos de la naturaleza piensan que si
se eliminase del universo la discordia y la lucha, se detendrían

[15] Sobre la importancia del papel moderador de la *Gerousía* en Esparta, cf. PLUT., *Lic.* 5, 10-14.

los astros, y que la armonía cósmica de todos los seres haría que cesasen el nacimiento y el movimiento de las cosas, así parece que el legislador lacedemonio introduce en el Estado la ambición y la competencia como acicate de la virtud, y desea que siempre haya cierta disputa y rivalidad entre los buenos ciudadanos, ya que la complacencia que cede sin respuesta, es perezosa y no ofrece oposición, no merece recibir el nombre
de concordia[16]. Algunos autores piensan que esto sin duda lo 6
comprendió también Homero, ya que no hubiera representado a Agamenón alegrándose de que Odiseo y Aquiles se insultasen «con terribles palabras»[17] si no pensase que el mutuo deseo de emulación y la disputa entre los mejores no fuesen
un gran bien para el interés común. Sin embargo, no se debe 7
aceptar sin matices esta opinión, pues las rivalidades desmedidas perjudican al Estado y le ocasionan grandes peligros.

Poco después de que Agesilao alcanzase el trono, algu- 6
nos hombres procedentes de Asia anunciaron que el rey persa preparaba una gran flota para expulsar a los lacedemonios del
mar. Lisandro deseaba ser enviado de nuevo hacia Asia para 2
ayudar a los amigos a quienes él había dejado como jefes y soberanos de las ciudades y que, como habían gestionado mal y de manera violenta la situación, habían sido expulsados o asesinados por los ciudadanos[18]; así pues, convenció a

[16] Los filósofos de la naturaleza son los presócraticos; la idea aquí mencionada parece remitir al pensamiento de figuras como Heráclito, cuya filosofía se asentaba en la existencia de opuestos que causaban el perpetuo cambio del mundo, pero sin que este perdiese su unidad, ya que esos opuestos se unían conforme a un principio universal que él denominó *Lógos*.

[17] Cf. *Od.*, VIII, 77.

[18] Lisandro ya había estado en Asia dos veces durante la guerra del Peloponeso: una vez en 407, como *navarca* (jefe de la flota peloponésica) y luego en 406-5, en calidad de vicealmirante, pues la ley prohibía que una misma persona comandase dos veces la flota. Hay en este pasaje, además, una alusión a las llamadas *decarquías*, que eran los duros regímenes oligárquicos que Lisandro impuso en las ciudades que antes habían pertenecido al imperio ateniense; estaban

Agesilao de que se pusiese al frente del ejército y combatiese por Grecia marchándose lejos de ella y anticipándose a los
3 preparativos del bárbaro[19]. Al mismo tiempo Lisandro escribió a sus aliados de Asia con el fin de que le enviasen a Esparta
4 embajadores que reclamasen a Agesilao como general. Agesilao, pues, se presentó ante el pueblo y aceptó ir a la guerra si le proporcionaban treinta generales y consejeros espartiatas, un cuerpo selecto de dos mil *neodamodes* y un ejército aliado de
5 unos seis mil hombres[20]. Con la ayuda de Lisandro aprobaron todas estas peticiones y enviaron a Agesilao con los treinta espartiatas, entre los que sobresalía el propio Lisandro, no sólo por su reputación y virtud, sino también por su amistad con Agesilao, que pensaba que le había hecho un favor más grande al ponerlo al frente de esta expedición que al concederle la propia monarquía.

6 Mientras el ejército se reunía en Geresto, Agesilao descendió personalmente con sus amigos a Áulide, donde pasó la noche y le pareció que una voz le decía en sueños[21]: «Rey de los lacedemonios, que nadie ha sido reconocido general de toda la Grecia unida, salvo antes Agamenón y ahora tú después de él, lo sabes de sobra; puesto que mandas sobre los mismos que él, combates a los mismos enemigos, y partes hacia la guerra desde los mismos lugares, es lógico que tam-

compuestas por diez magistrados (de ahí su nombre) y gracias a ellas Esparta ejercía su hegemonía e intervenía en la política de numerosas ciudades de Grecia y de Asia Menor.

[19] Agesilao partió hacia Asia (concretamente hacia Asia Menor) a comienzos de 396.

[20] Los espartiatas eran el grupo minoritario, selecto y dominante del Estado espartano; a él pertenecían los varones de más de treinta años que, tras superar la *agogé*, disfrutaban de plenos poderes políticos y civiles. Los *neodamodes* eran hilotas recién liberados.

[21] Geresto era un promontorio y un puerto situados al S de la isla de Eubea, que se encontraba frente al Ática y Beocia. Áulide se hallaba en la costa de Beocia, frente a Calcis de Eubea.

bién tú hagas en honor de la diosa el mismo sacrificio que
hizo él entonces antes de zarpar». Inmediatamente le vino a 7
la memoria a Agesilao la inmolación de la joven a la que su
padre sacrificó por obedecer a los adivinos[22]. Sin embargo,
esto no lo desconcertó; se levantó, habló a sus compañeros de
la aparición y dijo que él iba a tributar honores a la diosa me-
diante los sacrificios con los que es justo alabar a la divinidad,
pero que no imitaría la insensibilidad del general de antaño[23]. 8
Y después de coronar con cintas a una cierva ordenó a su
adivino que empezase el sacrificio, cosa que hizo sin respetar
las costumbres de aquel a quien los beocios confían esta tarea.
Cuando los beotarcas se enteraron de este hecho, enfadados, 9
enviaron mensajeros para que prohibiesen a Agesilao que hi-
ciese sacrificios atentando contra las leyes y las costumbres
de los beocios. Ellos le comunicaron estas órdenes y arrojaron
los muslos de las víctimas fuera del altar. Agesilao, pues, se 10
embarcó apesadumbrado, sumamente irritado con los tebanos,
y, debido al augurio, sin esperanza de poder acabar su empresa y
de conducir su expedición hacia la meta fijada.

Cuando llegó a Éfeso, la gran consideración y el poder 7
de los que gozaba Lisandro le resultaron en seguida odiosos
e insoportables. El pueblo acudía continuamente a las puertas
de Lisandro, y todos le rendían pleitesía y le servían; se decía
que, si bien Agesilao era por ley el nombre y la imagen de la
expedición, Lisandro era en la práctica el soberano de todos
y el que podía y lo hacía todo. Ninguno de los generales que 2

---

[22] Según la leyenda, el rey Agamenón, incitado por el adivino Calcante, hubo de sacrificar en Áulide a su hija Ifigenia para mitigar la cólera de la diosa Ártemis y poder así conducir hacia Troya al ejército griego.

[23] La diosa en cuestión es Ártemis. Otros manuscritos recogen, en lugar de «insensibilidad» *(apátheia)* —como hacemos nosotros, de acuerdo con R. Flacelière y K. Ziegler— la lectura «ignorancia» *(amathía)*; esta última posibilidad puede ser también válida, ya que Agamenón desconocía que a los dioses no les agradaban los sacrificios humanos.

habían sido enviados a Asia gozaba de más prestigio y era más temible que Lisandro, ni hombre alguno proporcionó más beneficios a sus amigos y causó más desgracias a sus ene-
3 migos. Estos acontecimientos eran aún recientes y la gente los recordaba. Por otro lado, al ver que Agesilao era sencillo, afable en su trato y cercano al pueblo, mientras que Lisandro poseía la misma violencia, dureza y concisión al hablar que antes, se sometían por completo a la autoridad del segundo y
4 le prestaban atención únicamente a él. En principio, los demás espartiatas a duras penas soportaban verse convertidos más en servidores de Lisandro que en consejeros del rey; después, el propio Agesilao, que ni era envidioso ni se molestaba por el hecho de que otros recibiesen honores, pero que sí era muy ambicioso y competitivo, temía que si él llevaba a cabo acciones brillantes, estas se atribuyesen a Lisandro en virtud de su
5 buena fama. En consecuencia, actuó de la siguiente manera: en primer lugar rechazó a los consejeros propuestos por Lisandro, y desatendía y renunciaba a las empresas en las que este ponía todo su esfuerzo, y en su lugar desempeñaba otras.
6 Después, despachaba sin concederles nada a todos aquellos que acudían a él para pedirle un favor y que él había visto que
7 obedecían sobre todo a Lisandro. Del mismo modo, era preciso que ganasen la causa aquellos a quienes Lisandro perjudicaba en los juicios, y, por el contrario, aquellos a quienes era evidente que Lisandro apoyaba, difícilmente se escapaban de
8 ser condenados. Como estos hechos no se producían por azar sino de manera premeditada y continua, Lisandro, en cuanto conoció el motivo, no se lo ocultó a sus amigos, sino que les decía que por su culpa se los deshonraba y les aconsejaba que fuesen a ponerse al servicio del rey y de aquellos que tenían una autoridad mayor que la suya.

8 Así pues, como parecía que estas actitudes y palabras de Lisandro pretendían suscitar el odio hacia el rey, Agesilao lo nombró su despensero con la intención de ofenderlo todavía

más, y agregó, según se dice, delante de muchas personas: «¡Que vengan estos ahora a cortejar a mi despensero!». Li- 2
sandro le respondió afligido: «A las claras se ve, Agesilao, que sabes bien cómo humillar a tus amigos». «Se ve —dijo Agesilao— que ellos quieren ser más poderosos que yo». Y Lisandro replicó: «Posiblemente tus palabras valgan más que mis acciones. Asígname un cargo y una región donde, sin causarte molestias, pueda serte útil»[24]. A continuación Lisandro 3
fue enviado al Helesponto, y desde la región gobernada por Farnabazo mandó ante Agesilao a un varón persa llamado Espitridates con muchas riquezas y doscientos caballeros[25]. Sin embargo, no aplacó su ira, y, aún resentido, continuó el resto del tiempo tramando cómo arrebatar la realeza a las dos casas reales y extenderla a todos los espartanos. Y se cree que esta 4
disensión hubiera producido una gran revuelta si él no hubiese muerto antes mientras dirigía una campaña en Beocia[26]. Así, 5
las naturalezas ambiciosas, si no se apartan del exceso en las acciones de gobierno, causan más daños que beneficios. Y si 6
Lisandro era insoportable, como en realidad era, y si por culpa de su ambición excedía lo conveniente, sin duda Agesilao tampoco ignoraba que había otra manera menos despreciable

[24] Tanto en el anterior capítulo como en este, PLUTARCO sigue muy de cerca el relato de JENOFONTE acerca de la rivalidad entre Lisandro y Agesilao *(Hel.*, III, 4, 7-10); sin embargo, el historiador ateniense omite el humillante nombramiento de Lisandro como despensero del rey.

[25] El Helesponto se corresponde con el actual estrecho de los Dardanelos. El persa Farnabazo II era el sátrapa de Dascilio, ciudad de la Propóntide (Frigia del Helesponto); durante la guerra del Peloponeso apoyó a los lacedemonios, pero una vez que estos lograron la victoria, vio peligrar sus intereses en Asia Menor y terminó por unirse a los atenienses para acabar con la hegemonía espartana. Espitridates se había enemistado con Farnabazo porque este pretendía casarse con la hija del rey persa y tomar a la hija de Espitridates sin matrimonio, es decir, como concubina (cf. JEN. *Hel.* III 4, 10 y *Ages*, 3, 3).

[26] Lisandro murió en 395 en la batalla contra los tebanos que tuvo lugar en Haliarto, ciudad beocia al S del lago Copais, entre Tebas y Orcómeno; sobre la muerte de Lisandro, cf. JEN. *Hel*, III 5, 17-19.

de corregir a un hombre renombrado y a un amigo que había
7 cometido un error. Pero parece que, llevados por una misma pasión, ni el uno reconocía la autoridad del jefe, ni el otro soportaba la ingratitud de parte de un amigo.

9 En principio Tisafernes, por temor a Agesilao, firmó con él un tratado en virtud del cual el rey tenía que conceder la independencia a las ciudades griegas; pero más tarde, convencido de que tenía fuerzas suficientes, le declaró la guerra[27]. Agesilao
2 aceptó con agrado esta declaración, pues tenía puestas grandes esperanzas en esta campaña, y consideraba indignante que los Diez Mil, bajo el mando de Jenofonte, hubiesen alcanzado el mar después de haber derrotado al rey cuantas veces quisieron, y que en cambio él, el jefe de los lacedemonios, dueños de la tierra y del mar, no hubiera aún demostrado ante
3 los griegos ningún hecho digno de memoria[28]. De inmediato, pues, para vengarse del perjurio de Tisafernes mediante un engaño legítimo, hizo ver que se dirigía hacia Caria[29]. Cuando el ejército del bárbaro se reunió allí, levantó el campamento
4 e invadió Frigia[30]. Tomó numerosas ciudades y se apoderó de abundantes riquezas, demostrando a sus amigos que violar un tratado es despreciar a los dioses, pero que engañar con falsos cálculos a los enemigos no solo es una acción justa,

---

[27] Tisafernes era el sátrapa de Sardes, la capital del reino de Lidia, y el comandante en jefe del ejército persa en Asia Menor. Sobre el pacto firmado entre Agesilao y Tisafernes y su ruptura, cf. JEN., *Hel*, III 4, 5-6 y 11 ss.

[28] Los Diez Mil fueron la famosa expedición de mercenarios griegos que el príncipe persa Ciro el Joven contrató en 401 para destronar a su hermano Artajerjes II, ascendido al trono a principios de 404; Esparta contribuyó a este ejército con setecientos mercenarios a las órdenes de Quirisofonte. En ella desempeñó un papel destacado el historiador ateniense Jenofonte, quien además nos ha dejado el relato más completo de esta expedición en su obra *Anábasis*.

[29] Caria, región de Asia Menor situada al S de Lidia, perteneció a la satrapía de Sardes hasta la muerte de Tisafernes.

[30] Se trata, concretamente, de la Frigia del Helesponto, de la que era sátrapa Farnabazo.

sino que también proporciona una gran gloria y un beneficio no exento placer.

Como la caballería había sufrido un revés[31] y las víctimas 5
del sacrificio habían aparecido sin lóbulo[32], regresó a Éfeso y
reclutó una sección de caballería ordenando a los ricos que, si
no querían prestar servicio militar, cada uno proporcionase a
cambio un caballo y un hombre. Como los ricos eran muchos, 6
Agesilao consiguió reunir rápidamente muchos y belicosos
caballeros en lugar de hoplitas cobardes. [Pues los que no que-
rían prestar servicio pagaban a los que sí querían, y los que no
querían ser caballeros pagaban a quienes sí querían serlo.][33] Sin 7
duda Agesilao creía que Agamenón había actuado de manera
correcta al aceptar una buena yegua a cambio de eximir del
servicio militar a un hombre cobarde y rico[34]. Cuando por or- 8
den de Agesilao los vendedores del botín desnudaron a los prisioneros de guerra y los pusieron a la venta, surgieron muchos compradores de sus vestidos, pero sus cuerpos, completamente blancos y débiles, acostumbrados a una vida a la sombra, fueron objeto de burla por carecer de utilidad y de valor; Agesilao, presentándose allí, dijo: «Es contra estos hombres contra quienes combatís, y estas las cosas por las que combatís».

En cuanto se presentó el momento oportuno de conquistar 10
de nuevo el territorio enemigo, anunció abiertamente que se dirigía hacia Lidia[35]. Esta vez ya no embaucó a Tisafernes; fue el propio Tisafernes quien se engañó a sí mismo, pues desconfiaba de Agesilao a causa del engaño anterior, y ahora

[31] Plutarco alude aquí al revés sufrido por los jinetes de Agesilao cerca de Dascilio, donde murieron trece de ellos a manos de los jinetes de Farnabazo (cf. JEN. *Hel*, III 4, 13-14).

[32] Signo de mal agüero.

[33] Este pasaje entre corchetes es posible que sea una glosa introducida erróneamente en el texto.

[34] Cf. *Ilíada* XXIII, 295-299.

[35] Lidia era un reino de Asia Menor, situado en el centro del extremo occidental de la península (actual Turquía). Esta campaña comenzó en la primavera de 395.

pensaba que el espartano atacaría realmente Caria, ya que él
era muy inferior en caballería y este era un lugar desfavorable
2 para combatir a caballo. Cuando Agesilao, como había anun-
ciado, llegó a la llanura de Sardes[36], Tisafernes se vio obligado
a salir apresuradamente de allí para prestar ayuda, y al cruzar
la región con la caballería destruyó a muchos de los griegos
3 que saqueaban en desorden la llanura. Agesilao, al saber que
los enemigos no disponían del apoyo de la infantería, y una
vez que a él no le faltaba ninguna de sus tropas, se apresuró
a combatir. Tras mezclar la infantería ligera con los jinetes,
les ordenó que se pusiesen en marcha con la mayor veloci-
dad posible y que atacasen a los enemigos, y él en persona
4 condujo a los hoplitas[37]. Los bárbaros fueron puestos en fuga;
los griegos, por su parte, los persiguieron, tomaron su cam-
5 pamento y dieron muerte a muchos de ellos. Tras esta batalla
no sólo pudieron saquear y devastar sin temor el país del rey
de Persia, sino también ver cómo recibía castigo Tisafernes,
6 hombre miserable y el mayor enemigo de la raza griega. En
efecto, el rey de Persia le envió de inmediato a Titraustes,
quien, después de decapitar a Tisafernes, pidió a Agesilao que
firmasen un tratado y que se marchase de vuelta a su patria, y
7 le hizo llegar cierta cantidad de dinero[38]. Agesilao respondió
que era Esparta la que tenía en sus manos la paz, y que le era
más grato enriquecer a sus soldados que proporcionarse rique-
zas a sí mismo; y, por otro lado, que los griegos consideraban
hermoso arrebatar los despojos a los enemigos, y no recibir
8 regalos de su parte. Sin embargo, como deseaba complacer a
Titraustes, puesto que había castigado a Tisafernes, el enemigo
común de los griegos, trasladó su ejército a Frigia y recibió de
él treinta talentos como provisión para el viaje.

[36] Sardes era la capital de Lidia.
[37] Los hoplitas eran los soldados de infantería pesada.
[38] El persa Titraustes sustituyó a Tisafernes en la satrapía de Lidia.

Mientras estaba en camino recibió de las autoridades de Esparta una *escítala* en la que se le ordenaba ponerse también al frente de la flota[39] (excepto Agesilao, nadie recibió antes este honor). Era considerado, por unanimidad, el hombre más importante y más brillante de entre sus contemporáneos, como ha dicho en alguna parte Teopompo[40]. Sin embargo, él mismo se enorgullecía más de su virtud que de sus cargos. Al nombrar a Pisandro jefe de la flota parece que cometió un error, porque, aun disponiendo de hombres más experimentados y más inteligentes, no miró por el bien de la patria y le concedió a este el mando de la flota para honrar a su familia y complacer a su mujer, que era hermana de Pisandro[41]. 9 10 11

11 Mientras conducía el ejército por el país gobernado por Farnabazo encontró de todo en abundancia y reunió muchos bienes. Llegó hasta Paflagonia, donde se ganó el apoyo de Cotis, el rey de los paflagonios, que deseaba entablar amistad con él debido a su virtud y a su fidelidad[42]. Espitridates, 2

[39] La *escítala* era el sistema de codificación utilizado por los éforos espartanos para enviar mensajes secretos: consistía en dos varas del mismo grosor que se entregaban a los destinatarios; para enviar un mensaje se enrollaba una cinta de forma espiral a uno de los bastones y se escribía el mensaje longitudinalmente, de manera que en cada vuelta de cinta apareciese una letra. Una vez escrito el mensaje, se desenrollaba la cinta y se enviaba al receptor, que solo tenía que enrollarla a la vara gemela para leer el mensaje. PLUTARCO da una descripción detallada de este particular modo de comunicación en su *Vida de Lisandro*, 19.

[40] Se trata del historiador Teopompo de Quíos (nacido aproximadamente en 380), autor de unas *Helénicas* y unas *Filípicas* de las que solo se conservan fragmentos (recogidos en JACOBY, FGH núm. 115).

[41] El navarca Pisandro, cuñado de Agesilao —pues este estaba casado con Cleora, hermana de aquel (véase más abajo, 19, 10) combatió contra la flota grecofenicia comandada por Farnabazo y Conón, y murió en la batalla de Cnido, que tuvo lugar en 394 (cf. JEN., *Hel*, IV 3, 10 ss.).

[42] Paflagonia, región de Asia Menor (hoy Turquía), se hallaba en el centro-norte de Anatolia y limitaba al N con las colonias griegas del Mar Negro. En cuanto al nombre del rey de los paflagonios, otros manuscritos lo llaman *Otis* (así aparece en las *Helénicas* de JENOFONTE). Sobre el matrimonio entre Cotis y la hija de Espitridates, cf. JEN. *Hel*, IV 1, 4-15.

que tras desertar del bando de Farnabazo se había dirigido en primer lugar a Agesilao, le acompañaba siempre en sus desplazamientos y expediciones[43]. Tenía este un hijo muy hermoso, Megabates, de quien, siendo un niño, se enamoró completamente Agesilao, y una hermosa hija, virgen en edad
3 de matrimonio. Agesilao convenció a Cotis de que se casara con esta y, tras recibir de él mil caballeros y dos mil peltastas, volvió de inmediato a Frigia y arrasó el país de Farnabazo[44]. Este, en lugar de aguardar y de confiar en sus fortificaciones, se marchó llevando siempre consigo la mayoría de los bienes que más estimaba y quería, y huyó cambiando constantemente de lugar dentro del país, hasta que Espitridates, que lo había espiado y que se había asociado con el espartiata Herípidas,
4 tomó el campamento y se apoderó de todos sus bienes[45]. Allí mismo Herípidas examinó minuciosamente los bienes robados y obligó a los bárbaros a que los devolviesen, y al supervisarlo e investigarlo todo irritó a Espitridates hasta tal punto que este
5 se fue enseguida a Sardes con los paflagonios[46]. Se dice que este hecho afectó a Agesilao más que todos los demás. Le dolió haber perdido a un hombre valeroso como Espitridates, y con él a un ejército considerable, y se avergonzaba de las falsas acusaciones de mezquindad y de avaricia, contra las que ponía todo su empeño, a fin de mantener siempre limpio no
6 sólo su nombre, sino también el de su patria. Aparte de estas causas manifiestas, le atormentaba no poco el amor que el joven le inspiraba, aunque, por pundonor, en su presencia se

[43] Sobre Espitridates, véase más arriba, 8, 3 y nota 25.

[44] Los peltastas eran los soldados de infantería ligera.

[45] Herípidas era el jefe de la expedición espartana y, como tal, tenía derecho absoluto para intervenir sobre el botín.

[46] En efecto, Espitridates y los paflagonios se habían llevado gran parte de los bienes arrebatados a Farnabazo; Espitridates, indispuesto con Herípidas, se marchó a Sardes junto al persa Arieo, que en esa época era delegado de Titraustes en la satrapía de Sardes (cf. Jen., *Hel,* IV 4, 26-27).

esforzaba enérgicamente por combatir su deseo. Un día que 7
Megabates se le acercó para saludarlo y besarlo, se apartó
de él; como el joven, avergonzado, desistió de su intento, y
desde ese momento lo saludaba desde lejos, Agesilao, afligido
y arrepentido de haber rehuido el beso, fingía sorprenderse y
sufrir porque Megabates no le había saludado con un beso;
«Tú eres el culpable —le decían sus familiares—; en vez de 8
permitírselo, rehuiste el beso del hermoso joven como si tu-
vieses miedo; aún ahora se le podría convencer para que venga
a besarte, pero no vayas a acobardarte de nuevo». Así pues, 9
después de pensar y guardar silencio durante un momento,
dijo: «No es preciso que lo convenzáis, pues yo mismo creo
que volver a entablar ese combate por el beso me resultará
más agradable que si se convirtiese en oro todo lo que tengo
a la vista». Así se comportaba Agesilao en presencia de Mega- 10
bates; sin embargo, cuando se marchó, quedó tan consumido
por su deseo que resulta difícil decir si habría soportado no
dejarse besar en el caso de que Megabates hubiera regresado
y hubiera vuelto a presentarse ante él.

Después de esto, Farnabazo deseaba entrevistarse con él, 12
y los reunió Apolófanes de Cízico, que era huésped de am-
bos[47]. El primero en llegar al lugar del encuentro acompañado 2
de sus amigos fue Agesilao, quien, echándose a la sombra en
la hierba espesa, esperaba allí a Farnabazo. Cuando este llegó, 3
se dispusieron para él pieles blandas y alfombras bordadas;
mas, avergonzado al ver a Agesilao sentado de aquella ma-
nera, también él se reclinó tal como estaba, en el suelo sobre
la hierba, aunque vestido con una ropa de finura y colores
admirables. Después de saludarse, Farnabazo no carecía de 4
argumentos justos, pues a pesar de los numerosos e importan-
tes servicios que él había prestado a los lacedemonios en la

[47] Cízico era una ciudad de la Propóntide; sobre la entrevista entre Agesilao y Farnabazo, cf. JEN., *Hel*, IV 1, 29.

guerra contra los atenienses, ellos devastaban ahora su país[48];
5 Agesilao, viendo que los espartiatas que lo acompañaban aga-
chaban por vergüenza la cabeza hacia el suelo y se mostraban
confusos porque veían que Farnabazo había sido tratado in-
6 justamente, dijo: «Al principio nosotros, Farnabazo, cuando
éramos amigos del rey, tratábamos amistosamente sus pose-
siones; pero ahora que nos hemos convertido en sus enemi-
gos, las tratamos como enemigos. Así pues, como vemos que
también tú deseas ser una de las posesiones del rey, es lógico
7 que lo injuriemos a él a través de ti; ahora bien, desde el día
en que estimes conveniente ser llamado amigo y aliado de los
griegos más que esclavo del rey, considera que esta falange,
las armas, las naves y todos nosotros somos guardianes de
tus bienes y de tu libertad, sin la cual no hay nada hermoso ni
8 envidiable para los hombres». A continuación Farnabazo le
revela sus intenciones: «Yo —dijo—, si el rey enviase a otro
general, estaría con vosotros; pero si él me concede el mando
del ejército, pondría todo mi ardor en castigaros y dañaros en
9 nombre del rey». Al escuchar esto Agesilao se sintió compla-
cido y, tomando su mano derecha, se levantó y le dijo: «Ojalá,
Farnabazo, que un hombre como tú fuera nuestro amigo más
que nuestro enemigo».

13 Cuando Farnabazo se marchó junto a sus amigos, su hijo
se quedó atrás, corrió ante Agesilao y sonriendo le dijo: «Yo
a ti, Agesilao, te hago mi huésped», y le dio la jabalina que
2 llevaba en la mano. Agesilao la aceptó y, complacido por el
aspecto y la amabilidad del joven, miró a los presentes por
si alguno tenía algún regalo que se pudiese dar a cambio al
bello y noble joven. Al ver que el caballo del secretario Ideo

[48] En efecto, como refiere Tucídides (VIII, 6, 1), Farnabazo, en 413, durante la guerra del Peloponeso, había enviado embajadores a Lacedemonia para persuadir a los espartanos de que llevasen sus naves al Helesponto con el fin de sublevar contra los atenienses a las ciudades griegas que se encontraban bajo su jurisdicción.

estaba adornado con jaeces, rápidamente los cogió y se los dio al joven. En adelante no dejó de acordarse de él, y cuando 3 pasado un tiempo sus hermanos lo expulsaron de su casa y lo mandaron al destierro en el Peloponeso, Agesilao le prestó numerosas atenciones y le ayudó también en algunas de sus relaciones amorosas. En cierta ocasión se enamoró de un 4 joven atleta de Atenas que, como era grande y fuerte, corría el peligro de ser excluido de los juegos olímpicos; el persa acudió a Agesilao para suplicarle por el joven, y Agesilao, que quería complacerlo también en esto, con grandes dificultades y tras muchos esfuerzos cumplió su petición[49]. Pues aunque era 5 por lo general impecable y respetuoso con las leyes, en lo que se refiere a la amistad pensaba que cumplir lo estrictamente justo era un simple pretexto. A este respecto se menciona una carta que escribió al cario Hidrieo, donde decía lo siguiente: «Si Nicias no es culpable, déjalo ir; pero si lo es, déjalo ir por mí; en cualquier caso, déjalo ir». Así actuaba en la 6 mayoría de los casos Agesilao para ayudar a sus amigos; aunque a veces aprovechaba las circunstancias para su propio provecho, como demostró una vez que se produjo una retirada tumultuosa en la que abandonó a un joven enfermo al que amaba. Entre súplicas, este lo llamaba cuando se marchaba; 7 Agesilao se dio la vuelta y le dijo que era difícil tener piedad y al mismo tiempo ser prudente. Así cuenta esta anécdota el filósofo Jerónimo[50].

[49] En todo este pasaje Plutarco sigue a JENOFONTE *(Hel*, IV 39-40), quien nos aporta algunos detalles omitidos por Plutarco: el hijo de Farnabazo aquí citado, cuyo nombre no se da, era hijo de su mujer Parapita; tras el ascenso al trono del otro hijo de Farnabazo, Ariobarzanes, el otro fue desterrado a Esparta, donde gracias a Agesilao logró que admitiesen en la carrera infantil de Olimpia a su amante, un hijo del ateniense Evalces, aunque este sobrepasaba la estatura permitida.

[50] Se trata del filósofo peripatético Jerónimo de Rodas, que vivió entre 290 y 230 a. C., autor de unos *Recuerdos históricos* (fragmentos en WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles*, 10, 1969).

14 La expedición se acercaba ya a su segundo año, y la fama
de Agesilao se había difundido notablemente por Persia, donde
gozaba de una extraordinaria consideración gracias a su pru-
2 dencia, sencillez y moderación[51]. Durante sus viajes acampaba
por propia iniciativa en los santuarios más sagrados, haciendo
a los dioses espectadores y testigos de esas acciones nuestras
que pocas personas tienen permitido ver[52]. Entre tantos miles
de soldados no hubiera sido fácil ver un lecho más modesto
3 que el de Agesilao. Ante el calor y el frío, parecía que sólo
él tenía una naturaleza adecuada para soportar las estaciones
4 dispuestas por la divinidad. Pero para los griegos que habi-
taban en Asia el espectáculo más agradable era ver cómo los
gobernadores y los generales que antes eran violentos e inso-
portables y que se perdían por la riqueza y el lujo, temían y
servían a un hombre que iba y venía con un simple manto,
y cómo ante una concisa y lacónica palabra suya se contenían y
cambiaban de conducta, hasta el punto de que a muchos les
venía al pensamiento el verso de Timoteo: «Ares es un tirano;
pero Grecia no teme al oro»[53].

15 Como Asia se había sublevado y se habían producido de-
fecciones en numerosos puntos, Agesilao puso en orden las
ciudades de la zona y, después de restituir la legalidad a los
estados sin provocar muertes ni destierro de personas, decidió
marchar hacia delante, llevar la guerra lejos del mar griego y
obligar al Rey a combatir por su persona y por el bienestar de
Ecbatana y Susa[54]; para ello, en primer lugar había que sacarlo

---

[51] La expedición asiática de Agesilao comenzó la primavera de 396 y acabó el verano de 394.

[52] Alusión a las relaciones sexuales, que estaban prohibidas en los santuarios.

[53] Verso del poeta Timoteo de Mitilene (450-360); es el fr. 790 Page.

[54] Ecbatana, la capital de Media, emplazada a orillas del río Orontes, era la residencia de verano de los reyes persas; Susa era la capital del Imperio persa, situada a SO del actual Irán.

de su inactividad con el fin de que no pudiera arbitrar, sentado en su trono, las guerras entre los griegos ni corromper a los gobernantes del pueblo. En este momento se presenta ante él 2 el espartiata Epicídidas anunciándole que en Grecia ha estallado una gran guerra contra Esparta y que los éforos lo llaman y le ordenan que acuda en ayuda de la patria[55].

«¡Griegos, inventores de males bárbaros!»[56]. En efecto, 3 ¿qué nombre podría recibir aquel ánimo de discordia, la coalición y la asociación de unos griegos contra otros? Fueron ellos quienes acabaron con el ascenso de su fortuna y volvieron contra sí mismos las armas dirigidas contra los bárbaros y la guerra que ya habían alejado de Grecia. En lo que a mí 4 respecta, no estoy de acuerdo con el corintio Demarato cuando dice que los griegos que no pudieron ver a Alejandro sentado en el trono de Darío, se vieron privados de un gran placer[57]; al contrario, pienso que ellos llorarían con razón si pensasen que quienes habían dejado este éxito en manos de Alejandro y de Macedonia fueron aquellos que entonces acabaron con los ejércitos griegos en Leuctra, en Coronea, en Corinto y en Arcadia[58]. Agesilao, sin embargo, no hizo nada mejor ni más 5 grande que aquella retirada, ni jamás existió otro ejemplo más

---

[55] La «gran guerra contra Esparta» aquí mencionada es la guerra de Corinto, que había estallado en la Grecia continental en 395, es decir, un año antes de que Agesilao iniciase sus preparativos para marchar sobre Susa y Ecbatana; dicha guerra enfrentó a Esparta con la coalición integrada por Beocia, Corinto, Atenas y Argos.

[56] Verso pronunciado por Andrómaca en las *Troyanas* de EURÍPIDES (v. 764).

[57] Cf. PLUT., *Alej.* 37, 7, y 56, 1.

[58] Alusión a distintas guerras entre griegos: la de Leuctra tuvo lugar en 371 (cf. caps. 28, 29 y 30); la de Coronea, en 394 (cf. caps. 18 y 19), y la de Corinto entre 395 y 386 (cf. caps. 21 y 22); en cuanto a la «batalla de Arcadia» aquí mencionada, es posible que se corresponda con la de la ciudad arcadia de Mantinea (362), o tal vez —como proponen FLACELIÈRE-CHAMBRY en su edición, pág.113— con la invasión de Arcadia por Agesilao en 370 y de la que se habla más abajo (cf. 30, 1).

6 hermoso de obediencia y de respeto a las leyes[59]. Pues Aníbal, que ya se encontraba en situación adversa y a punto de ser expulsado de Italia, muy a duras penas obedeció a los que le reclamaban para llevar la guerra en su patria[60]; Alejandro, por su parte, habló en tono de burla cuando se enteró de la guerra de Antípatro contra Agis, diciendo: «Parece, señores, que mientras nosotros derrotábamos aquí a Darío, allí, en Arcadia, se ha producido una guerra de ratones»[61]. Así, es justo considerar dichosa a Esparta por el respeto que Agesilao mostró hacia
7 ella y por su cumplimiento de las leyes. En cuanto recibió la *escítala*[62], abandonó la situación favorable y la extraordinaria fuerza de que disponía, renunció a las grandes esperanzas que le inducían a seguir adelante, e inmediatamente se embarcó, «con su empresa inacabada»[63], dejando con mucho pesar por su parte a los aliados, y sobre todo refutando el argumento de Erasístrato, el hijo de Féace, que decía que los lacedemonios
8 son mejores en público y los atenienses en privado. Pues si él se mostró extraordinario como rey y como general, se reveló como un hombre todavía mejor y más amable en las relaciones privadas que mantenía con sus amigos y familiares. Como la moneda persa tenía como marca un arquero, Agesilao, tras levantar el campamento, dijo que el rey lo había expulsado de Persia con treinta mil arqueros, pues este fue el número de monedas que habían sido llevadas a Atenas y a Tebas y que se habían distribuido entre los jefes políticos con el fin de arrastrar a los pueblos a la guerra contra los espartanos.

[59] Cf. PLUT., *Pomp.* 82, 5-6.

[60] En 203, Cartago reclamó la presencia de Aníbal, que se hallaba cerca de Roma cuando Publio Cornelio Escipión Africano trasladó la guerra a África.

[61] Alusión a la batalla que tuvo lugar en el otoño de 331 en la ciudad arcadia de Megalópolis, en la que el rey espartano Agis III, al frente de la coalición peloponésica, fue derrotado por Antípatro, regente de Macedonia en ausencia de Alejandro.

[62] Sobre la *escítala*, véase más arriba, 10, 9 y nota.

[63] *Ilíada*, IV, 175.

16 Cuando hubo cruzado el Helesponto, atravesó Tracia, sin pedir permiso a ninguno de los pueblos bárbaros, y enviando mensajeros a cada uno de ellos se informaba de si pasaría
el país como amigo o como enemigo. Todos los demás lo 2
recibieron amistosamente y le escoltaron, cada uno según sus fuerzas; pero los llamados tralos, a quienes Jerjes, según se dice, también había dado regalos, le pidieron a Agesilao como pago por el paso cien talentos de plata y otras tantas mujeres[64].
Él les respondió diciéndoles en tono de burla: «¿Por qué, en- 3
tonces, no habéis venido enseguida a cogerlos?»; prosiguió su camino y, al encontrárselos dispuestos en orden de batalla,
los puso en fuga y mató a muchos. Hizo formular esta misma 4
pregunta al rey de los macedonios, que contestó que iba a deliberar. «Pues bien —dijo Agesilao— que delibere; nosotros sigamos ahora mismo nuestro camino». El rey, sorprendido y atemorizado por su atrevimiento, ordenó que pasara en calidad
de amigo. Como los tesalios eran aliados de los enemigos, 5
devastó su país[65]. No obstante, envió hacia Larisa a Jenocles y a Escites en son de amistad; pero ambos fueron apresados y encarcelados[66]. Los demás consejeros, indignados, pensaron que era preciso que Agesilao acampase delante de Larisa y la sitiase; pero él declaró que ni siquiera la toma de Tesalia entera podría compensarle por la muerte de uno de esos dos hombres, y mediante la firma de un tratado hizo que se los
devolvieran. Y tal vez no deba sorprendernos esta actitud en 6
Agesilao, quien, al enterarse de que en Corinto se había producido una gran guerra, de que hombres muy renombrados habían muerto en un espacio de tiempo muy corto, y de que

---

[64] Los tralos eran un pueblo tracio.

[65] La región deTesalia se hallaba en la Grecia central, al S de Macedonia.

[66] Larisa era la capital de Tesalia. Los espartiatas Jenocles y Escites habían combatido, a las órdenes de Agesilao, contra Tisafernes en la batalla del río Pactolo, en Lidia, el primero como jefe de la caballería y el segundo al frente de los hoplitas *neodamodes* (cf. Jen., *Hel.* III 4, 20).

las pérdidas totales de los espartiatas habían sido pocas y mu-
chas las de los enemigos[67], no se mostró ni alegre ni contento,
sino que emitió un profundo suspiro y exclamó: «¡Ay de ti,
Grecia, a cuántos hombres has matado con tus propias manos!
Si ellos viviesen, serían capaces de vencer en combate a todos
7 los bárbaros juntos». Como los farsalios le atacaban y hacían
mella en su ejército, ordenó que quinientos caballeros atacasen
junto a él, y, tras poner en fuga al enemigo, erigió un trofeo
8 al pie del Nartacio[68]. Aquella victoria le produjo una alegría
especial, porque, disponiendo la caballería a su manera, había
vencido solo con ella a quienes se jactan de ser los mejores
en el arte ecuestre[69].

17 Allí se encontró con él el éforo Dífridas, que había venido
desde Esparta para ordenarle que invadiese inmediatamente
2 Beocia[70]. Agesilao, aunque tenía la intención de hacer esto
más tarde, con un contingente mayor, creía que no debía des-
obedecer a los magistrados, y dijo a los que se encontraban
con él que se acercaba el día que había motivado su partida
de Asia; además, hizo venir dos batallones de los que esta-
3 ban acampados delante de Corinto. Los lacedemonios de la
ciudad, que lo estimaban, hicieron una convocatoria pública
para que se inscribiesen los jóvenes que deseasen ir en ayuda
del rey. Todos se inscribieron solícitamente; los magistrados
eligieron a los cincuenta más fuertes y vigorosos y los envia-
4 ron. Agesilao dejó atrás las Termópilas y atravesó la Fócide,

[67] Según Jenofonte *(Hel.*, IV, 3, 1, y *Ages.*, 7, 5), en la batalla de Corinto solo murieron ocho espartiatas.

[68] Los farsalios habitaban Fársalo, ciudad de Tesalia. El Nartacio era un monte de esa misma región.

[69] Jenofonte relata con más detalles los combates de Agesilao en Tesalia (cf. *Hel.* IV 3, 3-9).

[70] El éforo Dífridas es el mismo que, en 390, fue enviado por Esparta como estratego a Asia Menor y cuyas virtudes militares alaba Jenofonte (cf. *Hel.*, IV, 8, 21).

que era aliada[71]; en cuanto entró en Beocia y acampó cerca de Queronea, el sol se eclipsó y adoptó forma de media luna, y en ese mismo momento se enteró de que Pisandro había muerto en batalla naval cerca de Cnido, derrotado por Farnabazo y Conón[72]. Ante estas noticias Agesilao, como es natural, se afligió, tanto por el hombre como por la ciudad, pero para que el abatimiento y el miedo no invadiesen a los soldados que marchaban hacia el combate, ordenó a los que venían del mar que dijesen lo contrario, que habían ganado en la batalla naval, y adelantándose él mismo con una corona sobre la cabeza hizo sacrificios en señal de agradecimiento y envió porciones de las víctimas a sus amigos.

Después de seguir su camino y de llegar a Coronea, Agesi- 18
lao, cuando vio a los enemigos y fue visto por ellos, colocó su ejército en orden de batalla, dando el ala izquierda a los orcomenios y poniéndose él mismo al frente del ala derecha[73]. Los propios tebanos tenían el ala derecha, y los argivos la
izquierda. Dice Jenofonte que no hubo en aquella época otra 2

[71] El desfiladero de las Termópilas, entre el mar y las alturas del Calidromo, comunicaba la Grecia del Norte con la del centro. La región de Fócide se hallaba en el centro de Grecia, al N de Beocia.

[72] Queronea, la ciudad natal de Plutarco, se encontraba en la frontera beocia con la Fócide. En agosto de 394, en Cnido, ciudad de Asia Menor situada en la extremidad de un largo promontorio unido a la costa de Caria, tuvo lugar la batalla en la que murió Pisandro, cuñado de Agesilao y navarca de la flota lacedemonia (cf. 10, 11); la flota enemiga, formada por naves griegas y fenicias, la comandaban el sátrapa Farnabazo y el general ateniense Conón, quien, tras ser derrotado por Lisandro en Egospótamos (405), se había exiliado en Chipre y se había puesto al servicio de Persia. Sobre la batalla de Cnido, cf. JEN., *Hel.* IV 3, 10-14.

[73] Coronea, ciudad beocia situada al SO del lago Copais, fue, en 394 a. C. —pocos días después de la derrota de Cnido—, el escenario de la batalla que enfrentó a los lacedemonios con una alianza antiespartana integrada por beocios, atenienses, argivos, corintios, eubeos, enianos, locrios opuntios y locrios ózolos; los espartanos, por su parte, contaron, entre otros, con el apoyo de media compañía y hoplitas de la ciudad beocia de Orcómeno. Más detalles sobre la batalla de Coronea en JEN., *Hel.* IV 3, 15-20.

guerra comparable a esta[74]; él mismo, tras regresar de Asia, estuvo presente en ella combatiendo en el bando de Agesilao.
3 El primer choque no produjo un gran movimiento ni ningún enfrentamiento notable; no obstante, los tebanos pusieron inmediatamente en fuga a los orcomenios, y Agesilao a los
4 argivos. Pero cuando ambos oyeron que el ala derecha había sido aplastada y emprendía la huida, se dieron la vuelta. En ese momento Agesilao pudo lograr sin peligro la victoria si hubiese querido eludir el combate de frente con los tebanos y golpearlos cuando, en el curso de la persecución, pasasen ante él; sin embargo, dejándose llevar por su coraje y su deseo de vencer, avanzó de frente contra ellos con la intención de
5 rechazarlos por la fuerza. Estos lo recibieron con no menos ímpetu, y se produjo una violenta batalla en toda la línea del ejército, más violenta aún en el lugar en que él estaba dispuesto junto a los cincuenta, que parecían haber encontrado
6 el momento oportuno para rivalizar por salvar al rey[75]. Aunque lucharon y afrontaron los peligros con ardor, no fueron capaces de mantenerlo indemne: Agesilao recibió en su persona y a través de su armadura muchas heridas de lanza y de espada, pero gracias a sus esfuerzos lograron sacarlo de allí con vida; apretándose unos contra otros delante de él, mataron a mu-
7 chos enemigos y cayeron muchos de los suyos. Sin embargo, como era una dura tarea rechazar y desbaratar a los tebanos, los lacedemonios se vieron obligados a hacer precisamente lo
8 que desde un principio no querían hacer: abrieron la falange y dejaron pasar al enemigo; a continuación, cuando ya los tebanos se aproximaban en completo desorden después de haber atravesado sus filas, los persiguieron, corrieron a su lado y
9 les golpearon por los flancos. Los tebanos, sin embargo, no

[74] Cf. JEN., *Hel.* IV 3, 16, y *Ages.*, 2, 9.

[75] En su relato de la batalla de Coronea (cf. nota 77) JENOFONTE no menciona a estos cincuenta espartiatas.

emprendieron la huida, sino que se retiraron al Helicón, muy orgullosos de aquel combate, pues pensaban que, en lo que a ellos se refería, habían salido invictos[76].

Aunque Agesilao había quedado maltrecho a causa de las 19
numerosas heridas, no se retiró a su tienda hasta que fue llevado en camilla por la falange y vio que los cadáveres habían
sido transportados dentro del campamento. No obstante, orde- 2
nó que se permitiese salir a todos los enemigos que se habían refugiado en el santuario; cerca de allí, en efecto, se encuentra el templo de Atenea Itonia, delante del cual se alzaba un trofeo que habían colocado antiguamente los beocios cuando, bajo el mando de Espartón, vencieron allí a los atenienses y mata-
ron a Tólmides[77]. A la mañana siguiente, Agesilao, queriendo 3
comprobar si los tebanos volverían a combatir, ordenó coronar a los soldados, tocar la flauta a los flautistas, erigir y adornar
un trofeo como suelen hacer los vencedores. Cuando los ene- 4
migos enviaron mensajeros para pedirle permiso para recoger a sus muertos, Agesilao firmó con ellos una tregua, y tras asegurarse de ese modo la victoria, se trasladó a Delfos, donde se estaban celebrando los juegos píticos, organizó la procesión en honor del dios y le ofreció la décima parte del botín conseguido en Asia, cuyo valor ascendía a cien talentos[78].

Cuando regresó a su patria, sus conciudadanos le mos- 5
traron inmediatamente su afecto y le brindaron toda su admi-

---

[76] El Helicón, el monte de las Musas, se hallaba en la región de Beocia.

[77] PLUTARCO alude aquí a otra batalla que tuvo lugar en Coronea en el año 447 y que enfrentó a Atenas con Tebas; en ella los beocios, junto con aliados orcomenios, locros y eubeos, derrotaron al ejército ateniense encabezado por Tólmides, que murió en el combate (cf. TUC., 1, 113). El templo de Atenea Itonia (epíteto aplicado a la diosa por ser Itono el fundador de su culto en Beocia) era el centro religioso de la confederación beocia.

[78] Los juegos píticos en honor del dios Apolo se celebraban cada cuatro años —concretamente en el mes de septiembre— en Delfos, ciudad de la Fócide, al NO de Beocia, donde se hallaban el santuario y el oráculo de Apolo más importantes de Grecia.

6 ración por su conducta y su modo de vida. Pues él no volvió del extranjero cambiado, como la mayoría de los generales, fascinado por las costumbres de otros pueblos, descontento con las de su propio país y reacio a someterse al yugo; por el contrario, siguió respetando y amando sus tradiciones igual que los que nunca habían atravesado el Eurotas[79], y no hizo cambio alguno en su comida, ni en sus baños, ni en el aseo personal de su mujer, ni en el adorno de las armas, ni en el mobiliario de su casa, donde dejó las mismas puertas, que eran tan antiguas que podría creerse que eran aquellas que había
7 colocado allí Aristodemo[80]. Dice Jenofonte que el *kannathron*
8 de su hija no era más suntuoso que el de las demás[81]. (Ellos llaman *kannathron* a las sillas de madera con forma de grifo o de mitad macho cabrío mitad ciervo en las que transportaban
9 a las niñas durante las procesiones.) Jenofonte no dejó escrito el nombre de la hija de Agesilao, y Dicearco se indignó de que no sepamos nada sobre la hija de Agesilao ni sobre la madre
10 de Epaminondas[82]; no obstante, en los registros laconios yo he descubierto que la esposa de Agesilao se llamaba Cleora, y sus
11 hijas Eupolía y Proauga[83]. Es posible aún ver una lanza suya

---

[79] El Eurotas es el río más importante de la región de Laconia.

[80] Aristodemo fue el descendiente de Heracles al que, según la leyenda, le correspondió Lacedemonia en el mítico reparto de la península doria que tuvo lugar después del regreso de los Heraclidas (véase más arriba, nota 11); era, además, el abuelo de Agis y de Euripón, los fundadores de las dos familias reales de Esparta, la de los Agíadas y la de los Euripóntidas, a la que pertenecía Agesilao (cf. JEN., *Ages.* 8, 7).

[81] Cf. JEN., *Ages.* 8, 7.

[82] Dicearco de Mesene, que vivió tal vez a finales del siglo IV, fue discípulo directo de Aristóteles; destacó en el campo de la geografía —fue el más importante predecesor de Erastóstenes— y escribió, entre muchas otras obras, una *Vida de Grecia (Bíos Helládos)* y un tratado *Sobre las leyes de Esparta.* Sobre Epaminondas, general y estadista tebano, véase más abajo 27, 6, y nota, y caps. 28 y 30.

[83] Cleora sería sin duda la hermana de Pisandro (véase más arriba, 10, 11, y 17, 4).

conservada hasta hoy en Lacedemonia, que no se distingue en nada de las demás.

Viendo que algunos de sus conciudadanos se considera- 20
ban importantes y se vanagloriaban porque criaban caballos de carrera, convenció a su hermana Cinisca de que aparejase un carro para que compitiese en los juegos olímpicos, con la intención de demostrar a los griegos que la victoria no es una cuestión de excelencia, sino de riqueza y de recursos[84].
Como tenía a su lado al filósofo Jenofonte y se ocupaba de él 2
de manera especial, le animó a que le mandase a sus hijos y a que se educasen en Lacedemonia para que aprendiesen la más hermosa de las enseñanzas, a saber, el arte de obedecer y de mandar[85].

Tras la muerte de Lisandro[86], como descubrió la existen- 3
cia de una gran conjuración que aquel había tramado contra él inmediatamente después de su regreso de Asia, concibió propósito de mostrar qué clase de ciudadano había sido Lisan-
dro en vida; y tras leer en un libro dejado por él un discurso 4
que escribió Cleón de Halicarnaso y que Lisandro tenía la intención de memorizar y pronunciar ante la asamblea del pueblo con el fin de provocar una revolución y un cambio
de sistema político, Agesilao quiso publicarlo. Pero cuando 5
uno de los ancianos, que había leído el discurso y temía su

---

[84] Cinisca era, según PAUSANIAS (3, 15, 1; 5, 12, 5; 6, 1, 6-7), hija de Agesilao y no su hermana, como sostiene aquí PLUTARCO; es posible que Cinisca sea la «hermana de Arquidamo», el hijo de Agesilao, con la que estaba casada el espartiata Quilón, según JENOFONTE *(Hel.* VII 4, 23). Sea lo que sea, sí es seguro que Cinisca pasó a la historia como la primera mujer que venció en los juegos olímpicos en sendas carreras de cuadrigas (en 396 y 362), como se recoge en una inscripción dedicada a ella en Olimpia (*IG* V 1.11564a).

[85] De acuerdo con FLACELIÈRE-CHAMBRY y B. PERRIN, traduzco por *filósofo* el adjetivo *sofós* (literalmente, «sabio») aplicado a Jenofonte, más conocido por su faceta de historiador, pero que fue también filósofo (no en vano fue discípulo de Sócrates).

[86] Sucedida en 395, en la batalla de Haliarto (cf. 8, 4, y nota).

habilidad, le aconsejó no desenterrar a Lisandro, sino más bien enterrar el discurso con él, Agesilao aceptó el consejo
6 y se quedó tranquilo[87]. Respecto a sus opositores, él no les perjudícaba abiertamente, pero siempre conseguía que algunos de ellos fuesen enviados como generales y gobernadores, y así sacaba a la luz las ruindades y las ambiciones existentes en su ejercicio del poder; luego, por el contrario, cuando ellos eran llevados a juicio, acudía en su ayuda y asumía su defensa, y de enemigos que eran los hacía sus amigos y los atraía
7 a su causa, de tal manera que nadie podía oponerse a él. El otro rey, Agesípolis, como era hijo de un exiliado, y además muy joven y de naturaleza dócil y moderada, no se ocupa-
8 ba mucho de los asuntos políticos[88]. No obstante, también a este consiguió domesticarlo. Cuando se hallaban en la ciudad,
9 los reyes comían juntos en el mismo refectorio[89]. Así pues, Agesilao, sabedor de que Agesípolis era, como él, de carácter

[87] Lisandro, en efecto, como el propio PLUTARCO afirmaba más arriba (cf. 8, 3), deseaba subvertir el orden constitucional espartano —bien acabando con la realeza, o bien eliminando su carácter hereditario para hacerla electiva entre todos los Heraclidas— con el fin de alcanzar él el trono. En *Máximas de espartanos*, 229 F, PLUTARCO nos informa de que fue el éforo Lacrátidas quien aconsejó a Agesilao enterrar el discurso escrito por el logógrafo jonio Cleón, y no uno de los ancianos. Más detalles sobre esta conspiración en PLUT., *Lis.* 24, 2- 26.

[88] Agesípolis I, rey de Esparta entre 394 y 380, era hijo del rey agíada Pausanias, que hubo de marcharse exiliado a Tegea en 395, tras ser condenado a muerte por su calamitosa intervención en la batalla de Haliarto. Frente al carácter competitivo y belicoso de Agesilao, Agesípolis se distinguió por su naturaleza pacífica y justa (cf. DIOD., 15, 19, 4); no obstante, JENOFONTE da cuenta de sus acciones militares en la invasión de Fliunte *(Hel.* IV 7, 2, y ss.) y la campaña de Mantinea (V, 2, 3, y ss.). Murió en el verano de 380, en el curso de la guerra de Olinto, a causa de una fiebre que cogió durante la toma de Torona (JEN., *Hel.* V 3, 18-20).

[89] La *phiditía* (o *syssitía* o incluso *syskenía)*, palabra que aquí traduzco por «refectorio», siguiendo a FLACELIÈRE-CHAMBRY *(ed. cit.* pág. 120), era la comida comunitaria que compartían los espartiatas todos los días al anochecer (cf. PLUT., *Lic.* 15, 6); esta práctica, introducida por Licurgo, tenía gran importancia dentro del Estado espartano: con ella se buscaba estrechar y reforzar los lazos de unión

enamoradizo, iniciaba siempre una conversación acerca de los jovencitos, inducía al joven a hacer lo mismo, compartía sus amores y le ayudaba en ellos, pues en el amor dorio no hay nada de vergonzoso, sino de gran decencia, noble ambición y ardiente deseo por la virtud, como está escrito en mi *Vida de Licurgo*[90].

Cuando hubo alcanzado gran influencia en la ciudad, con- 21
siguió que Teleutías, su hermano por parte materna, se pusiese
al frente de la flota[91]. Él personalmente dirigió la expedición 2
contra Corinto y tomó por tierra los Grandes Muros, mientras
que con sus naves Teleutías [...][92]. Los argivos eran por en- 3
tonces dueños de Corinto y celebraban los juegos ístmicos[93];
Agesilao apareció allí, los expulsó cuando acababan de hacer
los sacrificios al dios, y les hizo abandonar todos los prepara-
tivos[94]; cuando todos los exiliados corintios que se encontra- 4
ban presentes allí le rogaron que organizase el certamen, se
negó a hacerlo, pero mientras ellos organizaban y celebraban
los juegos, permaneció junto a ellos y veló por su seguridad.
Más tarde, cuando Agesilao se marchó, los argivos volvieron 5
a celebrar los juegos ístmicos; algunos vencieron por segun-
da vez, aunque hubo otros que primero se registraron como

---

que vinculaban a los miembros de la elite política espartana. PLUTARCO aporta numerosos detalles sobre las comidas comunitarias en *Lic.*, 10-12.

[90] Cf. PLUT., *Lic.* 18, 8-9.

[91] Teleutías alcanzó el cargo de navarca en 391.

[92] Hay una laguna en el texto griego; sin embargo, gracias a JENOFONTE *(Hel.*, IV, 4, 19), a quien sigue PLUTARCO en este punto, podemos reconstruir más o menos el contenido del pasaje: la toma de Corinto se efectuó gracias a la intervención terrestre de Agesilao y a las doce trirremes aportadas por Teleutías; esta hazaña, según JENOFONTE, alegró mucho a la madre de ambos.

[93] Los juegos ístmicos en honor de Poseidón se celebraban en primavera (entre abril y mayo) y cada dos años, en el santuario que este dios tenía en el Istmo de Corinto.

[94] Esta nueva expedición contra Corinto tuvo lugar en mayo o junio de 390, un año después de la que Agesilao hizo junto con Teleutías.

6 vencedores y después como perdedores[95]. Ante esta situación Agesilao declaró que los argivos se habían acusado a sí mismos de una gran cobardía, si, considerando insigne y grande la presidencia de los juegos, no se atrevieron a combatir por
7 ella. Por lo que a él respecta, pensaba que en todos estos casos es conveniente actuar con mesura. Por otro lado, dio esplendor a los coros y a los juegos de Esparta; asistía siempre lleno de ardor y de interés, y no se ausentaba de los enfrentamientos entre jóvenes o entre muchachas; sin embargo, algunos espectáculos que los demás contemplaban con admiración, él
8 parecía no conocerlos. En cierta ocasión Calípides, el actor de tragedias, que gozaba de renombre y fama en Grecia y al que todos prestaban gran atención, salió a su encuentro y le saludó; a continuación, irrumpiendo impetuosamente entre los que paseaban junto al rey, se exhibió ante él creyendo que este lo agasajaría con alguna palabra amable, y por último dijo: «¿No me reconoces, rey?». Agesilao le dirigió la mirada y le respondió: «¿Acaso no eres tú Calípides, el *dikelicta*?». (Así llaman
9 los lacedemonios a los mimos.[96]) En otra ocasión fue invitado a oír a uno que imitaba a un ruiseñor, pero se negó diciendo:
10 «Yo ya he oído al ruiseñor mismo». El médico Menécrates, que tras obtener éxito en algunos tratamientos desesperados fue llamado Zeus, tenía el mal gusto de usar este sobrenombre, y en cierta ocasión se atrevió incluso a escribirle a Agesilao una carta con el siguiente encabezamiento: «Menécrates-Zeus al rey Agesilao, que te vaya bien»; Agesilao le contestó: «El rey Agesilao a Menécrates, que estés cuerdo[97]».

[95] Cf. JEN., *Hel.* IV 5, 1-3.

[96] Para un actor era un insulto ser considerado un mimo.

[97] Para mofarse del prepotente médico Menécrates, Agesilao sustituye la fórmula habitual de encabezamiento de las cartas, *chaírein*, «que te vaya bien», por el verbo *hygiaínein*, que literalmente significa «ten salud», y, en sentido figurado, «que estés cuerdo».

22 Cuando se encontraba en Corinto y, una vez tomado el santuario de Hera[98], miraba cómo sus soldados llevaban a los prisioneros y transportaban el botín, llegaron embajadores procedentes de Tebas para solicitar su amistad. Agesilao, que 2
siempre había odiado esa ciudad, pensando que en ese momento le interesaba tratar con desprecio a los tebanos, fingió no verlos ni escuchar a quienes se entrevistaron con él. Pero 3
esta acción criminal fue pronto castigada: pues aún no se habían alejado los tebanos cuando llegaron algunos mensajeros para comunicarle que su batallón había sido destrozado por Ifícrates[99]. Hacía mucho tiempo que a los espartanos no les 4
sucedía un desastre tan grande como este, pues perdieron a muchos hombres valerosos, sus hoplitas fueron vencidos por peltastas y los lacedemonios por mercenarios. Agesilao, pues, 5
se lanzó de inmediato para ir en su ayuda; pero cuando supo que todo había acabado[100], regresó al templo de Hera, ordenó a los beocios acudir allí y esta vez les concedió audiencia. Como ellos, para devolverles la ofensa, no hicieron mención 6
alguna a la paz y pidieron permiso para marchar hacia Corinto, Agesilao les respondió irritado: «Si queréis ver a vuestros amigos jactarse de sus éxitos, mañana podréis hacerlo con toda seguridad». Al día siguiente, los tomó a su lado, devastó 7
la región de los corintios y se dirigió contra la ciudad misma. Tras comprobar de este modo que los corintios no se atreverían a defenderse, despidió a la embajada. Después recibió a 8

[98] En este santuario de Hera, situado sobre un promontorio al N de Corinto, se habían refugiado los corintios del Pireo —es decir, de la península montañosa que separa la bahía de Corinto de la Egostena—, según refiere Jenofonte (cf. *Hel.* IV 5, 5).

[99] La guarnición ateniense destinada en Corinto, al mando de Calias e Ifícrates, infligió una severa derrota al batallón espartano de la aldea de Amiclas en el Lequeo, importante puerto del golfo de Corinto; Jenofonte hace un extenso relato de esta batalla (cf. *Hel.* IV 5, 7-19).

[100] Concretamente, cuando supo que todos los cadáveres habían sido ya recogidos; cf. Jen, *Hel.* 4, 5, 8.

los supervivientes del batallón y los condujo hacia Lacedemonia; levantaba el campamento antes del amanecer y no hacía alto hasta la noche, para que no se regocijasen los arcadios
9 que odiaban y envidiaban a los espartanos. A continuación, para complacer a los aqueos, avanzó hacia Acarnania junto a ellos con un ejército, donde obtuvo un gran botín y venció en
10 combate a los acarnanios[101]. Pero cuando los aqueos le rogaron que permaneciese allí durante el invierno para impedir que los enemigos sembrasen sus campos, Agesilao dijo que haría lo contrario, pues estos temerían más la guerra si tenían su tierra
11 sembrada para el verano, que fue lo que ocurrió. En efecto, cuando se les anunció una nueva expedición contra ellos, los acarnanios se reconciliaron con los aqueos.

23 Cuando Conón y Farnabazo, convertidos en dueños del mar con la flota del Rey, saqueaban las costas de Lacedemonia, y depués de que Atenas hubiese sido amurallada con dinero proporcionado por Farnabazo, a los lacedemonios les
2 pareció que debía hacerse la paz con el Rey[102]; por ello, enviaron a Antálcidas ante Tiribazo, cometiendo el acto más vergonzoso y más desleal al dejar en manos del Rey a los griegos que habitaban en Asia, por los cuales Agesilao había
3 hecho la guerra[103]. Pero ocurre que Agesilao no fue en abso-

---

[101] En el año 389, los aqueos, aliados de Esparta, fueron atacados por los acarnanios, habitantes de la Grecia central, que formaban parte de la alianza antiespartana junto con los atenienses y los beocios; en consecuencia, Agesilao acudió en su ayuda y derrotó a los acarnanios, que se vieron forzados a firmar la paz con los aqueos y una alianza con los lacedemonios (cf. *Hel.* IV 6 y 7, 1).

[102] Como se ha dicho más arriba (véase 17, 4 y nota), Conón y Farnabazo derrotaron a la flota espartana en 394 en Cnido. Este descalabro debilitó la posición militar y económica de Esparta hasta el extremo de que un amplio sector de la población espartana comenzó a reclamar hacer las paces con el rey de Persia; los contactos con este se iniciaron en 392. Por otro lado, las murallas de Atenas habían comenzado a restaurarse ya en 394 con el dinero que Farnabazo había dado a la ciudad (cf. Jen., *Hel.* IV 8, 9-10).

[103] El estratega Antálcidas, enemigo de Agesilao, fue el encargado de llevar las negociaciones con Tiribazo, que era entonces el sátrapa de Sardes. En las

luto partícipe de esta infamia, pues Antálcidas era su enemigo
e intentaba lograr a toda costa la paz, en la idea de que la
guerra engrandecería a Agesilao y lo haría más reputado y
poderoso. Sin embargo, a uno que decía que los lacedemonios 4
estaban de parte de los medos, Agesilao le contestó que más
bien eran los medos quienes estaban de parte de los lacede-
monios. Tras amenazar a quienes no querían aceptar la paz y 5
declararles la guerra, les obligó a permanecer fieles a todos
los términos que el Persa había considerado justos, cosa que
hizo especialmente por los tebanos, con el fin de debilitarlos
aún más consiguiendo que dejasen independiente Beocia[104].
Los hechos posteriores corroboraron esto. En efecto, cuando 6
Fébidas cometió el acto indigno de someter la Cadmea mien-
tras los tratados y la paz estaban vigentes, todos los griegos
se indignaron y los espartiatas lo llevaron a mal, especial-
mente los opositores de Agesilao, quienes encolerizados inte-
rrogaban a Fébidas acerca de quién le había ordenado llevar
a cabo tal acto[105]; sus sospechas apuntaban hacia Agesilao,
quien no vaciló en apoyar a Fébidas diciendo abiertamente 7

conversaciones con Tiribazo intervinieron también los atenienses, los beocios y los argivos, quienes, a diferencia de Antálcidas, se negaron a entregar al Gran Rey sus posesiones en Asia Menor. La paz, pues, quedó frustrada; sin embargo, Tiribazo dio dinero a Antálcidas para que armase una flota con el fin de obligar a los atenienses y a los aliados a pedir la paz (cf., JEN., *Hel.* IV 8, 12-17 y V, 1, 25-28).

104 En efecto, con la paz de Antálcidas —suscrita finalmente en 386, tras las victorias militares de Antálcidas sobre los atenienses— prácticamente todas las ciudades griegas, pequeñas o grandes, lograron la autonomía; esta condición la aceptaron los atenienses, los argivos y los lacedemonios, pero no los tebanos, ya que eso suponía el fin de la liga beocia —que, de hecho, se disolvió después de este pacto (cf. JEN. *Hel* V 1, 29-36).

105 En 382, el oficial espartano Fébidas, cuando marchaba hacia la ciudad calcídica de Olinto, tomó por su cuenta la Cadmea —la acrópolis de Tebas— incitado por Leontíades, uno de los polemarcos tebanos y líder de la facción filolaconia (cf. *Hel.* V 2, 25-36). Este hecho suponía una violación flagrante del principio de autonomía acordado en la paz de Antálcidas.

que era preciso comprobar si este hecho les proporcionaría alguna utilidad, ya que, decía, es hermoso buscar la utilidad de Lacedemonia por iniciativa propia e incluso sin que nadie
8 lo ordene[106]. Sin embargo, de palabra declaraba siempre que la justicia es la más grande de las virtudes, porque la valentía no sirve de nada si no va acompañada de justicia; si todos los hombres fuesen justos –decía– la valentía no sería necesaria.
9 A quienes decían que en esto pensaba como el Gran Rey, les contestaba: «¿En qué es él más grande que yo si no es más justo?», porque tenía la correcta y hermosa idea de que la justicia debía servir como mesura real para controlar el exce-
10 so de poder. Firmada la paz, el Rey le envió una carta en la que se pedía un pacto de mutua hospitalidad y amistad y que él no aceptó, diciendo que la amistad pública era suficiente y que no era necesaria ninguna amistad privada mientras la
11 pública se mantuviese[107]. En sus actos, sin embargo, no siempre respetaba estos principios: en muchas ocasiones se dejaba llevar por la ambición y el ansia de victoria, especialmente en lo que toca a los tebanos; de hecho, no solo salvó a Fébidas, sino que también convenció a la ciudad de que asumiera por su cuenta esta injusticia, de que retuviese la Cadmea a título propio y de que designase como jefes de la situación y del gobierno de Tebas a Arquías y Leontíades, con cuyo apoyo Fébidas había entrado en la ciudad y se había apoderado de su acrópolis[108].

24 En vista de lo ocurrido se tenía la firme sospecha de que, si bien la acción era obra de Fébidas, la decisión de actuar procedía de Agesilao, acusación que los sucesos posteriores

[106] De hecho, según Diodoro (15, 20, 1-2), Fébidas invadió la Cadmea siguiendo instrucciones secretas de Agesilao, que se dejó llevar, una vez más, por su odio acérrimo a los tebanos.

[107] Cf. Jen., *Ages.* 8, 3

[108] El polemarco Arquías era tebano; sobre Leontíades, véase más arriba, nota 105.

corroboraron[109]. Pues cuando los tebanos rechazaron a la guar- 2
nición espartana y liberaron su ciudad, Agesilao los acusó de
la muerte de Arquías y de Leontiades —tiranos en la prácti-
ca, pero polemarcos de nombre— y les declaró la guerra[110].
Cleómbroto, que ya había accedido al trono tras la muerte de 3
Agesípolis, fue enviado a Beocia con un ejército[111]; Agesilao,
que ya había cumplido cuarenta años en el ejército y que por
ley quedaba eximido del servicio militar[112], evitó asumir el
mando de aquella expedición, pues se hubiera avergonzado si,
después de combatir poco antes contra los de Fliunte en apoyo
de los exiliados, ahora le vieran perjudicando a los tebanos
para favorecer a los tiranos[113].

Había un laconio, llamado Esfodrias, miembro de la fac- 4
ción opuesta a Agesilao, que ocupaba el cargo de goberna-
dor de Tespias[114]. No era un hombre cobarde ni carente de
ambición, aunque siempre daba muestras de tener más espe-
ranzas que buen juicio. Este hombre, ávido de renombre y 5
convencido de que Fébidas había ganado reputación y fama

---

[109] Véase más arriba, nota 106.

[110] En 379, es decir, tres años después de ser tomada por Fébidas, la Cadmea fue liberada por el estratego tebano Pelópidas, como relata PLUTARCO en *Pelóp.*, caps. 7-14.

[111] Cléombroto I, hermano de Agesípolis e hijo de Pausanias, por tanto miembro de la casa agíada, había ascendido al trono de Esparta en 380, y permaneció en él hasta su muerte en la batalla de Leuctra en 371.

[112] Agesilao, que había nacido en 440, tenía en 378 más de sesenta años, edad a la que ningún ciudadano estaba obligado a servir fuera de su territorio (cf. JEN., *Hel.* V 4, 13).

[113] En 384, Agesilao y los éforos restituyeron a los oligarcas exiliados de la ciudad arcadia de Fliunte, tradicional aliada de Esparta pero que, desde la primera década del siglo IV, disponía de una Constitución democrática; más tarde, en 381, estos oligarcas consiguieron que Agesilao sitiara Fliunte durante un año y medio, tomara la ciudad e instalara en ella una oligarquía filolaconia (cf. JEN., *Hel.* V 2, 8; 3, 10-17, y 21-25).

[114] El espartiata Esfodrias era gobernador de la ciudad beocia de Tespias. Sobre él, véase JEN., *Hel.* V, 4, 15, 20, y ss.

gracias a su acción audaz contra Tebas[115], estaba seguro de que alcanzaría mucho más honor y gloria si tomaba el Pireo por su cuenta y cortaba a los atenienses el acceso al mar
6 lanzándoles por tierra un ataque sorpresa. Algunos dicen que este plan lo idearon los beotarcas Pelópidas y Melón[116]. Estos enviaron en secreto a hombres que fingían ser partidarios de los lacedemonios, quienes, alabando a Esfodrias y exaltándolo como único hombre digno de una acción tan grande, lo animaron e impulsaron a cometer un acto tan injusto e ilegal como
7 aquel[117], al que por otra parte le faltaron audacia y suerte. El día lo sorprendió y lo puso al descubierto en la llanura de Tría, aunque tenía la esperanza de atacar el Pireo durante la noche[118]. Se dice que los soldados, cuando vieron una luz que procedía de algunos santuarios de Eleusis, cayeron presos del
8 terror y emprendieron la huida. Esfodrias perdió la confianza en cuanto vio que no le era posible ocultarse, y después de apoderarse de un modesto botín, regresó a Tespias vergon-
9 zosamente y sin gloria. Después de esto llegaron a Esparta acusadores enviados desde Atenas, quienes descubrieron que los magistrados no tenían ninguna necesidad de sus acusaciones contra Esfodrias, pues ya le habían incoado un proceso de pena capital, al que él renunció a comparecer por temor a la cólera de los ciudadanos, que se sentían avergonzados ante los atenienses y que deseaban aparecer como víctimas

115 Véase más arriba, 23, 6 y ss., y nota.

116 El político y general tebano Pelópidas fue desterrado de Tebas después de la ocupación de la Cadmea por los lacedemonios; más tarde, participó en la liberación de Tebas (véase más arriba, 24, 2, y nota 110). Amigo de Epaminondas, intervino gloriosamente en la batalla de Leuctra (371) y murió en Cinoscéfalas en 364. PLUTARCO le dedicó una de sus *Vidas*. En cuanto al tebano Melón, su intervención en la expulsión de los lacedemonios de Tebas es narrada por JENOFONTE en *Hel.*, V, 4, 2, y ss.

117 Es decir, como la toma de Cadmea por parte de Fébidas.

118 Tría se encontraba en el Ática, cerca de Eleusis.

de la injusticia para que no se les considerara cómplices de
ella[119].
Esfodrias tenía un hijo llamado Cleónimo, joven de her- 25
mosa apariencia del que estaba enamorado Arquidamo, hijo
del rey Agesilao[120]. En aquella situación, como es natural, 2
Arquidamo se compadecía de Cleónimo, que corría peligro
debido a la situación de su padre, aunque no podía prestarle
apoyo públicamente ni ayudarle porque Esfodrias se conta-
ba entre los opositores de Agesilao. Cleónimo acudió a su 3
encuentro entre súplicas y lágrimas con el fin de ganarse el
favor de Agesilao[121], pues era a él a quien sus amigos temían
más, y durante tres o cuatro días Arquidamo acompañó a su
padre en silencio lleno de respeto y de temor. Cuando por fin 4
se encontraba próximo el juicio, se atrevió a decir a Agesilao
que Cleónimo le pedía que intercediera por su padre. Agesilao, que 5
conocía el amor de Arquidamo hacia él, no ponía trabas, por-
que ya desde la infancia Cleónimo había dado sobradas mues-
tras de que llegaría a ser un hombre reputado e importante.
En esta ocasión, sin embargo, respondió a las súplicas de su 6
hijo sin decir nada que pudiese hacer esperar de él una actitud
favorable y bondadosa; se limitó a decir que iba a pensar qué
era conveniente y adecuado hacer, y se marchó. Arquidamo, 7
avergonzado, renunció a visitar a Cleónimo, pese a que antes
tenía la costumbre de hacerlo muchas veces al día. En conse- 8
cuencia, los partidarios de Esfodrias empezaron a desconfiar
todavía más de los acontecimientos, hasta que un amigo de
Agesilao, Etimocles, les reveló en el curso de una conver-
sación la intención de Agesilao: censurar muy duramente la 9
acción de Esfodrias, por más que considerase que Esfodrias

119 Cf. Jen., *Hel.* V 4, 24.

120 El hijo de Agesilao, Arquidamo III, reinó en Esparta desde 360 hasta 338.

121 Esto lo hizo, según Jenofonte, incitado por su padre (cf. Jen., *Hel.* V 4, 26)

fuese un hombre valiente y viese que la ciudad necesitaba
10 soldados como él. Tales eran, pues, las afirmaciones que hacía a cada momento acerca del juicio, por afán de complacer a su hijo; de este modo, Cleónimo percibió de inmediato el empeño de Arquidamo, y los amigos de Esfodrias recobraron
11 de nuevo fuerzas para acudir en su ayuda[122]. Y es que Agesilao era ante todo amante de sus hijos; respecto a su gusto por los juegos infantiles, se cuenta que, cuando sus hijos eran pequeños, jugaba con ellos en casa montando a caballo sobre un palo, y como uno de sus amigos lo viese, le pidió que no se lo contara a nadie hasta que él mismo fuera padre.

26 Esfodrias fue absuelto, y los atenienses, en cuanto conocieron la noticia, se aprestaron a la guerra[123]. Agesilao recibió críticas muy duras, ya que, por satisfacer un deseo insensato y pueril, se había opuesto a una sentencia justa y había hecho a la ciudad cómplice de tan grandes injusticias cometidas
2 contra los griegos. Como Cleómbroto no daba muestras de ser partidario de la guerra contra los tebanos, Agesilao renunció a acogerse a la ley militar que antes había invocado, e invadió personalmente Beocia[124]; allí causó estragos entre
3 los tebanos y sufrió a su vez daños; de ahí que Antálcidas le dijese un día en que él resultó herido: «Ese es el pago que recibes por las buenas enseñanzas que proporcionaste a los tebanos, al enseñarles a combatir cuando ellos no querían ni
4 sabían hacerlo». De hecho, se dice que en aquella ocasión

[122] Todo este pasaje es un resumen del relato que hace Jenofonte del juicio de Esfodrias (cf. *Hel.* V 4, 25-33). Etimocles, amigo personal de Agesilao, era uno de los embajadores espartanos que se hallaba en Atenas cuando Esfodrias intentó tomar el Pireo (cf. Jen., *Hel.* V 4, 22).

[123] En efecto, los atenienses se unieron a los beocios con el fin de vengarse de Esparta (cf. Jen. V 4, 34).

[124] Se refiere a la ley que eximía del servicio militar a los mayores de sesenta años, mencionada más arriba (cf. 24, 3). Sobre la expedición de Agesilao contra Beocia, que tuvo lugar en 378, véase el detallado relato de Jenofonte, *Hel.* V 35, y ss.

los tebanos se mostraron mucho más combativos que nunca,
puesto que se habían ejercitado en las numerosas expediciones
que los lacedemonios emprendieron contra ellos. Es por esto 5
por lo que el viejo Licurgo, en una de las llamadas *tres retras*
prohibía organizar expediciones frecuentes contra los mismos
enemigos, con el fin de no enseñarles a combatir[125].

También los aliados de Agesilao se enfadaron con él, ya 6
que no era una cuestión relativa al interés común la que lo
llevaba a buscar la destrucción de los tebanos, sino el simple
rencor y la ambición[126]. Ellos decían que no tenían ninguna
necesidad de ir cada año de un lado a otro para dejarse des-
truir en compañía de unos pocos espartanos, siendo ellos tan
numerosos. Se dice que entonces Agesilao, con la intención 7
de refutar el argumento de su superioridad numérica, tramó la
siguiente argucia: ordenó a todos los aliados que se sentasen
mezclados unos con otros, mientras que los lacedemonios se
reunirían aparte, separados de los demás. A continuación man- 8
dó que se pusiesen en pie primero los ceramistas y, cuando
estos se levantaron, dio sucesivamente la misma orden a los
herreros, a los carpinteros, a los albañiles y a todos los demás
trabajadores manuales. Casi todos los aliados se levantaron, 9
pero no lo hizo ningún lacedemonio, ya que a ellos se les pro-
hibía aprender y desempeñar cualquier oficio manual[127]. En-

---

[125] Las *retras* introducidas por el legislador Licurgo eran, en sentido técnico, las leyes que daban forma a la Constitución espartana; sin embargo, el término *retra* es muy complejo y plantea numerosos problemas que no podemos tratar aquí (el lector interesado puede encontrar más datos en C. Fornis, *op. cit.*, págs. 35 ss.); la *retra* aquí mencionada es, concretamente, la tercera, que es descrita por el propio Plutarco en *Lic.* 13, 6.

[126] Los aliados expusieron sus quejas en una Asamblea que se celebró en 376 y de la que Jenofonte da cuenta en *Hel.* V 4, 60.

[127] En efecto, como señala Plutarco en *Lic.*, 24, 2, Licurgo había proporcionado a sus conciudadanos un gran bien, que era el de disponer de tiempo libre, ya que a los espartiatas no se les permitía ejercer ningún oficio manual; las tareas manuales las realizaban los hilotas (véase nota 8).

tonces Agesilao dijo entre risas: «Como veis, amigos, nosotros enviamos a la guerra muchos más soldados que vosotros».

27 En Mégara, después de conducir al ejército fuera de Tebas, Agesilao, mientras subía a la residencia de los magistrados situada en la acrópolis, sintió una convulsión y un fuerte dolor en su pierna sana, que más tarde se hinchó, apareció llena de
2 sangre y dio signos de una inflamación extraordinaria[128]. Un médico siracusano le abrió una vena a la altura del tobillo y los dolores cesaron, aunque perdió y derramó sangre de un modo tan descontrolado que sufrió un gran desmayo y su vida
3 corrió un grave peligro. Sin embargo, el desmayo hizo cesar la hemorragia; Agesilao fue llevado a Lacedemonia, donde pasó una larga temporada débil e incapacitado para mandar un ejército.

4 Durante aquella época los espartiatas sufrieron numerosos reveses tanto por tierra como por mar; entre ellos, el más grande fue el sufrido en Tegira, donde por primera vez
5 cayeron vencidos por los tebanos en batalla campal[129]. Todos pensaron, pues, que era preciso que se firmase la paz entre todas las ciudades, y embajadores procedentes de toda Grecia se reunieron en Lacedemonia con el fin de establecer las
6 condiciones[130]. Entre ellos se encontraba un tal Epaminondas, hombre famoso por su formación y su sabiduría pero que aún no había dado muestras de su capacidad para dirigir una expe-

[128] La ciudad de Mégara era el centro político de Megáride, región situada entre el Istmo de Corinto, Beocia y el Ática. Agesilao cayó enfermo en la primavera de 376 (cf. JEN., *Hel.* 5, 4, 58).

[129] La ciudad beocia de Tegira, al N del lago Copais, fue, en 376 (o bien en 375, según CARTLEDGE) el escenario de esta batalla en la que el tebano Pelópidas, al frente del «Batallón Sagrado», derrotó a los lacedemonios (cf. PLUT., *Pelóp.*, caps. 16-17).

[130] PLUTARCO da aquí un salto cronológico de cinco años, ya que este nuevo acuerdo se concretó en 371, es decir, aproximadamente unos cinco años después de la batalla de Tegira. JENOFONTE relata con más detalles el llamado *Congreso de Esparta* en *Hel.*, VI, 3.

dición[131]. Al ver que todos los demás se sometían a Agesilao, 7
él fue el único que tuvo el valor de hablar con sinceridad, y,
en defensa del interés común de toda Grecia y no sólo del
de los tebanos, pronunció un discurso en el que declaraba
que la guerra engrandecía a Esparta a costa del sufrimiento
de todos los demás y pedía que se firmase la paz conforme
a los principios de igualdad y justicia, ya que dicha paz sólo
sería duradera si todos los estados eran iguales.

Entonces Agesilao, al ver a los griegos completamente **28**
maravillados y atentos al discurso de Epaminondas, le pre-
guntó si consideraba justo e igualitario que Beocia fuese in-
dependiente[132]. Epaminondas, rápida y atrevidamente, le pre- 2
guntó a su vez si también él consideraba justo que Laconia
fuese independiente[133]; Agesilao se levantó de su asiento y,
encolerizado, le mandó que dijese a las claras si él iba a per-
mitir que Beocia fuese independiente, a lo cual Epaminondas 3
respondió volviendo a preguntarle si él dejaría que Laconia
fuese independiente. Ante esta respuesta Agesilao se irritó y
acogió con gusto el pretexto que se le ofrecía para borrar in-
mediatamente del tratado de paz el nombre de los tebanos y
declararles la guerra. A los demás griegos les ordenó que se 4
marchasen después de firmar entre ellos la reconciliación, y
que encomendasen a la paz las diferencias que tenían solu-
ción, y a la guerra aquellas que no la tenían, ya que era una

---

[131] Epaminondas, general y hombre de Estado tebano, colaboró con su amigo Pelópidas en la liberación de Tebas en 379; se opuso a la hegemonía lacedemonia en el Congreso de Esparta (aunque JENOFONTE omite su intervención en dicho Congreso, cf. *Hel.* VI 3) y reveló su genio militar en la batalla de Leuctra (28, 8 y nota). Murió, finalmente, en 362, en la batalla de Mantinea. PLUTARCO le dedicó una de sus biografías, formando pareja con Escipión, que por desgracia no ha llegado hasta nosotros.

[132] Es decir, independiente de Tebas, la ciudad que ejercía el liderazgo de la confederación.

[133] Es decir, independiente de Esparta, que controlaba a todas las ciudades de la región.

5 tarea difícil apaciguar y resolver todas las desavenencias. En aquella época Cleómbroto se encontraba en la Fócide al frente de un ejército[134]. Lo habían enviado los éforos con la orden de que dirigiese una expedición contra los tebanos; los éforos, además, habían enviado mensajeros por todas partes con el fin de congregar a los aliados, que no apoyaban ni deseaban la guerra pero que aún no se atrevían a contradecir y a des-
6 obedecer a los lacedemonios. A pesar de que se produjeron malos presagios, como cuento en la *Vida de Epaminondas*[135], y de que el laconio Prótoo se opuso a la expedición, Agesilao no desistió de su propósito y se empeñó en hacer la guerra, pues creía que, ahora que toda Grecia estaba de su parte, a excepción de los tebanos, que se encontraban excluidos del
7 tratado, había llegado el momento de vengarse de ellos[136]. La fecha elegida demostró que aquella expedición se emprendió más guiada por la ira que por un planteamiento calculado: en efecto, el día catorce del mes de Esciroforión se firmó en Lacedemonia el tratado de paz[137], y el día cinco del mes de Hecatómbeon, es decir, veinte días después, los lacedemonios
8 fueron derrotados en Leuctra[138]. Allí murieron miles de lacedemonios, entre ellos el rey Cleómbroto y, en torno a él, los

---

[134] El rey Cleómbroto (cf. 24, 3 y nota), en efecto, había sido enviado con un ejército de diez mil hoplitas y mil caballeros a Fócide, región de la Grecia central, para combatir a los tebanos, que dirigían una campaña contra aquella después de someter a todas las ciudades beocias (cf., Jen., *Hel.* VI 1, 1, y Plut., *Pelóp.* 20, 1).

[135] Esta biografía de Plutarco no se ha conservado (véase más arriba, nota 131).

[136] La intervención del espartiata Prótoo es recogida por Jenofonte (cf., *Hel.* VI 4, 2).

[137] Es decir, en el mes de junio de 371.

[138] Esta decisiva batalla tuvo lugar en julio de 371, en la llanura de Leuctra, a los pies del monte Helicón —en el territorio de Tespias, a solo once kilómetros de Tebas. Con esta victoria, los tebanos pusieron fin a tres décadas de hegemonía espartana en Grecia. Sobre la batalla de Leuctra y sus consecuencias, cf. C. Fornis, *op. cit.*, págs. 189 y ss.

espartiatas más valientes. Entre estos se encontraba también el hermoso Cleónimo, el hijo de Esfodrias, quien se dice que, tras caer tres veces delante del rey y levantarse otras tantas veces, acabó muriendo en el combate contra los tebanos[139].

Leuctra fue para los lacedemonios una derrota imprevista, 29
y para los tebanos un éxito inesperado, sin parangón con otros enfrentamientos de griegos contra griegos; pero no por ello se debe alabar ni admirar menos la valentía de la ciudad derrota-
da que la de la vencedora. Jenofonte dice que hay algo digno 2
de ser recordado en las palabras y en los entretenimientos de los hombres nobles, incluso cuando beben vino o se divierten, y tiene razón[140]; de ahí que no sea menos provechoso, sino incluso más, observar y comprender lo que los hombres nobles hacen y dicen manteniendo la firmeza en medio de la adversi-
dad. Resulta que la ciudad celebraba una fiesta y se encontraba 3
llena de extranjeros, ya que eran las gimnopedias, y cuando los coros competían en el teatro, se presentaron, procedentes
de Leuctra, los mensajeros que anunciaban la desgracia[141]. Los 4
éforos, aunque de inmediato comprendieron que sus empresas se habían ido al traste y que habían perdido la supremacía, no permitieron que el coro saliese ni que la ciudad cambiase su aspecto festivo; después de enviar los nombres de los fallecidos a casa de sus familiares, ellos se encargaron personal-
mente del espectáculo y de la competición de los coros. A la 5
mañana siguiente, una vez que ya todos supieron el nombre de los supervivientes y de los fallecidos, los padres, los parientes y los amigos de los fallecidos bajaron al ágora y se saludaron

[139] Sobre Cleónimo, véase más arriba, cap. 25. En Leuctra murieron, además de Cleómbroto y Cleónimo, cerca de mil lacedemonios y unos cuatrocientos espartiatas de los setecientos que combatieron allí, entre los cuales se hallaba Esfodrias (cf. JEN., *Hel.* VI 4, 14-15).

[140] Cf. JEN., *Banquete* 1, 1.

[141] Las gimnopedias eran las fiestas espartanas celebradas en honor de Apolo.

unos a otros, los rostros radiantes, rebosantes de orgullo y de
6 alegría; en cambio, los familiares de los supervivientes, como si estuviesen de duelo, permanecieron en sus casas junto a sus mujeres, y si alguno de ellos se veía obligado a salir, mostraba en el aspecto, el tono de voz y la mirada su dolor y su humi-
7 llación. Pero era sobre todo a las mujeres a las que había que mirar y observar: la que esperaba a su hijo sano y salvo de la guerra, se mostraba triste y silenciosa, mientras que aquellas cuyos hijos se decía que habían muerto acudían de inmediato a los santuarios, donde coincidían unas con otras para demostrarse su alegría y su orgullo[142].

30 Sin embargo, como los aliados abandonaban, muchos pensaron que Epaminondas, seguro de su victoria, se atrevería a atacar el Peloponeso. En estas circunstancias se recordó la predicción de los oráculos acerca de la cojera de Agesilao, y se extendieron un abatimiento profundo y el terror de haber atentado contra los designios divinos, ya que se pensaba que la ciudad había fracasado en sus empresas por haber apartado de la monarquía a un rey de piernas firmes y haber elegido a uno cojo y lisiado, que era de lo que la divinidad les había indicado que se cuidasen y se protegiesen por encima de todo[143].
2 Pero gracias al poder de que disfrutaba entre los demás, a su valor y a su fama, la ciudad se sirvió de él no sólo como rey y general de guerra, sino también como médico y árbitro de los problemas políticos. Por ejemplo, como aquellos que se habían mostrado cobardes en la batalla —a quienes los propios espartanos llamaban los temblorosos— eran muchos y poderosos, se dudaba si aplicarles la privación de derechos prescrita por la ley, por temor a que tramasen una revolución.
3 Pues no sólo estaban excluidos de ejercer cualquier magistra-

[142] JENOFONTE relata en términos semejantes la reacción espartana tras la batalla de Leuctra (cf. *Hel.* VI 4, 16).

[143] Véase más arriba, cap. 3.

tura, sino que también se consideraba deshonroso entregarles
o recibir de alguno de ellos una esposa, y cualquiera que se
los encontrase podía golpearlos si quería. Se les obligaba a 4
deambular con un aspecto sucio y miserable, a llevar raídos
mantos de color oscuro, a afeitarse sólo una mitad de la barba
y a dejarse crecer la otra mitad[144]. Era, pues, un peligro ver 5
en la ciudad a tantos hombres de esta clase, en un momento en
que esta necesitaba no pocos soldados. Por ello, eligieron
como intérprete de las leyes a Agesilao. Él, sin añadir, quitar 6
o alterar nada de lo escrito en la ley, se dirigió a la asamblea
de los lacedemonios y declaró que por un día iban a dejar dor-
mir las leyes, pero que desde el día siguiente estas recobrarían
para siempre su plena autoridad. Fue así como consiguió que
la ciudad conservase sus leyes y los hombres su honor. Con la 7
intención de sacar a los jóvenes del abatimiento y la tristeza en
que se encontraban, atacó Arcadia, pero se guardó muy bien
de entablar batalla campal contra los enemigos. Mediante la
toma de una pequeña ciudad de los mantineos y la invasión de
su territorio, Agesilao redujo las preocupaciones de la ciudad
y aumentó sus esperanzas y su alegría, al demostrar que la
situación no era del todo desesperada[145].

Después de esto, Epaminondas se presentó en Lacede- 31
monia junto a los aliados, llevando consigo no menos de cua-
renta mil hoplitas[146]. Muchos soldados de infantería ligera y 2
hombres desarmados lo acompañaban a causa del botín, de

---

[144] En Esparta, fue Licurgo quien prescribió que la cobardía se castigase con la *atimía*, es decir, con la privación de los derechos ciudadanos (cf. JEN., *República de los lacedem.*, 9).

[145] JENOFONTE *(Hel.* VI 5,10-21) relata la campaña de Agesilao en la región peloponésica de Arcadia. Desde 370, arcadios y mantineos (habitantes de la Arcadia oriental) se encontraban agrupados en una liga y contaban con el apoyo de Argos y de Élide, aunque terminaron por unirse a los beocios (véase nota siguiente).

[146] Epaminondas invadió y devastó Laconia en el invierno de 370/69. Los aliados de Epaminondas eran, según JENOFONTE (cf. *Hel.* VI 6, 23, y *Ages.* 2, 24),

suerte que fue un ejército de setenta mil soldados en total el
3 que descendió y se abatió sobre Laconia. Hacía por lo menos seiscientos años que los dorios habitaban Lacedemonia, y, en todo este tiempo, era la primera vez que se veían enemigos en su país; antes, nadie se había atrevido siquiera a entrar en él. Los enemigos atacaban una tierra intacta y nunca antes devastada, la incendiaban y la saqueaban hasta el río, sin que
4 nadie de la ciudad les opusiese resistencia[147]. Agesilao, por su parte, no permitió que los lacedemonios combatiesen contra semejante «oleada y torrente de guerra», en expresión de Teopompo[148]; distribuyó a los hoplitas por las partes centrales y más importantes de la ciudad, y soportó las amenazas y los comentarios jactanciosos de los tebanos, que lo llamaban por su nombre y le animaban a luchar por su país, ya que él era el culpable de todas las desgracias por haber provocado
5 la guerra. No menos que estos acontecimientos afectaban a Agesilao los tumultos producidos en la ciudad, los gritos y las idas y venidas de los ancianos, que no podían soportar lo que estaba pasando, y de las mujeres, que eran incapaces de mantener la calma y que perdían por completo la razón ante
6 el griterío y el fuego de los enemigos. Lo afligía también la opinión que de él se tenía, porque, después de haber recibido la ciudad más importante y poderosa, veía ahora su grandeza reducida y maltrecho el orgullo del que él mismo hacía gala a menudo cuando decía que ninguna mujer laconia había visto
7 el humo enemigo[149]. Se cuenta también que Antálcidas[150], en una discusión en torno a la valentía con un ateniense que le dijo: «Con todo, nosotros os hemos expulsado muchas veces

los beocios, arcadios, argivos, eleos, focidios, eubeos, locrios (los dos grupos), acarnanios, heracliotas y malieos.

[147] El río aquí aludido es el Eurotas (cf. 19, 6 y nota).

[148] Sobre Teopompo, cf. 10, 10 y nota.

[149] Cf. Jen. *Hel.* VI 5, 28.

[150] Sobre Antálcidas, cf. 23, 2-3 y nota, y 26, 3.

del Cefiso[151]», contestó: «Sin embargo, nosotros nunca os hemos expulsado a vosotros del Eurotas». Una respuesta similar 8
dio un espartiata de los más insignificantes a un argivo que le dijo: «Muchos de los vuestros yacen muertos en Argólide». «Pues sí, –respondió el espartiata– pero ninguno de vosotros yace muerto en Laconia».

Se dice que por aquella época Antálcidas, que era éforo, 32
estaba tan atemorizado que, en secreto, puso a salvo a sus hijos llevándolos a Citera[152]. Agesilao, cuando los enemigos 2
intentaban cruzar el río y atacar la ciudad, abandonó las demás posiciones y dispuso el ejército en orden de batalla delante de las partes centrales y elevadas. El Eurotas corría entonces 3
más caudaloso y profundo que de costumbre a causa de la nieve, y su corriente, más por la baja temperatura que por la impetuosidad, supuso para los tebanos un duro y difícil obstáculo. Algunos revelaron a Agesilao que Epaminondas 4
encabezaba la falange; se dice que él, después de dirigir su mirada hacia Epaminondas y fijarla en él durante largo rato, se limitó a decir las siguientes palabras: «¡He aquí a un hombre ambicioso!». Epaminondas deseaba trabar combate y erigir el 5
trofeo en la ciudad, pero como no lograba hacer salir a Agesilao ni incitarlo a luchar, levantó de nuevo el campo y empezó a arrasar el país. En Lacedemonia, alrededor de doscientos 6
ciudadanos que desde hacía tiempo venían escondiendo sus malos propósitos, se agruparon y se apoderaron del Isorión, donde estaba el templo de Ártemis, lugar bien cercado y difícil de asaltar[153]. Como los lacedemonios deseaban expulsarlos de 7
inmediato, Agesilao, que temía una sublevación, ordenó al resto de la ciudad mantener la calma; él mismo, vestido con un manto y acompañado de un único sirviente, se acercó a ellos

151 El Cefiso es un río del Ática.

152 Citera era una isla del Mar de Creta, al SE del Peloponeso.

153 Este templo de Ártemis Isoria se hallaba cerca de Pitana, una de las cuatro aldeas que configuraban Esparta.

y les dijo a gritos que no habían escuchado bien su orden, ya que no les había ordenado que se reuniesen todos en aquel lugar, sino unos allí (y les señalaba otro lugar), y otros en otra
8 parte de la ciudad. Ellos se alegraron de escuchar estas palabras, pues pensaban que su verdadera intención no había sido descubierta; así, se separaron y se retiraron a los lugares a los
9 que Agesilao les había ordenado ir. Este, por su parte, mandó que viniesen de inmediato otras tropas para que tomasen el Isorión, hizo apresar a unos quince conjurados y les dio muerte du-
10 rante la noche. Quedó al descubierto otra conspiración mayor ideada por un grupo de espartiatas que se reunían de manera clandestina en una casa para planear una revolución; en tal estado de agitación, tan difícil era someterlos a juicio como
11 desdeñar sus maquinaciones. Agesilao, tras deliberar con los éforos, mató a los conjurados sin previo juicio, a pesar de que nunca antes ningún espartiata había muerto sin ser juzgado.
12 Como muchos de los periecos[154] y de los hilotas que formaban parte del ejército huían de la ciudad para pasarse al enemigo, hecho que provocaba un notable desaliento, Agesilao mandó a sus sirvientes que fuesen al amanecer a las barracas para recoger y ocultar las armas de los desertores, con el fin de que no se supiese su número[155].

13 Algunos historiadores dicen que los tebanos se marcharon de Laconia cuando llegó el invierno y cuando los arcadios comenzaron a marchar sin orden y a dispersarse, puesto que habían permanecido allí tres meses completos y habían devas-

[154] Los periecos eran, junto con los espartiatas y los hilotas, otra de las categorías jurídicas que conformaban el estado espartano. Habitaban en aldeas y pequeñas ciudades de Laconia y de Mesenia (de ahí su nombre, que significa «los que viven alrededor»), y, aunque no eran ciudadanos, podían entregarse libremente a las tareas agrícolas, a la artesanía y al comercio, con la única obligación de servir al lado de los espartiatas en el ejército lacedemonio. A pesar de lo que aquí cuenta PLUTARCO, nunca supusieron un peligro para la estabilidad de Esparta.

[155] Cf. JEN., *Hel.* VI 5 28 y 32.

tado gran parte del país[156]. Pero según Teopompo[157], cuando ya 14
los beotarcas habían decidido emprender el regreso, se presentó ante ellos un espartiata llamado Frixo, que en nombre de Agesilao les ofreció veinte talentos en concepto de retribución por la marcha, de modo que hicieron lo que desde hacía tiempo habían decidido hacer, y además las provisiones para el viaje fueron aportadas por los enemigos.

No sé cómo es posible que los demás historiadores igno- 33
ren este hecho y que sólo Teopompo lo conozca. Todos coinci- 2
den, no obstante, en que fue entonces Agesilao el responsable de la salvación de Esparta, porque, renunciando a sus pasiones congénitas, la afición a las disputas y la ambición, adoptó una
política de salvaguarda del Estado. Sin embargo, no fue ca- 3
paz de reavivar el poder y la fama de la ciudad desde aquella derrota: como en un cuerpo que goza de salud pero que ha sido sometido durante mucho tiempo a un régimen de vida muy austero y muy riguroso, un único error y un único vuelco bastaron para echar por tierra la prosperidad de la ciudad, y no
es de extrañar: pues los espartiatas, al añadir a un Estado como 4
el espartano, que había sido perfectamente gobernado gracias a la paz, la virtud y la concordia, unos dominios y un imperio logrados por la fuerza, cosas que según Licurgo ninguna ciudad necesita para vivir dichosa, lo echaron a perder.

El propio Agesilao había ya renunciado a las campañas 5
militares a causa de su vejez[158]. Pero su hijo Arquidamo, que contaba con la tropa auxiliar que le había enviado desde Sicilia el tirano[159], venció a los arcadios en la llamada «guerra sin llanto», porque no cayó ninguno de los suyos y mató a

---

[156] Entre estos historiadores se cuenta JENOFONTE, cf. *Hel.* VI 5, 50-51.

[157] Sobre TEOPOMPO, cf. 10, 10, y nota, y 32, 4.

[158] En 369, Agesilao, nacido en 440, tenía 71 años.

[159] Se trata del tirano Dionisio de Siracusa, como nos informa JENOFONTE (*Hel.*VII 1, 20-22).

6 muchos enemigos[160]. Sin embargo, esta victoria puso todavía más de manifiesto la debilidad de la ciudad. Hasta ahora, consideraban que el vencer a los enemigos era para ellos un acto tan ordinario y tan natural que para celebrar la victoria no hacían en la ciudad más sacrificio a los dioses que el de un gallo, ni los combatientes se jactaban de ello ni mostraban
7 excesiva alegría quienes se enteraban de la noticia. Incluso después de la batalla de Mantinea, sobre la que Tucídides ha escrito[161], al primero que anunció la victoria los arcontes le enviaron carne de la comida comunitaria por la buena noticia,
8 y nada más[162]. En aquella ocasión, sin embargo, cuando se anunció el resultado de la batalla y Arquidamo llegó a Esparta, nadie se contuvo: su padre fue el primero que salió a recibirlo llorando de alegría, y después de él los magistrados; la mayoría de los ancianos y de las mujeres bajaron al río con las manos extendidas y dando gracias a los dioses, como si Esparta hubiese repelido las deshonrosas ofensas sufridas y brillase de nuevo el prestigio de que antes gozaba. Se dice que, antes de este día, los hombres ni siquiera se atrevían a mirar a la cara a sus mujeres, tan avergonzados estaban de sus derrotas.

34 A pesar de que Mesenia estaba siendo reconstruida por Epaminondas y a ella afluían antiguos habitantes procedentes de todas partes, los espartanos no se atrevieron a combatir ni fueron capaces de oponerse a ellos[163]; pero se sentían disgus-

[160] Se trata de la batalla que tuvo lugar en 368 en Eutresis, al S de Arcadia (cf. JEN., VII 1, 28-32).

[161] Esta batalla de Mantinea se produjo en 418, en el curso de la guerra del Peloponeso; cf. TUC., 5, 64-74.

[162] Sobre la comida comunitaria *(phiditía)* espartana, cf. 20, 8, y nota. Aquí traduzco *phiditía* por «comida comunitaria», y no por «refectorio», como en 20, 8, porque esta palabra servía para designar tanto la comida misma como el lugar en que esta se desarrollaba.

[163] La región de Mesenia se hallaba al SE del Pelopeneso y era una tierra extraordinariamente fértil, como señala el poeta Tirteo (fr. 5 WEST); desde el siglo

tados y molestos con Agesilao, porque habían visto cómo durante su reinado perdían un país no menor en población que Laconia, que era el primero de Grecia por su fertilidad y del que habían sacado provecho durante todo el tiempo que duró su control sobre ella. Fue por esto por lo que Agesilao 2
no aceptó la oferta de paz de los tebanos. No quería entregarles de palabra una tierra que ellos ocupaban en la práctica; pero su pundonor no le valió para recuperar Mesenia, y poco le faltó para perder también Esparta al verse sorprendido por una maniobra enemiga. Pues cuando los mantineos se vol- 3
vieron a separar de los tebanos y reclamaron la presencia de los lacedemonios, Epaminondas, en cuanto supo que Agesilao se había marchado con su ejército fuera de Esparta y que se acercaba[164], levantó el campamento de Tegea por la noche, sin que los mantineos se enterasen, con la idea de conducir un ejército a través de la mismísima Lacedemonia, y, eligiendo un camino distinto al de Agesilao, poco le faltó para tomar por sorpresa la ciudad indefensa[165]. Pero Eutino de Tespias, 4
según Calístenes, o bien un cretense, en opinión de Jenofonte, avisó a Agesilao, quien de inmediato envió un jinete para que a toda prisa advirtiese a los que se encontraban en la ciudad[166]; no mucho más tarde llegó él mismo a Esparta. Poco después los tebanos cruzaron el Eurotas y atacaron la 5

---

VIII hasta el V, los espartanos sostuvieron continuas guerras contra los mesenios (las llamadas «Guerras Mesenias») para ocupar y mantener bajo su dominio este importante territorio; en 369, Epaminondas proclamó la independencia de Mesenia.

164 Concretamente, Agesilao se hallaba en la ciudad arcadia de Pelene (cf. JEN., *Hel.* VII, 5, 9).

165 Esta campaña de Epaminondas en Arcadia —que tuvo lugar en el verano de 362, poco antes de la batalla de Mantinea— y la marcha de este contra Esparta son narradas con más detalle por JENOFONTE *(Hel.*, VII, 5, 1-13).

166 El historiador del siglo IV CALÍSTENES DE OLINTO escribió una *Historia de Grecia* en diez volúmenes en la que Alejandro era presentado en clave heroica; JENOFONTE habla de este cretense sin citar tampoco su nombre en *Hel.*, 7, 5, 10.

ciudad; Agesilao la defendió con todas sus fuerzas, a pesar
6 de su edad, pues veía que la situación no exigía seguridad y precaución como antes, sino más bien temeridad y audacia, cualidades en las que nunca antes había confiado y que había empleado sólo cuando ellas eran lo único que tenía para apartar el peligro. Al librar a la ciudad de las manos de
7 Epaminondas y erigir un trofeo, demostró a los niños y a las mujeres que los lacedemonios pagaban a su patria la excelente educación recibida. Entre los lacedemonios más destacados estuvo Arquidamo, que combatió magníficamente, con presencia de espíritu y agilidad de cuerpo; corrió con rapidez por las zonas angostas hacia los puntos más concurridos del combate, y, sobre todo, puso en jaque a los enemigos con un
8 reducido número de guerreros. Tengo entendido que Isadas, el hijo de Fébidas, ofreció a la vista de los ciudadanos y de
9 los enemigos un hermoso y admirable espectáculo[167]: destacaba por su apostura y por su gran talla, y tenía la dulzura propia de esa floreciente edad en que los hombres pasan de la infancia a la madurez; desnudo, sin armas defensivas ni manto, con el cuerpo untado de grasa, blandiendo en una mano la lanza y en la otra el escudo, salió de un salto de su casa, se lanzó en medio de los que combatían y permaneció entre los enemigos golpeando y abatiendo a todo aquel que
10 le salía al encuentro. No recibió herida de nadie, ya fuera que un dios lo protegiese a causa de su valentía, ya que se mostrase a la vista de los enemigos como un ser más fuerte y más
11 poderoso que un simple mortal. Por esta acción se dice que los éforos lo coronaron y después le impusieron una multa de mil dracmas porque se había atrevido a afrontar el peligro sin armadura.

---

[167] Sobre Fébidas, véase más arriba 23, 6 y ss. y nota, y 24, 1.

Pocos días después combatieron en Mantinea[168]. Epami- 35
nondas, que ya se había hecho con las primeras posiciones,
estrechaba el cerco y se lanzaba a la persecución, fue atacado
y herido con la lanza por el laconio Antícrates, como cuen-
ta Dioscórides, aunque todavía hoy los lacedemonios llaman
*Machairíonas* a los descendientes de Antícrates, porque pen-
saban que lo había alcanzado con una espada[169]. Los lacede- 2
monios le dieron tales muestras de admiración y de afecto
—tan grande era el miedo que Epaminondas les inspiraba
mientras vivía— que se decretó ofrecerle honores y regalos,
y a su linaje la exención de impuestos, de la que goza aún en
la actualidad Calícrates, uno de los descendientes de Antícra-
tes. Después de la batalla y de la muerte de Epaminondas, se 3
firmó la paz entre los griegos, aunque Agesilao y los suyos
excluyeron del juramento a los mesenios alegando que no
tenían una ciudad[170]. Como todos los demás pueblos habían 4
sido aceptados en el tratado y habían ratificado los juramen-
tos, los espartanos se separaron y continuaron por su cuenta
la guerra con la esperanza de recuperar Mesenia. Por todo 5
esto, Agesilao pasaba por ser un hombre violento, cruel e in-
saciable de guerras, que intentaba por todos los medios minar
y destruir los pactos comunes de los griegos, y que, además,

[168] La batalla de Mantinea, sucedida en 362, enfrentó a las dos coaliciones antagónicas: una integrada por lacedemonios, atenienses, aqueos, eleos y mantineos, y otra compuesta por los tebanos y sus aliados de la Grecia central, mesenios, argivos, tegeatas y megalopolitanos.

[169] Dioscórides, discípulo de Isócrates, escribió probablemente una *Constitución de los laconios*. *Máchaira*, en griego, significa «cuchillo» o «espada».

[170] La batalla de Mantinea supuso el fin de la breve hegemonía tebana en el continente; muerto Epaminondas, Tebas se quedaba sin su líder principal, ya que Pelópidas había muerto dos años antes en Cinoscéfalas. Las *Helénicas* de Jenofonte terminan con la narración de la batalla de Mantinea, de incierto desenlace, ya que después de ella «en Grecia hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes» (cf. VII, 5, 26-27; traducción de O. Guntiñas Tuñón, en esta misma colección, volumen 2, pág. 322).

se veía obligado por la escasez de dinero a molestar a sus amigos de la ciudad pidiéndoles préstamos y reclamándoles contribuciones; por el contrario, él debería haber apartado a sus ciudadanos de las calamidades de la guerra cuando se le presentó la oportunidad, y no haberse empeñado en vano por retomar los bienes y los ingresos que proporcionaba Mesenia, después de haber perdido un imperio tan grande, numerosas ciudades y el control de la tierra y del mar.

36 Echó a perder todavía más su reputación ponerse al ser-
2 vicio del egipcio Taco[171]. Y es que resultaba indigno que un hombre que había sido considerado el más importante de Grecia y que había extendido su fama por todo el mundo, emplease en beneficio de un hombre bárbaro, rebelde del rey persa, su persona, su nombre y su fama con el fin de recibir dinero por desempeñar trabajos de mercenario y de jefe de un
3 ejército extranjero. Y si, sobrepasados los ochenta años y con el cuerpo entero destrozado por las heridas, hubiera vuelto a emprender aquella gloriosa y célebre expedición en defensa de la libertad de Grecia, su ambición no hubiera escapado del
4 todo a las críticas, ya que incluso las buenas acciones tienen su momento y su época adecuados; mejor dicho, por lo general es la mesura la que distingue las buenas acciones de las malas.
5 Agesilao no atendía a estas consideraciones y pensaba que ningún servicio público era inferior a su dignidad; ante todo consideraba indigno vivir en la ciudad sin hacer nada y sen-
6 tarse a esperar la muerte. Por esta razón reunió mercenarios con el dinero que Taco le había enviado y, después de equipar

---

[171] Ya octogenario, Agesilao recala en Egipto y se pone al servicio del rey egipcio Taco, que en 361 había ascendido al trono y que deseaba combatir contra los persas. Desde este momento, la única preocupación de Agesilao sería recaudar fondos para pagar a los mercenarios que Esparta necesitaba para recuperar Mesenia (como afirma PLUTARCO en *Pomp.* 85, 1), aunque no debe descartarse que Agesilao buscase también el lucro personal. Sobre Agesilao en Egipto, cf. JEN., *Ages.* 2, 28-31.

las naves, se hizo a la mar llevando consigo treinta consejeros espartiatas, como la primera vez[172].

Cuando desembarcó en Egipto, los más destacados gene- 7
rales y gobernadores del rey acudieron de inmediato a la nave
para rendirle pleitesía. Había también entre el resto de los 8
egipcios un gran interés y expectación debido a su renombre
y a su fama, y todos acudieron a verlo. Pero como no vieron 9
brillo ni parafernalia algunos, sino a un viejo tumbado en el césped junto al mar, menudo y de aspecto vulgar, cubierto con un manto áspero y modesto, se pusieron a burlarse de él y a bromear a su costa diciendo que aquello se parecía a la fábula del monte que se puso de parto y parió un ratón[173].
Se sorprendieron aún más de su rareza cuando le llevaron e 10
hicieron entrega de los regalos de hospitalidad: cogió harina, bueyes y gansos, y rechazó pasteles, golosinas y perfumes, y, como lo obligasen a aceptarlos y le insistiesen, les dijo a
quienes se los ofrecían que se los diesen a sus hilotas. No 11
obstante, Teofrasto dice que a Agesilao le gustó el papiro que servía para hacer guirnaldas debido a su sencillez y pureza, y por ello, en el momento de partir, se lo pidió al rey y se lo llevó consigo[174].

Se unió a Taco en la época en que este preparaba una 37
expedición, pero no fue nombrado, como él esperaba, general de todo el ejército, sino solo de los mercenarios, mientras que al frente de la flota se encontraba el ateniense Cabrias[175]; el
comandante en jefe era el propio Taco. Esta fue para Agesilao 2

---

[172] Es decir, igual que en su primera expedición a Asia, que empezó a comienzos de 396 y terminó en el verano de 394 (véase más arriba; 6, 4-5, y caps. 7-15).

[173] Fábula convertida en proverbio (cf. HOR., *Arte poét.* 139: *parturiunt montes, nascetur ridiculus mus)*.

[174] Sobre TEOFRASTO, véase más arriba, 2, 6, y nota.

[175] Se trata del estratego ateniense Cabrias, que había combatido contra los espartanos en distintas campañas —entre ellas, en la batalla de Naxos (376), en que derrotó al navarca lacedemonio Polis— y que había marchado a Egipto por

la primera decepción; más tarde, se vio obligado a soportar
hasta la saciedad la fanfarronería y la vanidad del rey egip-
cio. Aun así se embarcó con Taco en dirección a Fenicia, y,
contrariamente a su dignidad y a su carácter, se sometió a él y
aguantó hasta que se le presentó la oportunidad de romper la
3 alianza. Nectanebis, que era primo de Taco y que tenía bajo
su mando una parte del ejército, se rebeló contra él y, una vez
proclamado rey por los egipcios, llamó a Agesilao para que
lo ayudase e hizo la misma proposición a Cabrias, prome-
4 tiéndoles a ambos excelentes regalos. En cuanto supo esto,
Taco recurrió a las súplicas, y Cabrias intentó por medio de la
persuasión y de las amonestaciones que Agesilao conservase
5 su alianza con Taco. Pero Agesilao dijo: «Cabrias, como tú has
venido por tu propia voluntad, puedes actuar a tu manera; pero
a mí fue mi patria la que me puso como general al servicio de
6 los egipcios. Por ello, no sería correcto por mi parte combatir
contra aquellos a los que fui enviado como aliado, a no ser
7 que mi patria me dé nuevas órdenes». Después de decir esto
envió a Esparta emisarios con el fin de que acusaran a Taco
8 y alabasen a Nectanebis. Ellos enviaron también emisarios
para suplicar ayuda a los lacedemonios, el uno como antiguo
aliado y amigo, y el otro con la promesa de que en adelante
9 mostraría mejor disposición y más afecto a la ciudad. Tras oír
a los embajadores, los lacedemonios respondieron abiertamen-
te a los egipcios que estas cuestiones las dejaban en manos
de Agesilao, y a él le escribieron ordenándole que viera la
10 manera de actuar en interés de Esparta. Agesilao, entonces,
cogió a sus mercenarios y se pasó del bando de Taco al de
Nectanebis, esgrimiendo el interés de la patria para encubrir
una actuación extraña e inaudita, pues si se suprimía este pre-
texto, el nombre que más correspondía a semejante actitud era

---

cuenta propia y no enviado por Atenas, como el propio Agesilao le recuerda más abajo (cf. 37, 4).

el de traición. Pero los lacedemonios, que colocan siempre 11
en el lugar del honor el interés de la patria, no aprenden ni
conocen otra justicia que la que ellos creen que aumenta la
grandeza de Esparta[176].

Taco, abandonado por sus mercenarios, emprendió la 38
huida[177]; pero, desde Mendes, otro aspirante al trono se su-
blevó contra Nectanebis, fue proclamado rey y, después de
reclutar diez mil hombres, se lanzó al ataque[178]. Nectanebis, 2
con el fin inspirar confianza a Agesilao, le decía que aunque
los enemigos eran muchos, no eran más que una maraña de
obreros cuya inexperiencia los hacía despreciables; a estas 3
palabras Agesilao contestó: «En realidad, más que el número
de los enemigos temo su inexperiencia y su ignorancia, ya
que va a ser difícil engañarlos: pues las estratagemas sólo 4
desconciertan a quienes piensan en cómo defenderse de una
maniobra que ellos sospechan y esperan; pero quien no sos-
pecha ni espera nada no ofrece punto débil a quien intenta
despistarlo, del mismo modo que, en la lucha, quien no se
mueve no da oportunidad alguna a su adversario para que le
haga una llave». Después de esto, el mendesio mandó también 5
emisarios con la intención de tantear a Agesilao. Nectanebis
se sintió atemorizado, y como Agesilao le instaba a trabar
un combate lo más rápido posible en lugar de entablar una
guerra larga contra unos hombres sin experiencia militar pero
que disponían de brazos suficientes para envolverlo, cercarlo
con trincheras, anticiparse y adelantarlo en muchos puntos,

[176] A diferencia de PLUTARCO, que muestra aquí una postura veladamente crítica respecto al cambio de bando de Agesilao, JENOFONTE (*Ages.*, 2, 31) justifica esta acción, aduciendo que Agesilao luchó junto a aquel que «parecía simpatizar más con los griegos».

[177] En efecto, Taco se pasó al bando persa y se alió al Gran Rey, que le perdonó y le nombró general de las tropas enviadas contra los egipcios, según cuenta DIODORO (15, 92, 5).

[178] La ciudad de Mendes estaba situada al NE del delta del Nilo. El nombre exacto del aspirante al trono aquí mencionado nos es desconocido.

Nectanebis sospechó de él, sintió aún más miedo y se retiró
6 a una ciudad bien cercada por una extensa muralla. Agesilao se indignó ante esta falta de confianza y lo llevó muy a mal, pero como tenía vergüenza de cambiarse de nuevo de bando y de regresar finalmente sin haber hecho nada, lo acompañó y entró con él dentro de la fortaleza.

39 Cuando los enemigos rodearon y cercaron con trincheras la ciudad, de nuevo por miedo al asedio el egipcio quiso combatir, para lo cual contaba con el total apoyo de los griegos, ya
2 que en la plaza fuerte no había víveres. Pero como Agesilao, en vez de aprobar ese plan, se oponía a él, su fama decayó aún más entre los egipcios, que lo llamaban traidor al rey; no obstante, soportó las calumnias con más calma todavía y se dedicó a esperar el momento oportuno para su estratagema.
3 He aquí lo que ocurrió: en el exterior los enemigos cavaban un profundo foso alrededor de la muralla, con el fin de dejar-
4 los completamente encerrados. Cuando los dos extremos del foso estaban a punto de encontrarse el uno con el otro y de rodear la ciudad, Agesilao esperó que cayese la tarde, ordenó a los griegos que se armasen, se dirigió al egipcio y le dijo: «Es este, joven, el momento oportuno para nuestra salvación, del que no he querido hablar antes de que llegase, por miedo
5 a que se echase todo a perder. Los enemigos trabajan con sus propias manos por nuestra seguridad al cavar un foso tan grande: la parte terminada les impide sacar provecho de su superioridad numérica, mientras que la parte inacabada nos permite a nosotros combatir contra ellos en justas condiciones de igualdad. Vamos, pon todo tu empeño en actuar como un valiente, síguenos a la carrera y salva tu vida y a tu ejército.
6 Los enemigos que vengan de frente no soportarán nuestro ataque, y los demás no nos causarán daño alguno por culpa
7 del foso». Nectanebis se admiró de la sagacidad de Agesilao y, tras colocarse en el centro del ejército griego, se lanzó al ataque y puso fácilmente en fuga a cuantos se le oponían.

Una vez que Agesilao consiguió que Nectanebis confiase en 8
él, puso de nuevo en práctica la misma estrategia contra los
enemigos, como en una lucha de atletas. Huyendo y retirán- 9
dose unas veces, rodeándolos otras, metió al grueso de los
enemigos dentro de un recinto bordeado a ambos lados por
un profundo canal; al obstruir el espacio intermedio entre los
dos lados y ocuparlo con el frente de su falange, igualó en
número a los enemigos, que no podían rodearlo ni cercarlo.
De este modo, tras una muy corta resistencia, puso en fuga a 10
los enemigos; muchos de ellos cayeron muertos, mientras que
quienes lograron huir se dispersaron y se disolvieron[179].

Después de esto, los asuntos del egipcio empezaron a 40
marchar viento en popa y su seguridad se vio reforzada; como
muestra de afecto y amistad, le rogó a Agesilao que se quedara
y pasara junto a él todo el invierno. Sin embargo, Agesilao 2
deseaba regresar a su patria, que se encontraba en guerra,
porque sabía que la ciudad necesitaba recursos y mantenía
a mercenarios. Nectanebis, pues, lo despidió con gran honor
y magnificencia, le colmó de distinciones y regalos y le dio
doscientos treinta talentos de plata para la guerra[180]. Como 3
ya había llegado el invierno, tuvo que atracar en tierra sus
naves en la costa de Libia, en un lugar desierto denominado
*puerto de Menelao*, donde murió a la edad de ochenta y cuatro años[181]. Fue rey de Esparta durante cuarenta y un años[182],
durante treinta años fue el hombre más importante y más po-

[179] Diodoro (15, 93, 1-5) da una descripción más detallada de esta campaña.

[180] Jenofonte *(Ages.*, 11, 16) se refiere a estos doscientos treinta talentos, sin citarlos explícitamente, cuando afirma que incluso muerto, Agesilao prestó un gran servicio a Esparta, ya que junto con su cadáver los espartanos llevaron a la ciudad esta suma de dinero.

[181] Este *puerto de Menelao* se hallaba entre Cirene y Egipto; se llamaba así, al parecer, porque en él Menelao encontró a su esposa, según la versión de la leyenda que aparecía en la *Helena* de Eurípides.

[182] Desde 360 a 401.

deroso de todos los griegos, y fue considerado el general y el
4 rey de casi toda Grecia hasta la batalla de Leuctra[183]. Como es costumbre laconia tributar los honores fúnebres y abandonar los cuerpos de los ciudadanos comunes que mueren en el extranjero, pero repatriar los cadáveres de los reyes, los espartiatas allí presentes embadurnaron el cadáver con cera, pues carecían de miel, y lo transportaron a Lacedemonia.

5 Su hijo Arquidamo heredó el trono, que perteneció a su familia hasta Agis, a quien asesinó Leónidas porque pretendía reinstaurar la antigua constitución espartana; Agis era el quinto descendiente de Agesilao[184].

---

[183] Es decir, hasta 371, año en que se derrumba la hegemonía espartana en Grecia.

[184] Arquidamo III reinó en Esparta desde 360 a 338; el Agis aquí citado es Agis IV, rey de Esparta entre 244 y 241, el último rey de la casa euripóntida, que fue, exactamente, el sexto descendiente de *Agesilao —y no el quinto*, como sostiene PLUTARCO— después de Agis III (338-331), Eudamidas I (331-300), Arquidamo IV (300-275) y Eudamidas II (275-244).

# POMPEYO

1 Hacia Pompeyo parece que el pueblo romano sintió ya desde el principio lo mismo que el Prometeo de Esquilo hacia Heracles cuando, al ser salvado por este, dijo:

«Por más que aborrezca al padre, su hijo me es muy querido[1].»

2 En efecto, los romanos nunca mostraron un odio ni una violencia y crueldad semejantes hacia otro general como hacia Estrabón, el padre de Pompeyo; mientras vivía, temían su poder militar (pues era un muy destacado hombre de armas), pero cuando murió fulminado por un rayo, arrojaron el cadáver fuera del féretro en que lo transportaban y lo insultaron[2].
3 Por el contrario, ningún otro romano gozó desde tan pronto de un afecto más profundo ni más inmediato, ni fue más fuerte en la prosperidad ni se mantuvo más firme en la adversidad
4 que Pompeyo. Había una única razón para odiar a su padre: su insaciable deseo de riquezas; sin embargo, había muchos motivos para amar a Pompeyo: su moderado género de vida,

---

[1] Verso del *Prometeo liberado*, tragedia perdida de ESQUILO; es el fragmento 201 Radt (201 Nauck[2]).

[2] Cn. Pompeyo Estrabón, oriundo del Piceno, participó en la *guerra social* (90-89 a. C), donde obtuvo éxitos extraordinarios como la toma de Ásculo en el 89, a. C. (todas las fechas son antes de Cristo), que le valió el triunfo. Fue cónsul en el año 89 junto a L. Porcio Catón. Murió en el año 87.

su práctica en las armas, su capacidad de persuadir mediante la palabra, su carácter leal, su trato afable; nadie rogaba causando menos molestias ni ayudaba con más placer a quienes le suplicaban, pues a sus encantos añadía la capacidad de dar sin arrogancia y de recibir con dignidad.

**2** También desde un principio, el físico que le adornaba contribuía no poco a que se ganase el favor del pueblo incluso antes de hablar; su amable aire de dignidad desprendía bondad, y ya desde el comienzo y la flor de su juventud su belleza
2 revelaba una naturaleza majestuosa y regia. La suavidad con que le caían los cabellos y la delicada vivacidad de sus ojos asemejaban su rostro, de un modo más aparente que real, a
3 las imágenes del rey Alejandro[3]. Por ello Pompeyo no rechazó que, desde su juventud, muchos le cambiasen el nombre, hasta el punto de que ya entonces algunos lo llamaban Alejandro
4 para burlarse de él. También por esta razón Lucio Filipo, hombre de rango consular, cuando habló en su defensa, dijo que no hacía nada extraño si, siendo él Filipo, amaba a Alejandro[4].

5 Se cuenta que Flora, la cortesana, cuando ya era muy vieja, recordaba siempre con agrado la relación que había mantenido con Pompeyo; decía que, después de haber pasado la
6 noche con él, no sin pesar lo abandonaba. Además de esto, Flora contaba que un familiar de Pompeyo, Geminio, la deseaba y la molestaba con numerosas atenciones; sin embargo, cuando ella le dijo que no podía cumplir sus deseos a causa
7 de Pompeyo, Geminio se lo refirió a este. Pompeyo, pues, se la cedió a Geminio, y ya nunca más tuvo con ella contacto ni relación algunos, a pesar de que parecía estar enamorado de

---

[3] Sobre el parecido de Pompeyo con Alejandro, cf. más abajo, 46, 1-2; PLUTARCO, en *Alej.* 4, 2, describe al macedonio con rasgos muy similares a los atribuidos aquí a Pompeyo.

[4] Lucio Marcio Filipo, cónsul en el año 91, defendió a Pompeyo en un proceso judicial en el año 86, cuando era censor. Más detalles sobre este juicio más abajo, 4,1-4.

ella. Ella, por su parte, no lo encajó como corresponde a una cortesana; por el contrario, estuvo enferma durante mucho tiempo a causa de la pena y del deseo. No obstante, se dice 8
que Flora era tan bella y tenía tal fama que Cecilio Metelo, al adornar con estatuas y pinturas el templo de los Dioscuros[5], ordenó pintar su retrato y lo consagró a causa de su belleza. Pompeyo trató también a la mujer de su liberto Demetrio[6], 9
que ejercía mucha influencia sobre él y que dejó una fortuna de cuatro mil talentos; pero, contrariamente a su propia costumbre, lo hizo sin dulzura y sin generosidad, pues temía dar muestras de debilidad ante su hermosura, que tenía fama de ser en cierta medida irresistible. Aunque fuese siempre muy 10
cauto y precavido respecto a sus relaciones personales, en este caso no se escapó de las críticas de sus enemigos, y se le acusaba de descuidar y abandonar muchos asuntos de interés público por complacer a sus esposas[7].

Respecto a la frugalidad y sencillez de su modo de vida 11
se cuenta la siguiente anécdota. Una vez que se encontraba enfermo y sin ganas de probar alimento, un médico le prescribió comer un tordo. Cuando lo buscaron y no encontraron 12
ninguno a la venta (pues no era temporada), uno le dijo que lo encontraría en casa de Lúculo[8], que los criaba durante todo

---

[5] Los Dioscuros Cástor y Pólux, hijos de Zeus y Leda, tenían en Roma un templo que fue restaurado por Lucio Cecilio Metelo en 117; de este modo, si tenemos en cuenta que Pompeyo nació en 106, es imposible que la anécdota aquí referida tenga como protagonista a esta Flora.

[6] Demetrio era un liberto de Pompeyo, de origen griego; sobre él, véase más abajo, el capítulo 40.

[7] Pompeyo tuvo cinco esposas: Antistia (cf. 4, 4-10), Emilia (cf. 9, 2-4), Mucia (cf. 42, 13), Julia (cf. 47, 10) y Cornelia (cf. 55, 1-4).

[8] Lucio Licinio Lúculo (*ca.* 118 – 56 a. C.) fue uno de los más destacados partidarios de Sila, a quien sirvió durante la guerra social. En el 74 alcanzó el consulado y consiguió ser enviado a Oriente, donde obtuvo grandes victorias militares sobre el rey Mitrídates VI del Ponto y sobre Tigranes de Armenia. En el 66, Pompeyo le sustituyó en la campaña de Oriente y regresó a Roma; desde

el año; «Es decir —respondió— ¿que si Lúculo no fuera un exquisito, Pompeyo no podría vivir? »; y, tras mandar a paseo al médico, tomó otra cosa más fácil de conseguir. Claro que esto ocurrió más tarde[9].

3 Siendo aún muy joven, participó junto a su padre en una expedición que este dirigía contra Cina[10], durante la cual tenía como amigo íntimo y compañero de tienda a un tal Lucio Terencio[11]. Este, sobornado por Cinna, iba a asesinar personalmente a Pompeyo, mientras que otros quemarían la tienda
2 del general. Se puso a Pompeyo en conocimiento del complot mientras cenaba; en lugar de turbarse, bebió con más ganas de lo acostumbrado y trató con amabilidad a Terencio; cuando se fue a dormir, se deslizó fuera de la tienda sin ser visto y, después de disponer una guardia en torno a su padre, aguardó
3 tranquilo. Terencio, cuando consideró que había llegado el momento oportuno, se levantó, sacó el puñal y, tras dirigirse al lecho en el que pensaba que Pompeyo estaba acostado, asestó
4 numerosos golpes a las mantas. Después de esto, el odio que se sentía hacia el general provocó una gran conmoción y un deseo de deserción por parte de los soldados, que levantaron
5 las tiendas y se llevaron las armas. El general no dio la cara, atemorizado ante el tumulto, pero Pompeyo, lanzándose en medio de los soldados, les suplicó entre lágrimas; finalmente, se dejó caer de bruces delante de la puerta del campamento y

---

ese momento se retiró de la vida política y se dedicó a los placeres del intelecto y de la gastronomía. Plutarco le dedicó una de sus biografías.

[9] Cf. Plut., *Luc.*, 40, 2.

[10] La expedición de Estrabón contra Cinna tuvo lugar en el año 87; Pompeyo, nacido en el 106, tenía solo 19 años. Lucio Cornelio Cinna, líder del partido popular y enemigo de Sila, se alió con Mario y tomó Roma en el 87. Fue cónsul sucesivamente desde el 87 hasta el 84, periodo durante el cual dominó tiránicamente el estado romano hasta el año 84, en que fue asesinado por un centurión de Sila (cf. más abajo, 5, 2-3).

[11] Este Lucio Terencio es tal vez el mismo *Lucius Terentius* mencionado en una inscripción hallada en Ásculo *(C.I. L.*, $I^2$, 709).

tumbado en el suelo obstaculizó la salida, llorando y ordenan-
do a los que salían que lo pisasen, en vista de lo cual algunos,
avergonzados, se retiraron, y todos, excepto ochocientos, cam-
biaron de parecer y se reconciliaron con el general.
Inmediatamente después de la muerte de Estrabón, Pom- 4
peyo afrontó un juicio por robo de fondos públicos incoado
contra su padre[12]. Al descubrir que la mayoría de los bienes los 2
había robado Alejandro, uno de sus libertos, Pompeyo se lo
reveló a los magistrados; sin embargo, a él mismo se le acusó
de poseer redes de caza y libros que habían sido arrebatados
como botín en Ásculo[13]. (Recibió, en efecto, estos objetos de 3
su padre tras la conquista de Ásculo, pero los perdió cuando
los guardias de Cina, de regreso a Roma, forzaron su casa y
la saquearon.) No fueron pocos los preliminares del juicio 4
que sostuvo contra el acusador, mas, como en ellos mostró
una agudeza y una solidez infrecuentes para un joven de su
edad, se ganó una gran reputación y estima, hasta el extremo
de que Antistio, pretor y juez de aquel juicio, se encariñó con
él y quiso entregarle en matrimonio a su hija, intención que
comunicó a los amigos de Pompeyo[14]. Pompeyo aceptó y entre 5
ellos se firmaron acuerdos secretos; sin embargo, el hecho no
pasó desapercibido para nadie a causa del empeño de Antis-
tio. Cuando al fin Antistio declaró públicamente la sentencia 6
absolutoria de los jueces, el pueblo, como obedeciendo una
orden, rompió a gritar la aclamación que según una antigua
costumbre se dedica a los recién casados: «¡Para Talasio!». Se 7
dice que el origen de dicha costumbre fue el siguiente. Cuando
los romanos más relevantes raptaron a las hijas de los sabinos,

---

12 Estrabón murió en el 87; al año siguiente Pompeyo afrontó el juicio de que se habla aquí. Además de Lucio Marcio Filipo (cf. más arriba, nota 4), defendieron a Pompeyo el orador Q. Hortensio y Cn. Papirio Carbón.

13 Ásculo, una de las ciudades más importantes de la región del Piceno, fue conquistada por Estrabón en el 89.

14 La muerte de Antistio a manos de Sila se narra más abajo, cf. 9, 4.

que habían acudido a Roma para presenciar el espectáculo de
los juegos, con el fin de hacerlas sus esposas, unos mercena-
rios y unos pastores de baja estofa atraparon a una muchacha
8 hermosa e importante y se la llevaron; y, para que uno de
los ciudadanos relevantes, si se encontraba con ellos, no les
arrebatase la muchacha, corrían y al mismo tiempo gritaban:
«¡Para Talasio!». Este Talasio era un hombre reputado y muy
conocido, de suerte que quienes oyeron el nombre aplaudieron
9 y gritaron como muestra de común alegría y aprobación. Tras
este hecho, y como el matrimonio fue feliz para Talasio, se
dice que esta exclamación se pronuncia ante los recién casa-
10 dos a modo de broma. Esta es la anécdota más verosímil de
las que se cuentan sobre Talasio[15]. Pues bien, pocos días más
tarde, Pompeyo tomó a Antistia como esposa.

5 Después se marchó al campamento de Cina, aunque a
causa de ciertas acusaciones y calumnias se atemorizó y se
retiró de inmediato y en secreto[16]. Como no aparecía, circuló
por el campamento un rumor según el cual Cina había hecho
2 matar al joven. Por ello, quienes desde antiguo eran moles-
tados por Cina y lo odiaban, se lanzaron contra él. Cuando,
durante la huida, Cinna fue apresado por uno de los centurio-
nes que lo perseguía con la espada desenvainada, se arrodilló
3 y le ofreció su sello, que era muy valioso. El centurión le dijo
con suma violencia: «No vengo aquí para sellar un pacto, sino
para castigar a un tirano impío y criminal», y a continuación
4 lo mató[17]. Después de que Cina acabase así su vida, recibió y
ejerció el poder Carbón, un tirano aún más arbitrario que él[18].

---

[15] Plutarco cita otra explicación sobre el origen de esta exclamación en *Róm.*, 15, 1-5.

[16] En el año 84.

[17] Sobre Cinna, véase más arriba, nota 10.

[18] Cn. Papirio Carbón, cónsul en 85, 84 y 82, ejerció el poder en Roma durante estos años. En el 85 compartió el consulado con Cinna, pero la muerte de este al año siguiente dejó en sus manos todo el poder de Roma; en el 83 Carbón

Sila regresó por deseo de la mayoría de los ciudadanos, quienes, a la vista de los males presentes, consideraban un cambio de dictador como un gran bien[19]. Las desgracias sobrevenidas 5 a la ciudad provocaron que se perdiese la esperanza en la libertad y se buscase una servidumbre más soportable.

En aquella época Pompeyo permanecía en el Piceno, en 6 Italia; allí disponía de posesiones y, sobre todo, disfrutaba con el trato familiar y amistoso que, como antes a su padre, le dispensaban sus ciudades[20]. Al ver que los ciudadanos más insignes y relevantes abandonaban sus casas y desde todas partes acudían al campamento de Sila como a un refugio, no estimó conveniente marchar allí para refugiarse, como un hombre que no paga su contribución y que mendiga seguridad; al contrario, deseaba ser el primero en rendirle servicio llegando gloriosamente junto a él al frente de un ejército. Para 3 este fin excitaba los ánimos de los picenos y los ponía a prueba; ellos lo escuchaban con actitud favorable y no prestaban atención a los emisarios de Carbón. Cuando un tal Vedio dijo 4 que Pompeyo, recién salido del pedagogo, había saltado sobre la tribuna para convertirse en su demagogo, se indignaron tanto que se lanzaron sobre él y al punto lo mataron. Después de 5 esto Pompeyo, que tenía veintitrés años, y aún nadie lo había nombrado general, se concedió a sí mismo el cargo[21]; dispuso

quedó fuera del consulado, aunque retomó las riendas del gobierno en el 82, año en que cayó derrotado por el ejército de Sila.

[19] Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.), líder de la facción *optimate* y cónsul en 88 y 80, había partido hacia Asia en la primavera del 88 para hacer la guerra contra Mitrídates VI del Ponto; en 83 regresó a Italia al frente de un ejército, con el cual derrotó a los populares, encabezados por Carbón y el hijo de Mario; se apoderó de Roma en la primavera de 82, e impuso una dictadura que duró hasta el 79 y que siempre sería recordada en Roma por su carácter represivo.

[20] En el Piceno, la actual región de Ancona, al N de la Península Itálica, frente al Adriático, habían nacido tanto Pompeyo como su padre; este último, además, consiguió numerosos clientes en esta provincia durante la guerra social.

[21] En el 83.

un tribunal en la plaza de Auximo[22], ciudad grande, y mediante un decreto ordenó salir de la ciudad a los dos hermanos Ventidios, hombres relevantes que habían actuado contra Sila en favor de Carbón[23]. Después alistó soldados, eligió conforme a la ley a los centuriones y a los comandantes, recorrió las
6 ciudades de alrededor y repitió en ellas la operación. Todos los partidarios de Carbón se retiraron y cedieron sus posiciones; en cambio, los demás se sumaron de buen grado a su causa, de modo que en poco tiempo reunió tres legiones completas, carros para el equipaje, carretas y demás pertrechos. A continuación se dirigió al campamento de Sila, sin prisas y sin ánimo de ocultarse; al contrario, durante el camino se detuvo para causar daños a los enemigos e intentó apartar de Carbón todas las ciudades de Italia por las que pasaba.

7 Se alzaron contra él a la vez tres generales enemigos, Carrina, Clelio y Bruto[24]; no todos ellos atacaban de frente y desde la misma posición: con tres ejércitos dispuestos en
2 círculo, avanzaban contra él con la intención de destruirlo. En lugar de atemorizarse, Pompeyo reunió en un mismo punto todas sus tropas y, poniendo delante a la caballería, al frente de la cual estaba él en persona, se dirigió únicamente contra el
3 ejército de Bruto. Cuando por parte de los enemigos los galos se lanzaron a atacar a caballo, Pompeyo se adelantó al primero de ellos, que era el más fuerte, lo golpeó a poca distancia con su lanza y lo derribó. Los demás se dieron la vuelta y espantaron a la infantería, de manera que se produjo una huida en
4 masa. Tras esta derrota, los generales se enfrentaron unos con

[22] Ciudad situada al sur de Ancona.

[23] Apenas tenemos datos acerca de los hermanos Ventidios; por Plinio (*Hist. Nat.* 7, 135) y AULO GELIO (15, 4) sabemos que un Ventidio —tal vez P. Ventidio Baso, según FLACELIÈRE, *op. cit.* p. 290— siendo aún un niño, había sido llevado por su madre al triunfo de Cneo Pompeyo Estrabón en el año 89.

[24] C. Carrina, C. Clelio Caldo y L. Junio Bruto Damasipo pertenecían al ejército popular comandado por Carbón y por Mario el Joven.

otros y se retiraron, cada uno como buenamente pudo; las
ciudades se unieron al bando de Pompeyo considerando que
había sido el miedo el que había dispersado a sus enemigos. A 5
continuación el cónsul Escipión se lanzó contra él, pero antes
de que las falanges se encontrasen al alcance de las jabalinas,
los soldados de Escipión saludaron a los de Pompeyo y se
pasaron a su bando, ante lo cual Escipión huyó[25]. Finalmente 6
Carbón mandó contra él, a orillas del río Asio, a numerosos
escuadrones de caballería[26]; Pompeyo ofreció una fuerte re-
sistencia, los puso en fuga y, en la persecución, los empujó a
todos hacia lugares difíciles e impracticables para la caballe-
ría; ellos, viéndose sin esperanzas de salvación, se entregaron
junto a sus armas y sus caballos.

Sila aún no había recibido información de estos aconteci- 8
mientos, y, en vista de las primeras noticias y rumores que le
llegaban, empezó a temer por Pompeyo, que se revolvía con-
tra tan valientes y numerosos generales enemigos, así que se
apresuró a acudir en su ayuda. Pompeyo, al conocer que Sila 2
estaba cerca, mandó a sus jefes que se armasen por completo
y que dispusiesen el ejército de tal manera que le pareciese
más hermoso y más brillante al general; esperaba conseguir de
él grandes honores, y los consiguió aún mucho más grandes.
De hecho, cuando Sila vio que Pompeyo avanzaba con su 3
admirable ejército, repleto de hombres alegres y enardecidos
por sus triunfos, saltó de su caballo y, tras ser saludado, como
es natural, en calidad de *imperator*[27], devolvió a Pompeyo el
mismo saludo, nadie podía esperar que Sila compartiese con
un hombre joven y que aún no había formado parte del Senado
este título, por el cual había hecho la guerra contra Escipiones
y Marios. Lo que viene a continuación no contradijo estos 4

[25] Se trata de L. Cornelio Escipión Asiático, cónsul en el 83 junto a C. Norbano.

[26] Río que marca la frontera entre el Piceno y Umbría.

[27] Título que se concedía, por aclamación, a los generales victoriosos.

primeros contactos de amistad: se puso en pie ante la llegada
de Pompeyo y se quitó el manto de la cabeza, gestos que rara
vez se le veía hacer ante otro, a pesar de que eran muchos los
5 hombres sobresalientes que le rodeaban. Por cierto que ante
estos hechos Pompeyo no se envaneció, y, cuando Sila quiso
enviarlo de inmediato hacia la Galia, al frente de la cual estaba
Metelo[28], donde, al parecer, no había realizado ninguna acción
digna del poder militar de que disponía, Pompeyo dijo que
no era correcto arrebatarle el mando del ejército a quien era
mayor que él y gozaba de mayor prestigio, aunque si Metelo
lo deseaba y se lo ordenaba, él estaba dispuesto a combatir a
6 su lado y prestarle ayuda. Después de que Metelo aceptase
su propuesta y le escribiese para que viniese, se dirigió per-
sonalmente hacia la Galia, donde por su cuenta llevó a cabo
acciones admirables, y de nuevo agitó y encendió en Metelo
el ardor guerrero y la confianza que ya la vejez había apagado,
de la misma manera que, según se dice, un bronce líquido y
caliente, si se derrama sobre uno sólido y frío, lo ablanda y lo
7 funde aún más que el fuego. En efecto, del mismo modo que
no se hace mención alguna ni se registran las victorias infantiles de un atleta que ha sido el primero entre los hombres y ha conseguido en todos los certámenes famosos premios, así, temo abordar las acciones que entonces llevó a cabo Pompeyo (que, aun siendo en sí mismas sobresalientes, yacen sepultadas bajo el número y la grandeza de los combates y batallas posteriores), no sea que, si me entretengo demasiado con sus primeras experiencias, me falte tiempo para las acciones y hechos más relevantes y especialmente para los que demuestran el carácter de nuestro hombre.

[28] Se trata de Quinto Cecilio Metelo Pío (130- 64), que fue cónsul junto a Sila en el 80 y procónsul en Hispania desde 79 hasta 71. Sus victorias en Hispania contra Sertorio le valieron el triunfo en 71. Por estas fechas Metelo tenía aproximadamente cincuenta años. Sobre él, véanse más abajo los capítulos 17-20.

Así pues, una vez que Sila se apoderó de Italia y fue 9
proclamado dictador[29], premió a los demás jefes y genera-
les colmándolos de riquezas, colocándolos en los cargos más
importantes y concediendo favores, de manera desinteresada
y de buen grado, a todos los que se los solicitaban; respecto a
Pompeyo, como admiraba su virtud y estimaba mucho lo útil
que era para sus empresas, intentó a toda costa introducirlo en
su familia. Con la aprobación de Metela, su mujer, convencen 2
a Pompeyo de que se separe de Antistia y tome por esposa a
Emilia, hijastra de Sila, nacida de Metela y de Escauro, que ya
estaba casada con un hombre y se encontraba en ese momento
embarazada[30]. Un matrimonio de este tipo era característico 3
de los tiranos, y encajaba más con los intereses de Sila que con
las costumbres de Pompeyo; Emilia fue entregada a Pompeyo
estando embarazada de otro, mientras que Antistia fue repu-
diada de un modo deshonroso y sin piedad, tanto más cuanto
que hacía poco que se había visto privada de su padre a causa
de su marido, ya que Antistio fue degollado en el Senado por- 4
que se lo consideraba partidario de Sila a causa de Pompeyo;
la madre de Antistia, ante tales desgracias, abandonó la vida
por propia voluntad, de manera que este triste suceso se unió a
la tragedia del nuevo matrimonio, a la que, por cierto, se sumó
el hecho de que poco más tarde Emilia murió durante el parto
en casa de Pompeyo.

Después de esto se le anunció que Perpenna dominaba 10
Sicilia y que había convertido la isla en un campo de opera-
ciones para los opositores que aún sobrevivían, que Carbón
recorría la zona con una flota, que Domicio estaba atacando
Libia, y que habían llegado otros muchos relevantes exiliados,

[29] En diciembre del 82.

[30] Marco Emilio Escauro (163-88), cónsul en el 115 junto a Marco Cecilio Metelo y censor en el 109, fue el primer esposo de Metela, la mujer de Sila; de este matrimonio nació Emilia Escaura, que se casó con M. Acilio Glabrión, cónsul en el 67. Cf. Plut., *Sila*, 33, 4.

todos los que, huyendo de las proscripciones, se habían refu-
2 giado en esos lugares[31]. Pompeyo fue enviado contra ellos con
un numeroso ejército[32]. De inmediato Perpenna le dejó Sicilia;
Pompeyo, por su parte, reanimó a las ciudades que habían sido
maltratadas y a todas las trató con generosidad, salvo a los
3 mamertinos de Mesina[33]. Cuando ellos rechazaron su tribunal
y su jurisdicción en virtud de que una antigua ley de los roma-
nos lo prohibía[34], dijo; «¿Por qué no dejáis ya de leernos las
4 leyes a nosotros, que tenemos a mano las espadas?». También
pareció que se ensañaba de forma inhumana con las desgracias
de Carbón. Pues, si era preciso, como sin duda lo era, darle
muerte, había que hacerlo inmediatamente después de apre-
sarlo, y así la acción se le podría imputar al que había dado la
5 orden. Pompeyo, sin embargo, llevó encadenado a un romano
que había sido cónsul tres veces[35], lo colocó delante del tribu-

[31] M. Perpenna Veyento, militar formado en las filas de Mario y propretor de Sicilia, abandonó su provincia en el 77 para pasarse al frente antisilano sostenido por Sertorio en Hispania; sin embargo, tras las sucesivas defecciones y derrotas sufridas por Sertorio, tramó una conjuración contra él y, durante un banquete, le dio muerte. Más datos sobre Perpenna, más abajo, en 20, 5-8 y en Plut., *Sertorio*, 15, 2-5 y 25-27. Sobre Carbón, cf. más arriba, nota 18. Cn. Domicio Enobarbo, yerno de Cinna, contribuyó a colocar en el trono de Numidia a Yarbas, que había manifestado su apoyo a la causa antisilana, frente a Hiempsal, el candidato del senado; sin embargo, cuando Domicio cayó derrotado por Pompeyo, Hiempsal fue repuesto en el trono (cf. más abajo, 12, 6). Por último, recuérdese que para los romanos Libia era el nombre genérico usado para designar todo el continente africano.

[32] Pompeyo contaba exactamente con seis legiones, 120 naves de guerra y 800 de carga, como se nos informa más abajo, en 11, 2-3.

[33] Los mamertinos de Mesina (ciudad de Sicilia, al NE de la isla), cuyo nombre procede de Mamers, el nombre osco del dios Marte, no eran más que una banda de mercenarios de origen itálico que abarcaba elementos de procedencia varia (samnita, brucia o lucana). Más datos sobre ellos en Roldán, *op.cit.* págs. 173-4.

[34] Esta ley parece remontarse a la época de la guerra contra Pirro, rey del Epiro (cf. Plut., *Pirro*, 23-24).

[35] En efecto, como ya se ha dicho más arriba, nota 18, Carbón fue cónsul en 85, 84 y 82.

nal en el que él se sentaba y lo interrogó personalmente, hecho que disgustó y molestó a los presentes; luego ordenó que lo sacaran de allí y le dieran muerte. Además se dice que, cuando 6
se lo llevaban, Carbón, en cuanto vio la espada ya desenvainada, rogó que se le procurase un lugar adecuado y una breve prórroga, puesto que su vientre lo atormentaba. Cayo Opio, 7
el compañero de César, dice que Pompeyo también trató de manera inhumana a Quinto Valerio[36]. Pompeyo, que sabía que 8
Valerio era un hombre erudito y culto como pocos, cuando fue conducido ante él, se lo llevó aparte, paseó con él, lo interrogó y, cuando averiguó lo que deseaba, ordenó de inmediato a sus asistentes que se lo llevaran para ejecutarlo. Sin embargo, 9
cuando Opio habla de los enemigos o de los amigos de César, hay que ser muy cauto a la hora de concederle crédito. Pom- 10
peyo se veía obligado a castigar a los más relevantes enemigos de Sila, a aquellos cuyo arresto era de conocimiento público, pero dejaba escapar a cuantos podía, e incluso a algunos les concedía la libertad. Cuando decidió castigar a la ciudad de 11
Himera[37], que se había pasado al bando enemigo, Estenio[38], el popular político, pidió la palabra y dijo que Pompeyo cometería una injusticia si dejaba libre al culpable y aniquilaba a quienes no habían cometido injusticia alguna. Como Pompeyo 12

---

[36] Cayo Opio, historiador romano, amigo y colaborador de César, escribió una *Vida de César* (perdida), como nos informa el mismo PLUTARCO en *Cés.*, 17, 7 y 11. Quinto Valerio Sorano, orador y hombre de gran erudición (CICERÓN, en *Bruto*, 169, resalta, más que sus dotes oratorias, sus conocimientos de literatura griega y latina), intervino también en política, siendo tribuno de la plebe en 82; fue partidario de Carbón y, tras la entrada de Sila en Roma, se retiró a Sicilia, donde murió de la manera relatada aquí por PLUTARCO.

[37] Colonia griega situada en la costa norte de Sicilia.

[38] CICERÓN, en *Verrinas*, 106, habla de Estenio de Hímera y lo define como el hombre más notable e influyente de toda Sicilia; también alude CICERÓN *(ibid.* 113) al proceso que Pompeyo inició contra él (debido a su relación de amistad y hospedaje con C. Mario) y a la bondadosa actitud que el Magno tuvo para con él y la isla entera.

le preguntó que a qué culpable se refería, Estenio le respondió que él mismo era el culpable, porque había convencido a aquellos ciudadanos que eran sus amigos y había obligado
13 por la fuerza a los enemigos. Admirado ante la franqueza y el buen juicio de Estenio, Pompeyo lo absolvió primero a él y
14 luego a todos los demás. Al oír que los soldados incurrían en desorden durante sus marchas, puso un sello en sus espadas y castigaba a aquel que no lo conservase.

11 Mientras así resolvía los asuntos de Sicilia, recibió un decreto del Senado y una carta de Sila en la que se le ordenaba zarpar hacia Libia y combatir con todas sus fuerzas a Domicio[39], que había reunido un ejército mucho más poderoso que el que tenía Mario cuando no mucho antes se dirigió desde Libia hacia Italia y provocó la revolución que lo convirtió de
2 exiliado en tirano[40]. Así pues, tras disponer rápidamente todos los preparativos, dejó como general de Sicilia a Memmio[41], el marido de su hija, y él mismo se hizo a la mar con ciento veinte naves de guerra y ochocientas de carga, en las que trans-
3 portaba víveres, armas, dinero y máquinas de combate[42]. En cuanto desembarcó con una parte de las naves en Útica y con otra en Cartago[43], siete mil enemigos desertaron y se sumaron
4 a su bando; tenía a su disposición seis legiones completas. Se cuenta que allí le ocurrió un hecho gracioso. Unos soldados, al parecer, dieron con un tesoro y consiguieron mucho dinero. Cuando se hizo público lo ocurrido, todos los demás soldados se imaginaron que el lugar estaba lleno de un dinero que en algún momento de adversidad habían depositado allí los car-

---

[39] Sobre Domicio Enobarbo, véase más arriba, nota 31.

[40] En el año 87.

[41] Cayo Memmio, yerno de Pompeyo y cuestor en Hispania, murió en el 76 durante la batalla de Sagunto (cf. PLUT. *Sert.*, 21, 2).

[42] La expedición de Pompeyo a África tuvo lugar en el año 81.

[43] Ciudades costeras del N de África: Cartago estaba situada en el territorio que actualmente ocupa Túnez; Útica se hallaba al NO de Cartago.

tagineses. En consecuencia, durante muchos días Pompeyo 5 no pudo hacer nada con sus soldados, tan ocupados como estaban buscando tesoros; se paseaba y se reía al observar a una miríada de hombres excavando y recorriendo la llanura; finalmente, agotados por la búsqueda, y como pensaban que ya habían recibido un castigo adecuado a su estupidez, rogaron a Pompeyo que los llevase donde él quisiese.

Domicio dispuso su ejército contra Pompeyo resguardado 12 tras un barranco áspero y difícil de atravesar; sin embargo, al amanecer comenzó una abundante lluvia acompañada de viento, y, como no cesaba, Domicio renunció a combatir ese día y ordenó la retirada. Pompeyo, en cambio, aprovechó su 2 oportunidad, se puso rápidamente en marcha y cruzó el barranco. Los enemigos, entre el desorden y la turbación, no afrontaron todos ni de manera compacta el ataque, y el viento volvió lanzándoles la tempestad a la cara. La tormenta, sin 3 embargo, también molestó a los romanos, ya que no distinguían con exactitud a unos de otros, y el propio Pompeyo, al no ser reconocido, estuvo a punto de morir porque tardó en responder a un soldado que le preguntó la contraseña. Con 4 todo, sus soldados derrotaron a los enemigos provocándoles una gran matanza (se dice que de veinte mil hombres sólo escaparon tres mil), y saludaron a Pompeyo como *imperator*. Sin embargo, como Pompeyo dijo que no aceptaría ese honor 5 mientras el campamento de los enemigos quedase intacto, y que si ellos lo consideraban digno de tal título era preciso destruir antes su campamento, se lanzaron de inmediato sobre el terraplén; Pompeyo luchó sin casco por temor a correr un riesgo similar al de antes. Enseguida fue tomado el campamento y fue asesinado Domicio[44]. Unas ciudades se sometieron de 6

[44] Según otras fuentes (T. Livio, *Períocas*, 89; Val. Máximo, 6, 2-8, y Eutropio, 5, 9, 1) Domicio no murió en este combate, sino que cayó prisionero, para ser después juzgado en el tribunal de Pompeyo y condenado a muerte.

inmediato, pero otras fueron tomadas por la fuerza. Capturó también al rey Yarbas, que había combatido junto a Domi-
7 cio, y entregó su reino a Hiempsal[45]. Aprovechando la buena suerte y el poderío del ejército, atacó Numidia; mediante una marcha que duró muchos días, derrotó a todos los enemigos que se encontraba a su paso, hizo de nuevo fuerte y temible el miedo que los bárbaros sentían hacia los romanos y que ya entre ellos se iba perdiendo, y dijo que ni siquiera las fieras que habitan Libia debían quedarse sin conocer la fuerza y la
8 valentía de los romanos. Por ello empleó algunos días en cazar leones y elefantes. Según se dice, en un total de cuarenta días destruyó a los enemigos, se apoderó de Libia y fue árbitro en los asuntos de los reyes, aunque solo tenía veinticuatro años de edad[46].

13 A su regreso a Útica le llegó una carta de Sila en la que le ordenaba que licenciase a una parte de su ejército y que permaneciese él allí con una sola legión hasta que otro general lo
2 relevase. Aunque a Pompeyo le sentaron mal estas órdenes, no dio muestras de su disgusto, pero sus soldados mostraron abiertamente su irritación; rogando a Pompeyo que se dejara ver, insultaron a Sila y dijeron que ni le abandonarían ni le
3 permitirían confiar en el tirano. En principio Pompeyo intentaba calmarlos y apaciguarlos; mas, como no los convenció, bajó de la tribuna y se alejó llorando a su tienda. Ellos, sin embargo, lo cogieron y lo llevaron de nuevo a la tribuna, y
4 así transcurrió una gran parte del día, con ellos pidiéndole que se quedase y conservase el mando, y él rogándoles que obedeciesen y que no se rebelasen. Al final, ante sus súplicas

[45] Sobre los reyes númidas Yarbas e Hiempsal y la intervención de Domicio en la política de Numidia, cf. más arriba nota 31.

[46] La conquista de África por parte de Pompeyo tuvo lugar en el año 80; nacido en el 106, contaba, pues, con 26 años y no con 24, como afirma Plutarco; sin embargo, Plutarco sigue aquí la tendencia, muy frecuente entre los historiadores antiguos, de rebajar su edad con el fin de magnificar sus hazañas.

y gritos insistentes, juró que él mismo se quitaría la vida si
ellos lo forzaban, y aun así le fue difícil apaciguarlos. La pri- 5
mera noticia que Sila recibió fue que Pompeyo había hecho
defección, y por ello dijo a sus amigos que sin duda el destino
le obligaba a él, que ya era viejo, a trabar combate contra jóve-
nes. Decía esto también en alusión a Mario, quien, siendo aún
muy joven, le causó numerosos problemas y le llevó a correr
los más extremos peligros[47]. Sin embargo, cuando averiguó la 6
verdad y supo que todo el mundo daba la bienvenida a Pompe-
yo y se unía a su cortejo con muestras de afecto, se apresuró a
superar a los demás. Acudió a recibirle, y, tras darle la acogida 7
más calurosa posible, lo saludó en voz alta con el nombre de
*Magno* y ordenó a los presentes que así lo llamasen *(Magno*
significa grande). Otros dicen que este título le fue concedido 8
por vez primera en Libia por parte de todo el ejército, aunque
cobró autoridad y valor una vez que fue sancionado por Sila.
Por cierto que él fue el último de todos en darse a sí mismo 9
tal nombre; fue mucho más tarde cuando, enviado a Hispania
como procónsul contra Sertorio[48], empezó a firmar sus cartas
y decretos como Pompeyo el Grande, pues el nombre, habitual
ya, no suscitaba aún la envidia. Por todo esto es natural que se 10
admire y se respete a los antiguos romanos, que con tales títu-
los y sobrenombres no solo premiaban y honraban los éxitos
guerreros y militares, sino también las acciones y los méritos
políticos. Por ejemplo, el pueblo concedió el título de *Máxi-* 11
*mo*, lo cual significa muy grande, a dos ciudadanos: a Valerio,
por reconciliar al Senado con el pueblo tras una secesión, y a

[47] Plutarco se refiere aquí a Cayo Mario el joven, hijo adoptivo del famoso líder popular Cayo Mario, que fue cónsul en el 82 junto a Cneo Papirio Carbón (sobre este, véase más arriba, nota 18). Durante su consulado, combatió contra los ejércitos de Sila, pero tanto él como su compañero en el cargo fueron vencidos; tras su derrota, Mario el joven decidió suicidarse para evitar la venganza de Sila.

[48] En el 77.

Fanio Rulo, porque expulsó del Senado a unos ricos, libertos
de procedencia, que habían sido inscritos en él[49].
14 Después de esto Pompeyo reclamó un triunfo, pero Sila
se opuso[50]. La ley solo concede tal honor a un cónsul o a un
pretor, y a ningún otro; por esta razón el primer Escipión,
que derrotó a los cartagineses tras sobresalientes y glorio-
sos combates en Hispania, no reclamó un triunfo, pues no
2 era ni cónsul ni pretor[51]. Si Pompeyo, que era aún imberbe,
entraba en la ciudad en triunfo, cuando por su edad ni si-
quiera formaba parte del Senado, la autoridad de Sila y el
3 honor de Pompeyo resultarían absolutamente odiosos. Esto
fue lo que Sila dijo a Pompeyo; además, le dijo que no le
concedería su petición, que se opondría a él y que truncaría
4 su ambición si lo desobedecía. Pero Pompeyo no se arredró;
al contrario, le pidió a Sila que comprendiese que la mayoría
adora más al sol cuando sale que cuando se pone, en alusión a
que su poder crecía mientras que el de Sila disminuía y se
5 apagaba. Sila no oyó bien estas palabras, y, al ver las caras y
los gestos de asombro de quienes lo escuchaban, le preguntó
que qué era lo que había dicho. Cuando lo supo, y admirado
ante el atrevimiento de Pompeyo, gritó dos veces seguidas:
6 «Que triunfe». Como muchos se disgustaron y se molestaron,

[49] Marco Valerio, dictador en el año 494 a. C., intervino en la famosa secesión de la plebe de ese año y logró la reconciliación entre esta y el Senado, hecho que le valió la concesión del título de *Máximo*. Quinto Fabio Rulo (o Ruliano), antepasado de Quinto Fabio Cunctátor, fue cónsul cinco veces, concretamente en 322, 310, 308, 297 y 295.

[50] El triunfo era una ceremonia que se celebraba en Roma en honor de los generales que habían vuelto victoriosos de alguna campaña en el extranjero. En época republicana, para conseguir un triunfo, el general vencedor tenía que ser un magistrado legalmente elegido (bien cónsul o bien pretor) y lograr la aprobación del Senado, que era la institución encargada de concederlo. Sobre el origen de esta ceremonia, ver PLUT., *Róm.*, 16, 6-7.

[51] Se refiere a Publio Cornelio Escipión Africano el Mayor (263-183) que derrotó en Hispania a los cartagineses cuando aún no había desempeñado ninguna alta magistratura.

Pompeyo, según dicen, con la intención de irritarlos aún más,
intentó hacer la entrada montado sobre un carro tirado por
cuatro elefantes, ya que traía muchos de Libia, capturados
en la guerra contra los reyes. Sin embargo, como la puerta de
la ciudad era muy estrecha, renunció a ello y se presentó sobre
sus caballos[52]. Como sus soldados no recibieron la recompensa 7
que esperaban, declararon su propósito de causarle proble-
mas y provocar un tumulto, ante lo cual Pompeyo dijo que
no le importaba, y que antes que adularlos renunciaría a su
triunfo. Entonces Servilio, hombre ilustre y uno de los más 8
radicales opositores al triunfo de Pompeyo, dijo que desde
ese momento veía en Pompeyo a un hombre verdaderamente
grande y digno del triunfo[53]. Es evidente que Pompeyo hubiese 9
conseguido fácilmente entrar en el Senado si en esa ocasión lo
hubiese deseado, pero no puso en ello ningún empeño, ya que,
como dicen, andaba a la caza de la reputación por caminos
inusuales[54]. No era sorprendente que Pompeyo fuese senador 10
antes de la edad requerida; lo realmente magnífico era, más
bien, que triunfase sin haber sido nunca senador. Este hecho 11
le proporcionó una gran popularidad entre la mayoría de los
ciudadanos, pues el pueblo se alegró de que después de su
triunfo siguiese formando parte del orden ecuestre[55].

A Sila le fastidiaba ver hasta qué punto ascendía la gloria 15
y el poder de Pompeyo, aunque por escrúpulos no impedía su
ascenso y se mantenía en silencio. Sólo hizo una excepción
cuando, a la fuerza y contra su voluntad, Pompeyo colocó a

---

[52] Pompeyo hizo su entrada triunfal en Roma el 12 de marzo del 79.

[53] Se trata de P. Servilio Vacia Isáurico, cónsul en el 79 junto a Apio Claudio Púlquer.

[54] En el original hay un juego de palabras intraducible: *tò éndoxon ek tou paradóxou thērōmenos.*

[55] Pompeyo se ganó el favor de los *populares* permaneciendo en el orden ecuestre y no ingresando en el orden senatorial, como hubiera sido lógico después de conseguir el triunfo.

Lépido en el consulado después de haber defendido su candidatura y de haber conseguido, gracias a su popularidad per-
2 sonal, que el pueblo lo apoyase[56]. Sila, al observar a Pompeyo saliendo del foro acompañado por la muchedumbre, le dijo: «Veo, joven, que te alegras de tu victoria. ¿No es acaso noble y hermoso que Lépido, el peor de todos los ciudadanos, haya sido elegido cónsul antes que Cátulo[57], el mejor de todos, gracias a la forma en que te has ganado al pueblo? Ahora bien, es el momento de que no te duermas y te preocupes por tus intereses, porque has reforzado más a tu enemigo que a ti mis-
3 mo»[58]. Se aprecia muy claramente que Sila no se llevaba bien con Pompeyo en el testamento que escribió, pues, mientras que a otros amigos les dejó regalos y los nombró tutores de su
4 hijo, a Pompeyo lo omitió por completo. Él, sin embargo, lo soportaba con suma calma y tacto político, hasta el punto de que, cuando Lépido y algunos otros se opusieron a que se enterrase en el Campo de Marte el cadáver de Sila y a que se le dispensase un entierro público, prestó su ayuda y proporcionó a un tiempo esplendor y seguridad al funeral[59].

16 En cuanto Sila murió, sus vaticinios resultaron ser tan claros como el día[60]: Lépido, para conseguir el poder de dictador, no se anduvo con rodeos ni pretextos; tomó de inmediato las armas, y reanimó y agrupó en torno a él los restos de la facción que había escapado a Sila y a la que el paso del tiempo

[56] Marco Emilio Lépido fue cónsul en el 78. Políticamente oportunista, comenzó colaborando con Cinna, pero cuando este fue derrotado no dudó en pasarse al bando de Sila; más tarde, cuando se hizo con el consulado gracias al apoyo de Pompeyo, se rebeló contra Sila y contra el propio Pompeyo (cf. más abajo, 16, 1-3 y 4-9).

[57] Quinto Lutacio Cátulo fue el compañero de Lépido en el consulado del 78; a diferencia de Lépido, era un hombre de carácter leal, moderado y conciliador, como se dice más abajo (cf. 16, 2).

[58] Cf. el pasaje paralelo a este en Plut., *Sila*, 34, 7-9.

[59] Cf. Plut., *Sila*, 38, 1-2 y *Lúc.*, 4, 5.

[60] Sila murió en el año 78.

había debilitado. Su colega Cátulo, a quien obedecían los se- 2
nadores y ciudadanos más sensatos e intachables, era considerado, por su prudencia y su respeto a la justicia, el más grande de los romanos de su tiempo, aunque se lo estimaba más apto como político que como militar. Estos acontecimientos, pues, 3
reclamaban a Pompeyo, que no tardó en decidir qué camino tomar: se ganó a los nobles y se nombró a sí mismo general del ejército con el que se enfrentaría a Lépido, que ya había movilizado a gran parte de Italia y tenía controlada la Galia Cisalpina con el ejército de Bruto[61]. Nada más llegar, Pompe- 4
yo se apoderó sin dificultad de casi todas de las ciudades de la zona, pero en Módena[62], en la Galia, estuvo acampado durante mucho tiempo frente a Bruto. Entre tanto Lépido se lanzaba contra Roma y, tras acampar fuera de los muros, reclamaba su segundo consulado infundiendo terror a los que estaban dentro mediante una enorme muchedumbre de seguidores. Disipó el 5
miedo la llegada de una carta de Pompeyo en la que anunciaba que había puesto fin a la guerra sin combatir. Bruto, ya fue- 6
ra porque él mismo había entregado a su ejército, ya porque este lo había traicionado a él cambiándose de bando, puso su persona a disposición de Pompeyo y, tras tomar una guardia de caballeros, se retiró a una pequeña ciudad a orillas del Po, donde, un solo día más tarde, murió a manos de Geminio, que había sido enviado a tal efecto por Pompeyo[63]. A causa de esta 7
acción Pompeyo recibió duras acusaciones, pues, después de declarar por escrito al Senado que Bruto, en cuanto comenzó

[61] Este Marco Junio Bruto, lugarteniente de Lépido, es el padre del Bruto que asesinó a César. La Galia Cisalpina o Citerior abarcaba el N de Italia, aproximadamente el territorio que hoy ocupan la Lombardía y el Piamonte; a su vez, se dividía en dos, la cispadana y la transpadana, al N y al S del Po respectivamente.

[62] La ciudad de Módena, *Mutina* en latín, se hallaba en la Galia Cisalpina; en la actualidad pertenece a la región de Emilia-Romaña.

[63] Se trata del mismo Geminio citado por PLUTARCO más arriba, en 2, 6-7.

la deserción de su ejército, se había entregado a él por propia voluntad, envió de nuevo otras cartas en las que acusaba al
8 hombre al que él había hecho matar. Hijo de este Bruto era el Bruto que, junto a Casio, asesinó a César, hombre distinto a su padre tanto en su actitud en la guerra como en su forma de
9 morir, como está escrito en mi *Vida de Bruto*[64]. Lépido, por su parte, fue expulsado de Italia y se retiró a Cerdeña, donde cayó enfermo y murió de desesperación, pero no, como dicen, a causa del resultado de los acontecimientos, sino porque cayó en sus manos un billete que le descubrió una infidelidad de su mujer[65].

17 Un general muy distinto de Lépido, Sertorio, ocupó Hispania e hizo cundir el terror entre los romanos[66]. Era como si la peste de las guerras civiles hubiera culminado en este hombre, que ya había eliminado a los generales de menor
2 rango y ahora se enfrentaba a Metelo Pío[67], hombre insigne y extraordinario militar pero que, a causa de su vejez, parecía demasiado lento para aprovechar las oportunidades de la guerra y se dejaba aventajar en las acciones por la vivacidad y la rapidez de Sertorio, que lo atacaba por sorpresa con prácticas propias de bandidos: mediante emboscadas y movimientos circulares confundió a un maestro de los combates reglados

---

64 Marco Junio Bruto (85-42) era el hijo del Bruto mencionado antes en 16, 3. Junto a su cuñado Cayo Casio Longino (muerto en 42 a. C.), tramó la famosa conspiración contra Julio César que acabó con la vida de este en los Idus de marzo del 44. A él le dedicó PLUTARCO una de sus *Vidas*.

65 La mujer de Lépido se llamaba Apuleya.

66 Quinto Sertorio (122-72), general romano de origen sabino, partidario de Mario y Cinna y enemigo declarado de Sila, recibió de Cinna, en 83, el gobierno de la Hispania Citerior (que abarcaba la costa este, desde los Pirineos hasta Cartagena). Sus acciones militares, que fueron apoyadas por las poblaciones indígenas, pusieron en jaque la estabilidad del régimen silano. La fuente más completa sobre la vida de este personaje es la biografía que de él escribió PLUTARCO.

67 Estos generales de menor rango fueron L. Aurelio Cota, L. Fufidio, M. Domicio Calvino y Torio (cf. PLUT. *Sert.* 12, 3-4). Sobre Quinto Cecilio Metelo Pío, véase más arriba, nota 28.

y general de un ejército pesado y estático. En consecuencia 3
Pompeyo, que conservaba el mando de su ejército, trató de
que se lo enviara para apoyar a Metelo, y, aunque así lo había
ordenado Cátulo, no licenció a sus soldados, sino que perma-
neció en armas cerca de la ciudad, alegando siempre distintos
pretextos, hasta que se le concedió el mando a proposición
de Lucio Filipo[68]. Se dice también que en esta ocasión, en 4
el Senado, alguien preguntó sorprendido si Filipo pensaba
que era necesario enviar a Pompeyo como procónsul, a lo que
Filipo respondió: «como procónsul no, sino en lugar de los
cónsules», dando a entender que los dos cónsules de ese año
no valían para nada[69].

En cuanto Pompeyo alcanzó Hispania, como suele ocurrir 18
por efecto de la reputación de un nuevo general, transformó a
los hombres con nuevas esperanzas, agitó y atrajo a su causa
a los pueblos que no prestaban un apoyo del todo firme a Ser-
torio[70]. Este difundía palabras de desprecio contra Pompeyo,
y en tono de burla decía que sólo necesitaría una palmeta y un
látigo para enderezar al jovenzuelo aquel, si no fuera porque
temía a la vieja aquella, expresión con la que se refería a Me-
telo. Pero, en realidad, se mantenía firmemente en guardia y, 2
por miedo a Pompeyo, llevaba la guerra con suma precaución.
Por su parte Metelo, cosa increíble, llevaba una vida disoluta,
completamente entregado a los placeres; de repente se había
producido en él un gran viraje hacia el fasto y el lujo[71], hecho 3
que proporcionó a Pompeyo una sorprendente popularidad y
gloria al aumentar por contraste la simplicidad de su modo de

[68] Se trata de Lucio Marcio Filipo, brillante orador y cónsul en 91.

[69] En el original hay un juego de palabras entre *anthupáton* («procónsul») y *anth'upáton* («en lugar de los cónsules»), cuyo sentido queda recogido en la traducción. Los cónsules de 77 fueron D. Junio Bruto y M. Emilio Lépido Liviano.

[70] Pompeyo llegó a Hispania en la primavera de 76 a. C.

[71] Cf. PLUT., *Sert.*, 22, 2-4.

vida, que no le requería mucha dedicación, pues era por na-
4 turaleza austero y moderado en sus deseos. De las numerosas
situaciones que planteó la guerra, la que más irritó a Pompeyo
fue la conquista de Laurón por parte de Sertorio[72]: cuando
pensaba que él había cercado al enemigo y ya se jactaba de
ello, pronto descubrió que era él quien se encontraba rodeado
por completo, razón por la cual temía moverse y tuvo que
5 ver impasible cómo la ciudad ardía ante sus propios ojos. No
obstante, cerca de Valencia venció a Herennio y a Perpenna,
generales refugiados al lado de Sertorio y que combatían bajo
sus órdenes, y mató a más de diez mil de sus hombres[73].

19 Animado por este hecho y armado de valor, se apresuró
a atacar al propio Sertorio, con el fin de que Metelo no par-
2 ticipase de la victoria. Ya al final de la jornada, los ejércitos
trabaron combate a orillas del río Sucro[74]; ambos temían que
Metelo llegase, el uno porque quería luchar solo, el otro por-
3 que quería luchar contra un solo enemigo. El combate tuvo
un desenlace incierto, ya que de cada bando venció una de las
alas, aunque el general que mayor partido sacó fue Sertorio,
4 pues puso en fuga al ala que se le oponía[75]. Un alto soldado de
infantería se lanzó contra Pompeyo, que iba a caballo; cuando
se encontraron y entablaron combate, los golpes de las espadas
cayeron sobre las manos de ambos, aunque con desigual resul-
tado: Pompeyo solo resultó herido, pero le cortó la mano a su
5 oponente. Numerosos enemigos se abatieron sobre él cuando

[72] Laurón, ciudad situada en la costa levantina, al S de Sagunto (aunque no hay unanimidad respecto a su localización exacta), fue tomada por Sertorio en 76. Más detalles sobre la conquista y destrucción de Laurón por parte de Sertorio en PLUT., *Sert.*, 18, 4-11.

[73] Cayo Herennio, tribuno de la plebe en 80, se pasó al bando de Sertorio en 76 tras sus discrepancias con Sila y Pompeyo. Sobre M. Perpenna, cf. más arriba, nota 31.

[74] Se trata del río Júcar.

[75] El ala comandada no por Pompeyo sino por Lucio Afranio. Sobre la batalla del río Sucro, acaecida en 75, cf. PLUT., *Sert.*, 19.

ya sus tropas emprendían la fuga, mas, en contra de lo espe-
rado, logró huir cediendo a los enemigos su caballo ataviado
con adornos de oro para la cabeza y con arreos decorativos de
gran valor, pues mientras se peleaban unos contra otros por el
reparto del botín, dejaron escapar a Pompeyo. Al amanecer, 6
ambos dispusieron de nuevo sus tropas en orden de batalla con
el fin de asegurarse la victoria, pero con la llegada de Metelo
Sertorio se retiró y dispersó a su ejército. Era esta la forma 7
en que sus hombres solían disgregarse para después volver a
reagruparse, de manera que muchas veces Sertorio erraba solo
y otras muchas volvía a presentarse con ciento cincuenta mil
soldados, como un torrente súbitamente desbordado.

Cuando después de la batalla Pompeyo compareció ante 8
Metelo y se encontraron el uno frente al otro, ordenó que se
bajasen las fasces en su honor, respetando que Metelo era
superior a él en rango. Metelo, sin embargo, se opuso a ello y 9
favoreció en todo a Pompeyo, no asignándose ningún privile-
gio ni por ser cónsul ni por ser anciano, salvo el de dar la señal
de orden a todo el ejército siempre que acampaban juntos. No
obstante, la mayoría de las veces acampaban por separado,
pues el enemigo los obligaba a dividirse y a separarse, gracias 10
a su astucia y habilidad para en poco tiempo aparecer por dis-
tintos puntos y arrastrarlos de un combate a otro. Finalmente 11
Sertorio, al cortar el suministro de provisiones, saquear el país
y hacerse con el control del mar, los expulsó a los dos de la
parte de Hispania que estaba bajo su control, obligándolos a
refugiarse en otras provincias por falta de recursos[76].

Pompeyo, cuando agotó y consumió en la guerra gran 20
parte de su patrimonio, pidió dinero al Senado diciendo que

[76] La derrota sufrida por Pompeyo y Metelo en la llanura de Sagunto obligó a ambos generales a buscar un refugio: Metelo lo halló en la Galia y Pompeyo entre los vacceos, que ocupaban el centro de la Meseta Norte por ambas orillas del Duero (cf. Plut., *Sert.*, 21, 7-8).

2 volvería con su ejército a Italia si no se lo enviaban. Lúculo[77], que era el cónsul de ese año, no se llevaba bien con Pompeyo, pero como deseaba para sí la guerra contra Mitrídates, puso su esfuerzo en enviarle el dinero, por temor a proporcionarle a Pompeyo el pretexto que él deseaba para abandonar la guerra contra Sertorio y volverse contra Mitrídates, rival espléndido
3 para conseguir fama y que parecía fácil de vencer[78]. Entre tanto muere Sertorio asesinado a traición por sus amigos[79]; Perpenna, principal cabecilla de la traición, intentó continuar sus acciones, para lo cual disponía del mismo ejército y de los mismos recursos que Sertorio, pero no tenía la misma ca-
4 pacidad que él para utilizarlos. Así pues, Pompeyo marchó inmediatamente contra él y, cuando supo que Perpenna dudaba sobre cómo actuar, le envió como cebo diez cohortes que,
5 siguiendo sus órdenes, se dispersaron por la llanura. Cuando Perpenna se volvió contra ellas y emprendió la persecución, apareció Pompeyo con su ejército al completo, trabó combate y los derrotó a todos. La mayoría de los generales murió en
6 la batalla; Perpenna fue llevado ante Pompeyo, que ordenó que se le diese muerte. Adoptó esta medida no porque fuese un desagradecido y hubiese olvidado lo sucedido en Sicilia, como algunos le reprochan, sino guiado por una gran pruden-

---

[77] Lúculo fue cónsul en 74, junto a M. Aurelio Cota; más detalles sobre él más arriba, nota 8.

[78] Mitrídates VI Eupátor (132-63 a. C) era el rey del Ponto, que abarcaba las vastas extensiones de tierra del NO de Asia Menor (la actual Turquía) que bordeaban el Ponto Euxino (Mar Negro). Logró hacerse con toda Asia en la primavera de 88, después de una serie de conquistas (el N del Mar Negro, Armenia, la Cólquide y Capadocia, entre otras). Para frenar sus ambiciones en Occidente los romanos sostuvieron contra él tres guerras, las llamadas «guerras mitridáticas»: la primera (86-85) fue dirigida por Sila, que consiguió derrotarlo en Atenas y Queronea y que pactó con él la paz de Dárdanos en 85; en la segunda (83-81), Mitrídates venció a Murena, el lugarteniente de Sila; la tercera (74-63 a. C.) fue iniciada por Lúculo, que consiguió algunas victorias notables, y terminada por Pompeyo en 66.

[79] En el 72.

cia y con la intención de salvar la República[80]. Pues Perpenna, 7
que se había convertido en dueño de la correspondencia de
Sertorio, mostraba cartas en las que los hombres más pode-
rosos de Roma, deseosos de subvertir el orden establecido
y de transformar el régimen político, llamaban a aquel para
que regresase a Italia. Pompeyo, por temor a que esto pudie- 8
se resucitar conflictos mayores que las guerras recién paci-
ficadas, mató a Perpenna y quemó las cartas sin ni siquiera
leerlas.

Tras estos acontecimientos, y después de permanecer en 21
Hispania el tiempo suficiente para apagar los desórdenes más
peligrosos, calmar y acabar con las dificultades más acucian-
tes, condujo su ejército hacia Italia, donde por azar llegó cuan-
do la guerra de los esclavos estaba en su punto de máxima
tensión[81]. Fue por esto por lo que el general Craso se apresuró 2
temerariamente a combatir[82]; la suerte le sonrió y mató a doce
mil trescientos enemigos. Sin embargo la fortuna, sea como 3
sea, introdujo a Pompeyo en esta acción, pues cinco mil fugiti-
vos de la guerra se toparon con él; tras matarlos a todos, tomó

[80] Recuérdese que en 10, 2, Plutarco nos informa de que Perpenna le cedió Sicilia a Pompeyo; sin embargo, por las palabras de Plutarco no puede deducirse que Pompeyo estuviese en deuda con Perpenna.

[81] Pompeyo abandonó Hispania en la primavera del 71. Cuando llegó a Italia, se encontró con la famosa revuelta servil encabezada por Espartaco, un esclavo tracio que tras desertar del ejército promovió, en el verano del 73, una rebelión de esclavos y gladiadores que comenzó en Capua y se extendió por las regiones del interior de la Italia meridional. Las victorias de Espartaco y los suyos obligaron a Roma a decretar el estado de excepción y confiar a M. Licinio Craso (cf. nota siguiente) un poderoso ejército.

[82] M. Licinio Craso (112-53) fue cónsul en 70 y 55, en ambos casos junto a Pompeyo. Empezó su carrera política en el bando de Sila. Gracias a sus enormes recursos económicos, se hizo con numerosas clientelas y logró ser uno de los hombres más poderosos de la República. Su acción militar más brillante fue la represión de la revuelta de Espartaco en 73, cuando era pretor. Junto a César y Pompeyo, formó el primer triunvirato en julio de 60. Murió en 53 haciendo la guerra contra los partos.

la delantera y escribió al Senado diciendo que Craso había
vencido a los gladiadores en una batalla campal, pero que él
4 había atajado por completo la guerra desde la raíz[83]. Por afecto
hacia Pompeyo, a los romanos les complacía escuchar y repe-
tir estas palabras. Respecto a Hispania y a Sertorio, no había
nadie que se atreviese a decir, ni siquiera en broma, que todo
lo que se había hecho era obra de otro que no fuese Pompe-
5 yo. Sin embargo, en los honores y las esperanzas que recaían
sobre su persona había algo de sospecha y de miedo, pues se
pensaba que no licenciaría al ejército y que, gracias a las ar-
mas y al control absoluto del poder, marcharía derecho hacia
6 la dictadura de Sila. Por esta razón no eran menos los que
por afecto corrían a su encuentro y lo aclamaban a su paso
7 que los que hacían lo mismo por miedo. Aunque Pompeyo
disipó tal sospecha diciendo que licenciaría al ejército después
del triunfo, dejó a los envidiosos un único motivo para la crí-
tica, a saber, que se consagraba más al pueblo que al Senado
y que para complacer al primero había decidido restablecer la
dignidad del tribunado de la plebe, que Sila había destruido,
8 lo cual era verdad[84]. Sin duda, no había nada que el pueblo
romano amase más furiosamente ni nada que desease más que
ver de nuevo restablecida aquella magistratura, de manera
que Pompeyo consideró como una gran suerte la oportunidad
de adoptar esa medida política, en la idea de que no hubiera
encontrado otra forma de agradecimiento con la que corres-
ponder al afecto de sus ciudadanos si alguien se le hubiera
adelantado en ella.

[83] Cf. Plut. *Craso*, 11, 10-11.

[84] En efecto, una de las primeras medidas que Pompeyo aprobó como cónsul fue la restitución de los poderes a los tribunos de la plebe, a los que la legislación silana excluía del *cursus honorum*. Dicha ley recibió el nombre de *lex Licinia Pompeia*.

Se le concedieron por decreto un segundo triunfo y el consulado[85], pero no era por ello por lo que él parecía admirable e importante; antes bien, se consideraba una demostración de su grandeza el hecho de que Craso, el político más rico, el más hábil orador, el hombre más grande de su tiempo, que miraba por encima del hombro al propio Pompeyo y a todos los demás, no se atreviese a solicitar el consulado sin pedir el apoyo de Pompeyo. Esto, sin duda, agradó a Pompeyo, que 2
desde hacía tiempo deseaba entablar con él una relación de amistad. Por ello, lo recibía de buen grado y, en sus exhortaciones al pueblo, declaraba que su agradecimiento por obtener el consulado no sería menor que el de tener a tal colega en el cargo. Sin embargo, una vez proclamados cónsules, disentían 3
en todo y discrepaban el uno del otro[86]: en el Senado tenía más influencia Craso, pero entre el pueblo el poder de Pompeyo era grande, porque le había devuelto el tribunado y permitió que 4
por ley se volviesen a transferir los juicios a los caballeros[87]. Pero el espectáculo más agradable que le concedió al pueblo fue el de licenciarse a sí mismo del servicio militar. En efec- 5
to, existe entre los caballeros romanos la costumbre, cuando han prestado servicio militar durante el tiempo prescrito por la ley, de llevar al foro su caballo ante dos hombres a los que llaman censores[88], donde, después de enumerar a cada uno de

[85] El segundo triunfo de Pompeyo, concedido por sus victorias en Hispania, fue celebrado el primer día del 71. Pompeyo alcanzó el consulado en el 70.

[86] Cf. PLUT. *Craso*, 12, 1-3.

[87] PLUTARCO alude aquí a la *lex Aurelia iudiciaria*, aprobada con el apoyo de Pompeyo en otoño de 70. La propuesta de ley fue hecha por el pretor Cayo Aurelio Cota, de ahí su nombre. Sobre esta ley, cf. J. M. ROLDÁN, *op. cit.* pág. 522.

[88] Los censores, magistrados sin *imperium* (poder militar y civil), formaban un colegio de dos miembros que se elegían para un periodo de cinco años. Su función principal era la de elaborar la lista de ciudadanos y repartir a la población en tribus y clases censitarias. Se les consideraba guardianes de las costumbres, de ahí que dicho cargo solo lo ocupasen personas —por lo general ex cónsules— que encarnaban los valores de la moral romana tradicional.

los generales y de los jefes bajo cuyas órdenes han servido y de rendir cuentas de su actividad, se licenciaban del servicio militar. También allí se reparten los honores y deshonores co-
6 rrespondientes a la conducta de cada uno. En aquel tiempo ocupaban el tribunal con toda majestuosidad los censores Gelio y Léntulo[89], y los caballeros desfilaban con el fin de que se les pasase revista; en ese momento se vio a Pompeyo descender en dirección al foro, provisto de todas las insignias de su
7 cargo pero llevando a su caballo con su propia mano. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para ser visto por los censores, ordenó a los lictores que abriesen paso y condujo a su caballo ante el tribunal[90]. Había entre el pueblo admiración y un silencio absoluto, y los magistrados asistían al espectá-
8 culo con una mezcla de respeto y regocijo. A continuación le preguntó el censor más anciano: «Te pregunto, Pompeyo Magno, si has hecho todas las campañas militares que prescribe la ley». Y Pompeyo le respondió en voz alta: «Las he hecho
9 todas, y todas bajo mis propias órdenes como general». Al escuchar estas palabras el pueblo rompió a gritar, y como no había forma de detener sus gritos de alegría, los censores se levantaron y acompañaron a Pompeyo a su casa para agradar a los ciudadanos, que los seguían entre aplausos.

23 Cuando ya estaba a punto de terminar el consulado de Pompeyo, y como sus diferencias con Craso no dejaban de aumentar, un tal Cayo Aurelio, que tenía rango ecuestre pero que había llevado una vida apartada de la política, en el curso de una asamblea del pueblo, se dirigió a la tribuna, se subió en ella y dijo que en sueños se le había aparecido Júpiter

---

[89] Se trata de Lucio Gelio Poplicola, cónsul en 72, y de Publio Cornelio Léntulo, cónsul en 71. Ambos fueron legados de Pompeyo en la guerra contra los piratas.

[90] Los lictores, funcionarios auxiliares al servicio de los magistrados, se encargaban de portar las *fasces* —un haz de pequeños troncos atados con una cinta alrededor de un hacha— símbolo del poder estatal.

ordenándole advertir a los cónsules que no abandonasen su cargo sin que el uno y el otro se hubiesen hecho antes amigos[91]. Ante estas palabras, Pompeyo permaneció inmóvil y en 2
silencio, mientras que Craso, tomando la iniciativa, le dio la mano y le dijo: «Ciudadanos, no creo hacer nada indigno ni vil en ser el primero en ceder ante Pompeyo, a quien vosotros considerasteis digno llamar Magno cuando aún no tenía barba y a quien le concedisteis dos triunfos cuando aún no formaba parte del Senado». Tras este suceso se reconciliaron y dejaron 3
formalmente su cargo[92].

Tras esto, Craso mantenía el modo de vida que había llevado desde el principio; Pompeyo, en cambio, rechazaba intervenir en numerosos litigios, iba poco a poco abandonando el foro y rara vez se presentaba ante el pueblo, y siempre acompañado de una multitud de seguidores. En efecto, ya no 4
era fácil encontrarlo ni verlo separado de la muchedumbre, más bien parecía alegrarse muchísimo presentándose rodeado de una multitud compacta, gracias a la cual proporcionaba majestuosidad y solemnidad a su presencia; no obstante, pensaba que era preciso mantener su dignidad intacta del trato y la familiaridad con la multitud. Sin duda, la vida política presenta 5
el peligro de desacreditar a quienes se han hecho grandes con las armas y no se adaptan a la igualdad democrática, pues ellos pretenden ser los primeros tanto en el terreno político como en el militar, en tanto que quienes han alcanzado menor gloria en la milicia no soportan no ser superiores en la política. Por 6
ello, cuando estos últimos encuentran en el foro a un hombre ilustre por sus campañas y triunfos, lo someten a su control y lo humillan, pero si este renuncia a intervenir y se retira, mantienen lejos de su envidia la gloria y la autoridad que

[91] Se refiere a Cayo Aurelio Cota, cónsul en 75 junto a Lucio Octavio, responsable de la aprobación de la *lex Aurelia iudiciaria* (cf. más arriba, nota 87).

[92] Cf. PLUT., *Craso*, 12, 4-5.

logró en la guerra[93]. Los hechos demostraron pronto la verdad de estas afirmaciones.

24 El poder de los piratas tuvo su primer asiento en Cilicia[94]; tras un comienzo temerario que pasó desapercibido, ganó confianza y audacia en la guerra contra Mitrídates, al
2 ponerse al servicio de dicho rey. Luego, cuando durante las guerras civiles los romanos combatieron los unos contra los otros a las puertas de Roma, el mar[95], libre de vigilancia, les fue poco a poco atrayendo y los indujo ya no solo a atacar a los navegantes, sino también a devastar las islas y las ciudades
3 costeras. Hombres ya poderosos por sus riquezas, de linaje ilustre y considerados superiores por su inteligencia, entraron en las bandas de piratas y participaron en sus empresas, en la idea de que esta actividad les proporcionaría cierto honor y
4 distinción. Había en numerosos puntos puertos para barcos piratas y torres de señalización amuralladas, y se sucedían los ataques por parte de escuadras bien equipadas para su cometido gracias a la valentía de su tripulación, la pericia de sus pilotos y la rapidez y ligereza de sus naves; sin embargo, más que el miedo que inspiraban irritaba su odiosa ostentación, visible en sus mástiles de oro, sus cortinas púrpuras y sus remos plateados, que daban la sensación de que se complacían
5 en sus fechorías y se jactaban de ellas. Flautas, instrumentos de cuerda, borracheras a lo largo de toda la costa, secuestros de personas de alto rango, rescates de ciudades sometidas, todo
6 ello era una vergüenza para la supremacía romana. Más de mil eran las naves de los piratas, y cuatrocientas las ciudades

---

[93] Este mismo argumento lo encontramos en PLUT., *Pericles,* 7, 5, y *Nicias,* 5, 1-7, y 11, 2.

[94] Cilicia era una región costera —frente a ella se halla la isla de Chipre— situada al SE de Anatolia (hoy Turquía), lindando al N con Capadocia.

[95] Se refiere aquí al mar Mediterráneo, concretamente en las costas de Italia y de Grecia, a las que los piratas se dirigieron después de comenzar sus acciones en Cilicia y en la costa de Asia Menor.

tomadas por ellos. De entre los santuarios hasta entonces inviolables y sagrados, atacaron y saquearon los de Claros, Dídima, Samotracia, el de Deméter en Hermíone, el de Asclepio en Epidauro, los de Poseidón en el Istmo, Ténaro y Calauria, los de Apolo en Accio y Léucade, y los de Hera en Samos, Argos y Lacinio[96]. Ofrecían sacrificios extranjeros en Olimpia 7
y celebraban algunos cultos mistéricos como el de Mitra, que todavía hoy pervive y que ellos fueron los primeros en dar a conocer[97]. Después de haber causado numerosas ofensas a 8
los romanos, empezaron a penetrar en el interior, donde se dedicaban al pillaje por los caminos y devastaban las villas cercanas a la costa. En cierta ocasión raptaron incluso a dos 9
pretores, Sextilio y Belieno, vestidos con sus ropas púrpuras, y junto a ellos se llevaron a sus ayudantes y lictores[98]. Cap- 10
turaron también a una hija de Antonio, hombre que ya había

[96] Claros y Dídima eran ciudades de la costa asiática de Jonia; ambas tenían un famoso templo dedicado a Apolo. Samotracia era una isla del mar Egeo próxima a la costa tracia que poseía el más importante santuario consagrado a los Cabiros. Hermíone era una ciudad costera de la región griega de Argólide, al NE del Peloponeso; también en la Argólide se hallaba Epidauro, donde se encontraba uno de los más importantes templos de Asclepio, dios de la medicina. El Istmo mencionado aquí es el Istmo de Corinto, que unía el Peloponeso con la Grecia continental. Ténaro se hallaba al S del Peloponeso, en el actual cabo de Matapán En Calauria, isla de la Argólide, en el golfo Sarónico, había un importante templo de Poseidón. La ciudad de Accio se hallaba al N de Grecia, en Acarnania. Léucade es una de las Islas Jonias. La isla de Samos se encontraba en el mar Egeo. Argos era una de las ciudades más importantes de la Argólide. Lacinio se hallaba fuera de Grecia, en el S de Italia, cerca de Crotona.

[97] Esta Olimpia se encontraba al sur de Asia Menor y era uno de los más fuertes asentamientos de piratas. Mitra, el Sol-Rey para sus fieles, era un dios de origen iranio cuyo culto se extendió por el Imperio Romano a partir del siglo I d. C., aunque en Oriente Próximo era ya conocido desde el siglo II a. C. En la Roma del Imperio contó con numerosos adeptos: Nerón, por ejemplo, empezó, en el año 64 d. C., a identificarse con el Sol-Rey.

[98] Conocemos a estos dos pretores solo por esta cita de PLUTARCO; aunque es posible que CICERÓN, en *Sobre el imperio de Cn. Pompeyo*, 32, aluda a este mismo hecho sin citar el nombre de los dos personajes aquí mencionados.

recibido el honor del triunfo, cuando se dirigía hacia el campo,
y a la que se rescató mediante el pago de una gran suma de
11 dinero[99]. Pero su acto más cruel era el siguiente: cuando uno
de sus prisioneros gritaba que era romano y decía su nombre,
fingían sentir terror y miedo, se golpeaban los muslos y se
arrodillaban ante él suplicándole que los perdonase; este, al
12 verlos afligidos y en actitud de súplica, quedaba convencido. A
continuación, unos le ponían sus zapatos y otros lo vestían con
una toga para que en otra ocasión no se lo dejase de reconocer.
13 Tras burlarse de él de este modo y divertirse durante mucho
tiempo, al final arrojaban una escalera de mano en medio del
mar y le ordenaban que bajara y se marchara contento, y si se
negaba ellos mismos lo empujaban al mar y lo ahogaban.

25 La influencia de la piratería abarcaba casi por completo
todo el mar Mediterráneo, que de este modo quedó cerrado a
2 la navegación e inaccesible a cualquier clase de comercio. Fue
sobre todo esta situación la que empujó a los romanos, ago-
biados por conseguir víveres y temerosos de una gran escasez,
a enviar a Pompeyo para que expulsase a los piratas del mar.
3 Gabinio, uno de los amigos íntimos de Pompeyo, propuso una
ley que le concedía no ya el mando de la flota, sino un poder
absoluto y una autoridad sin límites sobre todas las personas.
4 Esta ley le concedía el mando sobre el mar hasta las colum-
nas de Hércules y sobre todo el continente a cuatrocientos
5 estadios de la costa[100]. Este límite no excluía casi ninguno
de los territorios ocupados por los romanos y abarcaba los

---

99 Se trata de Antonia, la hija de Marco Antonio Crético, a su vez hijo del general que, en 102, comenzó la lucha contra los piratas. En el 74, el gobierno romano le confió a M. Antonio Crético un poderoso dispositivo bélico para acabar con la piratería en el Mediterráneo.

100 En enero del 67, uno de los tribunos de la plebe de ese año, Aulo Gabinio —el mismo que sería cónsul en 58 junto a L. Calpurnio Pisón— presentó un proyecto de ley que contemplaba el nombramiento de un promagistrado al que se le concedería, por un plazo de tres años, el poder sobre todos los mares y costas hasta unos 75 km al interior (Roma, a unos 23 km del mar, quedaba dentro de los

pueblos más grandes y a los reyes más poderosos. Además de 6
esto, le concedía escoger entre los senadores a quince legados,
tomar todo el dinero que quisiese del tesoro público y de los
recaudadores de impuestos, y disponer de doscientas naves en
calidad de jefe con plenos poderes sobre el número total y el
reclutamiento de soldados y remeros[101]. Tras su lectura, estas 7
propuestas recibieron entre el pueblo una acogida extraordi-
naria; sin embargo, los senadores más relevantes e influyentes
consideraron que un poder tan ilimitado e indefinido escapa-
ba a la envidia pero podía inspirar temor. Por esta razón se 8
opusieron a la ley, excepto César, que la apoyó no porque se
preocupase lo más mínimo de Pompeyo, sino porque desde el
principio buscaba insinuarse al pueblo y ganarse su apoyo[102].
Pero los demás atacaron duramente a Pompeyo; y como uno 9
de los cónsules le dijo que si pretendía imitar a Rómulo no
dejaría de tener el mismo fin que él, estuvo a punto de caer
asesinado a manos de la muchedumbre[103]. Cuando Cátulo se 10
presentó para rebatir la ley, el pueblo, por respeto, guardó un

límites que fijaba la ley). Esta ley recibió el nombre de *lex Gabinia*. Las columnas de Hércules se encuentran en el extremo del Estrecho de Gibraltar.

[101] Estas concesiones enumeradas por PLUTARCO eran las que recogía el proyecto de ley; sin embargo, tras su aprobación, Pompeyo consiguió casi duplicar dichas concesiones, como el propio PLUTARCO refiere más abajo (cf. 26, 2-3).

[102] Se refiere a Cayo Julio César (101-44 a.C.). De su amplia biografía, podemos destacar que formó, junto con Pompeyo y Craso, el llamado primer triunvirato en 60. Alcanzó el consulado en 59 y conquistó la Galia entre 58-51. Derrotó a Pompeyo en la guerra civil (49-45), a pesar de que en sus comienzos fue gran amigo y admirador de Pompeyo, a quien llegó a introducir en su familia casando con él a su hija Julia. Murió el 15 de marzo de 44, asesinado por un grupo de jóvenes aristócratas. PLUTARCO le dedicó una de sus *Vidas* más célebres.

[103] C. Calpurnio Pisón era el cónsul de 67 C. y tenía como colega en el cargo a M. Acilio Glabrio. Rómulo es el rey fundador de Roma; la versión más extendida sobre su fin dice que una tempestad lo hizo desaparecer; sin embargo, existe otra tradición según la cual Rómulo murió asesinado por los senadores, que no podían tolerar la desmedida popularidad del rey. Es posible que las palabras de Pisón referidas a Pompeyo aludan a esta segunda versión.

absoluto silencio[104]; sin embargo Cátulo, después de hablar largo rato sobre Pompeyo en tono de elogio y sin asomo de envidia, aconsejó al pueblo que tratara de conservarlo y que no expusiese a un hombre tan importante a peligros y guerras continuas, y le dijo: «¿A quién tendréis si lo perdéis a él?»;
11 y el pueblo le respondió con grito unánime: «A ti». Como no los convenció, Catulo se retiró. Roscio se adelantó para hablar pero nadie lo escuchó, a pesar de lo cual les mostró dos dedos para indicar que debían elegir no solo a Pompeyo,
12 sino también a su colega en el cargo[105]. En esto, se cuenta que el pueblo, disgustado, lanzó tales gritos que un cuervo que sobrevolaba el foro se aturdió y cayó sobre la muchedumbre.
13 De ello se deduce que las caídas de los pájaros no se deben a una ruptura ni a un desgarro del aire que produce un gran vacío, sino a que son heridos por un golpe de la voz cuando esta, lanzada con fuerza y violencia, provoca en el aire una gran agitación y turbación[106].

26 En ese momento la asamblea se disolvió. El día en que debía hacerse la votación, Pompeyo se retiró discretamente al campo. Cuando supo que la ley había sido aprobada, entró en la ciudad de noche, en la idea de que levantaría envidias si la
2 multitud se reunía para recibirlo. Al amanecer se presentó en público y ofreció un sacrificio; en una asamblea popular convocada por él trató de conseguir mucho más de lo que antes se había votado, y poco le faltó para duplicar sus efectivos.
3 Así pues, se le equipó con quinientas naves y se reunieron

[104] Se trata de Q. Lutacio Cátulo; sobre él, véase más arriba, nota 57.

[105] No está clara la identidad de este Roscio: puede tratarse, o bien del tribuno de la plebe L. Roscio Otho (como sostienen R. Seager, *op. cit.* p. 34, y Greenhalgh, 1980, *op. cit.* pág. 84), o bien Sexto Roscio Amerino o alguno de sus parientes, Tito Roscio Capitón o Tito Roscio Magno, como apunta L. Pérez Vilatela en su edición de la *Vida de Pompeyo,* pág. 165, nota 112.

[106] Una explicación semejante de este fenómeno la encontramos en Plut., *Flaminio,* 10, 8-10.

ciento veinte mil soldados de infantería y cinco mil de ca-
ballería[107]. Eligió a veinticuatro hombres del Senado que ya
tenían experiencia como generales y como legados, y a ellos
se añadieron dos cuestores[108]. La súbita caída del precio de los 4
víveres le dio al pueblo la oportunidad de afirmar con placer
que el simple nombre de Pompeyo había puesto fin a la gue-
rra. Aun así, dividió toda la extensión del mar Mediterráneo 5
en trece secciones, y a cada una de ellas le asignó un número
determinado de naves y un jefe; después, con el ejército que
había dispersado por numerosos puntos, cercó todos los bar-
cos piratas que encontró agrupados, les dio caza y los forzó a
dirigirse a tierra. Aquellos que se anticiparon a separarse y a 6
escapar, se dirigieron desde todas partes hacia Cilicia, como
abejas que buscan refugio en su colmena. Para combatirlos,
Pompeyo se puso en marcha con sus sesenta mejores naves.
Sin embargo, no zarpó contra ellos sin antes haber limpiado 7
por completo de piratas el mar Tirreno y los mares de Libia,
Cerdeña, Córcega y Sicilia, tarea que realizó en un total de
cuarenta días gracias a su infatigable energía y a la diligencia
de sus legados.

Como en Roma el cónsul Pisón[109], llevado por la cólera 27
y la envidia, intentaba arruinar sus preparativos y licenciar
a sus tripulaciones, Pompeyo mandó su flota a Brindisi y él
subió a Roma a través de Etruria[110]. Al conocer la noticia, 2
todos los ciudadanos se desparramaron por su camino, como
si no se hubiesen despedido ya de él pocos días antes. Lo

[107] Sobre las concesiones fijadas por la *lex Gabinia*, cf. 25, 6 y notas 100 y 101.

[108] Los cuestores eran los magistrados de menor rango. Su principal tarea era la administración del tesoro público. Se encargaban también de la administración del erario militar.

[109] Sobre C. Calpurnio Pisón, cf. nota 103.

[110] Brindisi, ciudad situada al S de Italia, en Apulia, en la costa del Adriático, tenía uno de los más importantes puertos de la Península Itálica debido a sus conexiones con Grecia y Oriente. Etruria es la actual región de la Toscana.

que les causaba alegría era la inesperada rapidez del cambio que
les había proporcionado una extraordinaria abundancia de
3 víveres. Por ello Pisón estuvo a punto de ser desposeído del
consulado, para lo cual Gabinio tenía ya la moción redactada.
Sin embargo, Pompeyo lo impidió, y después de gestionarlo
todo convenientemente y de conseguir lo que necesitaba, bajó
4 a Brindisi y desde allí zarpó. Apremiado por el tiempo, pasó
con prisa delante de numerosas ciudades, pero en Atenas hizo
un alto: desembarcó en ella, hizo sacrificios a los dioses y
arengó al pueblo. Inmediatamente después, al salir, leyó dos
inscripciones escritas en su honor, cada una de ellas de un solo
5 verso, la primera dentro de la puerta de la ciudad:

«Cuanto más sabes que eres un hombre, más te acercas
a los dioses.»

y la segunda fuera:

«Te esperábamos, te adorábamos, te hemos visto, te
acompañamos.»

6 Algunos piratas que aún permanecían agrupados y que
erraban por el mar acudieron a suplicarle; él los trató con
bondad, se apoderó de sus naves y de sus personas y no les
causó daño alguno. Los demás, concibiendo buenas esperanzas, evitaron a los otros generales y acudieron a Pompeyo para
7 entregarse junto con sus hijos y sus esposas. Él los perdonó
a todos, y fue sobre todo gracias a ellos como pudo seguir la
pista, capturar y castigar a los piratas que aún se escondían
porque se reconocían culpables de los más imperdonables
crímenes.

28 Sin embargo, la mayoría de los piratas más poderosos
mantenía a su familia, sus bienes y a la población improductiva resguardados en castillos y fuertes ciudadelas próximas
al monte Tauro y, tripulando ellos mismos sus naves, espe-

raban el ataque naval de Pompeyo cerca del Coracesio, en Cilicia[111]; entablado allí el combate, fueron vencidos y después asediados. 2 Finalmente, enviaron ruegos de paz y se entregaron junto con sus ciudades y las islas que ellos poseían y que habían fortificado de tal modo que eran difíciles de tomar y casi inaccesibles. 3 Así pues, la guerra se terminó, la piratería fue completamente erradicada del mar en menos de tres meses y Pompeyo se apoderó de muchas otras naves, noventa de ellas provistas de espolones de bronce[112]. 4 En cuanto a los más de veinte mil hombres que apresó, no tenía la intención de matarlos, aunque creía que tampoco era conveniente dejar libre y permitir dispersarse o agruparse de nuevo a tal multitud de hombres pobres y belicosos. 5 Como pensaba que el hombre no es ni por naturaleza ni desde su nacimiento un ser salvaje e insociable, sino que es la práctica del vicio la que lo aparta de su naturaleza, y que mediante las costumbres y un cambio de lugar y de vida vuelve a civilizarse —pues hasta las bestias se despojan de su estado salvaje y de su fiereza si participan de un régimen de vida más delicado—, decidió trasladar a estos hombres desde el mar a tierra firme y darles a probar una vida cómoda acostumbrándolos a vivir en las ciudades y a cultivar la tierra. 6 A algunos de ellos, pues, los acogieron e incorporaron en las pequeñas y casi desiertas ciudades de Cilicia, que así adquirió un territorio más amplio. Pompeyo reanimó Solos, recientemente despoblada por Tigranes, rey de Armenia, y estableció en ella a muchos piratas[113]. 7 No obstante,

[111] El Tauro es una cadena montañosa situada al sudeste de Asia Menor. Coracesio (actual Alaja, en Turquía) era un promontorio situado en la Cilicia Traquea.

[112] La expedición de Pompeyo contra los piratas empezó, concretamente, a finales del invierno del 67 y acabó a mediados de la primavera de ese mismo año.

[113] Solos era una ciudad de Cilicia que desde su repoblación fue llamada *Pompeiópolis*. Tigranes I el Grande (95-55 a. C.) fue rey de Armenia y yerno de Mitrídates VI; bajo su reinado Armenia alcanzó su mayor esplendor gracias a sus

a la mayoría de ellos les concedió como residencia la ciudad de Dime, en Acaya, que estaba entonces deshabitada y que poseía una tierra extensa y fértil[114].

29 Sus enemigos censuraban estas medidas, y el trato que dio a Metelo en Creta no agradó siquiera a sus mejores ami-
2 gos. Este Metelo, pariente del que fue colega de Pompeyo en Hispania, había sido enviado a Creta antes de la elección de Pompeyo[115]. Y es que, en efecto, Creta era una especie de segunda fuente de piratas después de la Cilicia. Metelo había capturado a numerosos piratas y los había matado y aniquilado
3 a todos. Los supervivientes, que padecían el asedio de Metelo, enviaron sus súplicas a Pompeyo y lo llamaron a la isla alegando que parte de la autoridad sobre ella le correspondía a él y que en todos sus puntos la isla estaba dentro de la distancia marítima establecida[116]. Pompeyo aceptó y le escribió a Metelo
4 que pusiese fin a la guerra. Escribió también a las ciudades que no obedeciesen a Metelo, y envió como general a uno de sus oficiales, Lucio Octavio, quien, al entrar en las murallas de los piratas asediados y combatir junto a ellos, no solo hacía odioso e insoportable a Pompeyo, sino también ridículo, ya que, por odio y envidia hacia Metelo, prestaba su nombre a gentes impías y ateas, y los rodeaba con su autoridad como

notables conquistas: Siria, Cilicia, Capadocia, el N de Mesopotamia —aunque gran parte de ellas pasaron a manos romanas gracias a las campañas de Lúculo. Fue aliado de Mitrídates en la guerra contra los romanos; sin embargo, las sospechas de que su suegro había participado en la conjura tramada contra él por su hijo Tigranes el Joven le hicieron romper su alianza y someterse a Pompeyo. De él se habla más abajo (cf., 32, 18 y cap. 33).

[114] Dime, ciudad griega situada en la región de Acaya, al N del Peloponeso.

[115] Se trata de Q. Cecilio Metelo Crético, así llamado por sus victorias contra los piratas en Creta, que le valieron el triunfo; fue cónsul en el 69 junto a Q. Hortensio. Sobre Cecilio Metelo Pío, véase más arriba, nota 28.

[116] Es decir, a una distancia de 400 estadios, aproximadamente 75-80 km hacia el interior, como se dice más arriba, en 25, 4.

con un amuleto[117]. Pues tampoco Aquiles se comportó como 5
un hombre, sino como un jovenzuelo completamente loco y agitado por un apasionado deseo de gloria, cuando mediante señas prohibió a los otros guerreros disparar a Héctor,

> «por miedo a que otro se ganara la gloria con su disparo, y
> él llegara el segundo[118]».

Pompeyo, por su parte, combatió en defensa del enemigo 6
público y salvó sus vidas para privar del honor del triunfo
a un general que había sufrido ya muchas fatigas. Pero Metelo, 7
en lugar de ceder, capturó y castigó a los piratas y despachó a Octavio después de haberlo insultado e injuriado en el campamento.

Cuando en Roma se anunció que la guerra contra los pira- 30
tas había terminado y que Pompeyo dedicaba su tiempo libre a visitar las ciudades, uno de los tribunos de la plebe, Manilio, redactó un proyecto de ley que entregaba a Pompeyo todos los territorios y todas las tropas que estaban bajo el mando de Lúculo, a los que se añadía Bitinia, que gobernaba Glabrio, así como el mando de la guerra contra los reyes Mitrídates y Tigranes, conservando la flota y el dominio del mar tal y como
en principio lo había recibido[119]. Esto suponía, en suma, poner 2

---

[117] Lucio Octavio fue uno de los legados de Pompeyo durante la guerra contra los piratas. Más datos sobre su intervención en Creta y sus enfrentamientos con Metelo, en P. Greenhalgh, 1980, *op. cit.*, pág. 99.

[118] *Ilíada* XXII, 207.

[119] C. Manilio Crispo, tribuno de la plebe en 67, promovió la *rogatio Manilia*, presentada en enero de 66; esta ley recogía la prorrogación indefinida del mando de Pompeyo sobre los mares —otorgado antes por *la lex Gabinia*, cf. nota 100— para llevar la guerra contra Tigranes y contra Mitrídates; a esto se añadía la concesión de las provincias de Ponto-Bitinia y Cilicia. La ley fue votada a finales del 66 y contó con el apoyo de César y Cicerón, que pronunció a propósito su discurso *Sobre el imperio de Cn. Pompeyo*. Sobre Lúculo, véase más arriba, nota 8. M. Acilio Glabrio, cónsul en 67 junto C. Calpurnio Pisón, era entonces procónsul en Bitinia.

en manos de un solo hombre el Imperio Romano, pues las
provincias que parecían haber sido excluidas por la ley ante-
rior, es decir, *Frigia*, *Licaonia*, *Galacia*, *Capadocia*, la Cilicia
superior, la Cólquide y Armenia, se le añadían ahora junto a
las legiones y las tropas con las que Lúculo había contado para
3 derrotar a Mitrídates y Tigranes[120]. El hecho de que se priva-
se a Lúculo de la gloria de sus hazañas y de que se le diese
un sucesor más para celebrar el triunfo que para continuar la
guerra, era un asunto secundario para los aristócratas, por más
que pensasen que Lúculo sufría un trato injusto e ingrato; en
cambio, no soportando el poder de Pompeyo, que se constituía
como una tiranía, se exhortaban en privado y se animaban
entre sí para oponerse al proyecto de ley y no entregar la li-
4 bertad. Sin embargo, llegado el momento, renunciaron a su
propósito por miedo al pueblo, y la mayoría de ellos guardó
un completo silencio, a excepción de Cátulo[121], quien, tras
acusar con dureza el proyecto de ley y al tribuno, viendo que
no convencía a nadie, rompió a gritar desde la tribuna instando
una y otra vez a los senadores a buscar, como sus antepasados,
un monte o una roca escarpada donde refugiarse para salvar
5 la libertad. Con todo, la ley, según se dice, fue aprobada por
todas las tribus, y Pompeyo fue proclamado en su ausencia
dueño de casi todos los poderes que Sila había conseguido
6 al apoderarse de la ciudad mediante las armas y la guerra. Se
dice que Pompeyo, cuando recibió la carta y supo lo que se
había decretado, en presencia de sus amigos que lo felicita-

[120] Frigia, en Asia Menor, ocupaba la parte central de la península de Anatolia, territorio que actualmente pertenece a Turquía; también en Asia Menor, pero más al N, se hallaban, sucesivamente, Licaonia y Galacia; al E de Licaonia, ya en el centro de Anatolia, se encontraba Capadocia. Sobre la localización de Cilicia, véase más arriba, nota 94. La Cólquide y Armenia se extendían más al E: la primera se hallaba en la costa del Mar Negro (en la actual Georgia) y la segunda al S del Cáucaso, entre el Mar Negro y el Caspio.

[121] Q. Lutacio Cátulo ya se había manifestado en contra de la *lex Gabinia* (cf. 25, 10).

ban, frunció el ceño, se dio una palmada en el muslo y, como
alguien a quien ya le cansa y le agobia el poder, dijo: «¡Ay, 7
qué fatigas interminables! ¡Cuánto mejor hubiera sido ser un
hombre desconocido, si es que nunca voy a dejar de hacer la
guerra ni voy a poder librarme de este clima de envidia, en vez
de pasar la vida en el campo junto a mi mujer!». Al oír estas 8
palabras, ni a sus más íntimos les hizo gracia su impostura,
pues sabían que su enemistad con Lúculo le causaba regocijo
y le proporcionaba un incentivo mayor que su natural ambición y su deseo de poder.

Los hechos, en efecto, dejaron pronto al descubierto sus 31
intenciones. Expuso edictos por todas partes, llamó a sus soldados y convocó ante él a los príncipes y reyes sometidos a
Roma. Al recorrer el país[122], no dejó en su lugar nada de lo 2
que Lúculo había hecho, sino que perdonó las penas a muchos
condenados, retiró recompensas y, en una palabra, hizo por
envidia todo lo posible por demostrar a los que admiraban a
Lúculo que este no era dueño de nada. Como Lúculo expuso 3
sus quejas por medio de sus amigos, se decidió concertar una
entrevista y se reunieron en la Galacia. Como correspondía a 4
tan grandes generales, que tan grandes victorias habían conseguido, los lictores de uno y otro portaban fasces coronadas
de laurel cuando ellos se encontraron; sin embargo, Lúculo
venía de lugares verdes y protegidos por la sombra, mientras
que Pompeyo resulta que había atravesado una extensa región
árida y sin árboles. Así pues, los lictores de Lúculo, al ver 5
que los laureles de Pompeyo estaban secos y completamente
marchitos, le dieron parte de los suyos, que estaban frescos,
y con ellos adornaron y coronaron las fasces de Pompeyo.
Esto se consideró que era una señal de que Pompeyo venía 6
a arrebatarle a Lúculo el premio de sus victorias y su gloria.
Lúculo era más antiguo en el cargo de cónsul y era mayor que

[122] Se refiere a Cilicia.

él, pero el prestigio de Pompeyo era superior gracias a los dos
7 triunfos[123]. A pesar de ello, su primera entrevista la mantuvieron con la mayor urbanidad y cortesía posibles, celebrando cada uno las hazañas del otro y felicitándose ambos por sus
8 éxitos; sin embargo, como en sus conversaciones posteriores no llegaron a un acuerdo conveniente y moderado, empezaron a insultarse, Pompeyo reprochándole a Lúculo su amor por el dinero, y Lúculo a Pompeyo su amor por el poder; sus amigos
9 a duras penas consiguieron separarlos. Lúculo, en la Galacia, repartió los territorios conquistados y dio otras recompensas a quienes él quiso, mientras que Pompeyo, que estaba acampado un poco más lejos, prohibió que se obedeciese a Lúculo y le arrebató a todos sus soldados, excepto a mil seiscientos que, a causa de su arrogancia, consideraba que le serían inútiles a él
10 y hostiles a Lúculo. Además de esto, ridiculizaba abiertamente sus hazañas diciendo que Lúculo había hecho la guerra contra la apariencia teatral e ilusoria de los reyes, mientras que a él se le dejaba el tener que combatir contra un ejército de verdad y bien organizado, pues Mitrídates ya había recurrido a los
11 escudos, las espadas y los caballos. En su defensa, Lúculo decía que Pompeyo iba a luchar contra un enemigo fantasmal y reducido a una sombra, acostumbrado como estaba a abatirse, como un pájaro perezoso, sobre los cuerpos que otros han
12 matado y a hacer pedazos los despojos de las guerras. Así fue, decía, como él inscribió su nombre sobre las guerras contra Sertorio, Lépido y los partidarios de Espartaco, a pesar de que estas victorias habían sido obra de Craso, de Cátulo y
13 de Metelo[124]. Por ello, no era sorprendente que se apropiara de la gloria de las guerras de Armenia y del Ponto un hombre

[123] Lúculo había sido cónsul en 74 y Pompeyo en 70; además, Lúculo había nacido en 117 y Pompeyo en 106.

[124] En el original hay un quiasmo en los nombres propios: Craso derrotó a Espartaco (cf. 21, 2), Cátulo a Lépido (cf. 16, 1-5) y Metelo a Sertorio (cf. caps. 17-19).

que, de un modo u otro, se las había ingeniado para introducirse en el triunfo sobre los esclavos[125].

Después de esto Lúculo se marchó; por su parte Pompeyo, 32
tras distribuir toda su flota para vigilar el mar que media entre Fenicia y el Bósforo, marchó contra Mitrídates, que contaba con un ejército de treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería, pero que no se atrevía a trabar combate[126]. Al 2
principio, Mitrídates abandonó el monte en que se encontraba acampado, que era seguro y difícil de atacar, porque pensaba que carecía de agua. Pompeyo ocupó esta misma posición, y, conjeturando por la naturaleza de la vegetación y la inclinación del terreno que el lugar tenía fuentes, ordenó cavar pozos por todas partes. De inmediato el campamento se vio provisto 3
de abundante agua, en vista de lo cual sorprende que Mitrídates no se hubiera dado cuenta de ello en todo el tiempo que estuvo allí acampado. Luego cercó el campamento del rey y 4
lo rodeó con un muro. Tras soportar un asedio de cuarenta y cinco días, Mitrídates se escapó en secreto junto a lo más granado de su ejército después de haber dado muerte a los inútiles y a los enfermos. Pompeyo, sin embargo, le alcanzó más tarde 5
cerca del río Éufrates y acampó frente a él[127]. Por miedo a que Mitrídates se le adelantara en cruzar el Éufrates, en medio de la noche puso en marcha a su ejército armado para el combate. Se dice que en ese momento Mitrídates tuvo en sueños una 6
visión premonitoria de lo que le iba a ocurrir: le parecía que navegaba con viento favorable por el mar Póntico[128], que ya veía el Bósforo y que sus compañeros de viaje se felicitaban,

[125] Cf. 21, 3.

[126] La expedición aquí descrita tuvo lugar en la primavera de 66.

[127] El Éufrates es el río occidental que, junto con el Tigris, delimita Mesopotamia; nace en Armenia y fluye por las montañas de Anatolia hacia Siria e Irak. Este combate tuvo lugar en el valle del Licos, concretamente en la ciudad fortificada de Dasteira.

[128] Se trata del mar Negro (llamado en la antigüedad Ponto Euxino).

como quien se alegra al saberse seguro y claramente a salvo;
mas, de repente, *se vio abandonado por todos, zarandeado so-*
7 bre un minúsculo pecio. Como este sueño estaba provocándole
angustia, sus amigos acudieron a despertarlo diciéndole que
8 Pompeyo atacaba. Se vio pues forzado a combatir en defensa
del campamento, y sus soldados sacaron las tropas y las dis-
9 pusieron en orden de batalla. Informado de tales preparativos,
Pompeyo dudaba si arriesgarse a combatir de noche; pensaba
que lo único que debía hacer era cercarlos para que no huye-
10 sen y atacar de día, pues sus tropas eran más fuertes. Pero los
comandantes más viejos, mediante súplicas y exhortaciones,
le apremiaron a atacar, pues la oscuridad no era total, y la
luna, aunque ya estaba baja, aún permitía distinguir suficien-
temente a las personas. Y fue esta circunstancia la que más
11 perjudicó a las tropas del rey: los romanos avanzaron teniendo
la luna a sus espaldas, y como la luz descendía hacia su ocaso,
las sombras proyectadas muy por delante de sus cuerpos se
extendían sobre los enemigos, quienes, no pudiendo calcular
con exactitud la distancia y pensando que ya los tenían cerca,
12 dispararon inútilmente sus lanzas y no alcanzaron a nadie. Al
ver esto los romanos se lanzaron con grandes gritos contra los
enemigos, que, no atreviéndose siquiera a esperarlos, empren-
dieron atemorizados la huida; de este modo los romanos ma-
taron a más de diez mil enemigos y tomaron su campamento.

13 El mismo Mitrídates, al comienzo del combate, había roto
la línea de batalla y se había abierto paso entre los romanos
con ochocientos caballeros, pero todos ellos se dispersaron
14 pronto y se quedó solo con tres, entre los cuales estaba Hipsi-
cratía, su concubina, que siempre había mostrado virilidad y
una audacia extraordinaria, razón por la cual el rey la llamaba
15 Hipsícrates[129]. Ella, que en esta ocasión llevaba vestimenta de

[129] Sobre Hipsicratía, cf. Val. Máximo 5, 6, ext. 2, donde es llamada reina y no concubina.

soldado persa e iba a caballo, no cayó agotada por las largas
jornadas ni dejó de cuidar del rey y de su caballo hasta que
llegaron a Sinora, lugar repleto del dinero y de los tesoros
reales[130]. De aquí tomó Mitrídates los lujosos vestidos que 16
repartió entre los que se reunieron con él durante su huida. Dio 17
también un veneno mortal a cada uno de sus amigos para que
lo llevasen consigo, con el fin de que ninguno de ellos cayese
contra su voluntad prisionero de los enemigos. Desde aquí 18
se dirigió a Armenia para reunirse con Tigranes, pero como
este se negó a recibirlo y ofreció una recompensa de cien
talentos por su cabeza, pasó al otro lado de las fuentes del
Éufrates y huyó por la Cólquide[131].

Pompeyo se lanzó contra Armenia llamado por el joven 33
Tigranes, que ya se había rebelado contra su padre y que se
reunió con Pompeyo a orillas del río Araxes[132]. Este río nace
en los mismos lugares que el Éufrates, pero se desvía hacia
el este y desemboca en el mar Caspio. Los dos, pues, avan- 2
zaron juntos y sometieron las ciudades que encontraron a su
paso. El rey Tigranes, recientemente derrotado por Lúculo,
como sabía que Pompeyo tenía un carácter sereno y dulce,
aceptó recibir en su capital una guarnición romana y, llevándose consigo a sus hijos y parientes, marchó para entregarse a
Pompeyo. Cuando llegó a caballo al campamento romano, dos 3
lictores de Pompeyo se le acercaron y le ordenaron bajarse de
él y entrar a pie, pues dentro de un campamento romano nunca
se había visto a nadie montado a caballo. Tigranes obedeció 4
y se desciñó la espada para entregársela a los lictores. Finalmente, cuando se encontró en presencia de Pompeyo, se quitó

[130] Sinora era el más importante tesoro real de Mitrídates; se ignora su emplazamiento exacto, aunque es posible que se trate de Sinnor, en la actual Turquía.

[131] Sobre Tigranes I, véase más arriba, nota 113.

[132] Nombre antiguo del actual río Araks, que marca la frontera entre Armenia y Turquía y desemboca en el mar Caspio.

su tiara y se dispuso a ponerla a sus pies, arrojarse al suelo y, sin duda lo más humillante de todo, abrazar sus rodillas[133].
5 Pero Pompeyo se le adelantó, le cogió la mano derecha, lo levantó y, después de darle asiento junto a él y colocar a su hijo al otro lado, le dijo que él debía culpar de sus pérdidas a Lúculo, que era quien le había arrebatado la Fenicia, Siria, la Galacia y la Sofena, pero que lo que Tigranes había conservado hasta ahora él se lo guardaría si pagaba seis mil talentos a los romanos como castigo por el daño que había causado, y
6 su hijo sería rey de la Sofena[134]. Estas condiciones satisficieron a Tigranes, y cuando los romanos lo aclamaron como rey, se alegró mucho y prometió dar a cada soldado media mina de plata, a cada centurión dos minas y a cada tribuno un talento.
7 Pero su hijo lo llevó a mal, y cuando lo llamaron a la cena, dijo que él no necesitaba los honores que Pompeyo le tributaba, pues él encontraría a otro romano en su lugar. A causa de esta afirmación fue encadenado y guardado para el triun-
8 fo. Poco tiempo después el parto Fraates envió embajadores para reclamar al joven, bajo el pretexto de que era su yerno, y pidió que se estableciese el Éufrates como frontera de sus imperios[135]. Pompeyo, sin embargo, respondió que Tigranes pertenecía más a su padre que a su suegro, y que él establecería como frontera la que fuese justa.

34 Tras dejar a Afranio al cuidado de Armenia, marchó personalmente contra Mitrídates, para lo cual se vio obligado a
2 atravesar los pueblos que habitan cerca del Cáucaso[136]. Los

[133] La tiara era un gorro alto característico de los reyes persas.

[134] Sofena era una pequeña región situada al NO del Eúfrates, lindando al N con la Armenia Menor; en la actualidad pertenece a Turquía.

[135] Fraates III, rey de los partos —pueblo iranio cuyo imperio se extendía al SE del Mar Caspio— perteneciente a la dinastía arsácida, atacó Armenia incitado por Pompeyo, que buscaba apoyos ante una posible alianza entre Armenia y el Ponto. Además, secundó la sublevación de Tigranes el Joven contra su padre.

[136] Se trata de Lucio Afranio, que ya había combatido junto a Pompeyo en Hispania (cf. PLUT., *Sert.* 19, 9-11). Fue más tarde cónsul en 60, junto a Q.

pueblos más importantes de esta zona eran los albanos y los iberos: los iberos se extendían hasta los montes Mósquicos y el Ponto Euxino, mientras que los albanos miraban más al este y al mar Caspio[137]. Estos últimos, en principio, le concedieron 3
a Pompeyo el derecho de paso que él solicitaba; pero cuando el invierno sorprendió al ejército en su país y mientras los romanos celebraban la fiesta de las Saturnales, irrumpieron no menos de cuarenta mil soldados y les atacaron una vez que cruzaron el río Cirno, que nace en los montes Ibéricos, recibe al Araxes, desciende desde Armenia y se vierte por doce desembocaduras en el mar Caspio[138]. Otros dicen que el 4
Araxes no es un afluente del Cirno, sino que sigue su propio curso y desemboca cerca del Cirno en el mismo mar. Aunque 5
Pompeyo pudo oponerse a que los enemigos cruzasen el río, les dejó que pasaran tranquilamente; después les atacó, los puso en fuga y mató a un gran número de ellos. Cuando su rey 6
le envió una embajada para suplicarle, Pompeyo le perdonó su traición e hizo la paz con él; a continuación marchó contra los iberos, no inferiores en número y más belicosos que los demás, y que deseaban con ardor agradar a Mitrídates rechazando a Pompeyo. Los iberos nunca habían estado sometidos 7
ni a los medos ni a los persas, e incluso escaparon a la dominación macedonia porque Alejandro abandonó a toda prisa la

---

Cecilio Metelo Céler. La marcha de Pompeyo hacia el mar Caspio tuvo lugar en el invierno de 66-65.

[137] Los albanos eran un pueblo oriental que se extendía por el territorio que hoy ocupa Azerbaiyán; estaban emparentados con sus vecinos los iberos (como nos informa ESTRABÓN, XI 3, 2), que habitaban la actual república de Georgia.

[138] Las Saturnales eran una festividad romana que se celebraba en honor del dios Saturno el día 17 diciembre. El río Cirno, cuyo nombre está emparentado, al parecer, con el de Ciro el Grande, es el actual Kura, río de las montañas del Cáucaso que nace en el este de Turquía, atraviesa Georgia y Azerbaiyán, recibe al Araks —su principal afluente— y desemboca en el mar Caspio. Las doce desembocaduras de que habla Plutarco no existen actualmente.

8 Hircania[139]. Sin embargo, Pompeyo los puso en fuga en una gran batalla, en la que murieron nueve mil hombres y más de diez mil fueron capturados. Después entró en la Cólquide, y allí, junto al río Fasis, Servilio le salió al encuentro con las naves con que vigilaba el Ponto Euxino[140].

35 La persecución de Mitrídates, que se había adentrado en los pueblos cercanos al Bósforo y a la laguna Meótide, presentaba grandes dificultades[141]; además, recibió la noticia de
2 que los albanos habían vuelto a hacer defección. Llevado por la cólera y el deseo de venganza, se dio la vuelta para luchar contra ellos y cruzó de nuevo el Cirno, no sin fatiga y peligro, pues los bárbaros habían cercado con una empalizada gran parte de su orilla. Como le esperaba un largo y duro camino por un país seco, mandó llenar diez mil odres de agua
3 y continuó su marcha contra los enemigos. Se los encontró dispuestos en orden de batalla junto al río Abante, sesenta mil soldados de infantería y doce mil de caballería en total, la mayoría de ellos pobremente armados y sin otro vestido que
4 pieles de animales salvajes[142]. Su jefe era un hermano del rey llamado Cosis[143]. Este Cosis, cuando se entabló la batalla cuerpo a cuerpo, se lanzó contra Pompeyo y le alcanzó con una jabalina en el punto flaco de la coraza, pero Pompeyo lo mató
5 atravesándolo con su propia mano. Se cuenta también que en

---

[139] Hircania, comarca de la antigua Persia que se extendía al S y SO del mar Caspio, abarcaba el territorio que hoy día ocupa Turkistán. Sobre el paso de Alejandro por esta región, cf. Plut., *Alej.* 44

[140] El río Fasis es el actual Rioni, que fluye al SO de Georgia, baja del Cáucaso Mayor y desemboca en el Mar Negro.

[141] La laguna Méotide es el mar de Azov, al NE de la península de Crimea. Este Servilio es P. Servilio Vacia, cónsul en 79 junto a Apio Claudio Púlquer, que recibió el sobrenombre de Isáurico por sus victorias sobre los isauros de Asia Menor.

[142] El Abante tal vez sea el actual Alazonios-Alazan.

[143] Dión Casio (37, 4, 1-2) nos informa de que el rey de los albanos se llamaba Oroises.

esta batalla las amazonas bajaron de las montañas próximas
al río Termodonte y lucharon del lado de los bárbaros, pues
los romanos, al despojar a los enemigos después de la batalla,
encontraron escudos ligeros y borceguíes de amazonas[144]; sin
embargo, no vieron ningún cuerpo de mujer. Las amazonas 6
habitan la parte del Cáucaso que se extiende junto al mar de
Hircania, pero su país no limita con el de los albanos, ya que
entre ellos habitan los getas y los leges[145]; durante dos meses
cada año ellas acuden con frecuencia a encontrarse con ellos a
orillas del río Termodonte, y después se retiran a vivir solas.

Después de la batalla, Pompeyo se puso en marcha hacia 36
la Hircania y el mar Caspio, pero cuando solo llevaba tres días
de camino, una multitud de serpientes mortíferas le obligó a
retroceder y a retirarse a la Armenia Menor. Allí, los reyes 2
de los elimeos y de los medos le enviaron embajadores, y él
les respondió con una carta amistosa[146]; no obstante, contra el
rey de los partos, que se había lanzado contra la Gordiana y
molestaba a los súbditos de Tigranes, envió un ejército bajo
el mando de Afranio, que lo expulsó y lo persiguió hasta Arbela[147].

Numerosas concubinas de Mitrídates fueron llevadas ante 3
él; no mantuvo relación con ninguna, sino que las devolvió a

[144] El Termodonte es un río de la Capadocia, actualmente llamadoTerme Gayi. Las Amazonas, según la mitología griega, habitaban en los confines del mundo y constituían una nación integrada solo por mujeres guerreras.

[145] El mar de Hircania es el Caspio. Los getas y los leges eran pueblos situados al SO de dicho mar.

[146] Los elimeos eran un pueblo de origen iranio que ocupaba el antiguo país de Elam, al SO de Irán; su capital era Susa. Los medos habitaban Media, antigua región de Oriente Medio que se encontraba al NO del actual Irán y era limitada por al O por la Alta Mesopotamia, al S por Persia, al E por Partia y al N por el mar Caspio; su ciudad más importante era Ecbatana.

[147] El rey de los partos es el antes citado Fraates III (cf. nota 135). La Gordiana era una región situada al E del Éufrates y al S de Armenia. Arbelas era una ciudad asiria que se corresponde con la actual Erbil, situada al N de Irak.

todas a sus parientes y allegados, pues muchas de ellas eran
4 hijas o esposas de generales o de príncipes. Pero Estratonice,
la que gozaba de una mayor consideración y custodiaba la
fortaleza más rica en oro[148], era, al parecer, hija de un simple
músico, viejo y además pobre; sin embargo, conquistó de in-
mediato a Mitrídates mientras tocaba la lira en un festín, hasta
el punto de que él se la llevó para pasar la noche con ella y
despachó al viejo, que se fue muy disgustado por no haber
5 siquiera recibido un saludo amistoso. Sin embargo, al rayar el
alba, cuando el viejo se despertó y vio dentro de su casa mesas
llenas de copas de plata y de oro, una gran muchedumbre de
sirvientes, eunucos y pajes que le llevaban lujosos vestidos, y
apostado delante de su puerta un caballo adornado como los de
los amigos del rey, creyó que todo aquello era una burla y una
6 broma y se dispuso a huir por la puerta de su casa. Pero los sir-
vientes lo detuvieron y le dijeron que el rey le había regalado
la enorme casa de un hombre rico recientemente fallecido, y
que todo aquello no eran sino algunas pequeñas primicias
7 y muestras de todas sus riquezas y posesiones. De este modo,
a duras penas terminó por creérselo, y ahora, poniéndose la
ropa púrpura y subiéndose al caballo, recorría la ciudad gri-
8 tando: «¡Todo esto es mío!». A todos los que se reían de él
les decía que lo sorprendente no era esto, que lo sorprendente
era que él, loco de contento como estaba, no lanzase piedras
a cuantos se encontrara. Tal era el linaje y la sangre de Es-
9 tratonice. Ella le entregó a Pompeyo esta fortaleza y le llevó
numerosos regalos, pero él solo cogió aquellos que le parecía
que podían adornar los templos o proporcionar esplendor a su
triunfo, y los demás se los dejó en propiedad a Estratonice,
10 despidiéndose de ella[149]. Del mismo modo, cuando el rey de

[148] Se trata de la fortaleza de Sinora (cf. Dión Casio, 37, 7, 5).

[149] La concesión a Pompeyo de la plaza fuerte de Sinora no quedó impune: Mitrídates se vengó de Estratonice matando a Jifares, el hijo común de ambos (cf. Apiano, *Historia romana*, *Mitr.* 107).

los iberos le envió un lecho, una mesa y un trono, todos de oro, y le suplicó que los aceptara, Pompeyo se los entregó a los cuestores para el tesoro público.

En la fortaleza de Quenón[150] Pompeyo encontró documentos privados de Mitrídates, y los examinó con no poca satisfacción, pues contenían mucha información acerca del 37
carácter del rey. Había allí unas memorias gracias a las cuales 2
descubrió que Mitrídates, además de a muchas otras personas, había envenenado a su hijo Ariarates y a Alceo de Sardes porque lo había sobrepasado en una carrera de caballos[151]. Entre 3
esos escritos había también interpretaciones de sueños, algunos que había tenido Mitrídates y otros que habían tenido sus esposas, y apasionadas cartas de Mónima a Mitrídates y de él a ella[152]. Teófanes dice que también se encontró allí un 4
discurso de Rutilio en el que animaba al rey a aniquilar a los romanos de Asia[153]. Sin embargo, la mayoría de los autores conjetura con razón que esto era una maliciosa invención de Teófanes, que tal vez odiaba a Rutilio porque no se parecía en nada a él, o también, verosímilmente, una forma de agradar a Pompeyo, cuyo padre es representado por Rutilio en sus historias como un ser completamente despreciable.

---

[150] En griego significa literalmente «fortaleza nueva»; por ESTRABÓN (12, 3, 31, 556) sabemos que se encontraba a unos doscientos estadios de Cabiros.

[151] Este Alceo era, al parecer, uno de los ciudadanos más ricos y famosos de Sardes, ciudad de Asia Menor y antigua capital del reino de Lidia.

[152] Sobre esta Mónima habla PLUTARCO en *Lúc.* 18, 3-6.

[153] Se trata del historiador Teófanes de Mitilene, que fue uno de los principales consejeros de Pompeyo, a quien acompañó en sus expediciones por Oriente y cuyas hazañas narró, seguramente de manera propagandística. P. Rutilio Rulo, cónsul en 105 junto a C. Manilio, destacó como general (luchó junto a Escipión Emiliano en la conquista de Numancia y junto a Metelo contra Yugurta) y como jurista, aunque hubo de enfrentarse a numerosos enemigos políticos que le acusaron de corrupción; escribió, además, una autobiografía y una historia de su tiempo. PLUTARCO lo menciona también en *Mario*, 10, 1 y 28, 8: en este último lugar lo define como «hombre amante de la verdad y honrado», pero contrario a Mario.

38 Desde allí Pompeyo se dirigió hacia Ámiso, donde, lleva-
do por la ambición, adoptó una actitud indignante[154]. Pues él,
que había criticado duramente a Lúculo porque, estando aún
vivos los enemigos, había emitido edictos y había repartido
presentes y honores, cosa que los vencedores acostumbran
2 hacer solo cuando ha acabado definitivamente la guerra, pre-
cisamente él, ahora que Mitrídates dominaba el Bósforo y
había reunido una poderosa armada, como si ya todo hubiese
terminado, hizo lo mismo que Lúculo: organizó las provincias
y repartió presentes porque numerosos jefes y príncipes y doce
3 reyes bárbaros habían acudido ante él. Por ello, para compla-
cer a los otros, no estimó conveniente, en su respuesta al rey
4 de los partos, llamarlo rey de reyes, como todos los demás. Le
invadió un ardiente deseo de conquistar Siria y de marchar a
través de Arabia en dirección al mar Rojo con el fin de llevar
sus victorias hasta el Océano que rodea por todas partes la
5 tierra; pues él, en Libia, había sido el primero en extender su
poder hasta el mar exterior[155]; en Hispania, había establecido
como límite del Imperio Romano el Océano Atlántico, y, en
tercer lugar, en su reciente persecución de los albanos, le faltó
6 poco para alcanzar el mar de Hircania. Se puso en marcha,
pues, con la intención de cerrar por el mar Rojo el circuito de
su expedición militar. Además, veía que Mitrídates era difícil
de perseguir con las armas y más peligroso cuando huía que
cuando combatía.

39 Tras decir, por tanto, que le dejaría a Mitrídates un ene-
migo más poderoso que él, el hambre, dispuso barcos de vi-
gilancia para detener a los mercaderes que navegaban por
el Bósforo, y decretó la pena de muerte para los que fuesen
2 atrapados. Luego, tomando consigo al grueso de su ejército,

[154] La ciudad de Ámiso se encontraba en la costa del Mar Negro. Pompeyo se dirigió allí a comienzos de 64.

[155] Se refiere al Mar Caspio.

se puso en marcha. Cuando encontró en su camino los cuerpos
aún no sepultados de aquellos que, bajo las órdenes de Triario,
habían caído muertos en un desgraciado combate contra Mi-
trídates, les dio a todos un entierro espléndido y digno, cosa
que Lúculo había desatendido y que fue al parecer la causa
principal del odio que en torno a él se suscitó[156]. Después de 3
haber sometido por medio de Afranio a los árabes del Amano,
él mismo descendió a Siria y, como esta carecía de reyes legí-
timos, la declaró provincia y posesión del pueblo romano[157];
conquistó también Judea y apresó a su rey Aristobulo[158]. Fundó 4
algunas ciudades y a otras les concedió la libertad, castigando
a los tiranos que gobernaban en ellas. No obstante, su prin-
cipal ocupación consistía en impartir justicia arbitrando los
conflictos de las ciudades y los reyes, y allí donde él no podía
acudir personalmente, enviaba a sus amigos: así, cuando los 5
armenios y los partos delegaron en él la decisión respecto a
un territorio que ellos se disputaban, él les mandó tres jueces en
calidad de árbitros. Pues si era grande la fama de su poder, 6
no menos lo era la de su virtud y su mansedumbre, gracias a
la cual conseguía ocultar la mayoría de las faltas para con él
de sus amigos y familiares; y es que él, por naturaleza, no era
dado ni a impedir ni a castigar las malas acciones, y los que
trataban con él se encontraban con un hombre dispuesto a
tolerar de buena gana incluso su avaricia o su mal carácter.

El que más influencia tenía sobre él era su liberto De- 40
metrio, hombre no carente de inteligencia pese a su juventud

---

[156] Se trata de Valerio Triario, legado de Lúculo que cayó derrotado por Mitrídates en 67 (cf. PLUT., *Lúculo*, 35, 1-3).

[157] El Amano es una cadena montañosa que separa Siria de Cilicia.

[158] Se trata de Aristobulo II de Judea, de la dinastía asmonea. Pompeyo aprovechó la difícil situación política de Judea —marcada por la lucha dinástica entre Aristobulo y su hermano Hircano II— para tomarla y declararla estado tributario de Roma en 63. Hircano II fue nombrado Sumo Sacerdote gracias al apoyo prestado a la causa pompeyana.

pero que abusaba de su buena suerte[159]. He aquí lo que sobre
2 él se cuenta. Catón el filósofo, que todavía era joven pero que ya tenía una gran reputación y altas aspiraciones, subió a Antioquía cuando Pompeyo no estaba allí con la intención de inspeccionar la ciudad[160]. Él iba a pie, como siempre, pero
3 sus amigos lo acompañaban a caballo. Cuando ante la puerta de la ciudad vio a una muchedumbre de hombres vestidos de blanco, y dispuestos a lo largo del camino a los jóvenes a un lado y a los niños al otro, se disgustó, en la idea de que esto era para honrarlo y adularlo a él, que no deseaba nada de eso.
4 No obstante, ordenó a sus amigos que se bajaran de sus caballos y que caminaran junto a él; pero cuando se encontraron cerca, el organizador de aquel cortejo, puesto al frente de él con una corona en la cabeza y con un bastón en la mano, les salió al encuentro y les preguntó dónde habían dejado a De-
5 metrio y cuándo llegaría. Los amigos de Catón rompieron a reír, pero Catón dijo: «¡Ah, desgraciada ciudad!», y se marchó
6 sin dar otra respuesta. Pompeyo, sin embargo, reducía el odio de los demás hacia este Demetrio aceptando sus insolencias
7 sin enfadarse. Se cuenta, por ejemplo, que a menudo en sus banquetes, mientras que Pompeyo esperaba y recibía al resto de los invitados, Demetrio estaba ya altaneramente sentado,
8 con la toga sobre la cabeza calada hasta las orejas[161]. Antes incluso de su regreso a Italia, Demetrio ya poseía las más agradables fincas de las afueras de Roma y los más bellos lugares de diversión, además de unos lujosos jardines que re-

---

[159] Sobre Demetrio, véase más arriba, 2, 9 y nota 6.

[160] Se trata de Marco Porcio Catón (95-46 a. C.), también llamado Catón de Útica, famoso político conservador romano y sobre todo modelo de virtud debido a su sentido de la justicia, austeridad y franqueza, de las que PLUTARCO da muestras aquí y más abajo (cf. 44, 3-6 y 54, 9), además de en la biografía a él dedicada. Antioquía, la capital de Siria, estaba situada en la margen oriental del río Orontes; actualmente se llama Antakya y pertenece a Turquía.

[161] Calarse la toga hasta las orejas era entre los romanos señal de descuido o dejadez.

cibían el nombre de «Jardines de Demetrio», mientras que el propio Pompeyo, hasta su tercer triunfo, vivió en una sencilla y modesta casa. Es cierto que más tarde, cuando levantó para 9
los romanos su magnífico y famoso teatro[162], se construyó, a modo de anexo, una casa más espléndida que la anterior, pero que no llegaba a despertar envidias, hasta el punto de que el que sucedió a Pompeyo como propietario se quedó sorprendido al entrar en ella y preguntó dónde cenaba Pompeyo el Grande. Así es como se cuenta.

El rey de los árabes de la región de Petra nunca antes había 41
hecho caso a los romanos, pero ahora, como estaba completamente atemorizado, escribió a Pompeyo que estaba dispuesto a obedecerle en todo y a hacer lo que se le mandase[163]. Con la intención de reafirmarlo en su propósito, Pompeyo condujo su ejército hacia Petra, expedición que muchos criticaron, pues 2
creían que suponía el abandono de la persecución contra Mitrídates y estimaban más conveniente que él se volviese para atacar a ese antiguo enemigo, ahora que este reavivaba de nuevo la guerra y que, según se decía, se preparaba para conducir un ejército a través de la Escitia y de Peonia en dirección a Italia[164]. Pero Pompeyo, pensando que era más fácil destruir 3
las fuerzas del rey en el combate que apoderarse de su persona en la huida, no quería desgastarse inútilmente en una persecución y así buscaba otros modos de diferir el enfrentamiento y dejaba que la guerra se alargara en el tiempo. La fortuna, 4

[162] El famoso teatro de Pompeyo fue construido en 55; fue el primer teatro estable de Roma y el primero que se levantó con materiales sólidos, ya que hasta ese momento los teatros habían sido de madera. Como se dice más abajo, cf. 42, 9, fue construido siguiendo el modelo del teatro de Mitilene.

[163] El rey aquí aludido es Aretas III (Dión Casio, 37, 15, 1-2); Petra, capital del antiguo reino de los nabateos, estaba situada en la actual Jordania, al E de Wadi Araba, a unos 80 km del Mar Muerto.

[164] Escitia se hallaba en la región sudoriental de Europa, en la vasta llanura que se extiende entre el Danubio y el Volga; Peonia era una región de Grecia, situada al N de Macedonia.

sin embargo, le sacó del aprieto. Pues cuando se encontraba
a poca distancia de Petra[165], y, una vez establecido el atrin-
cheramiento para ese día, hacía ejercicios de equitación cerca
del campamento, llegaron mensajeros a caballo procedentes del
Ponto con buenas noticias, cosa que se supo de inmediato
porque las puntas de sus lanzas estaban coronadas con laurel.
5 En cuanto los vieron, los soldados corrieron en tropel ante
Pompeyo. Él quería, en primer lugar, terminar sus ejercicios,
pero ante sus gritos y súplicas bajó de su caballo, cogió la car-
6 ta y se dirigió al campamento. Como no había tribuna ni había
habido tiempo de que los soldados levantaran una (esa que los
propios soldados suelen hacer cogiendo grandes terrones de
tierra y amontonándolos unos sobre otros), con la prisa y el
entusiasmo del momento apilaron las sillas de las bestias de
7 carga y levantaron con ellas un montículo. Pompeyo se subió
en ellas y les anunció que Mitrídates había muerto, obligado
a suicidarse a causa de la rebelión de su hijo Farnaces, que
este se había apoderado de todo el país y escribía que lo había
hecho en su propio beneficio y en el de los romanos[166].
42 Ante esta noticia el ejército, rebosante de alegría como es
natural, se entregó a sacrificios y fiestas, como si en la persona
2 de Mitrídates hubiesen muerto diez mil enemigos. Pompeyo,
tras poner a sus campañas y expediciones un fin que en abso-
3 luto él preveía tan fácil, abandonó de inmediato la Arabia y,
atravesando rápidamente las provincias intermedias, llegó a
Ámiso. Allí recibió numerosos presentes de parte de Farnaces,
además de numerosos cuerpos de príncipes y el cadáver del
propio Mitrídates, que no era fácilmente reconocible por el

[165] Pompeyo recibió la noticia de la muerte de Mitrídates concretamente en Jericó.

[166] Mitrídates murió a comienzos de 63, víctima de una revuelta encabezada por su hijo Farnaces y que fue apoyada por gran parte de sus súbditos, que ya no podían soportar las duras exigencias que su monarca les imponía ante una posible expedición contra Roma.

rostro (pues los embalsamadores habían olvidado extraerle el
cerebro), pero que quienes desearon verlo lo reconocieron por 4
sus cicatrices. El propio Pompeyo no se atrevió a mirarlo, y
para aplacar la venganza divina lo envió a Sínope[167]. Admiró 5
la talla y el esplendor de las ropas y las armas que Mitrídates
llevaba, a pesar de que Publio había robado el tahalí (que
había costado cuatrocientos talentos) y se lo había vendido a
Ariarates, y de que Gayo, que se había criado junto a Mitrídates, le había dado en secreto la tiara, obra de elaboración
admirable, a Fausto, el hijo de Sila, que se la había pedido[168].
Pompeyo no tuvo entonces conocimiento de este hecho, pero
más tarde Farnaces se enteró y castigó a los ladrones.

Una vez que hubo arreglado y ordenado los asuntos de 7
Asia, prosiguió su viaje, pero ahora con más pompa que antes.
Por ejemplo, cuando llegó a Mitilene, concedió la libertad a 8
la ciudad por consideración hacia Teófanes[169], y presenció el
tradicional concurso de poetas, cuyo único tema fueron sus
hazañas. Como le gustó mucho el teatro, hizo esquemas y 9
planos de su forma con la intención de construir en Roma uno
semejante, aunque más grande y más espléndido[170]. Durante 10
su estancia en Rodas escuchó a todos los sofistas y regaló un
talento a cada uno de ellos. Posidonio ha puesto por escrito el
discurso que pronunció ante él contra el retórico Hermágoras,
acerca de la investigación en general[171]. En Atenas, adoptó 11

---

167 Sínope, ciudad de Paflagonia situada en la costa del Mar Negro y perteneciente en esa época al Ponto, era la principal residencia de Mitrídates.

168 Publio es un personaje desconocido; Ariarates era hijo de Ariobarzanes I Eupátor de Capadocia; Fausto era hijo de Sila y Metela, hermano gemelo de Fausta, como cuenta PLUTARCO, en *Sila* 34, 5.

169 Sobre Teófanes, cf. nota 153.

170 Sobre el teatro de Pompeyo, véase más arriba nota 163.

171 Posidonio de Apamea (135-50) fue uno los filósofos más destacados de la escuela estoica; entre sus discípulos se encontraba, además de Pompeyo, Cicerón. Sus obras —muy influyentes en la filosofía romana— no se han conservado, aunque sabemos que su doctrina combinaba estoicismo y mística de inspiración

la misma actitud ante los filósofos y concedió a la ciudad cincuenta talentos para su restauración. Tenía la esperanza de poner pie en Italia como el más ilustre de los hombres y de que sus familiares deseasen verlo a él como él deseaba verlos
12 a ellos. Pero la divinidad, que siempre se preocupa de mezclar alguna dosis de mal con los más brillantes y grandes favores de la fortuna, le estaba preparando en secreto y desde hacía
13 tiempo un regreso muy doloroso. Mucia le había sido infiel durante su ausencia. Mientras estuvo lejos, Pompeyo mostró desprecio por las informaciones sobre esta cuestión; pero cuando estuvo cerca de Italia y, según parece, tuvo más tiempo para reflexionar, envió a su esposa un acta de divorcio, sin comunicarle por escrito, ni entonces ni después, los motivos por los cuales se divorciaba de ella; la causa, no obstante, está recogida en las cartas de Cicerón[172].

43 Circulaban por Roma todo tipo de rumores acerca de Pompeyo, y había una gran conmoción, pues se pensaba que conduciría de inmediato a su ejército contra la ciudad y que se
2 establecería un firme poder absoluto. Craso cogió a sus hijos y sus riquezas y se marchó en secreto, bien porque estaba verdaderamente atemorizado, o más bien, según parece, para dar credibilidad a esta calumnia y hacer más dura la envidia

---

platónica. Hermágoras debe de ser el retórico Hermágoras de Temnos, que vivió en el siglo II a. C. y al que menciona CICERÓN en *Bruto*, 263. Para los detalles concretos de la disputa entre Posidonio y Hermágoras, que, en todo caso, remite a la vieja enemistad entre la filosofía y la retórica, cf. I. G. KIDD, *Posidonius, II. The Commentary* (1), Cambridge, 1988, Fr. 43 (pág. 195-196).

[172] Mucia, hija de Q. Mucio Escévola, fue la tercera esposa de Pompeyo. Por SUETONIO *(Cés.*, 50, 1) sabemos que César sedujo a Mucia —entre otras mujeres ilustres— mientras Pompeyo se encontraba fuera de Roma; CICERÓN *(Cartas a Ático*, 1, 12, 3) alude al divorcio de Pompeyo y Mucia, pero no explica sus razones. Desde el punto de vista político, la separación le costó a Pompeyo la pérdida del apoyo de los hermanos de Mucia, Q. Metelo Céler, que sería cónsul en 60, y Q. Metelo Nepote, tribuno de la plebe en 62, ambos antiguos defensores de la causa pompeyana.

contra Pompeyo[173]. Pompeyo, sin embargo, en cuanto puso pie 3
en Italia[174], reunió en asamblea a sus soldados y, tras decirles lo que convenía a la situación y expresarles su gratitud, ordenó que cada uno se dispersase hacia su ciudad y se ocupase de sus asuntos personales, recordándoles que se volviesen a reunir
con él para la celebración de su triunfo. En cuanto el ejército 4
fue de este modo dispersado y todo el mundo lo supo, sucedió
una cosa admirable: cuando las ciudades vieron que Pompe- 5
yo Magno marchaba sin armas y acompañado de unos pocos familiares suyos, como al regreso de un viaje cualquiera, las gentes le salieron al paso en señal de afecto y, escoltándolo con un ejército mayor que el suyo, lo llevaron a Roma; de este modo, si en esa ocasión hubiese proyectado subvertir el orden político y hacer una revolución, no habría necesitado en absoluto a sus tropas.

Como la ley no permitía que entrase en la ciudad antes del 44
triunfo, envió mensajeros al Senado para pedir que se aplazasen las elecciones consulares y que se le concediese este favor con el fin de poder apoyar con su presencia la candidatura de Pisón[175]. Pero Catón se opuso a esta petición y Pompeyo no
consiguió lo que deseaba. Admirado ante la franqueza y la fir- 2
meza que Catón empleaba solo en defensa de las causas justas, sintió deseos de ganárselo a toda costa, y como Catón tenía dos sobrinas, quiso tomar a una como esposa y casar a la otra
con su hijo. Catón, sin embargo, miraba con desconfianza esta 3
propuesta, en la idea de que estaba encaminada a corromperle y, en cierto modo, a sobornarlo mediante una unión matrimonial, aunque a su hija y a su esposa les disgustaba que él

[173] Sobre Craso, véase más arriba, nota 82.

[174] Pompeyo desembarcó en Brindisi en diciembre de 62.

[175] Se trata de M. Pupio Pisón, legado de Pompeyo en las guerras contra los piratas y en su expedición por Asia, que alcanzó con el apoyo de este el consulado en 61; sin embargo, le tocó compartir el cargo con Valerio Mesala, político abiertamente hostil al Magno.

4 rechazase el parentesco con Pompeyo el Grande. Entre tanto, Pompeyo, deseando que Afranio fuese nombrado cónsul[176], repartió en su nombre dinero entre las tribus, y para recibirlo
5 la gente bajaba a los jardines de Pompeyo, de manera que el hecho se hizo público y Pompeyo fue objeto de críticas, pues aquella magistratura que él mismo había conseguido como la más alta recompensa por sus éxitos, la ponía ahora en venta para aquellos que no podían alcanzarla por sus propios méri-
6 tos. «He aquí —dijo Catón a las mujeres de su casa— los reproches de los que hubiésemos participado si nos hubiésemos hecho parientes de Pompeyo». Ellas, al escucharlo, estuvieron de acuerdo en que el juicio de Catón respecto a lo que era conveniente hacer era mejor que el suyo[177].

45 Aunque el triunfo se repartió en dos días, este tiempo no fue suficiente para su magnitud, y fueron excluidos del espectáculo muchos de los objetos que habían sido preparados y que hubieran bastado para honrar y adornar cualquier otro
2 cortejo[178]. Inscripciones llevadas a la cabeza de la comitiva indicaban las naciones sobre las que Pompeyo había triunfado, que eran las siguientes: el Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, la Cólquide, los iberos, los albanos, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea, Arabia y todos los piratas que habían sido vencidos por tierra y por
3 mar[179]. Según las inscripciones, en estas naciones había tomado no menos de mil fortalezas, casi novecientas ciudades

---

[176] De hecho, L. Afranio consiguió el consulado en 60, con Q. Cecilio Metelo Céler como colega. Sobre él, véase más arriba, nota 136.

[177] Esta anécdota la relata también PLUTARCO en *Catón el Menor*, 30, 3-8, donde añade que el intermediario fue un amigo de Catón llamado Munacio y que, según algunos, dichas mujeres no eran las sobrinas sino las hijas de Catón.

[178] El triunfo en honor de Pompeyo se celebró, concretamente, entre los días 28 y 29 de septiembre de 61.

[179] Aunque aquí PLUTARCO distinga Judea y Palestina, hasta la reorganización de Oriente hecha por Pompeyo ambas se hallaban bajo el control de la monarquía nabatea, de origen judío.

y ochocientas naves piratas, y había fundado treinta y nueve
ciudades. Además de esto las inscripciones informaban de que 4
las rentas del Estado, que antes ascendían a cincuenta millones
de dracmas, habían recibido ochenta y cinco millones gracias
a las adquisiciones que Pompeyo había hecho para la ciudad,
y que él había aportado al tesoro público, en moneda acuñada y
en objetos de plata y de oro, veinte mil talentos, sin incluir
lo que había dado a los soldados, de los cuales el que me-
nos había recibido por su parte mil quinientos dracmas. Los 5
prisioneros conducidos en el cortejo fueron, además de los
jefes de los piratas, el hijo de Tigranes el Armenio junto a su
esposa y su hija[180]; Zósima, la esposa del propio rey Tigranes;
Aristobulo, el rey de los judíos[181]; una hermana, cinco hijos y
las esposas escitas de Mitrídates; rehenes de los albanos, de
los iberos y del rey de Comagene[182]. Había también numerosos
trofeos, iguales en número a todas las batallas en las que él ha-
bía vencido, bien por sí mismo o bien por sus lugartenientes.
Pero lo que más ensalzaba su gloria y lo que ningún romano 6
había alcanzado antes, era que él celebraba su tercer triunfo
sobre el tercer continente. Otros, en efecto, habían conseguido 7
antes que él celebrar tres triunfos; pero Pompeyo, al haber
conseguido su primer triunfo sobre Libia, el segundo sobre
Europa y el último sobre Asia, parecía en cierto modo haber
sometido el mundo entero en sus tres triunfos[183].

Según aquellos que en todo lo comparan con Alejandro 46
y se empeñan en aproximarlo a él, Pompeyo tenía entonces
menos de treinta y cuatro años; pero en realidad iba camino

---

[180] Sobre Tigranes el Joven, véase más arriba, nota 113 y 33, 7.

[181] Sobre Aristobulo, véase más arriba, nota 158.

[182] Comagene, región de Asia, estaba situada al N de Siria. El monarca aquí citado es Antíoco I Epifanes, que reinó en Comagene y Siria aproximadamente entre 69 y 39.

[183] Sobre los anteriores triunfos, concedidos por sus victorias en Africa e Hispania respectivamente, véase más arriba, cap. 14 y 22, 1.

2 de los cuarenta[184]. ¡Cuánto mejor para él hubiera sido que su
vida acabase precisamente entonces, mientras gozaba de la
suerte de Alejandro! Pero los tiempos que sobrevinieron solo
le proporcionaron éxitos que suscitaron la envidia y desgracias
3 irremediables. El poder político que él había conseguido por
medios legítimos, lo empleaba ilegalmente en beneficio de
otros; toda la influencia que les concedía no hacía sino disminuir su propia reputación; sin saberlo, cayó arruinado por el
4 vigor y la grandeza de su propio poder. Y así como las partes
y puntos mejor defendidos de una ciudad, cuando reciben a los
enemigos, les transmiten a estos su propia fuerza, del mismo
modo César, gracias al poder de Pompeyo, pudo alzarse contra
la ciudad y finalmente derribar y abatir a aquel, que le había
servido para hacerse fuerte frente a los demás.

5 La cosa sucedió del siguiente modo. Cuando Lúculo
volvió de Asia, donde había sido indignamente tratado por
Pompeyo, los senadores le dispensaron una inmediata y extraordinaria acogida, y, con el deseo de reducir el prestigio de
Pompeyo después de su regreso, le animaron aún más para
6 que participase en la política. Pero Lúculo estaba ya sin fuerzas y su actividad se había enfriado por haberse abandonado
a los placeres del ocio y a las distracciones propias de los
ricos; no obstante, no tardó en lanzarse contra Pompeyo y,
atacándole con vehemencia a propósito de las disposiciones
que él había anulado, consiguió una victoria en el Senado,
7 donde era superior a él gracias al apoyo de Catón. Apartado
y excluido, Pompeyo se vio obligado a recurrir a los tribunos
8 de la plebe y a aliarse con los jóvenes. Clodio, el más insolente y osado de ellos, se adueñó de él y lo puso en manos del
pueblo, y, en contra de su dignidad, le obligaba a ir yendo y
viniendo al Foro, y lo usaba como garante de las proposicio-

[184] En 61, año del tercer triunfo, Pompeyo tenía exactamente 45 años, pues había nacido en 106.

nes que, bien por escrito o de palabra, hacía para complacer y
adular al vulgo[185]. Además, le exigía una paga, como si en vez
de deshonrarlo le estuviera ayudando; lo último que obtuvo de
Pompeyo fue que abandonase a Cicerón, que era amigo suyo y
del que sin duda había recibido numerosos favores durante su
carrera política. Cuando Cicerón, al verse en peligro, le pidió 9
ayuda, Pompeyo no se dejó ver, sino que, cerrando la puerta
a los que venían a buscarlo, desapareció escabulléndose por
otra puerta. Cicerón, atemorizado ante el resultado del juicio,
se marchó en secreto de Roma[186].

En ese momento César, que había vuelto de una cam- 47
paña militar[187], llevó a cabo un acto político que de entrada
le procuró un gran favor popular y en lo sucesivo un gran
poder, pero que fue muy perjudicial para Pompeyo y para la
ciudad. César perseguía su primer consulado, y viendo que, 2
mientras que Craso estuviese indispuesto con Pompeyo, si
tomaba partido por uno tendría al otro como enemigo, intentó
reconciliarlos, acción por lo demás loable y propia de un buen
ciudadano, pero urdida premeditadamente por él con mala
intención y astucia. Y es que, lo mismo que sucede en una 3
embarcación, cuando el poder del Estado, en vez de equili-

[185] Publio Clodio Púlquer, yerno de Lúculo, intervino en algunos de los episodios más controvertidos de la política de su tiempo. En diciembre de 62 protagonizó el sonado escándalo de la Bona Dea (cf. Roldán, *op. cit.*, págs, 554-555). Alcanzó el tribunado de la plebe en 58, durante el cual promovió varias medidas encaminadas a ganarse el favor de la plebe, logró mandar al exilio a los dos máximos representantes de la facción *optimate*, Cicerón y Catón, y se opuso abiertamente a Pompeyo.

[186] En 58 Clodio consiguió aprobar una ley según la cual se condenaría a todo aquel que hubiese causado de manera directa o indirecta la muerte de un ciudadano sin someterlo previamente a juicio. Ello le facilitó la expulsión de Cicerón, que, durante su consulado en 63, había ejecutado sin juicio previo a Léntulo y Cetego (colaboradores de Catilina en la famosa conjuración) y que por ello hubo de exiliarse a Macedonia.

[187] Se refiere aquí Plutarco a la campaña llevada a cabo por César en Hispania entre 61-60, adonde había ido como propretor.

brar las sacudidas, se concentra en un punto y se convierte en
único, provoca una agitación que es imposible contrarrestar
4 y que todo lo trastorna y arruina. Así pues, Catón, a los que
decían que la posterior discrepancia entre César y Pompeyo
había destruido el Estado, les respondía que se equivocaban
al echarle la culpa al desenlace, ya que no fue ni la discordia
ni la enemistad entre ellos, sino su acuerdo y su concordia, el
5 primer y más grande mal para la ciudad. César, en efecto, fue
elegido cónsul[188]; de inmediato, para complacer a los necesitados y a los pobres, propuso fundar colonias y repartir tierras,
apartándose así de la dignidad de su cargo y convirtiendo el
6 consulado en una especie de tribunado de la plebe. Como su
colega Bíbulo se le opuso y Catón estaba dispuesto a apoyar
a Bíbulo con todas sus fuerzas[189], César condujo a Pompeyo a
la tribuna, donde, a la vista de todos, le saludó y le preguntó
7 si él aprobaría sus proyectos de ley; Pompeyo respondió que
sí. «Entonces —continuó César— si alguien usase la violencia
contra estas leyes, ¿vendrías tú en ayuda del pueblo?». «Por
supuesto —respondió Pompeyo— que iré, y contra los que
*nos amenacen con sus espadas*, yo llevaré espada y escudo».
8 Al parecer, hasta ese día Pompeyo nunca había dicho ni hecho nada tan insolente, hasta el punto de que sus amigos lo
defendieron diciendo que esas palabras se le habían escapado
9 al calor del momento. Sin embargo, en sus actos posteriores
se vio con claridad que ya se había entregado absolutamente
10 a la voluntad de César. De hecho, sin que nadie lo esperase,
Pompeyo tomó por esposa a Julia, la hija de César, que había
sido concedida a Cepión y que iba a casarse con él pocos días
después[190]; para calmar la ira de Cepión, Pompeyo le entregó

188 Para el 59.

189 M. Calpurnio Bíbulo, yerno de Catón, fue el colega de César en el consulado de 59.

190 Julia, hija de César y Cornelia, fue la *cuarta* esposa de Pompeyo. Para casarla con este, fue arrebatada a Q. Servilio Cepión, su prometido.

a su propia hija, que ya había sido prometida a Fausto, el hijo de Sila. César, por su parte, tomó por esposa a Calpurnia, la hija de Pisón[191].

Después de esto, Pompeyo llenó la ciudad de soldados y 48
resolvió todos los asuntos mediante la violencia. Así, al cónsul 2
Bíbulo, cuando bajaba al foro con Lúculo y Catón, le atacaron por sorpresa, le rompieron las fasces y alguien le derramó un cesto de basura por la cabeza; además, dos de los tribunos que lo acompañaban resultaron heridos. Una vez que de este modo 3
dejaron el foro libre de opositores, ratificaron la ley sobre el reparto de tierras; desde entonces el pueblo, seducido por este cebo, se volvió dócil y se mostró favorable a todas sus propuestas, no interfiriendo en nada y aportando silenciosamente su voto a los proyectos que ellos presentaban. Así se sanciona- 4
ron las disposiciones de Pompeyo sobre las que Lúculo había discutido. A César se le concedieron por cinco años la Galia cisalpina y transalpina y la Iliria[192], además de cuatro legiones completas, y para el año siguiente fueron nombrados cónsules Pisón, suegro de César, y Gabinio, el más exaltado de entre los aduladores de Pompeyo[193]. Mientras estas acciones se llevaban 5
a cabo, Bíbulo se encerró en su casa y no salió en los ocho meses que le quedaban de consulado; se limitó a publicar edictos que solo contenían calumnias y acusaciones contra César y Pompeyo. Catón, como inspirado y poseído por un espíritu 6

[191] Sobre Fausto, véase más arriba, 42, 5 y nota 168. Calpurnia, hija de L. Calpurnio Pisón Cesonino (cónsul en 58), fue también la cuarta esposa de César. Sobre los enlaces matrimoniales planeados entre César y Pompeyo, cf. PLUT., *Cés.*, 14, 7-8.

[192] Sobre la Galia cisalpina, cf. nota 61; la Galia transalpina, o ulterior, consistía en una franja costera que iba desde Liguria, en el NO de Italia, hasta los Pirineos. Iliria era una provincia romana que, en su mayor extensión, ocupaba la parte occidental de la Península Balcánica, a orillas del Mar Adriático.

[193] Sobre Calpurnio Pisón, cf. nota 103; este Gabinio es Aulo Gabinio, citado más arriba (cf. nota 100). Ambos fueron los cónsules de 58.

profético, anunció en el Senado los males que iban a suceder a
7 la ciudad y a Pompeyo. Lúculo, por su parte, renunció a actuar y se mantuvo tranquilo, con el pretexto de que ya no estaba en edad de intervenir en política; fue entonces cuando Pompeyo dijo que, para un viejo, era más intempestivo entregarse a los
8 placeres que participar en política[194]. Bien pronto, sin embargo, el propio Pompeyo se dejó ablandar por su amor hacia su joven esposa y, dedicándose exclusivamente a ella, pasaba los días en su compañía en el campo o en sus jardines y se despreocupaba de lo que estaba ocurriendo en el foro, hasta el punto de que Clodio, que era entonces tribuno de la plebe, acabó por despreciarlo y se metió en las más audaces empre-
9 sas. En efecto, Clodio, después de haber desterrado a Cicerón y de haber enviado a Catón a Chipre con el pretexto de una expedición militar[195], y al ver que, tras la partida de César hacia la Galia, el pueblo se adhería a él porque todas sus acciones y
10 medidas políticas eran adoptadas para complacerlo, al punto intentó revocar algunas de las disposiciones de Pompeyo, le arrebató a su prisionero Tigranes y lo retuvo consigo, y promovió causas contra sus amigos para probar en ellos hasta dónde
11 llegaba el poder de Pompeyo[196]. Finalmente, en una ocasión en que Pompeyo compareció en público con motivo de un juicio, Clodio, con una turba de hombres llenos de insolencia y desvergüenza bajo sus órdenes, se colocó en un lugar visible y
12 lanzó preguntas como estas: «¿Quién es un *imperator* de vida disoluta? ¿Qué hombre anda en busca de otro hombre? ¿Quién

---

194 Cf. PLUT., *Lúc.*, 38, 5.

195 Clodio, en efecto, aprovechó su poder como tribuno del año 58 para enviar a Catón a la nueva provincia romana de Chipre, con el pretexto de que se encargase de dirigir los trabajos para su anexión definitiva. Sobre el exilio de Cicerón, véase más arriba, nota 186.

196 Se refiere a Tigranes el Joven, quien, como nos dice PLUTARCO en 45, 5, llegó a Roma como parte del botín para ser exhibido en el tercer triunfo de Pompeyo.

es el que se rasca la cabeza con un solo dedo?»[197]. Y ellos, como
un coro ejercitado en dar la réplica, cuando él sacudía la toga
respondían con grandes gritos a cada pregunta: «Pompeyo».

Estas cosas, sin duda, afligían a Pompeyo, que no estaba 49
acostumbrado a oír hablar mal de él y carecía de experiencia
en este tipo de combates; sin embargo, le disgustaba más saber
que el Senado se regocijaba al verlo insultado y castigado a
causa de su traición a Cicerón. Cuando en el foro se llegó a los 2
golpes (algunos incluso recibieron heridas), y se descubrió que
un esclavo de Clodio, que se había deslizado hasta Pompeyo
entre la muchedumbre de los que lo rodeaban, llevaba en la
mano un cuchillo, Pompeyo tomó esto como pretexto y, como
por otro lado temía la insolencia y las calumnias de Clodio, no 3
apareció más por el foro durante el tiempo en que este ejerció
su magistratura; al contrario, se encerró indefinidamente en su
casa para reflexionar con sus amigos sobre cómo apaciguar la
ira que contra él sentían el Senado y los nobles. No hizo caso 4
a Culeón[198], que le aconsejaba divorciarse de Julia y cambiar
la amistad de César por la del partido senatorial, pero se dejó
persuadir por los que reclamaban la vuelta de Cicerón, el ma-
yor enemigo de Clodio y el hombre más amado por el Senado,
y condujo ante el pueblo al hermano de Cicerón, que era quien 5
solicitaba su regreso, acompañado por una tropa numerosa[199];
aunque en el foro hubo heridos e incluso algunos muertos,
logró por fin vencer a Clodio. Cuando Cicerón regresó gra- 6
cias a una ley[200], reconcilió de inmediato a Pompeyo con el

---

197 Rascarse la cabeza con un solo dedo era, para los romanos, un gesto de afeminamiento.

198 Se refiere al tribuno Q. Terencio Culeón.

199 Se trata de Quinto Tulio Cicerón, hermano de Marco Tulio; fue pretor y gobernador en Asia en 62, y combatió en la Galia a las órdenes de César entre 54 y 51.

200 Cicerón regresó a Roma en agosto de 57, cuando ya había expirado el tribunado de Clodio.

Senado, y con su apoyo a la ley del trigo en cierta manera
hizo de nuevo a Pompeyo dueño de todo cuanto por tierra y
7 por mar poseían los romanos, pues bajo sus órdenes quedaron
los puertos, los mercados, los repartos de cosechas, en una
palabra, los intereses de los navegantes y de los agricultores.
8 Clodio alegaba que la ley no se había propuesto a causa de la
carestía, sino que se había provocado la carestía para que se
pudiese proponer la ley; decía que Pompeyo, como salido de
una enfermedad, intentaba reavivar y restablecer su extinguido
9 poder mediante un nuevo cargo. Otros, en cambio, declaran
que esto fue una trampa del cónsul Espínter, que encerró a
Pompeyo en un cargo más importante con la intención de ser
10 él mismo enviado en ayuda del rey Tolomeo[201]. Sin embargo,
el tribuno de la plebe Canidio propuso una ley según la cual
Pompeyo, sin ejército y llevando únicamente dos lictores, iría
11 a reconciliar al rey con los alejandrinos[202]. Parece que esta ley
no disgustaba a Pompeyo, pero el Senado la rechazó con el
12 plausible pretexto de que temía por su persona. Podían en-
contrarse repartidos por el foro y cerca de la curia escritos
según los cuales Tolomeo pedía que se le diera como general
13 a Pompeyo en vez de a Espínter. Por otro lado, Timágenes
dice que Tolomeo se marchó sin necesidad y que abandonó
Egipto persuadido por Teófanes, que intentaba proporcionar a
Pompeyo la ocasión de conseguir dinero y un nuevo mando[203].

201 Publio Cornelio Léntulo Espínter fue cónsul en el 57 junto a Q. Cecilio Metelo Nepote. Defensor de Cicerón, puso todo su empeño en hacerse con un ejército para reponer en el trono de Egipto a Ptolomeo XII Auletes, quien, temiendo una sublevación, se había refugiado en Roma. No obstante, como se dice a continuación, el Senado encargó definitivamente esta tarea a Pompeyo.

202 L. Canidio Galo (o Caninio, según otra lectura de la tradición manuscrita) fue tribuno de la plebe en 56.

203 Timágenes de Alejandría, historiador y retórico del siglo I a. C., compuso una obra consagrada a los reyes, aunque parece ser que se trataba más bien de una exposición general, política y geográfica, del Oriente. Sobre Teófanes, véase más arriba, nota 153.

Pero por más que la maldad de Teófanes pueda hacer creíble 14
esta afirmación, es la propia naturaleza de Pompeyo la que la
hace en mayor grado inverosímil, pues su ambición no era tan
maligna e innoble.

Una vez puesto al frente de la organización y la adminis- 50
tración del abastecimiento, envió legados y amigos a numero-
sos puntos, mientras que él se embarcó personalmente hacia
Sicilia, Cerdeña y Libia e hizo acopio de trigo. Cuando estaba 2
a punto de zarpar, se levantó sobre el mar un fuerte viento,
y los pilotos vacilaron; él subió el primero a la nave, ordenó
levar el ancla y gritó: «Navegar es necesario; vivir, no». Gra-
cias a este acto de audacia y celo, acompañado por la buena 3
suerte, llenó de grano los mercados y de barcos el mar, de tal
manera que la abundancia de esta provisión abasteció incluso
a los pueblos extranjeros y, como si manase de una fuente, se
derramó generosa sobre todos.

En aquella época las guerras de la Galia habían engrande- 51
cido a César; aunque se creía que estaba muy lejos de Roma,
enredado con los belgas, los suevos y los bretones, gracias a
su astucia se encontraba en medio del pueblo sin que nadie
lo viese, y atacaba a Pompeyo en los asuntos políticos más
relevantes[204]. Él se rodeaba de su fuerza militar como si de su 2
propio cuerpo se tratase, y no ponía su empeño en derrotar a
los bárbaros sino en ejercitar dicha fuerza en los combates
que sostenía contra ellos, como en una cacería, y en hacer-
la invencible y digna de temor. Enviaba a Roma el oro, la 3
plata y los demás despojos y riquezas que había arrebatado
a tantos enemigos, y tentando a la gente con sobornos y con-
tribuyendo a las arcas de los ediles, los pretores, los cónsules
y sus esposas, se ganó muchos partidarios. De este modo, 4

[204] Los belgas habitaban al N de la Galia, en la Galia Belga, que se extendía desde los ríos Marne y Sena hasta el Rin; los suevos eran un pueblo germánico que habitaba en tiempos de César al N del río Meno; los bretones, habitantes de Britania (hoy Gran Bretaña), eran de origen celta.

cuando, tras cruzar los Alpes, pasó el invierno en Lucca, una
gran multitud de hombres y mujeres acudieron a porfía ante
él, además de doscientos senadores, entre los cuales estaban
Pompeyo y Craso, y en la puerta de César llegaron a verse
5 ciento veinte fasces de procónsules y pretores[205]. A todos los
demás los despidió colmándolos de esperanzas y de dinero,
pero entre Pompeyo, Craso y él se llegó al siguiente acuerdo:
ellos solicitarían el consulado, y César les ayudaría enviando
a la votación a un gran número de sus soldados; en cuanto
fuesen elegidos, ellos se harían con el mando de las provincias
y del ejército y confirmarían a César en las provincias que
6 ya tenía por otros cinco años. Cuando este acuerdo se hizo
público, los ciudadanos más importantes se indignaron; Mar-
celino se levantó en la asamblea del pueblo y les preguntó en
7 su cara si serían candidatos al consulado[206]. Como la mayoría
del pueblo les pedía que contestasen, Pompeyo fue el primero
en responder diciendo que tal vez se presentaría, o que tal vez
no se presentaría; Craso, en cambio, con más tacto político,
respondió que él haría lo que, en su opinión, fuese más útil
8 para el bien común. Marcelino acosaba a Pompeyo, y como
parecía que hablaba con gran vehemencia, Pompeyo dijo que
Marcelino era el más injusto de los hombres al no darle las
gracias a él por haberlo convertido, de mudo, en hablador, y
de hambriento, en un vomitador de palabras.

[205] En abril de 56, se concretó el famoso pacto firmado en Lucca —ciudad próxima a Pisa, en la costa del Tirreno— cuyas consecuencias recoge aquí PLUTARCO: Craso y Pompeyo se presentarían al consulado de 55, para lo cual contarían con los votos de los veteranos enviados por César para la votación; así, Pompeyo y Craso harían que César viese prorrogados por cinco años sus poderes proconsulares en la Galia, mientras que ellos gobernarían también por cinco años las provincias de Hispania y Siria respectivamente.

[206] Se trata de Cn. Cornelio Léntulo Marcelino, cónsul de 56 junto a L. Marcio Filipo. Marcelino fue legado de Pompeyo durante la guerra contra los piratas.

Aunque los demás se abstenían de presentarse al consulado, Catón, sin embargo, persuadió a Lucio Domicio y le animaba a no desistir, pues la lucha contra los tiranos, decía, no era por una magistratura, sino por la libertad[207]. Los partidarios de Pompeyo, que tenían consigo a todo el Senado, viendo la energía de Catón y temiendo que este arrastrase y captase a la parte sana del pueblo, no permitieron que Domicio bajase hasta el foro; enviaron hombres armados que asesinaron al esclavo que iba delante de él llevando la antorcha y ahuyentaron a los demás. Catón fue el último en retirarse, herido en el codo derecho por defender a Domicio. Tras alcanzar el consulado mediante semejantes procedimientos, Pompeyo y Craso no se comportaron en lo demás con mayor decencia. En primer lugar, cuando el pueblo se disponía a elegir a Catón como pretor y a depositar su voto a favor de él, Pompeyo disolvió la asamblea bajo el pretexto de malos presagios, y las tribus, que habían sido sobornadas a base de dinero, eligieron a Vatinio en vez de a Catón[208]. Más tarde, gracias a la mediación del tribuno de la plebe Trebonio[209], propusieron leyes que, según lo pactado, prorrogarían el mando de César por un segundo plazo de cinco años, concederían a Craso Siria y la expedición contra los partos, y al propio Pompeyo la Libia entera, las dos Hispanias y cuatro legiones, dos de las cuales se las prestó a César, que se las había pedido para la guerra de las Galias[210]. Mientras que Craso se marchó a su provincia al expirar su consulado, Pompeyo inauguró su teatro, y para dedicarlo or-

52 · 2 · 3 · 4 · 5

[207] Lucio Domicio Enobarbo, el candidato de Catón para el consulado de 55, alcanzaría dicho cargo en 54.

[208] Se trata del tribuno de la plebe de 59 P. Vatinio, que seria cónsul en 47.

[209] C. Trebonio, tribuno de la plebe en 55 y cónsul sustituto en 45, colaboró primero con César, pero terminó implicándose en la conjuración que acabaría con su vida en marzo de 44.

[210] Las leyes de propuestas por C. Trebonio, pues, supusieron la concesión efectiva de lo pactado en Lucca por Pompeyo, César y Craso; cf. más arriba, nota 205.

ganizó concursos gimnásticos y musicales y ofreció luchas de animales salvajes, en las que murieron quinientos leones, y, sobre todo, un combate de elefantes, que fue el espectáculo más terrorífico[211].

53 Aunque estas iniciativas le procuraban admiración y afecto, suscitó de nuevo un descontento no menor, porque cedió sus ejércitos y sus provincias a legados que eran amigos suyos, mientras que él pasaba el tiempo en Italia junto a su mujer, yendo de una casa de recreo a otra, ya fuera porque estuviese enamorado de ella, ya porque, viéndola a ella enamorada, no se hiciese a la idea de abandonarla, pues esto
2 también se dice. En efecto, era bien conocido el amor de la joven por su esposo; a pesar de su edad, ella quería a Pompeyo[212]. La causa era, al parecer, la fidelidad de su marido, que solo mantenía relaciones con su esposa, y su aire de gravedad, que más que hacerlo serio favorecía las relaciones agradables y era especialmente atractivo para las mujeres, si no hemos
3 de considerar falso el testimonio de la cortesana Flora[213]. Así, durante la elección de los ediles, algunos llegaron a las manos y no pocos cayeron muertos cerca de Pompeyo, que, man-
4 chado de sangre, tuvo que cambiarse la ropa. Los sirvientes que llevaban su ropa se presentaron en su casa con gran prisa y alboroto, y su mujer, que estaba a la sazón embarazada, al ver la toga manchada de sangre, se desmayó y a duras penas logró reponerse, pero a causa de la impresión y la conmoción
5 tuvo que abortar. Desde entonces, ni siquiera los más críticos con la amistad entre Pompeyo y César censuraron su amor por su esposa. Ella, no obstante, volvió a quedarse embarazada y dio a luz una niña, pero murió en el parto y la niña solo le
6 sobrevivió unos pocos días. Pompeyo se disponía a enterrar el

[211] Sobre el teatro de Pompeyo, véase más arriba, nota 162.

[212] En 54, Pompeyo tenía cincuenta y cinco años y Julia veintinueve.

[213] Sobre Flora, cf. 2, 5-8.

cadáver en su finca de Alba, pero el pueblo llevó por la fuerza el cuerpo al campo de Marte, más por piedad hacia la joven que por agradar a Pompeyo y a César. Sin embargo, respecto a ellos dos, el pueblo parecía conceder una parte más grande de ese honor a César, que estaba ausente, que a Pompeyo, que estaba presente[214].

Inmediatamente la ciudad sufrió una conmoción, y cual- 7
quier cosa provocaba agitación y rumores de ruptura, pues la
alianza matrimonial que antes, más que controlar, encubría
la ambición de los dos hombres, se había roto. Poco después 8
se anunció que Craso había muerto en la guerra contra los par-
tos, y con él desaparecía el que había sido el mayor obstáculo
para que estallase la guerra civil[215]; pues, como le temían, am-
bos respetaban hasta cierto punto sus justas decisiones. Pero 9
cuando la fortuna eliminó del combate al luchador de reser-
va, al punto pudo decirse, al igual que el cómico, que el uno
contra el otro

«se unta con aceite y se frota las manos con polvo[216].»

¡Tan insignificante es el poder de la fortuna sobre la na- 10
turaleza humana! Pues ella no bastó para saciar sus deseos, ya que ni un dominio tan absoluto ni una extensión de territorios tan vasta sirvieron para contentar a estos dos hombres; aunque ellos habían oído y leído que «los dioses han dividido el mundo en tres partes para que cada uno reciba su cuota de poder», no creían que el Imperio Romano fuese suficiente para ellos dos[217].

---

214 Recuérdese que Julia era, además de esposa de Pompeyo, hija de César.

215 Craso murió el 1 de junio de 53 a manos de los partos, en la batalla de Carras.

216 Trímetro yámbico de una comedia desconocida.

217 Las palabras entrecomilladas son pronunciadas por Poseidón en la *Ilíada* XV 189, y aluden al reparto del mundo hecho entre Zeus, Hades y el propio Poseidón.

54 Sea como sea, Pompeyo dijo en cierta ocasión, durante un discurso dirigido al pueblo, que él había recibido todos sus cargos antes de lo que él esperaba, y que había sido desposeído de ellos más rápido de lo que se esperaba. Y a decir verdad, hablaba en su favor el hecho de que él siempre había
2 licenciado a sus ejércitos. Pero en esta ocasión, pensando que César no licenciaría sus tropas, buscaba en las magistraturas políticas la forma de reforzarse contra él. Sin embargo, no pretendía hacer cambios revolucionarios ni quería que pareciese que él desconfiaba de César, sino más bien que no
3 le hacía caso y que lo despreciaba. Pero cuando vio que las magistraturas no se concedían conforme a su deseo, porque los ciudadanos habían sido sobornados, permitió que en la ciudad se instalase la anarquía[218]. Al punto surgieron muchas voces favorables a un dictador. El primero que se atrevió a hablar de ello públicamente fue el tribuno de la plebe Lucilio,
4 que aconsejó al pueblo elegir dictador a Pompeyo[219]. Catón se opuso y Lucilio estuvo a punto de perder su cargo de tribuno. Muchos amigos de Pompeyo salieron en su defensa diciendo
5 que él ni pedía ni deseaba ese cargo. Catón elogió a Pompeyo y le exhortó a que velase por el orden; Pompeyo, movido esta vez por los escrúpulos, así lo hizo, y fueron elegidos cónsules Domicio y Mesala.[220] Pero después volvió a irrumpir la anarquía y se alzaron aún más voces que hablaban de dictadura con más atrevimiento. Los partidarios de Catón, temiendo ser coaccionados, decidieron ofrecer a Pompeyo una magistratura

[218] De hecho, a comienzos de 53, Roma aún carecía de cónsules —pues los cuatro candidatos habían sido acusados de cohecho— y de pretores.

[219] Este Lucililo es C. Lucilio Hirro, tribuno de la plebe en 53. Por otro lado, recuérdese que en Roma la dictadura era una magistratura que se concedía de manera extraordinaria y que se aplicaba solo como solución de emergencia en situaciones de extrema gravedad.

[220] Cn. Domicio Calvino y M. Valerio Mesala fueron elegidos cónsules para el 53 en julio de ese mismo año, es decir, siete meses después del plazo legal.

legal para apartarlo de ese poder absoluto y tiránico. Bíbulo, 6
que era enemigo de Pompeyo, fue el primero que propuso en el Senado que se nombrase cónsul único a Pompeyo, pues así —decía— o la ciudad sería liberada del desorden reinante o sería esclava del ciudadano más poderoso[221]. La propuesta 7
resultó extraña teniendo en cuenta quién la había expresado; Catón se levantó e hizo que todos creyesen que iba a contradecirla; mas, cuando se hizo el silencio, dijo que él no habría introducido la medida propuesta, pero ya que había sido introducida por otro, él aconsejaba que se adoptase, pues prefería cualquier poder antes que la anarquía y pensaba que nadie gobernaría mejor que Pompeyo en una situación tan convulsa. El Senado aceptó la medida y decretó que Pompeyo, una vez 8
nombrado cónsul, ejerciese solo el poder, y que, si deseaba un colega, podía elegir a quien considerase apto para el cargo, pero no antes de dos meses[222]. Nombrado y declarado cónsul de este modo por el magistrado regente Sulpicio, Pompeyo saludó afectuosamente a Catón, reconociendo que le estaba muy agradecido y rogándole que fuese su consejero privado durante su cargo[223]. Pero Catón no aceptó que Pompeyo le 9
diera las gracias, diciendo que nada de lo que había dicho lo había dicho en beneficio de Pompeyo, sino en el de la ciudad, y que sería su consejero privado si él se lo pedía, pero en el caso de que no se lo pidiese, expresaría públicamente lo que estimase oportuno. Así era Catón en todo.

Tras su regreso a Roma[224], Pompeyo tomó por esposa a 55
Cornelia, la hija de Metelo Escipión, que no era doncella, sino que recientemente se había quedado viuda de Publio, el hijo

[221] Sobre M Calpurnio Bíbulo, véase más arriba, nota 189.

[222] Pompeyo ejerció su tercer consulado *sine collega* en 52.

[223] Se trata de Ser. Sulpicio Rufo, que fue *interrex* en 52 y cónsul el año siguiente junto a M. Claudio Marcelo.

[224] En PLUT., *Catón el Menor* 48, 1-4, esta conversación entre Pompeyo y Catón tiene lugar en la casa que el primero poseía a las afueras de Roma, donde

de Craso, con el que se había casado en primeras nupcias y
2 que había muerto en la guerra contra los partos[225]. Además de su juvenil belleza, la joven tenía numerosos encantos: estaba muy versada en literatura, en tocar la lira y en geometría, y acostumbraba escuchar con provecho los discursos de los
3 filósofos. A estas cualidades añadía un carácter libre de la antipatía y la afectación que tales conocimientos confieren a las mujeres jóvenes; su padre, además, era un hombre de linaje y
4 reputación irreprochables. Pero a pesar de esto, a algunos no les agradaba este matrimonio debido a la diferencia de edad, pues teniendo esta en cuenta hubiera sido mejor que Cornelia se casase con un hijo de Pompeyo; otros, con más sutileza, consideraban que Pompeyo descuidaba los asuntos de la ciudad, que, estando en una situación crítica, lo había elegido a
5 él como médico y se había entregado solo a él; mientras tanto, él se dedicaba a ponerse coronas y a ofrecer sacrificios por sus bodas, cuando debería haber considerado como una desgracia ese consulado, que no se le hubiese concedido por medios ilegales si la patria hubiese gozado de estabilidad[226].

6 Después atendió casos de corrupción y sobornos y redactó las leyes conforme a las cuales se desarrollarían los juicios. Por lo general, ejercía digna y limpiamente su arbitraje, proporcionando seguridad, orden y calma a los tribunales que él

---

es posible que Pompeyo pasase unos días; de ahí que PLUTARCO aluda aquí a su regreso a Roma.

[225] Cornelia, hija de P. Cornelio Escipión Nasica —llamado Metelo Escipión tras ser adoptado por el cónsul de 80 Q. Cecilio Metelo Pío, cf. nota 28—, fue la quinta esposa de Pompeyo. Su anterior marido, Publio, el hijo de Craso, murió combatiendo contra los partos junto a su padre; cf. PLUT., *Cras.* 25, 1-14.

[226] En efecto, como señala J. M. ROLDÁN, *op. cit.*, pág. 595, el consulado le había sido concedido a Pompeyo sin respetar varios principios legales: en primer lugar, al ser elegido *sine collega*, se rompía la obligatoria colegialidad de toda magistratura; en segundo lugar, su condición de procónsul le incapacitaba legalmente para ejercer otra magistratura; por último, no habían transcurrido aún diez años desde su anterior consulado (en 55).

mismo presidía acompañado de hombres armados. Sin em- 7
bargo, cuando su suegro Escipión fue llamado a juicio, hizo venir a su casa a los trescientos sesenta jueces y les pidió que lo ayudasen. El acusador abandonó la causa al ver que Escipión era acompañado por los jueces a la salida del foro. En 8
consecuencia, se volvió a hablar mal de Pompeyo, y aún más cuando él, que había prohibido por ley las alabanzas dedicadas a quienes estaban llamados a juicio, se presentó en persona para alabar a Planco[227]. Catón, que era a la sazón uno de los 9
jueces, se tapó con las manos los oídos y dijo que no estaría bien por su parte escuchar un elogio contrario a la ley, razón por la cual fue recusado antes de dar su voto; sin embargo, Planco fue condenado por los votos de los demás jueces, para vergüenza de Pompeyo. Pocos días después, Hipseo, hombre 10
de rango consular perseguido por la justicia, aguardó a que Pompeyo saliese del baño para dirigirse a la cena y le suplicó ayuda abrazándole las rodillas[228]. Pompeyo pasó de largo diciéndole con desprecio que lo único que iba a conseguir era que se le echase a perder la cena. Recibió, pues, duras críticas 11
por mostrarse así de parcial. Todo lo demás, sin embargo, lo puso en perfecto orden, y eligió a su suegro como colega para los cincos meses restantes. Se decretó también que conservase 12
el mando de las provincias durante otros cuatro años y que recibiese una suma de mil talentos al año para alimentar y mantener a sus tropas.

Los amigos de César, aprovechando esta ocasión, solicita- **56**
ban que se le tuviese también en cuenta a él, que tantas guerras había hecho en defensa de la supremacía romana; pues, según ellos, él se merecía, o bien recibir otro consulado, o bien que se prorrogase el plazo de su mando militar, para que no llegase

[227] T. Munacio Planco Bursa, tribuno de la plebe en 52, fue acusado de participar en el incendio del Senado.

[228] Este Hipseo es P. Plocio Hipseo; aunque compitió por el consulado contra Milón y Escipión, no llegó nunca a ejercer como cónsul.

otro y le arrebatase la gloria de sus esfuerzos y para que él, que tantas cosas había conseguido, conservase el mando de
2 su ejército y disfrutase con tranquilidad de sus honores. Se produjo una discusión acerca de esta propuesta; Pompeyo, como si quisiera alejar la envidia contra César, dijo que tenía una carta suya en la que expresaba su deseo de tener un sucesor y dejar su mando, pero que sería conveniente que se le permitiese presentar su candidatura al consulado aun estando
3 él mismo ausente. Catón y sus partidarios se opusieron a ello y pidieron que César se convirtiese en un ciudadano particular y depusiese las armas para conseguir cualquier favor de sus conciudadanos. Como Pompeyo no entró en la discusión e hizo como si aceptase la derrota, hubo aún más sospechas
4 acerca de sus intenciones respecto a César. Mandó también reclamar las tropas que él le había prestado, con el pretexto de que iba a hacer la guerra contra los partos. César, aunque sabía por qué le reclamaba los soldados, se los devolvió después de haberlos colmado de regalos.

57 Después de esto Pompeyo cayó gravemente enfermo en Nápoles[229]; no obstante, se recuperó, y los napolitanos, por consejo de Praxágoras, hicieron sacrificios de agradecimiento
2 por su curación. Les imitaron los pueblos vecinos, y de este modo su ejemplo recorrió Italia entera: cada ciudad, pequeña
3 o grande, celebró fiestas durante muchos días. Ningún lugar podía contener a los que venían a verlo desde todas partes, y los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gente
4 que celebraba banquetes y hacía sacrificios. Muchos salían también a recibirle con coronas y antorchas y le escoltaban arrojándole flores, de tal manera que su viaje y su regreso a Roma fue un espectáculo de una hermosura y brillantez ex-
5 traordinarias. Sin embargo, se dice que esta fue una de las causas —y no la menos importante— que provocó la guerra

[229] En el verano de 50 a. C.

civil, pues en Pompeyo se abrió paso, además de una inmensa alegría, una actitud arrogante que prevaleció sobre los cálculos basados en la situación; al abandonar la prudencia que siem- 6
pre había proporcionado seguridad a sus exitosas empresas, se entregó a una ilimitada confianza y al desprecio del poder de César, en la idea de que para hacerle frente no necesitaría ni armas ni arduos esfuerzos y que lo derrotaría con mayor facilidad que con la que antes lo había ensalzado. Además de 7
esto, llegó Apio trayendo de la Galia las tropas que Pompeyo le había prestado a César[230]. Apio menospreciaba las acciones que este llevaba a cabo allí y difundía comentarios difamatorios contra él: decía que Pompeyo desconocía su propio poder y su prestigio al buscar el apoyo de otro ejército contra César, pues él podía vencerlo con las tropas del propio César en cuanto ellas lo viesen, tan grandes eran su odio hacia este y su afecto hacia aquel. De este modo, pues, Pompeyo se 8
creció, y su confianza le hizo concebir tal desprecio que se burlaba de quienes temían la guerra; a quienes le decían que, si César marchase contra la ciudad, no veían con qué tropas lo rechazaría, les respondía con semblante sonriente y alegre que no se preocupasen: «Pues —decía— en cualquier parte de Italia en que yo golpee el suelo con el pie, saldrán tropas de infantería y de caballería».

César, en cambio, se dedicaba ya a sus asuntos con más 58
energía que antes. Permanecía no muy lejos de Italia, mandaba continuamente a sus soldados a la ciudad para que votaran en las elecciones y a base de dinero se ganó a muchos ciudadanos y corrompió a los magistrados. Entre ellos estaban 2
el cónsul Paulo, que se cambió de partido por mil quinientos talentos, el tribuno Curión, al que César libró de una cantidad innumerable de deudas, y Marco Antonio, que como amigo

[230] Se trata de Apio Claudio Púlquer, cónsul en 54 junto a L. Domicio Enobarbo.

3 de Curión compartía beneficios con él[231]. Se cuenta que uno de los centuriones que había venido con César, hallándose cerca de la curia y al oír que el Senado no concedería a César la prorrogación de su mando, dijo golpeando con la mano su
4 espada: «Pues bien, esta se la concederá». Este era, en efecto, el propósito que tenían las acciones y los preparativos de César. Sin embargo, las demandas y peticiones de Curión en
5 favor de César parecían muy democráticas. Él pedía una de estas dos cosas: o bien que se le pidiese también a Pompeyo renunciar a sus tropas, o bien que no se privase a César de las suyas; así ellos se quedarían tranquilos, pues o bien pasarían a ser ciudadanos particulares con los mismos derechos, o bien mantendrían equilibradas sus fuerzas: mientras que si se debilita a una de las dos partes, se está con ello multiplicando por
6 dos el poder que se teme. Ante esto, Marcelo tachó a César de ladrón y propuso que se lo declarase enemigo público si no deponía las armas[232]; Curión, sin embargo, con la ayuda de Antonio y de Pisón, tuvo fuerza para obligar al Senado
7 a pronunciarse[233]. Propuso a los que querían que solo César depusiese las armas y que Pompeyo conservase su mando que
8 se pasasen a un lado, y la mayoría se pasó. Propuso de nuevo que se desplazasen los que deseaban que ambos depusieran las armas y que ninguno de los dos conservase el mando: solo veintidós apoyaron a Pompeyo, todos los demás se pusieron

---

[231] Lucio Emilio Paulo fue cónsul en 50 junto a C. Claudio Marcelo; Cayo Escribonio Curión fue tribuno de la plebe en ese mismo año, y antes de pasarse al bando de César era uno de los más brillantes representantes de la facción *optimate;* Marco Antonio es el futuro triunviro de 43: después de servir como lugarteniente de César en la Galia entre 54 y 50, regresó a Roma, donde fue tribuno de la plebe a partir de noviembre de 50.

[232] C. Claudio Marcelo —hermano de M. Claudio Marcelo, cónsul el año anterior— fue el colega de L. Emilio Paulo en el consulado de 50.

[233] Se trata de L. Calpurnio Pisón Cesonino, que ya había sido cónsul en 58 y que en 50 ocupaba el cargo de censor.

de parte de Curión[234]. Este, como si hubiese logrado una vic- 9
toria, corrió radiante de alegría a encontrarse con el pueblo,
que lo recibió con aplausos y lanzándole coronas y flores.
Pompeyo no estaba presente en el Senado, pues los jefes del
ejército no pueden entrar en la ciudad. Marcelo se levantó 10
y dijo que él no se quedaría sentado escuchando discursos
mientras veía ya a diez legiones aparecer por los Alpes, y
que él mismo iba a enviar a alguien que se opusiese a ellas en
defensa de la patria.

Después de esto, se cambiaron las ropas como si estu- 59
vieran de duelo. Marcelo, seguido por el Senado, se dirigió
hacia el foro para encontrarse con Pompeyo, y cuando lo tuvo
enfrente le dijo: «Te ordeno, Pompeyo, que defiendas la patria,
y que para ello emplees las tropas de que dispones y reclutes
otras». Y lo mismo le dijo Léntulo, uno de los cónsules desig- 2
nados para el año siguiente[235]. Pero cuando Pompeyo empezó
a reclutar soldados, unos se negaban a obedecer, otros, una
minoría, se reunían a duras penas y de mala gana, y la mayoría
pedía a gritos la reconciliación. En efecto, Antonio, pese a la 3
oposición del Senado, había leído ante el pueblo una carta
de César que contenía propuestas atractivas para la multitud:
pedía que Pompeyo y él, después de dejar sus provincias y li- 4
cenciar sus ejércitos, se presentasen ante el pueblo para rendir
cuentas de sus acciones. Pero Léntulo, que ya era cónsul, no 5
convocó al Senado; Cicerón, que hacía poco que había vuelto
de Cilicia[236], intentó llegar a un acuerdo según el cual César
abandonaría la Galia, licenciaría a todo su ejército y espera-
ría en Iliria su segundo consulado al frente de dos legiones.

---

[234] Esta sesión senatorial recreada aquí por Plutarco tuvo lugar el 1 de diciembre de 50: en ella, la propuesta de Curión obtuvo exactamente 370 votos, mientras que la de Pompeyo, como dice Plutarco, solo consiguió 22.

[235] Se trata de L. Cornelio Léntulo Crus, cónsul en 49 junto a C. Claudio, primo del cónsul del año anterior.

[236] Cicerón regresó de Cilicia, exactamente, el día 4 de enero de 49.

6 A Pompeyo no le gustó la propuesta, y los amigos de César aceptaron renunciar a una de las dos legiones; pero como Léntulo se opuso a ello y Catón dijo a gritos que Pompeyo cometía otra vez el error de dejarse engañar, las negociaciones no tuvieron efecto.

60 En esto se anunció que César se había apoderado de Arimino, gran ciudad de Italia, y que marchaba directamente ha-
2 cia Roma con todo su ejército[237]. Pero esta noticia era falsa, pues marchaba con no más de trescientos caballeros y cinco mil soldados de infantería. Él no había esperado al resto de sus tropas, que estaban al otro lado de los Alpes, porque prefería lanzarse por sorpresa contra los enemigos cuando ellos estaban en desorden y no esperaban su ataque, antes que darles
3 tiempo de prepararse para el combate. Así pues, cuando llegó a orillas del río Rubicón, que marcaba el límite de la provincia que se le había concedido, se detuvo en silencio y dedicó un tiempo a reflexionar consigo mismo sobre la magnitud de su
4 atrevimiento[238]. Después, como aquellos que se lanzan desde un precipicio a un abismo profundo, hizo callar a la razón, apartó la vista del peligro y, gritando ante los presentes solo estas palabras en griego: «La suerte está echada», hizo que su ejército cruzase el río[239].

5 En cuanto se divulgó la noticia y se apoderaron de Roma un estupor, una turbación y un miedo nunca vistos hasta enton-

[237] Arimino es la actual Rímini, ciudad del N de Italia, en la costa Adriática, perteneciente a la región de Umbría y fronteriza con la Galia Cisalpina.

[238] El Rubicón es un pequeño río costero del Adriático al N de Rímini, que en época republicana marcaba la frontera entre Italia y la Galia Cisalpina.

[239] El propio PLUTARCO hace un relato más extenso del célebre paso del Rubicón —acaecido el 10 de enero de 49 y que da inicio a la guerra civil entre César y Pompeyo— en *Cés.*, cap. 32; entre otros detalles, PLUTARCO añade que César, antes de tomar tan importante decisión, tuvo un mal presagio, pues la noche anterior había soñado que mantenía relaciones carnales con su propia madre. La conocida frase *la suerte está echada* («¡Que rueden los dados!», literalmente en griego) es una cita tomada del poeta cómico griego MENANDRO.

ces, el Senado en su conjunto corrió inmediatamente en busca de Pompeyo, y acudieron también los magistrados. Cuando 6
Tulo le preguntó sobre el ejército y las tropas, y Pompeyo, tras una leve vacilación, le respondió tímidamente que tenía dispuestos a los soldados procedentes del ejército de César y que creía que podía reunir rápidamente a los hombres que antes había reclutado, que eran treinta mil, Tulo exclamó: «¡Nos has engañado, Pompeyo!», y aconsejó enviar embajadores a César[240]. Un tal Favonio, que por lo demás no era un mal 7
hombre, pero que a menudo pensaba que con su arrogancia e insolencia imitaba la franqueza de Catón, ordenó a Pompeyo golpear la tierra con el pie para llamar a las tropas que él había prometido[241]. Pompeyo soportó con calma esta impertinencia; 8
mas, cuando Catón le recordó las predicciones que desde el principio le había hecho respecto a César, respondió que Catón había hecho mejores predicciones, pero que él había actuado de una manera más propia de un amigo.

Catón aconsejó nombrar a Pompeyo general con plenos **61**
poderes, agregando que es a aquellos que han causado grandes males a quienes les corresponde acabar con ellos. Así pues, 2
Pompeyo partió de inmediato para Sicilia, la provincia que le había tocado, y los demás marcharon hacia las provincias que les había asignado la suerte. Como casi toda Italia se había sublevado, el curso de los acontecimientos suscitaba una gran incertidumbre. Los desterrados se lanzaban desde todas partes 3
hacia Roma, y los habitantes de Roma huían y abandonaban la ciudad, donde, en una turbación y un desorden semejantes, la parte útil de la sociedad se encontraba debilitada, mientras que la porción más turbulenta era muy fuerte y muy difícil de controlar por parte de los magistrados. No había manera, pues, 4

[240] Es posible que este Tulo sea L. Volcacio Tulo, que ya había sido cónsul en 66 junto a M. Emilio Lépido.

[241] Alusión al comentario jactancioso hecho antes por Pompeyo en 57, 9; M. Favonio ocupaba en 49 el cargo de pretor.

de apaciguar el miedo, ni tampoco se le permitía a Pompeyo seguir los dictados de sus propias reflexiones, sino que cada uno, de acuerdo con lo que en ese momento sentía, ya fuese miedo, tristeza o incertidumbre, intentaba transmitirle a él
5 ese estado de ánimo; así, en un mismo día tomaba decisiones contrarias, y no podía averiguar nada exacto acerca de los enemigos porque muchos le comunicaban lo que habían oído por
6 casualidad y se enfadaban si él no les creía. En estas circunstancias, decretó el reconocimiento del estado de excepción y, después de ordenar a los senadores que lo siguiesen y de declarar que consideraría partidarios de César a todos los que se quedasen, abandonó la ciudad al caer la tarde[242]. Los cónsules huyeron sin hacer los sacrificios que es costumbre hacer antes de una guerra. Pero incluso en esta espantosa situación, Pompeyo era un hombre digno de ser envidiado a causa del afecto general que hacia él se sentía, pues aunque muchos censuraban su actuación como general, no había nadie que odiase al general, y se podría demostrar que fueron más los que huyeron porque no eran capaces de abandonar a Pompeyo que los que lo hicieron por amor a la libertad.

62 Pocos días después César entró en Roma y se apoderó de ella. Trató bien a todos los ciudadanos y los tranquilizó; sin embargo, cuando un tribuno de la plebe, Metelo, intentó impedir que tomase dinero del tesoro público, César le amenazó de muerte y añadió a su amenaza una afirmación todavía más dura, a saber, que para él era más difícil decir eso
2 que hacerlo[243]. Tras apartar de este modo a Metelo y tomar todo lo que necesitaba, se lanzó a la persecución de Pompeyo, apresurándose a expulsarlo de Italia antes de que le llegasen
3 las tropas de Hispania. Pompeyo, después de tomar Brindisi,

---

242 El estado de excepción —*decretum tumultus* en latín— se aprobó el 17 de enero de 49.

243 Metelo es el tribuno L. Cecilio Metelo. Esta misma escena es descrita por PLUTARCO, pero más detalladamente, en *Cés.*, XXXV, 6-10.

donde encontró barcos en abundancia, embarcó inmediata-
mente a los cónsules y junto a ellos a treinta cohortes, y los
envió a Dirraquio por delante de él[244]; a su suegro Escipión
y a su hijo Cneo los mandó a Siria para que preparasen una
flota[245]. Él, por su parte, tras fortificar las puertas de Brindisi 4
y colocar en las murallas a los soldados más ligeros, ordenó
a sus habitantes que se quedasen tranquilos en sus casas, hizo
cavar trincheras y abrir fosas en todo el interior de la ciudad,
y llenó de estacadas las calles, salvo dos, por las cuales él
descendía al mar. Al tercer día, ya tenía cómodamente embar- 5
cadas a todas sus tropas; de repente, hizo una señal a los que
vigilaban las murallas, que bajaron rápidamente, los subió a
bordo y cruzó el mar[246]. César, cuando vio abandonadas las 6
murallas, pensó que Pompeyo había huido, y poco le faltó para
caer sobre las estacadas y los fosos en su afán de perseguirlo;
sin embargo, como los habitantes de Brindisi se lo habían ad-
vertido, evitó entrar en la ciudad, hizo un recorrido alrededor
de ella y se aseguró de que todos los barcos se habían echado
al mar excepto dos, que no contenían más que unos cuantos
soldados[247].

Algunos cuentan esta partida por mar de Pompeyo en- 63
tre las mejores operaciones militares; sin embargo, el propio
César se sorprendió de que Pompeyo, que poseía una ciudad
fortificada, esperaba a las tropas de Hispania y tenía el domi-
nio del mar, abandonase y le cediese Italia. También Cicerón 2
le acusó de imitar más la estrategia de Temístocles que la de

---

244 Dirraquio, ciudad costera situada en el N de Grecia, en la región del Epiro. Se corresponde con la actual Durres, en Albania. César desembarcó en Dirraquio el 5 de enero de 48.

245 Sobre Escipión, véase 55, 1 y nota 225; Cneo Pompeyo Magno era hijo de Pompeyo y de Mucia, su tercera esposa (sobre esta, cf. más arriba, nota 172); de ella tuvo, además, otros dos hijos: Sexto y Pompeya.

246 En dirección a Dirraquio.

247 El propio CÉSAR relata el sitio de Brindisi en *Guerra Civil* I, XXV-XXVII.

Pericles, a pesar de que su situación era más parecida a la
3 de Pericles que a la de Temístocles[248]. No obstante, en sus ac-
ciones César demostró que temía enormemente el factor tiem-
po: así, después de capturar a Numerio, un amigo de Pompeyo,
lo envió a Brindisi para pedir una reconciliación en términos
4 de igualdad[249]; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En
ese momento, César, que en sesenta días se había adueñado de
toda Italia sin derramar una gota de sangre, quiso ponerse
de inmediato a perseguir a Pompeyo, pero como carecía de
barcos se marchó y se dirigió a Hispania con la intención
de ganarse a las tropas que estaban allí.

64 En ese tiempo Pompeyo reunió un gran ejército. Su flota
era completamente invencible, pues contaba con quinientos
barcos de guerra y con un número aún mayor de naves ligeras
y lanchas; además, tenía siete mil caballeros, la flor de Roma y
de Italia, hombres distinguidos por su linaje, su riqueza y su
2 nobleza de espíritu. A su infantería, que estaba integrada por
soldados de distinta procedencia y que necesitaba entrena-
miento, la ejercitó durante su estancia en Berea[250] y no lo hizo
manteniéndose él ocioso, sino interviniendo personalmente
en los ejercicios, como si aún estuviese en la plenitud de sus
3 fuerzas. Era, pues, un poderoso motivo de confianza ver a
Pompeyo el Grande, al que le quedaban dos años para cumplir

[248] Cicerón (*Cartas a Ático* VII 11, 3) critica la táctica de Pompeyo comparando su decisión con la del estadista ateniense Temístocles, quien, con ocasión de la segunda invasión persa, persuadió a los atenienses para evacuar la ciudad y obligó a la flota griega a librar batalla en Salamina (480); sin embargo, la estrategia de Pericles durante la guerra del Peloponeso consistió en mantener a la población del Ática tras el Pireo y las Largas Murallas de Atenas, para así evitar un enfrentamiento terrestre y decidir la batalla en el mar, donde los atenienses eran muy superiores a los espartanos.

[249] Se trata de Numerio Magio, *praefectus fabrum* (jefe de obreros) de Pompeyo.

[250] Berea, o Verria, era una ciudad macedonia situada al oeste de Tesalónica.

los sesenta, combatir a pie con las armas, después a caballo,
desenvainar fácilmente su espada mientras iba al galope y
guardarla de nuevo sin dificultad; en los lanzamientos de ja-
balina no solo demostraba precisión sino también fuerza, al
lanzarla a una distancia que muchos jóvenes no podían supe-
rar. Le visitaban también reyes y príncipes de otras naciones, 4
y el número de ciudadanos romanos relevantes constituía en
torno a él un Senado entero. Acudieron también Labieno, que 5
había abandonado a César después de haber sido su amigo
y de haber participado junto a él en la campaña de las Galias, y
Bruto, que era hijo del Bruto que había sido degollado en la
Galia, hombre magnánimo y que nunca antes le había dirigido
la palabra a Pompeyo ni le había saludado, pues en él veía al
asesino de su padre, pero que ahora se ponía a sus órdenes
pensando que él iba a liberar Roma[251]. Cicerón, aunque en sus 6
escritos y discursos había manifestado lo contrario, se aver-
gonzaba de no pertenecer al grupo de los que se exponían al
peligro por la patria. Acudió también a Macedonia Tidio Sex- 7
to, un hombre extremadamente viejo y cojo de una pierna[252];
como los demás se reían y se burlaban de él, Pompeyo, en
cuanto lo veía, se levantaba y corría hacia él, considerando
que era un gran testimonio a su favor el que hombres que ya
no estaban en edad militar y carecían de fuerzas prefiriesen
afrontar junto él el peligro en vez de mantenerse a salvo.

Cuando tras una reunión del Consejo se decretó, de acuer- 65
do con la propuesta de Catón, que no se matase a ningún
romano excepto en la batalla y que no se saquease ninguna

---

[251] Tito Labieno, tribuno de la plebe en 63 y lugarteniente de César en la guerra de las Galias, se pasó al bando de Pompeyo poco antes de que César marchase sobre Italia; el Bruto que había sido degollado en la Galia —tras caer derrotado por Pompeyo en Módena— es Marco Junio Bruto, de quien se habla más arriba (cf. 16, 4-8 y nota 61); su hijo Bruto fue uno de los asesinos de César; véase más arriba, nota 64.

[252] Tidio Sexto era senador.

ciudad sometida a Roma, el partido de Pompeyo se ganó un
2 afecto aún más grande. Pues incluso aquellos que no desempeñaban ningún papel en la guerra, bien porque habitasen lejos, bien porque a causa de su debilidad se despreocupasen de ella, se adherían a su causa en sus intenciones y apoyaban de palabra su lucha en defensa de la justicia, considerando enemigo de los dioses y de los hombres a aquel para el que no
3 fuese motivo de alegría la victoria de Pompeyo. Sin embargo, también César se mostró generoso en el éxito; así, después de vencer y capturar a las tropas de Pompeyo en Hispania, dejó
4 libres a sus generales y reclutó para sí soldados[253]. Pasó de nuevo los Alpes, atravesó rápido Italia y llegó a Brindisi en el
5 solsticio de invierno. A continuación, cruzó el mar, hizo escala en Orico y envió a Vibulio, el amigo de Pompeyo al que tenía consigo como prisionero, para que propusiese a aquel celebrar una reunión, después de la cual ambos licenciarían todos sus ejércitos en un plazo de tres días y, una vez que se hubiesen
6 jurado amistad, volverían a Italia[254]. De nuevo Pompeyo consideró que esta propuesta era una trampa; por ello, después de bajar rápidamente en dirección al mar, ocupó plazas fuertes y lugares que ofrecían un asiento sólido para la infantería, además de puertos y desembarcaderos favorables al comercio marítimo, de tal manera que cualquier viento que soplase le
7 traía a Pompeyo víveres, tropas y dinero. César, en cambio, rodeado de dificultades tanto por tierra como por mar, se veía forzado a buscar el combate atacando sus fortificaciones y

---

[253] Alusión a la campaña de Ilerda (Lérida), que tuvo lugar entre los meses de mayo y agosto de 49 y en la que las tropas de César derrotaron a los pompeyanos. De ello habla brevemente PLUTARCO en *Cés.*, cap. 36.

[254] Orico era una ciudad situada en la costa sur de Iliria. El personaje en cuestión es L. Vibulio Rufo, *praefectus fabrum* (jefe de obreros) del ejército pompeyano y hombre de autoridad ante el Magno: fue dos veces prisionero de César durante la guerra civil: una en Corfinio —en los Abruzzos— y otra en Hispania, durante la campaña de Ilerda; sobre él, CÉS., *Guerra Civil* III 10, y III, 18, 3-5.

provocándole en cada ocasión. La mayoría de las veces César vencía y le sacaba ventaja en estas escaramuzas, pero una vez 8
poco le faltó para caer derrotado y perder su ejército, solo que Pompeyo, que había luchado brillantemente hasta poner en fuga a todos los enemigos y matar a dos mil hombres, no presionó a los que huían ni penetró en su campamento, bien porque no pudo o bien porque tuvo miedo de hacerlo. De 9
este modo, César dijo a sus amigos: «Hoy la victoria hubiera sido para los enemigos si hubieran tenido un general capaz de vencer»[255].

Animados por esta acción, los partidarios de Pompeyo 66
tenían prisa por entablar la batalla decisiva. Pompeyo escribió a los reyes, los generales y las ciudades de fuera adoptando la actitud de vencedor, aunque temía el peligro de un combate, y pensaba que con el tiempo e imponiéndoles la escasez derrotaría a unos enemigos invencibles en las armas y acostumbrados después de mucho tiempo a vencer unidos, pero que a causa de su vejez estaban incapacitados para realizar las otras tareas propias de una campaña militar, a saber, marchas, cambios de posición, excavación de fosos, construcción de murallas, y que por ello tenían prisa por llegar rápido a las manos y trabar combate.

De una forma u otra, Pompeyo había conseguido hasta 2
entonces persuadir a sus partidarios para que mantuviesen la calma; pero cuando después del combate César, a causa de la escasez, levantó el campo y se dirigió a Tesalia a través del país de los atamanes[256], ya no le fue posible contener la jactancia de sus hombres: gritando que César huía, unos pedían marchar tras él y perseguirlo, otros volver a Italia, y otros enviaban sirvientes y amigos a Roma para que ocupasen casas

---

[255] Esta batalla es descrita con más detalles por PLUTARCO en *Cés.*, cap. 39.

[256] Los atamanes eran un pueblo que habitaba a lo largo del monte Pindo, entre el Epiro y Tesalia.

cerca del foro, con la intención de solicitar cargos inmediata-
3 mente después de la guerra. Muchos navegaban por su cuenta hacia Lesbos para darle a Cornelia la buena noticia de que la guerra había terminado, pues Pompeyo la había enviado allí
4 por su seguridad. Durante una reunión del Consejo Afranio reveló su intención de tomar Italia, pues ella era la mayor recompensa de la guerra y quienes la dominasen se anexionarían de inmediato Sicilia, Cerdeña, Córcega, Hispania y la Galía
5 entera[257]; por otro lado, cuando la patria, que era la principal preocupación de Pompeyo, le tendía cerca los brazos, no era correcto dejar que la ultrajasen y esclavizasen los criados y
6 los aduladores de los tiranos. El mismo Pompeyo, en cambio, pensaba que no era bueno para su reputación huir por segunda vez de César y dejarse perseguir, cuando la fortuna le permitía perseguir a él, y que tampoco era justo abandonar en Grecia y Tesalia a Escipión y a los senadores, que inmediatamente caerían en poder de César junto con su dinero y sus numerosas tropas; él pensaba que la mejor forma de defender Roma era combatir lo más lejos posible, para que ella, sin sufrir los males de la guerra e incluso sin tener noticia de ellos, esperase al vencedor.

67 Tras hacer aprobar esta determinación, Pompeyo se lanzó a la persecución de César decidido a evitar el combate, pero resuelto a acosarlo y desgastarlo por falta de víveres, siguién-
2 dolo desde cerca. Creía, en efecto, que esta era la estrategia conveniente, y además había llegado a sus oídos un comentario que circulaba entre los caballeros, según el cual era preciso derrotar cuanto antes a César para acabar con el propio Pom-
3 peyo. Algunos dicen que por esta razón Pompeyo no confió a Catón ninguna misión de importancia, y que incluso al marchar contra César lo dejó a orillas del mar al cuidado de los bagajes, temiendo que, si César moría, le obligase a abandonar

[257] Sobre Lucio Afranio, véase más arriba, 34, 1 y nota 136.

inmediatamente su mando. Al perseguir a los enemigos con 4
esa tranquilidad, se le injuriaba y se le acusaba de que no hacía
la guerra contra César sino contra la patria y el Senado, con el
fin de conservar para siempre el mando y no dejar de utilizar
como sirvientes y guardias de corps a unos hombres que se
consideraban dignos de gobernar el mundo. Domicio Enobar- 5
bo, llamándolo Agamenón y rey de reyes, suscitaba el odio
contra él[258]. Y Favonio no le resultaba menos desagradable que
los que hablaban con toda franqueza y de manera inoportuna
para burlarse de él, cuando gritaba: «Amigos, tampoco este
año vais a probar los higos de Túsculo»[259]. Lucio Afranio, el 6
que fue acusado de traición cuando perdió las tropas de His-
pania, viendo ahora que Pompeyo rehuía el combate, decía
que le sorprendía que sus acusadores no se presentasen para
atacar a ese traficante de provincias. Con estas y con muchas 7
otras opiniones semejantes doblegaron a Pompeyo, que era
un hombre dominado por la opinión pública y por el respeto
hacia sus amigos, y lo arrastraron a seguir sus propias espe-
ranzas e impulsos apartándole de sus mejores planes, lo cual
no conviene que le suceda ni siquiera a un piloto de barco,
y menos aún a un general con plenos poderes sobre tantos
pueblos y tropas. Pompeyo, que alababa a los médicos que 8
nunca complacen los deseos de sus pacientes, cedía a la fac-
ción malsana del ejército por miedo a resultarles odioso en su
afán de salvarlos. Pues, ¿cómo podría considerarse en su sano 9
juicio a unos hombres que mientras recorrían el campamento
ya solicitaban consulados y preturas, a Espínter, a Domicio, a
Escipión, que se enfrentaban, rivalizaban y conspiraban para
conseguir el Pontificado Máximo de César?[260] Como si frente 10
a ellos estuviese acampado el armenio Tigranes o el rey de

[258] Sobre Domicio Enobarbo, véase más arriba, 52, 1 y nota 207.

[259] De Marco Favonio se habla más arriba, 60, 7 y nota 241. Túsculo era una localidad del Lacio, situada al S de Roma.

[260] Sobre Espínter, véase más arriba 49, 9 y nota 201.

los nabateos y no el mismo César y su ejército, con el cual
había tomado por la fuerza mil ciudades, había sometido más
de trescientos pueblos, había combatido contra los germanos
y los galos en innumerables batallas sin caer derrotado, había
hecho un millón de prisioneros y había matado a otros tantos
tras ponerlos en fuga en batalla campal.

68 Pero a pesar de todo, cuando bajaron a la llanura de Fár-
salo[261], su insistencia y sus protestas obligaron a Pompeyo a
celebrar un consejo, en el cual Labieno[262], el jefe de la caba-
llería, fue el primero en levantarse y en jurar que no aban-
donaría el combate sin haber puesto en fuga a los enemigos,
2 y todos hicieron el mismo juramento. Esa noche Pompeyo
soñó que entraba en su teatro entre los aplausos del pueblo
y que adornaba con numerosos despojos el templo de Venus
3 Victoriosa[263]. Por un lado, esta visión le daba ánimos, pero por
otro le inquietaba, pues temía que gracias a él la gloria y el
brillo recayese sobre el linaje de César, que se remontaba has-
ta Venus. Lo despertaron del sueño el tumulto y los gritos de
4 pánico que se extendieron por el campamento. De madrugada,
una gran luz brilló de pronto sobre el campamento de César,
que se encontraba en una calma absoluta, y de ella surgió una
antorcha llameante que se precipitó sobre el campamento de
Pompeyo; el propio César dice que vio este prodigio mientras
5 recorría los puestos de guardia. Al amanecer, César se dis-
ponía a levantar el campo para partir a Escotusa[264], y cuando

[261] La ciudad de Fársalo se hallaba en la región griega de Tesalia y su territorio se extendía sobre una llanura. El encuentro entre las tropas de Pompeyo y César en Fársalo tuvo lugar el 9 de agosto de 48.

[262] Sobre Tito Labieno, véase más arriba, nota 251.

[263] «Vencedora» (en latín, *Victrix)* era uno de los epítetos que se aplicaba a la diosa Venus; esta diosa era, además, protectora de Pompeyo y de César. Por otro lado, César y todos los miembros de la *gens Iulia* afirmaban ser descendientes de Venus al vincular el origen de su familia con Julo Ascanio, el hijo de Eneas, hijo a su vez de Venus y de Anquises.

[264] Escotusa era una ciudad de Tesalia que se hallaba al NE de Fársalo.

ya los soldados desmontaban sus tiendas y enviaban delante a las bestias de carga y a los sirvientes, llegaron los vigías anunciando que habían visto en el campamento de los enemigos un gran movimiento de armas y que había un estrepitoso tumulto de hombres que salían a combatir. Después de estos se presentaron otros diciendo que las primeras filas estaban ya formadas en orden de batalla. César, pues, dijo que había 6
llegado el esperado día en que combatirían contra hombres y no contra el hambre y la penuria, y enseguida ordenó que se colgase delante de su tienda la túnica púrpura, que es entre los romanos la señal del combate. Los soldados, al verla, 7
dejaron sus tiendas entre gritos de alegría y se lanzaron a por las armas; y cuando los oficiales los llevaron al puesto que les correspondía, cada uno de ellos se colocó cuidadosamente en su lugar, como en un coro, con tranquilidad y sin confusión.

Pompeyo, que mandaba en persona el ala derecha, tenía 69
que hacer frente a Antonio; en el centro colocó a su suegro Escipión, frente a Lucio Calvino[265]. El ala izquierda la comandaba Lucio Domicio[266] y la reforzaba un gran número de caballeros, pues casi todos ellos se habían concentrado en ese 2
punto con la intención de presionar a César y de romper la décima legión, que tenía fama de ser la más valerosa y en cuyas líneas César acostumbraba combatir. César, al ver que 3
el ala izquierda de los enemigos estaba defendida por una caballería tan numerosa, y atemorizado ante la brillantez de su armamento, hizo venir a seis cohortes de la reserva y las colocó detrás de la décima legión, bajo la orden de que no se movieran ni se mostraran a los enemigos, pero que, cuando 4
cargaran los caballeros, se precipitaran a través de las primeras

[265] Es posible que PLUTARCO cometa aquí un error al hablar de Lucio Calvino y no de Gneo Domicio Calvino, cónsul en 53, a quien sí se refiere en *Cés.* 44, 2, con el nombre de Calvino Domicio.

[266] Se trata de Lucio Domicio Enobarbo, ya citado más arriba, cf. 52, 1, y nota 207.

líneas no lanzando sus jabalinas, como acostumbran hacer los soldados más valientes en su impaciencia por desenvainar sus espadas, sino golpeando hacia arriba para herir en los ojos y
5 en la cara a los enemigos; pues —decía— esos hermosos y lozanos bailarines de danzas pírricas, preocupados por su belleza, no mantendrían su posición ni mirarían de frente cuando
6 el hierro estuviese delante de sus ojos[267]. Esto era lo que César hacía. Por su parte Pompeyo, que examinaba desde su caballo la disposición de la batalla, cuando vio que los adversarios esperaban con tranquilidad y en orden el momento de atacar, mientras que gran parte de su ejército no mantenía la calma, sino que se alborotaba y se agitaba a causa de su inexperiencia, temió que sus tropas se desordenasen por completo al comienzo de la batalla y ordenó a los que ocupaban las primeras líneas que se mantuviesen en guardia y que permaneciesen
7 apretados unos con otros para recibir a los enemigos. César critica esta táctica: dice que con ella Pompeyo debilitó la fuerza que un ataque repentino confiere a los golpes, y que al eliminar ese impulso, que más que ninguna otra cosa llena de entusiasmo y de ímpetu a la mayoría de los soldados cuando vienen a las manos con los enemigos, y que unido a los gritos y a la carrera aumenta el ardor, paralizó a sus hombres y enfrió
8 sus ánimos[268]. César contaba con veintidós mil soldados, y Pompeyo con un poco más del doble.

70 Una vez dada la señal por ambos bandos, y cuando las trompetas empezaron a llamar al combate, la inmensa mayoría de los soldados miraba solo por sí mismo; pero unos pocos romanos, los mejores, y algunos griegos que se encontraban presentes sin participar en la batalla, al ver que se acercaba el terrible momento, comenzaron a reflexionar sobre la situación

[267] Cf. PLUT., *Cés.* 45, 1-5.

[268] PLUTARCO recoge aquí las críticas que el propio CÉSAR hace a la táctica de Pompeyo en *Guerra Civil,* III, 92.

extrema a la que la codicia y la ambición habían llevado al Imperio. Armas de la misma familia, ejércitos hermanos, enseñas 2
comunes, tropas tan valientes y tan numerosas de una misma ciudad se volvían contra ella misma, demostrando qué ciega
y loca es la naturaleza humana cuando reina la pasión. Pues si 3
deseaban gobernar tranquilamente y disfrutar de lo que habían conquistado, la mayor y más importante parte de la tierra les estaba sometida, y si aún querían saciar sus ansias y su sed de trofeos y triunfos, podían haberlas colmado combatiendo
contra los partos o los germanos. De hecho, quedaba también 4
una gran tarea por hacer en Escitia y en la India, donde su ambición podría haber tenido el glorioso pretexto de civilizar
a estos pueblos bárbaros; y ni la caballería de los escitas, ni 5
los arqueros de los partos ni la riqueza de los indios hubieran podido contener a setenta mil romanos en armas atacando bajo el mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habían oído ellos mucho antes que el de Roma, tan feroces, diversos y salvajes eran los pueblos a los que ambos habían atacado y
derrotado. Pero ahora se lanzaban a combatir el uno contra el 6
otro, y no mostraban piedad ni por su propia gloria, a causa de la cual despreciaban su patria, ellos que hasta ese día habían
sido llamados invencibles. Pues su parentesco, los encantos 7
de Julia y el matrimonio aquel habían sido desde el principio las engañosas y sospechosas prendas de una alianza basada en el interés y que nada tenía que ver con la amistad verdadera[269].

Entonces, cuando la llanura de Fársalo se llenó de hom- 71
bres, caballos y armas y se dio por parte de ambos bandos la señal de combatir, el primero que salió corriendo de la falange de César fue Cayo Crástino, que estaba al frente de ciento veinte hombres y que así cumplió la gran promesa que había

[269] Sobre el matrimonio entre Pompeyo y Julia, la hija de César, véase más arriba 47, 10 (y nota 190) y 53, 1-7.

2 hecho a César[270]. Él era el primer hombre al que César había
visto al salir del campamento; dirigiéndose a él por su nombre,
le había preguntado qué pensaba acerca de la batalla. Crástino,
tendiéndole la diestra, respondió a voz en grito: «Vencerás
gloriosamente, César, y a mí, vivo o muerto, me dedicarás hoy
3 elogios». Recordando estas palabras, se lanzó fuera de la falan-
ge arrastrando consigo a muchos soldados y se arrojó en medio
4 de los enemigos. Al punto se trabó combate con las espadas y
muchos cayeron muertos. Cuando Crástino se abría paso
y rompía las primeras filas, un enemigo que le hacía frente
le clavó la espada en la boca con tal fuerza que la punta le
5 atravesó y le salió por la nuca. Con la muerte de Crástino la
batalla quedó igualada en este punto; Pompeyo, en cambio, en
vez de sacar rápidamente su ala derecha, se entretuvo en mirar
y perdió el tiempo esperando la intervención de sus caballe-
6 ros. Ellos ya desplegaban sus escuadrones con el propósito de
envolver a César y de arrojar sobre su infantería a los pocos
7 caballeros que estaban dispuestos frente a ella. Pero cuando
César dio la señal, los caballeros se retiraron, y las cohortes de
reserva —unos tres mil hombres— se lanzaron contra el cer-
co, hicieron frente a los enemigos y, situándose cada hombre
frente a un jinete, mantuvieron en alto sus jabalinas, como se
les había ordenado, para apuntar a la cara de los caballeros.
8 Los pompeyanos, como no tenían experiencia en toda clase de
combates y ni esperaban ni conocían un ataque de este tipo,
no tuvieron valor para aguantar los golpes dirigidos a los ojos
y a la boca, y dándose la vuelta con las manos puestas en la
9 cara, emprendieron deshonrosamente la huida. Sin preocupar-
se por los que huían, los soldados de César avanzaron contra
la infantería, sobre todo hacia el ala que los caballeros habían

[270] Cayo Crástino —o Crasiano, lectura que acepta Ziegler en su edición, pág. 331 —era un fiel y veterano centurión de César; sobre él, cf. Plut., *Cés.* 44, 9-11, y Cés., *Guerra Civil* III 91.

dejado desprotegida y que permitía ser cercada y rodeada. Al 10
mismo tiempo que la infantería acometía por el flanco, la décima legión atacaba de frente; los pompeyanos no mantuvieron la posición ni permanecieron unidos al ver que, cuando tenían la esperanza de cercar a los enemigos, eran ellos mismos los que sufrían el cerco.

Cuando se produjo esta huida, Pompeyo vio una nube de 72
polvo y comprendió el descalabro de su caballería. Sería difícil decir qué pensamientos pasaron entonces por su cabeza, pero su imagen era ante todo la de un hombre atacado de demencia y de locura y que ni siquiera recordaba que él era Pompeyo el Grande; sin dirigirle a nadie la palabra, entró lentamente en
su campamento, de manera que muy bien podrían aplicársele 2
los siguientes versos:

«Zeus padre, desde su alto trono, infundió miedo en Ayante:
estupefacto, se detuvo, se echó a la espalda su escudo recubierto
de siete pieles de buey y tembló al dirigir la mirada a la
[muchedumbre[271]».

En este estado de ánimo se dirigió a su tienda y perma- 3
neció sentado en silencio, hasta que un numeroso grupo de enemigos que perseguía a los fugitivos penetró con ellos en el campamento; entonces, pronunció estas únicas palabras: «¡Conque también hasta mi campamento!», y sin decir nada más se levantó, se puso un vestido adecuado a su presente
desgracia y escapó a hurtadillas. Huyeron también las demás 4
legiones, y se produjo en el campamento una gran masacre de guardianes de tiendas y sirvientes; no obstante, solo murieron seis mil soldados, según dice Asinio Polión, que combatió
junto a César en aquella batalla[272]. Cuando tomaron el cam- 5

[271] Versos de HOMERO, *Ilíada* 11, 544 ss.

[272] Cayo Asinio Polión (76 a. C- 4-5 d. C.), cónsul en 40 y combatiente del bando de César durante la guerra civil, escribió tragedias y fue un notable orador e

pamento, las tropas de César comprobaron la insensatez y la vanidad de los enemigos: todas las tiendas estaban decoradas con mirto y adornadas con floridos tapices, y había mesas lle-
6 nas de copas y crateras rebosantes de vino; los aderezos y los adornos eran más propios de hombres que hacían sacrificios o celebraban una fiesta que de soldados que se arman para la batalla. Así marcharon los pompeyanos al combate, corrompidos por sus esperanzas y llenos de una confianza insensata.

73 Cuando hubo llegado a una pequeña distancia de su campamento, Pompeyo dejó su caballo y, como nadie lo perseguía, continuó tranquilamente su camino, acompañado por un número muy reducido de hombres y entregado a las reflexiones que es natural que se haga un hombre acostumbrado durante treinta y cuatro años a vencer y a dominar a todos sus enemigos y que ahora, por vez primera, en su vejez, prueba
2 la experiencia de la derrota y de la huida; reflexionaba sobre cómo había perdido en una sola hora la gloria y el poder que había ganado en tantos combates y guerras; él, que poco antes era escoltado por tropas, caballos y escuadras, huía ahora tan insignificante y humillado que pasaba desapercibido para los
3 enemigos que iban en su búsqueda. Después de pasar por Larisa llegó al valle de Tempe, y allí, sediento, se echó de bruces al suelo y bebió del río[273]; después, levantándose de nuevo, continuó su camino por el Tempe y descendió hacia el mar.
4 Allí descansó el resto de la noche en una cabaña de pescadores. Al amanecer, subió a bordo de una barca de río llevando consigo a cuantos hombres libres había entre sus acompañantes, y ordenó a los sirvientes que partiesen sin miedo en busca

historiador, autor de unas *Historiae* perdidas en las que narraba las guerras civiles desde el primer triunvirato (60 a. C.) hasta tal vez la derrota de Filipos (42 a. C.) o incluso hasta su propio consulado (40 a. C.).

[273] Larisa es la capital de Tesalia; el río aquí aludido es el Peneo, el principal río de Tesalia, que nace en la cordillera del Pindo, atraviesa Larisa y discurre finalmente por el valle del Tempe hasta desembocar en el Egeo.

de César. Como navegaba cerca de la costa, vio que estaba a
punto de zarpar un barco mercante de considerable tamaño,
cuyo patrón era un romano que nunca había tenido trato con
Pompeyo pero al que conocía de vista; se llamaba Peticio[274].
Resulta que este, la noche anterior, había soñado que Pompe- 5
yo, no como tantas veces lo había visto, sino abatido y humi-
llado, le dirigía la palabra. Precisamente estaba contándoles 6
este sueño a los que navegaban con él —pues de esta manera
suelen entretenerse los que están ociosos—, cuando de repente 7
uno de los marineros dijo que había visto una barca de río
apartándose de la orilla a fuerza de remos y desde la cual unos
hombres agitaban sus ropas y tendían hacia ellos las manos.
Peticio, pues, mandó hacer un alto e inmediatamente recono- 8
ció a Pompeyo tal y como lo había visto en el sueño; después,
golpeándose la cabeza, ordenó a sus marineros que arrojasen
el bote al mar, extendió el brazo y llamó a Pompeyo, compren-
diendo ya por su aspecto el desgraciado cambio de fortuna que
había sufrido. Por ello, sin esperar súplica o palabra alguna, lo 9
recibió a bordo a él y a todos los que él quiso llevar consigo,
que eran los dos Léntulos y Favonio, y se hizo a la mar[275];
poco después, al ver que el rey Deyótaro se apresuraba hacia
ellos desde tierra adentro, también lo recogieron[276]. Cuando 10

[274] Peticio solo nos es conocido por esta anécdota.

[275] Los dos Léntulos son P. Cornelio Léntulo Espínter (cf. 49, 9, nota 201 y 67, 9) y L. Cornelio Léntulo Crus (cf. 59, 2, 5, 6, y nota 235). Sobre M. Favonio, cf. 60, 7 (y nota 241), 67, 5 y 73, 7.

[276] El rey Deyótaro era, a comienzos del siglo I a. C., uno de los tetrarcas de la Galacia occidental, en Asia Menor; durante la guerra contra Mitrídates apoyó a Roma aportando tropas a los distintos generales que lucharon contra el rey del Ponto, entre ellos a Pompeyo. Cuando estalló la guerra civil, tomó partido por Pompeyo —participó en la batalla de Fársalo con seiscientos jinetes. Muerto Pompeyo, intentó reconciliarse con César, que aprovechó su debilidad para castigar a su dinastía. Fue acusado de intentar asesinar a César, y Cicerón, que había trabado amistad con él durante su proconsulado en Cilicia, pronunció en su defensa el discurso *Pro rege Deiotaro*.

llegó la hora de la cena, el patrón del barco la preparó con las provisiones que encontró a mano; Favonio, viendo que Pompeyo, a falta de sirvientes, comenzaba a descalzarse él mismo,
11 corrió hacia él, lo descalzó y le ungió con aceite. Y, de aquí en adelante, no dejó de cuidarlo y de atenderlo en todo lo que los esclavos sirven a sus señores, lavándole incluso los pies y preparándole la comida, de tal manera que alguien, al ver con qué generosidad y sincera sencillez cumplía este servicio, podría haber exclamado:

«¡Ah! ¡Para los hombres nobles cualquier tarea es hermosa!»[277].

74 Así, tras hacer escala en Anfípolis, pasó desde allí a Mitilene con la intención de recoger a Cornelia y a su hijo[278].
2 Cuando atracó en la costa de la isla, envió a la ciudad un mensajero para que diese a Cornelia noticias muy distintas de las que ella esperaba en vista de los mensajes y las cartas halagüeñas que había recibido, pues ella creía que la guerra había terminado en Dirraquio y que la única tarea que le que-
3 daba por hacer a Pompeyo era perseguir a César[279]. Encontrándola así de esperanzada, el mensajero no tuvo arrestos para detenerse en ceremonias, y, tras contarle la magnitud de sus numerosas desgracias más con lágrimas que con palabras, le ordenó que se apresurase si tenía algún deseo de ver a Pom-
4 peyo a bordo de una sola nave y que además no era suya. Al

[277] Trímetro yámbico de una obra perdida de Eurípides (fr. 961 N$^2$).

[278] Anfípolis era una ciudad griega situada en la costa tracia, junto al río Estrimón. Mitilene, la capital de la isla de Lesbos, había sido liberada por Pompeyo en deferencia a su consejero Teófanes (cf. 37, 4, nota 153), de ahí la actitud favorable de sus habitantes hacia Pompeyo. El hijo de Pompeyo aquí aludido debe de ser Sexto, hijo menor del Magno y fruto de su matrimonio con Mucia, pues Cneo, su primogénito, había sido enviado por Pompeyo a Siria para preparar una expedición, como se dice en 62, 3.

[279] Cf. 66, 3.

escucharlo, ella se desplomó y permaneció largo rato tendida
en el suelo, sin sentido y sin voz, y, cuando a duras penas re-
cobró el conocimiento, comprendiendo que no era momento
de lamentaciones y de lágrimas, atravesó corriendo la ciudad
en dirección al mar. Pompeyo salió a recibirla y la acogió en 5
sus brazos cuando estaba a punto de desmayarse y de caerse al
suelo. «Te veo —exclamó—, esposo, arrojado sin recursos en
una sola nave, no por obra de tu propia fortuna, sino de la mía,
tú que antes de tu matrimonio con Cornelia navegabas con
quinientos barcos por este mismo mar. ¿Por qué has venido
a verme, y por qué no has abandonado a su infeliz destino a
la que te ha sumido en semejante desgracia? ¡Qué mujer tan
feliz hubiera sido si hubiera muerto antes de enterarme de
que Publio, mi primer marido, había muerto entre los partos,
y qué sensata si, como era mi intención, me hubiera quitado
después de él la vida![280] Pero me he salvado, al parecer, para
causar también la ruina a Pompeyo el Grande».

Se dice que estas fueron las palabras de Cornelia, a las 75
que Pompeyo contestó: «Tú solo conoces, Cornelia, una parte
de mi fortuna, la mejor, y esta tal vez te ha engañado porque
ha durado más tiempo de lo que acostumbra. Sin embargo, 2
también tenemos que soportar estas desgracias, ya que somos
mortales, y tentar otra vez a la suerte, pues no debe perder
la esperanza de salir de su estado actual y de recobrar su an-
tiguo estado alguien que ha pasado desde aquel a este». Así 3
pues, Cornelia mandó a la ciudad a buscar sus bienes y a sus
sirvientes; los mitilenios acudieron a saludar a Pompeyo y le
invitaron a entrar en su ciudad, pero él se negó y les ordenó
que se sometiesen al vencedor y que confiasen en él, pues
César era benévolo y clemente. Pompeyo, por su parte, vol- 4
viéndose hacia el filósofo Cratipo, que había bajado desde la
ciudad para verlo, le hizo algunas críticas y discutió breve-

[280] Sobre Publio, cf. 55, 1 y nota 225.

mente con él acerca de la Providencia[281]; Cratipo cedió a sus argumentos e intentó inducirle a concebir mejores esperanzas para no resultarle molesto e inoportuno si le contradecía. Pues si Pompeyo hubiese seguido haciéndole preguntas sobre la Providencia, Cratipo podría haberle demostrado[282] que la situación política, a causa del mal gobierno, requería desde ya de la autoridad de un solo hombre, y después podría haberle preguntado: «¿Cómo, Pompeyo, y con qué pruebas podrás persuadirnos de que tú hubieses empleado la Fortuna mejor que César si hubieses vencido? Pero conviene dejar a un lado estas cuestiones puesto que están en mano de los dioses».

76 Tras tomar consigo a su esposa y a sus amigos, Pompeyo continuó su viaje sin hacer más que las escalas necesarias para proveerse de agua o de víveres. La primera ciudad en la que entró fue Atalia, en Panfilia[283]. Allí recogió algunas trirremes que habían venido desde Cilicia para encontrarse con él,
2 reunió tropas y se rodeó de nuevo de sesenta senadores. Al enterarse de que su flota se mantenía unida y que Catón hacía pasar a Libia a los numerosos soldados que había reunido, se lamentó delante de sus amigos y se reprochó a sí mismo el haberse dejado forzar a combatir con las tropas de infantería y no haber hecho uso de su flota, que era una fuerza incontestablemente superior, ni haberla conducido a una zona donde, en caso de sufrir una derrota por tierra, hubiese podido disponer inmediatamente de una fuerza naval equivalente y de un
3 ejército igual de poderoso. Sin duda, no hubo error mayor por parte de Pompeyo —ni maniobra más hábil por parte de César— que trabar combate tan lejos de los refuerzos marítimos.

---

[281] *Se trata de* Cratipo de Pérgamo, el filósofo peripatético que fue amigo y maestro de Cicerón en Lesbos y Atenas.

[282] El texto griego está corrupto en este punto; basamos nuestra traducción en la conjetura propuesta por K. Ziegler (*op. cit.*, pág. 337).

[283] La ciudad de Atalia —actualmente Antalya, en Turquía— se hallaba en la costa oeste de Panfilia, país de Asia Menor situado entre Licia y Cilicia.

Forzado por las circunstancias a tomar una decisión y actuar, 4
envió mensajeros a algunas ciudades, mientras que a otras
navegaba él personalmente para pedir dinero y equipar naves.
Mas, temiendo la fuerza y la rapidez de su enemigo, que po- 5
día lanzarse contra él y sorprenderlo antes de que terminase
los preparativos, buscaba por lo pronto un refugio y un asilo.
A quienes deliberaban sobre esta cuestión ninguna provincia 6
les parecía adecuada para refugiarse; respecto a los reinos, el
propio Pompeyo declaró que el de los partos era, por el mo-
mento, el más apropiado para recibirlos y protegerlos mientras
estuviesen débiles, y para devolverles las fuerzas y enviarlos
de nuevo con una potencia mayor. Los demás volvían sus 7
pensamientos hacia Libia y Juba[284]; Teófanes de Lesbos, en
cambio, consideraba una locura dejar atrás Egipto, que estaba
a una distancia de tres días de navegación, y a Tolomeo, que
era casi un niño pero que tenía con él una deuda de amistad
y cortesía heredada de su padre, e ir a ponerse bajo el poder 8
de los partos, el más desleal de los pueblos[285]; él, que no estaba
dispuesto a aceptar un segundo puesto por detrás de César, un
romano que había sido su suegro, para pasar a ser el primero
de todos los demás, ni tampoco estaba dispuesto a someterse a
su clemencia, ¿iba a hacer dueño de su persona a un Arsácida
que ni siquiera pudo apoderarse de Craso con vida?[286] Ade- 9
más —decía Teófanes— ¿iba a llevar a una joven mujer de la

---

[284] Se trata de Juba I, rey de Numidia entre 60 y 46 a. C. En la guerra civil, tomó partido por Pompeyo y, tras la batalla de Tapso, ganada por César, se suicidó.

[285] El Ptolomeo aquí mencionado es Ptolomeo XIII, rey de Egipto junto a su hermana y esposa Cleopatra VII, e hijo de Ptolomeo XII Auletes, el que fue huésped de Pompeyo en Roma tras huir de Egipto (cf. 49, 9-14 y nota 201). Ascendió al trono en el año 48 —con solo unos quince años— y murió al año siguiente en la batalla alejandrina contra César.

[286] Los reyes partos pertenecían a la dinastía de los Arsácidas, fundada por Arsaces a mediados del siglo III a. C. En cuanto a la alusión a Craso, se comprende si tenemos en cuenta que, en la batalla de Carras, el general del ejército

familia de los Escipiones a un país de bárbaros que practican una insolencia y desenfreno a la medida de su poder, de tal manera que, aunque no sufriese mal alguno, sería terrible que se creyese que lo había sufrido por encontrarse en poder de hombres capaces de hacerle daño? Se dice que esta consideración fue la única que disuadió a Pompeyo de dirigirse hacia el Éufrates, si es que fue un cálculo suyo y no el hado el que le indicó este otro camino.

77 Como prevaleció, pues, la idea de refugiarse en Egipto, partió de Chipre en una trirreme seléucida con su mujer (los demás navegaban cerca de él, unos en barcos de guerra como el suyo, otros en naves de carga) y atravesó el mar sin incidentes[287]; mas, informado de que Tolomeo se hallaba en Pelusio con un ejército haciendo la guerra contra su hermana, se detuvo allí y envió un mensajero para que anunciase al
2 rey su llegada y le pidiese asilo[288]. Tolomeo era aún demasiado joven, y el que se ocupaba de todos sus asuntos, Potino, convocó en consejo a los hombres más influyentes —esta influencia la concedía él a quien quería— e invitó a cada uno
3 a que expresara su opinión. Era verdaderamente triste que la suerte de Pompeyo la decidiesen el eunuco Potino, Teódoto de Quíos, contratado como maestro de retórica, y el egipcio Aquilas, pues estos eran con mucho los principales consejeros de entre los demás servidores de cámara y tutores del rey[289].

parto Surena mató a Craso y entregó su cabeza al rey Orodes II, a pesar de que su intención era apresar vivo al general romano.

[287] La alusión a la «trirreme seléucida» no queda clara: es posible que Plutarco la llame así porque procediese de Seleucia de Cilicia, o bien porque se tratase de un tipo concreto de «trirreme» cuyas características desconocemos, como sugieren Flacelière-Chambry (*ed. cit.*, pág. 312).

[288] La ciudad egipcia de Pelusio estaba situada en el brazo más oriental del delta del Nilo y se corresponde con la actual Tine; en ella comenzó la guerra civil que la reina Cleopatra emprendió, en el año 55, contra su hermano Ptolomeo XIII.

[289] Aquilas, según César, *Guerra Civil*, III, 104, era *praefectum regium*.

Pompeyo, anclado lejos de la costa, esperaba el veredicto de 4
semejante tribunal, él que juzgaba indigno deber su salvación
a César. Las opiniones fueron completamente opuestas: unos 5
aconsejaban expulsar a Pompeyo, y otros, llamarlo y acogerlo.
Pero Teódoto, haciendo una demostración de su elocuencia y 6
de su habilidad oratoria, declaró que ninguna de las dos opciones era segura, pues si lo recibían tendrían a César como enemigo y a Pompeyo como señor, y si lo rechazaban, Pompeyo podría culparlos de su expulsión y César de obligarle a continuar su persecución; la mejor opción era, pues, hacerlo venir y matarlo, ya que de este modo complacerían al uno y no tendrían que temer al otro. Y, según se dice, añadió sonriente: «Un cadáver no muerde».

Tras sancionar esta propuesta, encargaron su ejecución a 78
Aquilas. Este, tomando consigo a un tal Septimio, que había sido en otro tiempo tribuno militar de Pompeyo, a un centurión llamado Salvio y a tres o cuatro criados, se hizo al mar
en dirección al barco de Pompeyo[290]. Sus compañeros de viaje 2
más distinguidos habían subido a bordo para ver qué sucedía.
Cuando vieron que el recibimiento no era ni regio, ni brillante, 3
ni acorde a las esperanzas de Teófanes, sino que solo navegaban hacia allí unos pocos hombres a bordo de un único barco de pesca, sospecharon de la poca importancia que se les daba y aconsejaron a Pompeyo hacer retroceder la nave hacia alta
mar hasta que estuviesen fuera del alcance de las flechas. Pero 4
entre tanto el barco se acercaba, y Septimio se levantó el primero y saludó en latín a Pompeyo con el título de *imperator*.
Aquilas le saludó en griego y le invitó a pasarse a su barco 5
porque había mucho cieno y el mar, lleno de bancos de arena, no era lo suficientemente profundo como para que navegase

[290] Lucio Septimio era un tribuno militar que había combatido junto a Pompeyo en la guerra contra los piratas (cf. R. SEAGER, *op. cit.*, pág. 184); seguramente era uno de los muchos soldados que, según César, habían sido llevados a Alejandria por Gabinio (cf. CÉS., *Guerra Civil* III 103-104).

6 una trirreme. Al mismo tiempo se veían algunas naves del rey equipándose y a hombres armados que ocupaban la costa, de tal manera que, si cambiaban de opinión, la huida parecía imposible, y a ello se añadía el hecho de que esta desconfianza
7 podía dar a los asesinos una excusa para su crimen. Así pues Pompeyo, después de abrazar a Cornelia, que había llorado anticipadamente su muerte, ordenó que subieran a bordo con él dos centuriones, uno de sus libertos, Filipo, y un esclavo llamado Escita, y cuando ya Aquilas le estrechaba la mano desde el barco, se volvió hacia su mujer y sus hijos y recitó estos yambos de Sófocles:

«Quien hacia un tirano se dirige, se convierte en su esclavo
aunque libre emprenda el camino[291]».

79 Estas fueron las últimas palabras que dijo antes de embarcarse. La distancia desde la trirreme a tierra era grande, y como ninguno de los que navegaban con él le dirigía una palabra de cortesía, volvió los ojos hacia Septimio y le dijo: «Seguro que no me equivoco, ¿no eres tú uno de mis antiguos compañeros de armas?». Septimio se limitó a hacer una señal de afirmación con la cabeza, sin pronunciar palabra ni
2 darle muestra alguna de amistad. Como de nuevo se hizo un profundo silencio, Pompeyo, que llevaba en un pequeño rollo un discurso escrito en griego, preparado para pronunciarlo
3 ante Tolomeo, comenzó a leerlo. Cuando se aproximaban a tierra, Cornelia, que estaba vivamente inquieta, acompañada de sus amigos miraba desde la trirreme el desarrollo de los hechos, y empezó a animarse al ver que muchos hombres del rey concurrían al lugar del desembarco como con intención
4 de honrarlo y recibirlo. Pero en el momento en que Pompeyo tomaba la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio, por la espalda, fue el primero en atrave-

[291] Fragmento 873, Radt (789 Nauck$^2$).

sarlo con su puñal, y después de él Salvio y luego Aquilas
desenvainaron sus espadas. Pompeyo, echándose con ambas 5
manos la toga sobre su rostro, sin decir ni hacer nada indigno de él, sino emitiendo sólo un gemido, resistió con firmeza los golpes. Tras haber vivido cincuenta y nueve años, dijo adiós a su vida un día después de su cumpleaños[292].

Los que estaban en los barcos, al ver el asesinato, lan- 80
zaron un lamento que llegó a oírse desde tierra, y tras levar rápidamente anclas emprendieron la huida. Un fuerte viento les ayudaba a escapar, en vista de lo cual los egipcios renun-
ciaron a perseguirlos, aunque esa era su intención. Cortaron la 2
cabeza de Pompeyo, arrojaron el resto de su cuerpo desnudo fuera de la barca y lo abandonaron para quienes deseasen ver
esa clase de espectáculos. Filipo permaneció a su lado hasta 3
que ellos se cansaron de mirarlo; a continuación, lavó en el mar el cadáver, lo envolvió en su propia túnica, y como no tenía nada con que incinerarlo, examinó la orilla y encontró los restos de un pequeño barco de pesca, ya apolillados pero suficientes para alimentar la hoguera que necesita un cadáver
desnudo e incompleto. Mientras recogía y apilaba los restos, 4
se presentó un romano ya viejo, pero que en su juventud había hecho con Pompeyo sus primeras campañas, y dijo: «¿Quién eres tú, amigo, que tienes intención de dar sepultura a Pom-
peyo el Grande?». Filipo respondió que era un liberto suyo: 5
«Pues bien —dijo el hombre— no serás el único a quien le corresponda ese honor. Déjame participar en tan piadosa tarea, pues no me quejaré en absoluto de mi estancia en el extranjero si, en compensación por tantas desgracias, al menos consigo tocar y sepultar con mis propias manos al más grande general
de Roma». Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al día 6
siguiente, Lucio Léntulo[293], que ignoraba lo que había ocurri-

[292] Pompeyo, nacido en 106, murió el 28 de septiembre de 48.

[293] Sobre Lucio Léntulo, cf. *Pomp.*, 59, 2 y nota 235.

do, llegó en barco procedente de Chipre, y cuando bordeaba la orilla vio una pira funeral y junto a ella a Filipo, al que aún no había reconocido: «¿Quién es —exclamó— el que ha cumplido su destino y descansa aquí?». Y tras una breve pausa dijo entre suspiros: «¿Quizá tú, Pompeyo el Grande?». Poco después se apeó del barco, lo apresaron y le dieron muerte.

7 Así acabó Pompeyo. No mucho después César llegó a Egipto, que estaba completamente contaminado por la mancha de un crimen tan grande. Al hombre que le presentó la cabeza de Pompeyo le volvió la cara como si de un asesino se tratase, y cuando recibió el sello de Pompeyo rompió a llorar; su
8 emblema era un león armado con una espada. A Aquilas y a Potino los hizo degollar; el rey, derrotado en un combate junto
9 al río, desapareció[294]. Teódoto el sofista escapó a la venganza de César: huyó de Egipto y anduvo errante en la miseria y odiado por todos. Pero Marco Bruto, cuando alcanzó el poder después de matar a César, lo descubrió en Asia y le dio muerte, no sin antes ensañarse con él de todas las formas posibles.
10 Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas a Cornelia, que las llevó a su villa de Alba y las depositó allí.

## COMPARACIÓN DE AGESILAO Y POMPEYO

81 Una vez expuestas las vidas, recorramos rápidamente con el pensamiento los puntos que los distinguen y comparémos-
2 los entre sí. Son los siguientes. En primer lugar, Pompeyo alcanzó el poder y la gloria de la manera más justa, abriéndose camino por sí mismo y prestando a Sila numerosos y grandes servicios para liberar a Italia de sus tiranos; Agesilao, en cambio, parece que consiguió la monarquía por medios que

[294] En marzo del 47, Ptolomeo XIII fue derrotado en la batalla del Nilo y murió ahogado.

atentan contra los dioses y contra los hombres, pues acusó de
bastardo a Leotíquidas, a quien su hermano había reconocido
como hijo legítimo, y no se tomó en serio el oráculo relativo
a su cojera[295]. En segundo lugar, Pompeyo no dejó de honrar a 3
Sila mientras este vivió, y, tras su muerte, le tributó honores
fúnebres en contra de Lépido y casó a su hija con Fausto, el
hijo de Sila[296]. Agesilao, en cambio, apartó de su lado a Lisan- 4
dro con el primer pretexto que encontró y lo cubrió de injurias.
Mientras que Sila recibió de Pompeyo no menos servicios de
los que este le procuró a él, a Agesilao fue Lisandro quien le
hizo rey de Esparta y general de Grecia. En tercer lugar, las 5
injusticias políticas de Pompeyo se debieron a sus lazos de
parentesco, pues la mayoría de ellas las cometió junto a César
y Escipión, que eran sus suegros; Agesilao, por su parte, salvó 6
de la muerte a Esfodrias, que debía pagar por su agravio con-
tra los atenienses, solo para favorecer el amor de su hijo [297];
y a Fébidas, que había violado los tratados firmados con Te-
bas, es evidente que le ayudó con entusiasmo a causa de este
mismo crimen[298]. En resumen, todos los daños cometidos con- 7
tra los romanos de los que se acusa a Pompeyo, ocurrieron
por escrúpulos o por ignorancia, en tanto que Agesilao causó
daños a los lacedemonios por cólera y ambición al encender
la guerra de Beocia.

Si hay que atribuir a la fortuna los errores de estos dos 82
hombres, la de Pompeyo no podía ser prevista por los roma-
nos, mientras que Agesilao no permitió a los lacedemonios
cuidarse de la monarquía coja, a pesar de que ellos tenían
noticias de ella y la habían previsto. Pues aunque una y mil 2
veces había quedado claro que Leotíquidas no era más que un

[295] Cf. *Ages.*, 3, 7-9.

[296] Sobre la oposición de Lépido a los funerales de Sila, cf. *Pomp.*, 15, 4, y sobre la boda entre Fausto y la hija de Pompeyo, cf. *Pomp.*, 47, 10.

[297] Cf. *Ages.*, 24, 4 y ss., y 25.

[298] Cf. *Ages.*, 23, 6 (y nota) y ss.

extranjero y un bastardo, los euripóntidas no hubiesen tenido ningún problema en proporcionar a Esparta un rey legítimo y de piernas firmes, si Lisandro no hubiera oscurecido el oráculo
3 en interés de Agesilao. Por otro lado, en lo que toca al remedio que aplicó Agesilao al problema planteado por los *temblorosos* después de la batalla de Leuctra, cuando ordenó que por ese día durmiesen las leyes[299], debemos decir que no hubo ninguna otra argucia política como esta y que no encontramos nada comparable a ella en la carrera de Pompeyo; este, por el contrario, para demostrar a sus amigos la grandeza de su poder, ni siquiera pensaba que tuviese que mantenerse fiel a las leyes
4 que él mismo había dictado[300]. Agesilao, en cambio, puesto en el aprieto de quebrantar las leyes para salvar a sus ciudadanos, encontró el modo de que las leyes no perjudicasen a los espar-
5 tanos y de no derogarlas con tal de no causar daños. Atribuyo también a la virtud política de Agesilao el inimitable hecho de que abandonase sus empresas de Asia al recibir la escítala[301];
6 y es que él no servía al Estado, como Pompeyo, para hacerse grande a sí mismo, sino que, mirando sólo por el bien de la patria, renunció a un poder y a una gloria tales que nadie, a excepción de Alejandro, alcanzó antes ni después.

83 Desde otro punto de vista, si se tienen en cuenta sus campañas y éxitos militares y se considera el número de trofeos, la grandeza de los ejércitos que condujo Pompeyo y la cantidad de combates reglados en los que venció, creo que ni siquiera Jenofonte las hubiera comparado con las victorias de Agesilao, aunque a él, en virtud de sus otras cualidades, se le concede como privilegio extraordinario el poder escribir

[299] Cf., *Ages.* 30, 6.

[300] Véase, por ejemplo, *Pomp.*, 55, 6 y ss., donde Plutarco cuenta cómo Pompeyo intercedió en favor de su suegro Escipión, que había sido llamado a juicio, y cómo elogió públicamente a Planeo a pesar de que él mismo había prohibido por ley alabar en público a quienes iban a ser juzgados.

[301] Cf. *Ages.*, 15, 2-8.

y decir lo que quiera acerca de su personaje. Pienso también 2
que, en lo que se refiere a la clemencia hacia los enemigos, existen diferencias entre los dos hombres. Pues Agesilao, en su deseo de esclavizar Tebas y despoblar Mesenia, —la una, que había recibido una parte igual a la de su patria, y la otra, que era la metrópoli de su linaje[302]—, a punto estuvo de perder Esparta, y de hecho le hizo perder su hegemonía; Pompeyo, 3
en cambio, dio ciudades a los piratas que se reformaron e hizo su aliado al rey de Armenia Tigranes, que había caído en su poder y al que podía haber llevado en su triunfo, diciendo que prefería la eternidad a un solo día[303]. Ahora bien, si a un 4
general se le concede el primer premio de la virtud por la excelencia y la superioridad de sus actos y decisiones en la guerra, el lacedemonio deja no poco atrás al romano. Pues, 5
en primer lugar, él no abandonó ni descuidó la ciudad a pesar de que fue atacada por un ejército de siete mil enemigos y de que él disponía solo de unos pocos hoplitas que habían sido vencidos antes en Leuctra. Pompeyo, en cambio, en cuanto 6
César se apoderó de una sola ciudad de Italia únicamente con cinco mil trescientos hombres[304], huyó atemorizado de Roma, bien fuera cediendo vergonzosamente su lugar a tan pocos soldados o bien conjeturando erróneamente que eran más; ade- 7
más, tras llevarse consigo a sus hijos y a su esposa, emprendió la huida dejando indefensas a las familias de los demás ciudadanos, cuando debería haber vencido combatiendo por la patria o haber aceptado las condiciones del vencedor, pues to que era conciudadano y pariente suyo. Pero no: Pompeyo, 8
que tenía por algo abominable prorrogar el mando militar y

[302] Alusión al mítico reparto del Peloponeso entre lacedemonios, mesenios y argivos; según el mito, en Tebas había nacido Alcmene, la madre de Heracles, del que descendían los reyes espartanos.

[303] Es decir, Pompeyo prefería una larga paz antes que la gloria de un triunfo, que dura un solo día.

[304] Esta ciudad es Arimino (Rimini), cf., *Pomp.*, 60, 1.

elegir cónsul a César, le dio a este el poder, una vez que él se apoderó de la ciudad, de decirle a Metelo que consideraba sus prisioneros de guerra tanto a él como a todos los demás ciudadanos[305].

84 La principal tarea de un buen general es, sin duda, forzar a combatir a los enemigos cuando es superior a ellos, y no dejarse forzar cuando sus fuerzas son inferiores, cosa que Agesilao hizo y gracias a lo cual se mantuvo siempre invicto.
2 César, mientras estuvo en inferioridad, evitó que Pompeyo le causase daños, pero cuando se supo superior le obligó a cometer el error de trabar la batalla final con sus tropas de tierra, y pronto se hizo dueño del dinero, de las provisiones y del mar, ventajas que, si hubiesen seguido en manos de sus
3 enemigos, podrían haberle causado la ruina sin combatir. Y lo que se aduce para justificar los errores de Pompeyo es, sin embargo, la mayor acusación que puede hacerse a un general de su talla: pues que un general joven, perturbado por los clamores y los gritos sobre su debilidad y cobardía, se aparte de sus más firmes determinaciones, es natural y perdonable;
4 pero que Pompeyo el Grande, a cuyo campamento los romanos lo llamaban su patria, y a su tienda su Senado, mientras que consideraban desertores y traidores a los pretores y a los cónsules que ejercían sus cargos en Roma; él, que se sabía que no había estado nunca bajo las órdenes de nadie y que había dirigido excelentemente todas sus campañas en calidad de jefe supremo, ¿cómo pudo tolerar que las burlas de Favonio y de Domicio o el miedo a que lo llamasen Agamenón lo forzasen, o casi, a poner en peligro el imperio y la libertad?[306]
5 Si pensaba sólo en la vergüenza del momento, debió primero haber resistido y luchado por Roma; y, en todo caso, después de declarar que aquella huida era una estrategia ya adoptada

[305] Cf. *Pomp.*, 62, 1.
[306] Cf. *Pomp.* 67, 5.

por Temístocles[307], no debería haber considerado como una deshonra contemporizar en Tesalia en lugar de trabar batalla. Pues sin duda la divinidad no le había indicado que la llanura 6
de Fársalo sería el estadio y el teatro en que ellos se disputarían el imperio, y ningún heraldo le mandó descender hasta allí para combatir o dejar a otro la corona de vencedor; en cambio, el control del mar le ofrecía numerosas llanuras, miles de ciudades y un territorio inmenso, por si hubiera querido imitar a Máximo[308], a Mario, a Lúculo y al propio Agesilao, que soportó en Esparta tumultos de no menor importancia 7
cuando los espartanos quisieron combatir contra los tebanos en defensa de su país, y que en Egipto aguantó numerosas calumnias, acusaciones y sospechas de parte del rey al aconsejarle que mantuviese la calma; adoptando a su antojo sus 8
mejores determinaciones, no solo salvó a los egipcios contra su voluntad y se bastó él solo para mantener siempre en pie a Esparta en medio de tan gran conmoción, sino que también erigió en la ciudad un trofeo por su victoria sobre los tebanos, proporcionándoles así la posibilidad de vencer de nuevo por el hecho mismo de no haber resultado destruidos cuando querían cometer violencia contra él. Por esta razón Agesilao 9
recibió después las alabanzas de aquellos a quienes él había impuesto la salvación, mientras que Pompeyo, que cometió errores por seguir los consejos de otros, tuvo por acusadores a los mismos ante los que él cedió. Algunos dicen, sin em- 10
bargo, que lo engañó su suegro Escipión, quien, queriendo apropiarse de una gran parte de las riquezas que había traído

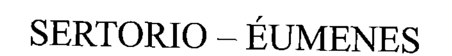
[307] Cf., *Pomp.*, 63, 2 y nota.

[308] El Máximo aquí aludido es sin duda Quinto Fabio Máximo (275-203 a. C.), que fue cónsul en 233 y 228 y censor en 230; en 217, fue nombrado dictador después de la severa derrota que el cartaginés Aníbal infligió a los romanos en Trasimeno. Su apuesta por una guerra de desgaste para acabar con el enemigo púnico le valió el apodo de *Cunctator*, que vendría a significar algo así como *el Contemporizador* o el *Vacilante*.

de Asia, las ocultó y le apremió a combatir con el pretexto de
11 que ya no había dinero. Pero aunque esto fuese verdad, un general no debía verse afectado por ello ni dejarse engañar tan fácilmente hasta el extremo de poner en peligro los más grandes intereses. En todo esto, pues, apreciamos el carácter de uno y otro hombre.

85 En cuanto a sus viajes a Egipto, Pompeyo huyó hacia allí por necesidad, mientras que Agesilao no lo hizo por algún motivo honesto ni obligado a ello, sino por dinero, con el fin de poder hacer la guerra contra los griegos con las ganancias
2 que obtendría sirviendo como general de los bárbaros[309]. En consecuencia, los reproches que nosotros les hacemos a los egipcios respecto a Pompeyo son semejantes a las acusaciones que hacen los egipcios contra Agesilao. Pues el uno, que confiaba en ellos, recibió de su parte un trato injusto; y el otro, en el que ellos confiaban, les abandonó y se pasó a los enemigos de aquellos en cuya ayuda había cruzado el mar.

[309] Cf. *Ages.* 36, 2 y nota.



# SERTORIO – ÉUMENES

# INTRODUCCIÓN

## SERTORIO

La vida de Quinto Sertorio transcurre entre los años 122 y 72 a. C., una época turbulenta en la historia de Roma, con conflictos exteriores como la guerra de Yugurta (111-105 a. C.), la peligrosa invasión de cimbrios y teutones (113 -101 a. C.) y la larga lucha contra el rey del Ponto Mitrídates (88-66 a. C.), e interiores, en los que se refleja la crisis de la República romana, empezando con el fracaso del movimiento reformador de los Gracos (133-121 a. C.), que será el origen de la guerra civil entre la clase terrateniente de los nobles de viejo cuño, los *optimates*, que encontrarán un líder en Lucio Cornelio Sila, y la burguesía que se les opondrá, adoptando el nombre de *populares*, siendo su jefe más significativo Cayo Mario; añádase a esto, para completar el panorama, la sublevación de los latinos aliados *(socii)* de Roma, que solicitarán en vano la igualdad de derechos con sus antiguos conquistadores, hartos de suministrar impuestos y soldados sin obtener nada a cambio, y que, al no lograrla, se levantarán en armas contra la metrópoli en la llamada «guerra social» (91-89 a. C.).

En este escenario va a vivir Sertorio; muy joven queda huérfano de padre y será criado por su madre, a la que tuvo auténtica devoción (2. 1; 22. 9-11); pocos datos nos da Plu-

tarco sobre su formación, aunque no debió de ser poca, pues empezó a destacar en la oratoria (Cicerón le alaba en el *Bruto* 48. 180), aunque enseguida se sintió atraido hacia las armas, y con la invasión de cimbrios y teutones empezó su aprendizaje militar, conoció a Mario e hizo una primera demostración de su astucia y capacidad lingüística al disfrazarse de celta para obtener informes (3. 2-4). Fue luego tribuno militar en Iberia, cuestor en la Galia Cisalpina, desde donde participó en la «guerra social», campaña en la que perdió un ojo, lo que era su mejor condecoración (4. 3-4), y, de regreso a Roma, la oposición de Sila a su candidatura al tribunado de la plebe provocó que se alineara con los *populares* cuando empezó el conflicto (4. 6), aunque, por conocer bien a Mario, no confiara en él. La muerte de Mario y Cinna y el regreso de Sila de la campaña contra Mitrídates le hicieron abandonar Roma y, tras una corta estancia en Libia, dirigirse a Iberia.

Allí será donde lucirá plenamente sus dotes militares, que le hicieron invencible ante los muchos generales que Roma envió contra él, entre ellos los prestigiosos Metelo Pío y Gneo Pompeyo; su ejército, formado en su mayor parte por naturales del país, será organizado por él a la manera romana (14. 1-2), pero dándole una agilidad de la que carecía la legión (12. 6-8). Usó también Sertorio de la superstición cuando se servía de la cierva blanca a la que atribuía poderes divinos (11. 3-8) o teatralizando episodios como el de los dos caballos (16. 5-11) para conseguir lo que quería de sus hombres. Su prestigio entre los iberos se hizo mítico y estuvieron dispuestos a morir por él (14. 5-6), aunque, según Plutarco, nunca les confió un mando militar de importancia y siempre quiso mantener las instituciones romanas, formando un senado con aquellos de sus miembros que se refugiaron junto a él (22. 5-7). Esto es para Plutarco una muestra de su patriotismo, y otra, su actitud ante Mitrídates, en el pacto que hizo con él, al poner límites a su petición de invadir Asia, negándole su

pretensión de ocupar lo que ya era provincia romana, aunque otras fuentes que poseemos, como es el caso de Apiano, den versiones diferentes.

Nuestro autor debe de haber utilizado la descripción que de Sertorio hizo Salustio en sus *Historias*, que conservamos muy fragmentariamente: en concreto, la carta que Pompeyo dirige al senado (21. 9), de la que Plutarco hace un resumen, contiene los mismos términos que la que encontramos en la citada obra de Salustio, II 70; sin embargo, no lo cita, aunque sí lo hace en otras *Vidas* (*Sila*, *Lúculo*), y sólo hace referencia, alabándolo, al historiador Juba II, rey de Mauritania (9. 10). Quizá proceda de Salustio el carácter trágico que imprime Plutarco a Sertorio, quien lucha por sobrevivir, aunque preferiría vivir en paz en unas islas, lejos de la política y de la guerra (9. 1), o, en Roma, como un simple particular (22. 7-9); también se disculpa, achacándola a los reveses de la Fortuna, la crueldad que empleó con los jóvenes iberos a los que mantenía como rehenes en Osca (10. 5-7).

El esquema seguido por Plutarco es el siguiente:

1. Prefacio: 1.
2. Los primeros años de Sertorio: 2-3.
3. Actuación de Sertorio en la «guerra social» y en la guerra civil: 4- 5.
4. Su marcha de Roma: 6.
5. Estancia en Libia: 7-9.
6. Llegada a Lusitania: 10-11.
7. Campaña contra Metelo: 12- 17.
8. Campaña contra Pompeyo: 18- 22.
9. Tratos con Mitrídates: 23- 24.
10. Muerte de Sertorio, dispersión de su ejército y partidarios: 25- 27.

## ÉUMENES

Si la vida de Sertorio estuvo marcada por las turbulencias de la última etapa de la República romana, no menos lo estuvo la de Éumenes en el enorme conflicto de intereses que se produjo tras la muerte de Alejandro Magno en el año 323 a. C. Al morir sin haber hecho testamento ni designar un sucesor, la falange apostó por Filipo Arrideo, un deficiente mental, hijo bastardo de Filipo II, mientras que la caballería formada por los llamados Compañeros optó por el hijo que esperaba Roxana, la viuda de Alejandro, si nacía varón; mientras tanto, la asamblea del ejército nombró un regente, Perdicas, contra el que, de inmediato, todos empezaron a conspirar. En este problema de la sucesión Éumenes intentó conciliar a los dos bandos (3. 1).

Éumenes había nacido en el año 361 a. C. en Cardia, en el Quersoneso tracio; Plutarco desconfía, con razón, de la versión que da el historiador Duris de Samos, cuando asegura que su padre se había visto reducido por la pobreza al oficio de carretero; de haber sido así, resulta difícil entender que Filipo II, en su visita a Cardia, por quedar admirado del valor y talento con los que el niño Éumenes competía en un certamen infantil, se lo llevara con él; mucho más plausible es la versión de Nepote, que lo sitúa como vástago de una noble familia. Éumenes escaló rápidamente puestos en la corte macedonia, y cuando Alejandro fue rey, lo nombró primer secretario, lo que también indica que su educación debía ser esmerada. De su aspecto físico Plutarco nos habla, pero ya en su edad madura (11. 3), y también de sus grandes cualidades de inteligencia (1. 2; 16. 1), valor (1. 2; 7. 7-12), fidelidad a los legítimos herederos de Alejandro, como se ve en su respuesta a las propuestas de Cratero y Antípatro (5. 6-8) o cuando pone por delante el nombre de los reyes corrigiendo el juramento que le propone Antígono (12. 2-7), astucia, cuando engaña a Antí-

gono fingiendo que está acampado (15. 10-13) o la genial idea de pedir dinero prestado a sus enemigos para que, esperando su reembolso, no atenten contra él (13. 12-13), así como su enorme ingenio para entrenar a hombres y caballos durante su largo asedio en Nora (11. 4-9). Como Sertorio, Éumenes también se sirve de la superstición para imponerse a los jefes de los Argiráspides, Antígenes y Téutamo (13. 5-8), aunque Plutarco da por bueno el sueño que Éumenes tiene antes de su batalla contra Cratero y Neoptólemo (6. 8-12).

Ya hablamos de Duris de Samos, un mediocre historiador, como única fuente citada por Plutarco; menciona también a Jerónimo de Cardia (12. 2), pero sólo como embajador que envía Antígono a Éumenes para acabar con su asedio en Nora. Sin embargo, ha debido de utilizar la obra de Jerónimo *Historia de los Diádocos y de los Epígonos* (que conocía con seguridad, pues la cita en tres ocasiones en la *Vida de Pirro*), que era la mejor fuente, ya que este historiador era compatriota y amigo de Éumenes; en cuanto a su mención en 11. 3 de las cartas de Éumenes, cabe la posibilidad de que hubieran sido recogidas por el propio Jerónimo de Cardia en su obra, o que hubieran sido publicadas por separado, y de ahí las conociera Plutarco.

El esquema de esta *Vida de Éumenes* es:

1. Familia de Éumenes, sus comienzos con Filipo y Alejandro: 1.
2. Diferencias con Hefestión: 2.
3. Muerte de Alejandro. Éumenes, sátrapa de Capadocia: 3-4.
4. Combates contra Neoptólemo y Cratero: 5-8.
5. Lucha contra Antígono: 9-10.
6. Asedio en Nora: 11-12.
7. Prosigue la lucha contra Antígono: 13-16.
8. Traición de los Argiráspides. Captura y muerte de Éumenes: 17-19.

## COMPARACIÓN SERTORIO – ÉUMENES

Es de notar que del conjunto de *Vidas Paralelas* de Plutarco, las de Sertorio y Éumenes sean, junto con las de *Coriolano-Alcibíades* y *Paulo Emilio-Timoleón* las únicas en las que la vida de un romano antecede a la de un griego. La comparación es muy breve y retórica, y ya fue adelantada, lo que tampoco es frecuente en Plutarco, en *Sertorio* 1.11. Se resaltan las coincidencias, sobre todo la de dos extranjeros exiliados de sus patrias que mandan tropas ajenas, el romano a iberos, el quersonesio a macedonios, ambos objeto de envidia entre sus colaboradores por sus victorias, ambos traicionados por sus compañeros de armas. Con todo, Plutarco muestra más simpatía por Sertorio, ya que lucha por sobrevivir, aunque desearía no hacerlo, mientras que Éumenes es calificado de amante de la guerra y de los conflictos (*philopólemos*, *philóneikos*); en sus muertes, también es superior Sertorio, ya que Éumenes se dejó apresar sin intentar huir y, ya prisionero, quiso sobrevivir, mientras que Sertorio fue asesinado desprevenidamente debido a su bondad, pues se fiaba de quienes le dieron muerte.

## NUESTRA TRADUCCIÓN

La edición seguida es la de R. Flacelière y É. Chambry, *Plutarque. Vies VIII. Sertorius-Eumĕne – Agésilas-Pompĕe*, Les Belles Lettres, París 1973. Como ya se ha comentado en otras ocasiones es, a nuestro juicio, libre en exceso, como suele ocurrir con las versiones francesas, aunque nos hemos servido de sus introducciones y notas, que están muy bien hechas. De las traducciones españolas hemos consultado la ya clásica de A. Ranz Romanillos, completa en la edición de Aguilar, *Biógrafos Griegos*, 1.ª reimp., Aguilar, Madrid 1973, pero hay también dos más recientes: la edición, con traducción

y notas, de M.ª Antonia Ozaeta Gálvez, *Plutarco. Vidas Paralelas. Alcibíades-Coriolano. Sertorio-Eumenes*, Alianza Ed., Madrid 1998, precedida de una extensa y erudita introduccion a Plutarco de A. Bravo García, y la de Rosa M.ª Aguilar y Luciano Pérez Vilatela, *Plutarco. Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Akal, Madrid 2004, en la que la edición, introducción a Plutarco y traducción corren a cargo de la Sra. Aguilar, y las introducciones a ambas *Vidas* y las notas son del Sr. Pérez Vilatela. La traducción de la Sra. Ozaeta se parece en su liberalidad a la traducción francesa antes comentada, mientras que la de la Sra. Aguilar es mucho más cercana al texto griego y es, a nuestro parecer, una excelente versión; de excelentes también hay que calificar las notas del Sr. Pérez Vilatela, muy eruditas y extensas, que recogen, además, una prolija bibliografía y, dentro de ella, trabajos de ambos autores sobre Plutarco o Sertorio; es una lástima que en esta edición no se haya seguido el criterio plutarquiano de mantener juntas las *Vidas* de los protagonistas que él eligió. Por último, nuestra versión intenta recoger lo que escribió Plutarco y cómo lo hizo, manteniendo, por tanto, dentro de los límites posibles, una literalidad compatible con nuestra lengua.

# SERTORIO

No es sorprendente, quizá, que, al discurrir la fortuna de 1
manera diversa en el tiempo infinito, el azar lleve muchas
veces a las mismas circunstancias. En efecto, ya sea que al no 2
estar limitado el número de sucesos, la fortuna tiene un abun-
dante material como generoso suministrador de la semejanza
de los hechos, ya sea que las acciones se encadenan a partir de
algunos sucesos limitados en su número, con frecuencia es
forzoso que los mismos resultados procedan de causas idénti-
cas. Porque algunos, aficionados a cosas así, reúnen por inves- 3
tigación o de oídas cuanto ocurrido por azar parece obra del
cálculo y de la previsión, como que hubiera dos Atis famosos, 4
uno sirio, otro arcadio, cada uno de los cuales murió por obra
de un jabalí[1], o dos Acteones, uno que fue desgarrado por sus
perros, el otro por sus amantes[2], o dos Escipiones: por uno 5

---

[1] Atis era un dios frigio asociado a Cibeles, la Madre de los dioses (cf. *Numa* 4, 3). Es posible que Plutarco lo confunda con el Adonis sirio, muerto por un jabalí, como el propio Atis según una leyenda lidia (Pausanias, VII 17, 10). En ninguna otra parte hay mención de un Atis arcadio.

[2] Acteón fue un cazador beocio que sorprendió a Ártemis cuando se bañaba; en castigo, la diosa lo convirtió en ciervo y fue devorado por sus propios perros; hijo de Aristeo y Autónoe, es citado en Eurípides, *Bacantes* 339 ss. y su mito lo cuentan Ovidio, *Metamorfosis* III 138-252, Apolodoro, *Biblioteca* III 4, 4, y Pausanias, IX 2, 3; según el léxico *Suda* hubo tragedias tituladas con su nombre de autores como Yofón, Cleofón y Frínico. El segundo Acteón, hijo de Meliso,

fueron vencidos los cartagineses primero, por el otro, luego,
6 totalmente destruidos[3]; y que Ilión fue tomada por Heracles a causa de los caballos de Laomedonte, por Agamenón mediante el llamado caballo de madera, y una tercera vez por Caridemo, cuando, tras caer un caballo en las puertas, no pudieron los de
7 Ilión cerrarlas con rapidez[4]; que de dos ciudades con nombres idénticos al de las plantas más perfumadas, Ios y Esmirna[5], dicen que en una nació el poeta Homero, y que murió en la
8 otra; añadamos a esto que los generales más belicosos y que realizaron la mayoría de sus hazañas con astucia junto con destreza fueron tuertos, Filipo, Antígono, Aníbal y aquél de
9 quien trata esta obra, Sertorio[6], del que cualquiera podría de-

---

fue un joven corintio de gran belleza que suscitó la pasión de muchos, entre ellos el heraclida Arquias; como Acteón no accedió a las pretensiones de Arquias, éste decidió raptarlo, y al defenderlo Meliso y sus amigos, Acteón resultó despedazado durante la pelea.

[3] Publio Cornelio Escipión Africano (236-183 a. C.), que venció a Aníbal en Zama el año 202, y Publio Cornelio Escipión Emiliano (185-129 a. C.), hijo de Lucio Emilio Paulo y adoptado por el hijo del Escipión anterior, que destruyó Cartago el año 146.

[4] Hubo, pues, tres capturas de Troya en las que intervinieron caballos: la primera a cargo de Heracles, cuando el avaro rey troyano Laomedonte no le dio los caballos divinos regalados por Zeus a su abuelo Tros, los que le prometió si libraba a su hija Hesíone de un monstruo marino enviado por Poseidón como castigo porque tampoco le había pagado la construcción de las murallas de Troya, levantadas por el propio Poseidón y por Apolo; la segunda es la que se narra en la *Ilíada;* en cuanto a la tercera, la realizó Carimedonte, un mercenario procedente de Oreo, en Eubea, del s. IV a. C.: este Carimedonte se comprometió y consiguió recuperar el Quersoneso para Atenas, lo que le valió la ciudadanía ateniense, y, asimismo, defendió Olinto contra Macedonia; su conducta posterior contra Atenas es analizada pormenorizadamente por DEMÓSTENES en su discurso *Contra Aristócrates*, y su conquista de Troya contada por ENEAS EL TÁCTICO en su *Poliorcética* XXIV 4-14 y POLIENO, *Estratagemas* III 14.

[5] Ios recuerda el nombre de la violeta en griego *(íon)*, Esmirna *(smýrna* o *mýrra)* el de la mirra.

[6] Tanto Filipo V de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, como Sertorio perdieron un ojo en combate: el primero recibió un flechazo cuando sitiaba Metona, y Sertorio (como nos cuenta PLUTARCO más adelante, en 4, 3) peleando contra

mostrar que fue más casto con las mujeres que Filipo, más fiel a sus amigos que Antígono, más humano con sus enemigos que Aníbal, y que en sagacidad no quedaba atrás de ninguno de éstos, aunque sí de todos en suerte. Por ella tratado en todo 10
mucho peor que por sus enemigos manifiestos, se hizo igual en experiencia a Metelo, en audacia a Pompeyo, en fortuna a Sila y en fuerza a los romanos, aun siendo un desterrado y un jefe extranjero de los bárbaros a los que comandó.

Con éste comparamos sobre todo de entre los griegos a 11
Éumenes de Cardia; pues ambos fueron aptos para el mando y guerreros con astucia, desterrados de sus patrias, jefes de extraños y tratados por una fortuna cruel e injusta en su muerte; porque uno y otro, tras ser objeto de conspiraciones, fueron 12
muertos por esos con los que vencían a sus enemigos.

La familia de Quinto Sertorio era muy conocida en Nur- 2
sia[7], ciudad de los sabinos; huérfano de padre y criado con prudencia por su madre viuda, parece que tuvo por ella un cariño extraordinario; cuentan que el nombre de su madre era Rea. Se ejercitaba bastante en procesos judiciales, y, siendo 2
muchacho, tuvo una cierta reputación por su elocuencia en la ciudad. Pero sus honores y éxitos en los asuntos militares cambiaron su ambición a este lado.

Y así por vez primera prestando servicio militar a las 3
órdenes de Cepión[8] al irrumpir cimbrios y teutones en la

---

los marsos. En cuanto a Antígono I, llamado precisamente *Monóftalmo*, «el de un solo ojo» (o, más jocosamente *Cíclope* por sus hombres, lo que ocurría también con Sertorio), no se sabe en qué circunstancias lo perdió. Aníbal, por su parte, al cruzar los pantanos del Arno durante su campaña en Italia contra Roma, padeció una enfermedad ocular, que, mal curada, le causó la misma pérdida que a los otros.

[7] Sertorio debía pertenecer al orden ecuestre, aunque CICERÓN, al alabar su oratoria sin artificio en *Bruto* 48, 180, dice que era senador (*«nostri ordinis»*), con lo que quizá se refería a su posterior ascenso social.

[8] Se trata de Quinto Servilio Cepión, cónsul el año 106 a. C. y gobernador de la Galia Narbonense el 105. Se negó a cooperar con su sucesor, Gneo Manlio Máximo, y provocó la derrota de Arausio.

Galia[9], cuando los romanos combatieron mal y se produjo la derrota, él, tras perder su caballo y cubierto su cuerpo de heridas, atravesó el Ródano nadando con su coraza y escudo contra corriente; ¡tan vigoroso era su cuerpo y entrenado por
2 el ejercicio! Y al hacer una segunda invasión[10] estos mismos con muchos miles y con temibles amenazas hasta el punto de que era una enorme empresa para un romano permanecer en la formación y obedecer al general, que era Mario, Sertorio
3 tomó a su cargo la labor de espiar a los enemigos. Tras vestir una indumentaria celta y aprender lo más común de la lengua para una conversación en el momento oportuno, se mezcla con los bárbaros; y cuando de las cosas más urgentes unas las
4 vio y otras supo de oídas, regresó junto a Mario. Así entonces obtuvo los premios al valor; y durante el resto de la campaña por demostrar muchas acciones de sagacidad y audacia adquirió prestigio y la confianza por parte del general.

5 Tras la guerra de cimbrios y teutones fue enviado como tribuno militar a Iberia, a las órdenes del general Didio, y pasaba el invierno en la ciudad de Cástulo, ciudad celtíbera[11].
6 Como los soldados se comportasen con desdén, soberbios por la abundancia y borrachos la mayoría de las veces, los bárbaros hicieron venir de noche un socorro de sus vecinos de Isturgi[12], y, entrando en las casas los mataban; Sertorio, escapándose en secreto con unos pocos, después de reunir a
7 los escapados, dio la vuelta a la ciudad. Al descubrir abiertas las puertas por las que los bárbaros habían irrumpido sin ser

[9] Los cimbrios procedían de Jutlandia y junto con los teutones, cuya lengua germana compartían, y los ambrones, hicieron una incursión hacia el sur a finales del s. II a. C. El 6 de octubre del año 106 a. C. derrotaron al ejército del cónsul Gneo Manlio Máximo y al del procónsul Quinto Servilio Cepión en Arausio (Orange).

[10] En el año 102 a. C.

[11] Su nombre actual es Cazlona (Jaén), famosa por sus minas de galena argentífera.

[12] No está claro dónde estaba esta ciudad.

vistos, no le pasó lo mismo que a aquéllos, sino que puso guardias y ocupando por completo la ciudad mató a todos los
que estaban en edad militar. Y cuando fueron muertos, ordenó que 8
todos los soldados se desprendieran de sus propias armas y vestiduras y que, vistiendo las de los bárbaros, siguieran hacia aquella ciudad desde la cual habían sido enviados los que les
atacaron por la noche. Tras engañar a los bárbaros con la vi- 9
sión de las armas, encontró las puertas abiertas y sorprendió a una multitud de personas que creían encontrarse con amigos y
ciudadanos que habían tenido éxito. Por eso la mayoría fueron 10
muertos por los romanos junto a las puertas y los demás, una vez que se rindieron, fueron vendidos.

Desde ese momento Sertorio fue famoso en Iberia; y nada 4
más regresar a Roma, es designado cuestor de la Galia Cisal-
pina en el momento oportuno. Pues, al producirse la guerra 2
mársica[13], le fue encargado alistar soldados y fabricar armas y como se aplicó a la tarea con empeño y rapidez frente a la lentitud y negligencia de los demás jóvenes, tuvo la fama de
un hombre que tendría una vida llena de actividad. No cedió 3
en su audacia militar cuando llegó a la dignidad de general, sino que, demostrando con su brazo hazañas admirables y ofreciendo sin contemplaciones su cuerpo en los combates,
perdió arrancado uno de los ojos. Por eso no cesaba de va- 4
nagloriarse: porque los demás no siempre llevan encima las pruebas de los premios al valor, sino que se quitan collares, lanzas y coronas[14], mientras que con él permanecían las seña-

[13] Esta guerra contra los marsios es llamada también «guerra itálica» o «guerra social», o mejor «guerra de los aliados», que es aquí el valor de la palabra «social». Estalló el año 91 a. C. y el motivo fue que los pueblos itálicos, «socios» de Roma, querían ser tratados con más equidad por la metrópoli. En el año 90 a. C. la ley Julia concedió la ciudadanía a los latinos y aliados, y en el 86 a. C. fueron distribuidos entre las treinta y cinco tribus.

[14] Referencia a diferentes condecoraciones militares romanas, como los *torques*, collares tomados de los galos, las *armillae* o brazaletes, premios ambos concedidos por hazañas valerosas, la *phalera*, medallón de gran tamaño, la

les de su bravura y tenía los mismos espectadores a un tiempo
5 de su valor y de su desgracia[15]. Y el pueblo también le otorgó el honor merecido. Porque, cuando entró en el teatro, le recibieron con aplauso y saludaron con aclamaciones, cosas que ni a los primeros en edad y prestigio era fácil alcanzar.

6 No obstante, tras presentarse al tribunado de la plebe, perdió al haberle combatido Sila con maquinaciones de partido; por eso también parece que se hizo enemigo de Sila.
7 Pero cuando Mario, vencido por Sila, huyó, y Sila marchó para combatir a Mitrídates[16], Octavio, uno de los cónsules, permanecía en la facción de Sila[17], pero Cinna[18], tramando una revolución, animaba al partido de Mario, que estaba en retroceso; con aquél se unió Sertorio, especialmente al ver que
8 Octavio era débil y desconfiaba de los amigos de Mario. Producida una gran pelea en el senado entre los cónsules, Octavio se impuso, y Cinna y Sertorio, tras perder no mucho menos de
9 diez mil hombres, huyeron. Y atrayéndose por la persuasión a la mayoría de las guarniciones que aún estaban diseminadas por Italia, pronto llegaron a ser capaces de combatir contra Octavio.

---

*corona vallaris*, otorgada al soldado que traspasara el primero una empalizada enemiga, etc.

[15] Esta vanagloria de Sertorio aparece también en un fragmento de las *Historias* I 88 de Salustio, transmitido por Aulo Gelio en sus *Noches* áticas II 27, 2: «*...él en vida mostraba en plena cara estos recuerdos en forma de algunas cicatrices ocasionadas por heridas hechas de frente y de un ojo vaciado*».

[16] En el año 88 a. C.

[17] Gneo Octavio, cónsul con Cinna en el año 87 a. C.; partidario de Sila, defendió la legislación de éste ante los ataques de su colega, y fue muerto por los partidarios de Cinna.

[18] Lucio Cornelio Cinna, de origen patricio, se distinguió en la guerra social y fue elegido cónsul, junto con G. Octavio el año 87 a. C.; levantó el exilio de Mario, en contra de la opinión de Octavio, al que terminó asesinando; cónsul con Mario de nuevo, sin elecciones, en el año 86 a. C., tras la muerte de su colega ejerció una dictadura hasta el 84, cuando fue asesinado por sus propios hombres.

Mario llegó por mar desde Libia[19] y al presentarse ante 5
Cinna como un particular ante un cónsul, a los demás les pa-
recía bien acogerlo, pero Sertorio hacía objeciones, ya sea
porque pensaba que Cinna le tendría menos consideración
a él, al estar presente un hombre más experto en el mando, ya
sea porque temiera el carácter obstinado de Mario, no fuera
a ser que todos los asuntos públicos se trastornaran, y que al
no tener medida su temperamento fuera más allá de la justicia
en el ejercicio del poder[20]. Decía, en efecto, que era pequeña la 2
tarea que les quedaba, siendo ya los dueños, pero que en caso
de aceptar a Mario, aquél se llevaría la totalidad de la fama y de
la fuerza, porque era rígido y desconfiado para compartir el
mando. Cuando Cinna respondió que Sertorio calculaba esto 3
correctamente, pero que sentía vergüenza y no sabía cómo
rechazaría a Mario, al haberle invitado él mismo a la partici-
pación en los asuntos, tras tomar la palabra Sertorio dijo: «Por 4
pensar yo, sin embargo, que Mario venía a Italia por propia
iniciativa, buscaba lo conveniente, pero de ningún modo te
estaría bien deliberar cuando viene el que tú mismo decidiste
que viniera, sino utilizarlo y acogerlo; la garantía que se da
no deja lugar a razonamiento alguno». De esta manera Cinna 5
hace venir a Mario; y, dividida su fuerza militar en tres partes,
los tres tenían el mando.

Cuando la guerra llegó a su fin, Cinna y Mario se hartaban 6
de toda clase de violencia e ira, hasta el punto de mostrar a los
romanos los desastres de la guerra como algo precioso, y se
dice que Sertorio fue el único que no mató a nadie por cólera
ni injurió al vencer, sino que sentía aversión hacia Mario y,
encontrándose en privado con Cinna y suplicándole, le hacía
más moderado. Finalmente los esclavos, a los que Mario, al 7

[19] Libia es el norte de África, correspondiente a la provincia romana de este nombre.

[20] Cf. *Mario* 41, 1-2.

tenerlos como sus aliados en la guerra y como satélites de
su tiranía, hizo poderosos y ricos, bien porque aquél se lo
permitiera u ordenara, bien por la violencia, ultrajaban a sus
amos, matándolos, violando a sus mujeres y forzando a sus
hijos; Sertorio, al considerarlo intolerable, mató a flechazos
en el lugar en el que estaban acampados a todos, que no eran
menos de cuatro mil[21].
6 Cuando Mario murió, Cinna fue muerto poco después,
y el joven Mario alcanzó el consulado de manera ilegal y
contra la voluntad de Sertorio[22], los Carbones, los Norbanos
2 y los Escipiones fracasaron en la guerra contra Sila que vol-
vía[23], y unas cosas se destruían por la cobardía y la debilidad
de los generales, y otras las arruinaron los traidores; no eran
tarea de Sertorio, aunque estaba presente, unos asuntos mal
llevados por tener pésimos propósitos los que de más poder
3 gozaban; finalmente Sila, después de situar su campamento
junto al de Escipión y mostrándole amistad, como si la paz
fuera a producirse, destruyó al ejército, y, aunque Sertorio
4 lo predecía y aconsejaba a Escipión, no le convenció; y dando
totalmente de lado a la ciudad se dirigió a Iberia[24] para que, si
llegaba a hacerse allí con el poder, fuera un refugio para sus

[21] Según el propio PLUTARCO, en *Mario* 44, 10, la decisión de masacrar a los esclavos fue tomada conjuntamente por Cinna y Sertorio.

[22] Mario murió en enero del año 86 a. C. cuando acababa de empezar su séptimo consulado; Cinna fue muerto por sus soldados en el 84 a. C.; en cuanto al hijo de Mario, no tenía la edad legal para aspirar al consulado, aunque lo fue el año 82 con Papirio Carbón como colega.

[23] Estos hombres, cuyos apellidos pone Plutarco en plural, eran, respectivamente, Cayo Papirio Carbón, tribuno de la plebe en el año 89 a. C., cónsul el 82 con el joven Mario, y muerto en el asedio de Volterra el 81, Cayo Norbano, tribuno de la plebe el año 103, pretor el 91, gobernador de Sicilia durante la guerra social del 90 al 89, y cónsul electo el 83, vencido por Sila y Metelo huyó a Rodas donde se suicidó, y, por último, Publio Cornelio Escipión Asiático, colega de Norbano en el consulado del año 83, al que sus tropas abandonaron cuando se enfrentaba a Sila, según se cuenta a continuación, por lo que se exilió a Marsella.

[24] Sertorio marchó a Iberia a finales del año 83 a. C. en calidad de propretor.

amigos derrotados aquí. Tras sufrir duros temporales en terri- 5
torios montañosos era obligado por los bárbaros a impuestos
y pagos por el peaje. Al indignarse los que estaban con él y 6
dolerse vivamente de que un procónsul romano pagase im-
puestos a unos bárbaros miserables, se mostró humilde ante
la aparente deshonra y dijo que compraba la ocasión, que era
lo más escaso para un hombre que aspiraba a grandes cosas;
se concilió a los bárbaros con dinero y, dándose prisa, llegó
a Iberia. Cuando se encontró pueblos florecientes por su nú- 7
mero y por su juventud en edad militar, pero mal dispuestos
con todo gobierno por la codicia y violencia de los generales
enviados cada vez, se ganaba a los poderosos con su trato y
libraba de impuestos a la mayoría. Pero fue amado sobre todo 8
al liberarles del alojamiento de las tropas; pues obligaba a los
soldados a fijar los cuarteles de invierno en los suburbios,
siendo él el primero en montar así su tienda de campaña. No 9
fió todo en la buena disposición de los bárbaros, sino que tras
armar a los romanos en edad militar que allí estaban estable-
cidos, disponer máquinas de guerra de todo tipo y construc-
ciones de buques, conservaba firmemente en su propio poder
las ciudades y se mostraba humano en los asuntos de la paz y
temible en la preparación de los militares.

Tan pronto como supo que Sila dominaba Roma y que el 7
partido de Mario y Carbón perecía, al pensar que de inmediato
llegaría un ejército con un general para hacerle la guerra, blo-
quea los montes Pirineos mediante Livio Salinátor con seis mil
infantes. Y no mucho después Cayo Annio, enviado por Sila, 2
al ver inexpugnable a Livio, se quedó al pie de las montañas
sin saber qué hacer. Pero cierto Calpurnio, de sobrenombre 3
Lanario, asesinó a Livio y cuando los soldados abandonaron
las cimas del Pirineo, Annio las franqueó y atacaba con una
gran fuerza, arrollando a los que se oponían. Sertorio, al no 4
ser capaz de combatirlo, huyó a la Nueva Cartago con tres mil
hombres, y desde allí subió a las naves y, tras atravesar el mar,

5 atracó en Libia, en Mauritania. Pero los bárbaros atacaron a
los soldados que se proveían de agua sin protección, perdió
a muchos y de nuevo navegó a Iberia; y fue rechazado de
ella, pero como se aliaron con él los piratas cilicios, se dirigió
contra la isla Pitiusa[25] y se fue de allí después de hacer daño a
6 la guarnición de Annio. No mucho después Annio se presentó
con muchas naves y cinco mil infantes, y contra él Sertorio
intentó sostener un combate naval, aunque disponía de barcos
ligeros construidos para la velocidad, no para la batalla; pero,
al levantarse un fuerte viento de poniente y lanzar la mayoría
de los barcos de Sertorio por su poco peso de costado contra
7 los arrecifes, él mismo con unas pocas naves, rechazado del
mar por la tormenta y de la tierra por los enemigos; resistió
a duras penas al ser sacudido durante diez días por las olas
contrarias y el agitado movimiento del mar.

8 Cuando el viento amainó, fue llevado a unas islas disemi-
nadas y sin agua en las que pasó la noche[26]; y de allí se hizo de
nuevo a la mar, atravesó el estrecho de Gades y llegó por la
derecha a la costa exterior de Iberia, un poco más arriba de
la desembocadura del Betis, el cual, al desembocar en el océano
Atlántico, dio su nombre a la parte de Iberia que está en torno
2 a él[27]. Allí se encuentran con él unos marinos que hacía poco
habían vuelto navegando desde las islas atlánticas, las dos
que están totalmente separadas por un pequeño estrecho, y
distan de Libia diez mil estadios[28] y se llaman de los Bien-
3 aventurados. Al tener lluvias moderadas y poco frecuentes,
y la mayoría de las veces vientos suaves y húmedos, no sólo
ofrecen una tierra buena y fértil para arar y cultivar, sino que

[25] Ibiza.

[26] Posiblemente las Columbretes, frente a Castellón de la Plana.

[27] El Betis es el actual Guadalquivir, y daba el nombre a la provincia romana de Bética.

[28] Unos 1.800 km, distancia que no se corresponde ni con Madeira ni con las Canarias.

también producen un fruto suficiente por su cantidad y dulzura
para alimentar sin esfuerzos ni trabajo a un pueblo ocioso. Un 4
aire sano por la mezcla de estaciones y la moderación de su cambio domina las islas. Porque los vientos del norte y del este que soplan desde aquí, desde tierra, al venir a dar a un inmenso espacio, debido a la distancia, se dispersan y pierden su fuerza, mientras que los marinos, fluyendo a su alrededor, los del sur y del oeste, traen lluvias finas y dispersas desde el mar, y con frecuencia refrescando con aires húmedos se
condensan poco a poco; de manera que hasta los bárbaros ha 5
llegado la firme creencia de que allí está la llanura del Elíseo y la morada de los Bienaventurados que Homero cantó[29].

Cuando Sertorio oyó esto tuvo un deseo singular de habi- 9
tar las islas y vivir tranquilo, apartado de la tiranía y de gue-
rras incesantes. Pero al enterarse los cilicios, que en absoluto 2
pretendían paz y tranquilidad sino riqueza y botín, navegaron hacia Libia para reponer en el reino de los mauritanos a Ás-
calis, hijo de Ifta. Sertorio no se desalentó, sino que decidió 3
ayudar a los que combatían contra Áscalis, para que, al recibir los suyos un nuevo comienzo de esperanzas y base de otras
hazañas, no se dispersaran por la necesidad. Ante el contento 4
de los mauritanos, según llegó se puso a la tarea, y tras vencer
a Áscalis en una batalla, le sometía a asedio. Pero como Sila 5
envió a Paciano con un ejército para ayudar a Áscalis, Sertorio atacó y mató a Paciano, atrajo hacia él al ejército al que había vencido y tomó por asalto Tingis[30], adonde huyó Áscalis con sus hermanos.

Allí cuentan los libios que yace Anteo[31]; Sertorio abrió su 6
tumba, al no creer a los bárbaros en lo referente a su tamaño.

[29] Homero, *Odisea* IV 563-569.

[30] Tingis, capital de la Mauritania Tingitana, el actual Tánger.

[31] El gigante Anteo, hijo de Posidón y Gea (la Tierra), vivía en Libia y obligaba a luchar con él a cuantos viajeros pasaban por allí; los vencía, mataba y adornaba con sus despojos el templo de su padre. Heracles, durante su viaje por

7 Cuando encontró un cuerpo con una estatura de sesenta codos[32], según dicen, quedó atónito, y sacrificando una víctima volvió a cerrar la sepultura, y acrecentó el prestigio y la fama
8 respecto a él. Los tingitanos relatan que cuando murió Anteo, su mujer Tinge se unió con Heracles y que el hijo de ambos, Sófax, reinó en el territorio y dio a la ciudad el nombre de
9 su madre. Y que de Sófax fue hijo Diodoro, al que se sometieron muchos pueblos libios, que tenía un ejército griego
10 de olbios[33] y micénicos establecidos allí por Heracles. Y esto quede dedicado en honor a Juba[34], el mejor historiador de entre todos los reyes; pues dicen que los antepasados de aquél
11 eran descendientes de Diodoro y de Sófax. Sertorio se hizo dueño de todo y no fue injusto con los que le suplicaron y se confiaron a él, antes bien, les devolvió los bienes, las ciudades y el gobierno, cuanto tenía por haberlo recibido de los que se lo dieron voluntariamente.

**10** Desde aquí, cuando deliberaba a dónde debía ir, le llamaron los lusitanos que le enviaron embajadores para ofrecerle el mando, al necesitar por su miedo a los romanos a un general que tenía sin duda un enorme prestigio y experiencia; se confiaban sólo a aquél ya que conocían su manera de ser por
2 los que habían tenido tratos con él[35]. Se cuenta que Sertorio

---

Libia en busca de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, luchó con Anteo y lo ahogó, levantándolo en vilo para que no pudiera tocar la tierra, de la que sacaba nuevas fuerzas.

[32] Unos veintisiete metros; cf. Estrabón, *Geografía* XVII 829.

[33] Había varias ciudades con el nombre de Olbia, por lo que resulta difícil decidir de cuál se trata.

[34] Juba II (56 a. C.-23 d. C.), hijo del rey de Mauritania Juba I, fue capturado cuando era un niño de cinco años por César tras la batalla de Tapso contra los pompeyanos (46 a. C.) y desfiló en su triunfo; en el año 39 a. C. Octavio le nombró rey cliente de Numidia y, más tarde, en el 25, rey de Mauritania. Se casó el año 19 a. C. con Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra; escribió entre otras obras, todas perdidas, una *Historia romana*.

[35] Marco Mario Graditano, sobrino de Cayo Mario, ya había utilizado tropas auxiliares celtíberas en el año 102 a. C.

no resultaba fácil de atrapar ni por el placer ni por el miedo, al ser por naturaleza intrépido ante las adversidades y comedido cuando alcanzaba el éxito; y, en el combate de frente, 3
más atrevido que los generales de su época, y un habilísimo experto en cuantas acciones bélicas precisan de sorpresa y ventaja para obtener posiciones fuertes y de rapidez en los pasos de ríos, de engaño y trampas en el momento oportuno.
En las recompensas a los hechos valerosos se mostraba ge- 4
neroso, y era moderado en los castigos de las faltas, aunque 5
parece que la actuación de crueldad y violencia que tuvo con los rehenes al final de su vida mostró una naturaleza no pacífica, sino encubierta por cálculo debido a la necesidad[36]. A 6
mí me da la impresión de que a una virtud clara y formada en la razón nunca suerte alguna la cambió a lo contrario, aunque no es imposible que intenciones y naturalezas virtuosas al ser maltratadas por grandes e inmerecidos desastres hayan modificado por el destino la manera de ser. Esto es lo que creo que 7
le ocurrió a Sertorio cuando la fortuna ya le abandonaba, que se volvió duro contra los que le agraviaban debido a que sus empresas iban mal.

Por otra parte, al llamarle entonces los lusitanos, partió 11
de Libia[37]. Y enseguida los organizaba, como general con ple- 2
nos poderes, y sometía la parte de Iberia que estaba cerca, adhiriéndose la mayoría por propia voluntad, especialmente debido a su afabilidad y actividad, y había cosas que él habilidosamente tramaba para engaño y encantamiento. Y lo 3
primero de todo lo referente a la cierva, que fue lo siguiente: un lusitano, hombre corriente, que vivía en el territorio, se encontró una cierva recién parida que huía de los cazadores; a ella la perdió, pero admirado ante la cría por la novedad

[36] Alusión anticipada a la masacre de Osea, que se trata en 14. 3-4 y 25. 5-6.

[37] En el año 80 a. C.

del color de su piel (era totalmente blanca), tras perseguirla,
4 la capturó. Por casualidad Sertorio pasaba la noche en estos
lugares y como aceptaba gustosamente todo lo que cualquiera
viniera a llevarle como regalo de la caza o de los cultivos y
correspondía con generosidad a los que tenían esta atención, el
5 hombre le entregó la cervatilla que llevaba. Cuando la recibió
sintió una alegría moderada, pero con el tiempo la domesticó
y la hizo tan sociable que le atendía cuando la llamaba y le se-
guía cuando caminaba, y soportaba el ruido y todo el tumulto
6 del ejército; a poco le atribuía un carácter divino y solía decir
que la cierva era un regalo de Ártemis, y le atribuía que le
revelaba muchas cosas ocultas, porque sabía que los bárbaros
7 son por naturaleza inclinados a la superstición[38]. Y él también
imaginaba cosas como las siguientes: cuando se enteraba en
secreto de que los enemigos habían atacado en alguna parte
del país que estaba bajo su dominio o movido a defección a
una ciudad, fingía que la cierva se lo había dicho en sueños,
8 recomendándole que tuviera sus fuerzas en alerta. Y, por el
contrario, cuando se habia enterado de alguna victoria de sus
propios generales, escondía al mensajero, y hacía avanzar a la
cierva con una corona en señal de buenas noticias, animando
a regocijarse y a hacer sacrificios a los dioses porque iban a
saber algo bueno.

12 Tras hacerlos así manejables, los utilizaba más moderados
para todo, convencidos de que eran conducidos no por los
planes de un extranjero, sino por un dios, al mismo tiempo
que los sucesos testimoniaban a su favor por incrementar su
2 fuerza de manera extraordinaria. Porque lanzándose con dos

[38] Tampoco eran ajenos a ella los propios romanos; el propio Plutarco cuenta cosas parecidas sobre la relación entre la ninfa Egeria y el rey romano Numa Pompilio (*Numa* 4, 12) o entre la profetisa Marta y Cayo Mario (*Mario* 17, 2-5). La relación de esta cierva con Sertorio aparece en otros autores como Apiano, *Historia Romana* II, *Guerras civiles* I 110, Plinio el Viejo, *Historia Natural* VIII 117, etc.

mil seiscientos, a los que llamaba romanos, unidos con sete-
cientos libios que pasaron con él a Lusitania, con cuatro mil
infantes ligeros lusitanos y setecientos jinetes, hacía la guerra
contra cuatro generales romanos[39], bajo cuyas órdenes había
ciento veinte mil infantes, seis mil jinetes, dos mil arqueros
y honderos y ciudades incontables por su número, mientras
que él, al principio, había ganado veinte en total. Pero aunque 3
empezó tan débil e insignificante, no solo se hizo dueño de
grandes pueblos y conquistó muchas ciudades, sino que tam-
bién venció en combate naval en el estrecho de Melaria[40] a
Cota, uno de los generales que le hicieron frente, y puso en 4
fuga a Fufidio, gobernador de la Bética, junto al río Betis,
tras matar a dos mil romanos; a Domicio Calvino, que era
procónsul de la otra parte de Iberia, le venció su cuestor[41], a
Torión, otro general de los enviados por Metelo, le aniquiló
junto con su ejército, y al propio Metelo[42], un hombre entonces 5
de los más grandes y más ilustres romanos, tras acosarlo con
no pocas derrotas, le puso en tal aprieto que Lucio Manlio
vino a socorrerlo desde la Galia Narbonense y Pompeyo el
Grande fue enviado a toda prisa desde Roma con un ejército.
Porque Metelo no tenía cosa que pudiera utilizar para guerrear 6
con un hombre audaz que evitaba todo combate abierto y que
cambiaba toda la disposición táctica por la agilidad y ligereza
del ejército ibérico; él, en cambio, estaba entrenado en com-
bates tradicionales de infantería pesada, y era general de una
falange lenta y firme, perfectamente ejercitada para rechazar a
enemigos que llegaran a las manos y destruirlos, pero que no
podía subir a los montes ni adaptarse a persecuciones y huidas

[39] Estos generales fueron Lucio Aurelio Cota, Lucio Fufidio, Marco Domicio Calvino y Lucio Torión Balbo, de los que se habla a continuación.

[40] Melaria era una ciudad costera situada cerca de la actual Tarifa.

[41] El cuestor de Sertorio era L. Hirtuleyo.

[42] Quinto Cecilio Metelo Pío, hijo de Metelo Numídico, cónsul el año 80 con Sila; ya se había distinguido antes en la guerra contra los marsios.

incesantes de hombres rápidos como el viento, ni soportar sed y hambre sin fuego y sin acampar, como aquéllos.

13 Además, Metelo era ya viejo y dedicado por entonces a un tipo de vida relajado y muelle tras muchos y grandes combates, y se enfrentaba con un Sertorio lleno de espíritu vigoroso y que tenía maravillosamente preparado su cuerpo en fuerza,
2 rapidez y austeridad[43]. Porque no se embriagaba cuando descansaba, y estaba acostumbrado a grandes esfuerzos, largas caminatas y constantes vigilias, bastándole vivir con alimentos escasos y ligeros; al practicar siempre la marcha y la caza cuando tenía tiempo libre, había adquirido de antemano la experiencia de los lugares accesibles e inaccesibles para una
3 evasión completa si huía y para un cerco si perseguía. Por eso a Metelo, impedido del combate, le tocaba sufrir cuanto les ocurre a los vencidos, pero Sertorio, al huir, tenía lo de los
4 perseguidores. Pues impedía los aprovisionamientos de agua y estorbaba la búsqueda de víveres, le obstaculizaba cuando marchaba, le hacía moverse cuando estaba acampado, y, cuando sitiaba a otros, apareciendo de improviso le sitiaba a su vez
5 con la carencia de lo necesario, de manera que los soldados desfallecían y, cuando invitó Sertorio a Metelo a un combate singular, gritaban y animaban a que combatiera general con general, romano con romano, y, al rehusar Metelo, se bur-
6 laban. Él, en cambio, se reía de ellos y hacía bien, porque, como dijo Teofrasto, un general debe morir de la muerte de un general, no de la de cualquier peltasta[44].

7 Al ver Metelo que los lacóbriges[45] ayudaban no poco a Sertorio y que eran fáciles de rendir por sed (pues sólo tenían

---

[43] Metelo tenía entonces cincuenta años y Sertorio cuarenta y cuatro, por lo que no era tan grande la diferencia de edad entre los dos.

[44] Este duelo entre generales, que recuerda la costumbre homérica, es criticado por Plutarco en algunas otras de sus *Vidas (Pelópidas* 2, *Marcelo* 33 y *Sila* 43, 4).

[45] Los lacóbriges aparecen citados también por Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* III 26, como un pueblo vacceo. Hay discrepancias acerca del lugar en el que se

un pozo en la ciudad y el que los sitiara podía apoderarse de los manantiales que había en los suburbios y junto a las murallas), llegaba contra la ciudad como para conquistarla en dos días, al no haber agua. Por eso había ordenado a los soldados
que llevaran sólo víveres para cinco días. Pero Sertorio corrió 8
en ayuda rápidamente y ordenó llenar dos mil odres con agua,
tras pagar por cada odre mucho dinero. Al tomar a su cargo la 9
tarea muchos iberos y muchos mauritanos, eligió a hombres a la vez vigorosos y veloces, los envió a través de la montaña y les mandó que, cuando entregaran los odres a los de la ciudad, sacaran fuera en secreto a la población inútil, para que la bebi-
da bastara a los defensores. Al ser descubierto esto por Metelo, 10
se disgustaba porque sus hombres habían consumido ya las provisiones, y envió a la búsqueda de víveres a Aquino con
seis mil hombres. Enterado Sertorio, cuando marchaba tendió 11
una emboscada a Aquino y le lanzó tres mil hombres desde un barranco sombrío, mientras que él, atacando de frente, le
hacía dar la vuelta, y a unos mataba y a otros atrapaba vivos. 12
Metelo, tras recibir a Aquino, que había perdido armas y caballo, se retiraba de mala manera, siendo objeto de muchas burlas por parte de los iberos.

Admirado por estos hechos Sertorio gozaba de estimación 14
entre los bárbaros, y porque al suprimir lo furioso y salvaje de su fuerza con armamentos, formaciones y consignas romanas, hacía un contingente militar en lugar de una gran banda de
ladrones. Además adornaba los cascos utilizando sin reparar 2
en gastos plata y oro y decoraba sus escudos, les enseñaba a usar capas y túnicas bordadas y los atraía al costear estas cosas
y compartir con ellos su amor por lo bello. Pero lo que más les 3

encontraba su capital, Lacóbriga. A. Fontán, en su traducción de este pasaje, n. 40 (Plinio, *Hist. Nat.*, libros III-VI, BCG, Madrid 1998), la sitúa cerca de Carrión de los Condes (Palencia), mientras que Flacelière y Chambry, en las *Notas Complementarias*, pág. 269 de su edición, la ubican en Lagos, al sur de Portugal, cerca del Cabo San Vicente.

ganó fue lo de los hijos. Porque a los más nobles de entre los
pueblos reunió en Osca[46], ciudad importante, puso maestros
de enseñanzas griegas y romanas, y, de hecho, los usó como
rehenes, pero de palabra los educaba para hacerlos partícipes,
4 cuando fueran hombres, del gobierno y del poder. Y los padres
disfrutaban extraordinariamente al ver a sus hijos con togas
orladas de púrpura ir y venir a las escuelas con mucho orden, y
a Sertorio pagando sueldos por ellos, haciéndoles pruebas con
frecuencia, distribuyendo recompensas a los merecedores de
ellas y regalando collares de oro, los que los romanos llaman
5 *bulas*[47]. Es una costumbre ibérica que los que forman alre-
dedor de un jefe mueran con él si cae, y los bárbaros de allí
la llaman consagración[48]; a los demás jefes les acompañaban
unos pocos escuderos y amigos, pero a Sertorio muchas dece-
6 nas de miles de hombres que se habían consagrado a ello. Y se
cuenta que producida una derrota ante una ciudad y al atacar
los enemigos, los iberos despreocupándose de ellos mismos
salvaban a Sertorio, y alzándolo en los hombros de unos a
otros lo levantaron hasta las murallas, y cuando el jefe estuvo
a salvo, entonces cada uno de ellos se dió a la fuga.

15 Sertorio era amado no sólo por los iberos, sino también
2 por los que desde Italia venían en expedición militar. Por
ejemplo, cuando Perpenna Veyento[49], del mismo partido que

[46] La actual Huesca, cuya fecha de fundación no es seguro que pueda ser anterior al año 76 a. C.

[47] Vestir la *toga praetexta* así como llevar la *bulla* (adorno en forma de media luna que se colgaba del cuello) era algo propio de los hijos de la nobleza romana.

[48] Se trata de la célebre *devotio iberica*, la fidelidad hasta la muerte de los clientes hacia su patrón.

[49] Hijo del cónsul M. Perpenna, que en el año 130 a. C. venció a Aristónico, pretendiente al trono de Pérgamo. Pretor con Mario y gobernador de Sicilia el 82 a. C., fue expulsado de allí por Pompeyo, y luego, durante el consulado de Emilio Lépido, estuvo destinado en Cerdeña, desde donde se embarcó para Iberia el 77 a. C.

Sertorio, llegó a Iberia con mucho dinero y un gran ejército, y decidido a combatir contra Metelo por su cuenta, los soldados se irritaban, y era mucho lo que se hablaba de Sertorio en el campamento, molestando a Perpenna, cegado de soberbia
por su noble linaje y su riqueza. Pero cuando se anunció que 3
Pompeyo estaba atravesando el Pirineo, los soldados, después de tomar las armas y coger precipitadamente las enseñas de las formaciones, injuriaron a gritos a Perpenna, pidiendo que los
llevara a Sertorio; porque si no, amenazaban con abandonar- 4
lo y marchar ellos junto a un hombre capaz de salvarse y de
salvarlos. Perpenna aceptó y los condujo y se unió a Sertorio, 5
con cincuenta y tres cohortes.

Y Sertorio, cuando se le adherían a la vez todos los que 16
habitan de este lado del río Ebro, tenía un ejército numeroso; pues acudían siempre más y más y se reunían con él desde
todas partes. Pero, inquieto por la indisciplina y osadía de 2
los bárbaros, que pedían a gritos atacar a los enemigos y no podían soportar el retraso, intentaba apaciguarlos con pala-
bras. Sin embargo, como veía que estaban irritados y que se 3
mostraban intempestivamente violentos, cedió y permitió que llegaran a las manos con los enemigos en circunstancias en las que al no ser derrotados por completo, pero sí tras recibir una paliza, esperaba que los tendría más dóciles en adelante.
Las cosas ocurrieron como calculaba, fue en su ayuda, recu- 4
peró a los que huían y los condujo con seguridad al campa-
mento. Pero con la intención de quitarles el desánimo, unos 5
pocos días después reunió una asamblea general e introdujo dos caballos, uno muy débil y ya viejo, el otro muy grande y fuerte, que además tenía una cola maravillosa por el espesor
y hermosura de las crines. Al lado del débil estaba situado un 6
hombre grande y robusto, y al del fuerte otro pequeño y de as-
pecto despreciable. Después de dárseles la señal, el fuerte con 7
ambas manos tiró con violencia de la cola del caballo hacia él como para arrancarla, pero el débil arrancaba una por una las

8 crines del fuerte. Cuando el primero desistió tras haber cau-
sado no pocas dificultades en vano a él mismo y mucha risa a
los espectadores, y el otro mostró la cola pelada de crines en
9 corto tiempo y sin esfuerzo alguno, Sertorio se levantó y dijo:
«Veis, aliados, que la paciencia es más eficaz que la violencia
y que muchas cosas difíciles de vencer en conjunto ceden
10 poco a poco. Porque es invencible la perseverancia, con la
cual el tiempo, al avanzar, toma y somete toda fuerza, y es un
aliado propicio a los que aceptan con cálculo su oportunidad,
pero muy hostil a los que se apresuran intempestivamente»[50].
11 Urdiendo parecidos entretenimientos cada vez, Sertorio ense-
ñaba a los bárbaros la oportunidad.

17 Pero no fue menos admirada que ninguna de sus hazañas
2 militares la de los llamados caracitanos[51]. Son un pueblo más
allá del río Tagonio[52], que no viven en ciudades ni aldeas, sino
que hay una colina muy grande y alta que contiene cuevas y
3 cavidades de rocas, orientadas hacia el norte. Todo el terreno
que sirve de base es barro arcilloso, y la tierra por falta de con-
sistencia se torna frágil, y no se ofrece firme a los que la pisan,
y si la tocan un poco, como cal viva o ceniza, se desmorona en
4 un gran trecho. Por tanto los bárbaros, siempre que por miedo
a la guerra se ocultaban en las cuevas y llevaban dentro el
botín, estaban tranquilos, al ser inexpugnables por la fuerza, y
a Sertorio, entonces alejado de Metelo y acampado junto a la
colina, lo despreciaban como si estuviera vencido; aquél, bien
por cólera, bien porque no quisiera dar la impresión de huir, al

---

[50] Esta anécdota de los caballos la relatan también Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* VII 3, 6, Frontino, *Estratagemas* I 10, 1; IV 7, 6, y se refiere a ella, resumiéndola como algo muy conocido, Plinio el Joven, *Cartas* III 9, 11.

[51] Caraca, según las fuentes antiguas, era una ciudad carpetana; su ubicación es discutida, situándola en Córcoles, Sacedón, Taracena, todas ellas localidades de Guadalajara, o en Carabaña y Perales de Tajuña (Madrid).

[52] El Tajuña, afluente del Tajo.

rayar el día avanzó a caballo y examinaba con detenimiento
el terreno. Como desde ningún sitio ofrecía medio de acer- 5
carse, al ir de un lado al otro inútilmente profiriendo vacías
amenazas, ve que de aquella tierra un gran remolino de polvo
es llevado por el viento arriba hacia ellos. Porque, como dije, 6
las cuevas estaban orientadas al norte, y el viento que sopla
desde la Osa, al que algunos llaman Cecias[53], es el más domi-
nante y el mayor de los vientos de allí, al haberse originado
desde húmedas llanuras y montes cubiertos de nieve, y al ser 7
entonces pleno verano, reforzado y alimentado por el deshielo
de las montañas expuestas al norte, soplaba de manera muy
agradable y mantenía frescos durante el día a ellos y a los ani-
males. Reflexionando sobre ello Sertorio y escuchando a las 8
gentes del país, ordenó a los soldados que arrancasen aquella
tierra fina y cenicienta, y llevándola frente a la colina hiciesen
un montón, del que los bárbaros se burlaban, al suponer que
era la construcción de un terraplén contra ellos. Entonces, 9
cuando los soldados trabajaron hasta la noche, los retiró; con
el amanecer, al principio soplaba una brisa tenue que revolvía lo
más liviano de la tierra amontonada que se esparcía como el
rocío, luego, al desencadenarse el impetuoso Cecias hacia 10
el sol y llenarse de polvo las colinas, los soldados subiéndose
al montículo lo derribaban hasta el fondo y rompían el barro,
y algunos incluso hicieron pasar a sus caballos arriba y abajo,
levantando una polvareda y entregando lo que estaba en el aire
al viento. Éste, levantando todo lo pulverizado y moviéndolo 11
hacia arriba, lo lanzaba hacia las viviendas de los bárbaros
contra las puertas que reciben el Cecias. Y ellos, como sus 12
cuevas tenían sólo aquel respiradero por el que se lanzaba el
viento, pronto eran cegados sus ojos, y pronto sufrían un jadeo
ahogado, al aspirar un aire áspero y revuelto con mucho polvo.

---

[53] El Cecias es mencionado por ARISTÓTELES, *Metereológicos* 363b17, como un viento del nordeste, que conocemos como cierzo.

13 Por eso resistieron apenas dos días, y al tercero se rindieron, entregándose a Sertorio no tanto por su fuerza como por su prestigio, ya que había conseguido con sabiduría lo que era inexpugnable por las armas.

18 Mientras guerreaba contra Metelo, parecía que la mayoría de las veces tenía éxito por la vejez y la torpeza natural de Metelo, incapaz de resistir frente a un hombre audaz y que
2 mandaba más una tropa de bandoleros que una regular[54]. Pero cuando plantó su campamento frente a Pompeyo, que había atravesado el Pirineo[55], dando unas veces y recibiendo otras toda prueba de estratagemas militares, fue superior en realizar acciones ofensivas y defensivas, y se propagó totalmente hasta Roma que era el más hábil en manejar la guerra de los gene-
3 rales de entonces. Porque no era cosa pequeña el renombre de Pompeyo, sino que en aquel momento brillaba muchísimo en prestigio por sus virtudes guerreras junto a Sila, debido a las cuales fue denominado por él Magno, esto es, Grande, y ob-
4 tuvo los honores del triunfo aún imberbe[56]. De ahí que muchas de las ciudades en poder de Sertorio, al dirigir la mirada hacia él, tuvieran deseo de cambio, pero luego desistieron, al produ-
5 cirse la derrota de Lauro[57] en contra de todo lo esperado. Pues cuando Sertorio los asediaba llegó Pompeyo para ayudarlos con todo su ejército; luego, el primero se adelantó a ocupar una colina que parecía bien situada naturalmente contra la

---

[54] Parece que PLUTARCO olvida que en 14, 1 afirmó que Sertorio había hecho un auténtico ejército de lo que era un grupo de bandidos.

[55] Pompeyo había dejado su provincia de la Galia Narbonense a cargo de Marco Fonteyo para pasar a Iberia en ayuda de Metelo en la primavera del año 76 a. C.

[56] Pompeyo tenía entonces 26 años (cf. *Pompeyo* 14).

[57] Una ciudad situada al sur de Sagunto; de nuevo hay diferencias sobre su ubicación; A. SCHULTEN (*Sertorius*, Leipzig, 1926 = *Sertorio*, Barcelona, 1949; págs. 100 y ss. de la edición alemana) la identificó con El Puig (Valencia), pero hay muchos que consideran que se trata de San Miguel de Liria, en la misma provincia.

ciudad, y el otro se daba prisa para impedirlo. Como Serto- 6
rio llegó antes, tras detener al ejército Pompeyo se alegraba
por su buena suerte, al creer que Sertorio quedaría atrapado
en medio de la ciudad y de su ejército; y envió recado a los 7
lauronenses animándoles a que tuvieran confianza y a que se
sentaran en las murallas para contemplar a Sertorio sitiado. Y 8
cuando aquél lo escuchó, se rió y dijo que al discípulo de Sila
(pues así llamaba a Pompeyo burlándose) personalmente le
enseñaría que un general debe mirar a su espalda más que al
frente. Al tiempo que decía esto, mostraba a los sitiados seis 9
mil hoplitas dejados atrás por él en su anterior empalizada,
desde donde había partido para ocupar la colina, con la in-
tención de que atacaran por la espalda a Pompeyo cuando se
moviera contra ellos. Esto lo comprendió Pompeyo muy tarde, 10
y en parte no se atrevía a atacar temiendo el cerco, en parte
sentía vergüenza de abandonar a unos hombres en peligro,
y, estando allí e inactivo, se veía obligado a verlos perdidos;
pues los bárbaros se desesperaron y se rindieron a Sertorio.
Él perdonó sus vidas y dejó ir a todos, pero quemó la ciudad, 11
no por cólera ni crueldad, pues parece que este hombre era,
de los generales, el que menos se dejaba dominar por la pa-
sión, sino para vergüenza y confusión de los que admiraban
a Pompeyo, y para que entre los bárbaros hubiera noticia de
cómo aún estando muy cerca y casi calentándose con el fuego
de los aliados no les socorría.

Ciertamente a Sertorio le sucedieron muchas derrotas, 19
pero siempre manteniéndose invencible él y los suyos, y su-
friéndolas en otros generales; pero por cómo enmendaba sus 2
derrotas era más admirado que los victoriosos generales ene-
migos, como en la batalla de Sucro[58] contra Pompeyo, y, de
nuevo, en la de Sagunto, contra éste y a la vez contra Metelo.

[58] El Suero es el actual río Júcar; la ciudad homónima no debía de estar muy lejos de la desembocadura del río.

3 Se cuenta que la batalla de Sucro tuvo lugar porque Pompeyo
4 se apresuró para que Metelo no participase de la victoria. Sertorio, por su parte, quería luchar con Pompeyo antes de que llegase Metelo, y, tras avanzar, atacó ya por la tarde, creyendo que para los enemigos, que eran extraños y desconocedores de los lugares, la oscuridad sería un obstáculo tanto para huir
5 como para perseguir. Cuando el combate llegó a las manos, él se encontró no frente a Pompeyo, sino situado al principio frente a Afranio que tenía el ala izquierda, mientras él
6 estaba formado en su ala derecha. Cuando se enteró de que los enfrentados a Pompeyo, al atacar éste, retrocedían y eran vencidos, confió el ala derecha a otros generales y corría él
7 mismo a defender aquella ala vencida. Y reuniendo y reanimando tanto a los que ya se daban la vuelta como a los que permanecían en la formación, de nuevo cargó contra Pompeyo que continuaba la persecución y le causó una gran derrota,
8 puesto que Pompeyo estuvo cerca de morir y, herido, escapó inesperadamente[59]. Porque los libios que estaban con Sertorio, como se apoderaron del caballo de Pompeyo, adornado con oro y lleno de lujosos arneses, en lo que se lo repartían y dis-
9 cutían entre ellos, abandonaron la persecución. Afranio, tras poner en fuga a los que se le opusieron al mismo tiempo que Sertorio marchó para ayudar al otro lado, los rechazó hacia el campamento; y cayendo sobre él lo saqueaba cuando ya estaba oscuro, sin conocer la derrota de Pompeyo ni ser capaz
10 de apartar a los soldados del pillaje. En ese momento Sertorio regresó, victorioso de su parte; y al caer sobre los soldados de
11 Afranio, dispersos por el desorden, mató a muchos. Por la mañana, armado de nuevo, descendió al combate, pero luego, al saber que Metelo estaba cerca, rompiendo la formación levan-

[59] Pompeyo fue herido en una mano, según nos cuenta el propio PLUTARCO en *Pompeyo* 10, 4, pero APIANO, *Historia Romana* II. *Guerras civiles* I 110, dice, en cambio, que fue herido peligrosamente en el muslo por una lanza.

taba el campo diciendo: «Yo a este muchacho, si no estuviera
cerca aquella vieja, lo habría enviado a Roma tras propinarle
unos azotes[60]».

Estaba terriblemente desanimado porque aquella cierva 20
no aparecía por parte alguna; pues quedaba privado de un
artificio extraordinario frente a los bárbaros, que entonces
estaban muy necesitados de consuelo. Después, unos que 2
simplemente caminaban por la noche la encuentran, y reco-
nociéndola por el color de la piel, la capturan. Al enterarse 3
Sertorio se puso de acuerdo con aquéllos para darles mucho
dinero, si no se lo contaban a nadie, y él escondió a la cierva
y después de dejar pasar pocos días se presentaba en la tribuna
con un aspecto muy alegre, contando a los jefes iberos que
la divinidad le había revelado una cosa muy buena durante
el sueño; a continuación se subió a la tribuna y gestionaba
asuntos con los que se dirigían a él. La cierva, soltada cerca 4
por los que la guardaban, al ver a Sertorio, corría muy alegre
a la carrera hacia la tribuna, y poniéndose a su lado apoyó la
cabeza en sus rodillas y tocaba con su hocico su mano dere-
cha, acostumbrada antes a hacer eso. Como Sertorio respondía 5
convincentemente con muestras de cariño e incluso derramó
alguna lágrima, un estupor se apoderó de los presentes al
principio, y luego, una vez que con aplauso y gritería acom-
pañaron a Sertorio a su casa, como a un hombre maravilloso
y grato a los dioses, estaban en gran contento y con buenas
esperanzas[61].

En las llanuras de Sagunto después de haber reducido a 21
los enemigos a las más extremas carencias, se vio obligado a
atacarlos cuando bajaban en busca de pillaje y de aprovisiona-

---

[60] El muchacho es, desde luego, Pompeyo, y la vieja, Metelo Pío. Cf. *Pompeyo* 18, 1.

[61] Este relato aparece también en Apiano, en el mismo pasaje citado anteriormente.

2 miento. Se luchó brillantemente por ambas partes. Memnio[62], el más capaz de los generales bajo el mando de Pompeyo, cayó en lo más duro del combate, mientras que Sertorio vencía y con gran matanza de los que aún resistían chocaba contra el propio Metelo. Éste resistió por encima de su edad y, mientras peleaba de manera extraordinaria, fue herido por una lanza.
3 A los romanos, tras ver esto unos, y oírlo otros, les invadió la vergüenza de dejar abandonado a su jefe, y, al tiempo, surgió en ellos cólera contra los enemigos. Poniendo por delante los
4 escudos y sacándole con decisión, rechazaban a los iberos. Y así, vuelta atrás la victoria, Sertorio maquinando unas retiradas sin temor para aquéllos y tramando que otro ejército se le reuniera con seguridades, escapó a una ciudad montañosa y sólida[63], afirmaba sus murallas y fortificaba las puertas, trazando todo, más que para aguantar un asedio, para engañar a
5 los enemigos. Porque al asediarlo y pensar que tomarían sin dificultad el lugar, permitían que los bárbaros huyesen y se despreocuparon del ejército que de nuevo se estaba reuniendo
6 para Sertorio. Y se iba reuniendo porque envió oficiales a sus ciudades y mandaba que, cuando ya fueran muchos, le remi-
7 tieran un mensajero. Después que lo enviaron, sin esfuerzo alguno se abrió paso entre los enemigos y se juntó con los suyos; y otra vez reforzado, atacaba, les cortaba el abastecimiento desde tierra con emboscadas y cercos, lanzándose rápido en un ir y venir desde todas partes, y desde el mar dominaba la
8 costa con los barcos piratas; de forma que los generales se vieron obligados a separarse, uno marchó a la Galia, y Pompeyo pasó el invierno entre los vacceos[64], miserablemente por falta

62 Cayo Memnio estaba casado con una hermana de Pompeyo y era su cuestor en Iberia. SCHULTEN *(op. cit.* p. 116) cree que se trata de su hermano Lucio Memnio.

63 Se ha pensado en Clunia, en la provincia de Valladolid, pero SCHULTEN *(op. cit.,* pág. 117) se inclina por Sagunto.

64 Los vacceos habitaban extensas zonas de la actual Castilla y León, siendo Palencia una de sus ciudades más importantes.

de dinero, escribiendo al senado que licenciaría al ejército si no le enviaban dinero; porque ya se había gastado el suyo combatiendo en defensa de Italia[65]. Y en Roma era grande el 9
rumor de que Sertorio llegaría a Italia antes que Pompeyo; a este extremo llevó la destreza de Sertorio a los primeros y más capaces generales de entonces.

Metelo dio a entender que tenía terror a Sertorio y que lo 22
consideraba importante. Porque anunció por heraldo que si algún romano lo quitaba de en medio, le daría cien talentos de plata y veinte mil fanegas de tierra; y si un desterrado, el regreso a Roma, como si por desesperación de una defensa abierta comprase al hombre a través de una traición. Incluso 2
en cierta ocasión en la que venció a Sertorio en una batalla se exaltó y amó su buena suerte tanto que se hizo proclamar *imperator*[66], y las ciudades que visitaba lo acogían con sacrificios y altares. Y se cuenta que aceptaba imposiciones de 3
coronas y acogidas de banquetes grandiosos en los que bebía con vestidura triunfal, y unas Victorias construidas mediante mecanismos de poleas, llevando trofeos aúreos y coronas, descendían, y coros de niños y mujeres cantaban en su honor himnos triunfales[67]. Por estas cosas, como es lógico, era objeto 4

[65] Esta carta de Pompeyo al senado aparece recogida en el frag. 98 de las *Historias* II de Salustio. Los cónsules del momento hicieron poco caso, pero los elegidos para el año siguiente, Lucio Lúculo y Marco Cota, quedaron impresionados por ella y consiguieron reunir el dinero que se adeudaba y un ejército suplementario.

[66] El término griego empleado por Plutarco es *autokrátor*, que, como el latino, será posteriormente un título imperial; en época republicana era un honor que concedían los soldados a un general victorioso, y el senado podía reconocer su derecho a usarlo.

[67] El relato de estos lujosos banquetes de Metelo está también en el frag. 70 de las *Historias* II de Salustio. La crítica a este comportamiento de Metelo aparece en Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* IX 1, 5. Respecto a estas Victorias, Plutarco en *Sila* 11, 1-2 habla de una Victoria que, llevando una corona, los habitantes de Pérgamo hicieron descender sobre el rey Mitrídates mediante un mecanismo parecido.

de burla, si mientras trataba a Sertorio de fugitivo de Sila y
residuo de la huida de Carbón[68], tan engreído estaba de falso
orgullo y tan alegre se mostraba por haberle vencido cuando
se retiraba.
5 En cambio, (fue propio) de la magnanimidad de Sertorio,
en primer lugar el que proclamase Senado a los senadores que
huían de Roma y vivían con él, el que designase de entre ellos
a los cuestores y pretores y que todo lo organizase de manera
6 similar a las leyes de su patria[69]. Además, que, aun utilizando
armas, dinero y ciudades de los iberos, ni siquiera de palabra
les cediera el poder supremo, al imponer a romanos como
sus generales y magistrados, con la intención de recobrar la
libertad para los romanos, no de acrecentar el poder de aqué-
7 llos contra los romanos. Porque era un hombre amante de
su patria y que tenía mucho deseo de regresar; pero cuando
sufría reveses hacía de ello virtud y no hacía bajeza alguna
a los enemigos, y en las victorias enviaba a decir a Metelo y a
Pompeyo que estaba dispuesto a deponer las armas y a vivir
8 como un particular si obtenía el regreso; pues prefería ser el
ciudadano más desconocido en Roma que, como desterrado,
ser proclamado soberano con plenos poderes sobre todos los
9 demás juntos. Y se dice que deseaba su patria no menos a
causa de su madre, criado huérfano por ella y dedicado por
10 completo a aquélla. En el momento en el que sus amigos de
Iberia le designaban para el mando, supo la muerte de su ma-
11 dre y faltó poco para que perdiera la vida por la pena. Pues
durante siete días yacía abatido sin dar consigna ni dejarse ver

[68] Cneo Papirio Carbón, tribuno de la plebe el 92 a. C., fue colaborador de Cinna y cónsul con él el año 85 a. C.; cónsul de nuevo en el 84 también con Cinna, se quedó solo al ser su colega asesinado por sus tropas. Intentó detener el avance de Sila hacia Campania, y en el 82 volvió a ser cónsul con el hijo de Mario; terminó huyendo de Roma ese mismo año. Vencido por Metelo se refugió en África y, ya proscrito, Pompeyo lo capturó cerca de Sicilia y lo ejecutó.

[69] Cf. el ya citado pasaje de Apiano.

por ningún amigo, y con dificultad sus compañeros en el man-
do del ejército y sus iguales en dignidad, rodeando su tienda,
le obligaron a que saliera a encontrarse con los soldados y a
que se ocupara de los asuntos que iban bien. Por eso también 12
a muchos les pareció un hombre que, nacido pacífico por na-
turaleza y bastante dispuesto a una vida tranquila, utilizaba
fuerzas militares en contra de su manera de pensar, y que, al
no alcanzar seguridad, sino forzado por sus enemigos a las
armas, se rodeaba de la guerra como una guardia necesaria
de su persona.

Propia también de su magnanimidad fue su política res- 23
pecto a Mitrídates[70]. Pues cuando, tras la derrota contra Sila, 2
Mitrídates, levantándose como para un segundo combate,
de nuevo invadió Asia[71], la gloria ya grande de Sertorio iba
y venía por todas partes y los que navegaban desde occi-
dente habían llenado el Ponto de relatos sobre él, como de
mercancías extranjeras; Mitrídates decidió enviarle embaja- 3
dores, muy exaltado por las fanfarronadas de los aduladores,
que, al comparar a Sertorio con Aníbal y a Mitrídates con Pi-
rro, afirmaban que los romanos, atacados por los dos lados, no
resistirían contra semejantes naturalezas y fuerzas conjuntas,
la del general más capaz aliado al más grande de los reyes.
Envió entonces Mitrídates embajadores[72] a Iberia llevando 4
cartas y propuestas verbales a Sertorio, en las cuales ofrecía

[70] Mitrídates VI Éupator Dioniso, conocido como el Grande, que reinó en el Ponto desde el año 120 al 63 a. C., fue un formidable enemigo de Roma, luchando contra Sila, Lúculo y Pompeyo que, al fin, lo venció.

[71] Con el nombre de Asia Plutarco se refiere a la provincia romana así llamada; la victoria de Sila sobre Mitrídates se había producido el año 85 a. C. (cf. *Sila* 22) y la nueva invasión de Mitrídates el 76 a. C.

[72] En la edición de Flacelière-Chambry, *Notas Complementarias*, pág. 221, se afirma que estos embajadores eran Lucio Magio y Lucio Fanio, a los que el entonces procuestor de Cilicia, Cayo Verres, había vendido una nave robada a los milesios (cf. Cicerón, *Verrinas* I 34, 87); sin embargo Apiano, *Historia Romana* I. *Sobre Mitrídates* 68, dice que estos individuos fueron enviados por

suministrar dinero y naves para la guerra, pero solicitaba que le fuera garantizada por aquél toda el Asia que cedió a los ro-
5 manos según los tratados concertados con Sila. Sertorio reunió la asamblea, a la que llamaba Senado, y cuando los demás le animaban a aceptar las propuestas y a contentarse (pues se les pedía un nombre y un documento vacío sobre asuntos que no estaban en sus manos, y, a cambio de ellos, recibir aquello de
6 lo que se encontraban muy necesitados), Sertorio no quedó satisfecho; dijo que no vería con malos ojos que Mitrídates se apoderase de Bitinia y Capadocia, pueblos gobernados por reyes y que no pertenecían a los romanos, pero que en cuanto a la provincia que los romanos habían adquirido de la manera más justa[73], que Mitrídates arrebató y ocupó, que perdió peleando a manos de Fimbria[74], y que abandonó al pactar con Sila, ésa, dijo, no permitiría que volviera a estar de nuevo bajo
7 su poder; porque era preciso que engrandeciera a la ciudad por sus victorias, pero no fortalecerse con la disminución de lo de aquélla; pues para un hombre noble es preferible vencer con el bien y no salvarse deshonrosamente[75].

24 Al darse a conocer estas noticias, Mitrídates se quedaba
2 estupefacto; y se cuenta que dijo a sus amigos. «¿Qué ordenará pues Sertorio cuando esté establecido en el Palatino[76],

---

Sertorio una vez que se entablaron negociaciones con Mitrídates, en calidad de consejeros.

[73] Se refiere a Pérgamo, dejada en testamento al pueblo romano por su último rey, Átalo III.

[74] C. Flavio Fimbria, violento partidario de Mario y Cinna, fue enviado el año 86 a. C. a Asia como legado de Valerio Flaco, al que hizo asesinar. Emprendió la guerra contra Mitrídates y cuando estaba a punto de capturarlo se lo impidió Lúculo, por órdenes de Sila. El año 85 a. C. fue cercado por Sila y se suicidó.

[75] La versión de Apiano, *Hist. Rom.* I. *Sobre Mit.* 68, es diferente: «...(Sertorio) pactó con Mitrídates entregarle la provincia de Asia, Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Galacia...».

[76] Anacronismo de Plutarco que está pensando en su propio tiempo, cuando los emperadores residían en el Palatino, porque en la época de Sertorio no había en esa colina ninguna institución de gobierno.

si ahora, rechazado al mar Atlántico, pone límites a nuestro reino y amenaza con la guerra si nos apoderamos de Asia?». No obstante se hicieron tratados y juramentos de que Mitrí- 3
dates tendría Capadocia y Bitinia, que Sertorio le enviaría un general y soldados, y que Sertorio recibiría de Mitrídates tres mil talentos y cuarenta naves. Y fue enviado por Sertorio 4
como general a Asia uno de los senadores refugiados junto a él, Marco Mario, con el cual tomó Mitrídates algunas ciudades asiáticas y al que él mismo seguía cuando entraba con fasces y hachas, asumiendo voluntariamente un segundo puesto y la actitud de un servidor. Mario liberaba a unas y escribiendo 5
a otras anunciaba la exención de impuestos como favor de Sertorio, de manera que Asia, irritada de nuevo por los recaudadores, agobiada por las codicias y arrogancias de las fuerzas de ocupación, recibía nuevas alas hacia la esperanza y deseaba el aguardado cambio de gobierno.

En Iberia, tan pronto como recuperaron la esperanza fren- 25
te al enemigo, desaparecido el miedo, se apoderaba de los senadores y colegas de Sertorio una envidia y celo insensato del poder de aquél. Era el promotor Perpenna, que estaba 2
ensoberbecido por la nobleza de su nacimiento con un vano orgullo hacia el mando, y divulgaba en secreto palabras perversas a sus allegados. «¿Qué malvada divinidad después de 3
apoderarse de nosotros nos lleva de mal en peor? ¿Nosotros que, cuando Sila era al mismo tiempo dueño de la tierra entera y del mar, no nos resignamos a hacer lo que mandaba quedándonos en casa, y estando consumidos aquí para vivir como hombres libres, nos esclavizamos voluntariamente como satélites del destierro de Sertorio, miembros de un Senado cuyo nombre es objeto de burla por los que lo oyen, soportando insolencias, órdenes y trabajos no inferiores a los de los iberos y lusitanos?». Llenándose de razonamientos semejantes la 4
mayoría no se rebelaba abiertamente, temerosos de su poder, pero, en secreto, perjudicaban las empresas y trataban mal

a los bárbaros, castigándoles con crueldad e imponiéndoles
5 tributos como si lo mandara Sertorio. A partir de esto se pro-
ducían defecciones y revueltas en las ciudades. Y los enviados
a calmar eso y a apaciguarlo, volvían después de producir
6 más guerras e incrementar las rebeliones existentes, de manera
que Sertorio, cambiando su anterior moderación y mansedum-
bre, cometió un ultraje con los niños iberos que se educa-
ban en Osca, matando a unos y vendiendo como esclavos a
otros.

26 Y Perpenna, que tenía muchos conjurados para su golpe
de mano, se atrae también a Manlio, uno de los que estaban al
2 frente del ejército[77]. Éste estaba enamorado de un muchacho
joven, y para darle pruebas de su afecto, le cuenta la conspi-
ración, animándole a dejar a sus otros amantes y dedicarse
3 sólo a él, ya que en pocos días sería importante. Pero el mu-
chacho, que sentía más afecto por Aufidio, otro de sus aman-
tes, le cuenta la historia. Y Aufidio, cuando lo oye, se queda
asombrado; porque él también tomaba parte en la conjuración
4 contra Sertorio, pero desconocía que Manlio participaba. Al
nombrar el muchacho a Perpenna, a Grecino y a algunos otros,
que él sabía que eran de los conjurados, confundido ante aquel
relato, le quitaba importancia y aconsejaba que desdeñase a
Manlio como vano y fanfarrón; pero él fue junto a Perpenna
y tras relatarle la urgencia del momento y el peligro, acon-
5 sejó actuar. Ellos se mostraban de acuerdo y disponiendo un
hombre que llevara una carta a Sertorio lo despacharon. La
carta revelaba la victoria de uno de sus generales y una gran
6 matanza de enemigos. Ante esto Sertorio se mostraba muy
alegre y hacía sacrificios por las buenas noticias, y Perpenna
le invitaba a un banquete a él y a los amigos presentes (que

[77] Según Apiano, *Hist. Rom.* II. *Guerras Civiles* I 113, a Perpenna le acompañaban otros diez conjurados. Tito Livio, *Períocas* 96, habla de Perpenna, Manlio Antonio y otros conjurados.

eran de la conjuración), y tras insistir mucho, lo convenció para que fuera.

Los banquetes con Sertorio tenían siempre mucho decoro 7
y orden, porque no soportaba ver ni oír algo inconveniente, sino que acostumbraba a los asistentes a hacer uso de amabilidad y de diversiones moderadas y no ofensivas. Pero en 8
aquella ocasión, en medio de la bebida, buscando el comienzo de una pelea, abiertamente utilizaban palabras groseras, y fingiendo beber mucho se mostraban insolentes para irritarle. Y 9
él, bien al no soportar el desorden, bien porque comprendiera la intención de ellos en la osadía de la charla y en el menosprecio en contra de lo acostumbrado, cambió la posición del lecho, poniéndose de espaldas, como para ni prestar atención ni escuchar. Entonces Perpenna, tras coger una copa de vino 10
puro, mientras bebía, la dejó caer de sus manos e hizo ruido, lo que era para ellos la señal, y Antonio, que estaba echado en un lecho superior, hirió a Sertorio con la espada. Cuando aquél 11
se dio la vuelta ante el golpe e intentó incorporarse, cayendo sobre su pecho le sujetó ambas manos, de manera que murió sin poder defenderse de los muchos que lo herían[78].

La mayoría de los iberos se fueron enseguida y, tras en- 27
viar embajadores, se entregaron a Pompeyo y Metelo; con los que se quedaron, Perpenna, tomándolos a su cargo, intentaba lograr algo. Pero al utilizar los preparativos de Sertorio de la 2
forma más torpe posible y dejar claro que no estaba hecho ni para mandar ni para obedecer, se lanzó contra Pompeyo[79]; derrotado pronto por él y hecho prisionero, ni siquiera soportó 3
como un jefe la última desgracia, sino que, al ser poseedor de unos documentos de Sertorio, prometía a Pompeyo mostrarle cartas autógrafas de cónsules y de hombres del mayor poder

[78] Sertorio murió en Osca el año 72 a. C.

[79] Los sucesos posteriores a la muerte de Sertorio aparecen más detallados en Apiano, *Hist. Rom.* II. *Guerras Civiles* I 114.

en Roma, invitando a Sertorio a Italia, como si tuvieran el
mayor deseo de remover la situación presente y cambiar el sis-
4 tema de gobierno. Entonces Pompeyo realizando una acción
no propia de una mente juvenil,[80] sino de una muy segura y
5 formada, libró a Roma de grandes miedos y revueltas. Porque,
tras amontonar aquellas cartas y los documentos de Sertorio,
quemó todo, sin leerlas ni dejar que otro lo hiciera; al propio
Perpenna lo ejecutó de inmediato, temeroso de que si los nom-
bres eran dados a conocer a algunos, se produjeran revueltas
6 y disturbios. De los que se conjuraron con Perpenna, unos
fueron llevados a Pompeyo y perecieron, otros que huyeron a
7 Libia fueron muertos a flechazos por los mauritanos. Ninguno
escapó a excepción de Aufidio, el rival amoroso de Manlio;
éste, bien porque se ocultó o porque se hizo poco caso de él,
envejeció en una aldea bárbara, pobre y odiado.

[80] Pompeyo tenía entonces 34 años.

# ÉUMENES

Éumenes de Cardia[1], cuenta Duris[2], nació de un padre 1
que, debido a la pobreza, era carretero en Quersoneso, pero
fue educado de manera liberal en las letras y en la palestra[3];
era niño aún cuando Filipo, que iba de paso[4] y tenía tiempo 2
libre, contempló competiciones de pancracio[5] de jóvenes de
Cardia y luchas de niños, en las cuales al tener éxito Éumenes
y mostrarse inteligente y valiente agradó a Filipo y se lo llevó
con él. Pero parece más lógico el relato de los que dicen que 3
Éumenes fue promovido por Filipo a causa del vínculo de
hospitalidad y amistad que tenía con su padre. Tras la muerte 4
de Filipo, al parecer que no era inferior a ninguno de los de

[1] Cardia está situada en el istmo que une el Quersoneso tracio al continente; fue colonizada por los atenienses a mediados del s. VI a. C. y conquistada por Filipo II de Macedonia durante su campaña de Tracia en los años 342-341 a. C.

[2] DURIS DE SAMOS (340-270 a. C.) escribió unas *Helénicas* que empezaban con la muerte de Filipo y se extendían hasta Pirro, así como una *Historia de Agatocles* y una *Crónica de Samos*; de todo ello quedan fragmentos en los que se puede apreciar su erudición y la dramatización de sus relatos.

[3] NEPOTE, *Vidas. Éumenes* 1, 3, dice, en cambio, que procedía «de muy noble estirpe cardiana».

[4] Durante la campaña de Filipo en Tracia.

[5] El pancracio era una competición de lucha en la que estaban permitidos todos los golpes y en la que, como su nombre indica, se empleaba toda la fuerza.

Alejandro ni en inteligencia ni en fidelidad, era nombrado pri-
mer secretario[6] y obtenía el mismo honor que los más amigos
5 y allegados, de manera que, como general, fue enviado a la In-
dia con un ejército bajo sus órdenes[7], y recibió el mando de la
caballería de Perdicas, cuando Perdicas, tras morir Hefestión,
6 ocupó su lugar[8]. Por eso también, al decir el jefe de los escu-
deros Neoptólemo[9] que, tras la muerte de Alejandro, él seguía
al séquito con el escudo y la lanza y Éumenes con el estilete
para escribir y la tablilla, se reían los macedonios, sabedores
de que Éumenes, además de otros honores, había sido conside-
7 rado por el rey digno de parentesco mediante matrimonio. En
efecto, Barsine, hija de Artabazo, la primera a la que conoció
Alejandro en Asia y de la que tuvo un hijo, Heracles, tenía dos
hermanas; de ellas dio en matrimonio Apama a Tolomeo, y,
a Éumenes, Artonis[10], cuando distribuyó a las demás persas y
unió en matrimonio a sus Compañeros[11].

---

[6] El *archigrammateús* era el jefe de la cancillería real, encargado de vigilar la redacción de las *Efemérides* de Alejandro. NEPOTE, *Éum.* 1. 4-5 dice que Éumenes había sido ya secretario de Filipo durante siete años, esto es, desde el comienzo de estar con él (Filipo murió en el año 326 a. C.) lo que abona la hipótesis de que tuviera una educación esmerada.

[7] Según ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* V 24. 6, Alejandro envió a Éumenes con trescientos jinetes para conminar a la rendición a las dos ciudades que se habían sublevado junto con Sangala, tras la toma de ésta.

[8] Hefestión murió en octubre del 324 a. C. Lo que dice Plutarco sobre su sucesión no concuerda con la versión de ARRIANO, VII 14. 10, pues éste afirma que Alejandro no nombró a ningún otro quiliarco (término que significa comandante de mil hombres, pero que en esta época designaba al más alto dignatario del Estado) al mando de la caballería, para que el nombre de Hefestión se conservara siempre en el batallón así como el estandarte que él había diseñado.

[9] *Archiupaspistés*, jefe del cuerpo de los hipaspistas o portadores de escudo; Neoptólemo era un Eácida, de la familia real de Epiro.

[10] Mantenemos la lectura de Artonis, de acuerdo con la edición de FLACELIÈRE-CHAMBRY, al estar mal conservado en los MSS el nombre de la esposa de Éumenes. Artonis es, por otra parte, el nombre que da ARRIANO, VII 4, 6.

[11] Referencia a las «Bodas de Susa», celebradas el año 324 a. C., cuando Alejandro se casó con dos princesas persas y se casaron también muchos de sus

No obstante, también muchas veces estaba en desacuerdo 2
con Alejandro y corrió peligro a causa de Hefestión. Pues, en 2
una primera ocasión, al haber asignado Hefestión al flautista Evio una casa que los esclavos habían ocupado de antemano para Éumenes, Éumenes fue colérico junto a Alejandro y gritaba, junto con Mentor, que sería mejor tocar la flauta o bailar en un coro trágico tras arrojar las armas de las manos, de forma que Alejandro compartió su indignación y censuró
a Hefestión. Sin embargo, pronto cambió de opinión y se 3
encolerizó contra Éumenes, porque había usado con él más
insolencia que franqueza con Hefestión[12]. Otra vez, al enviar 4
a Nearco con naves al mar exterior[13], pedía Alejandro dinero a los amigos; pues no había en el tesoro real. Éumenes, 5
al que pidió trescientos talentos, dio sólo cien, y repitiendo que los había reunido para él a través de los administradores con esfuerzo y a duras penas; Alejandro, sin hacer reproches ni aceptar el dinero, ordenó a los esclavos que prendieran fuego en secreto a la tienda de Éumenes, con la intención de atraparle en flagrante mentira cuando se pusiera a salvo
el dinero. Pero la tienda se quemó deprisa y Alejandro se 6
arrepintió cuando se destruyeron los documentos. Y se descubrió oro y plata fundido por el fuego con un valor de más
de mil talentos. Nada tomó Alejandro, sino que escribió a los 7
sátrapas y generales de todas partes que remitieran copias de
lo destruido, y ordenó a Éumenes que lo reuniera todo. De 8
nuevo se enzarzó en una discusión con Hefestión a propósito de cierto regalo, y escuchó muchas injurias y otras muchas
dijo, pero entonces no perdió prestigio. Poco después, sin 9
embargo, tras morir Hefestión, el rey quedó muy afectado, y

hombres. En cuanto al término «Compañeros» *(hetáiroi)*, en un principio los amigos íntimos de Alejandro, era ya un título oficial.

[12] De estos enfrentamientos entre Éumenes y Hefestión habla también ARRIANO, VII 14, 9.

[13] El Océano, por oposición al Mediterráneo.

con todos los que, a su parecer, tenían envidia a aquél cuando vivía y se alegraban de su muerte se comportaba con acritud y era severo; a Éumenes especialmente tenía bajo sospecha, y le reprochaba con frecuencia aquellas discusiones e injurias. Pero Éumenes, que era astuto y convincente, intentó salvarse con lo que le perdía. Porque recurrió al deseo de honra y afecto de Alejandro hacia Hefestión, aconsejando los honores que más ponderarían al muerto y gastando dinero con profusión y largueza en la construcción de su tumba.

3 Al morir Alejandro y enemistarse la falange con los Compañeros, aunque Éumenes en su corazón estuvo de acuerdo con estos últimos, de palabra sin embargo era imparcial con ambos y una persona privada, porque no le tocaba, siendo extranjero, inmiscuirse en las disputas de los macedonios[14].
2 Los demás Compañeros partieron de Babilonia[15], y él, permaneciendo en la ciudad, calmaba a muchos de los soldados
3 de infantería y los hizo más dóciles para acuerdos. Y cuando se reunieron los generales unos con otros y, tras apaciguarse de las primeras discordias, repartían satrapías y mandos de ejército[16], Éumenes recibe Capadocia, Paflagonia y la costa
4 situada cerca del Ponto Euxino hasta Trapezunte, aunque no era entonces de los macedonios, pues reinaba en ella Ariarates, sino que era preciso que Leonato y Antígono[17] condujeran a Éumenes con un gran ejército para establecerlo como sátrapa
5 del lugar. Sin embargo, Antígono no hizo caso a las instruc-

[14] La falange era partidaria de que fuera sucesor Filipo Arrideo, hijo bastardo de Filipo II y retrasado mental, al parecer, mientras que la caballería de los Compañeros se decidía porque lo fuera el hijo que Roxana estaba esperando, si era varón, como así fue, y que se llamaría también Alejandro.

[15] Donde había muerto Alejandro el 13 de junio del 323 a. C.

[16] En el pacto de Triparadiso (Siria) celebrado en el año 321 a. C.

[17] Leonato y Antígono, generales de Alejandro, fueron, respectivamente, sátrapa de Frigia y rey de una parte de Asia Menor.

ciones escritas por Perdicas[18], porque estaba ya envanecido y despreciaba a todos, pero Leonato bajó desde tierra adentro hacia Frigia para garantizar a Éumenes la expedición militar.
Al reunirse con él Hecateo, el tirano de Cardia, y pedirle que 6
mejor ayudara a Antípatro y a los macedonios que estaban sitiados en Lamia[19], decidió hacer la travesía e invitaba a Éu-
menes y trataba de reconciliarle con Hecateo. Porque ellos 7
tenían cierta sospecha hereditaria debida a mutuas diferencias políticas; y muchas veces Éumenes había llegado a acusar claramente a Hecateo de tirano y solicitado a Alejandro que
devolviera a los cardianos la libertad. Por eso también en esa 8
ocasión Éumenes rehusaba la expedición contra los griegos y repetía que temía a Antípatro, no fuera a ser que, por complacer a Hecateo y odiarle a él desde hacía tiempo, lo eliminara; Leonato, que le tenía confianza, nada le ocultó de lo que tra-
maba. La expedición de socorro era excusa y pretexto, pero 9
había resuelto, una vez que hiciera la travesía, disputar de inmediato por Macedonia; y mostró unas cartas de Cleopatra
llamándole a Pela, al parecer, para casarse con él[20]. Éumenes, 10
bien porque temiera a Antípatro, bien porque desconfiara de Leonato, que era voluble y estaba lleno de una tendencia a la inseguridad y a la precipitación, levantó el campo por la
noche llevándose su propio equipo. Tenía trescientos jinetes, 11

[18] Perdicas fue quien recibió el anillo del moribundo Alejandro y la asamblea del ejército lo confirmó como regente y tutor de Filipo Arrideo y del hijo aún no nacido de Alejandro.

[19] Antípatro había sido dejado por Alejandro en el gobierno de Macedonia durante su campaña a Asia, y ya en el año 331 a. C. tuvo que aplastar una revuelta espartana en Megalópolis; cuando Alejandro murió, los griegos se sublevaron contra los macedonios y asediaron a Antípatro en Lamia, por lo que se llama a este conflicto «guerra lamíaca» (323-322 a. C.), que acabó con el triunfo de Antípatro en Cranón. Tras el asesinato de Perdicas, Antípatro fue elegido regente en su lugar.

[20] Cleopatra, hermana de Alejandro, era viuda del rey de Epiro, llamado también Alejandro, y tutora de su hijo Neoptólemo.

doscientos esclavos armados y en oro una cantidad de un valor
12 de cinco mil talentos de plata. Huyó así junto a Perdicas, y, cuando le contó los planes de Leonato, pronto tenía influencia con él y formaba parte de su Consejo; poco después fue llevado a Capadocia con un ejército, estando presente y comandan-
13 do el propio Perdicas. Ariarates fue hecho prisionero y, una vez sometido el territorio, Éumenes fue designado sátrapa.
14 Entregó las ciudades a sus amigos, estableció comandantes de guarnición y dejó los jueces y administradores que quería, sin que Perdicas se entrometiera en absoluto en esto, y él se marchó en su compañía, por servirle y porque no quería quedarse lejos de los reyes[21].

4 No obstante Perdicas, aunque confiaba en que por sí mismo lograría lo que planeaba, creyendo, sin embargo, que lo que dejaba atrás necesitaba un vigilante activo y fiel, despachó desde Cilicia a Éumenes, con el pretexto de su propia satrapía, en realidad para tener a mano la vecina Armenia que andaba
2 revuelta por Neoptólemo. Éumenes a éste, aunque Neoptólemo estaba afectado por un cierto orgullo e inútil presun-
3 ción, intentaba contenerlo con reuniones amistosas; él, por su parte, al encontrar la falange de los macedonios exaltada e insolente, equipaba como tropa opuesta a ella un ejército de caballería, concediendo exenciones de impuestos y tributos a los indígenas que podían montar a caballo, distribuyendo caballos comprados entre aquellos de los suyos con los que tenía más confianza, estimulando los ánimos con honores y regalos y trabajando con empeño los cuerpos mediante ejer-
4 cicios y prácticas; de este modo, unos macedonios quedaron sorprendidos y otros se animaron cuando vieron que en poco tiempo estaban reunidos junto a él no menos de seis mil trescientos jinetes.

[21] Esto es, de Filipo Arrideo y del pequeño Alejandro, hijo de Roxana.

Cuando Crátero[22] y Antípatro vencieron a los griegos, 5
cruzaban a Asía para acabar con el poder de Perdicas y se
anunciaba que iban a invadir Capadocia, el propio Perdicas,
en campaña contra Tolomeo[23], designó a Éumenes general con
plenos poderes de las fuerzas que había en Armenia y Capa-
docia; a este respecto envió cartas a Alcetas[24] y Neoptólemo, 2
ordenándoles ponerse a disposición de Éumenes, y a Éumenes
tratar los asuntos como le pareciera. Alcetas rechazó abier- 3
tamente la expedición, porque los macedonios que estaban
a sus órdenes se avergonzaban de luchar contra Antípatro y,
además, estaban dispuestos a recibir a Crátero con benevo-
lencia. Neoptólemo, por su parte, no ocultó que tramaba una 4
traición contra Éumenes, y al ser llamado no obedecía, sino
que disponía a su ejército en orden de batalla. Entonces por 5
vez primera Éumenes disfrutó de su previsión y preparativo;
pues, aunque vencido en la infantería, derrotó con sus jinetes
a Neoptólemo, capturó su bagaje y, tras conducirlos en masa
en persecución contra la falange dispersada, obligó a deponer
las armas y a que, prestando juramento, lucharan a su lado.
Neoptólemo, reuniendo a unos pocos de la derrota, huyó jun- 6
to a Crátero y Antípatro, pero por parte de ellos había sido
enviada una embajada a Éumenes, invitándole a cambiarse a
su bando, a que disfrutara de las satrapías que tenía, a recibir
de ellos un ejército y territorio, a que se hiciera amigo de
Antípatro en vez de enemigo, y a que no fuera enemigo de
Crátero, cuando había sido amigo[25]. Después de oír esto Éu- 7

[22] Crátero era otro de los generales de Alejandro, designado por éste en el año 324 a. C. para llevar de vuelta a Macedonia a los soldados licenciados y recibir de Antípatro, su suegro, el gobierno de Macedonia y Grecia.

[23] Tolomeo, nombrado gobernador de Egipto a la muerte de Alejandro, fue el que organizó la coalición contra Perdicas.

[24] Alcetas era hermano de Perdicas.

[25] Nepote, *Eum.* 4. 4: «...en vida de Alejandro habían sido íntimos amigos (Cratero y Éumenes)».

menes, respondió que no se iba a hacer amigo de Antípatro siendo enemigo suyo de antiguo, cuando veía que trataba a
8 sus amigos como enemigos, y, en cuanto a Crátero, que estaba dispuesto a reconciliarle con Perdicas, a juntarlos en términos equitativos y justos, y, si uno ocasionaba violencias, a ayudar al agraviado mientras tuviera aliento, y que perdería su cuerpo y su vida antes que su compromiso.

6 Al enterarse de estas propuestas, Antípatro y los suyos deliberaban largo tiempo sobre el conjunto de la situación cuando, al llegar Neoptólemo junto a ellos tras su huida, les informaba del combate y les pedía que prestaran la mayor ayu-
2 da a ambos, pero especialmente a Crátero; porque aquél era amado de manera extraordinaria por los macedonios, que si veían su sombrero[26] y oían su voz, acudían llevando sus armas.
3 El renombre de Crátero, en efecto, era grande, y, tras la muerte de Alejandro, la mayoría lo anhelaron, acordándose de que, por defenderlos, muchas veces recibió numerosas muestras de enemistad de Alejandro, de que se oponía cuando Alejandro se dejaba llevar a la imitación de lo persa, y de que defendía las costumbres patrias, ya ultrajadas por el lujo y la pompa.
4 Entonces Crátero envió a Antípatro a Cilicia, y él con la mayor parte de su ejército marchó con Neoptólemo contra Éumenes, pensando que, al no esperarlo, y tener a su ejército en desorden y entregado a la bebida tras la reciente victoria, le cogería
5 desprevenido. El que Éumenes hubiera presentido su ataque y se hubiese preparado de antemano es algo que se atribuiría a un mando lúcido, no por cierto a una habilidad sobresaliente;
6 pero el que no sólo hubiera sabido ocultar a los enemigos lo que no tenía en buena situación, sino que incluso lanzara contra Crátero a los que combatían con él ignorantes de contra quién luchaban y mantuviera en secreto al general enemigo,
7 parece que fue una empresa propia de este jefe. Difundió por

[26] La *causía*, un sombrero de alas anchas, usado por los macedonios.

tanto el rumor de que de nuevo atacaban Neoptólemo y Pigres
con jinetes capadocios y paflagonios. Aunque quería levantar 8
el campo por la noche, después, mientras estaba dormido, tuvo
una visión singular. Pues le parecía ver a dos Alejandros que
se disponían a luchar entre sí, teniendo cada uno el mando de
una falange; luego a Atenea que llegaba para ayudar a uno y 9
a Deméter al otro, y que tras librarse un duro combate, fue
vencido el que estaba con Atenea, y que Deméter, recogiendo
espigas, trenzaba una corona para el vencedor. Inmediatamen- 10
te sospechaba que la visión era en su favor, ya que luchaba
por una tierra excelente y que en ese momento tenía mucha y
buena espiga en su vaina; pues toda estaba sembrada y ofrecía
una vista propia para la paz, con las llanuras de larga cabellera
por todas partes; y más se animó cuando supo que la consigna
de los enemigos era «Atenea y Alejandro». Él, a su vez, dio 11
como consigna «Deméter y Alejandro», y ordenaba que todos,
cogiendo espigas, se ciñeran con ellas y coronasen las armas.
Muchas veces pensó revelar y decir a sus jefes y generales 12
contra quién iba a ser el combate, para no ser el único que,
teniéndolo en su interior, ocultase y retuviese un secreto tan
necesario, pero, con todo, se mantenía en sus motivos y confió
el peligro a su corazón[27].

No formó contra Crátero a macedonio alguno, sino a dos 7
escuadrones de caballería extranjera, que mandaban Farna-
bazo, hijo de Artabazo, y Fénix de Ténedos[28], tras darles la
orden de que, según fueran vistos los enemigos, marcharan a
toda velocidad y lucharan con ellos, sin dejarles dar la vuelta
ni permitirles una palabra ni que enviaran un heraldo. Porque 2

[27] Cabría preguntarse entonces cómo se enteró Plutarco de este sueño; quizá Éumenes se lo contó a Jerónimo de Cardia, una de las fuentes que sin duda utilizó Plutarco, aunque nunca lo cita como tal.

[28] Farnabazo era hermano de Artonis y, por tanto, cuñado de Éumenes; Fénix de Ténedos sería más tarde gobernador de la Frigia del Helesponto a las órdenes de Tolomeo y, luego, general de Antígono.

tenía mucho miedo de que los macedonios, cuando reconocie-
3 ran a Crátero, se marcharan pasándose a aquél. Él reunió una
guardia con los trescientos jinetes más valerosos y, pasando al
ala derecha, se disponía a trabar combate contra Neoptólemo.
4 Cuando, después de franquear la colina que estaba en medio,
fueron vistos haciendo un ataque rápido y con violentísimo
ardor, aunque Crátero quedó espantado e injurió mucho a
Neoptólemo, como si hubiera sido engañado por él en lo del
cambio de bando de los macedonios, tras ordenar a sus je-
5 fes portarse como hombres, les hizo frente. El primer choque
resultó duro y al romperse pronto las lanzas, el combate era
con las espadas; Crátero no deshonró a Alejandro, sino que
a muchos derribó, y muchas veces hizo darse la vuelta a sus
oponentes, pero, finalmente, alcanzado por un tracio que le
6 atacó de flanco, cayó del caballo. Cuando cayó, los demás que
pasaron junto a él no lo conocían, pero Gorgias, un general de
los de Éumenes, lo reconoció, y, bajándose del caballo, puso
una guardia alrededor de su cuerpo, aunque se encontraba ya
mal y luchaba con la muerte.

7 En ese momento también Neoptólemo trabó combate con
Éumenes. Odiándose desde tiempo atrás y llenos de cólera, en
dos encuentros no se vieron, pero en el tercero, al reconocerse,
se atacaban a toda carrera blandiendo los puñales y gritando.
8 Sus caballos chocaron de frente con violencia como trirremes,
y soltando las riendas se asieron con las manos, quitándose los
9 cascos y desgarrando las corazas por los hombros. Durante la
pelea los caballos escaparon al mismo tiempo, y cayendo a
tierra y chocando entre sí, se agarraban y luchaban sin descan-
10 so. Luego Éumenes rompió la corva de Neoptólemo cuando
intentó levantarse primero y él se apresuró a ponerse de pie,
pero Neoptólemo, apoyándose en una rodilla al estar lisiado
en la otra, se defendía valerosamente desde abajo, pero sin
causar golpes mortales, y herido en el cuello, cayó y quedó
11 abatido. Al quitarle las armas Éumenes e injuriarle debido a

la cólera y al antiguo odio, como tenía aún la espada, le hirió
por sorpresa bajo la coraza rozándole ligeramente en la parte
que toca la ingle. El golpe asustó más que dañó a Éumenes, 12
al resultar leve por la debilidad. Tras despojar al muerto, se
encontraba mal al estar resentido por los golpes en piernas y
brazos, pero, con todo, se subió al caballo y corrió hacia la
otra ala, por si aún resistían los enemigos. Al saber el final de 13
Crátero y avanzar a caballo, cuando le vio respirando y cons-
ciente[29], descabalgando lloró y le cogió la diestra, y mucho
insultó a Neoptólemo, mucho lamentó la suerte de Crátero y
su propia necesidad, por la que fue llevado a sufrir o a ejecutar
eso con un amigo y allegado.

Este combate lo venció Éumenes unos diez días después 8
del primero[30]; y su fama creció enormemente a partir de él,
porque logró unas cosas con habilidad y otras con coraje, y le
atrajo mucha envidia y odio por igual de parte de sus aliados
y enemigos, ya que, forastero y extranjero, había destruido
con armas y brazos macedonios al primero y más ilustre de
ellos. Pero si Perdicas hubiera llegado a enterarse del final 2
de Crátero, ningún otro hubiera ocupado el primer puesto de
los macedonios; sin embargo, Perdicas había muerto en una 3
revuelta en Egipto dos días antes de que llegara esta noticia
del combate al campamento, y, por cólera, los macedonios
condenaron de inmediato a muerte a Éumenes[31]. Fueron de- 4

---

[29] Según NEPOTE, *Éum.* 4, 1 y 3, y DIODORO, XVIII 30, 5-6, la muerte de Cratero fue instantánea, así que es posible que PLUTARCO haya recurrido aquí a un patetismo embellecedor. La batalla debió de ocurrirr en la primavera del año 321 a. C.

[30] La primera de las batallas, en la que Éumenes venció a Neoptólemo, es la que se cuenta en 5, 4-6.

[31] NEPOTE., Éum. 5, 1: «Mientras todo esto sucedía en el Helesponto, Seleuco y Antígenes dieron muerte a Perdicas a orillas del Nilo, pasando así el mando supremo a manos de Antípatro. Cuantos habían desertado de él son condenados a muerte, mediante el voto del ejército, aunque estaban ausentes: entre éstos se encontraba Éumenes».

sígnados como generales de la guerra contra él Antígono junto
con Antípatro.
5 Entretanto Éumenes se encontró con las manadas de ca-
ballos reales que pastaban en el Ida[32], tomó los caballos que
necesitaba y envió un recibo a los administradores; se dice
que Antípatro rio y dijo que admiraba a Éumenes por su pre-
visión, al esperar darles cuenta de las propiedades reales o
6 recibirlas de ellos. Cerca de Sardes quería Éumenes, como
tenía ventaja en la caballería, combatir en las llanuras lidias,
deseando al mismo tiempo mostrar su ejército a Cleopatra;
7 pero al suplicárselo ella (pues temía recibir alguna acusación
de Antípatro), partió hacia la alta Frigia y pasaba el invierno
8 en Celenas[33]; allí, al competir con él por el mando Alcetas,
Polemón y Dócimo[34], dijo: «Esto era conforme al dicho, y
9 de la ruina, ni una palabra»[35], y, como prometió pagar a los
soldados el salario en tres días, vendía para ellos las granjas y
10 plazas fuertes del país, llenos de esclavos y rebaños. El com-
prador, capitán de una compañía o jefe de una tropa extranjera,
al suministrarle Éumenes máquinas e ingenios de guerra, las
tomaba por asedio, y, según el salario adeudado, los soldados
11 se repartían lo capturado. Por esto de nuevo era querido Éu-
menes; y una vez que aparecieron en el campamento escritos
que repartieron los jefes enemigos, ofreciendo cien talentos
y honores al que matara a Éumenes, se irritaron mucho los
macedonios y decretaron que mil oficiales siempre estuvieran
a su alrededor, como guardaespaldas, y que le custodiaran

---

32 El monte Ida, en la Tróade.

33 Celenas, al sur de Frigia, donde Ciro el Menor tenía un palacio y un gran parque (Jenofonte, *Anábasis* I 2, 7-8).

34 Los tres eran partidarios de Perdicas, dos de ellos por razones de parentesco: Alcetas era su hermano; Polemón era hermano de Átalo, cuñado de Perdicas; Dócimo era sátrapa de Babilonia.

35 Esto es, se quiere disfrutar del mando pero no se piensa en los problemas que acarrea.

en turnos y pasaran la noche a su lado. Ellos obedecían y 12
estaban contentos al recibir de él los honores que reciben los
amigos de parte de los reyes. Porque Éumenes podía repartir
sombreros teñidos de púrpura[36] y clámides, que era el regalo
más regio entre los macedonios.

El estar en situación próspera, en efecto, ayuda a aliviar 9
los espíritus, incluso a los mezquinos por naturaleza, hasta el
punto de que, al mirarlos, aparece en torno a ellos una especie
de grandeza y dignidad por lo sobresaliente de sus asuntos;
pero el realmente noble y firme se hace visible más en las 2
desgracias y en soportar los malos días, como Éumenes. En 3
primer lugar, en efecto, vencido en Orcinio de Capadocia por
Antígono a causa de una traición, aunque era perseguido, no
permitió que el traidor, aprovechando la huida, escapara hacia
los enemigos, sino que, tras capturarlo, lo colgó[37]. Y, mientras 4
huía, cambió al camino contrario al de sus perseguidores y
pasó de largo sin ser visto, de modo que llegó al lugar en el
que había ocurrido la batalla, acampó, y tras recoger a los 5
muertos y romper las puertas de las aldeas de alrededor, que-
mó por separado a los jefes y por separado a los soldados,
levantó un túmulo y se fue, de manera que Antígono, cuando
llegó después, admiraba su valor y serenidad.

Luego cayó sobre los bagajes de Antígono, y aunque pudo 6
tomar con facilidad muchas personas libres, muchos esclavos
y riqueza acumulada de tantas guerras y pillajes, temió que
los suyos, cargados de botín y presa, resultaran entorpecidos
para la huida y más débiles para soportar el andar errantes
y el tiempo, en el que en mayor medida ponía las esperan-
zas de la guerra, para hacer retirarse a Antigono. Y ya que 7
era muy difícil apartar a los macedonios de las riquezas que

---

[36] Cf. n. 26.

[37] Diodoro, XVIII 40, 5-6, da el nombre del traidor, un tal Apolonides, oficial de caballería de Éumenes, que se pasó al enemigo.

estaban accesibles, ordenó que se alimentara y diera forraje
8 a los caballos, y así marchar contra los enemigos. Pero él
avisa en secreto a Menandro[38], que estaba con el bagaje de
los enemigos, de que inquietándose por él, al ser amigo y
allegado, le aconsejaba ponerse en guardia y retirarse lo más
rápidamente posible de los lugares accesibles y poco elevados
hacia la cercana región al pie de la montaña, que era impo-
sible para la caballería y no permitía movimientos de cerco.
9 Como Menandro comprendió de inmediato el peligro y partió,
Éumenes enviaba abiertamente exploradores, y transmitía a
los soldados la orden de tomar las armas y embridar a los
10 caballos como si los fuera a conducir contra los enemigos. Y
cuando los exploradores trajeron la noticia de que Menandro
era por completo inexpugnable al haberse refugiado en lugares
difíciles, Éumenes, fingiendo disgustarse, retiraba al ejército.
11 Y se cuenta que, cuando Menandro atestiguó esto a Antígono
y los macedonios alababan a Éumenes y le trataban como el
más humanitario, porque, siéndole factible esclavizar a sus
12 hijos y violar a sus mujeres, tuvo compasión y los dejó ir, An-
tígono dijo: «Aquél los dejó partir no porque se compadeciera
de vosotros, infelices, sino porque temió ponerse semejantes
trabas para huir»[39].

*10* Tras esto, Éumenes, andando errante y retirándose, con-
venció a la mayoría de sus soldados de que se marcharan, bien
por compadecerse de ellos, bien porque no quería arrastrar
tras de sí a pocos para combatir, pero demasiados para que
2 pasaran desapercibidos. Y se retiró a Nora, una plaza fuerte en
la frontera de Licaonia y Capadocia[40], con quinientos jinetes y
doscientos hoplitas, y de nuevo desde allí, cuantos de sus ami-
gos le pidieron marcharse al no soportar la incomodidad de

[38] Otro de los Compañeros de Alejandro.

[39] Esta treta de Éumenes la cuenta también POLIENO, *Estratagemas* IV 8, 5.

[40] NEPOTE, *Eum.* 5, 3, se equivoca al situar Nora en Frigia.

la fortaleza y la carencia de víveres, a todos los despidió tras
abrazarlos y darles muestras de amistad. Y cuando al llegar 3
Antígono le invitaba a negociaciones antes del asedio, respondía que eran muchos los amigos de Antígono y los generales tras Antígono, pero que él tras de sí no dejaba a ninguno de aquellos por los que combatía; y le pidió que enviara rehenes
si quería reunirse con él para negociar. Al ordenarle Antígono 4
que le hablara como a un superior, dijo: «A nadie considero
superior a mí, mientras sea dueño de mi espada». Sin embar- 5
go, cuando Antígono envió a la fortaleza a su sobrino Tolomeo, como exigió Éumenes, bajó, y saludándose, se abrazaban entre sí de forma amistosa y familiar, como quienes se han
tratado mucho y han llegado a ser amigos íntimos. Se produ- 6
jeron muchas conversaciones y cuando Éumenes no sólo hizo mención de la seguridad y del fin de las hostilidades, sino que pedía que se le garantizasen las satrapías y se le devolviesen los dones, la sorpresa se apoderaba de los presentes, admirando su temple y su atrevimiento. A la vez muchos macedonios 7
corrían, deseando ver cómo era Éumenes; porque de ningún otro se hablaba tanto en el ejército tras la muerte de Crátero.
Pero Antígono tuvo miedo por él, no fuera a sufrir alguna 8
violencia, y en un primer momento prohibía a gritos que se acercaran, y tiraba piedras a los que se echaban encima, y, finalmente, rodeando a Éumenes con sus brazos y apartando a la multitud con sus guardaespaldas, lo puso con dificultad en lugar seguro.

Después de eso, Antígono, tras rodear Nora con un muro 11
y dejar una guarnición, levantó el campo; y Éumenes, estrechamente sitiado, aunque la fortaleza estaba llena de trigo y agua abundante y sal, pero no tenía ningún otro comestible ni condimento para el pan, sin embargo, a partir de lo que había, organizaba un modo de vida agradable para sus compañeros,
invitando a todos por turno a su propia mesa, y endulzando la 2
comida en común con un trato en el que había gracia y amabi-

3 lidad. Era de aspecto agradable, y no se parecía a un guerrero
ni a alguien desgastado por las armas, sino elegante y juvenil,
y en todo su cuerpo conformado como si por arte tuvieran
exactamente sus miembros una admirable simetría, no hábil
en hablar, pero sí astuto y convincente, según se puede deducir
4 de sus cartas[41]. Y puesto que a los sitiados con él les molestaba
más que todo la falta de espacio, permaneciendo en viviendas
pequeñas y en un lugar que tenía un perímetro de dos esta-
dios[42], tomando el alimento sin hacer ejercicio y manteniendo
5 ociosos a los caballos, quería no sólo poner fin a la inquie-
tud de ellos, que se estaban apagando por la inactividad, sino
también tenerlos entrenados de alguna manera para la huida,
6 si se presentaba la ocasión; determinó como lugar de paseo
para los hombres una casa, que era la más grande que había
en la fortaleza, con una longitud de catorce codos[43], ordenando
7 que poco a poco aumentaran en intensidad el movimiento; a
cada uno de los caballos, tras ceñirlo por la parte del cuello
con grandes cuerdas atadas al techo, levantaba y mantenía
colgado por medio de poleas, de forma que se apoyara en el
suelo con las patas traseras, pero sólo las puntas del casco lo
8 tocaran con las delanteras. Una vez colgados así, los palafre-
neros que estaban a su lado los hostigaban a la vez con gritos
y fustas; y los caballos, llenos de cólera y agitación, saltaban y
se movían con las patas traseras, pero, al intentar apoyarse
en las que estaban levantadas y golpear el suelo, extendían
todo su cuerpo y despedían mucho sudor y baba, haciendo un
ejercicio que no era perjudicial ni para su velocidad ni para su

[41] Flacelière-Chambry, en su «Introducción» a la *Vida de Éumenes* pág. 50, consideran probable que Plutarco conociera estas cartas a través de la obra de Jerónimo de Cardia, o porque se había publicado esta correspondencia de manera independiente.

[42] Menos de 400 metros.

[43] Unos 6,20 metros.

fuerza[44]. Les echaban cebada sin cáscara, para que la digirieran 9
más rápidamente y se alimentaran mejor.

Cuando el asedio ya duraba tiempo, enterado Antígono 12
de que Antípatro había muerto en Macedonia y de que los asuntos estaban revueltos al mantener diferencias Casandro y Poliperconte[45], tenía una esperanza no pequeña, sino que en la idea de que abarcaría todo el mando, quería tener a Éumenes como amigo y colaborador en sus empresas. Por 2
eso envió a Jerónimo[46] a pactar con Éumenes y a proponer un juramento que Éumenes corrigió y entregó a los macedonios que lo asediaban para que juzgasen cuál sería más justo. Porque Antígono, por formulismo, hacía mención de los re- 3
yes al principio, pero en el resto del juramento se ponía a sí mismo, mientras que Éumenes inscribió en los juramentos a Olimpiade en primer lugar[47], junto con los reyes, luego juraba que estaría bien dispuesto no sólo con Antígono ni que tendría el mismo enemigo y amigo que aquél, sino también con Olimpiade y los reyes. Como esto pareció más justo, los ma- 4
cedonios, tras hacer jurar a Éumenes, levantaron el asedio y mandaban recado a Antígono para que también él devolviera el juramento a Éumenes. Entretanto Éumenes devolvía a los 5
capadocios cuantos rehenes suyos tenía en Nora, recibiendo de los que los recobraban caballos, acémilas y tiendas de campaña, y reunía a los soldados que, dispersos tras la huida, andaban errantes por el país, de forma que estuvieron a su 6

[44] Esta extraña manera de ejercitar a los caballos se describe también en NEPOTE., *Éum.* 5, 4-6, y DIODORO, XVIII 42, 3-4.

[45] Antípatro murió en el verano del año 319 a. C., a los cuarenta y cuatro años de edad; había designado a Poliperconte como su sucesor, a pesar de que Casandro era hijo suyo, porque creía que este último se conformaría con el cargo de quiliarco (cf. n. 8).

[46] JERÓNIMO DE CARDIA, historiador, compatriota y amigo de Éumenes; PLUTARCO sólo le cita aquí, en su función de embajador, pero nada comenta de su obra *Historia de los Diádocos y de los Epígonos* que, sin duda, ha utilizado.

[47] Olimpiade, madre de Alejandro, fue asociada al poder por Poliperconte.

alrededor poco menos de mil jinetes[48], con los que huyó a
7 caballo, temiendo con razón a Antígono. Pues no sólo ordenó
a los que lo sitiaban sitiarlo de nuevo, sino que respondió por
escrito a los macedonios con amargura, por haber aceptado
la corrección del juramento.

13 A Éumenes en su huida le llegan cartas de los que en Ma-
cedonia temían el engrandecimiento de Antígono, Olimpiade
invitándole a que fuera a encargarse del pequeño de Alejan-
dro y a educarlo, como si fuera objeto de conspiraciones[49],
2 Poliperconte y el rey Filipo pidiéndole que luchara contra
Antígono mandando el ejército de Capadocia, y que tomara
del tesoro de Cuindo[50] quinientos talentos para compensación
de sus bienes particulares y cuanto quisiera utilizar para la
3 guerra. Sobre ello habían escrito también a Antígenes y Téu-
4 tamo, jefes de los Argiráspides[51]. Cuando aquéllos recibieron
las cartas, acogieron a Éumenes con amabilidad en aparien-
cia, pero se mostraban llenos de odio y envidia, al considerar
indigno ocupar el segundo lugar tras aquél; Éumenes curaba
el odio al no tomar el dinero, como si nada necesitase, y para
las envidias y ambiciones de ellos, que no eran capaces de
5 mandar ni querían obedecer, introducía la superstición. Dijo,
pues, que Alejandro se le había aparecido en sueños y le había
mostrado una tienda preparada regiamente y un trono situado
6 en ella; que luego dijo que allí cuando ellos se reunieran y
gestionaran los asuntos públicos, él personalmente estaría a su
lado y participaría en toda decisión y acción que comenzaran

[48] Plutarco cuenta sólo los jinetes, porque, según Diodoro, XVIII 53, 7, Éumenes tenía más de dos mil soldados, además de los quinientos que habían soportado con él el asedio en Nora.

[49] El pequeño Alejandro debía de tener cuatro años en el 319 a. C.; será asesinado en el 309 junto con su madre Roxana.

[50] Cuindo era una fortaleza de Cilicia donde se guardaba el tesoro real.

[51] Los Argiráspides («escudos de plata») eran los más escogidos veteranos del ejército de Alejandro y estaban acantonados entonces en Cilicia; Antígenes era sátrapa de Susiana y de Téutamo nada se sabe.

en su nombre. Y con esto fácilmente convenció a Antígenes y 7
Téutamo, porque ni ellos querían ir junto a él, ni él estimaba
decoroso que le vieran a las puertas de ellos. Y colocando de 8
esta manera una tienda real y un trono destinado para Alejan-
dro, allí iban juntos a deliberar sobre los asuntos de mayor
trascendencia[52].

Cuando avanzaban tierra adentro, Peucestas[53], que era 9
amigo, les salió al encuentro con los demás sátrapas y unie-
ron sus fuerzas; por el gran número de hombres armados y la
brillantez del equipo animaron a los macedonios, pero ellos, 10
que se habían hecho maleducados por las riquezas y flojos
por su manera de vivir tras la muerte de Alejandro y en sus
pensamientos tiránicos y nutridos con fanfarronerías bárbaras
era en lo que habían coincidido, no podían soportarse entre
sí y eran inconciliables; además, halagando profusamente 11
a los macedonios y gastando en banquetes y sacrificios, en
poco tiempo hicieron del campamento una posada de festivo
desenfreno y una asamblea demagógica para la elección de
generales, como en las democracias. Al darse cuenta Éumenes 12
de que ellos se despreciaban mutuamente, y de que a él le te-
mían y vigilaban para eliminarlo si llegaba la ocasión, fingió
que necesitaba dinero y tomó prestados muchos talentos de
los que más le odiaban, para que confiaran y se mantuvieran
alejados, al angustiarse por los préstamos[54]; de esta manera 13
ocurrió que tuvo la riqueza ajena como guardián de su vida, y
mientras que los demás la dan para su salvación, fue el único
que adquirió seguridad por recibirla.

Por otra parte, mientras había tranquilidad, los macedo- 14
nios se corrompían ante los que les regalaban y guardaban las

[52] La misma historia aparece en NEPOTE, *Éum.* 7, y DIODORO, XVIII 60, 1-5, y 61, 1-3.

[53] Peucestas era sátrapa de Persia.

[54] Cf. DIOD., XIX 2, 3, que cifra en 400 talentos la suma que Éumenes tomó en préstamo.

puertas de aquéllos, que estaban rodeados de guardaespaldas y
2 deseando el puesto de general; pero cuando Antígono estableció su campamento cerca de ellos con un ejército numeroso y los asuntos, alzando la voz, reclamaban un general auténtico, no sólo los soldados se volvían a Éumenes, sino que también cada uno de aquellos grandes en la paz y el lujo cedió y se ofrecía a sí mismo a guardar en silencio el puesto que se le
3 dio. Pues cuando Antígono intentó atravesar el río Pasitigris[55], los demás que vigilaban no se enteraron, y sólo Éumenes hizo frente, y tras entablar batalla abatió a muchos, llenó de
4 muertos la corriente y tomó cuatro mil prisioneros. Pero los macedonios mostraron de manera muy evidente, durante una enfermedad que le sobrevino, que consideraban a los demás capaces de dar brillantes banquetes y de hacer fiestas, pero
5 sólo a aquél de mandar y hacer la guerra. Pues Peucestas, que los había obsequiado magníficamente en Persia y dado a cada hombre una víctima para el sacrificio[56], esperaba ser el más
6 importante; pero, al cabo de pocos días, cuando los soldados marchaban contra los enemigos, ocurría que Éumenes, por cierta enfermedad peligrosa, era transportado en una litera
7 lejos del ejército, en silencio, a causa de sus insomnios. Y al avanzar un poco, de pronto se les aparecieron los enemigos
8 franqueando unas colinas y bajando hacia la llanura. Cuando los resplandores de las armas doradas fulguraron ante el sol desde las alturas, al marchar la tropa en formación, vieron las torres encima de los elefantes y las vestiduras de púrpura, que era su atavío cuando iban al combate, tras detener la marcha los que iban primero, gritaban que se les llama-
9 ra a Éumenes; porque no avanzarían si aquél no mandaba al ejército, y, poniendo las armas en tierra, se animaban mutua-

[55] El río Pasitigris fluye al este de Susa y desemboca en el Golfo Pérsico.

[56] DIODORO, XIX 22, 1 y ss., describe el banquete dado por Peucestas en Persépolis, además de un sacrificio dedicado a los dioses, a Alejandro y a Filipo.

mente a estar quietos, a los jefes a permanecer tranquilos y
a no luchar ni correr peligro ante los enemigos sin Éumenes. 10
Y cuando lo oyó Éumenes, se acercaba a ellos a la carrera
metiendo prisa a los que le transportaban, y abriendo desde
uno y otro lado las cortinas de su litera, alegre les tendía la
diestra. Cuando ellos lo vieron, al punto lo saludaron en len- 11
gua macedonia, cogieron los escudos y golpeándolos con las
sárisas alzaron gritos de guerra, porque el general estaba con
ellos.

Al oír Antígono por los prisioneros que Éumenes estaba 15
enfermo y que era transportado porque se encontraba mal,
pensó que no sería una gran empresa destrozar a los demás es-
tando enfermo aquél. Por eso también a la carrera se dirigía a
la batalla. Pero cuando avanzando a caballo vio la disposición 2
y el orden de batalla de los enemigos formados en su puesto,
se detuvo un largo rato asombrado; luego vio la litera lle-
vada de un ala a la otra. Se rio mucho pues Antígono, como 3
acostumbraba, y tras decir a sus amigos: «Esta es la litera, se-
gún parece, que se pone en orden de batalla contra nosotros»,
de inmediato condujo a su ejército hacia atrás y acampó.

Los de Éumenes, tras tomar aliento un instante, de nuevo 4
se comportaban demagógicamente, y burlándose de sus jefes se
repartían para sus cuarteles de invierno casi toda la tierra de
los gabenos[57], de forma que los últimos tenían sus tiendas a
casi mil estadios de los primeros. Antígono supo esto y se 5
lanzó de repente contra ellos tras tomar un camino difícil y
falto de agua, pero corto y que atajaba, esperando que, si caía
sobre los dispersos en sus cuarteles de invierno, no sería ya
fácil a los generales reunir a la multitud en un mismo lugar.
Pero al avanzar por una tierra deshabitada, terribles vientos 6
y grandes fríos le estorbaban la marcha, quedando el ejército
desalentado. Era, pues, una ayuda necesaria encender muchos 7

[57] Este territorio está al este de la Susiana.

fuegos; por eso no pasó desapercibido a los enemigos, sino
que los bárbaros que viven en las montañas que miran a ese
lugar inhabitado, sorprendidos ante el gran número de fuegos,
enviaron a Peucestas mensajeros en camellos utilizados como
8 caballos. Y él, según lo oyó, se quedó totalmente fuera de sí
por el miedo y, al ver que los demás estaban igual, pensaba
en huir, llevándose a los soldados que estaban precisamente
9 con ellos en el camino; Pero Éumenes cortaba el desorden
y el miedo, prometiendo que detendría la velocidad de los
enemigos, de manera que llegaran tres días después de lo que
10 parecía. Una vez convencidos, al mismo tiempo anunciaba
por todas partes por medio de mensajeros, ordenando que
se reunieran con rapidez las fuerzas desde los cuarteles de
invierno y los demás, y, simultáneamente, él salió a caballo
con los otros jefes, y tras tomar un lugar visible desde lejos a
los que caminaban por el desierto y medirlo, ordenó encender
muchos fuegos a intervalos, como los que montan un campa-
11 mento. Hecho esto y visibles los fuegos a Antígono desde la
montaña, una pesadumbre y desaliento se apoderó de él, al
creer que, enterados desde hacía mucho tiempo, los enemigos
12 salían a su encuentro. Para no verse forzado, abatido y agota-
do por la marcha, a combatir con hombres preparados y que
habían invernado confortablemente, tras abandonar el camino
más corto, conducía con calma al ejército reanimándolo a tra-
13 vés de aldeas y ciudades. Al no haber nadie obstaculizándolo,
como se acostumbra cuando los enemigos están situados enfrente, decir los vecinos que ningún ejército había sido visto, y estar el lugar lleno de fuegos consumidos, comprendió que había sido objeto de una estratagema por parte de Éumenes, y, lleno de pesar, avanzaba para decidirlo en una batalla abierta.

16 En esto, la mayoría del ejército agrupado en torno a Éu-
menes admiraba su sagacidad y pedía que mandara él solo;
2 Disgustados y llenos de odio por eso los jefes de los Argirás-

pides, Antígenes y Téutaro[58], conspiraban contra él, y, reuniendo a la mayor parte de los sátrapas y generales, deliberaban cuándo y cómo había que eliminar a Éumenes. Al ser opinión 3
compartida por todos utilizarlo para la batalla y matarlo inmediatamente después de la batalla, Éudamo, jefe de los elefantes, y Fedimo revelan a Éumenes en secreto lo decidido, no por simpatía alguna o gratitud, sino preocupados por perder el dinero que le habían prestado[59]. Éumenes les dio las gracias, y 4
después de entrar en su tienda y decir a sus amigos que vivía en una caterva de fieras, escribió su testamento y rompió y destruyó sus documentos, porque no quería que, tras su muerte, se produjeran acusaciones y delaciones por los secretos a los que escribieron. Una vez que dispuso eso, meditaba poner 5
la victoria a disposición de los contrarios e invadir Capadocia huyendo a través de Media y Armenia. Nada decidió mien- 6
tras sus amigos estuvieron presentes, pero tras removerse hacia muchas cosas en su espíritu que era versátil según su fortuna, colocaba en orden de combate al ejército, animando a griegos y a bárbaros, y él, a su vez, era animado a tener valor por parte de la falange y de los Argiráspides, porque los enemigos no resistirían. Pues eran los más viejos de los de 7
Filipo y Alejandro, como atletas no vencidos en las guerras e infalibles hasta aquel momento, muchos de setenta años de edad, y ninguno más joven de sesenta. Por eso, al avanzar 8
contra los de Antígono, gritaban: «¡Contra vuestros padres cometéis un error, malas cabezas!»[60]; y atacando con furia rompieron a la vez toda la falange sin que nadie les resistiera,

[58] A los que se ha referido PLUTARCO en 13, 3.

[59] Éudamo mandaba 120 elefantes según DIODORO, XIX 14, 8, quien también nos informa de que Éumenes no le debía préstamo alguno, sino que, por el contrario, le había regalado 200 talentos.

[60] DIODORO, XIX 41, 1-2 precisa que Antígenes, jefe de los Argiráspides, envió poco antes de la batalla a un jinete macedonio que fue el que gritó estas palabras a la falange enemiga.

9 y la mayoría perecieron en sus manos. En esta parte, pues,
Antígono era vencido por completo, pero con la caballería
dominaba, porque Peucestas combatió con completa flojedad
y cobardía, y capturó todo el bagaje, al haberse mantenido
10 prudente ante los peligros y ayudarle el terreno. Porque era
una llanura totalmente abierta, no muy pesada, ni dura ni só-
lida, sino arenosa y llena de salitre seco, que, removido con
las carreras de tantos caballos y tantos hombres durante el
momento de la batalla[61], se cubría de polvo como cal viva,
11 blanqueando el aire y oscureciendo la visibilidad. Con ella
pasando más fácilmente desapercibido Antígono se apoderó
del bagaje de los enemigos[62].

17 Cuando el combate cesó, al punto Téutamo enviaba una
2 embajada a tratar sobre el bagaje. Al prometer Antígono de-
volverlo a los Argiráspides y tratarlos en lo demás de manera
humanitaria, si se apoderaba de Éumenes, los Argiráspides
tomaron una terrible decisión, entregar vivo al hombre en
3 manos de los enemigos. Y, al principio, se acercaban a él de
manera poco sospechosa y le cuidaban, unos lamentándo-
se por el bagaje, otros animándole a tener confianza ya que
4 había vencido, y otros acusando a los demás jefes. Luego,
lanzándose sobre él, le arrebataron su puñal, y, con su cintu-
5 rón, echándole atrás las manos, lo ataron. Cuando Nicanor[63]
fue enviado por Antígono para encargarse de él, pedía poder
hablar mientras era conducido a través de los macedonios,
no para una súplica o petición de perdón, sino para hablarles
6 de asuntos que a aquéllos convenían. Al hacerse el silencio,
tras subirse en un sitio elevado y tendiendo las manos ata-

[61] Sobre esta batalla de Gabiena cf. Diodoro, XIX 40-43, Polieno, IV 6, 13, y Justino, *Epitome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, XIV 3, 1-2.

[62] Y con él, de las mujeres e hijos de los macedonios.

[63] Nicanor debe de ser el mismo que en el año 321 a. C., cuando se produjo el reparto en Triparadiso, había sido sustituido por Éumenes como sátrapa de Capadocia.

das dijo: «¿Qué trofeo, ¡oh, los peores de los macedonios!, querría erigir Antígono sobre vosotros, equiparable al que levantáis sobre vosotros mismos, al entregar como prisione-
ro a vuestro general? ¿Acaso no sería terrible que vosotros, 7
vencedores, reconociérais la derrota por unos bagajes, como si en las riquezas y no en las armas estuviera el vencer, pues-
to que enviáis a vuestro jefe como rescate del bagaje? Yo, 8
por cierto, soy llevado invicto cuando venzo a los enemigos, destruido por mis compañeros de armas; pero vosotros, en nombre de Zeus guerrero y de los dioses por quienes se
ha jurado, ¡matadme aquí por vuestras propias manos! De 9
todas formas, muerto allí, vuestra obra soy. Antigono nada
reprochará; pues desea a Éumenes muerto y no vivo. Pero 10
si tratáis con miramientos vuestras manos, bastará una de las mías, desatada, para ejecutar la obra. Y si no me confiáis
una espada, arrojadme atado a los elefantes. Al actuar vo- 11
sotros así, os libero de la culpa contra mí, como a hombres que han sido los más piadosos y justos con sus generales».

Al hablar así Éumenes, una mayoría se llenaba de aflic- 18
ción y se producía un lamento, pero los Argiráspides gritaban que lo llevaran y no prestaran atención a uno que decía
tonterías; porque no era malo que un maldito quersonesio 2
se quejara después de haber cansado a los macedonios con miles de guerras, y sí, en cambio, que los mejores soldados de Alejandro y Filipo, tras fatigarse tanto, quedaran privados en la vejez de sus premios y recibieran de otros el alimento, y que sus mujeres durmieran ya una tercera noche con los enemigos. Y, al mismo tiempo, lo conducían acelerando el
paso. Como Antígono temió a la multitud (pues nadie quedó 3
atrás en el campamento), envió los diez elefantes más fuertes y numerosos lanceros medos y partos para apartar a la masa.
Después no soportó ver a Éumenes, debido a la amistad y 4
compañerismo que antes existieron, y al preguntar los que habían recibido al hombre cómo lo custodiarían, dijo: «Igual

5 que a un elefante, que a un león»[64]. Pero, poco después, movido por la compasión, ordenó que le quitaran las ataduras más pesadas y que le dejaran un esclavo de los suyos habituales, para que le ungiera, y permitió al que lo deseara de sus ami-
6 gos pasar el día con él y llevarle lo necesario. Deliberando sobre él muchos días, admitía razones y sugerencias, Nearco el cretense[65] y su hijo Demetrio[66] se afanaban en salvar a Éumenes, pero todos los demás a la vez se oponían y pedían que
7 lo matara[67]. Se dice que Éumenes preguntó a Onomarco, su guardián, por qué Antígono después de tener en su poder a una persona odiosa y enemiga, ni lo mataba al instante ni lo
8 dejaba libre con generosidad; que Onomarco respondió con insolencia que debía tener valor ante la muerte no ahora, sino en la batalla, y que Éumenes dijo: «Sí, por Zeus, lo tuve también entonces; pregunta a los que han llegado a las manos
9 conmigo; pero sé que a nadie encontré más fuerte que yo». Y que Onomarco contestó: «Puesto que ahora encontraste a uno más fuerte, ¿por qué no aguardas el momento oportuno para aquél?».

19 Cuando a Antigono le pareció bien matar a Éumenes[68], ordenó que se le privara de alimento. Y al estar sin comer dos o tres días así se acercaba al final. Pero al producirse de repente
2 una retirada, tras enviar un hombre, lo degollaron[69]. Antígono entregó el cuerpo a sus amigos, permitió que lo quemaran y que introdujeran los restos recogidos en una urna de plata,

---

[64] Cf. Nepote, *Éum.* 11, 1.

[65] Nearco es el almirante de Alejandro que realizó la famosa travesía desde el delta del Indo al Golfo Pérsico en el año 325 a. C.

[66] Se trata de Demetrio Poliorcetes cuya biografía también escribió Plutarco.

[67] Por otra parte, Éumenes ya había sido condenado a muerte cinco años antes, en el 321 a. C., como se nos dijo en 8, 3.

[68] Según Nepote, *Éum.* 12, 3, Antígono esperó una semana tras la reunión de su Consejo antes de tomar esta decisión.

[69] La muerte de Éumenes se produjo en enero del año 316 a. C.

para que fueran entregados a su mujer y a sus hijos. Muerto 3
Éumenes de esta manera, la divinidad encomendó la venganza de los jefes y soldados que lo traicionaron no a otro, sino que el propio Antígono, tras expulsar como impíos y salvajes a los Argiráspides, los entregó a Sibirtio, el que gobernaba Aracosia, ordenando exterminarlos y matarlos de todas las maneras, de forma que ninguno de ellos volverá a Macedonia ni verá el mar griego[70].

## COMPARACIÓN ENTRE SERTORIO Y ÉUMENES

Esto es lo que hemos encontrado digno de mención sobre 20
Éumenes y Sertorio. En la comparación existe entre ambos 2
una cosa común, el que siendo extranjeros, oriundos de otras partes y desterrados, pasaron la vida mandando sobre pueblos de todo tipo de procedencias, sobre ejércitos combatientes
y sobre grandes fuerzas; como propio de cada uno, el que 3
Sertorio tuviera el mando entregado por todos sus aliados a causa de su prestigio, mientras que Éumenes conseguía el primer puesto por sus hazañas, aunque muchos disputaban
con él por la jefatura; a uno seguían los que querían ser man- 4
dados con justicia, al otro quienes, incapaces de mandar, se
sometían a lo que les interesaba. Porque uno, romano, man- 5
daba a iberos y lusitanos, mientras que el otro, quersonesio, a los macedonios, pero de ellos, los primeros eran esclavos de los romanos desde hacía tiempo, mientras que los otros en aquel

[70] Aracosia era una provincia oriental del imperio de Alejandro, entre Bactriana al norte y Gedrosia al sur. Según Diodoro, XIX 44, 1-2, Antígono envió a Sibirtio, sátrapa de Aracosia, a los más revoltosos de los Argiráspides con órdenes de hacerlos desaparecer. Polieno, IV 6, 15, dice que Antígono, por tener dudas acerca de la lealtad de los Argiráspides, envió a mil de ellos a Sibirtio y repartió a los demás en puestos difíciles, de manera que todos desaparecieron con rapidez.

6 momento, esclavizaban a todos los hombres. Sertorio llegó
a la jefatura admirado por su determinación y estrategia, y
7 Éumenes despreciado por su condición de secretario. Pues
no sólo con menos recursos para el mando, sino con más
8 obstáculos para su progreso se encontró Éumenes. Porque
de manera abierta tenía muchos opositores y, a escondidas,
muchos conspiradores, no como el otro, al que abiertamente
ninguno se opuso, y secretamente, al final, unos pocos de
9 sus compañeros de armas. Por eso, para el primero, el ven-
cer a los enemigos era el final de correr peligro, pero, para
el segundo, el peligro venía de vencer, a causa de los que le
odiaban.

**21** En lo referente a la estrategia, era semejante y parale-
la; pero en su manera de ser, eran diferentes: Éumenes era
amante de la guerra y aficionado a disputar, Sertorio, en cam-
2 bio, amigo de la tranquilidad y de la paz. Pues el primero,
pudiendo vivir con seguridad y honor sin ser obstáculo a los
principales, pasó la vida luchando y corriendo peligro, pero
el otro, que ninguna cosa de gobierno deseaba, hubo de ha-
cer la guerra por su seguridad personal contra los que no le
3 permitían la paz. Antígono, en efecto, habría utilizado con
gusto a un Éumenes que se hubiera olvidado de los combates
por la primacía y contentado con el puesto detrás de él, pero
4 a Sertorio Pompeyo ni le permitía vivir tranquilamente. Por
eso, al primero le ocurría que hacía la guerra voluntariamente
por el mando, y al segundo que, sin querer, mandaba debido
5 a que le hacían la guerra. Amante de la guerra uno al preferir
la ambición a la seguridad, belicoso el otro al adquirir la se-
6 guridad con la guerra. Y, por cierto, morir le ocurrió a uno sin
haberlo previsto, pero al otro esperando su final, y de ellos,
a uno por candidez, pues pensaba confiar en sus amigos, y al
otro por debilidad, pues fue capturado cuando quería escapar.
7 Del primero la muerte no deshonraba su vida, al sufrir por
parte de sus compañeros de armas lo que ningún enemigo le

hizo, pero el segundo, al no poder huir por la cautividad, y 8
prefiriendo vivir tras la cautividad, ni evitó bien la muerte ni la aguantó, sino que implorando y suplicando al enemigo que parecía dominar sólo su cuerpo, le hizo también dueño de su espíritu.

# ÍNDICE DE NOMBRES

# ÍNDICE GENERAL